Gente independiente

Halldór Laxness

Gente independiente recupera una de las voces más personales de la literatura europea del siglo XX, el islandés Halldór Laxness. Con una construcción equilibrada y sólida que atrapa y conmueve, la novela narra la vida del campesino Bjartur de la Casa Estival, un destino guiado por la convicción de que un hombre independiente es aquel dueño de la tierra que trabaja, y de que sólo la obstinación y el orgullo de poseerla le permitirán superar las adversidades. Una escritura luminosa que conserva ecos de las sagas medievales islandesas y que nos transmite sin sentimentalismos el amor y la cercanía del autor a sus personajes. Una obra cuyos ecos resuenan, como el lector podrá comprobar, en novelas europeas y americanas muy posteriores.



Halldór Laxness

Gente independiente

ePub r1.0
MuadDib 28.05.13

Título original: *Sjálfsiiett fólk*
Halldór Laxness, 1935
Traducción: Floreal Mazía
Retoque de portada: MuadDib

Editor digital: MuadDib
ePub base r1.0



Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

Prólogo

Si decimos que Laxness no es un apellido (inexistentes en Islandia) sino el nombre de la granja donde nació, estaremos poniendo ya a nuestro autor en estrecha relación con su tierra y con su tradición literaria. Los islandeses gustan de considerarse a sí mismos una nación literaria desde sus mismos orígenes a finales del siglo IX. De la Edad Media procede la riquísima tradición de las Eddas, más tarde las baladas y las rímur, un tipo de complejísima poesía al estilo antiguo, cantada en melodías que, a quien las oye, inmediatamente le hacen pensar en la más que contemporánea y universal cantante Bjork, y que tienen una presencia constante, aplastante, en Gente independiente: precisamente porque esta novela trata, en buena parte, de la muerte de la antigua Islandia, de aquel país inhóspito creado de la nada por un puñado de colonos pioneros y que a lo largo de los siglos se fue apoyando en su propia literatura para convencerse de que valía la pena seguir viviendo: a través de los siglos oscuros del monopolio danés, un solo barco anual que supuestamente satisfaría todas las necesidades de la isla; o de la gran erupción del siglo XVIII, que acabó con la mitad del ganado y con un tercio de la escasa población. O de la Depresión de 1929, que afectó con especial virulencia a la débil economía del país, limitada a una agricultura que no daba ni para la subsistencia, una pesca que sólo entonces empezaba a buscar mercados extranjeros, y una ganadería de ovejas que representaba lo más importante de la vida rural… de la vida islandesa.

Halldór Laxness, «Halldór el de la granja del Cabo de los Salmones», pues eso significa su nombre, era Guðjónsson, o sea «hijo de Guojón» y nació en 1902; un 23 de abril, el día en el que, trescientos años antes, habían muerto las dos máximas figuras de la literatura europea. Comenzó a publicar, en Dinamarca y en danés,

antes de los veinte años, y sus últimos escritos vieron la luz muy poco antes de su muerte en 1998. Los dramáticos cambios que se sucedieron en su «vida ideológica» fueron a la par con las inmensas transformaciones que sufrió su país: Laxness pasó de luterano a católico, luego a más que agnóstico (en Gente independiente se ve muy bien), y a comunista sin carné hasta su rechazo del régimen soviético ya en 1963, cuando se había adherido a una forma de pensamiento que se ha dado en llamar «taoísta» y que quizás encuentra su mejor exponente en su novela El concierto de los peces (Brekkukotsannáll), de 1957. Durante setenta años, Laxness fue la principal figura literaria de su país, y todos los escritores actuales islandeses resultan incomprensibles sin él: para seguirlo, para acompañarlo o para enfrentarse a él. El hizo lo mismo con las sagas medievales (hasta el punto de escribir una saga satírica, titulada Gerpla), cuyo estilo, formas de narrar e incluso expresiones habituales, aparecen una y otra vez en las páginas de nuestro escritor: sea la expresión «fin de la historia», título del último de los capítulos, generalmente breves igual que en las sagas, o las fórmulas que marcan la transición a un nuevo tema al comienzo de algunos capítulos, o esa alternancia de pasados y presentes, o la indefinición de los estilos directo e indirecto, recursos todos ellos que pueden resultarnos extraños.

Laxness fue siempre un escritor comprometido social y políticamente, algo frecuente en las literaturas nórdicas. Y Gente independiente es más que comprometida: no sólo frente a la situación social, económica y política del país y sus cambios, también frente a la «Islandia eterna» de ovejeros, granjeros (pegujaleros, traduce Mazía, en un magistral hallazgo léxico) y poetas. La tensión entre los poemas al estilo antiguo y los modernos, tan presentes en el libro, es un reflejo directo de las alteraciones que, en aquellos momentos, estaban haciendo tambalearse las más antiguas tradiciones del país; igual que las ovejas mismas, eje central del libro, al decir del mismo Laxness: de una economía pastoril donde nada hay más importante que las ovejas, donde se puede dejar morir a la mujer y a los hijos para intentar salvar una sola cordera (aunque el cristianismo está ahí, para servir de apoyo a la aberración), o donde es posible echar de

casa a una hija y dedicar las horas a vigilar el ganado para protegerlo de cualquier peligro. Suele considerarse Gente independiente como una novela del realismo socialista, pero va más allá de éste, al que Laxness mismo criticó por lo simplista de sus planteamientos. Igual que en las sagas medievales, los malos nos resultan a veces simpáticos y siempre comprensibles, los buenos nos pueden, a veces, hasta asquear: como el mismo Bjartur de la Casa Estival, un personaje de los más impactantes que ha producido la literatura occidental en todo el siglo XX. Además, y aunque sin grandes alharacas, Laxness fue también un innovador formal: fíjese el lector en cómo en toda la historia no abandona ni un momento a Bjartur; si acaso, hacia el final, por su hijo y supuesto sucesor (en realidad, no lo será, pues ha de seguir los nuevos rumbos de los tiempos). Nunca sabemos qué dicen, qué piensan, qué hacen en Utirauðsmyri, o en cualquier otro sitio: en cierto modo, la historia es independiente, libre, igual que Bjartur, a quien está permanentemente ligada: como el destino de Islandia al de sus más humildes ciudadanos. Observe la dificultad, a veces, para saber quién está narrando; considere al autor y su relación con su obra, vea cómo, de vez en cuando, sin que se note mucho, se entromete en la historia misma y la convierte en relato. Puede ser difícil leer Gente independiente, dejándose llevar por la tragedia, por el humor y la ironía de la historia de ese hombre que sólo busca su propia independencia, y al mismo tiempo fijarse en las aportaciones formales, estilísticas, compositivas, del escritor islandés, quien recibió el premio Nobel en 1955 por una obra que, sin duda, con su crudeza y su progresismo indudables, da voz al idealismo sobre el futuro del ser humano.

Una nota sobre la revisión

Floreal Mazía es uno de los grandes traductores argentinos de la segunda mitad del siglo XX, que vertió al español desde Truman Capote o Joseph Conrad hasta obras fundamentales del psicoanálisis y trabajos clásicos de Karl Marx. A su versión de Gente independiente sólo se le puede poner un reparo, que no es achacable al traductor: está hecha sobre una traducción inglesa, y

no sobre el original; y realmente, cuando se publicó este libro habría sido más que difícil encontrar alguien capaz de traducir del islandés al castellano. La versión de Mazía adolece de los defectos de la inglesa, y del aumento de la distancia entre original y traducción que es inevitable en estos casos. Por una de esas razones insondables que demasiadas veces llevan a «reorganizar» un texto literario para, supuestamente, hacerlo, quizá, más fácil de leer, o menos alejado de las formas de escribir bien trilladas a las que se supone que están acostumbrados los lectores (anglosajones, en este caso), se modificaron algunos elementos básicos de la forma de escribir de Laxness: frases «demasiado largas» se convirtieron en una multitud de otras más breves, destruyendo el efecto de brutal acumulación que, con plena conciencia, buscaba el autor islandés; algo parecido llevó al traductor norteamericano (o a su editor, que nunca se sabe) a abreviar poemas —que tienen un papel fundamental en la obra— o incluso a quitar algunos, como el capítulo completo titulado «Panegírico»; o a sustituir una pesada, violenta, casi anonadante acumulación de nombres de ovejas por la anecdótica mención de sólo cuatro o cinco de ellas. O a unificar en pasado lo que el escritor islandés, siguiendo una tradición que se remonta a las sagas, narraba en presente para otorgarle una presencia real, en aquel momento de la historia, frente a un relato que formaba el trasfondo, en alternancia a veces compleja, pero siempre pensada, de presentes y pasados. Tampoco podía saber Floreal Mazía a qué correspondían en la cultura islandesa de principios del siglo XX los términos ingleses utilizados para hacer referencia a cargos administrativos, organizaciones, incluso meros puestos honoríficos: el traductor argentino caminaba en estos terrenos, como en el de los pesos y medidas islandeses de la época, casi completamente a ciegas. Además, Laxness introdujo algunos cambios, en sucesivas ediciones de su obra, que lógicamente no pudieron tener cabida en esta traducción: se han reincorporado, pues, al texto tales modificaciones. De manera que la revisión ha consistido, no en una mejora del texto castellano, ni en la corrección de errores —que no los había—, sino en una aproximación al original islandés. Esperamos, al menos, que con las modificaciones no hayamos estropeado la magnífica versión del

traductor argentino.

LIBRO PRIMERO

Parte Primera - Colono independiente

1. Kólumkilli

En tiempos remotos, dicen las crónicas islandesas, hombres de las Islas Occidentales vinieron a vivir a este país y, cuando partieron, dejaron tras de sí cruces, campanas y otros objetos utilizados en la práctica de la hechicería. De fuentes latinas pueden conocerse los nombres de los que zarparon de las Islas Occidentales para venir aquí, en la primera época del Papado. Su dirigente era Kólumkilli el irlandés, un hechicero de amplia reputación. En esos días el suelo de Islandia tenía una gran fertilidad. Pero cuando los noruegos vinieron a establecerse aquí, los hechiceros occidentales se vieron obligados a huir del país, y los escritos antiguos dicen que Kólumkilli, decidido a vengarse, echó una maldición sobre los invasores, jurando que jamás prosperarían aquí y otras cosas del mismo tenor, gran parte de lo cual, por lo que parece, se ha cumplido. Más tarde en la historia, los noruegos de Islandia comenzaron a alejarse de sus verdaderas creencias y a adoptar las idolatrías de pueblos no afines a ellos. Y entonces se asentó el caos en la tierra; los dioses de los noruegos fueron escarnecidos y se introdujeron nuevos dioses y santos, algunos del Oriente y otros del Occidente. Las crónicas nos dicen cómo se construyó en esa época una iglesia a Kólumkilli en el valle donde más tarde se levantó la granja llamada Albogastaðir del Páramo. Ésta, en los tiempos antiguos, había sido la residencia de un caudillo. El gobernador Jón Reykdalín de Utirauðsmyri reunió muchos datos acerca de este valle cenagoso después de que el edificio fue finalmente destruido en las grandes apariciones espectrales del año 1750. El propio gobernador vio y oyó los distintos sucesos extraordinarios que ocurrieron aquí, como queda demostrado en su bien conocido Relato del Espíritu de Albogastaðir. Se escuchó al fantasma cantar en voz alta en la casa, desde mediados deporn hasta bien pasada la Pascua de Pentecostés,

en que la gente huyó; en dos ocasiones pronunció su nombre al oído del gobernador, pero respondió a todas las demás preguntas con «ociosos versos latinos y desvergonzadas obscenidades».

De las muchas historias que se han narrado acerca de esta solitaria casa en su valle de páramos, la más notable es indudablemente una que data de mucho antes de la época del gobernador Jón, y puede que no esté fuera de lugar recordarla para satisfacción de las personas que no han viajado por los terrenos llanos situados junto al río, donde los siglos yacen lado a lado en senderos igualmente invadidos por la maleza, recorridos por los caballos de tiempos pasados; o para la de los que puedan desear hacer una visita al antiguo solar de la colina enclavada en los marjales mientras recorren el valle.

No puede haber sido más tarde que a fines del ministerio del Obispo Gudbrandur cuando cierta pareja arrendó Albogastaðir del Páramo. El nombre del esposo no ha quedado registrado, pero la esposa se llamaba Gunnvór o Guóvór y era una mujer de natural sumamente violento, con la reputación de ser versada en las ciencias ocultas y de poseer la capacidad de cambiar de forma. Su esposo, que parece haber sido el más cobarde de los seres, gozaba de muy poca libertad, ya que estaba por completo bajo el dominio de ella.

Por de pronto no prosperaron mucho con su labor agrícola, y pocas, por cierto, eran las personas que tenían para que les ayudaran. La leyenda dice que la mujer, debido a la pobreza en que vivían y a la abundante progenie, obligó a su marido a llevar a sus hijos recién nacidos al desierto y a dejarles allí para que muriesen. El hombre puso a algunos bajo rocas planas, en la montaña; sus gemidos pueden escucharse todavía en primavera, cuando la nieve empieza a fundirse. A otros les ató piedras y los arrojó al lago, en donde sus lloros pueden oírse a la luz de la luna de mitad del invierno, especialmente durante una helada o una tormenta.

Pero a medida que Gunnvor envejecía —dice la leyenda— comenzó a sentir sed de sangre humana. Y a tener hambre de tuétano humano. Y hasta se dice que tomó la sangre de sus hijos sobrevivientes y la bebió con su boca. Construyó una tarima para encantamientos, detrás de la casa, donde, en medio del fuego y el

humo, solía cantar al demonio Kólumkilli en las noches de otoño. Se afirma que su esposo trató de huir y de divulgar sus fechorías en la comarca, pero ella le persiguió y, alcanzándole en el altozano de Rauðsmýri, le mató a pedradas y mutiló su cadáver. Se llevó sus huesos a la casa, a la tarima, pero dejó la carne y las entrañas para los cuervos e hizo correr en la región la voz de que él había muerto mientras recorría las montañas en busca de ovejas que se habían perdido.

Desde ese día en adelante la señora Gunnvór comenzó a prosperar y todos quedaron convencidos de que ello se debía a su maligno convenio con Kólumkilli; y pronto fue propietaria de gran cantidad de hermosos caballos.

En esos días se viajaba mucho por la región, tanto en verano, en que los hombres iban a pescar a los pies del Jókull, como en primavera, cuando los hombres acudían a Jókull desde lejos para comprar pescado seco. Pero, a medida que discurría el tiempo, se murmuraba en la región que, cuantos más caballos compraba Gunnvór, menos hospitalaria se tornaba hacia esos viajeros y, aunque era una mujer que concurría regularmente a la iglesia, como se acostumbraba en esa época, dicen los Anales que después del domingo de Pentecostés no podía ver el sol en un cielo despejado después de los servicios religiosos de la iglesia de Rauðsmýri.

Entonces comenzaron a correr por todas partes rumores relacionados con el fin del esposo de Gunnvór y con la forma en que ésta asesinaba a los hombres, a algunos por sus pertenencias y a otros por su sangre y su tuétano, y cómo perseguía a otros, a caballo, por las montañas. Bien; en el valle, al sur pero no a gran distancia de la casa, hay un lago llamado Igulvatn, nombre que ha conservado hasta la fecha. La mujer mataba a sus huéspedes en mitad de la noche, y ésta es la forma en que morían: les atacaba con una daga cuando dormían, les mordía la garganta y se bebía su sangre. Luego, después de desmembrar los cadáveres, usaba sus huesos como juguetes para ella y Kólumkilli. A algunos les perseguía hasta los páramos y les acometía con la espada, haciendo centellear la hoja mientras los ultimaba. En cuanto a fuerzas era la igual de cualquier hombre y, además, contaba con la ayuda del Malo. Todavía pueden verse coágulos de sangre en la nieve de las

montañas, especialmente antes de la Pascua de Navidad. La mujer llevaba los restos al valle y los arrojaba al lago, después de atarles piedras. Luego les robaba sus bienes, sus ropas, caballos y dinero, si lo tenían. Sus hijos eran todos idiotas y ladraban desde el tejado de la casa como perros, o bien se acuclillaban en el empedrado y mordían a los hombres, porque el Espíritu les había despojado del buen sentido y del habla humana. Hasta hoy en día se canta esta canción de cuna en las regiones situadas a ambos lados de los altos páramos:

Huésped de Gunnvór nadie fue
con ropas hermosas;
lo lleva hasta el ígulvatn,
tralalalá.
La sangre enrojece la hoja,
duerme, criatura, ya.

Huésped de Gunnvor nadie fue
con caballo de raza;
cómo brilla la espada,
tralalalá.
La sangre enrojece la hoja,
duerme, criatura, ya.

Huésped de Gunnvor nadie fue
con sangre humana;
nadie con tuétano en los huesos,
tralalalá.
La sangre enrojece la hoja,
duerme, criatura, ya.

Huésped de Gunnvor nadie fue
que temiera a Dios,
me rompió las costillas, la pierna, la cadera, los huesos de las manos,
ay lalalá.
La sangre enrojece la hoja,
duerme, criatura, ya.

Si en Kólumkilli confías,
así te llamará:
tuétano y sangre, tuétano y sangre,
y trololó.
La sangre enrojece la hoja,
duerme, criatura, ya.

Pero al fin sucedió que las odiosas fechorías de Gunnvór fueron conocidas. Había sido la perdición de muchos —hombres, mujeres y niños por igual— y había cantado por las noches al espíritu de Kólumkilli. Fue condenada en la asamblea de la comarca y le quebraron los huesos ante el portal de ejecuciones de la iglesia de Rauðsmýri, el domingo de Trinidad. Luego fue desmembrada y finalmente se la decapitó; y supo morir bien, pero maldijo a los hombres con extrañas maldiciones. Su tronco, cabeza y miembros fueron colocados en un talego de piel que se transportó a las montañas, al oeste de Albogastaðir, y se sepultó bajo un montículo de piedras, en lo más alto. El montículo puede verse aún en la actualidad, cubierto ya de hierba y llamado más tarde Túmulo de Gunna. La gente dice que no sufrirá desdichas el viajero que arroje una piedra más al montículo, en la primera ocasión en que cruce la montaña, pero algunos arrojan una piedra cada vez que pasan por allí, esperando, de ese modo, conseguir inmunidad.

Por molesta que la mujer Gunnvór pueda haber parecido en vida, superó con mucho su anterior conducta perversa después de su entierro. Consideró que descansaba mal en su túmulo y volvió caminando a su granja. Al mismo tiempo despertó a todos los hombres que había matado y la gente de Albogastaðir gozó de poca tranquilidad en cuanto las noches comenzaron a tornarse oscuras. La mujer continuó con sus antiguas prácticas, atormentando a los vivos y a los muertos por igual, tanto que siempre podían oírse en la granja, por la noche, fuertes gritos y aullidos, como si manadas de almas torturadas se lamentaran en el tejado y ante la ventana por sus grandes sufrimientos y poco descanso. A veces parecía como si un potentísimo hedor de azufre brotara de la tierra, llenando la casa con sus bocanadas, a tal punto que los hombres se ahogaban y los perros corrían de un lado a otro como locos. A veces Gunnvór

corría por el tejado hasta que se estremecía cada una de las vigas, y al fin se creyó que ninguna casa estaba a salvo de sus malignos golpes y sus desvergonzadas cabalgatas nocturnas. Se trepaba a las espaldas de los hombres y sobre los lomos del ganado y aplastaba a las vacas. Enloquecía a hombres, mujeres y niños y atemorizaba a los ancianos, y no retrocedía ni ante la señal de la cruz ni ante los encantamientos mágicos. El relato dice que finalmente fue traído el sacerdote de Rauðsmýri para que la venciese, y que entonces ella, ante los admirabilísimos conocimientos del cura, huyó a la montaña, hendiéndola en el lugar en que ahora puede verse una grieta. Algunos afirman que fijó su morada en la montaña, en cuyo caso no es improbable que lo hiciese en forma de enana. Otros creen que habita mucho tiempo en el lago, asumiendo la forma de una serpiente o un monstruo acuático; y, en verdad, corre por boca de todos los hombres que hace ya muchas generaciones que un monstruo reside en el lago y se ha aparecido a muchísimos testigos, quienes lo atestiguaron bajo juramento, incluso aquellos que carecen de dotes de visionario. Algunos dicen que ese monstruo ha destruido tres veces la casa de Albogastaðir, otros que siete veces, de modo que ya ningún agricultor tuvo tranquilidad alguna allí; y la granja fue asolada porque continuamente la visitaban espectros de distintos aspectos. Y así, en tiempos del gobernador Jón Reykdalín, fue agregada a las tierras de Rauðsmýri, primeramente como aprisco para las ovejas en el invierno, de donde su nombre posterior de Casa Invernal, pero luego como corral para corderos.

2. La propiedad

En un pequeño otero de los marjales se yerguen las ruinas de una vieja casa de pegujalero.

Este otero es, quizá, sólo en cierto sentido la obra de la naturaleza; quizás es, mucho más, la obra de campesinos muertos hace tiempo, que construyeron sus hogares allí, en la herbosa orilla del arroyo, generación tras generación, unos sobre las ruinas de los otros. Pero hace ya más de cien años que es un redil para corderos; aquí las ovejas y sus corderos han balado durante más de cien primaveras. Desde el redil y su loma, principalmente hacia el sur, se extienden amplias extensiones de aguazales, salpicados aquí y allá de islotes de brezos, y un riachuelo baja de la montaña de Rauðsmýri hacia el marjal; otro, desde el lago del este, atraviesa los valles de los pantanos orientales. Al norte de la loma se yergue una empinada montaña, con las laderas inferiores cubiertas de cicatrices de deslizamientos de tierra y con las lenguas entre una y otra herida cubiertas de brezos. Los despeñaderos se elevan desde los desprendimientos en escarpados encastillamientos y en un lugar, sobre el aprisco, la montaña es hendida por un barranco en el basalto; desde el barranco cae en primavera una cascada, larga y delgada. A veces sopla el viento del sur, de tal modo que la cascada cae hacia el otro lado. Al pie de la montaña hay peñascos, esparcidos aquí y allá. Este aprisco, donde otrora estuvo la casa de Albogastaðir del Páramo, es conocido desde hace generaciones con el nombre de Casa Invernal.

Un pequeño arroyuelo corre ante el redil, describe un semicírculo en torno al prado que está frente a la casa, claro y frío, y sus aguas nunca se agotan. En verano los rayos del sol jugueteaban en su alegre corriente y las ovejas, acostadas junto a la orilla, mastican y estiran una pata en el césped. En esos días el cielo

está azul. El sol reluce, luminoso, en el lago y sobre sus cisnes y en la tersa corriente del río truchero que atraviesan los pantanos. Brezales y aguazales zumban en gozosa canción.

Las montañas y los altos páramos cercan el valle por todos los costados. Al oeste hay una cordillera angosta, y la primera granja que hay detrás se llama Útirauðsmyri, Rauðsmýri o, simplemente, Myri, sede del alcalde pedáneo, jefe de la parroquia. Este valle en el páramo ha formado parte, hasta ahora, de sus posesiones. Extensas tierras, intensamente cultivadas, se abren más allá de Myri. El espeso brezal del este, por el cual pasa la carretera que comunica con la ciudad del mercado, en el fiordo, es una travesía para la cual se considera que son necesarias cinco horas de marcha con caballos de carga. Al sur los bajos páramos ondulados se yerguen gradualmente en altura hasta que las Montañas Azules cierran el horizonte, fundiéndose en el cielo, aparentemente en piadosa meditación, y muy pocas veces desprovistas de nieve antes del día de San Juan Bautista. ¿Y qué hay más allá de las Montañas Azules? Sólo los desiertos de la tierra.

Y las brisas primaverales soplan en el valle.

Y cuando las brisas primaverales soplan en el valle, cuando el sol del estío brilla sobre las hierbas marchitas del año pasado, que cubren las orillas del río, y sobre los dos cisnes blancos del lago y hace surgir con sus halagos la hierba nueva del suelo esponjoso de los pantanos… ¿quién podría creer que en días así ese valle pacífico, herboso, estuviera meditando en la historia de nuestro pasado y en sus espectros? La gente cabalga junto al río, a lo largo de orillas junto a las cuales, lado a lado, hay muchos senderos abiertos uno a uno, siglo tras siglo, por los caballos de otrora… y las frescas brisas soplan por el valle, a la luz del sol. En días como ésos el sol es más fuerte que el pasado.

Una nueva generación olvida los espectros que pueden haber atormentado a las antiguas.

¿Cuántas veces fue destruida por los espectros la casa de Albogastaðir del Páramo? ¿Y cuántas veces fue reconstruida, a pesar de los espectros? Siglo tras siglo, el trabajador solitario abandona los caseríos para probar fortuna en esta loma, entre el lago y la grieta de la montaña, decidido a desafiar a los poderes malignos

que tienen esclavizada su tierra y ansían su sangre y la médula de sus huesos. El pegujalero eleva su canto generación tras generación, despreciando a las potencias que reclaman sus miembros y tratan de regir su destino hasta el día de su muerte. La historia de los siglos de este valle es la historia de un hombre independiente que lucha con las manos desnudas contra un espectro que cambia constantemente de nombre. En ocasiones el espectro es un espíritu semidivino que ha lanzado una maldición sobre su tierra. Otras veces le rompe los huesos bajo la apariencia de una norna. En ocasiones le destruye el pegujal, bajo la forma de un monstruo. Y sin embargo, siempre, por toda la eternidad, es el mismo espectro que ataca al mismo hombre, siglo tras siglo.

—No —dijo este hombre desafiante.

Era el que se dirigía a Albogastaðir del Páramo un siglo y medio después que el pegujal fuera destruido por última vez. Cuando pasó ante el túmulo de Gunnvór, en la montaña, escupió y gruñó vengativamente:

—Maldita sea la piedra que logres conseguir de mí, perra vieja —y se negó a darle una piedra.

Sus movimientos eran una respuesta a la brisa, su porte estaba en perfecta armonía con la tierra irregular que pisaba. Una perra amarilla le seguía, una perra de campesino, de hocico delgado, llena de piojos, porque a menudo se arrojaba al suelo y se mordía apasionadamente, rodando una y otra vez sobre las hierbas con ese gañido extraño y peculiar de los perros piojosos. Estaba necesitada de vitaminas, porque de tanto en tanto se detenía a comer hierba. Era igualmente evidente que tenía gusanos. Y el hombre volvía el rostro al fresco primaveral. El sol brillaba sobre las ondulantes crines de los caballos de antaño y en el viento había tamborileos de cascos antiguos; eran los caballos del pasado galopando por los caminos de herradura junto al río, siglo tras siglo, generación tras generación. Y los senderos todavía eran transitados… Y ahora él, el novísimo terrateniente, un colono islandés de decimotercera generación, la hollaba, impávido como siempre, con su perra. Deteniéndose en el camino de los siglos, recorrió con la mirada el valle bañado en el sol de la primavera.

En cuanto se detuvo, la perra se acercó a él, zalamera. Metió el

afilado hocico entre las duras zarpas del hombre, dejándolo allí y meneando la cola y todo el cuerpo; el hombre contempló filosóficamente al animal por unos instantes, saboreando, en la sumisión de su perra, la conciencia de su propia fuerza, el arrobo de la autoridad, y participando, por un segundo, del más elevado sueño de la naturaleza humana, como el general que revista sus tropas y sabe que con una sola palabra puede lanzarlas al ataque. Unos momentos transcurrieron así, y ahora el animal estaba sentado sobre el césped marchito, en la orilla, ante él, contemplándole con ojos interrogantes. Y él respondió:

—Sí, cualquier cosa que un hombre busque, la encontrará… en su perro.

Continuó analizando el tema mientras abandonaba el sendero y atravesaba el páramo en dirección al prado que rodeaba la casa; lo repitió en distintas formas: «Lo que un perro busca, lo encontrará un hombre». «Buscad y encontraréis». Inclinándose, palpó la hierba primaveral con sus gruesos dedos y midió su largo, luego arrancó algunas briznas en un trozo de terreno pantanoso y, después de limpiarlas de fango en sus pantalones, se las llevó a la boca como una oveja. Y pensando mientras masticaba, comenzó a pensar como una oveja. El gusto era amargo, pero no escupió; hizo chasquear los labios y saboreó el gusto a raíz de la hierba. «Esto ha salvado muchas vidas después de un largo invierno y poco heno», se dijo. «Hay en esto una especie de miel, aunque sabe fuerte. Es esta joven hierba de pantano la que da nueva vida a las ovejas en primavera, ¿sabes? Y las ovejas proporcionan nueva vida al hombre en otoño». Y continuó hablando de las hierbas de pantano y mezclándolo todo con filosofía y ejecutando variaciones sobre el tema hasta que llegó al prado de la granja.

De pie en el punto más alto del otero, como un explorador vikingo que ha encontrado su campamento en las alturas, miró en torno y vio agua, primero hacia el norte, en dirección a las montañas; luego al este, hacia las zonas pantanosas y el lago y el río, que fluía suavemente desde el lago hacia los marjales; luego hacia los páramos del sur, donde las Montañas Azules, todavía cubiertas de nieve, cerraban, meditabundas, el horizonte. Y el sol ardía desde un cielo sin nubes.

No lejos de donde él se hallaba, dos ovejas de Rauðsmýri segaban el verde del campo y, aunque eran las ovejas de su amo, las alejó y por primera vez quitó estorbos de su campo.

—Ahora esta tierra es mía —dijo.

Y entonces pareció como si algún recelo hiciese presa en él; quizá la tierra no estaba completamente pagada. En lugar de permitir que la perra persiguiese a las ovejas, la llamó. Y continuó inspeccionando el mundo desde su cercado, el mundo que acababa de comprar. El verano se elevaba en esos momentos sobre ese mundo.

Y fue por eso por lo que dijo a la perra:

—Casa Invernal no es un nombre para una granja como ésta, no. Y en cuanto a Albogastaðir del Páramo… tampoco es un nombre para ella. No es más que una de esas reliquias del viejo Papado. Maldito sea si adopto en mi granja nombres que están ligados a espectros del pasado. Fui bautizado Bjartur, que significa «brillante». De modo que la granja se llamará Casa Estival.

Y Bjartur de la Casa Estival se paseó por su propio prado, inspeccionando las ruinas invadidas por las hierbas, estudiando la obra de sillería de las paredes del redil y derribando y volviendo a construir, en su imaginación, el mismo tipo de casa en la que nació y se crió, al otro lado de los brezales de este.

—El tamaño no lo es todo, por cierto —dijo en voz alta a la perra, como si tuviera sospechas de que el animal abrigaba ideas demasiado elevadas—. Puedes creerme, la libertad es más importante que la altura de un cabrio. Yo tengo motivos para saberlo; la mía me costó dieciocho años de esclavitud. El hombre que vive de su propia tierra es un hombre independiente. Es su propio amo. Si logro mantener vivas mis ovejas durante el invierno y pagar todos los años lo convenido… entonces pago lo convenido y he mantenido vivas mis ovejas. No, es la libertad lo que todos buscamos, Titla. El que paga todo lo que necesita es un rey. El que mantiene vivas sus ovejas durante el invierno, vive en un palacio.

Y cuando la perra oyó estas palabras, se alegró a su vez. Y ya no había más nubes. Corrió en círculo alrededor de él, ladrando frívolamente. Luego se precipitó hacia él, con el hocico pegado al suelo como si estuviese a punto de atacarle. Y al instante siguiente

se había alejado nuevamente de un salto y describía otro círculo.

—Pues bien —dijo él con sobriedad—, nada de tonterías aquí. ¿Me ves a mi correr en círculos y ladrar? ¿Me acuesto con la nariz en el suelo y la bufonería en los ojos, para saltar sobre la gente? No, mi independencia me ha costado mucho más que eso: dieciocho años trabajando para el alcalde de Rauðsmýri y la Poetisa e Ingólfur Arnarson Jónsson, a quien se dice que ahora han enviado a Dinamarca. ¿Te parece que era por simple diversión por lo que solía ir a registrar las montañas del sur, en busca de los animales que se les habían extraviado, y con el invierno ya avanzado? No. Y me he hundido en la nieve. Y no puedo agradecerles a ellos, benditos sean, el que haya salido con vida a la mañana siguiente.

Ante este recordatorio la alegría de la perra menguó considerablemente y se sentó y comenzó a mordisquearse.

—Y nadie podrá decir jamás que mezquiné mis energías en su servicio; y, lo que es más, pagué la primera cuota de la granja la mañana de Pascua, como se estipuló. Y tengo veinticinco ovejas esquiladas y preñadas; muchos hay que comenzaron con menos y muchos también que fueron esclavos toda su vida y jamás fueron dueños siquiera de una estaca. Ahí tienes a mi padre, por ejemplo. Vivió hasta los ochenta y jamás consiguió pagar el mísero préstamo por enfermedad que la parroquia le adelantó cuando no era más que un jovencito.

La perra le contempló con escepticismo por unos instantes, como si verdaderamente no creyese en lo que le decía. Tuvo la tentación de ladrar, pero decidió no hacerlo y solamente abrió las mandíbulas en un prolongado bostezo, como interrogando.

—No, no supuse que me entenderías —dijo Bjartur—. Los perros sois en verdad pobres cosas, aunque, en general, pienso que los seres humanos tenemos mucho menos de qué jactarnos. Sin embargo, las cosas nos habrán ido peor de lo que creo si mi Rosa no tiene otra cosa que ofrecer a su gente la víspera de Navidad que los huesos de un caballo viejo, después de veintitrés años de hacer de ama de casa, a pesar de que a la poetisa de Rauðsmýri eso le pareció, el año pasado, el proceder correcto. —La perra se mordía nuevamente con encono—. Sí, no es extraño que su perra ovejera esté piojosa y coma hierba, cuando su ama de llaves no ha logrado

ver en veinte años la llave de la alacena. ¡Y buena historia contarían los caballos que deja al raso en invierno, si pudieran hablar, pobres animales! Todos estos años han sido de constante martirio para ellos, y probablemente será mejor para algunas personas que las ovejas no tengan sitio en el tribunal del juicio final, pobrecitos.

El arroyo de la granja bajaba de la montaña en línea recta y luego giraba hacia el oeste para descender a los marjales. Tenía en su curso dos saltos, como hasta la rodilla de un hombre de altos, y dos estanques, como hasta la rodilla de un hombre de profundos. En el lecho había guijarros, cascajo y arena. Cada curva poseía su propio tono, pero ninguna de ellas era triste. El arroyo era alegre y cantarino como la juventud, pero cantaba en varias cuerdas y ejecutaba su música sin pensar en auditorio alguno, sin importarle si nadie la escuchaba durante cien años, como un verdadero poeta. El hombre lo examinó todo atentamente. Se detuvo ante el salto superior y dijo:

—Aquí podrá lavar ella los calcetines y demás. —Junto a la caída inferior dijo—: Aquí podremos poner a remojar el pescado salado. —La perra agachó la cabeza hasta el agua y la lengüeteó. El hombre también se acostó de bruces en la orilla y bebió, y un poco de agua se le metió en la nariz—. Es agua de primera —dijo Bjartur de la Casa Estival, mirando al perro mientras se limpiaba la nariz con la manga—. Casi podría creer que ha sido consagrada.

Probablemente se le ocurrió que con esta observación estaba revelando una grieta de su armadura a los desconocidos poderes del mal que, según creía el pueblo, infestaban el valle, porque de pronto se volvió en la brisa primaveral, se volvió en círculo completo y gritó en todas direcciones:

—Y no es que tenga importancia; el agua puede no estar consagrada, por lo que a mí me importa. No te temo, Gunnvór. Muy mal te irá si te opones a mi buena suerte, vieja bruja, porque los espectros jamás me arredraron hasta ahora. —Apretó los puños y, con ojos encendidos, miró la hendidura de la montaña, la cordillera del oeste y el lago, mascullando todavía palabras de desafío, entre dientes, al estilo de las sagas—. ¡No me arredrarán!

La perra pegó un brinco y, corriendo locamente hacia las ovejas que estaban al pie del otero, comenzó a morderles rencorosamente

las corvas, porque creía que el hombre estaba enojado. Pero él estaba solamente henchido del espíritu moderno, y decidido a ser un hombre libre en su propia tierra, con la misma independencia de las generaciones que habitaron allí antes que él.

—¡Kólumkilli! —exclamó con una carcajada de desprecio, después de llamar a la perra—. ¡Qué cuento! ¡Con qué tonterías permitían estas viejas que les llenaran la cabeza!

3. La boda

Para cuando llega el Día del Plazo la hierba espléndidamente patriótica de Islandia ha comenzado a brotar para los habitantes con una velocidad bien recibida, casi se podría segar ya la que crece en los campos abonados, las ovejas han comenzado a levantar otra vez sus pesadas cabezas y a ocultar sus costillas con carne, y la cara sin ojos de la carroña del pantano queda sepulta bajo el césped. Sí, la vida es dulce en ese tiempo y ésta, en verdad, es la época de casarse, porque todos los nidos de los ratones en las ruinas antiguas han sido destruidos y se ha construido una nueva casa en la granja. Es la de Bjartur de la Casa Estival. Se ha acarreado piedra, se ha cortado turba, se han erigido muros, clavado entramados, colocado vigas y tablas para un techo de tingladillo, se ha puesto la chimenea en su sitio… y he ahí la casa del pegujal como si formase parte de la propia naturaleza.

El matrimonio fue solemnizado en Nióurkot, un poco más lejos, en una vivienda de la misma clase, la casa de los padres de la novia, y la mayoría de los invitados provenían del mismo tipo de moradas: casitas ubicadas al pie de las montañas o cobijándose en la ladera meridional de una elevación, cada una con un arroyuelo corriendo tersamente por el marjal. Cuando se viaja de una casa a la próxima nada parece más probable que el que todas lleven el mismo nombre y que el mismo hombre y la misma mujer trabajen en todas ellas; sin embargo, no es así. El viejo Þórður de Nióurkot, por ejemplo, había abrigado durante toda su vida el sueño de construirse un molino sobre el arroyo de su granja. La corriente tenía cierta fuerza, y si lograba construir el molino y moler cebada escocesa para la gente, podría obtener una ganancia decente. Pero, en cuanto tuvo terminada la construcción, dejaron de importar granos enteros, y, de cualquier modo, la gente prefería comparar sus cereales ya

molidos. Sus chicos jugaban en la choza del molino, en los días primaverales de la infancia sin noche; el cielo estaba azul en esos días; jamás lo olvidaron en su vida.

Eran siete. Cuando crecieron abandonaron el hogar y se fueron a lugares distantes. Dos hijos se ahogaron en un océano lejano y un hijo y una hija se dirigieron a una tierra más remota aún, América, que está más lejos que la muerte. Pero quizá la distancia no sea mayor que la que separa a los miembros de una familia pobre en el mismo país. Dos hijas se casaron en aldeas pesqueras y una de ellas era ahora una viuda con una horda de chiquillos, en tanto que la otra, casada con un tísico, vivía de la ayuda de la parroquia… ¿Qué es la vida?

La hija menor, Rosa, había pasado la mayor parte de su vida en casa, hasta que fue a servir a la del alcalde pedáneo de Útirauðsmyri. No quedaba, pues, en la casa nadie más que la pareja de ancianos, una vieja que vivía con ellos y un ochentón pobre de cuyo cuidado se encargaba la parroquia. Y hoy se casaría Rosa; eso es lo que ella había obtenido de la vida. Mañana se iría para siempre. Y el molino estaba junto al arroyo. Así es la vida.

Aunque Bjartur pasó su vida, de la juventud en adelante, en una gran finca, la mayoría de sus amistades eran campesinos de tierra adentro, ovejeros como él que se afanaban como esclavos con sus rebaños, un día y otro, todo el año, hasta que morían sin haber logrado cerrar algún trato que montara a algo más que unas pocas monedas cada vez. Algunos de ellos consiguieron alcanzar un grado de cultura que se exteriorizaba en una sala de madera, de forma de caja, con techo de hierro ondulado, pero esas casas eran húmedas y estaban llenas de corrientes de aire. Las corrientes de aire son productoras de reumatismo, la tisis medra en la humedad. Empero, la mayoría de ellos se consideraban afortunados si podían renovar una o dos de las paredes de sus casas de barro una vez cada cinco años, y eso a despecho de los sueños de cosas más elevadas. De un modo o de otro, en cada casa vive y persiste el sueño de algo mejor. Durante un milenio se han imaginado que se elevarían, de algún modo misterioso, sobre la penuria y que adquirirían una gran finca y el título de granjeros terratenientes, el sueño eterno. Algunos piensan que todo esto sólo se cumplirá en el cielo.

Vivían para sus ovejas y, con la excepción del alcalde, comerciaban todos en Fjóróur con Túliníus Jensen, administrador de Bruni, una firma de mercaderes daneses. El alcalde hacía sus negocios en Vík, y, como él mismo decidía qué precio debía obtener por sus ovejas, se murmuraba que debía de tener más de un interés en ese comercio.

La gente se consideraba afortunada cuando era anotada en los libros de Bruni, porque éste generalmente le concedía una cierta cifra de crédito. Desde ese día en adelante no volvían a ver una sola moneda, por supuesto, pero se sentían razonablemente seguros de sobrevivir al invierno y de obtener suficiente harina de centeno, desechos de pescado y café con que poder alimentar a los hijos, o por lo menos a los que no morían (los otros eran olvidados), siempre que se atuvieran a la única comida acostumbrada en primavera. Si Bruni les mostraba aprobación, incluso podía llegar a ayudarles a comprar alguna tierra y entonces serían dueños de ella —al menos de nombre— y se les consideraría campesinos propietarios, por lo que respecta a la lista de la contribución y las cuentas de la iglesia. Y cuando murieran, serían anotados en el registro parroquial y podrían merecer la consideración de los genealogistas.

Estos hombres no eran de índole servil ni se creían parte del rebaño común. Se plantaban sobre sus propios pies; la independencia era su gran capital. Creían en la actividad privada y, si hubieran bebido un trago de aguardiente, habrían hecho citas de las Sagas y las Rimas. Eran hombres encallecidos por la torva, continua batalla por la existencia, hombres a quienes no desalentaba ningún esfuerzo físico, ni siquiera el de morir de hambre con sus familias hacia fines del invierno. Y sin embargo, no eran en modo alguno espiritualmente pobres, groseros materialistas que hicieran un dios de su vientre. Conocían muchas poesías, algunas de ellas escritas en la ingeniosa forma tradicional con rima en el medio y al final, además de aliteración, y uno o dos de ellos podían improvisar una cuarteta acerca de su vecino, de su pobreza, del peligro o de la naturaleza, o de esas esperanzas de días tolerables que sólo se cumplirán en el cielo. Oh, sí, incluso acerca del amor (versos obscenos). Bjartur era uno de esos poetas. Poseían

también un inagotable venero de cuentos relacionados con viejos y viejas extraordinarios, generalmente idiotas, y, además, relatos de clérigos excéntricos. Su propio sacerdote, aunque no era un tonto ni un pillastre, tenía ciertas peculiaridades por las cuales ellos habían expresado su gratitud en muchas narraciones agradables acerca del digno reverendo Guðmundur. Este sentido de la obligación se veía grandemente acentuado por el hecho de que él había llevado consigo a la parroquia una admirable raza de ovejas, que ellos bautizaron con el nombre de raza reverendoguómundur. Y aunque el sacerdote jamás se cansaba de acusar a las ovejas y de denigrar a esa especie animal —porque opinaba que apartaban de Dios los corazones de los hombres—, sin embargo, con sus carneros, fue una fuente de mayor ayuda para los campesinos que hombre alguno antes o hasta entonces. Porque los animales tenían carnadura buena y firme, si bien eran quizás un tanto pequeños. Por lo tanto los pequeños arrendatarios sentían un gran respeto hacia su párroco y la inclinación de perdonarle más que a otros.

Empero, en opinión del sacerdote, no eran solamente las ovejas las que perturbaban el correcto pensamiento de su grey, apartando sus corazones de Dios y de la Redención que únicamente puede conseguirse por gracia de Él. Dentro de la misma acusación incluía a la famosa poetisa, esposa del alcalde de Myri, a quien muchos consideraban más correcto llamar Señora. Ahora el relato se ocupa de ella.

Esta dama, hija de un armador pesquero de Vík, se educó en la Escuela de Mujeres. Se casó con el alcalde Jón —decía— pura y simplemente porque era un granjero y ella adoraba las alegrías de la vida campesina. Su conocimiento de dichas alegrías comenzó en su hogar paterno, con la lectura de literatura extranjera, especialmente de Bjórnsterne Bjórnson, y continuó en la Escuela. Cuando quedó encinta por primera vez, el primer colono de Islandia, Ingólfur Arnarson, se le apareció en sueños y, después de entonarle las alabanzas de la agricultura, le pidió que pusiera su nombre a su primer hijo.

La mujer agregó cien centenas de terreno a la finca, como dote, y más tarde, cuando obtuvo su herencia, compró ganado para las tierras. Amaba a los campesinos más que a cualquier otra cosa en su

vida y jamás despreciaba una oportunidad de convencerles del valor del idilio bucólico o del deleite que emanaba de vivir y morir en una granja. Un resplandor de sol espiritual irradiaba de ella hacia toda la región; era la fundadora y presidenta de la Asociación Femenina de la pedanía; publicaba artículos y poemas en los periódicos de la capital, ensalzando las églogas campestres y la salud física y espiritual que podía extraerse de la posesión de una granja. Consideraba las tareas domésticas como la única forma de industria legítima en Islandia, por lo cual gastaba mucho tiempo y trabajo en tejer. En consecuencia fue enviada como delegada a la conferencia de la Federación de Asociaciones Femeninas, que se celebraba en la capital, para discutir acerca de las artes domésticas y de esas cualidades morales que únicamente pueden ser alimentadas por la vida rústica, cualidades que tienen el poder —sólo ellas— de salvar a nuestro país de la calamidad que lo amenaza en estos tiempos difíciles. Una mujer como ella sabía apreciar la belleza del rostro cambiante de las estaciones y de las Montañas Azules mientras permanecía sentada ante su ventana, en Myri. Oh, sí. También sabía hablar en una reunión de esa belleza; hablaba de ella con tanto sentimiento como un excursionista en una merienda campestre. El trabajo al aire libre, en el seno de la naturaleza, era —sostenía ella— una forma de saludable ejercicio físico practicado en el centro mismo de la indescriptible belleza del campo. Y además, envidiaba a los pegujaleros porque tenían tan pocos motivos de preocupación. Y porque sus gastos eran tan ínfimos. En tanto que su esposo se había abrumado de deudas debido a la nueva construcción de edificios, a la compra de equipo agrícola y a las mejoras introducidas en la tierra, esto sin hablar del costo de la manutención de los braceros en estos tiempos tan duros, lo único que los habitantes de los valles debían hacer para vivir perfectamente felices era levantarse una hora más temprano por la mañana y trabajar hasta una hora más tarde por la noche. Los ricos jamás son dichosos, decía, pero los pobres son felices casi sin excepción.

Cuando un hombre pobre se casaba y se establecía como granjero, también ella se casaba en espíritu y besaba las huellas de sus pisadas. Por ello prestó una gran tienda para la boda de Bjartur,

de modo que se pudiera beber café bajo techo y fuera posible hacer discursos.

Los campesinos se encontraban de pie en el empedrado, frente a la puerta, o recostados contra la pared, haciendo muecas mientras sorbían rapé o hablando del novio. La conversación era la de la primavera; los temas, fijos e inmutables, con el énfasis intensamente puesto en las distintas enfermedades de las ovejas. Durante muchos años la lombriz solitaria fue una maldición nacional, pero, con los sucesivos progresos en la higiene canina, se conquistó un cierto ascendente sobre el malhadado huésped. Empero, en los últimos años había comenzado a hacer notar su presencia en las ovejas un nuevo gusano de menos espíritu patriótico que el antiguo. Se trataba de la lombriz de los pulmones y, aunque la solitaria jamás perdió su absorbente interés estacional, la de los pulmones demostraba, en cada primavera, que estaba desalojando rápidamente a aquélla de su lugar de preeminencia como tópico de conversación.

—Bien —dijo Pórir de Gilteig—, si se me pidiera una opinión, diría que no hay nada que temer mientras consigamos mantenerlas libres de diarrea durante el invierno. Aunque los gusanos les salgan por la nariz, no entiendo por qué habríamos de preocuparnos mientras tengan el estómago limpio. Y si tienen el estómago limpio, estoy seguro de que cualquiera esperará que soporten las hierbas tempranas de la primavera. Sin embargo, es posible que me equivoque, en esto como en tantas otras cosas.

—No —dijo el novio—, tienes razón, tórarinn de Uróarsel, de quien se dice que está acostado en su lecho de muerte, tenía la misma opinión, y puedo asegurarte que era un genio en cuestiones de diarrea. Pero cuando las afectadas eran las ovejas, tenía mucha fe en el tabaco de mascar. Recuerdo que me dijo una vez, cuando estuve con él hace uno o dos años, que en ciertos inviernos daba a sus ovejas hasta cuatro onzas del mejor tabaco; y dijo que prefería mezquinar el café a su familia, por no hablar del azúcar, antes que ver que sus ovejas careciesen de tabaco de mascar.

—Bueno, a decir verdad yo nunca me he considerado experto por mis métodos agrícolas —observó Einar de Undirhlíð, el salmista y poeta conmemorativo de la región— y no puedo decir que ello me

preocupe en lo más mínimo, porque he notado que los que más se afanan por lograr algún provecho son los que más lentamente prosperan en este mundo. En cierto modo parece que la fortuna les convierte en sus juguetes predilectos. Pero si tengo que darles mi opinión según mi saber, entonces diré que si el forraje tiene muy poco poder para mantener a las ovejas libres de gusanos, el tabaco lo tiene menor aún. Mascar un poco de tabaco puede estar bien cuando la situación es desesperada, pero, al fin y a la postre, el tabaco es tabaco y el forraje es forraje.

—¡Muy cierto, hasta la última de las palabras! —exclamó Ólafur de Ystadalur, de habla rápida y voz un tanto chillona—. El forraje es siempre forraje. Pero hay forraje y forrajes, como supongo que cualquiera puede entenderlo, teniendo en cuenta las veces que los veterinarios así lo han dicho en los diarios. Y una cosa es completamente segura: que las malditas bacterias que producen los gusanos están ocultas en algunos tipos de forraje. Las bacterias son siempre bacterias, es verdad, y jamás se produjo un solo gusano sin bacterias. Me parece que cualquiera puede entenderlo. Y permítaseme la pregunta, ¿dónde están originariamente las bacterias, si no en el forraje?

—No sé; en la actualidad no discuto acerca de nada —replicó Pórir de Gilteig—. Tratamos de cuidar que los animales tengan una aumentación decente. Y tratamos de que los niños tengan una buena crianza cristiana. Es imposible decir dónde comienzan los gusanos: si en el reino animal o en la sociedad humana.

Entretanto las mujeres, sentadas en el interior, mantenían una discusión susurrada en punto a Steinka de Gilteig, que, según se suponía, debía cuidar a su padre Póúr. Y es que había tenido un niño la semana anterior, y varias de las mujeres acudieron a ofrecer sus servicios para la ocasión, porque todas están ansiosas de ayudar cuando alguna ha tenido un hijo ilegítimo, o al menos durante la primera semana, mientras no se sabe todavía quién es el padre. Ella pasó un mal rato con todo eso, pobre chica, y el niño no lo pasó mejor; se dudaba de que sobreviviera. Pero, poco a poco, la conversación de las mujeres fue girando en torno a sus propias preñeces y enfermedades, así como a las enfermedades de los niños. En estos días el país no parece tener una gran salud, a pesar de lo

cual no se ven señales de una gran epidemia como la viruela y la peste negra de tiempos antiguos; sólo aparecen esas dolencias eternas, como dolores de muelas, sarpullido, inflamación de las articulaciones, magulladuras; toses enconadas, a menudo acompañadas de expectoraciones de flema, continuos dolores agudos en el pecho e irritación de la garganta, eso por no mencionar los peculiares retumbos en el vientre que provienen del aire que hay dentro; aunque quizá ninguna enfermedad es más mortífera para la mente y el cuerpo que la de los nervios.

La esposa del alcalde salió corriendo de la casa y se dirigió hacia los hombres. Pero cuando escuchó el tema de la conversación, les pidió, en palabras que tenían peso —porque era la suya una presencia vigorosa con su rostro ancho, sus gafas y su porte imponente, no muy distinto de las fotografías del Papa—, que cesasen en su cháchara. Les rogó que escogieran algún tema que estuviese más de acuerdo con la belleza de un día primaveral, e indicó las queridas Montañas Azules y el luminoso cielo sin nubes que tenían sobre sus cabezas y los prados que pronto estarían frescos y verdes.

—He aquí, por lo menos, a dos poetas de reputación local —dijo —. En primer lugar el propio novio, y luego Einar de Undirhlíð. Y además está nuestro Ólafur de Ystadalur, encariñado con las doctrinas científicas y miembro de la Asociación de Patriotas. Si duda se os habrán ocurrido, esta primavera, algunos hermosos versos en el dulce seno de la naturaleza…

Pero los poetas jamás se mostraban tan reacios a recitar sus composiciones como en presencia de la alcaldesa, porque, a pesar del calor de sus protestas de respeto hacia ellos y de la franqueza con que admitía su envidia por las habilidades que poseían, la sonrisa era tan fría que los hombres sentían que nada podría franquear el océano que les separaba. Los dos hombres estaban muy lejos de la forma de pensar de la Señora de Myri. Esta señora era una ardiente admiradora de los grandes poetas del mundo y no se cansaba de alabar la belleza de nuestra vida en la tierra. Tenía una gran fe en el Dios que la dirige; creía que Él existía en todas las cosas y que el papel del hombre era permanecer a Su lado y ayudarle en todas las circunstancias, buenas y malas; no le

interesaba ningún otro género de vida. Esa forma de pensar era condenada por el sacerdote como el paganismo más franco. Einar de Undirhlíð, por otra parte, despreciaba al mundo y generalmente escribía acerca de personas que ya estaban muertas. Buscaba consuelo en la religión cristiana, de la que creía que para los campesinos sería de mayor provecho en la vida futura que en ésta. Pero el sacerdote había prohibido que se cantaran sus elegías en los funerales, sosteniendo que era indecoroso que simples campesinos, sin conocimiento de la teología, compitiesen con los salmistas que la nación honraba desde la antigüedad. En cuanto a Bjartur, era un devoto del antiguo espíritu de la nación, tal como éste se revela en las Rimas y los clásicos, y admiraba sólo a aquellas personas que confiaban en sus propias fuerzas, a personas como Bernótus Borneyarkappi, los vikingos de Jóm y otros héroes del pasado. De los clásicos extraía, además, su técnica versificadora, negándose a admitir que algo menos complicado que cuartetas hábilmente construidas pudiese ser buena poesía. En este momento apareció el sacerdote, a caballo. Lanzó un hondo gruñido cuando desmontó, y luego permaneció allí, hombre de heroicas proporciones, de rostro azulado, pelo gris, irritable y hosco en sus respuestas, y jamás de acuerdo con nadie. En esta ocasión arregló muy poco las cosas el hecho de que la primera persona en quien posase la mirada fuese la poetisa.

—No veo ningún motivo para que me arrastren hasta aquí —gruñó—. Probablemente hay aquí personas que saben mucho más de predicar que yo.

—Quizá —respondió Bjartur con una sonrisa, mientras tomaba los caballos—, pero nos gusta más poner algún tipo de rótulo a nuestro amor.

—¡Amor! ¡Bah! —bufó el párroco mientras cruzaba apresuradamente el terreno en dirección a la casa. El buen hombre quería beber su café antes de que comenzase la ceremonia, porque debía viajar con rapidez. Era sábado y tenía que bautizar a un niño antes del anochecer y visitar una capilla auxiliar de la parroquia al norte de Sandgilsheiói—. Ni una palabra más de las que prescriba el ritual —continuó—. Creo que ya me he quemado los dedos suficientes veces con estos sermones matrimoniales. La gente que se

precipita arriesgadamente hacia estas improvidencias sin un átomo de la preparación espiritual que exige la boda cristiana, y, ¿dónde termina todo? De las que he casado, no menos de doce parejas han terminado viviendo de la parroquia… ¡y es para estas personas para quienes uno tiene que hacer un discurso! —Y agachando la cabeza para no golpearla contra el dintel, desapareció en el interior.

Poco después, la novia, cabizbaja y bizqueando de un ojo, fue conducida a la tienda por la alcaldesa. Las mujeres las siguieron, luego vinieron los hombres y los perros, y el sacerdote, de arrugada sotana y con el café apenas acabado de beber, cerraba la marcha. Rosa de Nióurkot tenía veintiséis años cuando se casó y era carillena, reservada y con una pequeña nube en un ojo, de cachetes rojos, buenas proporciones pero estatura no muy elevada. Durante todo el camino hacia la carpa mantuvo la mirada baja hacia el delantal de su traje nacional. Junto al poste interior de la tienda había una mesita, el altar. El sacerdote se detuvo detrás de ella y comenzó a volver las hojas del misal.

Nadie dijo nada, pero los coristas hablaban entre sí entre susurros; luego unas pocas voces toscas y discordantes comenzaron a entonar el himno nupcial en distintos tonos y tiempos. Las mujeres se enjugaron las lágrimas de los ojos, el sacerdote hundió la mano en el bolsillo y extrajo el reloj bajo las narices de los novios. Luego les casó según lo que decía el misal. No se cantó himno alguno después de la ceremonia, pero el sacerdote deseó felicidad a la pareja, de acuerdo con las exigencias oficiales, y preguntó al novio si tenía listos los jamelgos; no podía perder más tiempo con ceremonias nupciales. Bjartur corrió a preparar los caballos, en tanto que las mujeres rodeaban a la novia y la besaban. Entonces llegó el momento de tomar café.

Colocaron las mesas y los bancos, y los invitados se dignaron tomar asiento. Como el sacerdote se había ido, la esposa del alcalde se sentó junto a la pareja de recién casados. Se trajeron fuentes cargadas de gruesos buñuelos y de pasteles de Navidad llenos de costosas uvas pasas y los hombres continuaron sorbiendo rapé y hablando de ovejas. Pronto llegó el café.

Por unos momentos la fiesta pareció ayuna de ardor, pero cada invitado se bebió, leal y ruidosamente, sus cuatro u ocho tazas de

café, mientras aquí y allá podía oírse el crujir de las semillas de las pasas al partirse.

—¡No le tengáis miedo a la comida, muchachos —gritó Bjartur, resplandeciente de hospitalidad—, y nada de timideces con el café!

Finalmente quedaron saciadas las ansias de café de todos. Afuera podía oírse trinar al zarapito, porque también era la luna de miel para él. Entonces la Señora de Myri, la poetisa, se puso en pie, con el rostro brillando magnánimamente en la reunión, en su dignidad papal. Rebuscando en el bolsillo de su falda, extrajo unas hojas de papel cubiertas de una escritura apretada.

Dijo que sentía que debía decir unas pocas palabras en esa solemne ocasión en que presenciaba la unión de dos corazones. Naturalmente, no era su deber, sino el de otros, hacer que la luz refulgiera sobre esa joven pareja que se aprestaba a salir a la vida para cumplir su deber para con la patria, el más bello deber que era posible cumplir para con la patria; y para con Dios. Pero era como en la vieja parábola: muchos son llamados, pero pocos acuden. Y entonces, dadas las circunstancias, ella debía decir algo, porque los recién casados eran, por así decirlo, sus propios hijos; habían servido en su casa tan lealmente —el novio nada menos que durante dieciocho años—, que ella no podía permitir que comenzasen a recorrer el sagrado sendero de su vida sin unas pocas palabras de aliento y exhortación. Lamentaba tener que decir que era en ella una pasión innata la de no perder jamás la oportunidad de alabar la nobleza de la vida del campesino. Es cierto que ella misma había nacido en una ciudad, pero la Providencia quiso que fuese la esposa de un agricultor, y por cierto que jamás lo lamentó, porque la naturaleza era la más elevada creación de Dios y la vida vivida en el seno de la naturaleza era la vida perfecta. En comparación con ella, cualquier otra vida era otro tanto de espuma y humo.

—La gente de las ciudades —dijo— no tiene idea de la paz que concede Madre Natura, y, mientras no se consigue esa paz, el espíritu debe tratar de aplacar su sed con novedades efímeras. ¿Y qué es más natural que el que la afiebrada búsqueda de placeres de los ciudadanos dé forma a un tipo de personas de carácter inestable, atolondrado, que piensan solamente en su aspecto personal y en su

vestimenta y encuentran consuelo momentáneo en modas tontas y en otras tantas indignas innovaciones? El campesino, en cambio, se encamina a los verdes prados, rodeado de una atmósfera clara y pura, y, mientras la inspira, una energía desconocida le fluye por los miembros, vigorizándole cuerpo y alma. Esa calma que reina en la naturaleza le llena la mente de paz y sosiego; el brillante césped verde que pisan sus pies despierta en él un sentimiento de belleza, casi de reverencia. En la fragancia que llega tan dulcemente a su nariz, en la quietud que se esparce tan bienaventuradamente en su derredor, hay consuelo y descanso. Las laderas de las colinas, las cañadas, los saltos de agua y las montañas son todos amigos de su niñez y jamás son olvidados. Constituyen un espectáculo grandioso e inspirador, en verdad, algunas de nuestras montañas. Pocas cosas pueden haber tenido una influencia tan honda y perdurable en nuestros corazones como sus contornos puros y dignos. Ellas dan abrigo a los que no tienen nuestra estatura ni nuestra fuerza. ¿Dónde —preguntó la poetisa— puede encontrarse un deleite tan generoso como en estos tranquilos y floridos claros montañeses, donde las flores, esos ojos de los ángeles, si puedo así decirlo, señalan hacia el cielo y nos piden que nos hinquemos en reverencia al Todopoderoso, a la belleza, a la sabiduría y al amor? Sí, ciertamente todas estas influencias son enormes en su potencia, y de largo alcance en su extensión. —La Señora consideraba que no era cosa insignificante vivir la vida sometido a esas fuerzas.

—En la Edad Media se creía caballeresco proteger a los desvalidos —continuó—. ¿Por qué no habría de seguir pensándose así? —Definía como desvalidos a los que son más débiles que nosotros, que necesitan cobijarse bajo nuestras alas protectoras—. Y cuando digo estas palabras, las acompañan, con muchos y sinceros agradecimientos a ti, Bjartur, nuestras ovejas de Útirauðsmyri. Fue un grande y elevado papel el que tú desempeñaste en la finca como pastor. «Ama al pastor como a tu propia sangre», dice el antiguo verso.

«El pastor se levanta temprano y sale al frío para visitar a los torpes animalitos en sus establos. Pero no retrocede —dijo—. La ráfaga helada le endurece y le templa los nervios. Siente en su interior una fuerza que no conocía anteriormente. El talante heroico

se despierta en él en su lucha contra la tormenta, en tanto que las raíces de su corazón se caldean con el pensamiento de que sus esfuerzos se hacen para ayudar a los indefensos. Tal es la belleza de la vida del campesino. Y es la más grande institución educacional de nuestra nación. Y nuestra cultura rural es transportada sobre los hombros de nuestros campesinos. Una sabia prudencia está entronizada junto a ellos en su asiento de honor, perpetua fuente de bendiciones para la tierra y su gente».

La poetisa leyó su discurso con convicción y ardor, a lo que se agregaba el calor que reinaba en la tienda; el sudor abandonó la amplia frente y descendió en chorros por las lozanas mejillas. Extrayendo un pañuelo se secó el rostro. Luego continuó:

—No sé si conocéis las creencias religiosas de los persas.

«Esta raza creía que el dios de la luz y el dios de la oscuridad libraban eterna lucha y que el papel del hombre era ayudar al dios de la luz en su combate, arando los campos y mejorando las tierras. Esto es precisamente lo que hacen los campesinos. Ayudan a Dios, si se me permite decirlo; trabajan con Dios en el cultivo de las plantas, el cuidado del ganado y de sus propios congéneres. No existe aquí, en la tierra, actividad alguna de más alta nobleza. Por ello dirijo estas palabras a todos los agricultores, pero primero y principalmente a nuestro novio de hoy: Vosotros, hijos de la tierra, cuyos afanes son interminables y vuestros descansos pocos, sabed, os lo ruego, de lo excelso de vuestra vocación. La agricultura es trabajo en cooperación con el propio Creador y en vosotros Él se place grandemente».

«Y no olvidéis que es Él quien da los frutos».

«Y ahora —dijo la Señora— me agradaría dirigir unas palabras especialmente a Rosa, esa muchacha bien educada y sobria de Nióurkot, aquí presente, a quien todos hemos aprendido a querer tanto y estimar tan profundamente durante los dos años en que nos ayudó en Útirauðsmyri… nuestra novia de hoy, la futura ama de la Casa Estival».

«No es cosa fácil ser ama de una casa, no es fácil saber que el destino de una es llevar a cabo la función más encumbrada que existe».

«No dudo de que muchas mujeres pensarán que es una tarea

imposible la de hacer de su hogar algo que, adondequiera que se dirija la mirada, sea como una radiante sonrisa; de investigar todo lo que hay dentro de él con tal tranquilidad y felicidad que desaparezcan el odio y la amargura y que todos se sientan en condiciones de superar el más grande de los obstáculos; de hacer que todos tengan la sensación de ser libres, puros y valientes, y tornarles conscientes de su afinidad con Dios y el Amor. La verdad es que esto resulta ciertamente difícil y desconcertante. Pero ésa es tu tarea, ama de casa; la tarea que el propio Dios te ha designado para desempeñar. Y tú tienes la fuerza necesaria para ello, aunque no lo sepas. Eres capaz de cumplirla, con sólo que no pierdas la fe en el amor que tienes en tu interior. No sólo la mujer cuya buena suerte le permite hollar los senderos más soleados de la vida y que ha recibido los beneficios de una buena educación, sino también la que ha tenido poca instrucción y vive en la parte más umbrosa de la vida, en una casita pequeña y con muy poco que elegir; también en ésta reside esa potencia, porque todas tenéis la misma alta cuna: todas vosotras sois hijas de Dios. La fuerza de una mujer cuyo hogar resplandece con el fulgor de la dicha terrenal es tal que torna iguales a la cabaña de techo bajo y la mansión de alta estructura. Iguales en luminosidad. Iguales en calor. Esa fuerza es el verdadero igualitarismo».

«Recuerda, Rosa, que cada día haces más veloces las olas que ondulan hasta llegar a los mismos confines de la existencia; tú agitas esas ondas que se quiebran en las playas de la eternidad. Y es sumamente importante saber si serán olas de luminosidad, portadoras de luz y fragancia a todos los ámbitos, o si serán olas de melancolía, si llevarán infortunio y desgracia para liberar glaciares aprisionados que crearían una Era Glacial en el corazón nacional».

«Considera el amor en su forma perfecta, en su sacrificio incondicional, en su afinidad hacia todo lo que es elevado y magnánimo en el alma del hombre. Considera la fuerza que opone a todo lo malo e impuro. Ten en cuenta la potencia del amor, y cómo la choza se transforma por él en palacio, cómo el gélido invierno se torna radiante estío, cómo la pobreza misma se convierte en un verdadero lecho de rosas».

La pareja nupcial y los invitados escucharon esta oración en

silencio perfecto, sólo interrumpido por el gorjeo, afuera, de los pájaros del verano, el zumbido de dos moscardones que bordoneaban en torno a la parte superior del poste de la tienda y los ronquidos de las narices obstruidas por el rapé. Y nadie se atrevió a sonarse la nariz antes de que la poetisa se sentara. Algunas de las mujeres comentaron el discurso en murmullos admirativos. Luego reinó nuevamente el silencio. Los invitados permanecían sentados, mirando con expresión vacua hacia delante, pesados por el calor y torpes de tanto café ingerido, hipnotizados por el rebrillo de las paredes de lona que relucían al sol y por el zumbido de los moscardones.

Por fin el silencio fue roto una vez más. Hrollaugur de Keldur, un anciano granjero de enorme nariz y barba gris, dijo, sin motivo aparente, volviéndose hacia Bjartur:

—Los animales de Myri, ¿han mostrado señales de modorra esta primavera, Bjartur?

Esta pregunta oportuna despertó a los concurrentes del letargo y la apatía, devolviéndoles nuevamente un interés por la vida. Los hombres detallaron concienzudamente todos los casos de modorra que ocurrieron en la región durante la primavera y expresaron algunas observaciones algo menos que corteses en punto a las lombrices solitarias. Todos quedaron de acuerdo en que la purga de los perros había sido una lamentable chapuza durante los últimos dos años, estado de cosas por el que algunos se sentían con inclinación a culpar al rey del rodeo y escribiente de la parroquia, un hombre que había conseguido introducirse en el puesto de sanador de perros por recomendación del cura.

—Yo, por mi parte, he decidido que limpiaré a mi perro, este otoño, por mi propia cuenta —declaró el novio.

Se opinó únicamente que un perro sano era una de las cosas esenciales de la vida y que resultaba escandalosa la forma en que algunas personas se mostraban descuidadas con los quistes, incluso en buenas granjas.

—Si la gente supiese cómo cuidar correctamente un quiste —dijo Þórður de Gilteig, a quien la experiencia había proporcionado sabiduría—, entonces no habría nada que temer. Pero, se trate de un quiste o de un ser humano (lo mismo da), el descuido es la raíz

de la mayor parte de las desdichas. Y si la gente supiese que cuando cuida un quiste lo principal es saber hacerlo correctamente, entonces los perros estarían bien y no habría nada que temer. Un individuo no tiene que culpar a nadie más que a sí mismo.

El tema fue discutido desde todos los ángulos posibles y varias personas aportaron sus opiniones. Einar de Undirhlíð expresó su falta de fe en las preocupaciones humanas, en primer lugar porque el mundo corría hacia la calamidad y la destrucción y, como nuestros propios tiempos lo demostraban claramente, ni las medicinas ni los médicos ni ciencia alguna podía apartarlo ni un centímetro de su curso; en segundo lugar, porque los perros eran siempre perros, los quistes eran siempre quistes y las ovejas, ovejas. Ólafur de Ystadalur se negó a aceptar esta afirmación, sosteniendo que las lombrices solitarias de los perros y la modorra de las ovejas y la enfermedad hidatídica de los seres humanos no hacían más que demostrar que la medicina para perros no partía de principios científicos.

—Porque —dijo— cualquiera puede ver que, si la medicina fuese científica, los perros jamás se constiparían.

4. Nubes que pasan

Al día siguiente la novia fue llevada a su hogar en ancas de Blesi. La potranca, no acostumbrada al peso de un jinete, se mostraba inquieta y de tanto en tanto lanzaba patadas, de modo que Bjartur tuvo que conducirla durante todo el trayecto. En un costal echado al hombro llevaba las ropas de cama de su esposa, en tanto que otros dos costales atados al pomo del arzón contenían unos pocos regalos de bodas, entre ellos una sartén y un cazo que repiqueteaban continuamente, asustando de tal modo a la potranca que se espantaba incesantemente, y se habría desbocado si Bjartur no se hubiese prendido de las riendas como un ancla. Titla caminaba silenciosamente en la retaguardia, husmeando con descuido esto y aquello, como suelen hacerlo los perros en la fragancia de la primavera, pero lo bastante vigilante, cada vez que la potranca se espantaba, para lanzarse locamente sobre sus patas y asustarla más, a ella y a su jinete. Y entre las maldiciones lanzadas a la perra y a la cabalgadura, el hombre quedaba con poco aliento para nada más, de modo que no se mantuvo conversación alguna camino de la montaña.

Pero, cuando llegaron al montículo de Gunnvór, Rosa, la novia, quiso apearse. Deseaba agregar una piedra a la tumba de Gunnvór, porque pensaba que ello alejaría la mala suerte. Gunnvór exige una piedra; lleva cuenta de todos los que cruzan la montaña.

—Tonterías —dijo Bjartur—, eso no tiene absolutamente nada de afortunado. No quiero tener relaciones con la superstición. Puede quedarse donde está, la vieja perra.

—Déjame darle una piedra, Bjartur.

—¿Para qué demonios necesita una piedra? No recibirá ninguna de mí o de los míos. Pagamos nuestras deudas a los vivos, que tiene más sentido que hacer de alcahuete con gente que se ha quemado

en el infierno durante siglos.

—Bjartur, déjame bajar, por favor.

—Ya basta de tus actitudes de papista.

—Bjartur, quiero darle una piedra.

—Si recuerdo bien, ayer le pagué sus honorarios al sacerdote en el acto, y eso que nos birló el sermón. No le debo ni una moneda a nadie.

—Bjartur, si no me dejas bajar sucederá algo.

—Me parecía que ya era suficiente creer en el viejo reverendo Guðmundur, sin tener que creer en el Demonio por añadidura. Soy un hombre libre. Y tú eres una mujer libre.

—Querido Bjartur —suplicó la mujer con un sollozo en la garganta—, tengo tanto miedo de que me ocurra algo si no le doy una piedra… Es una antigua creencia.

—Déjala que se pudra, la vieja ramera. ¡Vamos, Blesi! Cierra el pico, Titla.

Rosa se aferró a las crines de la potranca con ambas manos; agachó la cabeza y le temblaron los labios, como si fuese una chiquilla. No se atrevió a decir nada más. Siguieron marchando.

Pero cuando llegaron a los terrenos llanos de la pradera, al otro lado de la montaña, fue Bjartur quien se detuvo, porque ya se podía ver la Casa Estival en la distancia. Apoyándose contra el cuello de la potranca señaló la nueva casa, indicó cuan próspera parecía en el verde claro de su colina baja, con la montaña sobre ella y los marjales delante; y en el lago; y el río corriendo suavemente a través de los pantanos. La casa todavía era parda y los ladrillos de turba, recientemente cortados, aún estaban pelados de hierbas.

Bjartur anhelaba el momento de enseñarle la casa desde lejos, y precisamente en ese lugar, entre los arroyuelos del brezal, quería escuchar sus exclamaciones de placer. Pero, quién sabe por qué, no se vieron chispas en los ojos indiferentes que miraban hacia el valle; las sombras del dolor que el incomprensible comportamiento del hombre ante el túmulo le provocara todavía le oscurecían las facciones. Bjartur pensó que ella estaba descontenta porque la casa no estaba aún rodeada de verde… «pero no puedes esperar que el césped crezca en cinco minutos —dijo—. Espera hasta el próximo verano y te apuesto a que no habrá mucha diferencia entre el techo

y el campo».

Ella no respondió.

—Es una hermosa casa —observó él.

Luego ella preguntó: —¿Por qué no me dejaste descender ante el montículo?

—Supongo que no estarás enfurruñada porque no pudiste tirarle piedras a ese viejo vampiro, ¿no es cierto?

Pero la mujer siguió contemplando con silencio empecinado la melena del animal, y una sombra cayó repentinamente sobre el valle de marjales, porque era uno de esos días de comienzos del verano que tienen rostro animado… blancas manadas de nubes cruzan el cielo como pensamientos y las sombras barren la tierra y arrebatan el sol a todo el valle, aunque las montañas que se yerguen en torno sigan bañadas en la luz del sol. Y como su esposa no respondió, Bjartur soltó el cuello de la potranca, tomó nuevamente las riendas, llamó a la perra, aunque fuese innecesario, y, con los regalos todavía tintineando dentro de los morrales, condujo nuevamente a su esposa.

El sendero había comenzado a descender ladera abajo, al borde del barranco que el río excava a través de la montaña, y unas gotas de lluvia empezaban a caer de la nube que pasaba sobre el valle antes de que la mujer quebrara el silencio llamando a su esposo.

—Bjartur —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, volviéndose.

—Nada —contestó ella—. Bájame aquí, ¿quieres? Me vuelvo a casa.

El contempló a su esposa boquiabierto, pasmado.

—¿Te has vuelto loca, Rosa? —preguntó finalmente.

—Quiero volver a casa.

—¿A qué casa?

—A casa.

—Nunca te vi comportarte de este modo, Rosa —dijo el hombre, y, volviéndose otra vez siguió caminando, conduciendo al animal de la brida. Las lágrimas brotaron de los ojos de Rosa; pocas cosas hay tan consoladoras como poder llorar. De este modo continuaron su viaje de descenso al valle. La perra caminaba silenciosamente por detrás. Y cuando llegaron frente a la granja, Bjartur sacó a la

potranca de la senda y la hizo cruzar el marjal, en dirección a la casa. Era preciso esquivar la ciénaga y los profundos estanques. En un lugar la bestia se hundió hasta los ijares; cuando trepó trabajosamente a terreno firme, la mujer fue arrojada al suelo y permaneció allí, en el agua y el barro. Bjartur la levantó y le limpió la mayor parte del cieno con el pañuelo.

—A las mujeres hay que tenerles más lástima que a los mortales ordinarios, supongo —dijo. Esta observación hizo que Rosa dejase de llorar, y caminó a su lado el resto del camino. Se sentó junto al arroyo para retorcerse las faldas, mientras el pegujalero desensillaba a Blesi y la maneaba. Las sombras habían huido del valle y la luz del sol bañaba el prado.

Era casa y establo en uno. Todo lo que se veía de la cáscara de madera del interior era la puerta y su marco, tan pequeña la puerta, tan alto el umbral que era preciso inclinarse para entrar. El establo estaba frío y oscuro, el aire acre con el olor de la tierra, los hongos fláccidos. Pero, cuando abrieron la trampilla, un leve resplandor bajó del desván. Había pesebres a los costados y, en la pared más lejana, un hueco suficientemente ancho como para permitir acceso a un henar que Bjartur se proponía construir detrás de la casa. Una escalera con siete peldaños conducía a la habitación de arriba. Bjartur trepó el primero para mostrarle a su esposa que era segura. Ella le siguió y miró en torno. Le pareció que la ventana era pequeña.

—Cualquiera creería que naciste en un palacio —bufó Bjartur—. Si lo que quieres es sol, lo hay de sobra afuera.

—Me temo que, de todos modos, será para mí un cambio, después de haber vivido en Rauðsmýri, con sus grandes ventanas.

—Me pregunto si echarás de menos alguna otra cosa, o a alguien más, de Rauðsmýri —dijo él con amargura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. Tendrías que avergonzarte de decir esas cosas.

Era un cuarto de mediano tamaño, y tan bajo que Bjartur apenas podía permanecer completamente erguido bajo la cumbrera. Dos camas, hechas de la misma madera que el techo y el piso, estaban clavadas a la pared, en tanto que la mesa se encontraba clavada al alféizar de la ventana. Había una cocinita a la izquierda de la

trampilla y, sobre ella, abierta en el declive del techo, otra ventana, con un vidrio no mayor que la palma de la mano. Unos tallos de hierba que crecían al otro lado de la ventana se balanceaban al viento. Pero el espesor de las paredes de afuera, hechas de ladrillos de turba, era demasiado grande para dejar pasar mucha luz y ni un rayo podía entrar, a menos que el sol brillase directamente ante la ventana.

La cama más cercana a la mesa estaba ya provista de su colchón de hierbas secas, era la cama matrimonial. Al pie de ella se veían cajas de provisiones, porque Bjartur ya había traído sus víveres: harina de centeno y azúcar, la mejor calidad de la tienda de Bruni, y quizás un puñado de harina de trigo para tortas de sartén, si se les ocurría, y quién sabe si no habría ahí un saco o dos de pasas de uva, ocultos en alguna parte. Abajo había un magnífico saco lleno de desechos de pescado. Además, Krúsi de Gil les hizo un regalo de bodas consistente en una carga de excrementos de oveja para encender el fuego, en pago de una potranca joven que Bjartur le salvó de que se ahogara en un pozo, hacía dos años. Pero sería necesario usar ese combustible muy parsimoniosamente y mezclándolo al principio con brezo y musgo, y, por lo demás, hay suficiente turba, a nada más que cuatro paladas de profundidad en las ciénagas al este de la casa.

Rosa, con los ojos enrojecidos y los codos embarrados, estaba sentada en el colchón de hierbas de la cama, mirándose fijamente las grandes manos indecisas que tenía sobre el regazo.

—Bien, ¿no te agrada? —preguntó Bjartur de la Casa Estival.

—No creerás que esperara nada mejor, ¿verdad?

—Bueno, pero hay algo de bueno en esto: nadie que viva aquí tendrá que esclavizarse todo el día con trabajos caseros —dijo—, y yo siempre pensé que tenías suficiente buen sentido como para apreciar tu independencia. La independencia es la más importante de todas las cosas de la vida. Por mi parte afirmo que un hombre vive en vano hasta que es independiente. Las personas que no son independientes no son personas. Un hombre que no es su propio amo está en tan mala situación como un hombre sin un perro.

—¿Un perro? —preguntó ella con indiferencia, y se sorbió los mocos.

Él miró por la ventana durante un momento, sin explicar el hilo de sus pensamientos, mirando en silencio hacia la montaña.

—Esta tierra no traicionará a sus rebaños —dijo al cabo.

Su esposa se limpió con el dorso de la mano una gota que tenía en la punta de la nariz.

—Donde vive la oveja, allí vive el hombre —continuó el novio —. Es como solía decir mi padre: en cierto modo, las ovejas y los hombres son uno.

—He tenido unas pesadillas tan feas… —dijo su esposa.

Volviendo la cabeza para lanzarle una mirada despectiva, él exclamó:

—¿Quién presta atención a estas cosas? Los sueños son provocados por la sangre que fluye hacia arriba; los tienes cuando duermes en una posición incómoda, o si hay alguna cosa dura debajo del cuerpo, eso es todo. Esta primavera, por ejemplo, cuando estaba atareado sacando las piedras de las ruinas, soñé que una mujer salía de la montaña, una mujer hermosísima, permíteme que te lo diga.

—Sí —respondió su esposa—, tenía que ser una mujer, ¿no es cierto?

—Y sin creer realmente en los sueños —continuó Bjartur—, apuesto a que eso significa que en mi primer otoño tendré unos bellísimos corderos para vender.

—Todos dicen que Gunnvór puede apoderarse de esta casa. Han pasado apenas dos años desde que un caballo se encabritó aquí, en pleno día.

—No quiero oír una palabra más acerca de ninguna maldita Gunnvór.

—Como quieras; pero ha expulsado de estas ciénagas a más de uno.

—A uno que otro idiota que no distingue un rastrillo de una pala —se burló Bjartur—. Esa gente siempre encuentra algo a que culpar cuando se ve obligada a vender.

—Pareces creer que no existe nada malo.

—No; no digo tanto —replicó él—. Hay peligro en la tierra y peligro en el mar, pero ¿y qué? Si te ves en peligro, o mueres o sales con vida. Pero decir que los diablos y los espíritus y todas esas cosas

existen es decir que tienes la sangre en mal estado, eso es todo.

—Sea como fuere, los perros ven lejos —dijo la esposa.

—Un perro es un perro.

—¡Qué me dices! Siempre me pareció que creías que los perros lo sabían todo.

—No —repuso él—, eso no lo he dicho nunca. Lo único que afirmo es que el perro es el único animal que entiende al hombre, a pesar de todo, como diría Einar de Undirhlíð.

—Todos los que tienen dotes dicen que este lugar está encantado.

—Me importa un rábano de los que tienen dotes de vidente —rezongó él—. Prefiero a los que tienen dominio sobre sus sentidos. Los otros van por todas partes viendo cosas y oyendo el diablo sabe qué, como ese vagabundo imbécil con el que todos hicieron tanta alharaca en Fjóróur, hace uno o dos años. Ahí estaba él (se suponía que caía en éxtasis), farfullando toda clase de estupideces del más allá acerca de Jesucristo, Egill Skallagrímsson y el rey Cristian Noveno. Luego dio con los huesos en la cárcel por falsificar la firma del gobernador.

—Estoy segura de que ni siquiera crees en Dios, Bjartur.

—De eso no diré nada —respondió él—, pero una cosa hay que no negaré jamás: que la reverendoguómundur es una soberbia raza de ovejas, la mejor que se ha conocido por estos contornos.

—No querrás decirme que ni siquiera dices tus oraciones por la noche, Bjartur.

—Oh, no sé. Si tienen rima, a veces digo una o dos oraciones mientras me adormezco, para matar el rato —dijo él—, o al menos solía hacerlo cuando no tenía otra cosa en qué pensar. Pero nunca el padrenuestro, porque no llamo poesía a eso. Y de todos modos, supuesto que no creo en el diablo, no tiene sentido que rece, de modo que no hablaremos más de eso. ¿Qué te parecería una gota de café para refrescarnos?

—¡Qué horrible forma de hablar, Guðbjartur! —exclamó Rosa—. Estoy segura que debe espantar a los ángeles de Dios ese modo que tienes de hablar. Lo niegas todo, excepto lo que quieres creer; un hombre así eres.

—Tengo mis cinco sentidos —dijo él— y no veo qué más se

necesita.

—Conozco a personas más encumbradas que tú y que sin embargo creen en el bien y en el mal.

—Es posible —repuso Bjartur—, y creo que puedo adivinar cómo son. No me sorprendería que una de ellas fuese el individuo que os rondaba en Myri esta primavera, ese sujeto que solía asustarte a tal punto con sus historias de fantasmas que te refugiabas en sus brazos.

—¿A nosotras quiénes? —preguntó ella, levantando la mirada, y por primera vez apareció un resplandor en el ojo de la nube.

Pero él estaba atareado canturreando una vieja canción y buscando la olla para ir a buscar agua, porque se hallaba resuelto a beber su café. En la escalera se volvió y dejó tras sí esta observación:

—Oh, puede que alguien se haya acercado a alguien tanto como deseaba. No me sorprendería nada; no me sorprendería lo más mínimo.

5. Secretos

Esta observación final arrojada al aire por Bjartur parecía, en un análisis superficial, ni especialmente definida ni especialmente significativa y, sin embargo, pocas cosas ejercieron tan profunda influencia sobre la primera parte de la vida doméstica de Casa Estival como la acusación que encerraba, o más bien el hecho de que, la primera noche, demostró ser la base de ella.

—No —dijo ella—, es mentira.

Volvió desafiantemente el rostro hacia la pared, desdichada, desilusionada.

—¿Quién fue? —preguntó él.

—¡Es mentira! —exclamó ella otra vez.

—Si yo fuera tú, lo contaría.

—Tú no me cuentas lo tuyo.

—¿No? No tengo nada que ocultar —respondió él.

—¡Ni yo quiero saberlo!

—Todas os mostráis bastante modestas y tímidas en el día de la boda, pero, a pesar de todos vuestros rubores, nadie sabe dónde podéis haberos acostado. Nos entregáis a los hombres el cuerpo inerte del amor cuando ya los cuervos le han arrancado los ojos.

—Quizá tú eres un ángel —dijo ella.

—¿Fue ese individuo de Tindstaðir?

—Pregúntaselo.

—¿O ese idiota de la costa que manejaba el arado?

—Puede.

—Supongo que no habrás estado lo suficientemente loca como para elegir a ese putero del maestro que dio lo suyo a Steinka de Gilteig.

—¿Por qué no pasas lista a todos los puteros del país?

—¿Para descubrir que todos han estado contigo? El gato que se

arrastra es más astuto que el que salta.

Y entonces ella se incorporó en su ira y exclamó apasionadamente:

—¡Dios sabe, y Jesucristo, que si hay algo que lamento es no haber estado con todos ellos en lugar de casarme con un hombre que adora a los perros y da más importancia a las ovejas que al alma humana!. Sólo desearía haber tenido bastante buen sentido hoy como para volverme a mi casa, con mis padres.

—¡Ah, ya sabía yo que no era de la vieja bruja de quien tenías miedo! —dijo él—. Puedo ver un poco más allá de mis narices, ¿sabes? Y no necesito interrogarte; no se precisa mucha inteligencia para calar a una mujer.

Éste es el método que usáis generalmente: amáis a los que son caballeros suficientemente delicados para echaros a puntapiés cuando están aburridos de vosotras, y entonces vais y os casáis con alguien a quien despreciáis.

—¡Eres un embustero! —gritó la mujer.

—De modo que por eso estabas siempre tan soñolienta de día, la primavera pasada, cuando volvías de la Escuela Agrícola. De modo que éste era tu amor de independencia. Éste era tu amor de libertad. Pensabas, por supuesto, que el linaje de él era superior al mío porque su padre era lo suficientemente tacaño como para comer una comida decente cuando estaba en la pesquería, porque aumentaba su pringue con alquitrán y estafaba a los pilotos con aguardiente aguado y compraba matalones con sus ganancias del verano, cuando estaba en el sur, y luego volvía a su casa. Y les ponía mostaza bajo la cola, para que saltaran como si jamás hubiesen sido domados. Puedes ser un gran hombre y por la noche meterte en cama con las tontas, y después dormir durante todo el día, si gozas de la suerte de tener un padre que, además, es un ladrón y un tramposo.

—¡Estás mintiendo, mintiendo! —aulló la mujer.

—Y por ese cerdo me esclavicé durante dieciocho años… dieciocho años de mi vida perdidos para pagarle sus caballos de raza, sus viajes y su educación; y por ese cerdo aguantaste los sarcasmos del alcalde cuando le pareció que no te habías alegrado suficientemente al regar el campo con los orinales que sacabas de

debajo de la cama de ellos. Y ahora ellos me piden que críe a sus bastardos en mi propia casa.

En este momento Bjartur de la Casa Estival había conseguido llegar a tal nivel de cólera que saltó de la cama y arrancó las ropas a su semidesnuda esposa, como si tuviese la intención de azotarla. Poniéndose de rodillas sobre la cama, aterrorizada, ella le echó los brazos al cuello y le juró por todo lo que era más sagrado que no había conocido hombre alguno, y menos que nadie y menos que nadie y menos que nadie…

—¡Dios Todopoderoso, socórreme si miento! —gritó—. Sé que pesa una maldición sobre este rebaño; el pegujal ha sido destruido siete veces por los fantasmas y los demonios, y ¿qué puede tener de bueno, aunque lo llames Casa Estival, si en la noche de bodas matas a tu esposa y entregas sus huesos a Kólumkilli?

Y así continuó suplicando piedad, en incoherentes oraciones diluidas en lágrimas, hasta que finalmente él se apiadó. Porque sabía que es preciso tener más lástima a las mujeres que a los mortales comunes. Tomó una pulgarada de rapé, se acostó nuevamente y se durmió. Su noche de bodas, una noche de verano.

Así era su vida matrimonial…

6. Sueños

Pero por las mañanas, cuando él se levantaba antes que los primeros pájaros, no tenía nunca el valor de despertarla, tan naturalmente dormía Rosa. La miraba mientras se vestía, y se decía: es joven, como una flor. Y le perdonaba muchas cosas. Y sin embargo, siempre se maravillaba de que ella, que estaba allí, tan inocentemente dormida, hubiera amado a otros hombres y se hubiese mostrado tan reacia a confesarlo, ella, que siempre fue tan reservada y tan enemiga de responder a los requerimientos amorosos. A menudo decía él: he ahí una muchacha sumida en sí misma, que mantiene a distancia a los hombres. Me casaré con ella y compraré una granja. Y ahora que me casé con ella y compré la granja, resulta que ha amado a otros hombres y que nadie se enteró de ello. Cuando estaba dormida era dichoso, pero, cuando despertaba, él veía la desilusión en sus ojos y entonces la dejaba dormir. Hablaban poco y casi ni se atrevían a mirarse. Era como si estuviesen casados desde hacía veinticinco años; no se conocían. Él daba la vuelta a la esquina de la casa y se persignaba hacia el este por pura fuerza de costumbre, sin pensarlo. Y Titla bajaba de un salto de la pared, donde dormía sobre el alféizar de ladrillos de césped de la ventana del oeste. Todas las mañanas le adulaba con protestas de amistad, tan fervientes como si se encontraran luego de dos semanas de separación. Trazaba grandes círculos en la hierba, en su derredor, ladrando continuamente. Después corría hasta los límites del campo y estornudaba y frotaba el hocico en el pasto. A continuación le seguía a la siega.

El alba estaba cerca; la brisa, fresca de mañana; el lago, limpio como un espejo. En él, en un islote, anidaban dos cisnes, y porrones y serretas, de ojos dorados, nadaban en pequeños grupos; pero los arlequines y los ánades preferían los estanques más profundos del

río y anidaban en sus orillas. A veces el agricultor no podía dejar de detenerse por un momento para apreciar el regio plumaje de las aves. Unos pocos archibebes volaban desde el este cuando le divisaban, entregándole su primoroso saludo matutino. Había también charranes anidando junto al lago; a sus ojos la vida es un gusano. Aquí y allá, en las extensiones herbosas que rodeaban el lago, podrían verse ánsares moviéndose por parejas, con los largos cuellos destacándose contra el cielo. Las aves son más dichosas que el hombre. Sus alas son las que producen la diferencia: «madre gansa gris, préstame tus alas». El único grito quejumbroso era el del colimbo, una lúgubre ave cantora. Bjartur de la Casa Estival empuñó el mango de la guadaña y comenzó a segar.

Durante las primeras amoladuras se sintió un tanto envarado, no tan vivaz ya por la mañana como hacía diez o doce años, cuando se complacía en agregar la noche al día. En esa época no necesitaba dormir, no necesitaba descansar; solía engullir sus cuajadas matinales de pie, en el prado, apoyado en el mango de su guadaña. Apenas cinco años antes descubrió qué quería decir estar cansado, y ahora, a veces, el día comenzaba con un aleteo de dolores que le punzaban los miembros. Pero, a despecho de todo ello, ahora era dueño de una propiedad y el Estado le había inscrito como tal. Dentro de doce años habría pagado hasta el último pedazo de la posesión —treinta años en total—.

Era el rey de su propio reino y los pájaros sus huéspedes de rico plumaje y cantos variados. Su esposa estaba dormida en la casa y era su mujer legalmente desposada, aunque alguien la hubiese poseído antes y pudiera tener todavía la primera opción sobre ella. Mientras trabajaba, entretejió estos pensamientos en versos, pero eran versos que no recitaba nadie. La perra corría, persiguiendo aves por las ciénagas. A veces solía atrapar un rascón o una agachadiza. Se la comía, se sentaba en el campo mordiéndose y relamiéndose. Luego podía ocurrírsele hacer un paseíto pensativo, levantando la cabeza para contemplar el valle con una mirada extática, sin parpadear. Y finalmente se hacía una cama sobre un penacho de hierbas y se enroscaba en él. El sol se elevaba en el cielo y las sombras se acortaban pero, a media mañana, el astro se veía frecuentemente oscurecido por nubes y un viento frío soplaba

en el valle. La parte más hermosa del día había terminado. Las mañanas jamás eran vulgares; cada una era como una mañana nueva. Pero, a medida que avanzaba el día, las aves cantaban menos y las Montañas Azules perdían gradualmente la belleza de sus colores. Los días eran como gente madura; las mañanas, siempre jóvenes.

Pensó que su esposa quizá le recibiría alegremente ahora, cuando retornara para beber su taza matutina de café, y posiblemente le agradara escuchar un nuevo poema acerca de la naturaleza. Pero le pareció que ella no se sentía bien, o al menos no lo bastante como para gozar con un poema. Le había comprado un vestido de tela con rosas impresas, lo más adecuado para usar cuando el tiempo estaba seco, pero ella parecía preferir siempre el viejo delantal de lona que usaba en Rauðsmýri para el ordeñe, o unas raídas faldas de lana y un jersey viejo y remendado. Y nunca se sentía bien; a veces estaba débil y tenía que sentarse; a menudo debía retirarse detrás de un montículo. Por las mañanas se desayunaban con pan de centeno y café sin leche. Anteriormente, en días no lejanos aún, demostró ser una buena ayuda para cortar el heno, una trabajadora enérgica, pero ahora se apoyaba con frecuencia, desganada, sobre el rastrillo.

—Estás tan gris, tienes un aspecto tan inerte… —observó él. No obtuvo respuesta—. A ese rastrillo le vendría bien algo que lo empujara con un poco más de vida —se quejó. Ella no respondió y se mordió los labios. Después se volvió penosamente a la casa, antes de las nueve, para cocer el pescado, pero muy a menudo no conseguía encender el fuego. Le llevaba al prado su pescado, pan de centeno y café.

—No hay necesidad de ser tan tacaña con esa porquería —dijo él refiriéndose al azúcar, porque siempre hablaba despectivamente de las cosas dulces. Luego iba y se esparrancaba junto a la orilla del río, para descansar, pero nunca más de cuatro minutos. Entretanto su esposa se quedaba sentada en el prado, arrancando hierbas con los dedos, preocupada.

Los domingos, él trepaba por las laderas de la montaña para recoger brezo, o ascendía a las ciénagas altas y se divertía observando a las ovejas, tratando de ver de dónde provenían,

porque conocía las distintas razas de muchas pedanías. También sentía un extraño placer en hacer rodar grandes piedras por el borde de un precipicio. Su esposa lavaba sus cosas en el arroyo, junto al salto de agua inferior. Un domingo él permaneció afuera más tiempo que el acostumbrado y, cuando regresó, se mostró complacido consigo mismo y le preguntó si podía adivinar qué había visto. Resultó que se trataba de una Mjóinhyrna. La había visto al sur, en Lindir, con un estupendo cordero.

—Me atrevo a apostarle a cualquiera que ese cordero de Mjóinhyrna no pesará menos de treinta libras.

Pero su esposa no reveló señales de satisfacción.

—Es una raza fuerte, ésa del Reverendo Guðmundur —declaró él —. No es una raza de vagabundos; nunca se escapan solas a cualquier parte. Saben lo que buscan y no van más allá. Son ovejas inteligentes. Si hay una cosa acerca de la cual estoy decidido, es la de criar un morrueco de la raza reverendoguómundur.

—¡Caramba! —exclamó Rosa—. ¡Qué me dices!

No participaba de su dicha y se mostraba indiferente a sus ambiciones. Cualesquiera fuesen sus pensamientos, se los guardaba para sí.

—Bjartur —dijo, al cabo de un largo silencio—, me agradaría comer un poco de carne.

—¿Carne? —repitió él, atónito—. ¿Carne en mitad del verano?

—Se me hace agua la boca cada vez que miro una oveja.

—¿Se te hace agua? Será que tienes rescoldera.

—Ese pescado salado tuyo no es digno siquiera de un perro.

—¿Estás segura de que te sientes bien, chica?

—En Rauðsmýri comíamos carne regularmente, dos veces por semana.

—No vuelvas a mencionarme jamás esa asquerosa carne de caballo.

—No pasó un solo domingo en que no comiéramos carnero, incluso en verano —afirmó ella—. Y, de todos modos, la carne de caballo es excelente.

—Nunca mataron para sus sirvientes otra cosa que ovejas consumidas y pencos viejos. Su carne sólo era buena para esclavos.

—¿Y dónde está la tuya, entonces?

—Un hombre libre puede vivir de pescado. La independencia es mejor que la carne —replicó él.

—Todas las noches sueño con salchichas. Sueño que corto chorizos a puñados. Salen de la cazuela, olorosas, con la grasa chorreando. A veces es salchichón de hígado, otras es morcilla. ¡Que el Dios del Cielo me ampare!

—Eso significa lluvia y tormenta —interpretó él—. Grasa… eso representa nubes con un poco de sol. Parece que vamos a tener el mismo tiempo durante todos los días de la canícula.

—Y también sueño con leche —continuó ella.

—¿Leche? ¿Nieve? ¿En mitad del verano?

Esto le pareció a Bjartur un sueño sumamente curioso.

—La otra noche soñé que estaba nuevamente en Rauðsmýri. Me pareció que estaba en la lechería, descremando, y de un tubo salía leche y del otro crema, como cuando estás trabajando con un separador. Y soñé que pegaba la boca al tubo de la crema.

—El que te devanes los sesos con tus rematadas tonterías es más de lo que puedo entender; me resulta completamente incomprensible —respondió Bjartur, y, desesperado, dejó de lado definitivamente los sueños de su esposa.

—Y de día también pienso en la leche. Cuando estoy atareada en los prados, rastrillando, pienso en la leche. Y en la carne.

Bjartur se sentó y frunció seriamente el entrecejo. Al cabo de un rato dijo:

—Escucha, Rosa querida. Espero que no te ocurra nada con los nervios.

—¿No podríamos comprar una vaca, Bjartur?

—¿Una vaca? —repitió él boquiabierto, anonadado—. ¿Una vaca?

—Sí —insistió su esposa, empecinada—, una vaca.

—Ahora ya no me queda la menor duda, mujer. Son tus nervios. Así comenzaron los nervios de mi pobre madre. Empezó con que tenía siempre alguna idea extraña; luego escuchaba voces. En primer lugar fuimos a ver a un herborista, pero, cuando eso no dio resultado alguno, tuvimos que visitar al médico. Si esto continúa será mejor que me lo hagas saber, para que pueda acompañarte a casa del viejo Finsen y conseguirte alguna medicina que tenga un

poco de fuerza.

—No quiero medicinas. Quiero una vaca.

—¿Dónde está tu campo, pues? Me pareció que te darías cuenta por ti misma cuan poco pasto hay en esta maldita colina sobre la que se encuentra el pegujal. Y los prados lejanos son peores aún, como deberías saber por experiencia propia. ¿De dónde sacarías el heno para tu vaca?

—Hay lastón en las orillas del río.

—¿Y quién lo segará? ¿Y quién lo subirá a la orilla? ¿Y en qué lo transportaremos a casa? ¿Crees que podemos permitirnos esos lujos, granjeros como somos en nuestro primer año? No estás en tus cabales.

—Me pareció que eras un rey libre —replicó ella burlonamente.

—¿Será quizá que no tenemos suficiente cantidad de buen pescado? Somos nuestros propios amos, estamos labrándonos una posición en nuestra propia tierra. No estamos obligados a comer los asquerosos desperdicios que ofrecen en Rauðsmýri a los labriegos. Comemos excelente pescado seco y, hasta hace unos pocos días, lo acompañábamos con patatas danesas. Tenemos mucho pan de centeno, toneladas de azúcar. Y no es culpa mía que hayas dejado que las galletas se enmohecieran. Deberías haber comido las galletas, si sentías necesidad de variar, en lugar de permitir que se enmohecieran. Las galletas de centeno son siempre cosas de confitería. Y lo que es más, chica, las galletas de centeno son dignas de la confitería extranjera.

—Estoy segura de que papá nos prestaría esos tres caballos de tiro que tiene para traer el lastón a casa.

—No recorreré el camino de la mendicidad, para acercarme a nadie, a menos que la vida me vaya en ello y pueda devolver hasta el último céntimo —contestó Bjartur—. Y ahora, basta de todo esto. Es vanidad, y no otra cosa, esto de que agricultores como nosotros, con una granja aislada, hablemos de una vaca. Esto es una granja para la crianza de ovejas; tenemos que apoyarnos en las ovejas y no pienso escuchar más sandeces.

—¿Y si tengo un hijo?

—Mi hijo vivirá de la leche de su madre. Yo ya tenía pescado hervido, sebo y aceite de hígado de bacalao en mi bolso de mamar

antes de cumplir el año, y crecí perfectamente.

Ella le contempló con ojos angustiados y todo lo personal pareció haberse borrado repentinamente de su rostro. El se sintió conmovido y dijo, con tono de disculpa:

—Tú misma lo entenderás. Las necesidades más apremiantes están primero, y lo primordial es pagar algo de la tierra. Tendremos que vender la mayoría de las ovejas para reducir las cuentas que tenemos pendientes con el alcalde, y sería una locura lanzarnos irreflexivamente a contraer deudas para luego tener que vender más ovejas, todo por una vaca. Pero dentro de un año, más o menos, trataremos de hacerte una huerta, chica. La palmeó en el hombro como habría palmeado a un caballo.

7. Nervios

Pero a pesar de las potentes medicinas que Bjartur se ofreció a conseguirle del doctor Finsen, sucedió que los nervios de su esposa, en lugar de mejorar, fueron empeorando cada vez más. Por la noche le daba ella su pan y su pescado frío, pero para sí se cocía unas gachas de harina de avena, de pie ante la cocina, inclinada, removiendo con la cuchara mientras el humo de la leña no seca del todo llenaba toda la habitación. Bjartur extraía las espinas del pescado y luego, uniendo las dos mitades de modo que cada parte gruesa quedase sobre la delgada, para compensar, las mordía como si fuesen una tajada de pan, observando entretanto a su esposa por debajo de las cejas. Un año atrás ella era una muchacha de tez fresca, que por la tarde solía ponerse su mejor vestido y lavarse, una muchacha que sabía reír a su modo de todo lo que consideraba divertido. De pronto esa joven se convirtió en una mujer de mediana edad, en una zarrapastrosa cubierta con un viejo delantal de arpillera que usara en Myri para ordeñar. Su rostro se hizo gris y flojo, la luz desapareció de sus ojos, el color de sus mejillas, la gracia de su porte. Y así, rápidamente, se marchitaba esa flor de Bjartur, a pesar de la abundancia de pescado, pan y gachas, patatas hasta hacía una semana… y galletas de centeno, que en realidad eran repostería extranjera. Me parece que está apenada por algún maldito amante, se dijo él… y ella podía oírle si le agradaba. Una cosa era segura: ella le esquivaba tanto que tomaba buen cuidado en no acostarse antes de que su esposo se hubiese dormido. Y si sus movimientos, al hacerlo, le despertaban, se apresuraba a volverle la espalda. Y si él le susurraba al oído, ella permanecía como un cadáver y todo el deseo abandonaba a Bjartur. Tampoco él estaba demasiado juguetón… Siempre esa sensación de cansancio, de agotamiento. Maldecía la sensación en silencio. Los mejores años de

su vida, dieciocho, entregados al alcalde y su pandilla, y ahora uno no podía extraer un poco de placer del matrimonio cuando finalmente era su propio amo. Cuando se dormía soñaba con vacas que se le comían la hierba. Las vacas estaban furiosas y le acometían, aterrorizándole en los sueños de ahora como en los de la niñez. Se despertaba sobresaltado y, todavía adormilado, mascullaba: —Antes muerto que comprar una vaca.

Y por las mañanas, cuando salía y daba la vuelta a la casa para exonerar el vientre, se persignaba de cara al este y susurraba:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; antes muerto que comprar una vaca. Por siempre jamás, amén.

Y ahí está ella delante de sus gachas, metiendo más y más broza bajo la ollita. La leña crepitaba y crepitaba y el humo se espesaba constantemente.

—Ten cuidado con la leña, muchacha —dijo él. Pero ella no le oyó y siguió poniendo más ramas.

—Oh, bueno, es cosa tuya, ya que generalmente eres tú quien la busca.

Finalmente las gachas estuvieron listas y ella tomó un tazón y lo llenó, ¡buen Dios!, hasta el borde, ¿cuánto podía comer esa mujer? Hundiendo la mano en la caja, rompió un enorme terrón de azúcar cande para comerlo con las gachas. El observó todo eso por debajo de las cejas, a medias escandalizado de que alguien pudiese pensar en algo así. ¡Azúcar cande y gachas, qué idea! No es que se lo mezquinara; por el contrario. En el fondo del corazón se sentía orgulloso de saber que su propia esposa estaba comiendo su propia harina de avena, aun cuando la acompañara de azúcar cande… Pero cuando Rosa se acercó nuevamente a la ollita y llenó el tazón por segunda vez y rompió más azúcar, Bjartur comenzó a sentir cierto recelo. ¿Dos tazones llenos hasta el borde… una mujer? ¿Más azúcar? Sí, más azúcar. No podía entender nada de los nervios de su esposa ni de sus inexplicables extravagancias. Ayer fue lo de la leche y la carne; esta noche, dos tazones de gachas y una cantidad infernal de azúcar; mañana podía ser un elefante. No dijo una palabra, pero comenzó a recitar unos versos para sí, los del complicado plan de rimas que utilizaba siempre que se encontraba ante un dilema, murmurándolos con el acento principal en la rima

del medio, en un soliloquio espiritual. Después de las gachas ella llevó al arroyo unas medias embarradas, para lavarlas, y él se acostó solo.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, Rosa no estaba a su lado. Esto no había ocurrido nunca. Se metió apresuradamente en sus ropas, bajó y salió.

—¡Rosa! —vociferó desde el empedrado, como un idiota. Se dirigió a la parte trasera de la casa y gritó también a la montaña—: ¡Rosa!

Pero el melodioso nombre no arrancó ni siquiera un eco al paisaje. El sol había salido, con sus largas sombras que convertían la casa en un palacio. Pero en el oeste había oscuridad. El verano se alejaba ya y los pájaros habían entonado sus más dulces canciones. Ahora sus gritos eran cortos y apresurados, como si hubieran descubierto la existencia del tiempo.

—¡Titla! —gritó. Ninguna perra saltó de la pared como lo hacía siempre. También ella le había jugado sucio. Para el hombre eso era el desastre. Pero no se rindió. Amenazó con el puño a la montaña en los intervalos en que no llamaba a gritos a la mujer y a la perra; hazme pedazos, miembro a miembro, pero jamás me rendiré, Rosa, Titla, miembro a miembro, miembro a miembro, aullaba.

Al fin escuchó unos gañidos que venían del oeste de las ciénagas. Era la perra. Vino a la carrera desde la montaña, con la lengua colgándole de la boca, pero le saltó encima y le metió las fauces abiertas en la cara.

Luego se volvió y rompió nuevamente a correr, recta como una flecha, por estanques y pantanos, seguida por el hombre. De tanto en tanto el animal se detenía para esperarle. Pero cuando Bjartur estaba a unos metros de distancia de él, volvía a correr; bestia inteligente. Las nubes pasaban lentamente sobre el sol, el aire se tornaba frío, la lluvia era casi segura. Y el extraño viaje continuaba, la perra como guía y el hombre cerrando la marcha. Y no terminó más que cuando llegaron a la cima de la montaña y a la cueva de la mujer enterrada hacía mucho tiempo. Y a fin de cuentas, la perra tenía razón. También la esposa de Bjartur se había acostado allí a dormir. Yacía sobre la hierba que crecía en torno al túmulo, con su viejo delantal de arpillera, un pañuelo anudado a la cabeza, las

medias caídas hasta los tobillos, cubierta de barro hasta las rodillas, como un vagabundo de algún viejo cuento, perdido en la montaña, por la noche; tenía su atado bajo la cabeza. Él la despertó y ella miró en torno con ojos preocupados, los dientes castañeteándole. Bjartur le habló, pero ella no respondió. Trató varias veces de ponerse de pie, pero no lo logró. ¿La habría llevado hasta allí algún fantasma, sorprendiéndola cuando dormía?

—¿Qué estás haciendo aquí, mujer? ¿Adonde ibas?

—Vete.

—¿Caminabas en sueños? —preguntó él.

—Déjame sola.

—Seguramente no te habrá arrastrado nadie hasta aquí, ¿no es cierto? —preguntó el hombre, porque, por extraño que parezca en una persona tan escéptica, no era del todo enemigo de atribuir algún papel, al menos en ese caso, a la obra de los espectros. La levantó y le subió las medias. Ella todavía temblaba y tenía dificultades para hablar. Bjartur le hizo descender la vereda. Una y otra vez le cedían a Rosa las piernas.

—Trata de levantarte, cariño —dijo él.

Luego dijo ella:

—Tenía tantas ansias de leche…

—Sí —respondió él—, es tu enfermedad.

De modo que se iba a Rauðsmýri a buscar leche y había aprovechado la oportunidad para saldar su deuda con Gunnvór. En suma, no era ningún espectro lo que la había atraído a ese lugar, como no fuese el espectro que se le introdujo en el corazón. Pero que la esposa del dueño de Casa Estival tuviese el propósito de mendigar algo a otros era una humillación demasiado honda para que Bjartur soportase siquiera su mención.

—Yo no iba a mendigar nada —protestó ella.

—¿Qué llevas en ese atado?

Pero ella se lo puso aprensivamente bajo el brazo, apretándolo con fuerza, como si temiera que él se lo arrebatase.

—Es mío —dijo.

Pero cuando él exigió más detalles se enteró de que el paquete contenía lana, la lana de Rosa, parte de la esquila de Kolla, y Kolla era de ella, su única contribución a la granja, su única posesión

luego de veintiséis años de una vida de rudos trabajos, de largos horarios y poco descanso. Tenía la intención de ofrecer a la Señora de Myri esos vellones a cambio de una botella de leche, pero cuando llegó a la cima de la montaña estaba agotada. Sus piernas fueron siempre tan débiles. Puso una piedra en el túmulo de Gunnvór y se durmió.

—Separemos seis o siete ovejas de sus corderos y las reservaremos para ordeñarlas el próximo verano —prometió Bjartur.

La mujer, temblando de frío, débil, sintió unas náuseas espantosas. Tuvo violentas arcadas y Bjartur se vio obligado a sostenerla mientras ella vomitaba en el camino. Luego comenzó a llover. Las grandes gotas cayeron, primero una, luego dos, y cuando ella terminó de vomitar estaba completamente agotada y la lluvia se había convertido en un intenso aguacero. El hombre sostuvo a su esposa para bajar al valle y luego la transportó por los pantanos y los estanques hasta la Casa Estival, mientras el verano continuaba con sus chaparrones.

—¿Es que aclarará alguna vez? —preguntó Bjartur.

El juego estaría ganado si aclaraba, pero si el tiempo seguía siendo seco en general, pero con viento de mar y chubascos repentinos, persistiría la misma incertidumbre, la misma guerra. A veces arruinaba el trabajo de muchos días. Los caprichos del cielo eran imposibles de predecir. Era la guerra mundial entre ellos, y en ella Bjartur lanzaba órdenes como un generalísimo, y el pequeño regimiento, el más pequeño conocido en los anales de todas las guerras, sin carne ni leche, sin alimentos frescos, ese regimiento obedecía. Y sin embargo no lograron reunir el heno en hacinas antes de que el mal tiempo comenzase en serio.

Rosa estaba trabajando cerca del lago, uno de esos días húmedos, juntando con el rastrillo el heno recién segado entre los arroyos cenagosos, y en uno de esos arroyos, llenos de malezas, limo y hierba que crece bajo el borde, vio que algo se movía, serpenteando corriente arriba en muchas curvas sinuosas. Tomó el mango de su rastrillo, lo metió por debajo de aquella cosa y la sacó de golpe del agua. Y voló sobre su cabeza una gran anguila, por lo menos de dos codos de largo, y cayó muy por detrás de Rosa,

tendiéndose entre el heno como un gusano de tierra de enormes dimensiones, retorciéndose allí en dieciocho roscas. Despertó en Rosa el instinto de cazadora. Era un pez y, por lo tanto, no se quedaría quieto en tierra. Es cierto que la mujer experimentaba algunos recelos, porque sabía que Bjartur la regañaría si se enteraba de aquello, pero se encontraba decidida a asegurarse la presa y comérsela, entera, de modo que sacó un cuchillo y trató de atrapar la anguila. Y aunque se le deslizó varias veces de entre los dedos, enroscándosele incluso alrededor de su brazo, consiguió finalmente cortarla en dos. Entonces hubo dos pescados, y los dos nuevos pescados eran tan escurridizos como el anterior y trataban de huir en distintas direcciones, de modo que le fue necesario todo su tiempo para reunirlos. Quitándose el pañuelo de la cabeza, los envolvió dentro de él y luego los colocó sobre un pequeño montículo. Y allí el pañuelo continuó palpitando hasta que, por la noche, cuando ella regresó a la casa para preparar la cena, había caído a un surco.

—Yo pensaría dos veces antes de usar mi leña para esa basura, muchacha —dijo Bjartur, contemplando, perplejo, a la mujer de los nervios que en ese momento estaba atareada despellejando una anguila. La anguila se enroscó en la olla en muchos rollos hasta que estuvo por fin hervida y lista. Rosa la sacó y dijo:

—¿Quieres un poco de pescado para la cena?

—¡Buen Dios, no! Por lo menos, no de esa clase. ¿Piensas que me comería un gusano? Es un gusano de agua, eso es lo que es.

—Tanto mejor para mí, entonces —replicó ella, y comenzó a comer mientras su esposo la observaba, disgustado de que pudiera comer una cosa semejante. Y ella se comió toda la anguila.

—Diez a uno a que es una anguila eléctrica —dijo él—. Es tan malo como comerse un monstruo marino.

—¿De veras? —preguntó su esposa bebiéndose el jugo.

—Nunca pensé que mi esposa pudiera ponerse esa basura en la boca cuando hay bastantes alimentos en la alacena.

—Es mucho menos basura que ese pescado mohoso que has estado haciéndome comer durante todo el verano —replicó su esposa en defensa de la anguila.

Pero Bjartur no tenía interés en comenzar una disputa con una

mujer con nervios, a esa hora de la noche. Empezó a quitarse las ropas, rascándose allí y allá mientras tanto y murmurando uno o dos versos de las Rimas de Góngu-Hrólfur, del origen oceánico de Grímur. Luego se acostó y se durmió.

8. Tiempo seco

Precisamente lo que debía ocurrir. La lluvia había cesado finalmente, pero el tiempo seco era una bendición a medias. Un impetuoso viento de tierra les arrancaba de las manos el heno de los prados secos y lo llevaba volando por doquier, parte hacia la hierba aún sin cortar, parte —por lo menos un tercio de los frutos de la lucha de tres semanas— al lago. Pasaron tres días en las orillas recogiéndolo y apilándolo en hacinas. Luego el ventarrón volvió a calmarse y una vez más los retazos de nube en forma de garra se extendieron en el cielo, amenazando lluvia. La gloria había terminado. El heno debía ser asegurado y llevado a la casa inmediatamente antes de que el tiempo volviese a empeorar; no eran momentos para pensar en moverse de la casa, cocinando y halagándose el estómago; no eran momentos siquiera para pensar en dormir. Era el momento de arrimar el hombro y ganar en ingenio a los elementos, porque se trataba de la guerra de independencia de Bjartur de Casa Estival. En cuanto terminaron de hacinar el heno, Bjartur puso manos a la obra en la tarea del agavillamiento. Ya estaba avanzada la tarde, la luz se esfumaba, el verano se iba. En la hora más oscura, Bjartur corrió a buscar la potranca para traer el heno a la casa, dejando a su esposa que descabezara un sueñecito detrás de una hacina. Finalmente encontró al animal entre una caballada de Rauðsmýri y, antes de que le hubiese puesto encima la albarda y regresado, ya volvía a aclarar. Despertó a su esposa y comenzaron nuevamente a juntar el heno en el punto en que abandonaron la tarea. Comieron pescado frío y bebieron agua de un pantano. Las fajas de nubes se habían ensanchado y tendido por todo el cielo; el aguacero podía caer ya en cualquier momento. Sería preciso poner inmediatamente a resguardo el heno. Rosa debía conducir la potranca a la casa y

volver en ella a toda velocidad. Se abrió paso entre los aguazales, conduciendo a la bestia con su carga, y luego, a horcajadas de la silla, regresó apresuradamente al prado para recoger la carga siguiente. La lluvia se contenía aún. Al acercarse la noche las nubes incluso se rasgaron aquí y allá y una luna nueva atisbó entre ellas. Era alentador poder ver una luna tan bruñida, de luz tan romántica, tan fabulosa después del incesante trabajo del día, que casi se podía ver a los elfos saliendo de sus grietas para contemplarla —los elfos son mucho más dichosos que los hombres—. Pero con el transcurso de las horas la luna fue perdiendo su fuerza estimulante, su seductor incentivo a la complacencia en ensueños diurnos. La sensación de paz encantada retrocedió ante el hambre y la fatiga. Ida y vuelta, sobre los marjales, se bamboleaba Rosa con el caballo. Ya no tenía sensación en las piernas; se caía una y otra vez. Cuando montaba al caballo, de regreso, la cabeza se le caía sobre el pecho y a veces se despertaba y sorprendía al animal pastando.

—Dormitar no servirá de nada cuando nuestra subsistencia está en juego —gruñía el pegujalero.

Ella no podía responder, porque la lengua se negaba a moverse. Vio que la luna rebrillaba en el agua de una zanjita y que en ella nadaban tres o cuatro falaropos, hundiendo rítmicamente la cabeza en el líquido, con gracia tranquila. ¡Adoradas avecillas, tan contentas a la luz de la luna, sin nada que hacer…! ¡Cuán bellas quedarían en una fuente! De pronto comenzó a haber más luz. Los pasos del caballo se tornaron más lentos, sus esfuerzos más laboriosos, la luna desapareció, descolorida, detrás de nubes oscuras, y el heno, quién sabe por qué, pareció haber perdido su fragancia de ayer, y Rosa ya no sabía si estaba mojada o seca, era como si el rostro del mundo hubiese sido borrado, la nariz y los ojos, y ya no quedaba otra sensación que una náusea ingobernable, un gusto amargo en su boca y un hedor en su nariz, y de tanto en tanto tenía que detenerse y apoyarse en la potranca mientras sufría arcadas y vomitaba bilis, luego se secaba el sudor frío de la frente y trataba de tragar el quemante amargor que sentía en la garganta, así era aquella guerra mundial; sí; y la luz aumentaba gradualmente y las nubes se hacían más y más oscuras, y una vez más condujo al animal hacia la casa, y ahora Bjartur estaba atareado en la última

hacina, pronto conquistaría la victoria, pero ella no se alegraba, nunca se alegra el que gana una batalla en una guerra mundial, estaba completamente agotada. Pero cuando, arrodillándose junto a la orilla cubierta de musgo del arroyo que pasaba ante el pegujal, se inclinó para beber, con las manos acopadas, sintió como si tiernos brazos la envolvieran y la atrajeran dulcemente hacia un regazo de descanso, y en un instante se hundió, cada vez más profundamente, en aquel abrazo, por siempre jamás, como su abuela, que había muerto dichosa, dejando un colchón a su nieta, más y más profundamente, y vio que su imagen reflejada en el agua era disuelta por la corriente, y la tierra se alejaba flotando con ella, hacia el espacio, como el ángel que nos lleva cuando morimos, y una vez más sus sentidos se llenaron de la buena fragancia otoñal de la tierra, y finalmente la tierra pegó sus mejillas a las de ella, como una madre, mientras las aguas del mundo ondulaban en su oídos, hablándole de su amor. Luego no hubo nada más.

9. Un día en el bosque

Era domingo.

Había estado lloviendo desde hacía un tiempo cuando Bjartur la encontró, todavía dormida junto al arroyo. Estaba acostada allí, empapada hasta los huesos, con la mejilla apoyada en la orilla y un brazo bajo el cuerpo. Una gavilla de heno yacía de través en la corriente y la montura, con las cinchas rotas, estaba hecha pedazos sobre los guijarros. El caballo pastaba en el campo. La mujer miró en torno con ojos angustiados, como alguien a quien un bufón ha despertado de la muerte, y escuchó, con la espalda dolorida, los sarcasmos de su esposo. Luego, mientras éste se afanaba cubriendo el heno con césped, como protección provisional contra la lluvia, ella se arrastró hasta la casa y, demasiado aturdida como para calentar café, siguió durmiendo.

Poco antes de mediodía el tiempo mejoró y Bjartur entró presurosamente en la casa, jadeando, para pedir a su esposa que hiciera café. Una multitud pasaba cabalgando por los prados y algunos, a un galope de distancia de los demás, habían llegado a los llanos situados a corta distancia del pegujal.

—No llevan caballos de carga. Son unos cuantos estúpidos en una excursión, o algo por el estilo —dijo él—. Naturalmente, tenía que ocurrírseles hacerlo en un momento como éste.

—No puedo permitir que nadie me vea tal como estoy —protestó Rosa.

—Querrán beber una taza de café si vienen aquí, mujer. Te sientes bien con gente como ellos, ¿no es cierto?

Se inclinó sobre la mesa para observarlos a través de la ventana y reconoció a la gente y los caballos, cuando se acercaron más. Algunos eran hijos e hijas de agricultores acomodados de tierra adentro; otros eran labriegos que trabajaban en verano en

Útirauðsmyri. También estaban las hijas del sacerdote e Ingólfur Arnarson Jónsson, el agricultor, jinete en su caballo tordo. Pero cuando Bjartur miró en la casa, la mujer había desaparecido.

Los jóvenes estaban probando sus caballos de silla, en tanto que las muchachas habían venido a recoger arándanos, que ahora maduraban en los marjales. A esta excursión la denominaban «un día en el bosque» y habían traído consigo algunas provisiones en morrales de cuero, con la intención de merendar en el «bosque». Ingólfur Arnarson no llegó hasta la casa; hizo que preguntasen a Bjartur si le molestaba que cazase por los aguazales y tratara de pescar en el lago. ¿Y no podrían las damas hacer un paseo junto a la montaña y ver si podían encontrar arándanos?

Bjartur estaba orgulloso de sus derechos de terrateniente y siempre le encantaba que se le pidiese permiso. Naturalmente, sugirió que las muchachas sabían mejor que nadie qué era lo que husmeaban cuando comenzaban a husmear, y no le molestaba que recogieran una baya o dos, pero no le sorprendería que no fuera eso lo que buscaran. Y si el hijo del alcalde quería contaminarse extrayendo las entrañas de los asquerosos peces del lago y quería además martirizar en un domingo a los inocentes pájaros que volaban sobre los pantanos sin hacer daño a nadie, bien, probablemente ello le impediría que cometiese peores desaguisados.

—Pero —añadió— le habría tenido en más alta opinión si hubiera llegado con su caballo hasta mi puerta y me hubiera mirado a la cara, porque no ha pasado mucho tiempo desde que yo solía ayudarle a abotonarse los calzones y, por lo que sé, siempre me he ganado lo que su padre me pagaba, de modo que me atrevo a mirar a la cara a cualquiera de esa pandilla, se atrevan ellos o no a hacer lo propio. Pero me pregunto qué demonios habrá sido de Rosa. Son tan puntillosas en cuanto a su aspecto, estas mujeres… se acercan a la puerta vestidas como están; sólo las ropas domingueras son lo suficientemente buenas para ello. Pero pasad, de todos modos, espero que aparecerá, más tarde o más temprano. Y bienvenidos a Casa Estival. Creo que debe de haber café a baldes, y quizás haya algún mugriento trozo de azúcar por alguna parte, siempre que lo encontremos.

El café, por supuesto, fue rechazado con agradecimiento, pero la

mayoría de ellos quería echar una ojeada al interior porque, como provenían de granjas de la mejor clase, consideraban como una experiencia interesante la de pasar, agachados, por la puerta de la Casa Estival y sentir el olor a tierra que la oscuridad les lanzaba en espesa bocanada apenas franqueaban la puerta. Algunos de ellos subieron por la escalera, y ésta crujió. Otros se conformaron con atisbar por la ventana desde el caballo; no era necesario estirarse demasiado para hacerlo: la abertura no estaba situada a mayor altura que la de un hombre. Algunas de las jóvenes insistieron en sus preguntas acerca de Rosa, porque querían verla para salir con ella a recoger arándanos, de modo que todos los rincones y escondrijos fueron registrados y los gritos y los chillidos resonaron dentro y fuera de la casa, mientras Rosa trataba de aplastarse más aún contra la pared de tierra, bajo el establo del caballo, donde había buscado refugio con una oración al Redentor. Pero Bjartur se cansó muy pronto de todas esas tonterías y sacó con mano enérgica a su esposa del establo y le preguntó dónde estaban sus buenos modales y de qué tenía que avergonzarse, puesto que era una mujer legalmente casada.

—Y quiero café para mis invitados, aunque sea la última gota que tengamos en la casa. ¿Y qué clase de comportamiento de ermitaño es éste, que tienes que huir y esconderte de tus congéneres? Ve y da la bienvenida a tus huéspedes, mujer. —La hizo trepar la escalera, vestida como estaba con su delantal de lona y los hombros cubiertos por un harapo de chal, polvoriento y manchado de hierba, con hongos enredados en los flecos—. ¡Mirad, aquí está! —Y de pronto todos se mostraron serios y tendieron la mano para saludar.

No, gracias, no tenían ganas de café, pero las muchachas tomaron a Rosa de la mano y la sacaron afuera, la llevaron al arroyo. Se sentaron junto a ella y le dijeron que debía ser encantador tener tan cerca de la casa un arroyito pequeño, un arroyuelo tan amistoso. Le preguntaron cómo estaba y ella respondió que estaba bien. Y entonces le preguntaron por qué tenía la cara tan hinchada, y era por el dolor de muelas. Luego le preguntaron por qué le agradaba vivir en las ciénagas y ella se sorbió los mocos y mantuvo la vista fija en el suelo y dijo que

suponía que, de todos modos, había mucha libertad. Le preguntaron si había visto al fantasma y ella dijo que no había fantasmas. Luego todos se alejaron en sus caballos.

Los jóvenes vagaron por el campo hasta que comenzó a escasear la luz. En la casa podían escucharse sus alegres voces que llegaban desde las laderas de las montañas, sus carcajadas y sus canciones. Pero también se oyeron disparos provenientes de los pantanos. El granjero descansaba ese día —últimamente había estado trabajando día y noche— y se encontraba en cama, dormido. Su esposa estaba sentada junto a la ventana, escuchando los disparos, mirando hacia las ciénagas y esperando con angustia cada nuevo disparo. Era como si supiera que cada bala que se disparara la heriría a ella y solamente a ella; que le pegaría en el corazón y sólo en el corazón. Pero Bjartur no estaba dormido profundamente y, cuando despertó de su adormilamiento, la miró por encima de las cejas y vio que con cada disparo daba un respingo.

—Supongo que no conocerás esos disparos, ¿eh? —preguntó.

—¿Yo? —dijo su esposa poniéndose de pie, confundida—. No.

—Esa maldita familia jamás pudo mirar una cosa viviente sin sentir el deseo de obtener alguna ganancia de ella, de preferencia dándole muerte —dijo él. Luego volvió a dormirse.

Con el ocaso los excursionistas regresaron a la casa del pegujal, donde esperarían al cazador, que se proponía continuar cazando mientras hubiese luz. Las muchachas, que regresaban de las laderas de la montaña con cuencos llenos de arándanos hasta el borde, contribuyeron todas a llenar uno para Rosa.

—Bayas de tu propia montaña, muchacha —le dijeron cuando ella estaba a punto de rechazar el regalo. Se reunieron en grupitos y jugaron a distintos juegos en el campo, junto a Bjartur. La montaña devolvía sus risas. La noche estaba tranquila; la superficie del lago, tersa, con algunas moscas de agua rozándola; había luna nueva en el cielo y el valle estaba sosegado y libre. Bjartur se encontraba de un humor incierto e hizo entender que la siega del heno no había disminuido gran cosa los entusiasmos de los de tierra adentro.

—Creo que puedo imaginármelos pisoteando de ese modo el pasto abonado del alcalde —gruñó— y estoy ansiando el momento de verles bailar igual la próxima primavera, cuando ya no me quede

ni una paja y vaya a pedirles una carga de heno.

Las hijas del sacerdote y las muchachas que trabajaban en Myri no querían que nadie se mostrase con mal humor, y trataron de arrancarle a él. Le arrastraron, quieras que no, al círculo donde estaban jugando a las prendas y le impusieron una. Él les deseó que se fuesen al infierno, pero finalmente se lanzó en su persecución y dijo que muchas veces había perseguido a ovejitas escurridizas, y se escupió en las manos antes de perseguirlas. Incluso le llevaron aparte y le pidieron que recitase las Rimas. Y entonces él se encontró en su elemento y no se interrumpió antes de haberles ofrecido todos los versos obscenos de Góngu-Hrólfur: desde los del viejo Ólver acusando a Hrólfur de sentir una pasión extraviada por Vilhjálmur —las muchachas se abrazaron y trataron de ahogar las carcajadas— hasta Ingibjórg vertiendo el contenido de su orinal sobre Móndull —las jóvenes ya no pudieron contener los aullidos. Terminaron pidiéndole que improvisara algo acerca de ellas. El pegujalero respondió que, en efecto, se le habían ocurrido varios versos, en distintos metros, mientras estaban ocupadas recogiendo arándanos en las laderas, pero que en realidad no había tenido tiempo de pulirlos hasta entonces, aunque el primer cuarteto tenía doble rima y doble aliteración.

Cantando correteaban Gala y Gunna, lejanos los sabáticos sermones; tostadas y traviesas, garbosas y galanas, ruidosas religiosas, cantaban sus canciones.

Vuelan sus manos a saquear las ramas, las bocas, a la burla acostumbradas, sorberán dulces zumos de las bayas y el robo alabarán con risas claras.

Delicadas, doradas ninfas morenas, coger más bayas no vale la pena. Ah, mis bellos galanes, esbeltos, jocosos, Aguardáis, confesadlo, goces más amorosos.

Los juegos estaban en su apogeo cuando el hijo del alcalde, Ingólfur Arnarsonjónsson, apareció en la escena. Una sonrisa fría jugueteaba en sus labios, la sonrisa altanera, orgullosa, de su madre, la sonrisa que hacía que los esfuerzos literarios de la Señora de Myri fuesen menos apreciados de lo que de otro modo habrían sido. Llevaba sus presas al hombro, colgando de dos bramantes: en uno, patos y gansos; en el otro, truchas, truchas morenas y negras, entre

una y tres libras de peso. Después de ordenar al pastor que lo atase todo al arzón de su silla, saludó a Bjartur con la sonrisa fría y el irritante aire paternalista que caracterizaba a toda la familia.

—El viejo debe de haber estado soñando cuando, puede decirse, te regaló Casa Invernal y te hizo el señor de estas tierras de abundancia, ¿Cuánto te debo por el alquiler de cazadero?

—Oh, sería ir demasiado lejos esperar que me pagaras algo por este regalo que me han hecho —replicó Bjartur—. Además, como tú mismo dices, este pegujal, que dicho sea de paso, tengo la osadía de llamar Casa Estival, por si no lo has oído antes… Casa Estival es una tierra de tal abundancia que no tengo necesidad de mezquinarte la carroña que puedas llevarte en las expediciones que hagas a ella, Ingi, hijo mío. Mis ovejas tienen más confianza en el heno corto de las orillas del Lambey. De modo que puedes llevarte en buena hora todos los patos y truchas que logres atrapar, Ingi, hijo mío. Constituirán un saludable cambio de dieta para vosotros, los de Myri, porque si conseguís poner este invierno sobre la mesa un poco de pescado y de ave, será la primera vez de que yo tenga noticia.

—¡Caray, de qué humor está el hombre! —exclamó Ingólfur Arnarson con su sonrisa helada, sacando un par de patos con ojos dorados y una o dos truchas negras y arrojándolas a los pies de Bjartur.

—Te ruego que saques esto de mi propiedad —dijo Bjartur—. Prefiero que tú mismo cargues con la responsabilidad de las criaturas que mates durante el domingo.

Pero en este momento las muchachas intervinieron y le pidieron, por el cielo, que no rechazase tan magníficos bocados, por Rosa, ya que no por él mismo, y añadieron:

—Estas aves serán un plato suculento.

—En mis tiempos —respondió Bjartur— era costumbre en Myri que la Señora dejase de lado las gallinas, para no tener que entendérselas con la carne de caballo, pero si ahora las aves figuran allí en la lista de comidas, entonces lo menor que puede hacer con esta carroña es llevársela al alcalde, con quien estará más a sus anchas.

—Estoy segura de que serían una comida agradable para Rosa. No parece que haya comido nada fresco este verano.

—Para nosotros, los trabajadores solitarios —repuso Bjartur—, lo primero que es preciso tener en cuenta es el alimento para el ganado. La comida del hombre en verano tiene menos importancia que la salud de las ovejas en invierno.

Todos rieron de esta respuesta, más divertidos que impresionados por el sonsonete de aquel trabajador solitario. Pero muchos de ellos eran miembros de la rama local de la Asociación Juvenil, e Ingólfur Arnarson Jónsson era su presidente. Y tenían fe en su país. «Todo por Islandia, Islandia para los islandeses» era su lema. Y ahora se encontraban cara a cara con un hombre que había roturado una tierra nueva, un hombre que también tenía fe en su patria y, lo que es más, que lo demostraba con los hechos. A primera vista su forma de pensar podría parecer no desprovista de cierto elemento de ridículo, pero no dejaba de conmoverles, tal como estaba allí, de pie en su propia tierra, en la calma de un anochecer de domingo, con su pequeña granja a sus espaldas, preparado, ansioso por librar su guerra de independencia contra las potencias hostiles, naturales y sobrenaturales, a desafiar al mundo entero. Permanecieron allí un rato más, mientras sus pastores les traían los caballos, y nadie se ofendió con Bjartur porque hubiese demostrado que estaba en su casa. Ingólfur Arnarson pidió que se cantase una canción.

—Bjartur y yo somos viejos amigos y casi como hermanos de leche —dijo—. Juntos hemos hecho algunas cosas en nuestra época que mejor será olvidarlas, y sé que en realidad nos entendemos a la perfección; al menos yo conozco la madera de que está hecho él, y la de Rosa también. Han demostrado que el espíritu heroico de los primeros colonos no se extinguió aún en los islandeses de hoy, ¡y ojalá que ese espíritu perdure por muchos años!

Pidió a los otros que cantasen, y cantaron:

Dura la brega, mas como hermanos gritemos el lema, siempre impávidos: «¡Todo por Islandia! ¡Por Islandia vivamos! ¡Nunca cejemos, en la lucha unidos!».

Todos fueron de la opinión que aquella canción podía aplicarse al mismo Bjartur de Casa Estival, quizá fue compuesta precisamente en su honor, ¡viva el colono en su valle de los marjales! ¡Viva este indomable hijo de Islandia! ¡Vivan Bjartur de Casa Estival y su

esposa! Y entonces cantaron una canción patriótica tras otra:

Reina de los montes, madre mía, tan cara a mí, y tan amada, a tu lado soy feliz cada día, bendita sea mi tierra heredada. Mi tierra, para nuestra alma sería Bendición, por el cielo otorgada.

¡Viva la joven Islandia! ¡Viva!, ¡Hurra!, retumbaba la montaña en el silencio de las primeras horas de la noche otoñal, hasta que el colimbo dejó de gritar en el lago, profundamente intrigado. Finalmente los mozos trajeron todos los caballos. Bjartur recibió una cordial despedida y algunas de las muchachas entraron a la casa para saludar a Rosa, encontrándose con que ésta había desaparecido. Ingólfur Arnarson pidió a los cantores que continuasen, cuando ya todos estaban a caballo, y la última canción, en alabanza de la vida campestre, resonó desde los pantanos como una despedida a los moradores de la Casa Estival:

En el valle entre brezos está mi hogar
y aquí viví felices horas
y en sitio alguno puede el sol brillar
como en estos montes donde moras.
Y la gente es noble y buena,
fiel en la amistad, fuerte en la faena;
por vivir aquí siento un gran gozo,
no existe mejor vida para un mozo.

Las alegres voces se escucharon unos instantes todavía. Luego se mezclaron a los golpeteos de los cascos de los caballos, cuando los visitantes apresuraron la marcha en el terreno más firme de las orillas del río, y finalmente dejaron de oírse. El ocaso de principios del otoño había caído sobre el valle y el brezal. Y el habitante del valle estaba solo en su campo. Pronto entró en la casa, para acostarse. Rosa había reaparecido; no dijo una palabra.

—Hay un regalo para ti junto al arroyo —dijo Bjartur.

—¿Para mí?

—Sí, aves y pescado.

—¿De quién? —preguntó ella.

—Ve y fíjate, a ver si reconoces su marca.

Rosa se escurrió fuera de la casa mientras Bjartur se desnudaba,

se dirigió hacia el arroyo y, en efecto, allí estaban los peces que él había pescado y los patos que cazó. Sintió que en el valle vibraban todavía las voces de los que cantaran en torno de él; las canciones entonadas aún estaban frescas en su mente, detenidas en el aire, sobre los marjales.

Una bandaba de patos de ojos dorados voló sobre el campo con un siseo de alas, todavía asustados.

—Ya no necesitáis asustaros —susurró la joven—. Ya se ha ido.

Largo tiempo estuvo junto al arroyo, en la penumbra, escuchando las canciones que se habían callado en el valle, los disparos hechos hacía mucho tiempo, y pensando en las inofensivas aves que él había matado. Pronto llegaría el otoño.

10. Reunión de pastores

La víspera del rodeo, Bjartur decidió afeitarse la barba que le creciera durante el verano. Era evidente que despreciaba esa formalidad, y mientras duró la operación maldijo espantosamente, pero era imposible esquivarlo: el festival de las ovejas estaba cerca. Y además, había otra tarea, también desagradable, que le esperaba ese día. Se trataba aparentemente, de uno de esos síntomas de los nervios de su mujer si Bjartur se iba. Ahora había ante él tres días de búsqueda por los pastizales de las montañas y luego, inmediatamente después de la distribución de los animales en corrales, la marcha a la ciudad en compañía de otros granjeros. Rosa declaró que no quería siquiera oír hablar de quedarse sola en la casa durante la ausencia de su esposo. Primero le pidió que le dejase la perra pero, cuando él demostró que sería tan eficaz en un rodeo sin su perra como sin su pierna derecha, ella se negó a escuchar más razones y dijo:

—Muy bien, entonces no me queda más remedio que ir a Utirauðsmyri, en lugar de quedarme en este agujero infestado de fantasmas.

Nada había más desagradable para Bjartur que el pensamiento de tener que pedir algún favor a la gente de Útirauðsmyri y, en consecuencia, se ofreció a tratar de encontrar una corderita de un año, que era de su propiedad, perteneciente a una pequeña majada que había visto, hacía unos días, pastando en las cercanías. De modo que partió con la perra cuando terminó de afeitarse, encontró la cordera, la atrapó con la ayuda de la perra y, al regresar, hacia el anochecer, la amarró en los límites de su campo. El cordero se llamaba Gullbrá. La mujer durmió mal esa noche, incapaz de comprender los caprichos de los seres humanos.

Los pastores llegaron al campo con sus perros, mucho antes de

que aclarase. Bjartur, que estaba de pie en el empedrado, con sus calcetines por encima de los bajos de los pantalones, repartió apretones de manos, con los hombros moviéndose de placer, y se paseó ida y vuelta ante ellos, o describió círculos a su alrededor, mientras les invitaba a pasar para tomar café. La mayoría de los visitantes querían inspeccionar la casa; algunos de los jóvenes treparon la escalera, metiéndose en las oleadas de humo, para ver a Rosa, y los perros trataron de seguirles, pero la escalera era demasiado empinada para ellos y volvieron a bajar, gañendo.

—Éste, pues, es mi palacio —dijo Bjartur— y hasta ahora no estoy atrasado siquiera en una sola moneda.

—Muchos comenzaron con menos y terminaron en granjeros de importancia —declaró aprobadoramente el rey del rodeo—. Él mismo había comenzado con poco, pero ahora, con sus funciones de rey del rodeo, escribiente de la parroquia y veterinario de perros agregadas a su crédito, había alcanzado una posición de cierto prestigio y gozaba de la reputación de no ser contrario a ocupar un asiento en el concejo de la pedanía, si se presentaba la ocasión.

—Jón de Húsavík empezó con un trozo de turba del diablo —prorrumpió imprudentemente un joven que estaba acostumbrado a mejores ambientes.

—Vaya, muchachos, vayan saliendo —dijo el rey del rodeo, que quería que los jóvenes emprendieran el viaje inmediatamente, porque se habían divertido en la montaña cabalgando detrás de él, casi pisándole los talones, en un intento de hacer que se le encabritase el caballo, y más tarde, al cruzar las ciénagas, cabalgaron delante de él para poder salpicarle de lodo. Tampoco tenía deseos de sentarse a tomar café en la Casa Estival en compañía de cualquiera; prefería a algunos hombres bien escogidos que supieran animarse con una gota de aguardiente, especialmente algunos de los granjeros que, como no tenían mozos de labranza alquilados, debían concurrir en persona al rodeo. Uno de esos agricultores solitarios era Þórður de Nióurkot, suegro de Bjartur de la Casa Estival. Este veterano había perdido a la mayoría de sus hijos en forma en cierto modo poco digna de mención y sufrió un fracaso en la única empresa a la que dedicó un pensamiento serio, a saber, su molino de grano. Pero no se volvió pesimista ni insultó a

su suerte, no; lo tomaba todo como venía, con una serenidad de espíritu que rayaba en lo filosófico y una resignación que bordeaba en la piedad. Ya en la escalera se le oyó expresar su admiración por ese extraño olor que tenía el humo de su adorada hija, y ésta le ayudó a pasar por la trampilla y ocultó su rostro contra la mejilla tiznada de su padre y los ralos pelos de su barba.

—Mamá envió sus cariños a su queridita y me pidió que te diera estas cosas —dijo él, entregándole un paquetito envuelto en un pañuelo. Contenía azúcar y café, media libra de cada cosa.

Rosa no podía apartarse del anciano. Se aferró a él y se secó los ojos con el delantal; sus modales se tornaron de pronto tan pueriles en su intimidad y candor que Bjartur sintió que nunca en su vida había visto anteriormente a esa mujer. En un instante parecía haberse despojado de toda la empecinada melancolía de la mujer de los páramos, para convertirse en una chiquilla capaz de demostrar sus sentimientos.

—¡Padre, padre! —lloraba—. ¡Cómo ansiaba verte!

Eso es lo que dijo. Sin que Bjartur jamás se diera cuenta, ella había acariciado esa esperanza en lo más hondo de su corazón y había esperado a su padre durante mucho tiempo. Y cuando la vio apretarse a él, tan infantilmente libre en su abrazo, se vio asaltado, como en la noche de su boda, por la enfermiza sospecha de que su reino de los marjales no estaba tan unido como él lo deseaba intensamente.

Los hombres se sentaron, extrajeron sus cuernos de rapé y comenzaron a hablar del tiempo con la honda gravedad, la contención científica y la pesada firmeza de estilo con que el tema era siempre reverenciado. Una revista general del tiempo que había hecho el pasado invierno fue seguida por un análisis más minucioso de las condiciones variantes de la primavera, por un examen exhaustivo de la estación en que parían las ovejas, y la condición de las mismas y de su lana, seguidos, a su vez, por el examen, semana a semana, del verano. Uno corregía a otro, para que no faltara exactitud. Recordaban todos los vientos secos de importancia, ofrecían registros completos de las condiciones atmosféricas en cada período de lluvia y tormenta y recordaban lo que éste y el otro habían profetizado, pero cómo, a la postre, todo había seguido su

propio curso, a despecho de las profecías. Cada uno de ellos había librado a solas su propia guerra mundial contra los implacables elementos; todos consiguieron, quién sabe cómo, levantar su cosecha de heno, arruinada o no, y llevarla a sus casas en sus caballos. Varios de ellos tenían todavía heno en los prados; a uno el viento le había arrebatado el suyo; la cosecha de otro se había visto anegada.

Con la excepción del rey del rodeo, todos eran trabajadores solitarios y no disponían de medios para contratar ayudantes capaces; muy a menudo se veían obligados a arreglárselas con la poca colaboración que obtenían de sus hijos jóvenes, de ancianos, imbéciles u otras cargas.

—Durante quince años he trabajado la tierra sin ayuda —dijo el rey del rodeo, que ahora se había elevado en las filas de los agricultores de clase media—, y en la actualidad, cuando los contemplo con el recuerdo, me parece con frecuencia que fueron mis mejores años. Cuando se empieza a pagar jornales se puede decir adiós a la prosperidad. Los jornales son los que mantienen hundido a un hombre para siempre.

—Vosotros, los grandes propietarios, podéis decir lo que queráis, por lo que a mí respecta —declaró Einar de Undirhlíð—, pero se vive una vida de perro cuando no se tiene a algún robusto gañán que le ayude a uno.

Y siempre será así. Es la muerte por inanición física y espiritual. Y siempre lo será.

—Bueno, tú no tendrás que quejarte demasiado, Einar, mientras tu hijo Steini se quede en tu casa —observó Krúsi de Gil.

—¡Oh, todos quieren salarios, hijos y extraños por igual! —replicó Einar—. Y, de todos modos, es una ventaja efímera. En estos días la tierra no puede abrigar la esperanza de competir con el mar, y supongo que Steini seguirá el mismo camino que los otros antes de que sea mucho mayor. Apenas se ha secado en sus labios la leche de la madre, y ya se han ido. La tierra es la tierra, el mar es el mar. Ahí tienen, por ejemplo, a Tórarinn de Uróarsel. ¿Cómo le fue a él? Tenía tres hijos, todos fuertes como caballos. No había comenzado a brotarles la barba y ya habían partido al mar. Uno se ahogó y los otros dos terminaron en América. ¿Y enviaron acaso algunas líneas

a su madre en la primavera, cuando murió el padre? No, ni una palabra; ni siquiera unas monedas para que no pensara en su pena. Y ahora la anciana y su hija han traspasado su granja al sacerdote y están viviendo con él.

Einar auguró que lo mismo le sucedería a él, puesto que dos de sus hijos le habían abandonado ya y el tercero lo haría muy pronto.

Pero Krúsi de Gil consideró que los hijos no constituían ninguna molestia, en comparación con los ancianos. Nadie pensaría que tuviesen tanto apetito; su padre había muerto el año anterior, a los ochenta y cinco años de edad.

—Y ahora, como todos sabéis —agregó—, me quitan unos céntimos de los impuestos y me obligan a mantener a mi suegra. Ella tiene ochenta y dos años y está tan trastornada, pobrecita, que durante todo el verano hemos tenido que vigilar constantemente los aperos, porque está decidida a ocultarlos todos. («Sí. Y en su época era una magnífica trabajadora», masculló Pórður de Nióurkot).

—Personalmente, no entiendo por qué os preocupáis todos tanto —dijo Fórir de Gilteig, cuya hija Steinka, aunque soltera, le había hecho abuelo hacía unos meses—. Por lo general los hijos saben cuidarse solos, en cualquier lugar a que lleguen, y aunque los ancianos vivan con un pie en la tumba durante mucho, mucho tiempo, a la larga también meten el otro. Pero las muchachas… Las muchachas son tal fuente de preocupaciones y desdichas para sus padres, que no envidio a ningún hombre que tenga una hija en estos tiempos difíciles. ¿Diríais, por ejemplo, que las medias de lana, tejidas en casa con el hilo más suave, serán lo bastante buenas para ellas en la actualidad? No; lo único que persiguen es vanidad, solamente quieren causar daños, de un año al otro.

El rey del rodeo:

—Oh, no sé. Muchos hombres han obtenido consuelo en sus hijas. Y la verdad es que siempre resulta agradable tener en la casa algo con una sonrisa y una canción.

—En la casa, sí. Y si no les das una bolsa de dinero para derrochar en el pueblo, te amargan la vida para que las dejes ir a contratarse de criadas, especialmente en Reykjavik. Y si no pueden tener ni una cosa ni la otra, entonces prueban suerte con la casa. Comienzan exigiendo medias de puro algodón, que no son otra cosa

que una maldita estafa, y ahí van, malgastando dinero en esa porquería que no puede mantener abrigado ni a un piojo, aunque, eso sí, no se las puede acusar de que sean cortas, malditas sean, y no se las considera dignas del dinero que cuestan como no lleguen hasta la ingle. Pero, si se les corre una puntada, ¿de qué sirven? En mis tiempos una mujer se conformaba con que las medias le llegaran hasta los bajos de la falda y, a pesar de ello, se la consideraba una buena esposa. Había menos veleidad, además, entre las mujeres en esos días, permitidme que os lo diga, y quizá no era costumbre levantarse las faldas tan altas como ahora.

—Sí —convino el rey del rodeo—, puede que así sea. Y hablando de faldas, no creo que nadie me niegue que parecen estar en estos momentos mucho más cortas que lo que solían.

Hórir:

—¿Y en qué termina todo eso? He sabido de fuente digna de confianza que el algodón ya no es considerado suficientemente bueno. Tengo entendido que una joven se ha comprado ni más ni menos que medias de seda.

—¿¿Medias de seda??

—Sí, medias de seda, ni más ni menos que medias de puro hilo de seda. Y hasta puedo decirte el nombre de la muchacha: es la hija mediana del sacerdote, la que estuvo en la capital el año pasado. —(«Oh, alguien debe de haber inventado esa historia», masculló con indulgencia Hórur de Nióurkot).

—Nuestra Steinka puede tener sus defectos, pero no es más embustera que la mayoría de las personas y está dispuesta a afirmar bajo juramento que la ha visto con ellas puestas. Primeramente las mujeres dejan de usar enaguas, nada más que por vanidad y corrupción; luego vienen las medias de algodón hasta la ingle (ellas y todas sus galas no igualan ni con mucho el precio de un cordero); después se acortan las faldas y, cuando la desvergüenza llega a tal punto, naturalmente, no hay que dar más que un paso muy pequeño para llegar a las falta absoluta de faldas. —Þórður de Nióurkot: «Yo hace siete años que no me hago un par de pantalones nuevos.»— ¿Y qué sacan de todo esto? El derroche no es nada. Pero cuando los principios de decencia y las virtudes femeninas se pierden en una nación, ¿en qué situación se encuentra ésta? Las espaldas de

muchos pobres padres ancianos se están quebrando bajo el peso de tanta inmoralidad.

En este momento alguien observó que las tres hijas del sacerdote parecían bastante sanas.

Pórir:

—Por supuesto. Lo mismo te sucedería a ti si tu padre comenzara el año con mil quinientas coronas del tesoro nacional, entregadas por sólo hacer el maldito idiota. Esas personas no son el público general, ¿entiendes?

Eóróur de Nióurkot: «No puedo creer que sea cierto que le pagan mil quinientas coronas. Quizá no haya sido más que una promesa que le hicieron».

Algunos de ellos dudaron que una suma tan grande de dinero pudiese existir en bloque.

Hórir:

—Es la verdad, y me niego a retirar una sola de mis palabras.

—Oh, el viejo espantajo tiene sus cosas buenas, ¿sabéis? —protestó Bjartur entonces, porque nunca le gustó que nadie censurase al sacerdote, por quien, en el fondo, sentía un inmenso respeto, debido a su raza de ovejas—. Sus moruecos son bastante pasaderos, aunque él sea muy educado. Personalmente, aceptaría en cualquier momento uno de sus moruecos y no a sus tres hijas y mil quinientas coronas encima. De paso, ¿estáis enterados de lo que se paga este otoño por el carnero?

El rey del rodeo detalló todos los informes que había escuchado, pero éstos, como es corriente con las informaciones acerca de precios, variaban considerablemente. Hrollaugur de Keldur, arrendatario del alcalde, dijo que vendería sus corderos a Jón de Myri, como de costumbre, ya que, de cualquier modo, a él era a quien debía pagar el arrendamiento. Y si había algo que decir del viejo pillastre, era que le pagaba a uno en dinero contante y, aunque sus precios eran bajos, pájaro en mano vale más que ciento volando, y en la costa, hagan lo que hicieren, jamás ven un céntimo; allí no hay más que deudas.

Bjartur no negó que fuese instructivo ver dinero en metálico de tanto en tanto, pero cuando se trataba de saber con quién debía estar uno en deuda, bueno, Bruni era el menor de dos males… El

único que generalmente veía las monedas en los tratos con el alcalde era el propio alcalde. El alcalde era un maestro clásico en el arte de tratar con las personas a quienes Bruni no se dignaba conceder crédito; y les daba solamente dos tercios de lo que Bruni ofrecía en Fjóróur. ¿Pero cuánto obtenía por las ovejas que compraba, cuando las llevaba al sur, a Vík?

Por lo menos la mitad más de lo que Bruni ofrecía. Vendía ovejas a centenares allí donde otros las vendían por decenas, y, lo que es más, dictaba sus propios precios a los compradores de Vík.

—¡Oh, eso no puede ser cierto! —dijo Pórður de Nióurkot, que no podía creer en nada que se presentase en gran escala—. Y ten en cuenta los riesgos. Y cuesta mucho dinero contratar a los hombres que lleven las ovejas hasta el sur. Y generalmente se pierden muchas en el camino.

Sin embargo, el rey del rodeo sostuvo que muchas personas tenían motivos para bendecir el día que Bruni las anotó en sus libros. Bruni jamás permitiría que alguno de sus hombres muriese de hambre. ¿Se enteró alguien alguna vez de que Bruni se hubiese negado a conceder crédito a un individuo después de aceptar sus garantías?

—Es cierto que no se molesta en pagar en efectivo en estos tiempos tan duros y que ha habido muchos años en que no se vio una sola moneda en las regiones rurales y que, como todos saben, es un poco tacaño para entregar cosas de lujo. Pero muy pocas veces ha dejado que uno de sus hombres sufra verdaderas penurias, a menos, naturalmente, que fuese inevitable, como, por ejemplo, en primavera. Sea como fuere —continuó el rey del rodeo—, está muy lejos de la verdad el pensar que todo depende del dinero. Hay muchos hombres que progresaron en la vida y nunca manejaron cantidades importantes de dinero. Y de paso —añadió, como prueba de ello—, el alcalde me preguntaba, en la asamblea vecinal de primavera, si no podría sugerirle a algún individuo de confianza que le ayudara a cuidar a los perros.

—Muy bien —dijo Bjartur—. No es conveniente descuidar a un perro y, como probablemente habréis escuchado el día de mi boda, en primavera, juré que yo mismo curaría a mi perro si esa orina de potingue vuestro no los limpia.

—Seguramente que nadie tendrá interés en insinuar que hay algo falso o impreciso en unas preparaciones que recibo directamente de manos del propio Oficial Médico del Distrito —dijo el rey del rodeo, asumiendo un aspecto de funcionario ofendido—. Admito, está claro, que nadie que tenga que atender a toda esa jauría de perros estaría dispuesto a jurar por sus esperanzas de salvación eterna que la medicina ha sido perfectamente administrada en cada caso, motivo por el cual el alcalde opina que otra persona responsable debería ser nombrada como ayudante mía.

Los agricultores convinieron todos en que la situación exigía medidas desesperadas, puesto que incluso en Utirauðsmyri se habían presentado señales de modorra en las ovejas en la primavera pasada.

—Sí, tendré que dedicar serios pensamientos a la cuestión —continuó el rey del rodeo, en tono de perfecto conocedor de sus responsabilidades. Es un trabajo muy importante, aunque naturalmente no más considerable que otros trabajos médicos. Y eso exige un buen ayudante. Sería magnífico que el gobernador me otorgara un sueldo decente para este futuro auxiliar mío. Pero por el momento no tengo autorización como para prometer nada.

—Y digo yo, ¿qué hay del alcalde de Utirauðsmyri? —preguntó Bjartur, que encontraba difícil sacarse de la mente al alcalde—. No veo por qué no habría de ser él un adecuado ayudante de veterinario de perros.

La sugerencia, hecha entre burlas y veras, no provocó reacción alguna, ni en broma ni serio, en los invitados de Bjartur. Lo único que hicieron fue hacer ruido con la nariz o fruncirla levemente, en melancólica burla.

En este momento entró Rosa con el café pero, como había pocas tazas, tuvieron que beberlo en dos veces.

—Bebed, muchachos —exhortó Bjartur—. No tenéis por qué temer enfermaros del estómago con la crema del café de Casa Estival, pero no somos avaros con granos de café que usamos.

—¿Qué os parece un trago de crema danesa? —preguntó el rey del rodeo, sacando un frasquito del bolsillo del pecho. Cuando le quitó el tapón, los rostros rígidos, informes, de los trabajadores solitarios se quebraron en la más beatífica de las sonrisas—.

Siempre me agrada hacer algo por mis amigos cuando estamos en las montañas —continuó el rey del rodeo.

—¿Quién sabe? Puede que mis amigos estén en condiciones de hacer algo por mí cuando nos encontremos nuevamente en nuestras casas… —y agregó, mientras vertía un poco en cada taza—: Los fuertes impuestos no han dejado levantarse a los pequeños terratenientes en estos últimos años, como todos sabéis, pero muy bien podría ocurrir que los que tienen poco contasen con alguien que les defendiese en el concejo, antes de que pase mucho tiempo. Y por el momento dejaremos las cosas como están.

—¡A por los buñuelos, muchachos! —exclamó Bjartur—. ¡Y no mezquinéis esa asquerosa azúcar! Rosa, sírvele otra taza al rey del rodeo.

—Bien, muchachos —dijo el rey del rodeo cuando el aguardiente ocupó su lugar—, seguramente alguien habrá compuesto algunos versos mientras recogía el heno, este verano, a pesar de que la cosa fue incierta.

—Sí, éste es el momento de escuchar algo bueno y bien construido —dijeron los otros.

—Bien, pues no lo esperéis de mí —dijo Einar—. Mis puntos de vista en cuanto a la poesía, como todos sabéis, son tales que no me tomo trabajo con esos versos bien construidos, como se los llama. En las pocas cosas que compongo cuando se presenta la ocasión trato de prestar más atención a la verdad del sentido que al metro.

No era un secreto el que Bjartur sustentaba una pobre opinión de la poesía de Einar, porque Bjartur había sido educado en las viejas medidas de las baladas del siglo dieciocho y siempre despreció la composición de himnos y poesías de nuevo cuño tanto como despreciaba cualquier otra cosa de fantasía huera.

—Mi padre —dijo— fue un gran hombre para la poesía y con grandes dones para la oratoria. Y a él debo el haber aprendido las reglas de la métrica cuando todavía era un jovenzuelo; y las he conservado desde entonces, a pesar de todas las nuevas modernas teorías de los grandes poetas, por ejemplo, la Señora de Myri. Heredé de mi padre mis ejemplares de las Rimas, tengo los siete volúmenes, de los días en que en Islandia había hombres de genio, hombres que sabían demasiado bien qué querían hacer como para

tropezar, hombres que sólo necesitaban cuatro versos para hacer una poesía que podía leerse de cuarenta y ocho formas distintas y encontrarle siempre sentido. No era para ellos este estilo poético que está lleno de pena y nerviosismo y aguado sentimentalismo; y tampoco eran para ellos los himnos: éstos los dejaban a los sacerdotes. Eran hombres que no creían en la necesidad de mesarse los cabellos y golpearse el pecho. Ahí tienen las Rimas de Úlfar, por ejemplo, con sus gigantescas batallas, cada una de ellas más valientemente disputada que la anterior; ésos eran héroes que no se arrastraban ni lamían los pies a las mujeres, como lo hacen ahora esos poetas eróticos. Pero, eso sí, si oían hablar de alguna mujer famosa, no se detenían a calcular los riesgos, aunque la mujer viviese en otro hemisferio, no, salían en su busca, con la luz del combate en los ojos, a derrotar reyes y conquistar reinos y amontonar cadáveres hasta más altura que la de las colinas.

Discutieron sin llegar a ningún acuerdo, el uno jurando por la forma clásica y el espíritu heroico de las antiguas baladas, el otro inconmovible en su fe en lo humano y lo divino. Como resultado de esta diferencia de orientación, no se pudo convencer a ninguno de que recitase sus poesías mientras el otro estuviese presente.

—La gente que se complace en exhibir una técnica complicada en su poesía se muestra más dispuesta a enorgullecerse de su obra que los que escriben para su propio solaz —alegó Einar de Undirhlíð, pero Bjartur replicó que jamás se había considerado un gran poeta, pero verse obligado a escuchar algo menos feliz que cuartetos con rima interna era más de lo que podía aguantar: «y si yo fuera un poeta— dijo —cuidaría de que nada de lo mío se publicase, a menos de que se tratase de un palíndromo bien construido».

Ólafur de Ystadalur, que tenía una mente de tendencias científicas y se interesaba especialmente por las oscuridades de la ciencia, se encontraba siempre fuera de su elemento cuando la discusión se limitaba a la poesía.

Hasta ese momento le había sido imposible intercalar una palabra, pero ahora ya no pudo contenerse de proponer algún tema, por pequeño que fuese, que le concediese su participación en la notoriedad de esa asamblea celebrada al romper el día, a él, cuya

mente inquisitiva estaba constantemente atareada luchando con intrigantes problemas.

—Sí, el mundo es un lugar curioso, en efecto —dijo, escurriéndose en la conversación como un ladrón en la noche—. Dicen que Pascua cae en sábado el año que viene.

Los concurrentes permanecieron durante un momento mudos ante estas noticias sorprendentes.

—¿Sábado? —repitió al fin, pensativamente, el rey del rodeo—. No puede ser cierto, Ólafur. Pascua siempre cae en domingo.

—Sí, eso es lo que siempre pensé yo —gritó Ólafur triunfalmente —. Pero lo leí dos veces en el almanaque de la Sociedad de Amigos del País. Y allí dice que Pascua cae en sábado.

—Podría ser un error de imprenta —sugirió el rey del rodeo.

—¿Un error de imprenta en el almanaque? No, ni pensarlo; no se atreverían a cometerlo. Pero creo que conozco la explicación adecuada. Me parece que la leí en un viejo libro del Reverendo Guðmundur, cuando pasé la noche allí, hace unos años. Decía que el sol se atrasaba durante un período en su marcha, de tanto en tanto. Si eso es correcto, entonces, naturalmente, es imposible que el tiempo haga otra cosa que retroceder un poco entretanto. Por lo menos un poquito.

—Mi querido Ólafur —dijo Bjartur con indulgencia—, por lo que más quieras, no dejes que nadie piense que te tomas en serio todas esas cosas. Deberías tener cuidado con esto de creer en todo lo que ves en los libros. Nunca he considerado a los libros como la verdad, y menos que ninguno a la Biblia, porque no es posible verificar todo lo que se les ocurra escribir en ellos. Pueden inventar mentiras tan grandes como les plazca y tú nunca te enterarás, si no has estado en el lugar de los hechos, entonces, al final resultaría que Pascua caería en Navidad.

—Bueno —dijo el rey del rodeo—, lo único que yo puedo decir es que la historia afirma que Jesús volvió a levantarse el domingo por la mañana, y a eso me atengo. Por lo tanto, Pascua debe caer siempre en un domingo, retroceda el tiempo o no.

—Por mi parte la historia puede decir lo que quiera —dijo Bjartur con escepticismo—, pero lo que me gustaría saber es esto: ¿Quién vio que Jesús se levantaba el domingo? Un puñado de

mujeres, supongo. ¿Y hasta qué punto puede confiarse en las mujeres y en sus nervios? En Útirauðsmyri, por ejemplo, había, hace uno o dos años, una mujer del sur, de la capital, y un día entró gritando que en los derrumbes de terreno de los alrededores se había tropezado con un niño abandonado (era un anochecer de verano), y juró que el chiquillo lanzó un gemido. ¿Pero qué les parece que era en realidad? Nada más que un bendito gato salvaje en celo, por supuesto.

—Ya que estamos en eso —dijo el rey del rodeo, que prefería no estimular los enredos de una discusión tan fuera de propósito—, me preguntaba, viendo que Bjartur había mencionado los gatos salvajes, qué planes teníais este otoño para nuestro amigo el zorro.

—Los planes son una cosa —le replicaron— y las cosas, otra. ¿Qué os parecería consultar al alcalde al respecto?

—Oh, es difícil que el alcalde se encuentre en dificultades por culpa del animal —aseguró Bjartur—. El año pasado vendió pieles en el sur. Y a magníficos precios.

Los demás opinaron que las ovejas de los pequeños propietarios sufrirían igualmente y maldijeron al zorro con acentos rotundos durante cierto tiempo en distintos tonos… Había matado el otoño anterior y volvería a matar este otoño. El rey del rodeo declaró con tono de maestro que los zorros se contaban, sin duda alguna, entre los peores enemigos de la nación. Y el viejo de Nióurkot terminó así esta parte de la conversación:

—Mató el año pasado. Mató en primavera. Y volverá a matar este otoño.

Cuando todos hubieron bebido su café, el rey del rodeo tapó y se guardó la botellita en el bolsillo. Había suficiente luz como para partir.

—Bien, hombres —dijo, mientras se ponía de pie—, he viajado por estos pantanales con mucha frecuencia, pero nunca de este modo. ¡Qué diferencia! Una de la que muchos, en un borrascoso día de invierno, se alegrarán. Hemos sido agasajados como si perteneciésemos a la realeza. Si ahora no os sentís en condiciones de caminar en busca de las ovejas, no os sentiréis nunca.

Pero Bjartur quería que se pensase que su hospitalidad era una cosa de poca monta.

—Lo principal —dijo—, y aquello hacia lo cual siempre dirigí mi vida, es la independencia. Y un hombre siempre es independiente si la choza en la que vive es suya. Que muera o viva es cosa suya, y suya solamente. De otro modo, así lo mantengo, nadie puede ser independiente. Este deseo de libertad fluye por las venas de un hombre, como puede comprenderlo cualquiera que haya sido sirviente de otro.

—Sí —convino el rey del rodeo—. Yo lo entiendo. El amor de libertad e independencia ha sido siempre una característica del pueblo islandés. Islandia fue originariamente colonizada por caudillos libres, que prefirieron vivir y morir en el aislamiento antes que servir a un rey extranjero. Eran hombres como Bjartur. Bjartur y los hombres como él son los islandeses libres sobre quienes la nacionalidad islandesa y la independencia islandesa descansaron antes, descansan ahora y descansarán siempre. Y Rosa también vive opulentamente aquí, en el valle. Jamás la he visto tan rechoncha. ¿Qué tal te parece la vida en las ciénagas, Rosa?

—Oh, es muy libre, por supuesto —replicó la mujer, y sorbió por la nariz.

—Sí —dijo el rey del rodeo, que ahora, después de haber bebido su trago de aguardiente, se había convertido, en sus puntos de vista, en un gran propietario—. Si el espíritu que anima a esta joven pareja se difundiese en toda la joven generación, hombres y mujeres por igual, el país tampoco debería tener miedo de su futuro.

—Bien —dijo el viejo Þórður de Nióurkot—, creo que lo mejor que puedo hacer es arrastrarme un poco por el camino con ese pobre jamelgo que tengo.

Permaneció allí, junto a la trampilla, tan gastado y decrépito después de una larga vida y pocas ideas, que resultaba difícil no decirle algo a él también. Y el rey del rodeo le palmeó consoladoramente en el hombro y dijo:

—Sí, mi querido Þórður, la vida es para todos nosotros una especie de lotería.

—¿Eh? —preguntó el anciano inexpresivamente, no logrando entender la comparación, ya que sólo tomó parte en una lotería en su vida, hacía unos años, cuando la Señora de Myri donó una potranca para que fuese rifada para el Fondo del Cementerio. Y

como resultado de la lotería fue el propio alcalde el que ganó la potranca.

—Padre —dijo Rosa, cuando le acompañó hasta su caballo—, trata de abrigarte bien esta noche en la cabaña.

—Por qué yo, a mi edad, debo estar persiguiendo ovejas —dijo él, poniendo las riendas sobre el cuello del caballo— es algo más de lo que puedo entender. Un hombre de casi ochenta años y prácticamente incapaz de sacar mis viejos huesos de la cama todas las mañanas…

Los hombres separaron a sus perros, que rondaban por todas partes, riñendo en la ladera de frente a la casa, y la corderita, todavía amarrada en los límites del campo, balaba mientras los contemplaba. El anciano abrazó a su hija y luego comenzó a montar, dificultosamente, mientras ella le sostenía el estribo. Tenía sobre la montura una piel negra de oveja, para comodidad y protección. Rosa acarició la nariz del caballo; la vieja Glaesir, adorada criatura que recordaba de cuando era una pequeña potranca. ¡Y cuan glorioso era todo en su casa en esos días, hacía dieciocho años, cuanto todos los hermanos y hermanas estaban en Nióurkot, los hermanos y hermanas que ahora se encontraban dispersos por el mundo! Y de pronto se presentó Sámur, con la lengua colgándole fuera de la boca después de la pelea; pero el perro la conocía, olvidó inmediatamente la reciente disputa y saltó sobre ella, ladrando con tal alegría por la reunión que Rosa no pudo contenerse y corrió a la casa para buscar un trozo de pescado y regalarlo al perro de su padre.

—Te pediría que me prestaras a Sámur para que me hiciese compañía esta noche, padre, si no supiese que las ovejas están antes. Tengo la impresión de sentir muy poca confianza en ese cordero que me piensa dejar él.

En ese momento apareció Bjartur en escena, conduciendo a Blesi de las bridas. Besó apresuradamente a su esposa y le dijo que tenía que recuperarse durante su ausencia. Luego trepó a la silla y llamó a Titla. Y los hombres del rodeo salieron del campo. Ella les vio cruzar los páramos, su padre detrás de todos, flojamente sentado sobre la montura y balanceando las piernas para golpear los flancos del caballo —la vieja Glaesir era tan torpe en el barro—.

11. Noche de septiembre

Poco después comenzó a llover, muy inocentemente al principio, pero el cielo estaba atestado de nubes y gradualmente las gotas se hicieron más grandes y más pesadas, hasta que lo que caía era una melancólica lluvia otoñal… una lluvia que parecía llenar el mundo entero con su plúmbeo golpeteo, una lluvia que sugería —en su tristeza— interminables precipitaciones pluviales entre los planetas, lluvia que techaba el cielo de lobreguez y pesaba opresivamente sobre toda la campiña como una enfermedad, fuerte en la potencia de su chata e invariable monotonía, su asfixiante pesadez, su fría e implacable crueldad. Suave, suave, caía sobre toda la región, sobre las aplastadas hierbas de los pantanos, sobre el torturado lago, sobre los llanos color gris-acero, cubiertos de cascajo, sobre la sombría montaña que dominaba el pegujal, borroneando todo el paisaje. Y los golpes pesados, desesperantes, interminables, se insinuaban en cada una de las grietas de la casa, se pegaban a los oídos como algodón y lo abrazaban todo, como una historia carente de romanticismo, sacada de la vida misma, que no tuviese ritmo ni crescendo, ni climax, pero que, aun así, resultase abrumadora en su alcance, terrorífica en su significado. Y en el fondo de ese no sondeado océano de hirviente lluvia estaba la casita, y su solitaria mujer neurótica.

Había tomado su costura, pero, demasiado indiferente como para comenzarla, permanecía sentada ante la ventana, inmóvil, hipnotizada por el repiqueteante siseo de la lluvia. En abstraído letargo contemplaba la oscuridad gris de afuera o miraba, con ojos infantiles, los charquitos que se formaban en el alféizar de la ventana cuando el agua se filtraba. Pero, a medida que avanzaba el día, comenzó a alzarse un vendaval que perseguía a la lluvia en aullantes turbonadas blancas, castigándolas como si fuesen otras

tantas majadas de ovejas. Estas majadas de lluvia corrían, espumajeando, por los marjales y, asumiendo la forma de olas a punto de quebrarse, se elevaban aun más y luego descendían o se rompían.

El cordero había dejado de balar en el campo y estaba ahora tan alejado de la estaca como se lo permitía la correa, con la cabeza caída y los cuernos al aire. Al principio la mujer se apiadó de su desdicha —la única oveja de todos los páramos que había sido atrapada y puesta en cautiverio—, de modo que decidió llevarla a la casa. Trató de huir cuando la vio acercarse, pero la correa limitó su huida. Rosa tomó la atadura y, siguiéndola con la mano hasta que pudo sujetar al animal de los cuernos, apretó a éste entre las piernas, se tambaleó con él rumbo a la casa, lo soltó en los oscuros establos de abajo y cerró la puerta. Muy pronto la cordera demostró su desagrado hacia la casa; cuando se sacudió la mayor parte de la lluvia de los vellones, comenzó a recorrer de arriba abajo los establos y, al descubrir que no había forma de salir, rompió a balar con tanta fuerza que la casa retumbaba con el eco. La mujer trató de mostrarle alguna hospitalidad y le llevó un poco de agua, pero el cordero la rechazó. Luego Rosa le ofreció heno, pero el animal tampoco quiso tocarlo y se escapaba de ella, presa de pánico, y se refugiaba en un rincón, mirándola con ojos suspicaces, verdes en la oscuridad. Golpeaba el suelo con sus partes delanteras, como amenazando. Finalmente la mujer le ofreció pan y pescado, pero, cuando también lo rechazó, se rindió y el animal continuó con sus agudos y aprensivos balidos.

Llegó el anochecer y continuaba balando. La mujer calentó un poco de gachas y las comió y ya entonces reinaba la oscuridad, pero no se animó a dejar que el fuego se extinguiera. El aire estaba demasiado cortante y el agua goteaba de dos de las vigas, y además no había fósforos en la casa; y la seguridad del hombre reside en el fuego… y después, en las brasas, que deben ser conservadas encendidas. Permaneció sentada junto a la cocina durante un buen rato, con la puerta de ésta entreabierta para poder ver el fuego. Pensando consolarse con un lujo, se hizo un poco de café con el regalo de su madre. Comió azúcar con él, también regalo de su madre —cinco terrones en lugar de uno, porque era su propia

azúcar—. Bebió poco a poco el café, taza tras taza, mirando con fijeza las ascuas para alejar el temor de la noche que aguardaba su oportunidad de arrastrarse por su carne y estremecerle la columna vertebral. Se dedicó deliberadamente a pensar en cosas agradables y, evocando viejos recuerdos, consiguió en ciertos momentos sentirse casi cómoda. El cordero se había callado por fin, se había acostado. Pero el viento estaba más enloquecido aún; los golpes de la lluvia adquirieron gradualmente la nota ascendente de un ventarrón que asestaba mazazos a los vidrios de la ventana y sacudía la casa en sus torbellinos. Era tan tarde ya que la mujer no se atrevía a apartarse de la cocina, tan cargada de maldad presentía la oscuridad que la rodeaba. Permaneció sentada, con los pies recogidos bajo el cuerpo y los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, con la fantástica sensación de que alguien podía tratar de tomarlos si los estiraba.

Trató de mantener la mente ocupada en sus recuerdos. Había estado sentada de ese modo un cierto tiempo, e incluso conseguido olvidar sus temores, cuando la oveja, cansada de estar acostada, lanzó un balido más fuerte, agudo y penetrante, desde la oscuridad de abajo. Era como si de pronto se hubiese asustado, como si alguien la hubiese obligado a levantarse de un puntapié. Durante unos momentos, como perseguida, corrió de uno a otro rincón. En dos ocasiones se detuvo y golpeó el suelo con la pata, resopló en la cara de alguien. ¿De quién? Quizá de nadie.

Finalmente Rosa se escurrió hasta la trampilla y gritó hacia abajo:

—¡Corderita, no temas!

Pero el corazón le dio un brinco cuando escuchó su voz en el vacío de la casa oscura. No reconoció su propia voz; no conocía ninguna voz tan fantástica. Y se quedó inmóvil junto a la trampilla y en un instante todos sus presentimientos de la negra e inevitable calamidad que la aguardaba en la noche se convirtieron en espantosa certidumbre. A lo largo de la espalda le corrió un temblor paralizante como un dolor furioso, agudísimo. Había alguien abajo, alguien que estaba atacando al cordero, tomándolo malignamente de la garganta, alguien que ahogaba su balido y lo lanzaba contra la pared… alguien, algo… hasta hacerle lanzar otro balido, más

aterrorizado, más desesperado que antes.

No, no se desmayó; buscó instintivamente más broza para agregarla al fuego. La leña era su única esperanza, la broza y su restallante llama azul, sus relucientes ascuas. El fuego de la cocina no debía extinguirse. No, quizá no sería nada, se dijo, metiendo las ramitas con dedos envarados.

Alguien, algo; quizá nada. Se encontraba resuelta a calmarse contemplando el pequeño fuego, el fuego de su propio hogar, el fuego que arde por la idea de la independencia, la idea de la libertad. Nadie caminaba después de la muerte, y Kólumkilli menos que nadie; en los marjales no había más que el buen Dios de la libertad, el Dios que exalta (quizás) al hombre por encima del perro. ¿Quién sabe si ella misma no sería la esposa del alcalde, como la Señora de Myri, dentro de veintitrés años? La vida es una especie de lotería, como dijo el rey del rodeo a su padre… pobre anciano. ¿Y si pescaba una pulmonía en esta lotería, durmiendo esa noche en una cabaña de la montaña, con setenta años de edad? No, no pensaría en ello, no debía pensar en nada malo, sólo en lo bueno y lo hermoso.

—Be e e.

En los balidos del cordero se deslizó una nota como de demencia, un cascabeleo ronco, casi agonizante. Rosa comenzó incluso a preguntarse si sería en verdad la oveja. Ya no era un balido sino un gemido atormentado. ¿No sería que la presencia maligna estaba ahogándola, arrancándole la vida? Los golpes y correteos continuaron con pausas ocasionales; algo chocó contra la escalera y se estrelló contra la puerta; la casa se sacudió hasta en la última de sus maderas. Luego hubo una tregua y reinó el silencio, aparte de los chubascos que golpeaban contra la ventana y los latidos de su propio corazón… Tenía la esperanza de que el alboroto hubiese terminado, de que el cordero se quedara quieto… Pero en cuanto se calmaron las palpitaciones de su pecho un golpe repentino sacudió la puerta, retumbando en toda la casa, y el ataque comenzó con carreras y pateos, repiqueteos y chasquidos, como si todo se derrumbara. Al principio la mujer pensó que los tamborileos y los truenos provenían de la montaña, o que el frente de la casa se había hundido. Luego resonó un grito aullante y supo

que el animal estaba siendo estrangulado. Estremecida de terror, se aferró a los postes de la cama y llamó a Dios y a Jesús, repitiendo los nombres involuntariamente, como quien rezara en su lecho de muerte. Finalmente, con infinita cautela, comenzó a quitarse las prendas exteriores hasta quedarse en las interiores; pero éstas no se atrevió a quitárselas porque cualquier movimiento comprendía el riesgo de llamar a las furtivas potencias de la oscuridad. Centímetro a centímetro se deslizó bajo los cobertores y, cubriéndose con ellos la cabeza, sintió cierto alivio sólo cuando se envolvió tan estrechamente en ellos que no podía filtrarse el aire al interior. Yació así durante largo rato, todavía temblando y todavía con un dolor en el corazón; ningún recuerdo podía reconfortarla ya; el terror es más fuerte que la suma total de la felicidad de cualquiera. Trató de pensar esperanzadamente en el alba lejana, porque los seres humanos siempre buscan alguna fuente de consuelo; es esta búsqueda de consuelo, incluso cuando todas las retiradas están evidentemente cortadas, la que demuestra que aún se está vivo.

Mucho, mucho tiempo siguió estremeciéndose de miedo antes de caer en una confusión anonadada, en un tenso estupor que no era sueño ni descansada vigilia, sino un viaje difícil, hecho a regañadientes, por un mundo sin tierra y sin tiempo, donde volvió a vivir los más increíbles acontecimientos del pasado y se encontró con personas que conociera otrora, en visiones espantosamente artificiales en su claridad, horripilantes en su minuciosidad de detalle. Volvió a escuchar el arrastrarse de una voz olvidada hacía mucho tiempo, una voz que nunca tuvo importancia para ella; vio otra vez la arruga, olvidada tiempo ha, de una cara que nunca le interesó. Todos los rostros que se materializaban ante su trastornada fantasía trataban de abrirse paso hasta su cerebro, como un cáncer. Vio, por ejemplo, los rostros de los visitantes de la mañana, con detalles casi nauseabundos. Estas visiones, que la aterrorizaron en proporción a su claridad y detalle, intentaban empecinadamente imprimirse a fuego en su cerebro para no ser borradas jamás de él. Estaban allí sentados, en el gris adormilado del alba, con sus rostros rígidos, como los hombres muertos que vemos en sueños… vienen a nosotros y fingen que están vivos, y sin embargo sabemos, en el sueño, que están muertos porque una vez asistimos a sus funerales.

Su melancólica sonrisa era la de hombres muertos. Su conversación, fantásticamente monótona, la de los hombres muertos. Los rostros que se mostraban unos a otros eran máscaras, películas semicongeladas sobre el horror de la ruina que los había tragado… nadie que estuviese en sus cabales podría creer que serían alguna vez agricultores terratenientes. En una ocasión Bjartur calculó que sería alcalde dentro de veintitrés años, pero ¿dónde estaré yo entonces?, se preguntó Rosa. También su padre soñó con ser dueño de tierras y quizás alcalde. Construyó un molino junto al arroyo, pero ¿dónde dormía esa noche? Esa noche estaba en el desierto, a los setenta años de edad, reumático y de pecho débil, y el molino estaba junto al arroyo, cubierto por el musgo. ¿Dónde estaban las tibias y las mandíbulas, juguetes de los chiquillos de Nióurkot? Durante la niñez sus esperanzas eran majadas imaginarias, vacas lamidas por el rocío, de pesadas ubres; yeguas juguetonas, preñadas por potentes sementales, todos en sus prados de la montaña. Y también soñó con ser tan inteligente y poética como la esposa del alcalde y con vivir en una famosa mansión. ¿Dónde vivía ahora? ¿Dónde estaban sus majadas, dónde su genio? Era dueña de una oveja y casi no podía escribir. De niña, junto a la cabaña del molino de su padre, era rica; en esos días sus esperanzas eran vacas, sus sueños los caballos de la poesía. El arroyo de su casa tenía su propia canción. El molino que nunca fue molino poseía su alma propia, un alma con la cual nada en la vida pudo compararse desde entonces. Todavía veía las mandíbulas y las tibias yaciendo a la orilla del arroyo, junto a la cabaña; veía la concha de mejillón que su padre encontró junto al mar. Ella se sentía tan orgullosa de su concha de mejillón, era un tesoro tan fuera del alcance de los precios terrenales, que ninguno de sus hermanos o hermanas recibió permiso para jugar con su concha de mejillón… ¿Qué habría sido de mi mejillón?

—¡Be… e… eee…!

El agudo grito la arrancó inmediatamente de su coma. En sus oídos adormecidos se transformó en una nota casi increíble: el cordero había sido muerto, pero había resucitado ahora, con la ayuda del Diablo, después de tres horas. Ese grito bronco, subterráneo, no podía provenir de ningún animal nacido. Era el

aullido de las almas torturadas de que hablan las Escrituras. Todos los demonios y los espíritus del páramo se habían congregado para balar en una sola oveja; todos: los espectros de los que no pueden descansar en sus tumbas, de los niños abandonados bajo un peñasco, en los roquedales, para que mueran; de los campesinos a quienes se cortó la garganta para sorberles el tuétano de los huesos; de los papistas que odian a Dios y a Jesús y cuyo único deseo es llevarse a cualquiera a su eterno infierno. De ese modo se arrastró la noche.

Finalmente reunió suficiente intrepidez como para atisbar por debajo de las mantas, y he ahí que un leve resplandor iluminaba el cuarto. Para su inexpresable alivio descubrió que la noche casi había terminado. Por larga, por penosa que sea la noche, el alba llega finalmente. El viento había amainado, pero la lluvia continuaba, abarcándolo todo, lo cercano y lo remoto, en su pesado e interminable repiqueteo. Y el cordero seguía balando. La luz del cuarto aumentó lentamente y lentamente cambió el talante de la mujer. El desordenado agotamiento de la noche fue vencido poco a poco por el valor del día que nacía. Por fin hubo tanta claridad que ya no sintió miedo del animal. Lo odió. Era un enemigo. Cada nuevo balido era como aceite que se echase sobre las llamas. Costara lo que costase, le cerraría el hocico… Sólo esperaba un poco más de luz, un poco más de valentía; y entonces nada le impediría atacar al animal y destruirlo de algún modo, de cualquier modo. Por fin ya no pudo aguantar más y saltó de la cama. No se molestó siquiera en vestirse y recorrió el cuarto con los brazos descubiertos y los pechos casi desnudos, el rostro pálido y agotado por la falta de sueño, los ojos ardientes. Buscó bajo la cumbrera, a la luz gris de la madrugada, y encontró la hoja de la guadaña de Bjartur. La extrajo de su envoltura de arpillera, contempló el filo y se lo probó en el cabello. Luego bajó la escalera. La cordera comenzó a correr de muro a muro, aterrorizada, y ella la persiguió, tambaleándose sobre los rastrillos para heno y las revueltas cuerdas que habían caído en el alboroto de la noche. Pero ya no tenía miedo; ningún temor imaginario podía impedirle llevar a cabo su intención. Y al cabo de algunas corridas consiguió atrapar al animal. Luego desenrolló un cabo de cuerda y arrastró al cordero

hasta el umbral de la puerta. El animal se resistió empecinadamente, resoplando con las fosas nasales dilatadas. Rosa lo arrastró hasta el campo, hasta donde el arroyo se internaba en el marjal. Allí lo puso de espaldas en el suelo, con la cabeza dirigida hacia la corriente. Le ató las patas con una cuerda. Había ahora suficiente luz para ver lo que se hacía.

Se dedicó a la tarea con suma deliberación. Como un matarife de gran experiencia, apartó la lana del cuello del cordero, pero ahora la criatura presentía ya su muerte y se estremeció convulsivamente bajo la mano de la mujer, jadeando con la boca y las fosas nasales abiertas y retorciéndose frenéticamente en sus ataduras. Mas en ese momento cualquier acceso de compasión estaba lejos de Rosa. Sentándose a horcajadas sobre el animal, apretó entre las piernas el cuerpo inmóvil hasta que lo calmó lo bastante como para ponerle la hoja en la garganta. La hoja de la guadaña no era gran cosa como cuchilla de matarife, porque, si bien estaba razonablemente filosa, era tan poco manejable que se necesitaba un gran cuidado para no cortarse uno mismo. Tuvo que tomarla con ambas manos y de ese modo perdió todo dominio sobre el cuerpo del cordero, que ahora se retorcía en las convulsiones de la muerte. Pero no permitió que esta dificultad la contuviera y tajó y cortó la garganta mientras calientes chorros de sangre jugueteaban en sus manos y le salpicaban el rostro. Gradualmente, a medida que la pérdida de sangre lo afectaba, los forcejeos del animal se debilitaron y finalmente cesó incluso de levantar la cabeza y se quedó inmóvil, con la boca babeante. Al cabo Rosa encontró las vértebras del cuello. Hundió cada vez más honda la hoja; un espasmo voluptuoso sacudió al animal, oprimido entre sus piernas, y nada se movió ahora, aparte de la cola. Las vértebras bostezaban, abiertas, mostrando la blancura de la médula espinal. La tajó; hubo un leve temblor y el cordero estaba muerto. Le cortó la cabeza y dejó que el cuerpo se desangrara en el arroyo; en la hierba había muy poca sangre. Se sentó junto a la corriente y, luego de lavarse la cara y las manos, limpió cuidadosamente con musgo la hoja de guadaña. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y se sintió extenuada, casi comatosa. Y ya no volvió a pensar en lo que había hecho. Volvió trastabillando a la casa y se vistió. Se sentó en la cama. Su pasión

estaba agotada, su impulso saciado, y, con la fruición, un agradable adormilamiento le corría por los miembros en la grisácea luz del alba. Dejándose caer hacia atrás, se cubrió los hombros desnudos con el cobertor y se quedó dormida.

El día estaba avanzando cuando volvió a despertar. ¿Con qué había soñado? Se pasó una mano por los ojos y la frente, para cortar los hilos que unían el sueño con el despertar, para separar el sueño de la realidad. Había estado soñando con la Señora de Myri; parece que hizo algo que afectaría a toda la parroquia: le cortó la garganta a la Señora. Pero cuando miró por la ventana recordó que había dado muerte a un cordero, culpable de nada más que de haberse sentido tan asustado por lo menos como ella de la soledad de la noche. Y, sin embargo, no sintió remordimiento alguno de conciencia por lo que había hecho. Lo único que experimentaba era sorpresa. No podía entender a la mujer que se levantó esa mañana de la cama, desvelada, armada de la guadaña, como la Muerte. Se vistió, se puso un chal sobre la cabeza y fue la misma mujer de la víspera. Pero el cordero había dejado de balar. Se dio cuenta inmediatamente de que todo dependía de que ocultara a Bjartur las huellas de su acción. Bajó al arroyo, hasta donde el cordero estaba, decapitado, en la orilla, y lo pateó con el pie; cordero sacrificado. ¿Cordero sacrificado? Todas las fibras de su cuerpo despertaron, tensas de expectación, de ávido júbilo… No era solamente un cadáver de cordero; también era carne. Carne fresca. Ahora, por fin, entendió lo que había hecho: había matado un cordero para obtener carne fresca. El sueño de todo un verano, el más alto y más reverenciado sueño del estío, se cumpliría por fin.

Se le llenó la boca de agua, el cuerpo de bienaventurada hambre, el alma de la arrobadora presencia de la saciedad. Lo único que tenía que hacer era preparar el cordero y poner la olla al fuego. Encontró su cuchilla y la afiló en dos piedras de amolar. Luego comenzó a cortar el cordero. Aunque nunca tomó parte activa en la matanza de otoño, la presenció a menudo y, por lo tanto, conocía el procedimiento en forma esquemática. Sacó las entrañas lo mejor que pudo, arrancó la grasa, cuidando de no perforar la bilis. Luego lavó el estómago en el arroyo. Cuando terminó la mayor parte del trabajo, no perdió tiempo en correr a la casa y poner la olla al

fuego. Rellenó el garguero de grasa, convirtió la piel del interior en pellejos para salchichas y lo puso todo en la cacerola, juntamente con el corazón y los riñones. Pronto la casa estuvo llena de la fragancia de las entrañas cocidas. Y mientras esto hervía, ella terminó de cortar el cordero y ocultó los rastros de la matanza, de modo que ni siquiera los cuervos pudiesen encontrar nada. Ató a la puerta la tripa más larga y la raspó; luego cortó el cuerpo con un hacha vieja y lo saló en un cajón, guardándolo.

Pronto estuvo lista la comida.

Quizá no se sirvió jamás en la encumbrada mesa de mansión alguna una comida tan apetitosa como la que la mujer del pegujal tenía ahora ante sí. Por lo menos es seguro que nunca, desde la época de Guðmundur el Rico y los antiguos caudillos, manjar alguno ha provocado tan inefable y sincera alegría en el cuerpo y el alma del comensal como la que ahora se producía en esa mujer con el regusto salobre y craso del gaznate relleno de grasa, con el delicioso corazón carnoso del animal, con la carne tierna, delicadamente fibrosa en los riñones y su peculiar sabor y con las gruesas tajadas de salchicha de hígado, rezumando grasa de la cazuela. Rosa bebió el jugo mientras comía, el juego espeso y saludable. Comió y comió como si jamás fuera a saciarse. Ése era el primer día dichoso de su vida de casada. Después hizo un poco de café con el regalo de su madre y comió mucha azúcar. Después de la comida cayó nuevamente en un agradable adormilamiento. Al principio se sentó junto a la cocina, con las manos sobre el regazo y la cabeza balanceándose hacia delante. Pero al cabo, descubriendo que ya no podía mantenerse erguida, se acostó y se durmió. Y durmió durante varias horas.

12. Opinión médica

Bjartur trajo sus ovejas a la casa a hora avanzada del cuarto día y partió otra vez a la mañana siguiente, en compañía de varios granjeros de tierra adentro, para llevar los animales al pueblo. Los resultados del rodeo eran satisfactorios y pudo llevar consigo una majada de veinte ovejas. De éstas, doce iban como pago parcial de la deuda por la tierra que tenía contraída con el alcalde, en tanto que por las restantes el comerciante le concedía un costal de harina de centeno, algunos bacalaos salados, un kilo de azúcar, de trigo, de café y de harina de avena, y también un poco de rapé. Aparte de estas provisiones, trajo a casa las entrañas de los corderos, y después de eso tuvo que hacer tres viajes más al pueblo para buscar el pienso para el caballo. Durmió poco. Viajaba noche y día, prefiriendo hacer tres viajes por cada uno del agricultor próspero, antes que incurrir en deudas por transporte. Cuando llegó a su casa, empapado hasta la piel con el aguacero otoñal, embarrado hasta las rodillas por los resbaladizos caminos, no pudo dejar de admirar el aspecto de su esposa, tan fresca y saludable como estaba; era como el colinabo, que medra en otoño, y seguramente habría olvidado todos sus fantasmas, porque había puesto en libertad al corderito que le dejó para que le hiciera compañía.

Pero Bjartur sabía que «los nervios» son una enfermedad terca que puede surgir en distintas formas, y sabía también que una puntada a tiempo ahorra nueve, de modo que no se había olvidado de hablar de ella con el médico. Extrajo del bolsillo un frasquito de píldoras que le entregara el doctor Finsen y se lo dio a su esposa.

—Se supone que éstas tienen verdadera fuerza —dijo—. Creo que no han mezquinado su ciencia en ellas, como lo hicieron con la medicina para los perros. Se dice que estas píldoras te mantienen en tan buen estado todo lo que tienes en el cuerpo que no necesitas

temer a ninguna enfermedad. Hay en ellas una especie de líquido que destruye los humores, que impide que te den dolores punzantes en las entrañas y que proporciona una tremenda energía a tu sangre.

Su esposa tomó su regalo y lo sopesó en la mano.

—¿Y cuánto te parece que pagué por ellas? —preguntó él.

Eso no lo sabía su esposa.

—¿Qué te parece que dijo el viejo Finsen cuando yo iba a pagarle? «No nos molestaremos por una pequeñez como ésta, mi querido Bjartur. Uno no se fija en moneda más o menos con los miembros del partido de uno», dijo el anciano. «¡Pues —digo yo— jamás se me ha puesto tan alto anteriormente como para contarme entre los miembros del mismo partido del médico, a mí, un pegujalero en su primer año!», le digo. «Y de paso, Bjartur —me dice— ¿cuál fue nuestra posición en la última elección?». «¿Cuál fue nuestra posición? —pregunto yo—. ¿No debería el diputado del Alpingi saber cuál fue su posición? Y en cuanto a mí, mi posición fue entonces la que es ahora, a saber, que considero el colmo de la vanidad que mozos de labranza y pequeños agricultores se preocupen por cuestiones de gobierno, cuando cualquiera que tenga un poco de caletre se dará cuenta de que el gobierno está y estará siempre de parte de los grandes y no de los pequeños, y que éstos no se harán ni una pizca más grandes entremetiéndose en los asuntos de los poderosos».

«—Pues no lo has entendido muy bien, mi querido amigo —me dice, hablando conmigo de hombre a hombre—. El gobierno —dice — está, primera y principalmente, por el pueblo; y si el pueblo no utiliza sus votos, y no los usa con juicio, resulta que algunas personas irresponsables son elegidas para el gobierno. Y eso es algo que todos debemos tener en cuenta, todos nosotros, los que no tenemos nada en que caernos muertos incluidos. “—Sí —dije yo, porque no quería discutir con el viejo—, debe de ser magnífico tener la cultura que usted tiene, doctor, y por eso siempre he sostenido que nosotros, los de esta parte del país, tenemos tanta suerte, con un hombre de ciencia como usted, que nos represente en el parlamento… —Hay que decir la verdad, es bastante culto, el viejo gallo, a pesar de esas delicadas manos de médico que tiene y

de todo el oro de sus gafas—. Pero ocurre que tengo por costumbre —le digo— pagar por todo lo que compro, como que mi opinión es que la libertad y la independencia dependen de que no se esté endeudado con nadie y de que se sea el propio amo. Y por eso le pido, doctor, que no vacile en decirme el precio de estas malditas píldoras suyas, porque sé que son píldoras buenas y saludables si me las da usted”».

«Pero no le importaba nada de lo que le dijera, no quería oír hablar de dinero. “Nos tendremos en cuenta el uno al otro durante el otoño —dice— y apareceremos para votar en el momento y lugar oportunos. Porque éstos son tiempos terribles, tiempos espantosamente difíciles, y el parlamento debe resolver muchos problemas graves. Y son necesarios hombres de tino para encontrar la solución a todo esto y proteger a los trabajadores de las intolerables cargas y luchar por la independencia del país.” Luego se pone de pie, un espléndido anciano si alguna vez los hubo, y digno del respeto de cualquiera, y me palmea el hombro y me dice: “Transmite mis más sinceros deseos a tu esposa y dile que le envío estas píldoras para que las pruebe. Dile que son unas de las mejores píldoras que se han hecho hasta ahora, por lo que respecta a los humores y que son especialmente buenas para fortalecer los nervios”».

13. La poetisa

Ese otoño la Casa Estival recibió frecuentes visitas, porque el camino de la ciudad al campo pasaba por el valle. Diariamente largas procesiones de caballos de carga pasaban con lentitud ante las orillas del río, dirigiéndose a las tierras altas, camino de Fjóróur, en tanto que los agricultores terratenientes, sus dueños, iban allí y volvían cabalgando, a sus anchas, dejando que sus labriegos se ocuparan de la recua. A veces esos agricultores, que regresaban del pueblo ebrios, despertaban a Bjartur y su esposa en mitad de la noche y, ruidosos y gárrulos, hablaban de poesía y putañeos. Entonaban canciones de bebedores con voz ronca, cantaban canciones patrióticas, letrillas obscenas e himnos cómicos, manteniendo la algazara durante toda la noche, hasta que vomitaban en el suelo y se iban a dormir en la cama de la pareja. Algunas de las esposas de los agricultores se apartaban también del camino principal para hacer una visita, caminando cuidadosamente por los marjales en sus caballos de paso suave, sólo para dar un beso a la querida y pequeña Rosa de la Casa Estival. Una de esas señoras era la propia Señora de Myri. También ella iba camino del pueblo, a caballo de su Scoti y vestida con un traje de faldas tan amplias que podría albergar a toda la parroquia. Llevaba una tela bordada bajo la montura, y un sombrero apropiado para cabalgatas, y un velo. Se levantó el velo hasta la nariz y besó a su pequeña querida. La Señora hizo a Rosa el honor de beberse cuatro tazas de café y, cuando se le permitió examinar las provisiones de la esposa de Bjartur, declaró que el bacalao salado duraría hasta Navidad y la harina de centeno hasta Año Nuevo, si se los usaba económicamente. Dijo que la colonización de las tierras nuevas, un movimiento ya popular en el país, era encantador. Dijo que de ese movimiento dependía la prosperidad del país en el futuro, así como

había dependido de él en el pasado. Ese movimiento era denominado iniciativa privada y solo él podía derrotar varias malsanas tendencias políticas que ahora, desdichadamente, se hacían más populares en los pueblos de la costa y que tendían a rebajar a los hombres al nivel de los perros, tanto física como espiritualmente. Dijo que consideraba a los que abandonaban la tierra para dirigirse a las ciudades como almas perdidas; no les aguardaba otra cosa que la corrupción.

—¿Cómo puede nadie de espíritu sano abandonar las queridas flores o las azules montañas que elevan el corazón del hombre al cielo? —preguntó—. Luego, por otra parte, los que arriendan tierras son los verdaderos sacerdotes de Dios; dan vigor a la vida, la hacen avanzar, hacen crecer lo bueno y lo hermoso. Sobre los agricultores de este valle descansa el progreso y el adelanto de la nación islandesa, descansó en el pasado y descansará en el futuro.

—Sí —dijo Rosa—, es bueno ser independiente. La libertad está antes que nada.

La poetisa se sentía complacida, sumamente complacida de escuchar la expresión de tales sentimientos. Ésa era la forma correcta de pensar; ni la pompa de la vida ciudadana ni su exhibición podían compararse con ese modo de pensar. Ahí había una mujer cuya alma levantaba serenamente su mirada hacia las elevadas cimas del idealismo, a quien lo fantasmal no podía arredrar porque bien sabía que esas leyendas de las apariciones espectrales en los marjales no eran más que leyendas populares inventadas por desdichados analfabetos pusilánimes, que vivieron hacía cientos de años. Dijo que el café de la esposa del morador del valle era realmente maravilloso, pero que si había algo que le envidiaba más era ese cuartito, donde todo el trabajo de la casa estaba a la vista. ¡Qué distinto debía ser arrastrarse por esas casas enormes! ¡Nadie sabía cuántas noches insomnes acompañaban a una casa grande! Ella tenía en su propia casa ni más ni menos que veintitrés habitaciones, como Rosa podía atestiguarlo de la época que estuvo a su servicio en la misma, y veinte personas que cuidar, personas de todas las edades y talantes, como suele ocurrir en el mundo, y todos los minutos —dijo la poetisa— debían ser empleados en correr detrás de otras personas, cuidando a criados

indignos de confianza, manteniendo relaciones pacíficas y armoniosas y tratando de difundir la luz y la fragancia sobre la vida de su minúscula comunidad.

—La verdadera égloga campestre —dijo— no reside en la posesión de una casona, sino en la de una casita pequeña, poca tierra, un hogar pequeño. ¿Y por qué? Eso, querida, es lo que quiero decirte. Es como lo dice el famoso poeta: «Un puerto de refugio crea el matrimonio, protección a las asechanzas del demonio». Y entonces comienzan a llegar los adorados niños, no para disminuir, sino para aumentar la alegría. ¿Para cuándo esperas tú al tuyo, querida, si puedo preguntarlo?

La inesperada pregunta aturrulló repentinamente a la mujer de los páramos. Su mirada fugitiva se clavó en todas partes, menos en la poetisa, y no encontró una respuesta. Y cuando la esposa del alcalde estiró la mano para tocarla, se puso de pie de un salto, como si pensara que ese contacto sería algo afín a la obscenidad, y se puso fuera del alcance para mirarla con ojos furiosos, extravagantes, llenos de un salvajismo enteramente inexplicable por la dulzura de la conversación. Resultaba difícil adivinar qué había detrás de ese enigma. ¿Era miedo, odio, confusión desapasionada, o todo ello en uno? Empero, una cosa era inconfundible en su mirada, a saber: No me toques. Y había también en esos extraños ojos una expresión que hablaba de orgullo elevándose, jubiloso, contra la esposa del alcalde, una expresión que podía interpretarse de este modo: No temas, jamás te pediré ayuda.

Cualquiera fuese la interpretación que le dio la madre de Ingólfur Arnarson, era evidente que tuvo un efecto inquietante sobre ella. Dejó la cuestión de lado y se vio en dificultades para encarar un nuevo tema. Tuvo buen cuidado de no volver a mirar a la joven a los ojos. En cambio, miró por la ventana, pero desdichadamente había una bruma sobre las Montañas Azules, de modo que no pudo señalar cómo elevaban sus cimas al cielo. Se sintió desconcertada hasta el punto de olvidarse, por el momento, de ofrecer a la mujer del pegujalero su ayuda en el presente y en el futuro. En consecuencia se vio obligada a declarar que en la vida todo dependía de que uno se encontrase a sí mismo. Un apotegma, y ya se encontró una vez más en terreno desconocido. No le cabía

duda de que esposa y esposo se habían encontrado a sí mismos en los páramos…

—He advertido que la gente pobre siempre es más dichosa que los así llamados ricos, que, en realidad ni existen. Porque, ¿qué es una persona rica? Es gente que tiene muchos negocios, dueña, si se tiene todo en cuenta, no más que de ansiedades; que va a la tumba tan desvalida como cualquiera; que ha tenido que preocuparse más por sus medios de subsistencia y gozado menos de una verdadera felicidad. Por mi parte afirmo que cada uno de los céntimos que conseguimos reunir se nos va en salarios para los sirvientes. Hace más de tres años que vengo soñando con un traje nuevo, pero todavía no veo la más mínima posibilidad de comprármelo.

—Caramba, caramba —dijo Rosa con indiferencia.

—Hay muchos a quienes a una le agradaría ayudar —dijo la Señora—, pero es preciso contenerse más de una vez en estos tiempos críticos.

—Aquí tenemos suficiente de todo —respondió Rosa.

La esposa del alcalde encontró placentera esa respuesta; en esa forma de tomar las cosas descansaba la independencia de la nación.

—No estoy segura, querida —dijo confidencialmente—, de si sabes que durante muchos años hubo mucha oposición en el concejo parroquial a que mi esposo vendiese estas tierras a tu Bjartur. Como sabrás, Bjartur anduvo detrás de ellas año tras año. Pero el concejo parroquial sostenía que él nunca sería capaz de mantener a una esposa e hijos y que probablemente pronto tendrían que cuidar a una majada de niños de un pegujal abandonado, pues en esta época se han acostumbrado mucho a que familias enteras vivan de la ayuda parroquial. Y, además, la capacidad de pago de los pocos que tienen algo es menor que nada; los impuestos que pesan sobre nosotros, los así llamados prósperos, se hacen más intolerables año tras año. Luego, a fines del último invierno, comenzaron a susurrar acerca de ti y Bjartur en casa, en Myri, y poco después se celebró allí una reunión del concejo. Y entonces yo tomé el toro por los cuernos y dije: «No teman por Bjartur. Si la hija del querido anciano Pórður de Nióurkot no es lo suficientemente mujer como para encontrarse a sí misma en los marjales, entonces hay una sola cosa que yo sé de cierto, y es que es tiempo de que yo

misma pida ayuda a la parroquia, inmediatamente, ahora mismo. Porque si hay un hombre industrioso y digno de la mayor confianza en la parroquia, ése es el bueno de nuestro Pórdur de Nióurkot, ese digno anciano que siempre corre para ser el primero en pagar sus impuestos… Me parecer verle ahora ante mí, como ha estado todos estos años cuando viene a buscar a mi esposo, con su dinero en el bolsillo. Pone su sombrero bajo la silla, quita los alfileres de gancho del bolsillo del pecho y extrae su bolso, envuelto en dos pañuelos, uno rojo y uno blanco… Gente así no busca la ayuda de otro. Y Bjartur… le conozco como a mí misma. Puede que no sea un avaro, ansioso de ganancias, un parásito, pero la verdad es que es una persona íntegra, digna de confianza, que nunca podría soportar el pensamiento de quedar en deuda con nadie. Personas así no se encuentran muchas en la parroquia. Son ellas las que constituyen la médula de la vida nacional».

Rosa no respondió. Todo esto ocurrió poco después de que la poetisa encontró a esa antigua criada suya en una parte de la casa en que menos esperaba encontrarla y a una hora que debía provocar muchos comentarios. Pero, de todos modos, Rosa se dio cuenta de que la alcaldesa estaba un tanto desilusionada ante la indiferencia que demostraba hacia las noticias del papel, del importantísimo papel que ella representó en convencer al concejo de que permitiera que Bjartur comprase las tierras. Poco después la visitante se puso de pie y, después de besar a su querida para agradecerle el café, se bajó el velo hasta la barbilla y montó a Scoti.

14. Adioses

Después del segundo rodeo, Bjartur mató una vieja oveja para la casa y la saló en un barrilito. Resolvió que esa carne sería reservada para cambiar la dieta y celebrar los domingos y otros días fastos durante el invierno. Pero uno que otro domingo se le sirvió una porción sorprendentemente tierna, y en esas ocasiones se le oía comentar cuan extraordinariamente sabrosa era para ser una oveja vieja. Cuando la corderita Gullbrá no apareció en el segundo rodeo, comenzó a sentirse un tanto preocupado por el animal y aventuró varias conjeturas, basadas en distintas hipótesis, en cuanto a la suerte que habría corrido. Le pareció sumamente probable que se hubiese asustado debido a su cautiverio y se hubiera alejado hacia las Montañas Azules, más allá de los límites de cualquier búsqueda. A menudo preguntó a su esposa cuándo la había visto por última vez, pero la única respuesta era que se había escapado a los pantanos.

Luego vino el tercer rodeo y Bjartur de la Casa Estival recobró todas sus ovejas, menos ese cordero. Comenzó a sentir que había algo extraño en todo eso y caviló profundamente acerca de ello. Era la antigua historia de la oveja descarriada.

—La más excelente de las criaturas —dijo—, la perla de los animales. Piensa en esa raza digna, de cuernos en espiral, de lomo ancho, en esa raza prudente, la raza reverendogudmundur; piensa en su mirada dura, suspicaz, completamente independiente del hombre. Esas ovejas son, en la montaña, como las hijas de los reyes, tan distinguido es su aspecto. Y, sin embargo, no tienen el orgullo ni la cautela que podría llevarlas a extraviarse por sendas desconocidas, sino el firme orgullo que les hace buscar la mejor y encontrarla.

Y por la noche, cuando se desnudaba, decía:

—¡Ah, ojalá pudiese soñar esta noche con mi pequeña Gullbrá!

—Pero si tú no crees en sueños, Bjartur —observaba su mujer.

—Creo en lo que me place —replicaba él bruscamente, encabritándose—. Creo en todo lo que tenga en sí un significado sensato. Pero no creo en los sueños que te traicionan y te ponen nervioso y te llenan de tonterías histéricas… —y, sin más, se volvió malhumoradamente de espaldas a su esposa.

Una mañana, cuando despertó, su deseo se había cumplido.

—Tengo la sensación de que todavía vive y goza de la mejor salud —dijo—. Me pareció que la veía en un hermoso y pequeño barranco, donde la hierba es todavía verde. ¡Maldición, si sólo pudiese recordar dónde era!… Porque, en el sueño, estaba seguro de que lo conocía y que había estado allí anteriormente. Pero, por más que lo intentaba, no podía subir a la colina para orientarme, aunque estoy perfectamente seguro de que se trataba de un punto situado cerca de los manantiales calientes del sur de las Montañas Azules. Eso sí: reconocí el cordero. Era mi Gullbrá y ningún otro.

—¡Caramba! —exclamó su esposa. Y le sirvió, con el pan de él, una costilla que había quedado de la cena del domingo, del cordero con que Bjartur había soñado.

El otoño estaba avanzando y la cellisca había ocupado el lugar de las primeras lluvias. Las colinas se hallaban casi cubiertas de nieve, los páramos moteados de ella, la montaña blanqueada hasta el centro de los derrumbamientos. Pero el tiempo era todavía bastante bueno. Había pastos cerca y los corderos todavía estaban al aire libre. La majada de Bjartur y las ovejas de Rauðsmýri comían juntas a tres o cuatro kilómetros hacia el oeste. Algunos días el sol brillaba y disolvía la nieve de la montaña, pero la escarcha persistía en las laderas septentrionales de las hondonadas.

—Hoy se está aclarando magníficamente el tiempo para mi pequeña Gullbrá —observaba el agricultor.

Luego comenzó a helar intensamente. Una mañana los terrenos llanos de los pantanos aparecieron blancos, cubiertos de una delgada película de escarcha; la escarcha estaba también sobre la hierba caída. También en el arroyo aparecieron agujitas de hielo y debajo de ellas jugueteaban incansablemente las pequeñas burbujas. ¡Oh, cuan claro era el arroyuelo mientras avanzaba burbujeando

entre las obleas de cristal! Rosa permanecía de pie en la orilla, contemplando su frío arroyito y escuchando su fluir. Su niño crecería junto a ese arroyo, como ella junto al arroyo de la casa paterna.

—Vaya, muchacha —dijo Bjartur—, envuélveme algo para comer, para tres días. Estoy pensando en hacer una caminata hasta los marjales del sur.

Era una quincena después del Día del Invierno.

—No seas tonto —dijo Rosa—. Estoy segura de que el cordero se ha caído en alguna parte.

—¿Caído? —repitió Bjartur, profundamente ofendido—. ¿Mi pequeña Gullbrá? ¿De raza reverendogudmundur? ¡Como si fuera una ovejita desnutrida de un año! Debes estar demente, mujer.

—Pues entonces es posible que haya enfermado de la peste —sugirió Rosa.

—No, no ha enfermado de la peste. Basta de tus bobadas.

—Pero mira qué mes es, hombre. Ahora ya no se sabe qué tiempo esperar.

—Oh, no será la primera vez que hago un paseo a los páramos en esta época del año, o más tarde aún, y eso para ovejas de otra gente. Nadie sentía lástima de mí entonces, ni había motivos para que la sintiera.

—No me tienes en cuenta a mí, por supuesto —se quejó su esposa.

—Oh, el tiempo es siempre hermoso en la cama.

—Tendrías que avergonzarte de decir esas cosas.

—No, es inútil que hables —dijo él, inflexible—. Como dice la Biblia, hay menos gozo en el cielo por cien ovejas que mejoran su suerte que por una oveja perdida que es encontrada.

—Pero ¿y si está muerta de la peste?

—Mi conciencia no quedará más limpia por ello —respondió él —, a menos que haga todo lo posible para averiguar previamente si está muerta o viva. Pero quizá tú prefieras que mi conciencia muera de la peste…

—Pero ¿y si yo llego a enfermarme mientras tú estás ausente?

—Oh, es difícil que te enfermes de tanta gravedad. Por lo menos por ahora.

—¿Y si te pierdes en una tormenta de nieve?

—Basta ya —dijo él—. Estoy cansado de escuchar este parloteo histérico. Suceda lo que sucediere, siempre podrás consolarte con el pensamiento de que las ovejas están en los prados de la casa. Vaya, rellena a la perra con todo lo que pueda comer. Y envuélveme un par de morcillas y una salchicha de entrañas. Un poco de café frío en una botella no sería mala idea tampoco, y puedes hacerlo tan fuerte como quieras.

La mujer permaneció sentada, pensativa, por un rato, y, aunque estaba en sus manos la posibilidad de terminar el asunto con una palabra, era demasiado orgullosa para usar ese poder. En cambio empleó amenazas, que difícilmente podrían hacer que Bjartur se quedara en casa.

—Si me dejas aquí a solas, Bjartur, me iré a casa de alguna otra persona.

—¿Alguna otra persona? ¡No irás a rebajarte a eso, tú, una mujer independiente!

—Iré, de todos modos.

—No lo dudo; una vez que te viene el talante de terquedad… El empecinamiento de una oveja no es nada en comparación con el de una mujer.

—Tú sabes en qué condición me encuentro y que estoy esperando a un hijo.

—Yo sé solamente una cosa: que mi hijo no debe llegar hasta después de Año Nuevo. Los hijos de otras personas no me preocupan.

—Hace mucho que lo siento moverse.

—Quizá, pero eso no me interesa.

Por más que ella discutía, nada podía hacer que Bjartur cediera ni un palmo de terreno. El se puso dos pares de calcetines y sus dos tricotas de lana, y, cuando su esposa no dio señales de querer envolver los alimentos, lo hizo él mismo, mientras ella permanecía sentada junto a la cocina, de espaldas a él. Pero nunca se le ocurrió confesarle que se había comido el cordero. Él se demoró unos momentos, como si esperara que ella recobrara la sensatez, pero Rosa no recobró la sensatez y se quedó sentada, inmóvil.

—Bueno —dijo él finalmente—, no puedo quedarme más

tiempo. Me voy.

Ella permaneció con la cabeza gacha, todavía sin moverse. Una vez más probó él los cordones de los zapatos, maldijo un poco, empujó el techo y las vigas, como si hubiese algún peligro de que la casa se derrumbara, citó otra vez uno o dos versos.

—Bien —dijo—, esto no puede ser.

Ninguna respuesta, ningún movimiento.

—Quizá sea mejor, entonces, que deje la perra contigo. De todos modos no creo que haya muchos rebaños que reunir.

Silencio.

—Así que te dejaré a la perra y tú no pensarás siquiera en salir de aquí y convertirte en una carga para otras personas. No te olvides de que eres la esposa de un dueño de tierras.

Silencio continuado.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Por qué, en nombre del infierno, tienes que comportarte como un trozo de carnero muerto? —gritó él, perdiendo la paciencia—. ¡Como si no tuvieses tiempo de sobra para tener la boca cerrada en la tumba!

De humor incierto, bajó la escalera y llamó a la perra, pero ésta advirtió inmediatamente que su amo iba a alguna parte y sintió un inmenso júbilo ante la perspectiva de acompañarle. Pero cuando él la hizo entrar, comenzó a sentir sospechas y no quiso obedecer, como si nada la atrajese menos que ser encerrada en la casa cuando su amo salía de viaje.

—¡Vamos, entra! —dijo él—. Es mejor que las mujeres os hagáis compañía.

Pero, cuando avanzaba, la perra seguía esquivándole con una variedad de piruetas tímidas; dejaba caer la cola a medias, pero seguía meneándola; aplastaba las orejas, gañía. Finalmente se sentó en la hierba helada y gimoteó como un niño. Luego, rindiéndose, se acostó de panza, con el hocico pegado al suelo, parpadeando mientras le miraba acercarse. Cuando Bjartur estuvo casi junto a ella, la perra se puso de espaldas y estiró las patas, temblando. La agarró de la piel del cuello y la arrojó hacia arriba, por la escotilla. La perra se quedó en el suelo, no mostrando ya obstinación alguna, pero temblando aún.

—Ahí tienes, Rosa —dijo él—; ahí está tu perra. Será mejor que

la encierres, o lo más probable es que encuentre mis rastros. Adiós, pues, querida. Y prométeme que no me deshonrarás ante el maldito concejo parroquial con eso de ir a pedir asilo a otras personas.

Tomó su paquete de comida y su bastón y besó a su esposa antes de salir.

—Adiós… —dijo— mi Rosa.

Cuando ella sintió el calor de su despedida, el corazón se le ablandó con tanta rapidez que las lágrimas le brotaron de los ojos antes de que hubiese tenido tiempo de ponerse de pie para besarle.

—Adiós —susurró, llevándose la mano a los ojos y secándoselos en la manga. Titla estaba todavía acostada junto a la trampilla, con las patas estiradas.

Él bajó la escalera —que crujió—, cerró la trampilla tras sí, cerró la puerta de afuera. Se dirigió al trote hacia los marjales blancos de escarcha; hacia el sur, hacia los páramos.

15. Búsqueda

Bjartur de la Casa Estival conocía mejor que muchas personas todos los rincones y escondrijos de los lejanos prados de la montaña, donde todavía pueden encontrarse ovejas después de los últimos rodeos. En las vertientes orientales de esa extensa meseta de páramos había pasado su niñez; en su frontera occidental trabajó como pastor todos los años de su juventud y en uno de sus valles vivía ahora como agricultor propietario, de modo que conocía la región desde la primavera hasta fines del invierno, en fragancia y canciones de pájaros, en heladas y silencio, por innumerables viajes en busca de ovejas, que le unían más estrictamente a ella. Pero los elevados brezales tenían también para ese hombre otro valor, aparte del práctico y económico. Eran su madre espiritual, su iglesia, su mundo mejor, como el océano debía serlo inevitablemente para el marino. Cuando caminaba a solas por los páramos, en los claros días fríos de fines de otoño; cuando recorría con la mirada la extensión del desierto, sin caminos que la surcaran, y sentía la helada y limpia brisa montañesa en la cara, entonces también él comprobaba la materia constituyente de la canción patriótica. Se sentía elevado por encima de la existencia trivial, vulgar, de los caseríos y vivía en esa maravillosa conciencia de la libertad que no puede ser comparada con nada, salvo, quizá, con el amor a la tierra natal demostrado por las propias ovejas, porque éstas se quedaban a morir en sus montañas si no eran arreadas a las granjas por los perros. En esos viajes de otoño, cuando caminaba de corriente de agua en corriente de agua, de cima en cima de la ondulada meseta, como si su senda cruzase el infinito mismo, no había nada que perturbase la orgullosa mirada del poeta. Nada alimenta tanto los dones del poeta como la soledad en las largas caminatas por la montaña. Podía mascullar las mismas palabras hora tras hora, hasta

que conseguía reducirlas a poesía. Allí no había nada que apartase la mente de la poesía. Ese día, cuando saludó una vez más a su vieja amiga, la brisa del marjal, no permitió que ningún remordimiento sentimental relacionado con su despedida de Rosa le apartara por más tiempo del gozo de la verdadera libertad de las extensiones desérticas. Nada es tan tentador en el otoño como internarse en los eriales, lejos, más lejos, porque entonces las Montañas Azules relumbran con mayor fascinación que en cualquier otra oportunidad. Los alados visitantes estivales de los marjales han huido casi todos, pero la perdiz nival no ha partido aún hacia las granjas y se queda para rozar la helada turba en vuelos bajos, gorgoteando, parpadeando unos ojos inquisitivos. La mayor parte de los patos han volado hacia la costa, o hacia los lagos más tibios junto a la costa, porque los lagos de las montañas están cubiertos de hielo y los ríos bordeados de él. De tanto en tanto puede verse uno que otro cuervo volando en torno, graznando espantosamente, y esto puede ser a menudo señal de que una oveja, agonizante o muerta, está en algún punto de la vecindad. En esa oportunidad había muy poca nieve, pero, donde el suelo estaba desnudo de hierba, se encontraba cubierta de pequeñas tortas chatas de hielo. En un lugar un zorro corrió a ocultarse detrás de un montecillo y una o dos horas más tarde Bjartur cruzó la pista de cierto número de renos, impresa en la nieve.

Ese día exploró dos valles, en uno de los cuales recordaba que existían laderas abrigadas, cubiertas de brezo, y en el otro pantanos eternamente verdes, en torno a un manantial que mantenía la misma temperatura durante todo el año. Pero en ninguno de los lugares pudo ver una sola criatura viviente, aparte de una familia de ánades en un estanque abierto, en el río que fluía a través del más meridional de los dos valles, un poco más debajo de las marismas. Caía ya la noche y quedaba muy poca luz para continuar la búsqueda de ovejas, de modo que Bjartur se dirigió a un lugar de las Montañas Azules donde sabía que existían hospitalarios refugios nocturnos, con la intención, además, de registrar las montañas a la mañana siguiente, especialmente las del sur, donde hay valles en que la tierra es tibia y las ovejas han vivido a veces durante todo el invierno sin sufrir daño alguno. Por la noche, muy temprano, la

luna asomó por el horizonte y barrió primeramente los farallones de los páramos y luego los valles con su luz azulada, haciendo chispear como oro las polvorientas llanuras heladas. El silencio de los marjales era perfecto. En ese silencio, esa luz, ese paisaje, el hombre también era perfecto en su armonía con su alma.

Entrada la noche llegó a su albergue, una cueva debajo de Strútfell, formada por rocas salientes y, sentándose en la entrada, comió de cara a la luna. Cuando acabó de comer entró en la cueva, donde un gran bloque chato de piedra, apoyado sobre grandes guijarros, servía, desde tiempos inmemoriales, como lugar de descanso para los viajeros. Bjartur se acostó a dormir sobre la piedra, usando su atado de almohada. Era prácticamente el único viajero que visitaba con regularidad, todos los años, la cueva en esa temporada, y, como había aprendido el arte de dormir sobre el bloque, en cualquier estación, sin sufrir molestias, estaba sumamente encariñado con la caverna. Después de dormir un buen rato se despertó tiritando. Ese temblor era una característica del alojamiento, pero resultaba innecesario encolerizarse por ello si se conocía la treta para librarse de él. Esta artimaña consistía en levantarse, tomar el bloque de piedra con ambas manos y darle vueltas hasta que se entraba nuevamente en calor. Según una antigua costumbre, había que darle dieciocho vueltas, tres veces por noche. Ello habría sido considerado una faena considerable en cualquier otro refugio, porque el bloque pesaba nada menos que veinte arrobas, pero Bjartur no encontraba nada más natural que hacerlo girar cincuenta y cuatro veces en una noche porque le complacía probar sus fuerzas en las piedras de grandes dimensiones. Cada vez que daba dieciocho vueltas al peñasco se sentía lo suficientemente acalorado como para volver a acostarse y dormirse con el atado bajo la cabeza. Pero, cuando despertó la cuarta vez se encontraba bastante descansado y, en verdad, la aurora estaba ya en el cielo. Se puso inmediatamente en camino hacia las faldas de las montañas e inspeccionó varios cañadones. Cuando se calentó lo suficiente con la caminata, se sentó sobre una piedra y comió un poco de morcilla. Después de recorrer un paso en las montañas llegó, a mediodía, a la región de Reykjadalir. En los valles de esa zona hay muchos lugares en que la tierra es cálida y surge vapor de

las arenas, pero no hay allí surtidores de agua caliente. Más abajo se encuentran grandes trechos de tierra teñida de rojo por las aguas ferrosas y, descendiendo hacia ellas desde las vertientes de las montañas, retazos de pastizal y brezal, donde a menudo pacen ovejas extraviadas. Pero, en esa ocasión, no se veía otra cosa que un pájaro, que Bjartur no conocía. Se elevó de uno de los puntos tibios y se fue volando; probablemente sería un pájaro de manantiales calientes. Y en el interior del valle había saludables manantiales, y hacia ellos se dirigió Bjartur por un impulso personal, y bebió de ellos, pues estaba convencido de que aquella agua mataba los gusanos de la sangre, protegía al hombre de las enfermedades y por eso mismo había que bebería al menos una vez al año, ya que aumentaba el poder de la sangre y limpiaba el hígado.

Entonces decidió dirigirse hacia el este, a fin de registrar algunos barrancos que bajaban hasta el Río del Glaciar, y pasar luego la noche en una choza de pastores, cerca del río y en el límite oriental de los páramos, bastante lejos. No había mucha escarcha, pero el cielo estaba encapotado y, a medida que transcurría el día, comenzó a nevar copiosamente. Su ruta era paralela a la orilla occidental del Río del Glaciar, porque al otro lado comenzaban los pastizales lejanos de otra región, y como ése era un río grande, que fluía, hondo y veloz, desde su nacimiento en el Glaciar, muy pocas ovejas habían cruzado de una orilla a la otra. Pero en muchas de las curvas del río se formaban remansos casi cubiertos de brezo, y en ellos se escondían a menudo las ovejas hasta bien avanzado el invierno. El río pasaba rugiente, oscuro y espeso en la lluvia de nieve, con un bramido que podía ser escuchado a varios kilómetros a la redonda. Las noches habían estado insinuándose desde hacía tiempo, pero ese día el período de luz se veía aún más acortado cuanto más espesa se tornaba la nevada. La nieve caía a tierra en gruesos copos, y al poco tiempo estaba tan espesa bajo los pies que la caminata empeoraba por momentos. En la nieve el Río del Glaciar, libre de hielos, parecía fluir a través de su desolación con redoblada frialdad.

Bjartur se dio cuenta ahora de que sería poco sensato tratar de buscar a algún animal con esa luz, con la nieve que se espesaba cada vez más y con la faz del desierto animada de una expresión torva. Comenzaba además a sentirse un tanto ansioso por sus

corderos, que todavía estaban al raso en el campo del pegujal y que corrían peligro si llegaba a presentarse una tormenta de nieve. Pero, dadas las circunstancias, la idea de volver a su hogar ahora, cruzando la meseta, no resultaba muy tentadora; el tiempo empeoraba cada vez más y él no se encontraba del todo descansado después del día de viaje. De modo que decidió arreglárselas del mejor modo posible y atenerse a su primitiva intención de encaminarse al este, a lo largo del Río del Glaciar, hasta la choza de pastores, donde pasaría la noche.

Pero una de las particularidades de la vida es que el accidente más imprevisto, antes que el plan mejor trazado del hombre, puede, en ocasiones, decidir el lugar en que el hombre se cobijará durante la noche. Y así le sucedió ahora a Bjartur de la Casa Estival. Precisamente cuando estaba a punto de cruzar uno de los muchos barrancos que hienden los flancos del valle a todo lo largo del río, vio que algunos animales saltaban grácilmente en una corriente de agua, no muy lejos de donde él se encontraba, y se detenían en la orilla del río. Inmediatamente advirtió que se trataba de renos, un macho y tres hembras. Caminaron un rato por la orilla, el macho junto al borde y las hembras buscando abrigo a su lado, todos con la cornamenta al viento y los cuartos traseros dirigidos hacia el hombre, porque el viento soplaba desde el otro lado del río.

Deteniéndose en el barranco, Bjartur estudió a los animales durante unos instantes. Éstos se movían continuamente, pero siempre de grupas hacia él. Eran magníficas bestias, probablemente en su juventud, de modo que no es extraño que se le ocurriera a Bjartur que esa noche estaba de suerte, porque no sería hazaña despreciable si lograba atrapar a uno de ellos. Especialmente el macho parecía una excelente presa, y Bjartur no había olvidado que la carne de reno es uno de los manjares más deliciosos que han honrado jamás la mesa de un noble. Sintió incluso que, si no podía encontrar al cordero, el viaje habría resultado digno del esfuerzo, siempre que lograra capturar un reno. Pero, y si atrapaba al macho, ¿cómo haría para matarlo de modo que no se perdiese la sangre? Porque con la sangre del reno pueden hacerse embutidos de primera clase. El mejor plan, si conseguía ponerlo en práctica, sería llevárselo vivo a casa. Y con esa intención en la mente se registró

los bolsillos en busca de los dos artículos indispensables para un hombre durante un viaje, un cuchillo y un poco de cordel, y los encontró: un hermoso trozo de cuerda y su navaja. Pensó para sí: Lo atacaré ahora y lo derribaré. Luego le hundiré la punta del cuchillo en la nariz, pasaré la cuerda por el agujero y haré de ella una a modo de trailla. De ese modo podré conducirlo la mayor parte del camino que cruza los páramos, o al menos hasta que llegue a un lugar de fácil recordación, donde podré amarrarlo y dejarlo hasta que llegue a las granjas y traiga hombres y materiales. La Casa Estival estaba, naturalmente, a un día de distancia para un hombre que viajara a pie. Cuando hubo completado su plan de ataque, bajó, a medias inclinado, al barranco, hasta que estuvo frente a los renos, que se encontraban en la franja de terreno entre la hondonada y el río, con los cuernos al viento. Pasó cautelosamente sobre los arroyuelos, trepó en silencio a la orilla y, atisbando por el borde, vio que se hallaba ahora a no más de tres palmos de distancia del macho. Los músculos comenzaron a ponérsele en tensión con la excitación de la caza y sintió cierto aumento en las palpitaciones. Muy poco a poco fue izándose al borde, hasta que estuvo de pie sobre la orilla. Lenta, muy lentamente, se aproximó al macho medio paso por vez… y en el instante siguiente había saltado sobre él y tomádole de uno de los cuernos, muy cerca de la cabeza. Ante el inesperado ataque del hombre los animales dieron un brinco repentino, levantaron la cabeza y aguzaron los oídos, y las hembras huyeron inmediatamente, corriendo a toda velocidad bajo la nevada. Al principio el macho tuvo la intención de correr también, con Bjartur colgando de su cabeza, como si no significase diferencia alguna, pero el hombre se aferró y el macho no pudo librarse de él. Y, aunque sacudió repetidas veces la cabeza, no se encontró más libre por ello. Pero Bjartur descubrió muy pronto que su asidero en la cornamenta era bastante inseguro, ya que ésta parecía corteza pulimentada y se le resbalaba bajo los dedos. Y el animal se movía demasiado como para permitir que lo agarrase con más firmeza de alguna otra parte. Vio también, cuando las cosas estaban en ese punto, que debería abandonar su esperanza de meterse bajo el cuello del animal y aferrarlo con una presa de lucha, porque sus astas eran agudísimas y la perspectiva de que se le hundieran a uno

en las entrañas no era particularmente atractiva. Durante un rato continuaron sus forcejeos, con el reno ganando terreno gradualmente, hasta que logró alcanzar una velocidad tolerable y arrastró a Bjartur a cierta distancia del río. Y entonces, allí, involuntariamente, cruzó por la mente del hombre, como en un relámpago, la treta que en la niñez se le enseñó a usar con los caballos: tratar de ponerse junto a ellos y luego saltarles al lomo. Tuvo éxito. En el momento siguiente se encontraba sentado sobre el reno, aferrándose de su cornamenta… Y más tarde dijo que, aunque esa especie animal parecía tener bastante agilidad, un reno macho era una cabalgadura tan difícil como jamás conoció otra. Y, en verdad, le fueron necesarias todas sus fuerzas para mantenerse en su sitio. Pero la carrera no sería larga. Porque cuando el macho recorrió un trecho con la indeseable carga sobre el lomo, sin conseguir sacársela de encima, vio rápidamente que era preciso tomar medidas desesperadas y, dando un salto repentino, en ángulo recto con su curso anterior, se dirigió sin desviarse hacia el Río del Glaciar y unos instantes después revolvía el agua de las profundidades.

Vaya. Bjartur había partido en una expedición en busca de ovejas, es cierto, pero eso estaba convirtiéndose en algo más parecido a todo un viaje. Hele ahí, sentado nada menos que hasta la cintura en las aguas del Río del Glaciar, y no sobre un caballo corriente, sino sobre la única montura considerada adecuada para la más renombrada de las aventuras. Pero ¿estaba Bjartur realmente orgulloso de esa romántica marcha? No, muy lejos de ello. Por el momento no tenía suficiente para estudiar los rasgos característicos de su hazaña ni la rareza de la misma, porque bastante tenía con sus esfuerzos para mantenerse sobre el lomo del reno. Se aferraba desesperadamente a las astas, con las piernas pegadas a los flancos, jadeando, con una bruma negra ante los ojos. La correntada del agua arrastró al animal por unos momentos hacia abajo y durante largo rato pareció que el reno no tenía intenciones de subir a tierra firme. Las orillas, que se elevaban, altas y empinadas, sobre el agua, aparecían intermitentemente a través de la nieve. Pero, a pesar de la cercanía de la tierra, Bjartur se sentía tan desdichadamente situado como un hombre en medio del océano, en un bote sin

remos. A veces las corrientes cruzadas tomaban al macho de través, haciéndole hundirse, y entonces el agua, tan insoportablemente helada que le hacía dar vueltas la cabeza, le llegaba al hombre hasta el cuello, momentos en que ya no estaba seguro de lo que sucedería primero: si perdería el sentido o si el reno se zambulliría y pondría con ello fin a la cacería. De esa manera fueron arrastrados a lo largo del Río del Glaciar durante cierto tiempo.

16. Baladas

Al cabo pareció que el macho estaba pensando en subir a la orilla. Bjartur advirtió repentinamente que se habían acercado a la margen oriental del río y que se encontraban ahora a pocos codos de distancia del dentado reborde de hielo que formaba la única costa. Fueron arrastrados corriente abajo, junto al hielo, durante unos momentos más, pero, como la orilla se erguía por todas partes con la misma pendiente escarpada, la cuestión de subir a ella seguía siendo un proyecto demasiado poco atrayente. De todos modos Bjartur pensó que lo mejor que podía hacer, si el macho se acercaba lo suficiente a tierra, sería saltar desde sus lomos y luego tratar de trepar al hielo, porque su permanencia en el agua helada era ya más de lo que podía soportar. Se dio cuenta, naturalmente, de que sería un salto mortal que sólo podía terminar de dos modos. Por fin llegó un momento en que el macho se acercó a no más de medio brazo de distancia del hielo. El hombre aprovechó su oportunidad, soltó las astas, se izó fuera del agua y lanzó la parte superior de su cuerpo al hielo. Y allí se separó Bjartur del macho, para no volver a verlo jamás y con un odio permanente hacia la totalidad de esa especie animal.

Vinieron oportunidades, entonces y más tarde, en que se le ocurrió a Bjartur que el reno macho no era otro que el diablo Kólumkilli en persona.

El hielo era delgado y se quebró inmediatamente bajo el peso del hombre, con lo que casi estuvo a punto de ser arrastrado junto con los fragmentos. Pero, como sus días no estaban aún contados, logró de algún modo aferrarse al hielo que todavía quedaba intacto y consiguió finalmente extraer también sus miembros inferiores fuera del agua. Tiritaba de frío, de pies a cabeza; los dientes le castañeteaban; no tenía un solo centímetro de tela seca en toda su

ropa. Pero no se sentía especialmente a salvo en esa estrecha franja de hielo y comenzó ahora a dedicarse al ascenso a la orilla del río. Esa era en sí misma una empresa harto azarosa, porque la margen del río no sólo era empinada, sino que además estaba cubierta de carámbanos formados por la crecida del río y sólo podía haber un fin para una caída, en caso de que manos o pies perdieran su asidero. Como estaba fatigado después de su proeza en el agua, le fue necesario más tiempo para subir que el que habría necesitado de otro modo, pero llegó al cabo el momento en que se encontró, sano y salvo, sobre la orilla oriental del Río del Glaciar… en los pastizales lejanos de otra región. Se quitó la chaqueta y la retorció; luego rodó por la nieve para secarse y sintió que estaba tibia en comparación con el agua del Glaciar. A intervalos se levantaba y agitaba los brazos vigorosamente para librarse de sus temblores. Por supuesto, no pasó mucho tiempo antes de que se diera cuenta de qué broma le había jugado el macho al transportarle al otro lado del Río del Glaciar. En primer lugar le escamoteó el albergue que pensaba utilizar esa noche, la choza de pastores situada en la parte occidental del río. Pero eso no era en realidad más que una insignificancia. Mucho más grave era encontrarse repentinamente trasladado a la margen oriental del río, porque éste fluía hacia el noroeste, en tanto que el camino de Bjartur hacia su casa tenía dirección oeste noroeste. Para cruzar el río, por lo tanto, se vería obligado a efectuar un rodeo con rumbo opuesto al de la Casa Estival, hasta el puente colgante de las zonas habitadas, que se encontraba nada menos que a veinte horas de camino, aunque lo hiciera a buen paso, porque la granja más cercana, en el Valle del Glaciar, estaba por lo menos a quince horas de camino. Y, aunque viajara día y noche, esa aventura le costaría un retraso de casi cuarenta y ocho horas… y con un tiempo como ése y con los corderos todavía afuera, en el pegujal…

Se hallaba bastante extenuado, aunque se negaba a admitirlo, y sus ropas mojadas serían una pobre protección si decidía enterrarse en la nieve con esa escarcha endurecedora. Los copos de nieve se hacía cada vez más leves y pequeños; en cuanto caían, el viento los levantaba nuevamente y los empujaba a ras del suelo en polvareda espumeante que llegaba hasta la rodilla. Su ropa interior parecía no

estar afectada por la helada mientras caminaba, pero la vestimenta exterior estaba endurecida por el frío y la barba y las pestañas se encontraban rígidas de hielo. En el morral tenía todavía una morcilla, congelada como una piedra, y media más. Había perdido el bastón. La noche era negra como la pez y la oscuridad parecía lo bastante sólida como para ser atravesada con un cuchillo. El viento soplaba del este, lanzando la nieve directamente al rostro del hombre; una y otra vez se tambaleó y cayó de un borde en un pozo, donde la nieve polvorienta le cubría hasta la ingle y volaba en su derredor como ceniza. Un consuelo solamente le quedaba: sucediera lo que sucediese, no podía perderse porque a la derecha tenía el Río del Glaciar con su pesado y hosco rugido.

Maldijo varias veces, más violentamente cuanto más inseguras se le tornaban las piernas, pero, para fortalecer los sentidos mantuvo los pensamientos fijos con insistencia en las mundialmente famosas batallas de las Rimas y las Baladas. Recitó uno tras otros los más potentes pasajes, y volvió a recitarlos, en especial la descripción de los diabólicos héroes, Grímur, iEgir y Andri. Pensó que ahora él combatía contra Grímur; Grímur, el menos atractivo de todos los demonios, ese diablo de boca obscena, en formas de ramera, que siempre fue su rival. Pero ahora pondría fin a la mortífera pendencia, porque estaba ya preparado el escenario para el combate definitivo. En visión mental persiguió a Grímur a todo lo largo de su monstruosa carrera, desde el momento en que Groa la Adivina le encontró en la costa, amarillo y henchido de perfidia. Y repetidamente describió al monstruo con las palabras del poeta, aullando, chapaleando en la tierra hasta los muslos, lleno de diabólico odio y brujería, lanzando fuego por la boca riente, más que invencible por la fuerza humana:

Moraba el monstruo dentro del pantano, Estaba entero, en su poder, el mar. Bebíales la sangre a los humanos y era la carne humeante su manjar.

Con su presencia hendía la montaña y desbordaba el cauce de los ríos, quebrando el risco en mágicas hazañas; tan grande era su astuto poderío.

Para ese espíritu no había ni un poco de piedad en Bjartur. No importa cuan frecuentemente cayera de cabeza en los hondones, se

levantaba enseguida, impávido y llevando con redoblada furia otro ataque, apretando los dientes y lanzando maldiciones a las aceradas fauces del demonio, decidido a no detenerse antes de que el maldito espíritu de Grímur hubiese sido perseguido hasta los más remotos rincones del infierno, hasta que la espada desnuda le hubiese traspasado y sus convulsiones de muerte comenzaran en una ronda de tierra y mar.

Una y otra vez se imaginó que había ultimado a Grímur y que lo había enviado aullando al infierno con las inmortales palabras del poeta, pero la tormenta de nieve seguía acometiéndole con furor no disminuido cuando llegó a la cima de la montaña siguiente, le arañó los ojos y trató de voltearle; gimió vengativamente en sus oídos, le tiró de los pelos de la barba… La lucha no había terminado en modo alguno; todavía combatía a brazo partido con los señores del infierno, vomitadores de veneno, que arrasaban la tierra en furibunda malicia hasta que la bóveda del cielo retumbaba con el eco de su carrera.

En alto levantaba su odiosa cabeza, rugiendo diabólicamente. Sus labios cubiertos de babas espesas escupen insultos dementes.

Esta vez es Andri quien combate contra Hárekur.

De la boca del monstruo cae la baba y, violáceo su rostro por la ira, su filoso diente rechinaba, de los muertos se abalanza hacia la pira.

Con la espuma gris de ira vertida, la bestia feroz, aún más se irrita, mas detiene Hárek la embestida y al monstruo con un golpe decapita.

El valiente guerrero ha derribado a la vil criatura belicosa, un río de acero en el prado ha brotado, sin cabeza fenece allí el malvado.

Y así sucesivamente, otra vez y otra y otra más.

Nunca, jamás estos señores del infierno dejaron de recibir su merecido. Nadie se enteró nunca de que Hárekur o Gongu-Hrólfur hubiesen sido derrotados en la lucha final. Del mismo modo, nadie podrá decir que Bjartur de la Casa Estival llevó la peor parte en su guerra mundial contra los espectros de su patria, por frecuentemente que trastabillara sobre un precipicio o rodara a un barranco cabeza abajo… Mientras quede un aliento en mi nariz,

jamás me vencerá, por fuerte que golpee. Finalmente se quedó inmóvil, apoyándose contra la tormenta de nieve como contra una pared. Y ninguno de los dos pudo hacer retroceder al otro. Luego decidió refugiarse en la nieve y comenzó a buscar un lugar abrigado en una hondonada. Con las manos excavó una cueva en un derrumbamiento de nieve, tratando de hacerla de forma que pudiese sentarse en el interior, en cuclillas, y apilar la nieve en la entrada, pero la nieve, floja y esponjosa, se negaba a apilarse. Y, como el hombre carecía de herramientas, volvía a caer al suelo. No había descansado lo suficiente en la cueva cuando ya el frío comenzó a invadirle; un envaramiento y un sopor le trepaban por los miembros, hasta la ingle, pero lo peor era la soñolencia que le amenazaba, el sueño seductor de la nieve, que hace que resulte tan agradable morir en una tormenta. Nada es tan importante como poder apartar de un golpe esa mano tentadora, que llama tan voluptuosamente hacia los reinos del calor y el descanso. Para mantener a raya el pozo del sueño de la nieve, Bjartur acostumbraba a recitar o, de preferencia, a cantar a voz en cuello todas las estrofas obscenas que había aprendido desde la niñez, pero el ambiente de que se encontraba rodeado era muy poco alentador para el canto y en esa ocasión la voz insistía en quebrársele. Y el adormilamiento continuaba envolviéndole la conciencia con sus brumas, a tal punto que ya flotaban ante su vista interior las imágenes de hombres y acontecimientos de la vida y de las Baladas… carne de caballo, humeando en una enorme fuente; majadas de ovejas balando en el redil; Bernótus Borneyarkappi disfrazado; libertinas hijas de sacerdotes con medias de seda verdadera y, finalmente, por grados casi imperceptibles, él mismo asumió otra personalidad y se encontró en la persona de Grímur el Noble, hermano de Úlfar el Fuerte, cuando se le visitaba en su alcoba. Las cosas estaban en este punto: el rey, padre de los hermanos, se había casado con una joven que, puesto que el rey estaba avanzado en edad, encontraba una triste falta de diversiones en el lecho real y era presa de la melancolía. Pero eventualmente su mirada cayó sobre el hijo del rey, Grímur el Noble, quien superaba en brillo, y con mucho, a todos los otros hombres del reino. Y la joven reina se enamoró tan perdidamente de la figura principesca,

que no podía comer ni dormir y finalmente resolvió visitarle por la noche en su cámara. Del provecto rey, el padre de Grímur, hablaba ella en los términos más desdeñosos:

¿Para qué le sirve a la doncella ardiente la savia del árbol marchito y doliente? La que necesita del fuego sagrado, ¿qué hará con un tallo de junco quebrado?

Pero Grímur consideró desagradable esa visita y sintió mucho menos placer en frases tan desvergonzadas, aunque durante unos momentos se replegó en una cortés evasiva del tema. Pero no hubo negativa que allí le valiera, las buenas palabras no escuchó siquiera, atenta al llamado lascivo del gozo, yacía en la cama su cuerpo glorioso.

Y antes de que Grímur el Noble tuviese tiempo de reunir sus defensas, ocurrió lo siguiente: le estrechó en un abrazo deleitable, encendida en promesas inefables.

Fueron de miel sus besos, como vientos henchidos de placer sus movimiento.

Pero en ese momento vio Grímur el Noble toda la inquinidad de lo que sucedía, y poniéndose de pie de un salto, enfurecido, se volvió hacia la desvergonzada ramera:

El héroe incorporóse prestamente y le golpeó los ojos y la frente. Con asco hacia ella, y desconsuelo, al instante arrojóla por el suelo.

El héroe levantó su voz airada —ella ya de su orgullo despojada —: «¡Gomo el cerdo eres torpe y lujuriosa! ¡Pequeño es el tamaño de tu honra!».

—¡Al demonio conmigo, entonces! —gritó Bjartur, que estaba ahora de pie en la nieve, después de haber rechazado los seductores halagos que le ofrecían el lecho y la libidinosa reina. ¿Acaso los héroes de las Baladas permitieron alguna vez que se les atrajera con engaños a una vida de adulterio y libertinaje, y a esa cobardía en el combate que caracteriza a quienes son los más grandes héroes en los abrazos de una mujer? Nunca se diría de Bjartur de la Casa Estival que en el campo de batalla había vuelto la espalda a sus enemigos para ir a acostarse con una perra putesca de reina. Ahora estaba enardecido. Trastabilló locamente en la nieve, golpeándose a sí mismo con todas sus fuerzas, y no volvió a sentarse hasta que no hubo vencido todas esas sensaciones del cuerpo que piden a gritos

comodidad y descanso, todo lo que trata de convencerle a uno de que se rinda y escuche con atención las persuasiones de los dioses de corazón débil. Cuando hubo luchado así durante un cierto tiempo, se metió las salchichas congeladas en los pantalones y las calentó contra su carne. Luego las fue royendo en la oscuridad de la implacable noche invernal y comió la impetuosa nieve, encontrándola sabrosa.

Ésa fue una noche larga. Pocas veces había recitado tanta poesía en una sola. Recitó todas las poesías de su padre, todas las baladas que podía recordar, todos sus propios palíndromos, del derecho y del revés, en cuarenta y ocho formas distintas; recitó procesiones enteras de poemas obscenos, un himno que aprendió de su madre y todas las poesías satíricas que habían sido conocidas en el Distrito desde tiempo inmemorial, acerca de alcaldes, mercaderes y gobernadores. A intervalos se levantaba y salía trabajosamente de la nieve y se golpeaba de pies a cabeza hasta que le faltaba el aliento.

Finalmente sus temores de quedarse helado se hicieron tan fuertes que le pareció que quedarse durante más tiempo en ese lugar sería tentar al destino y, como ya debía faltar poco para la madrugada y no le agradaba la idea de pasarse todo el día sin alimentos, en una nevada, a kilómetros de todo lugar habitado, resolvió abandonar su refugio y dejar que las consecuencias se hicieran cargo de sí mismas. Al principio se abrió paso con la cabeza gacha, contra la tormenta, pero cuando llegó al saliente de la orilla del barranco no pudo ya seguir avanzando de ese modo, de manera que se lanzó hacia delante, se puso en cuatro patas y siguió así caminando a través de la tormenta, arrastrándose sobre taludes pétreos y sobre elevaciones, como un animal, rodando hondonadas abajo como un tarugo, levantándose a puño limpio, sin sensaciones.

La noche siguiente, mucho después de que la gente de Brún, la primera granja del Valle del Glaciar, se hubo retirado a descansar —la tormenta rugía ya, inexorable, desde hacía veinticuatro horas—, sucedió que la mujer de la casa fue despertada del sueño por un alboroto que estalló ante su ventana, unos gruñidos, incluso unos golpes. Despierta a su esposo y llegan ambos a la conclusión de que alguna criatura dotada de poderes de razonamiento debe andar, seguramente, suelta por la casa, aunque en ese solitario pegujal lo

último que podía esperarse eran visitantes, y menos en esa tormenta… ¿Sería hombre o demonio? Se ponen las ropas más imprescindibles y se acercan a la puerta con una luz. Y, cuando la abrieron, se derrumbó hacia adentro una criatura parecida sólo en ciertos aspectos a un ser humano, rodó a través de la puerta, acorazada de hielo, de pies a cabeza, con la boca y la nariz cubiertas de costras, y se quedó acurrucada, con la espalda contra la pared y la cabeza hundida sobre el pecho, como si el monstruoso espectro, desesperando de poder seguir maltratándole, le hubiera arrojado finalmente por la puerta y lanzádole contra la pared. La luz de la casa iluminó al visitante. Éste jadeaba pesadamente, el pecho se le movía y gruñía. Hizo un esfuerzo para aclararse la garganta y escupir, y cuando el pegujalero le preguntó quién era y de donde venía, trató de ponerse de pie, como un animal que quisiera incorporarse sobre sus cuartos traseros, y dio su nombre…

—Bjartur de la Casa Estival…

El hijo del agricultor se había levantado también, en ese momento, y él y su padre intentaron hacer entrar al visitante en el cuarto, pero el hombre rechazó la ayuda.

—Caminaré yo solo —dijo—. Seguiré a la mujer de la lámpara.

Se acostó de través en la cama del hijo y durante un rato no respondió a las preguntas. Balbuceaba como un beodo, gorgoteaba como un toro a punto de mugir. Finalmente dijo:

—Tengo sed.

La mujer le trajo una cazuela con tres cuartos de libra de leche, y él se la llevó a la boca y la bebió. Y después dijo, cuando le entregaba la cazuela vacía:

—Gracias por la bebida, madre.

Con sus manos tibias, ella ayudó a derretir los pedazos de hielo que tenía en la barba y en las cejas; luego le quitó las ropas heladas y tanteó con dedos expertos, buscando posibles partes congeladas; los dedos de las manos y de los pies estaban insensibles; la piel del hombre ardía de tan helada, pero, por lo demás, no parecía haber sufrido daño alguno. Cuando la costra de hielo se derritió, se tendió, desnudo, en la tibia cama del hijo y nunca se sintió tan cómodo en su vida. Después de que la mujer se hubo ido a prepararle algún alimento, padre e hijo se sentaron junto a él, con mirada

anonadada, como si realmente no creyeran en ese fenómeno y no supieran en verdad qué decir. Al cabo fue él quien habló, y preguntó con voz ronca, por debajo de la manta:

—¿Habéis acabado de entrar los corderos?

Le respondieron que sí y preguntaron a su vez cómo sucedió que había llegado hasta allí, a la orilla oriental del Río del Glaciar, en un tiempo asesino que podía matar a cualquier hombre.

—¿A cualquier hombre? —repitió él quejumbrosamente—. ¿Qué importan los hombres? Siempre creí que eran los animales los que estaban primero.

Ellos continuaron interrogándole.

—Oh, en verdad yo estaba haciendo una pequeña caminata —condescendió él a explicar—. Eché de menos una cordera, ¿saben?, e hice un paseíto por las alturas, para tranquilizarme el espíritu.

Durante unos momentos guardó silencio; luego agregó:

—El de hoy ha sido un día un tanto duro.

—Ayer por la noche no fue mucho más tierno —dijeron ellos—; un verdadero huracán.

—Sí —convino Bjartur—, también ayer por la noche fue un poco duro.

Los hombres quisieron saber dónde pasó la noche, y él respondió:

—En la nieve.

Se mostraron especialmente curiosos en punto a cómo se las arregló para cruzar el Río del Glaciar, pero él no quiso proporcionar detalles.

—No es nada bueno tener los corderos al raso con un tiempo como éste —dijo quejumbroso.

Padre e hijo dijeron que, en su lugar, no se habrían preocupado esa noche por los corderos y se habrían considerado afortunados de encontrarse donde estaban.

—Es fácil advertir —replicó él— que habéis encontrado un punto donde plantaros. Pero yo estoy luchando por mi independencia. He trabajado durante dieciocho años para conseguir el poco ganado que tengo, y, si los animales están bajo la nieve, tanto daría que yo mismo estuviese bajo ella.

Pero cuando la mujer le llevó comida a la cama, y él comió

hasta hartarse, se acostó sin decir más y se durmió roncando estrepitosamente.

17. Regreso al hogar

En la tarde del quinto día Bjartur caminaba trabajosamente hacia su casa, cruzando páramos, hundido hasta las rodillas en la nieve. No se sentía nada complacido consigo mismo; estaba avergonzado por lo que le parecía un viaje sumamente ignominioso y pasaba de la esperanza al temor en cuanto a la suerte que habrían corrido los corderos en sus pastizales. Y ahora, para coronarlo todo, no había siquiera un chispazo de luz en la ventana para darle la bienvenida cuando finalmente regresaba al hogar, porque el pegujal estaba sepulto en la nieve y no se había hecho intento alguno para limpiar la ventana o la puerta. En ninguna parte se había abierto un camino en la nieve, ni un poco de humo se elevaba de la chimenea. Se arrastró hasta subir al techo y gritó:

—¡Rosa, a ver si puedes alcanzarme una pala a través de la puerta!

La perra lanzó un lastimero aullido en la habitación, única respuesta. Y cuando el agricultor volvió a llamar a su esposa a gritos, la perra saltó a la ventana desde el interior y la rascó con sus patas. El comenzó a preguntarse entonces si su esposa no estaría enferma. Y, sintiendo cierta aprensión, atacó la nieve como enloquecido. Tuvo que apartarla con las manos, tarea lenta, pero finalmente consiguió limpiar un espacio suficiente alrededor de la puerta como para introducirse.

Cuando llegó a la parte superior de la escalera, la perra saltó sobre él frenéticamente, aullando con amargos acentos, como si alguien le pisara sin cesar la cola. La oscuridad del invierno había caído temprano y en el interior había una negrura de pez; las ventanas se encontraban cubiertas de nieve. Pero no había dado siquiera un paso cuando su pie tropezó contra algún obstáculo inusitado. Maldijo, como era su hábito cada vez que perdía el pie…

¿Contra qué demonios había tropezado?

Necesitó un rato largo para encontrar los fósforos, y cuando los encontró, descubrió que la lámpara estaba vacía, la mecha consumida, el globo negro de humo. Pero, cuando llenó la lámpara y la mecha volvió a arder, le fue posible, incluso con tan débil luz, entrever ciertos indicios de lo que había ocurrido en Casa Estival durante su ausencia. Era su esposa. Yacía allí, muerta, en medio de su sangre congelada. Parecía como que se hubiese bajado de la cama para buscar algo y, demasiado débil para volver a meterse en ella, se hubiera desmayado. Tenía en la mano una toalla húmeda, empapada en sangre. El estado del cuerpo demostraba claramente lo que había sucedido. Y cuando Bjartur miró la cama, hacia la cual saltó repentinamente la perra, vio, asomando por debajo del vientre del animal, una carita amarillo-pardusca, arrugada, con los ojos cerrados, como la de un viejo recién nacido, y sobre esa cara pasaban leves estremecimientos, débiles y espasmódicos, y de ese ser desdichado surgían, si Bjartur no escuchó mal, uno que otro gemido tenue.

La perra trataba de tenderse lo más completamente que le era posible sobre el cucrpecito que había tomado bajo su guarda y darle lo único que tenía: la tibieza de su cuerpo piojoso, hambriento y extenuado. Cuando Bjartur se aproximó para mirar más de cerca, el animal desnudó los dientes, como para hacerle entender que no era él el dueño del niño. La madre había envuelto a la desdichada criatura en un trapo de lana, en cuanto hubo cortado el cordón, y probablemente se levantó de la cama para calentar un poco de agua con que bañarla, porque en la cocina había una olla llena de agua, hacía mucho tiempo congelada sobre el fuego muerto. Pero el niño se aferraba aún a la vida en el calor del cuerpo del animal.

Bjartur levantó del suelo el cadáver de su esposa y, luego de depositarlo en la cama vacía que estaba frente a la suya propia, le limpió la sangre como pudo. Le costó muchos esfuerzos enderezar el cuerpo de Rosa, porque los miembros se habían endurecido en la posición en que murió. Los brazos se negaban obstinadamente a cruzarse sobre el pecho; los ojos turbios no querían cerrarse, especialmente el derecho, el que tenía la catarata —nuevamente su obstinación—. Pero Bjartur se tenía menos confianza aún para lo

que era ahora de mayor importancia: avivar la chispa de vida que todavía quedaba en el recién nacido. Esto le puso a él, el hombre independiente, en un aprieto nada despreciable, porque se necesitaban manos expertas, probablemente manos femeninas; él no se atrevía a tener nada que ver con ello. ¿Debería pedir ayuda a otras personas? Lo último que trató de grabar en la mente de su esposa fue la necesidad de no pedir colaboración ajena… un hombre independiente que recurre a otras personas en busca de ayuda, se entrega en manos del archienemigo. Y ahora esa misma humillación recaería sobre él, Bjartur de la Casa Estival. Pero en ese momento no dudó más: estaba decidido a pagar lo que se le pidiese.

18. Útirauðsmyri

«Bueno Bjarti, por fin te paseas un poco estos días», se dijo Bjartur de la Casa Estival cuando, la noche del mismo día, golpeó en la puerta de la cocina de Utirauðsmyri.

—Poco te dejas ver, ¿eh? —dijo el peón que abrió. Estaba en calcetines y tenía en la mano unas abatanaduras humeantes… Las tareas domésticas se hallaban en su apogeo—. Creímos que estabas muerto.

—Lejos de ello —respondió Bjartur—. Estuve en la montaña, buscando ovejas.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien de la cabeza? —preguntó el otro.

—Perdí una corderita.

—Es muy tuyo eso de dejar a todas tus ovejas en peligro para irte a recorrer las montañas en busca de una corderita.

—Bien, puede que me equivoque, compañero, pero, por lo que yo sé, en la Biblia dice que una oveja en la montaña vale más que ciento en casa —dijo Bjartur, que tenía especial cariño hacia esos pasajes de las Escrituras que mencionan a las ovejas—. Y, además, no para nada es uno vecino del potentado local, para el caso de que el tiempo se ponga malo.

Tal era, por cierto, la verdad. Los pastores de Rauðsmýri arrearon las ovejas de Bjartur juntamente con las demás, la noche que estalló la tormenta, pero ahora habían recibido del alcalde la orden de llevarlas a su dueño mañana por la mañana y averiguar al mismo tiempo si éste estaba muerto o no.

—¿Encontraste el cordero?

—No, no pude ver nada, aparte de un pájaro de manantiales calientes, en las fuentes que están al sur de las Montañas Azules —contestó Bjartur—. De paso, los corderos, ¿han comido ya heno?

—Oh, sí, han husmeado un poco —dijo el peón, y dio a entender a Bjartur que esos valientes corderos suyos pronto aprenderían el arte de comer. Pero, mientras debatían la cuestión, el ama de casa, Hundí, apareció en la puerta, porque había reconocido la voz de Bjartur. Le rogó que entrase en la cocina, y, ¿no le agradaría un cuenco de gachas y una costilla de caballo? Él se quitó la nieve de las ropas con el cuchillo y desempolvó el sombrero contra la jamba de la puerta.

Era una cocina grande, utilizada en parte como sala. Los mozos abatanaban o se encontraban atareados trabajando con crin, las criadas con su lana y los perros yacían largo a largo en el suelo; todos ellos eran viejos amigos de Bjartur, perros inclusive. Todos discutían la inesperada tormenta de nieve y sus efectos sobre el ganado. Podemos esperar un enero asqueroso, cuando la nieve ya ha empezado a caer, y eso que todavía no estamos en adviento.

—Hmm —dijo Bjartur con la boca llena—, el tiempo estaba un poco rudo al otro lado del Río del Glaciar, pero los he conocido peores muchas veces.

—¿Al otro lado del Río del Glaciar? —preguntaron los peones, sorprendidos—. Estás tratando de hacernos creer que cruzaste el Río del Glaciar, ¿eh?

—¿Por qué no? Muchos arroyos pueden ser vadeados, incluso aunque estén en los páramos —replicó el pegujalero—, y puede que no todos seamos perros tan caseros como vosotros.

—¿Quieres decirnos qué has estado tanteando allá arriba, en los páramos, con la pobre Rosa en el estado en que se encuentra? —preguntó el ama de casa con voz compadecida.

—Hago lo que me place, Gunsa, muchacha —replicó Bjartur con una sonrisa despectiva—. Ahora soy mi propio amo, ¿entiendes?, y no necesito rendir cuentas a nadie, y menos a ti. —Y agregó, arrojando a los perros la carne que se le había dado—: De paso, ¿les parece que nuestra buena Señora habrá ido ya a acostarse?

La esposa del alcalde entró majestuosamente, con la cabeza en alto y el pecho erguido, miró inquisitivamente a Bjartur a través de gafas que cavaban surcos en sus rojas y opulentas mejillas y compuso la sonrisa fría, culta, aristocrática, que, a pesar de sus ideales y su talento poético, erigía un muro tan alto y ancho entre

ella y aquellos cuyo bienestar dependía menos del romanticismo. Bjartur le agradeció cordialmente por la carne de caballo y las gachas.

—Seguramente no me habrás hecho venir para agradecerme por un cazo de gachas —dijo ella, sin referirse a la carne de caballo.

—¡No, oh, no, no exactamente eso! —replicó Bjartur—. En realidad era otra cosa lo que quería. —Por supuesto, sentía vergüenza de pedirlo, pero se preguntó si no podría ayudarle en algo si podía conversar con ella en privado—. …Y, además, debo agradecerles a usted y a su esposo, por mis ovejas, que sus hombres pusieron al abrigo cuando yo estaba ocupado con el rodeo.

La poetisa insinuó que Bjartur debería conocer lo bastante la casa como para saber que ella jamás se preocupaba por el ganado, pues lo dejaba a cargo de gente más apropiada para ello.

—Bien que lo sé —contestó Bjartur—, y en rigor estoy completamente decidido a venir a buscarlo mañana… Espero, eso sí, que mis corderos no dejen al pobre alcalde en la calle de tanto comer. Pero si su esposo se encuentra necesitado en la primavera, bendito sea, siempre podrá venir a pedirme una carga de heno para cordero, más tarde.

—Preferiría que me dijeses cómo sigue Rosa —dijo la poetisa.

—Sí, ya iba a llegar a ello —repuso Bjartur—. En realidad pedí verla solamente porque tenía algo que decirle. Nada importante, es claro.

La esposa del alcalde le miró como si sospechase en cierto modo que estaba a punto de pedirle algo, con lo cual su alma se encogió como una estrella, se retiró a las heladas extensiones del infinito, y sólo la gélida sonrisa se quedó en la tierra.

—Espero, por ti, que no sea nada que no pueda saber mi esposo —dijo ella con intensa decisión.

—¡Oh, no! —contestó Bjartur—. Se necesita algo más que una minucia para inquietar al alcalde, bendito sea.

La Señora hizo pasar a Bjartur al santuario del alcalde Jón de Myri, uno de los cuartos más pequeños de la casona. Hacía tiempo que la pareja había abandonado la costumbre de dormir juntos. La Señora dormía en una habitación separada, con su hijita Auður. El cuartito del alcalde se habría parecido muchísimo al mísero desván

en que son abandonados los pobres que viven de la ayuda de la parroquia, con menguada honra, si no fuera por una de las paredes, completamente cubierta por anaqueles con volúmenes de trámites parlamentarios, encuadernados en negro y con el año en un marbete blanco. La cama estaba clavada a la pared, construida como la de un campesino, de tablas no cepilladas, y cubierta con una raída manta de un solo color. En el suelo se veía una escupidera azul, esmaltada, en forma de reloj de arena. Sobre la cama había un estante toscamente construido, sobre el cual reposaba un cuenco floreado, para gachas, una pesada taza de porcelana y una botella de embrocación para el reumatismo. Junto a uno de los muros, una tosca mesa con recado de escribir de calidad indiferente y, debajo de la ventana, un enorme arcón. Frente a la mesa un viejo y destartalado sillón, sin funda, atado con cuerdas allí donde los muelles habían saltado. De ese lado, en la pared, pendía una imagen, de colores vivos, del Redentor en la Cruz y otra, igualmente colorista, del zar Nicolás, y un calendario que llevaba el nombre del comerciante de Vík.

El alcalde Jón estaba acostado en la cama, con las manos bajo la cabeza y las gafas en la punta de la nariz. Acababa de dejar a un lado la última tanda de periódicos. Saludó a su visitante con un vago bufido, cuidando de no perder nada del precioso jugo de tabaco que había estado acumulándose en su boca desde hacía un rato. Su costumbre era no escupir demasiado rápidamente, sino, por el contrario, extraer todos los beneficios posibles del jugo que conseguía arrancar a cada mordisco de tabaco. Iba vestido casi como un mendigo, con una vieja chaqueta informe, remendada hasta resultar casi irreconocible y cerrada al cuello con un imperdible. Aparte de las distintas formas de suciedad que la habían emporcado, había en ella muchas nuevas de tierra y algunas pelusas de lana que indicaban que acababa de volver de sus rediles. Sus pantalones estaban tan gastados que la tela original no lograba sostener ya los remiendos y comenzaba a ceder en las puntadas. Cubriendo los bajos de los pantalones llevaba un par de calcetines mugrientos, de color crudo, y los maltrechos zapatos de cuero de caballo prestaban apoyo a la teoría de que acababa de regresar de una minuciosa inspección de sus establos, pero el testimonio más

indudable lo proporcionaba el olor.

En vestimenta y aspecto general, Bjartur de la Casa Estival resultaba sumamente superior a aquel truhanesco alcalde.

¿No había entonces nada individual en el hombre, nada que le distinguiese del aspecto a medias moldeado del pegujalero? Sí que lo había. A pesar de su atavío de vagabundo, nadie podría dudar, ni siquiera a primera vista, de que ése debía de ser un hombre que regía a otros y tenía en sus manos el destino de esos otros. Sus labios se fruncían sobre el tabaco que mascaba, como símbolo inconsciente de que no soltaba nada antes de haberle succionado todo lo que tuviese de valor. Los ojos particularmente claros, duros y grises; las facciones regulares; la anchura de la frente, bajo el cabello fuerte, negro, hasta entonces solamente agrisado en las sienes; el delicado alineamiento de mandíbula y barbilla; la tez pálida que decía de una vida sedentaria; pero también, por fin, las manos pequeñas, bellamente conformadas, extrañamente blancas y suaves a pesar de la evidente falta de cuidados… Todas éstas eran manifestaciones externas de una personalidad definida, de una naturaleza más vigorosa y más compleja de las que se encuentran habitualmente entre los que dependen de sus propios afanes para ganar su magra subsistencia.

Bjartur ofreció su mano en saludo a su antiguo patrono, y el alcalde le dio, como de costumbre, el pulgar y el índice, conservando los otros tres dedos cuidadosamente apretados contra la palma, sin decir una palabra. Durante sus veinte años de práctica Bjartur había desarrollado una técnica de trato con el alcalde que era completamente suya. Dicha técnica se basaba en la actitud defensiva de un joven insignificante hacia un déspota suspicaz, actitud que, con el discurrir de los años, se convierte en el apasionado deseo que el hombre concienzudo tiene de afirmarse a sí mismo contra la potencia superior y termina finalmente haciéndose persecución, tensión que no afloja jamás, siempre militante, con ojos para ver solamente su propia causa y negándose a encontrarse con la personalidad más fuerte en terreno imparcial.

La poetisa ofreció a su visitante un asiento sobre el arcón de bajo la ventana, observando que nadie sino el alcalde en persona conocía la forma correcta de sentarse en el sillón.

—¡Bah! —exclamó Bjartur con indignación—. ¿Qué ventaja ha reportado jamás a nadie eso de sentarse? Hay tiempo de sobra para sentarse cuando llega la decadencia senil. Hace unos momentos le decía a la Señora, Jón, que si alguna vez le falta un poco de heno a fines del invierno, por el hecho de que sus muchachos hayan dado asilo a mis ovejas un par de noches, pues no tiene más que mandar a pedirme un par de cargas en la primavera.

Levantando lenta y cautelosamente la cabeza de la almohada, de modo que el jugo del tabaco que mascaba mantuviese un nivel suficiente como para que no se le escurriera por la garganta ni se le derramara por el labio inferior, el alcalde abrió la boca una fracción de centímetro y, contemplándole con tolerante desdén, respondió:

—Mejor cuídate de ti mismo, hijo.

Ese tono complaciente, de conmiseración, aunque no llegara a ser insultante, relegaba incondicionalmente a sus interlocutores a la categoría de lamentables piltrafas y hacía que Bjartur reaccionara siempre como si se le acusara de poseer alguna tendencia criminal. Había dado alas a su agresividad durante todos esos años, a su pasión de libertad e independencia.

—¿Que me cuide yo? Sí, apueste lo que quiera a que lo haré. Ya lo creo que me cuidaré. Jamás le he adeudado nada hasta ahora, amigo mío… aparte de lo que quedó convenido.

La esposa del alcalde llamó la atención del pegujalero hacia el hecho de que le había parecido oírle declarar que tenía algo que decirles; ¿querría tener la bondad de decirlo inmediatamente? Estaba haciéndose tarde.

Bjartur se sentó en el arcón, como le habían pedido al comienzo, y dijo:

—Hmm —se rascó un poco la cabeza e hizo una mueca—. La idea era la siguiente —continuó, mirándola a ella con el rabillo del ojo, como era su costumbre cuando debía tantear el terreno—. Me faltaba una cordera, ¿sabe?

Siguió un largo silencio, durante el cual ella le contempló a través de las gafas con ojos severos. Cuando perdió toda esperanza de que Bjartur siguiera hablando, preguntó:

—¿Y?

Sacando el cuerno del rapé, él hizo caer, golpeándolo, un largo

hilo de polvo sobre el dorso de su mano.

—Se llamaba Gullbrá —dijo—. La primavera pasada cumplió un año, pobrecita, y era un animal de primera. Fue servida por su Geli ¿recuerda?, uno de los carneros de la raza reverendoguómundur en la que siempre he tenido mucha fe; son animales espléndidos. La dejé en casa durante el primer rodeo, para que le hiciese compañía a mi esposa. Y entonces, maldito sea si sé cómo ocurrió, pero es preciso que la hayamos echado de menos en el segundo rodeo, y también en el tercero. De modo que hace unos días me dije: lo mejor que puedes hacer, muchacho, es darte un paseíto hasta los páramos y echar una ojeada en busca de esa Gullbrá tuya, porque muchas ovejas has buscado para otros, al sur de las montañas, mucho después del último rodeo, como creo que vosotros dos podréis atestiguarlo, ya que lo hice apenas el otoño pasado.

La esposa del alcalde seguía mirando interrogativamente al agricultor, sin saber a dónde quería llegar.

—De modo que me dirigí al sur, hacia los páramos —continuó él —. Fui al sur de las Montañas Azules e incluso salté al otro lado del Río del Glaciar.

—¿Al otro lado del Río del Glaciar? —repitió la Señora, sorprendida.

—Sí —dijo él—, y el cruce del río no habría sido nada si hubiera visto alguna señal de criatura viviente, pero no encontré ninguna condenada cosa, aparte de un pájaro que vi en los manantiales calientes del sur de las montañas, creo que un ave de fuentes calientes. Pero, en cuanto a algo que tuviese cuatro patas, ni rastros, con la excepción de un reno macho (que yo no considero como un animal), y en este viaje mío se me fueron, podría decirse, cinco días y cuatro noches. Bueno, ¿y qué clase de bienvenida creen que recibí en mi hogar esta noche?

Los otros, o bien no se encontraban en condiciones de resolver el enigma, o bien no se sentían con inclinación a devanarse los sesos, porque la esposa del alcalde recomendó a Bjartur que les dijese inmediatamente la respuesta, si concedía alguna importancia al hecho de que ellos la escucharan.

—Bueno, mi querida señora, como a usted le gusta tanto la poesía se me ocurrió que le haría escuchar esta pequeña cuarteta,

una cosita insignificante que se me ocurrió por casualidad cuando, ante la trampilla de mi casa, hace una o dos horas, miré en torno.

Y Bjartur recitó este verso, en el que, a su manera, expresaba lo sucedido:

Temiendo por su majada, ve poca luz en el cielo. Ríe la tierra escarchada, Yace su rosa en el suelo.

El alcalde volvió lentamente la cabeza para mirar a Bjartur y enarcó las cejas como en interrogación, pero tuvo sumo cuidado de no entreabrir los labios, no fuese que, sin quererlo, formulase alguna pregunta de viva voz. Y entonces su esposa se vio obligada a hacer esta observación:

—Espero que no estés dándonos a entender que algo le ha ocurrido a Rosa.

—Hmm, en realidad no puedo decirles que le haya ocurrido algo —contestó Bjartur—. Todo depende de cómo se mire. Pero ya no vive más en mi tierra, haya después lo que hubiere.

—¿Nuestra Rosa? —preguntó la Señora con gran agitación—. ¿Estás diciéndonos que nuestra Rosa está muerta?… y era una jovencita.

Bjartur inhaló su rapé con gran precisión. Luego, mirando con ojos inmóviles, humedecidos de lágrimas de tabaco, respondió con orgullo.

—Sí. Y murió sola.

Ante esta noticia el alcalde se incorporó en la cama y haciendo girar las piernas y apoyándolas en el suelo se sentó en borde y continuó aún rumiando durante un rato su tabaco, considerando todavía demasiado prematuro el momento como para vaciar su boca del notable jugo.

—Pero eso no es lo peor —declaró Bjartur filosóficamente—. La muerte, en fin de cuentas, no es más que una deuda que todos tenemos que pagar, y vosotros también, queráis o no. Es esto que llamamos vida lo que muchos hombres encuentran más difícil de hacer concordar con su bolsa. Surge a cada rato, como sabréis, y en rigor es tonto hacer un alboroto en punto a quién es el padre aunque, en ciertos casos, puede resultar instructivo por lo que respecta a quién debe pagar las cosas. De modo que, para decirles la verdad, no fue por la esposa por lo que vine aquí esta noche, porque

no creo que haya algún sentido en tratar de devolverla a la vida, tal como se encuentra ahora. Fue, más bien, por la pobre y pequeña desdichada que se aferraba a la vida, prendida de un hilo, bajo el vientre de la perra, que me pareció que podría pedirle a usted algunas informaciones, mi querida señora.

—¿Qué quieres insinuar, hombre? —fue la pregunta inmediata de la Señora. Y la sonrisa helada era ahora una sola frialdad con la de los ojos que miraban atrás de las gafas. El alcalde se inclinó sobre la salivadera y escupió todo el jugo en un solo chorro. Luego haciendo rodar el tabaco desde debajo de la lengua hasta la parte posterior de la mandíbula, se acomodó los anteojos en el puente de la nariz y aguzó la mirada que mantenía clavada sobre el visitante.

—¿Puedo preguntarte qué informaciones quieres solicitar aquí? —continuó la poetisa—. Si estás diciendo que tu esposa murió de parto y que el niño está todavía vivo, pues trata de decirlo claramente, sin tantos circunloquios. Probablemente trataremos de ayudarte como ayudamos a muchos antes que a ti, sin pensar en retribuciones. Pero una cosa exigimos, y es que ni tú ni nadie venga aquí a presentar insinuaciones veladas acerca de mí o los míos.

Cuando el alcalde vio que su esposa había asumido la dirección del asunto, se recostó otra vez, tranquilamente, y comenzó a bostezar, una costumbre suya cuando, mientras escuchaba una conversación, no tenía la boca llena de jugo de tabaco. En tales circunstancias se sentía siempre soñoliento y dejaba que su mirada vagase por toda la habitación, en evidente aburrimiento. Su esposa, por otra parte, no se mostró completamente apaciguada hasta que Bjartur no suprimió completa y explícitamente toda sospecha de que hubiese ido con la intención de averiguar la paternidad del niño que se encontraba en la Casa Estival.

—Mi lengua, ¿saben?, está más acostumbrada a hablar a ovejas que a seres humanos —dijo con tono de disculpa—, y mi idea era simplemente preguntarles si no creen que valdría la pena echarle unas gotas de leche caliente por la garganta, para ver si se la puede mantener viva hasta la mañana. Les pagaré lo que me pidan, por supuesto.

Cuando todo el desdichado malentendido quedó aclarado, la Señora declaró, y lo decía en serio, que para ella la alegría suprema

en la vida era, por cierto, ofrecer al débil su mano de apoyo, incluso en estos tiempos difíciles; sostener al desvalido, alimentar la vida que despierta.

Así era su corazón, no sólo en la alegría, sino también en la pena.

19. Vida

La esposa del alcalde cumplió su palabra.

Esa misma noche envió a su ama de llaves a Casa Estival, a caballo, con algunas botellas de leche, un infiernillo y varias prendas de vestir para un niño recién nacido. Bjartur pisoteaba la nieve, delante del caballo, en humor de balada después de las aventuras de los últimos días.

Lo primero que la comadrona mencionó al entrar a la Casa Estival fue el olor. Los pesebres de abajo eran ofensivos con la humedad de las paredes de barro y los restos de pescado, en tanto que el cuarto de arriba hedía a muerto y a lámpara humeante, con la mecha otra vez seca y su última llama guiñando, pronta a morir a su vez. El ama de llaves pidió aire fresco. Abrió una manta sobre el cadáver tendido en la cama vacía. Luego dedicó su atención al niño. Pero la perra se negaba a abandonarlo; todavía lo cuidaba: era una madre, sedienta y hambrienta, y sin embargo nadie piensa en recompensar a un animal por sus virtudes. La mujer trató de apartarla, pero la perra hizo ademán de morderla, de modo que Bjartur debió tomarla de la piel del cuello y tirarla escaleras abajo. Pero después, cuando la chiquilla fue examinada, no mostró señal alguna de vida. La mujer la puso cabeza abajo y la balanceó en distintas direcciones. La llevó incluso a la puerta de afuera y le puso cara al viento, pero todo fue inútil. Ese ser arrugado, lamentable, que fue enviado al mundo sin ser previamente invitado y deseado, parecía haber perdido todo deseo de reclamar sus derechos.

Pero el ama de llaves, que había enviudado joven, se negó a creer que la criatura pudiese estar muerta. Sabía lo que significaba estar confinado en una habitación cuando las tormentas de nieve rugen en los valles. Calentó un poco de agua en el infiernillo —era la segunda vez que se hacían preparativos para bañar a la pequeña

— y pronto el agua estuvo caliente. Y bañó a la niña e incluso la dejó estar durante un buen rato en el agua, que estaba algo más que caliente, con la punta de la nariz asomándose en la superficie. Bjartur preguntó si tenía la intención de hervirla, pero aparentemente ella no escuchó lo que le decía y, sosteniéndola de una pierna, la balanceó cabeza abajo. Bjartur comenzó a sentirse algo preocupado. Hasta entonces había seguido con gran interés todo lo que se hacía, pero esto era más de lo que podía soportar y le pareció que sería mejor que pidiera un poco de piedad para la infortunada criatura.

—¿Estás tratando de desarticular las caderas de la chiquilla, maldita seas? —preguntó.

A lo que Guóny, como si no hubiese advertido su presencia hasta ese momento, replicó secamente:

—Ya basta. Vete y no vuelvas a aparecer por aquí hasta que te llamen.

Esta era la primera vez que Bjartur era expulsado de su propia casa, y, si las circunstancias hubiesen sido distintas, no habría vacilado en protestar contra tamaña enormidad y tratado de hacer entender a Guóny el hecho de que no le adeudaba ni un céntimo. Pero, estando las cosas como estaban, parecía casi se le hubieran proporcionado un rabo para poderlo llevar entre las piernas cuando, en total ignominia, tomó el camino de la perra y bajó por la escalera. Mas, por su vida, que no sabía qué hacer ahí abajo, en la oscuridad. Era un hombre completamente agotado, que nunca se había sentido menos independiente en el fondo de su corazón que esa noche; que sentía que era casi superfluo en el mundo; que sentía incluso que los seres vivos eran en realidad superfluos, en comparación con los muertos. Sacó un atado de heno y, extendiéndolo en el piso, se acostó como un perro. A pesar de todo había llegado por fin a su casa.

El llanto de un niño le despertó a la mañana siguiente.

Cuando subió, Guóny estaba sentada en la cama, con la pequeñuela en sus brazos, y, lo que era más, se había desprendido de las ropas en torno al seno para compartir su calor con la chiquilla mientras la madre de ésta, la esposa de Bjartur, yacía, inerte, en la otra cama. Había atado unos mechones de lana al

cuello de una botella y se encontraba ocupada en enseñarle a mamar. Bjartur contempló la escena con cierta turbación, herido en su modestia, y luego una sonrisa se dibujó en su rostro barbudo, curtido por la helada, y se insinuó en sus ojos, inyectados en sangre después de la tormenta.

—He aquí a tu hija, sana de cuerpo y alma —dijo Guóny, orgullosa de haber devuelto la vida a ese objeto.

—Así parece —dijo él—, pobre insecto. —Y, maravillado de que pudiese ser tan pequeña y delicada—: No habrá que esperar que resulte gran cosa de ella —añadió, como disculpándose—, teniendo en cuenta que la humanidad es una cosa lamentable si se la mira tal como es.

—Pobre queridita —arrulló la mujer acariciando a la criatura—. ¿Qué nombre pensará ponernos papá?

—Hmm, yo seré su padre por lo que a eso se refiere, de cualquier modo —dijo él—. Tendrá un nombre hermoso y ningún otro.

Guóny no dijo nada; continuó arrullando a la pequeñuela y convenciéndola de que aceptara el biberón. Bjartur permaneció contemplándolas durante un rato, en evidente comunión con su alma, y luego declaró con profunda convicción.

—Sí, todo está arreglado. —Y tocó la cara de la niñita con su mano fuerte, sucia, que había combatido contra los monstruos espectrales del país—: Se llamará Asta Sóllilja.

Se sentía orgulloso de que esa cosita indefensa no tuviese en el mundo a nadie más que a él y estaba firmemente decidido a compartir con ella el mismo y único destino.

—… y no quiero que se hable más de la cuestión.

Había mucho que hacer: las ovejas estaban todavía en Rauðsmýri; luego era preciso ocuparse del funeral, del ataúd, el sacerdote, los portadores, el viaje al pueblo, la reunión después del entierro…

—Estaba pensando, Gunsa, muchacha, que quizá podrías hacer un buen pedazo de torta de Navidad para comer. Podrías utilizar todas las especias y pasas de uva que quieras, e inclusive esas enormes cosas negras que parecen boñigas de caballo; creo que se llaman ciruelas pasas. No pienses en los gastos; yo pagaré. Y,

naturalmente, tantas frutas de sartén como todos puedan comer. Y café cargado, mujer; café lo suficientemente fuerte como para embrear a un morueco. No toleraré que la gente beba aguachirle en el funeral de mi esposa.

20. Recados

Todos dieron por sentado que el fantasma volvía a las andadas en la Casa Estival, de modo que Guóny hizo que le enviaran de la casa a una criada para que le hiciese compañía, y en torno a la muerte de Rosa se tejieron extrañas historias, tanto más extrañas cuanto mayor era la distancia de su punto de origen, pero todas concordantes en cuanto a la causa del deceso y todas, en verdad, del mismo esquema que las leyendas que se narraban de ese solitario pegujal desde épocas perdidas en el tiempo. Gran preocupación se sintió, por lo tanto, en cuanto al futuro del pegujalero del marjal, especialmente teniendo en cuenta que los acontecimientos habían seguido ese curso en su primer año de haber estado establecido allí, y unos días después, cuando el oficial del alcalde se encontró con Bjartur en el campo, insinuó que pronto tendría vacante un puesto de peón y sugirió que las dificultades en que se esperaba que Bjartur se encontrase de un momento a otro eran de responsabilidad de toda la parroquia. Hele aquí, viudo, con una hija pequeña que cuidar… ¿Qué haría? Dijo que se había enterado de que sería posible convencer a la gente de Rauðsmýri de que aceptase a la niña para criarla, incluso sin el pago acostumbrado, aunque con la condición de que la tierra les fuese devuelta gratuitamente, «y si yo me encontrase en tu lugar diría que era un ofrecimiento magnífico, en vista de las liberales condiciones».

Pero Bjartur pensaba que si la gente de Rauðsmýri le ofrecía condiciones liberales por algo, no lo hacía, por cierto, antes de tiempo, aunque el ofrecimiento llegase por una vía indirecta.

—Puede que vosotros, los potentados del concejo parroquial, consideréis que es buen negocio entregar a vuestros hijos para que sean criados en Rauðsmýri —declaró—. Pero yo no lo creo así.

Porque ocurre que fui criado en Rauðsmýri, durante dieciocho años. Y mientras pueda considerarme un súbdito independiente de este país y no deba nada ni a Dios ni a los hombres, tengo la intención de ser yo quien críe a mis hijos, y no la gente de Rauðsmýri.

—Puede llegar el momento —dijo el otro— de que ciertas cláusulas legales te impidan estar libre de deudas, especialmente si tienes que cultivar esas montañas tuyas con ayuda de mujeres contratadas. Todo lo cual podría tener algún efecto en lo que llamas independencia.

—Necesité dieciocho años para reunir penosamente mi ganado y pagar el depósito de Casa Estival —replicó Bjartur— y, si bien es posible que no me haya construido un regio palacio de mármol y zafiro, por lo menos me erigí un palacio que se levanta sobre unos cimientos de dieciocho años. Y mientras no adeude nada a la parroquia ni al comerciante y pueda pagarle al alcalde sus cuotas, es, por lo menos, un palacio tan bueno como cualquiera que tú o el alcalde hayáis construido. Y ahora, permíteme que te diga esto, amigo mío: jamás he molestado a los hijos del alcalde ni hecho alharacas por lo que se refiere al nombre que llevan, y jamás lo haré. Pero exijo, a mi vez que el alcalde mantenga la nariz fuera de mis cosas y deje de mi cuenta a mis hijos y los nombres con que yo quiera bautizarles. Y dile que he preguntado por él.

Ese día Bjartur se dirigía a Staður, para visitar al Reverendo Guðmundur, el hombre por quien sentía tan gran respeto, más grande, por cierto, que el que tenía por muchas otras personas, y basado principalmente en la excelente raza de ovejas que había introducido en la parroquia. Fue hecho pasar al humo arremolinado del cuarto en que, atareado con sus sermones y sus cuentas agrícolas, el cura, como de costumbre, se paseaba. Muy pocas veces se le vio de pie, inmóvil; no tenía tiempo para ello. Pocas veces se sentaba; era un maestro en la técnica perentoria, malhumorada, de hombre atareado. Estaba bastante avanzado en edad y era más bien corpulento, de mejillas y nariz de tono azulado. Vástago de una vieja familia de alcurnia, del oeste, disfrutó en su juventud, en el sur, de una buena vida, pero había pasado la mayor parte de su existencia en esa región y siempre vilipendiaba las cosas terrenas cuando hablaba a sus feligreses. Nunca demostraba sus

conocimientos de agricultura en ninguna conversación. Como la mayoría de las personas ocupadas, por lo general era sumamente lacónico con sus interlocutores y siempre pensaba que lo que decían los demás eran tonterías. Era severo en sus juicios y sustentaba opiniones fanáticas acerca de cualquier asunto, pero las cambiaba inmediatamente si alguien estaba de acuerdo con él. Tenía muy poca fe en la naturaleza humana y no creía en la bondad que pudiese haber en nadie, aparte de la familia real danesa, a la que tenía en muy alta estima a cuenta de su inteligencia y sus virtudes morales. Su favorita especial era la princesa Augusta —que había muerto hacía muchos años—, cuyo retrato pendía todavía en su estudio. No tenía gran opinión de la moralidad de sus feligreses y frecuentemente rozaba el tema con sombrías insinuaciones, dejando siempre entrever que se había cometido una multitud de crímenes secretos en la parroquia durante los años de su ministerio. Y, sin embargo, siempre se decía de él que jamás rechazó a nadie que se le acercase en un momento de necesidad. Le resultaba igualmente doloroso tolerar que se hablase mal de alguien como que se le alabase. Cuando se encontraba con gente de poca fe religiosa, hablaba de religión con tremendo fervor, pero entre los devotos su actitud era más bien de irreverencia y sarcasmo. Sus parroquianos consideraban que sus sermones estaban muy llenos de añadidos, muy desarticulados, y que en ocasiones resultaban incluso completamente ininteligibles, y pocas personas hacían esfuerzo alguno para vivir de acuerdo con los preceptos que tales sermones contenían.

—Vagando otra vez —gruñó con su tono quisquilloso, ofreciendo a Bjartur un velocísimo roce de mano cuando pasó precipitadamente junto a él en su ronda por el cuarto. Chupó furiosamente la pipa, y las nubes de humo que se elevaban sobre su cabeza eran como el polvo levantado por los cascos de un caballo.

—No estoy muy seguro de que vagar sea una costumbre en mí —replicó Bjartur—, pero no puedo negar que acabo de toparme con el oficial del alcalde.

—¡Ah, el oficial del alcalde! —bufó el sacerdote, escupiendo desdeñosamente en el cubo de carbón, mientras pasaba rápidamente ante la estufa.

—De modo que me dije que bien podía visitar también al párroco —continuó Bjartur—, para ver cuál de los dos tenía más ansias de libertad.

—¿Libertad? —replicó el cura, e incluso llegó a detenerse, aguzando la mirada que clavó en su interlocutor, como si le exigiese una explicación.

—Sí… quiero decir para los pobres.

—No pretendo libertad alguna, ni para los pobres ni para los ricos —declaró apresuradamente el sacerdote, y partió nuevamente en su recorrido.

—Lo que quiero decir —dijo Bjartur—, es que la diferencia que existe entre el concejo parroquial y yo consiste en que yo siempre he tenido ciertas pretensiones en punto a la libertad. Y los del concejo quieren mantener a todos oprimidos.

—No hay más libertad que la de la única y sola Redención de Nuestro Señor Jesucristo —entonó el cura con el incoloro parloteo de un impaciente vendedor de comercio que explicara a algún insignificante parroquiano que el único material que estaba en venta en la tienda era la lona bautizada con el nombre del maestro de Hesse—. Es como se dice en el libro antiguo —y ofreció una cita en idioma extranjero. Luego preguntó—: ¿Qué es la libertad? Sí, como lo esperaba: ni tú mismo tienes la más mínima noción en ese sentido. Y no es que yo me oponga a que vivas entre los glaciares, puedes quedarte con todos ellos. Como dice en el texto antiguo… —Otra cita en un idioma más ininteligible aún.

—Oh, no pienso discutir con usted acerca del hebreo, su reverencia. Pero, dígase lo que se diga, creo que sé tanto de ovejas como cualquiera y afirmo que sus moruecos han hecho mucho bien en estas regiones.

—Sí, malditos sean —dijo el ministro, acelerando—, mucho bien para aquellos cuyo vientre es su dios y que se enorgullecen de las condenadas bestias.

—Hmm, por lo que recuerdo, en la Biblia la oveja es llamada el cordero del Señor.

—Niego que la oveja fuese llamada el cordero del Señor en la Biblia —replicó el sacerdote con cierto acaloramiento—. No digo que las ovejas no fuesen creadas por Dios, pero niego

absolutamente que Dios muestre más predilección por ellas que por cualquier otro cuadrúpedo. —Un momento de silencio, y luego, con voz llena de amargo reproche:— Buscar ovejas por montañas y desiertos, ¿de qué sirve? ¡Como si esto tuviese algún sentido!

—Bien, para decirle la verdad tal como se me ocurre, su reverencia, supongo que en el fondo, si hablásemos de hombre a hombre, de corazón a corazón, como hermanos, ¿entiende?, quizá descubriríamos que nuestras opiniones acerca de las ovejas no difieren siquiera en la mitad de lo que usted querría que un hombre ignorante como yo lo creyese. Y me gustaría decirle, su reverencia, que lo principal que me ha traído aquí esta noche, cosa en la que he estado pensando y con la que sueño desde hace mucho tiempo, es ver si no podría convencerle de que me vendiese un carnero joven para el otoño. Quizá, si Dios lo permite, podré pagarle en efectivo. Pero, de todos modos, con la ayuda del Todopoderoso, le abonaré por medio de un traspaso a la cuenta que tengo con el comprador, si las cosas van mal.

Bjartur trataba, con todo el cuidado posible, de seguir el curso medio entre el temor a Dios y la adoración a Mammón, a fin de no dejar al sacerdote ninguna posibilidad de ataque. Pero fue inútil. El Reverendo Guðmundur se negó a dejarse embaucar y ponerse de acuerdo con nadie.

—¡Un traspaso! —repitió, malhumorado—. No toleraré traspaso alguno entre Dios y el Diablo. Puedes ir a ver al mayordomo y regatear con él.

—Sí, pero prefiero no hablar con ningún subordinado antes de que la cuestión quede arreglada con usted.

—Si quieres un poco de café —dijo el sacerdote—, será mejor que lo digas ya. Pero no tengo ni una sola gota de aguardiente en la casa, como que Dios es mi testigo.

—Oh, jamás escupí hasta ahora mi café porque no hubiese en él un poco de aguardiente. Muchos infortunados seres han tenido que arreglárselas sin aguardiente antes de hoy, ¿no?

El sacerdote se dirigió a la cocina, para averiguar cuál era la situación en lo referente al café, y, al regresar al cabo de unos momentos, continuó con sus paseos a la misma excesiva velocidad, con la cabeza todavía hundida entre nubes del humo exhalado por

su pipa.

—Aquí no conseguirás otra cosa que las heces, hombre —dijo—, porque jamás pude ver que dedicases siquiera un pensamiento a tu salvación espiritual. Recorres tus propios e indiferentes caminos que te llevan a las cumbres de las montañas, no sólo con perfecta imprevisión, sino, además, con una palmaria dureza de corazón, y luego crees que puedes venir y decirle a un hombre cómo son las cosas.

Una de las elegantes hijas del sacerdote entró trayendo el fragante café en una cafetera de bronce, junto con tazas y platillos de porcelana decorada con figuras japonesas, dos fuentes cubiertas con una variedad de pasteles, todos deliciosos, azúcar y crema. Recordó a Bjartur la última vez que se habían encontrado y demostró que todavía se acordaba de los versos que él compusiera en el verano. Los recitó en su honor, mientras el sacerdote, escuchando con agria desaprobación, mascullaba algo para sí.

—¡Puaf! —exclamó—, cualquier cosa que no pueda ser traducida al latín en el acto es una legítima copla de ciego. ¡Vete, Gunna, no tienes nada de común con este individuo!

En cuanto la joven hubo cerrado la puerta tras de sí, el sacerdote se inclinó y abrió una de las gavetas del escritorio y, tosiendo en las nubes de humo que surgían de su pipa, extrajo una botella de aguardiente llena hasta el gollete. Intensamente encolerizado, vertió así como medio cuartillo de aguardiente en la cafetera y luego llenó ambas tazas con la mezcla. Bjartur no dijo nada, por respeto al cura y admiración hacia el aguardiente. Comenzaron a beber el café. Después de haberse bebido tres tazas, Bjartur estaba sudando.

—¡Bebe, hombre! —exhortó el ministro—. ¿Para qué crees que las mujeres te dan café con este tiempo?

—Ya me he echado tres al coleto, ¿sabe? —dijo Bjartur cortésmente.

—Puede que así sea, pero yo no bebo menos de treinta por día —replicó el sacerdote, y continuó llenando las tazas e incitando al pegujalero a beber, hasta que hubieron tomado seis pocillos cada uno y la cafetera estuvo vacía. Para entonces el sudor le corría a Bjartur por la frente y le chorreaba de las sienes. Contempló pensativamente, durante un rato, las figuras de las tazas y platillos,

y al cabo hizo la siguiente observación:

—No hay nada desaliñado en esas damiselas y sus atavíos —refiriéndose a las japonesas de los pocillos—, y sé que pasará mucho tiempo antes de que las muchachas de las tazas de Casa Estival sepan sonreír con tanta dulzura. Y esto me recuerda, su reverencia —agregó, limpiándose con la manga la transpiración del rostro—, que en estos momentos me encuentro en un grave aprieto: mi esposa, como supongo que la llamará usted desde que bendijo nuestro matrimonio en primavera, murió hace uno o dos días.

—¿Qué? —preguntó el cura con suspicacia—. Por supuesto que no puedo hacer nada por ella si está muerta.

—¡No, por el cielo, ya lo sé! Y no me refería a eso —dijo Bjartur, absolviendo al sacerdote de toda culpa en la cuestión—. Murió, eso es todo, en forma natural, probablemente por pérdida de sangre, y sé perfectamente cómo ocurrió. Pero qué fue de Gullbrá, una magnífica cordera de un año, de la raza de usted, que yo había amarrado este otoño en el fondo de mi campo, durante el primer rodeo (la dejé con mi difunta esposa, ¿entiende?)… bien, es algo que no puedo comprender de ningún modo.

—No sé nada de eso —repuso fríamente el sacerdote—. No soy ladrón de ovejas. Niego haber tenido participación alguna en esas cosas.

—Lo que quiero decir —explicó Bjartur razonablemente— es que será preciso tomar alguna disposición, por lo menos por lo que respecta a mi esposa.

—Puedo proporcionarte, mientras esperas, otra mujer, una mujer espléndida, dócil como una monja y sumamente obediente. Pero la acompaña una vieja, una arpía decrépita, de modo que ya sabrás lo que te espera… Conoce de memoria todos los salmos del libro de Víóey.

—Muy bien; pero se me ocurrió que podría pedirle que previamente enterrara a ésa —contestó Bjartur cortésmente.

—¡Oh, Dios, aborrezco incluso la idea de tener que enterrar a la gente!

—Sí, pero lo que usted no advierte es que no puedo tener a nadie en la casa durante tanto tiempo como el que hace que ella está allí. No se imagina cuan tonta es la gente en la actualidad. Y

supersticiosa.

—Será mejor que la metas temporalmente en una tumba, hasta la primavera. No tengo ninguna intención de recorrer las montañas a mi edad; hace años ya que soy un hombre gastado, enfermo de los pulmones por naturaleza y probablemente con un cáncer en el hígado. Por otra parte, nada se sabe de cómo murió esa mujer tuya. Vosotros, montañeses del demonio, siempre podéis sacaros la cosa de encima diciendo que os encontrabais en el desierto, buscando animales extraviados, cuando mueren vuestras esposas. Pero las mujeres, por lo que sé, necesitan tantos cuidados como las ovejas. Y no me resultaría muy difícil probar una o dos cosillas en lo que se refiere a la muerte de muchos, muchos hombres y mujeres, en esta región, desde que llegué aquí, hace treinta años, angustiado y torturado por la duda… y por cierto que las probaría, si no fuese porque amo a mis feligreses y estoy demasiado viejo y débil como para importunar a una administración corrupta, a la que ni siquiera el pillaje, los incendios intencionales y los asesinatos pueden impulsar a actuar.

—Oh, creo que ha dado usted la extremaunción a muchos que murieron en forma más extraña que Rosa.

—Sí —suspiró melancólicamente el cura—. Supongo que no soy más que un viejo desamparado y desdichado, mortalmente enfermo.

—Lo único que le pido es que se haga un viaje hasta Rauðsmýri, el primer sábado, si el tiempo está bueno.

—La pala que tenemos en la iglesia está rota, que Dios me ampare —dijo el cura, interponiendo todos los obstáculos que le era posible—. No puedo comprometerme a nada con respecto a la muerte, el juicio final y la vida futura de cualquiera cuyas honras postreras sean ejecutadas con la ayuda de una herramienta tan vieja y horrible. Y además, es seguro que me exigirás que pronuncie un sermón, pero quiero anticiparte, de una vez por todas, que no veo qué sentido hay en hacer un discurso ante un cadáver con este tiempo. De cualquier modo no se obtiene nada con ello.

—No es necesario que sea un discurso largo.

—¿No podrá hacerlo la mujer de Rauðsmýri? Ya le hizo uno a Rosa, la primavera pasada. ¿Por qué no puede hacérselo este otoño?

—Bueno, honradamente, no tengo inconveniente en decirle a

cualquiera —declaró Bjartur— que siento muy poca confianza en los discursos que pueda hacer la gente de Rauðsmýri. Y resultaría fácil convencerme de que las cosas habrían salido mucho mejor si hubiera sido usted, y no ella, quien pronunciara el sermón en la boda, aunque, para ser perfectamente franco, no tengo en general ninguna confianza hacia los discursos, ya sean para una cosa o para otra, y menos que nada hacia los discursos largos.

—Si llego a pronunciar alguno —dijo secamente el cura—, será largo. Porque, una vez que uno comienza no hay fin para lo que es necesario decir, vista la forma que la gente se conduce hoy día entre sí y con respecto a la parroquia.

—En realidad todo depende de cómo se mire —comentó Bjartur —. Algunos piensan que cuando menos se diga, tanto mejor. Pero lo que no necesitará discusión es el tema del discurso. Poco me importa que sea largo, siempre que no contenga nada objetable. Lo principal es que el discurso para la persona adecuada sea pronunciado en el lugar apropiado por la autoridad correcta; de lo contrario se le quejan a uno y sugieren que quizás uno no puede permitirse que le pronuncien discursos, pero ésa es una mancha que jamás caerá sobre mí mientras pueda considerarme un hombre independiente. Mi esposa es una mujer independiente.

—¿Y cuánto te parece que puedes pagar por un discurso?

—Bien, ésa es, por cierto, una de las cosas que quería discutir. En rigor pienso que usted me debe un discurso desde la primavera pasada, y creo que sería mejor que me lo diera ahora. No mejorará mucho en su calidad con que se lo guarde.

—No —respondió el ministro con tono decidido—. No pronunciaré sermón alguno sobre el cadáver de una mujer que vive en matrimonio durante un solo verano y luego se muere. Puedes considerarte afortunado si no hago que se investigue el caso. Siempre habrá medios y recursos para que tengas gratuitamente tu próximo sermón matrimonial, pero cambiar un sermón de bodas por uno funerario es un tipo de transacción con el que no quiero tener nada que ver.

—Me imagino, su reverencia —dijo el agricultor—, que una investigación más amplia podría demostrar que tengo derecho legal al sermón. Incluso aunque ella no haya cumplido los treinta años,

era mi esposa, una buena esposa, una esposa cristiana.

—De modo que era cristiana, ¿eh? —preguntó airadamente el sacerdote, porque no podía soportar que se alabase a nadie.

—Bien —repuso Bjartur, preparándose a ceder en uno o dos puntos, en interés a la armonía—, quizá debería decir que fue una cristiana a su modo. Pero todo con moderación, ¿me entiende?

—Sería una sorpresa para mí, permíteme que te lo diga, si la gente de estas partes se hiciera repentinamente cristiana —exclamó el sacerdote, furioso—. En Rangárvellir había cristianos, lo concedo. Había allí un santo y un profeta en cada granja, pero hace treinta años que vivo aquí en el exilio y jamás me he cruzado con un verdadero cristiano o un verdadero arrepentimiento ante Dios, de cualquier forma o color que fuese; sólo me topé con crímenes monstruosos, catorce asesinatos y abandonos de niños, aparte de todos los abortos cometidos.

—Esas son cosas de las que no sé nada —contestó Bjartur—, pero sí sé que mi esposa era una buena mujer que en lo hondo de su corazón debe haber creído en Dios y en la humanidad, aunque no lo proclamase desde los tejados de las casas. Y si piensa decir algo, preferiría que hablase bien de ella y no mal, porque yo sentí una gran admiración hacia la mujer.

El tacto del cura le impedía discutir este elogio hecho a una mujer sencilla, poco distinguida, que había vivido un solo verano para morir después. Pero señaló el retrato de la princesa Augusta con un aire de amonestación que era mucho más expresivo, y dijo:

—Si quieres ver la imagen de una mujer que fue ejemplo para las demás, como princesa, como esposa y como ser humano, ahí la tienes. No os haría daño alguno el recordarlo, viles gusanos que siempre os habéis considerado bastante buenos como para humillar la piojosa cabeza ante la gracia del Espíritu Santo, aunque estáis más bajos en la comunidad que cualquiera de las ovejas que matáis de hambre y de modorra todas las primaveras que Dios nos concede. Pero a los hijos del rey Cristian los despertaban y aguantaban hasta que el propio capellán de la corte vomitaba casi de hambre. ¿Qué te parece eso?

Bjartur no pudo ya contener la risa.

—¡Jajajá, jajajá! —rugió—. Era muy parecido al caso de ese

perro de Rauðsmýri, entonces, el que no podía mantenerse lejos de la carne de caballo, hace uno o dos años.

—¿Eh? —preguntó el Reverendo Gudmundur con suma seriedad, deteniéndose en mitad de la habitación, con la boca abierta de perplejidad y las cejas enarcadas de asombro.

—Pues fue así —dijo Bjartur—. Había en Myri un muchacho que provenía de la ciudad, un individuo tonto y un tanto peligroso, y se le metió en la cabeza trabar amistad con todos los perros y sacárselos con añagazas a sus verdaderos amos —entre ellos se contaba mi perra. Siempre me han gustado mucho los perros y ella era una perrita magnífica, inteligente y digna de confianza. ¡Jajajá, jajajá!

—No entiendo —chasqueó el sacerdote, todavía inmóvil.

—No creí que entendiera —declaró Bjartur riendo—. Yo tampoco lo entendía hasta que el animal comenzó a vomitar trozos de carne de caballo tan grandes como ese puño de usted, hombre. Si el joven idiota no hubiese empleado la misma treta durante todo el invierno, robar carne de caballo de la cocina para atraer a los perros…

—Vaya, ya no puedo aguantar más estas cosas —dijo el sacerdote—. Por el cielo, vete.

—Sí, su reverencia —dijo Bjartur con sobriedad—. Nadie puede dominar sus pensamientos. Supongo que no hace daño ninguno. Y le agradezco sinceramente por el café. Es uno de los mejores cafés que he bebido en mucho tiempo. Y podemos confiar mutuamente en cuanto al joven morueco que tendré en otoño, y la otra cuestión.

—Es de esperar que yo esté muerto antes de la primavera —dijo el cura piadosamente—, muerto, muerto para no ver más a esta monstruosa gentuza. Adiós.

Pero Bjartur no se sentía en modo alguno dispuesto a partir en ese momento. Continuó aferrado al sacerdote, tanteando esto y aquello, hasta que finalmente cobró valor y dijo:

—De paso, Reverendo Guðmundur, ¿no le oí decir algo acerca de una mujer, o más bien de dos mujeres, hace un momento?

—Vaya, ¿qué quieres decir? —preguntó el ministro quisquillosamente—. ¿Las quieres? No pienses que estoy ansioso de librarme de ellas.

—¿Quiénes son?

—Sólo Dios, en su infinita piedad, las mantiene. Las traje de Sandgilsheiói, en mi propio caballo de carga; son de mi propia parroquia. El padre de la familia murió de una enfermedad interna, y lo único que tenían era diecisiete ovejas de mísero aspecto, unas cuantas herramientas rotas y un par de yeguas de veinticinco años, que me entregaron como contribución a su manutención cuando vinieron aquí en otoño, que Dios me ayude. Están, por supuesto, completamente postradas por la pena. El viejo cultivó la tierra durante cuarenta años y no logró ahorrar ni un céntimo, tan espantosa era la granja.

—¿Sí? —dijo Bjartur—. De modo que son dueñas de algún terreno…

—Ya lo creo que son dueñas de tierras —declaró el sacerdote. Y luego, corriendo hacia la puerta, la abrió y gritó—: ¡Tráiganme a Finna y la vieja Hallbera, inmediatamente! ¡Hay aquí un hombre que quiere llevárselas!

Pasaron unos minutos y luego se introdujo por la puerta a una pareja de mujeres, la madre tejiendo, con un casquete castaño en la cabeza; de una verruga que tenía en la barbilla le salían unos pelos. Era tan cariagria como cualquiera que haya estado encerrado consigo mismo durante sesenta años, o más. No levantó la cabeza; miraba su tejido con ojos parpadeantes, la cabeza inclinada. Su hija, una mujer cercana a los cuarenta años de edad, de figura torpe, especialmente de cintura para abajo, compensaba con su expectación levemente sonriente lo que le faltaba a su madre de ternura. Se detuvieron, codo a codo, a no más de un palmo de distancia del umbral, haciendo imposible que nadie cerrase la puerta tras ellas. La anciana continuaba tejiendo; la hija miró a los hombres con ojos enormes que lo esperaban todo. Tenía en la mejilla la marca purpúrea de un viejo sabañón, una palpitación visible.

—He aquí a un caballero que nos aliviará a todos de una pesada carga —dijo el sacerdote—. Tiene la intención de llevaros a casa consigo. Su esposa yace en su féretro, que Dios me ampare, y él está completamente postrado por la pena.

—Sí, lo sé, pobre hombre —masculló la anciana a sus agujas, sin

levantar la vista. Su hija miró al desdichado caballero con ojos llenos de cordial simpatía.

—¡Pero si son las mujeres de Uróarsel, la viuda de Eórarinn y su hija! —exclamó Bjartur, ofreciéndoles la mano en salutación y agradeciéndoles desde el fondo de su corazón por su antigua hospitalidad. Había pasado una noche con ellos, un otoño, hacía cuatro o cinco años, cuando se encontraba buscando algunas ovejas extraviadas del alcalde, y no por primera vez, por cierto. Sí, recordaba perfectamente a Itórarinn: un genio. Nadie podía curar como él a una oveja infectada… Prefería que a su familia le faltase café y azúcar antes de que sus ovejas no tuviesen su tabaco para mascar.

—¿No tenía acaso la oreja derecha ladeada y la izquierda perforada y con dos muescas? ¿Sí? —Bjartur había acertado de lleno—. ¿Y no tenía también un perro de pelo color arena, un animal maravilloso que podía ver en la oscuridad mejor que la mayoría de los demás perros a la luz del día? Maldito sea si no tenía doble vista. No todos son tan afortunados como para poseer un perro así, puedo asegurárselo.

Todo eso resultó ser cierto. Firma resplandecía de gratitud ante la amable condescendencia que estaba implícita en la tenacidad de la memoria del antiguo huésped. Ella misma recordaba, como si fuese ayer, la ocasión en que él pasó la noche en Uróarsel, nada más y nada menos que el pastor de Útirauðsmyri en persona. La gente no iba a menudo a pasar la noche, y pocas veces llegaba alguien de las granjas más lejanas. En rigor, madre e hija, en susurros, decidieron que no sería tan fácil atender a un hombre que venía de la Casa Grande, un hombre que seguramente no estaba acostumbrado a otra cosa que no fuese lo mejor: ¿qué debían hacer? Hallbera sugirió hornear pastelillos a la brasa, pero su hija dijo:

—No, él no soñaría siquiera en permitir que una cosa horneada sobre la turba desnuda le pasase por los labios… un hombre de Utirauðsmyri… No te habrás olvidado de eso, ¿eh madre?

Pero la vieja dijo que hacía tiempo que se había olvidado de todo. Ya no recordaba nada del pasado ni del presente, aparte de sus días de juventud y de algunos versículos sacros; estaba hecha una ruina tan espantosa… y si no hubiese sido por el buen cura, que

se apiadó de ellas cuando la mano del Todopoderoso consideró necesario arrebatarles al pobre Pórarinn…

—¿No te estoy diciendo que el hombre quiere llevaros? —interrumpió el sacerdote, impaciente—. Estaréis bien con él. La primavera pasada comenzó a trabajar en la granja de esa maravillosa propiedad que tiene, y es una especie de progresista moderno, con puntos de vista definidos en cuanto a ese desierto que florecerá como una rosa, del que siempre escriben en los periódicos de Reykjavik y que siempre es objeto de votaciones en el Parlamento.

—Oh, yo no me preocupo gran cosa de lo que escriben los periódicos de Reykjavik —afirmó Bjartur—. Pero sostengo de todos modos, que hay en la Casa Estival un gran futuro para los que valoran la libertad y todo lo demás y quieren ser hombres independientes.

Y entonces la anciana dijo con voz temblona, tenue:

—En mis tiempos no se hubiera considerado tan natural la muerte de tu esposa, Bjartur, mi buen hombre. Y ese redil de ovejas que tienes goza de una extraña reputación, según todo lo que he oído.

—¡Bah! —bufó el sacerdote en colérico desacuerdo—. También Uróarsel hervía de toda clase de fantasmas. En dos ocasiones extravié el camino allí, en el páramo, y las dos veces a la luz del día y en mitad del verano, que Dios me perdone.

—Una o dos personas de las casas fueron visitadas por duendes de tanto en tanto —convino la anciana—, pero nuestros vecinos de los páramos fueron buenos vecinos durante los cuarenta años que vivimos allí, y a menudo nos prestaron gran ayuda.

—Mamá quiere decir que nuestra casa jamás fue visitada por fantasmas, salvo cuando venían ciertas personas —explicó la hija—. Pero teníamos buenos amigos en los páramos y a menudo nos prestaron gran ayuda.

—Me niego a hablar de nadie cuyo nombre no esté inscrito en el registro de la parroquia —expresó el sacerdote.

—Sea como fuere, hemos recibido de ellas muchas buenas tazas de café, en sueños —dijo la hija—. Y siempre fueron sumamente liberales con el azúcar.

—Hmm, sí, muchas veces comimos bien gracias a ellos —confirmó reverentemente la anciana.

El cura recorrió la habitación, bufando de desaprobación, pero Bjartur declaró que nunca había negado que hubiese muchas cosas extrañas en la naturaleza.

—Entiendo que no es un error creer en elfos, aun cuando sus nombres no figuren en el registro parroquial —dijo—. No hace daño alguno a nadie; sí, e incluso le hace a veces mucho bien a uno. Pero creer en fantasmas y espíritus… eso afirmo que no es otra cosa que los restos del papismo y que es poco correcto que un cristiano le conceda siquiera el más insignificante pensamiento.

Hizo lo imposible para convencer a las mujeres de que aceptaran sus puntos de vista acerca de la cuestión.

21. Sepultureros

La mañana del domingo los sepultureros llegaron caminando pesadamente a través de los marjales, con sus perros. Eran cuatro, todos viejos conocidos: el rey del rodeo; Einar, el poeta de Undirhíð. Luego Ólafur de Ystadalur, amigo de lo increíble, y finalmente el padre de la difunta, el viejo Þórður de Nióurkot. No caminaban en grupo, sino a gran distancia unos de otros, como hombres que han partido en viajes propios, rumbo a un punto que no tenía nada que ver con los demás. El rey del rodeo llegó el primero, y los otros entraron tras él, uno a uno, Þórður de Nióurkot el último. Llevaban todos sus ropas domingueras, con los calcetines sobre las perneras de los pantalones.

Bjartur no era de los que conservan una pena; dio la bienvenida a sus huéspedes en forma regia.

—Entren en el palacio, muchachos —gritó—. Hoy hace un frío que corta; pero consuélense: las mujeres han puesto el caldero al fuego.

Los visitantes sacaron los cuchillos y comenzaron a raspar la nieve de sus vestimentas. Había sido una caminata trabajosa, dijeron, el suelo estaba duro por encima, blando por debajo, resbaladizo. El anciano, gruñendo y con movimientos desganados, se sentó cuidadosamente en el umbral; las articulaciones le crujieron como si estuviese a punto de hacerse pedazos. Parecía todo encogido en sí mismo; tenía el rostro azul, escarcha en los jirones de barba, los párpados y comisuras de los ojos inflamados y el iris incoloro de vejez. El ataúd descansaba sobre el césped recién cortado de los corrales de las ovejas, decorado con vellones de lana que por casualidad se habían adherido a las tablas embreadas cuando las ovejas salieron a mediodía a beber un trago en un agujero abierto en la superficie del arroyo helado. El anciano tocó

el ataúd aquí y allá con sus manos sarmentosas, como para probar su resistencia… ¿o serían ésas sus caricias? Cuidadosamente, con un sentido innato de la pulcritud, arrancó algunos de los vellones pegados a la madera. Esa parte exterior del establo estaba reservada a las ovejas; la interior se hallaba dividida en corral para los borregos y un compartimiento para el caballo. El olor de la orina del caballo dominaba a todos los demás olores del establo, porque el desagüe no funcionaba bien.

Las dos mujeres prestadas por Rauðsmýri estaban ocupadas arriba, con la niña y el fuego. Habían dejado limpios el techo y el piso a fuerza de frotar. Los hombres dejaron sus perros afuera, como demostración de su respeto hacia la muerta, pero, por lo demás, su comportamiento fue, más o menos, el de costumbre, ya que no se permitía que obstáculo alguno coartase sus discusiones acerca del tiempo, que melindres de ninguna clase deformasen el estado de ánimo que era sagrado para encarar ese tópico. Los cuernos de rapé dieron la vuelta. Einar de Undirhlíð entregó a Bjartur la habitual elegía, escrita en un mugriento trozo de papel, y Bjartur contempló la leyenda con rostro torcido en una mueca, desconfiando por anticipado del tenor de la poesía de su amigo; luego la metió con indiferencia debajo de una viga. El anciano de Nióurkot se secó la humedad de los ojos con un pañuelo manchado de rapé. Cuando los concurrentes decidieron que el viento parecía asentarse para soplar definitivamente desde el sudoeste, Þórður opinó que seguiría así durante todo el invierno. Esa fue su única contribución a la conversación, porque había llegado a la edad en que se comienza a perder toda la confianza en el tiempo, y en verdad ya le quedaba muy poco en el mundo, aparte de la cabaña del molino, junto al arroyuelo. Y no es que sintiese amargura hacia nadie, sino que le resultaba difícil hablar. Cada vez que abría la boca para decir algo era como si una cosa le aferrase súbitamente de la garganta. Parecía como que en cualquier momento estuviese a punto de romper a reír. Algo de idiota se asomaba a sus facciones, una disolución, como si la cara se le resquebrajara desde adentro y fuese a hacerse pedazos al más pequeño esfuerzo… incluso el de hacer la observación más trivial en punto al tiempo.

Ólafur de Ystadalur declaró que un invierno con escarcha era

fácil de entender después de un verano lluvioso: lo húmedo y lo seco deben equilibrarse en la naturaleza.

El rey del rodeo consideró que, puesto que el tiempo riguroso había comenzado tan temprano, seguramente el deshielo llegaría antes de Navidad y entonces gozaría de un largo período de buen tiempo, como, por ejemplo, el invierno de hacía seis años. En general, opinaba que no sería peor que un invierno bueno y dijo que, ciertamente, no había motivos para desesperar, aunque mostrase sus garras desde muy temprano.

Einar de Undirhlíð dijo que, en conjunto, sus profecías se basaban en la intuición y los sueños, y que tenía la sensación, a pesar de lo que había afirmado el rey del rodeo, de que sería un invierno severo y que lo mejor era que no se mostrasen demasiado generosos con el heno. Pero estaba seguro de que tendrían una espléndida primavera, porque en un sueño vio, a gran distancia de él, a una hermosa joven del sur.

—Bueno, personalmente no he tenido nunca mucha fe en esos sueños de mujeres —dijo Bjartur, negándose a ser contaminado con un optimismo mal fundado—. Muy poco puedes confiar en ellas cuando estás despierto, benditas sean, y menos aún cuando estás dormido.

—Pero la verdad es que, si uno pudiese interpretar los sueños, descubriría que aquellos en los cuales aparecen mujeres son tan dignos de confianza como cualquier otro —protestó Einar.

—Tienes razón —interrumpió el ama de llaves acaloradamente —. Por supuesto que son dignos de confianza. Y él tendría que avergonzarse de sí mismo, de hablar como habla, visto que su esposa está ahí.

—Olvidémonos entonces de los sueños por el momento —sugirió el rey del rodeo, que siempre estaba dispuesto a actuar de mediador entre esos dos notables poetas—. Bueno, para volver a la conversación que sosteníamos a principios del otoño, quiero que todos sepan, mientras me acuerdo de ello, que acabo de recibir una nueva medicina del doctor Finsen. Le transmití las quejas presentadas por varios de nuestros notables locales, la tuya entre ellas, Bjartur, y él escribió pidiendo un preparado absolutamente especial para nosotros. Y de acuerdo con lo que me dijo él mismo,

los fabricantes garantizan que, sin ninguna duda, limpiará por completo a los perros, no sólo en lo que concierne a las lombrices solitarias, sino también en cuanto a la sangre y los nervios de todo el cuerpo.

Todos dijeron que no venía con mucho adelanto; el zorro era una maldición y la lombriz solitaria resultaba mucho peor aún. Todos ellos tenían la misma historia que relatar acerca de sus perros, infestados cada uno de los animales. Los hombres y las bestias están en peligro. Exigieron que el rey del rodeo asestara un golpe decisivo.

—Naturalmente —dijo él—, y todos recibirán de mí, tan pronto como sea posible, la circular anual que habla de la cuestión. Mi idea era efectuar el tratamiento más o menos por la fecha de las elecciones parlamentarias, de modo que todos vosotros pudieseis llevaros los perros al ir a votar y así matar dos pájaros de un viaje. Es una ayuda para el pequeño agricultor, que no tiene nadie que le ayude, el poder hacer un solo viaje.

—¿Qué fue del ayudante de veterinario de perros? —preguntó Olafur de Ystadalur, quien, quizá como muchos otros, había soñado con un poco de comida y honores relacionados con el asunto—. ¿No dijiste en el otoño que el alcalde tenía casi la intención de nombrar a alguien ayudante de distrito?

—Sí, pero previamente es preciso tener en cuenta una o dos cosas —repuso el rey el rodeo con cierta gravedad—. Éstos son tiempos difíciles, ¿sabes?, y el distrito no está en situación de aumentar sus gastos en gran medida. Y, por otra parte, bueno, yo siempre he sido de opinión que nombrar a un ayudante aquí, en la pedanía, donde se supone que soy yo quien cumple con esas obligaciones, sería como emitir un voto de desconfianza, no sólo contra mí y el doctor Finsen, sino también contra el Gobierno, porque es el Gobierno quien proporciona la medicina. Ahora que, por lo demás, me sentiría sumamente complacido en renunciar en cualquier momento. Y eso fue lo que le dije al alcalde: que, o le entregaba mi renuncia, o trabajaba bajo mi propia responsabilidad.

—Bien, es lo que yo siempre he dicho —declaró Olafur cuya desilusión no era tan grande—. Si la medicina hubiese sido científica desde el comienzo, entonces los perros no estarían

constipados.

—Como dije anteriormente —replicó el rey del rodeo—, son las autoridades quienes proporcionan las medicinas.

(«Oh, las autoridades jamás te engañan», interpuso el anciano de Nióurkot, lleno de confianza gratuita).

—Muy cierto —convino el rey del rodeo—. Por mi parte considero que el gobierno que hemos tenido en el país durante los últimos años ha servido bien al pueblo. Y en la persona del doctor tenemos a un caballero altamente patriótico que puede representar a nuestro distrito electoral, a un hombre que ha estado siempre dispuesto a hacer todo lo posible por nosotros, como médico, como hombre y como miembro del Alpingi.

Hubo un rato de silencio, y los pegujaleros, sintiendo que la conversación bordeaba lo político, se estudiaron pensativamente las anchas y callosas palmas de las manos.

—No me sorprendería que algunas personas contemplasen al doctor con mirada un tanto distinta —observó Einar de Undirhlíð al cabo—. Y una cosa es cierta: los que no comercian con el comprador de Fjóróur no votarán por el candidato nombrado en Fjóróur.

—Sí, creo que todos conocemos a nuestro buen alcalde —dijo Bjartur—. Si el gobierno estuviese en venta, él lo compraría y luego trataría de venderlo con un porcentaje de ganancia, si alguien era tan tonto como para comprárselo.

(El ama de casa, mascullando para sí frente a la cocina: «Es vergonzoso escuchar la forma en que habla de su benefactor y hasta, podría decirse, de su padre adoptivo. No es extraño que la desdicha persiga a una persona así.»).

Resulta evidente que las opiniones políticas de Einar no eran las más sanas, de modo que el rey del rodeo, con espíritu de colaboración, se impuso la tarea de demostrarle dónde se equivocaba.

—No supongo, por ejemplo, Einar —dijo—, que alguna vez hayas recibido una cuenta de Finsen por todas las medicinas que dio a tu pobre madre hace unos años.

Einar no pudo negar que todavía se las adeudaba al médico… unas doscientas botellas de la medicina.

—Sí, no se necesita mucho medicamento para sumar el precio de una vaca —observó el rey del rodeo.

Esto silenció a Einar de Undirhlíð por un momento, porque sabía que los otros debían estar enterados del hecho de que había hipotecado la vaca y la mitad de su majada para pagar una deuda que tenía pendiente con el alcalde de Útirauðsmyri. Pero finalmente agregó que una vaca es una vaca, una medicina es una medicina, un gobierno es un gobierno, y que en realidad estaba pensando en quedarse en casa durante las próximas elecciones.

Pero cada vez que la conversación versaba sobre política, Ólafur de Ystadalur tenía tendencia a dejar que su atención vagara por cualquier parte, porque sus intereses estaban en otras direcciones. La chiquilla se había despertado y ahora lloraba, de modo que el ama de casa abandonó lo que estaba haciendo para atenderla. Ólafur era de los que siempre se maravillan ante esas criaturitas humanas —si pueden ser llamadas criaturas— que vienen al mundo para reemplazar a los que desaparecen.

—Es maravilloso, ¿saben?, cuando se piensa en ello. He aquí que un nuevo cuerpo y una nueva alma hacen repentinamente su aparición. ¿Y de dónde vienen, y por qué vienen continuamente? Sí, yo mismo me he formulado la pregunta muchas veces, de día y de noche. Como si no hubiera sido mucho más natural dejar que las mismas personas vivieran continuamente en el mundo. Entonces habría existido al menos alguna probabilidad de que la gente ordinaria como vosotros y yo nos abriéramos paso hasta alcanzar finalmente una posición cómoda.

Pero incluso el ama de llaves no se encontraba en condiciones de resolver el problema, o no quería hacerlo. Por lo que Olafur de Ystadalur continuó diciendo:

—Lo que más me extraña en estos mequetrefes es, sin embargo, lo siguiente: que se dice que ha sido demostrado que los chiquillos recién nacidos pueden nadar por su propia voluntad, si se les pone en el agua. ¿Lo has intentado alguna vez, Guóny?

No, Guóny jamás lo había intentado y aconsejó secamente a Olafur que no lo divulgase demasiado, si alguna vez pensaba probarlo con sus propios hijos… Porque un experimento así podía ser interpretado de distintos modos.

Olafur dijo que no había peligro de ello, porque él pertenecía al tipo de los que no se entremeten demasiado con los bebés recién nacidos.

—Pero —añadió— a veces he tenido ocasión de eliminar a algunos cachorros recién nacidos, y puedo decirte de ellos algo profundamente interesante. Les he cortado la cabeza junto a la orilla del río, en casa, con la navaja, ¿sabes?, y luego arrojado el cuerpo al agua. Y ahora quisiera hacerte una pregunta. ¿Qué te parece que hacen los cuerpos? ¿Crees que nadan o piensas que se hunden?

Esta pregunta apartó el pensamiento de la concurrencia de las cuestiones políticas y del dilema que los dos candidatos, el de Fjóróur y el de Vík, imponían a los turbados electores. Las mujeres pensaron que, naturalmente, los cuerpos de los cachorros se hundían; Einar opinó que era concebible que flotaran en la superficie, en tanto que el rey del rodeo sostuvo que se mantenían entre dos aguas.

—¡Nooo! —exclamó Ólafur triunfalmente, orgulloso de haber apartado el interés de todos para dirigirlo hacia vías científicas—. Nadan. Nadan ni más ni menos que como cualquier perro crecido que esté completo. Con cabeza y todo, y esto es tan cierto como que estoy sentado aquí.

Pero en ese momento llegó el café y puso fin a una instructiva discusión acerca de los fenómenos más extraños de la naturaleza. Era un buen café; nadie tenía por qué avergonzarse de un café como ése, por alta que fuese su posición en la escala social. Un café así le hacía sudar a uno como un caballo. Bebed, muchachos, bebed. Y había también para acompañar al café, encantadores pastelillos, gruesas tajadas de torta de Navidad con enormes uvas pasas; gordos buñuelos y tortitas de sartén cargadas de azúcar. Coman, muchachos, coman. Gozosamente se lanzaron sobre los exquisitos bocados; al diablo con las opiniones y los intereses personales. Bebieron taza tras taza, sin producir otro ruido que el de tragar y el de masticar y el ganguear de narices cargadas de rapé.

—Puede pasar mucho tiempo antes de que os invite a otra fiesta —dijo Bjartur de la Casa Estival.

Finalmente todos estuvieron hartos y se limpiaron la boca con la

manga y el dorso de la mano. Luego se produjo un silencio. Era el silencio de la ocasión, el silencio que, más tarde o más temprano, debía hacerse en todo funeral, quebrado de tanto en tanto por un religioso carraspeo y acompañado por una mirada inexpresiva.

—¿Has pensado en hacer alguna ceremonia aquí, en la casa?

—No —respondió Bjartur—. No pude convencer a ese mulo que tenemos por sacerdote para que se arrastrara hasta el valle, y todo por sus malditos caprichos. Y no es que signifique una gran diferencia.

—Quizá su madre habría querido que cantásemos algo bonito mientras la sacamos —dijo el anciano con tono de disculpa—… De modo que he traído conmigo los Himnos de la Pasión.

—¡Pero hombre! ¿Qué agregará eso de útil? —preguntó Bjartur.

—Era nuestra propia hija, nuestra hija cristiana —dijo el anciano, abatido.

Cuando Bjartur vio cuan decidido estaba, le permitió que se saliera con la suya.

Blesi estaba ensillada, amarrada a la jamba de la puerta. Era un caballo pesado, de cabeza grande, que de tanto en tanto fruncía el labio inferior, como si hablara consigo mismo, y movía las orejas por turno, con los acontecimientos de la casa reflejados en su mirada sensible, introspectiva. La perra gimió, estremeciéndose detrás de la escalera, con la cola entre las piernas y sin hacer fiestas a nadie.

La mayoría de las ovejas habían vuelto a la granja desde el arroyuelo. Unas cuantas entraron en la casa, pasando junto al caballo y, después de husmear los establos, lanzaron un desilusionado balido, porque no estaban ahitas. Más y más animales llegaron y se encontraron con la misma desilusión. Otros se apiñaban en la puerta o hacían frente desafiantes a los perros de los visitantes. Contribuyeron a dar al funeral la sensación de que había una abundante concurrencia y mucha simpatía, y aumentaron el calor que es tan apreciado en días como ésos en medio de la nieve congelada de los marjales, en los altos páramos cubiertos de glaciares. Los hombres se habían dispuesto en torno del ataúd. El anciano Pórður de Nióurkot quitó el pañuelo que envolvía el volumen de su esposa de los Himnos de la Pasión, de Hallgrímur

Pétursson, y comenzó a buscar la página que había marcado doblando una esquina.

—¿No quiere comenzar alguien que tenga buena voz?

El libro fue pasado de mano en mano, pero parecía que nadie conocía la melodía. Pocas veces iban a la iglesia y hacía mucho tiempo ya que se habían olvidado de la música de los himnos. De modo que el anciano volvió a tomar el libro y comenzó a tratar de llegar a la nota inicial. Una oveja le miró y lanzó un potente balido.

Luego el anciano comenzó a cantar a su adorada. Cantó de cuando el Redentor es llevado, himno veinticinco. «Tantas heridas que pueda yo descansar en paz». Se lo sabía de memoria, sin necesidad de mirar el libro, pero su voz era monótona y ronca y no podía entonar una melodía definida. Incluso los hombres que le rodeaban sintieron que no cantaba bien.

Y lo ángeles del Señor dirán: ved ahora este hombre.

El caballo levantó las orejas y resopló. La perra lanzó, una y otra vez, un aullido lamentable, como si alguien estuviera torturándola, y las ovejas continuaron balando, como una larga procesión, tanto dentro como fuera de la casa, porque no se les había dado el pienso. Eóráur cantó el último verso en un chillido sin entonación «En verdad eres el Hijo de Dios» y las lágrimas corrieron interminablemente por debajo de los inflamados párpados y cayeron en la rala barba. También su pronunciación era trabajosa y ceceante, debido a los dientes que le faltaban. A veces su canción no era más que un débil temblor de la garganta y las mandíbulas. Era como cualquier chiquillo mudo que ha llorado mucho tiempo. Luego hubo un silencio.

—¿No sería mejor decir el Padrenuestro?

El rey del rodeo tomó al anciano del brazo, para que no se cayera, y murmuró:

—Guóny quiere saber si no sería mejor decir el Padrenuestro.

De modo que el viejo lloriqueó el Padrenuestro, sin dejar de temblar, sin levantar la cabeza, sin quitarse el pañuelo de los ojos. Más de la mitad de las palabras quedaban ahogadas en sus sollozos; no era fácil distinguir lo que decía: Padre Nuestro que estás en los cielos, sí, tan infinitamente lejos que nadie sabe dónde estás, casi en ninguna parte, danos hoy unas migajas para comer en nombre de

Tu Gloria y perdónanos que no podamos pagar al comprador y a nuestros acreedores y no dejes, sobre todo, que sintamos la tentación de ser felices, porque Tuyo es el Reino…

Quizá resultara difícil hallar un lugar tan bien escogido para pronunciar esa atrayente oración; parecía que el Redentor la hubiese escrito para la ocasión. Permanecieron todos con la cabeza inclinada, todos menos Bjartur, que jamás aceptaría humillar la cabeza ante una oración sin rima. Luego sacaron afuera el ataúd. Lo pusieron sobre el caballo, lo ataron a la silla y apoyaron todos una mano sobre él para estabilizarlo.

—¿Se ha hablado ya al caballo? —preguntó el anciano. Y como no se le había hablado, tomó una oreja del animal en cada mano y susurró en ellas, de acuerdo con la antigua costumbre, porque los caballos entienden esas cosas—: Hoy llevas un cadáver. Hoy llevas un cadáver.

Y luego la procesión partió.

El rey del rodeo caminaba en vanguardia, manteniéndose tanto como le era posible dentro de las partes de terreno limpias de nieve, para que hubiera menos peligro de accidentes. Einar de Undirhlíð conducía al caballo; Ólafur y Bjartur caminaban uno a cada extremo del ataúd y el anciano cojeaba cerrando la marcha, con su bastón y sus enormes mitones de pulgares que le iban grandes.

Las mujeres se quedaron en la puerta con rostros hinchados por las lágrimas, contemplando la procesión que desaparecía en los remolinos de nieve.

22. Ráfagas de nieve

La marcha resultaba lenta en la montaña, porque a veces era difícil encontrar una senda expedita, por lejos que se desviaran de la ruta. Se hundían repentinamente en hondos pozos de nieve de las laderas y tenían que vigilar constantemente para que el ataúd no se cayera de la silla. El cuerpo no llegó a Rauðsmýri hasta bien avanzada la tarde. Comenzaba a anochecer. El sacerdote había llegado un poco antes. Aunque su rostro era completamente inescrutable, se veía a las claras que tenía prisas. Algunos otros visitantes esperaban también a que se cumpliese el funeral y llegase el café. El ataúd fue transportado directamente a la iglesia, cumpliendo un pedido del cura, y doblaron las campanas. Débil era el sonido que hacían, débil su intrusión en la invernal omnipotencia de la naturaleza helada; su son recordaba más bien el tintineo de una campanilla de juguete. Y la gente salió con lentitud de las ráfagas de nieve y entró en la iglesia, tímida ante el rostro de la muerte, que nunca parece tan irrevocable como cuando campanas como ésas repican tan desamparadas en los fríos espacios blancos del día que declina. La esposa del alcalde no había asistido al funeral, ni siquiera como simple espectadora. En esos días invernales no se sentía muy bien. Aparentemente había atrapado un resfriado y se encontraba en casa, en su cuarto, sorbiendo agua caliente, salada, por la nariz, procedimiento que se garantizaba como efectivo para terminar con cualquier resfriado. Pero el alcalde había aparecido y, si bien usaba los pantalones viejos que se rompían alrededor de los remiendos, por lo menos se había puesto otra chaqueta en honor de la ocasión. Se sentó en el antealtar, como de costumbre, y tuvo sumo cuidado en no abrir la boca durante todo el servicio. Blesi había sido atada a la puerta, y como a la perra no se le permitía entrar debido a los ritos, esperaba afuera, en

el umbral, tiritando. Entró el sacerdote, llevando puesta su arrugada casulla de la parroquia y un par de cintas blancas en torno al cuello, porque la ocasión no era suficientemente importante como para una golilla. Algunos de los pegujaleros comenzaron a cantar «vivo y sé", cada uno con su melodía personal. El anciano estaba sentado en la parte trasera, no llorando ya, como si las emociones se le hubieran agotado. Durante el canto, el cura sacó dos veces su reloj ante el ataúd, como si no tuviese tiempo para esa clase de cosas. Cuando terminó, se puso las gafas y leyó la oración de su maltrecho y viejo libro. Era una oración antigua como podía esperarse con ese tiempo, y, además, el hombre estaba ronco. Luego, en lugar el sermón largo con que había amenazado, pronunció uno corto, durante el cual, después de declarar que los espíritus del mal acechaban a la humanidad, procedió a analizar la irreligión en términos no muy lisonjeros. Dijo que mucha gente había descuidado a su Creador mientras perseguía a tontas ovejas por las montañas.

—¿Qué son las ovejas? —preguntó. Dijo que las ovejas eran para la nación islandesa una maldición mayor que los zorros y las lombrices solitarias juntos—. La piel de oveja cubre a un lobo feroz, que a veces ha sido llamado, en este distrito, con el nombre de Espíritu de Albogastaðir, a quien otros llaman Kólumkilli. La gente corre tras sus ovejas durante toda su vida, y jamás las encuentra. Tal es la lección que podemos aprender de la despedida que hoy nos abruma.

Terminado el sermón, reservó unas palabras para la carrera de la muerta; no carrera, en realidad, sino una prueba de cuan insignificante es el individuo tal como aparece en el registro parroquial. ¿Qué es el individuo considerado como unidad separada?

—Nada… un nombre, cuando mucho una fecha. Yo hoy, vosotros mañana. Unámonos en una oración al Dios que está por encima de lo individual, mientras nuestros nombres se pudren en el registro.

Nada de lloros ni gemidos ni crujir de dientes, nada de emoción, nada de coqueteo con las cuerdas del corazón… Un soñoliento Padrenuestro y un lacónico amén. En sus contradicciones, el sacerdote constituía un enigma tan grande como el propio país: era

un religioso devoto por reacción contra lo desalmado de los hombres que no pensaban más que en perros y ovejas; un criador científico de ovejas debido a su desdén hacia las ovejas; el pastor islandés de las leyendas populares de hacía mil años. Su sola presencia representaba una consoladora seguridad en el sentido de que todo sería como debía ser.

El ataúd fue sacado.

Fue bajado a la tumba por medio de dos cuerdas y los doloridos concurrentes permanecieron un rato más junto al borde del hoyo. Tres pegujaleros, con la cabeza desnuda, cantaron «El solo capullo" en medio de las ráfagas de nieve; era una especie de día de conmemoración de Hallgrímur Pétursson, un día frío. La perra gemía cerca de Bjartur, con el rabo entre las piernas, como si hubiese sido castigada; todavía temblaba. El sacerdote lanzó en silencio unos puñados de tierra sobre el ataúd y luego, con ruidoso deleite, sorbió unas buenas pulgaradas de rapé de la caja que le ofrecía el rey del rodeo, su escribiente parroquial. Los portadores tomaron ansiosamente las palas y pusieron manos a la obra con energía. Los demás se fueron alejando uno a uno.

23. Panegírico

Melodía: Oh la gloria de tener a Jesús
No es fácil vivir en este mundo,
y es que aquí la juventud
parece un don absurdo,
una senda que en la infinitud
pisotean las botas del destino,
perros y hombres hollan esa raza
con botas de hierro, tamaño desatino,
como si fuera una cualquier plaza.
Es mejor vivir en el cielo
de los ángeles felices del Señor
que discurren siempre en raudo vuelo,
y donde mora del sol el fulgor;
allá en el magnético polo
cantan canciones de precioso son,
el santo en el cielo nunca estará solo,
quienes van con él, siempre salvos son.

Adiós, te has ido al cielo, junto a Dios será tu vida, olvidarás tu estancia aquí en el suelo, las penas de esta tierra escarnecida, vivirás en el hogar del Salvador, nunca más tendrás dolores en el pecho, protegida por las manos del Señor, dormirás, por fin, en blando lecho.

Einar Jónsson, Undirhlíð

24. El fuego de la escarcha

Bjartur no regresó a la Casa Estival hasta el día siguiente. La perra caminaba silenciosamente a su lado, en alborozada expectación. Es hermoso volver al hogar. Y cada vez que el animal se adelantaba algunos metros a su amo, se detenía y le miraba con ojos llenos de una fe inconmovible. Luego volvía junto a él describiendo una gran curva. Su reverencia por su amo era tan fuerte que ni siquiera se aventuraba a caminar delante de él. Un perro encuentra en un hombre las cosas que quiere encontrar. Bjartur se inclinaba hacia delante, en las ráfagas de nieve empujadas por el viento, llevando a Blesi de las riendas y lanzando de tanto en tanto una mirada a su perra… —pobre cosa piojosa y atacada de lombrices. Pero ¿dónde se encontrará la fidelidad si no es en esos ojos castaños, dónde se encontrará la lealtad que nada puede destruir? Ni la desdicha, ni el deshonor, ni las mordeduras de la conciencia… nada puede apagar ese fuego. Pobre perrita. A sus ojos Bjartur de la Casa Estival debía ser siempre el más alto, el más grande, el mejor, el incomparable. Lo que el hombre busca, lo encontrará en los ojos de un perro.

Demonios, ¡qué pesada está hoy Blesi para caminar! Y sin embargo lleva a una criatura viva en el lomo. ¿Una criatura viva? Es la vieja de Uróarsel, que cabalga de costado sobre la montura, envuelta hasta los ojos en costales y chales. Sus pertenencias y las de su hija se balanceaban colgadas de la silla. Finna les sigue, con el rostro curtido, el paso torpe, las faldas anudadas sobre las rodillas.

No se habló. Y la pequeña procesión siguió avanzando lentamente en dirección a la Casa Estival, hombres y animales, hombres-animales, cinco almas. El pálido sol rojo rozaba la superficie de los riscos del páramo en esa mañana de invierno del norte, en esa mañana que en realidad sólo era una noche. Y sin

embargo era mediodía. La luz doraba las nubes de nieve que volaban sobre los páramos, de modo que la nevada semejaba un solo e ininterrumpido océano de fuego, un radiante fuego de oro con chorros de llamas y resplandores de humo, de este a oeste, sobre toda la extensión helada. En medio de ese dorado fuego, de ese dorado hielo, solamente comparable en su magia a las más potentes y complicadas brujerías de las Baladas, estaba el camino que llevaba a la casa.

Las mujeres de Myri saludaron a los recién llegados con desmañada cortesía, pero, aun así, se mostraron importunas en sus exigencias de la leche que Bjartur había prometido traer consigo. Hasta entonces habían tenido que dar a la chiquilla unas gachas aguadas, en el biberón. Cuando hubieron preparado café para los visitantes, su tarea quedó terminada, de modo que recogieron sus cosas y se dispusieron a partir. Bjartur se ofreció a acompañarlas hasta la montaña, pero ellas agradecieron el ofrecimiento y lo rechazaron. Luego se despidieron de él y de las recién llegadas con la misma clase de cortesía con que las habían recibido. Finna quedó con la niñita en su regazo, para darle el biberón por primera vez. Y la anciana comenzó sus ocupaciones en la casa.

Aunque todavía era temprano, Bjartur se acostó en cuanto hubo echado una ojeada al ganado. Sentía realmente que no había descansado desde la última noche que pasó en casa con Rosa. Se sintió contento de haberse despedido antes de partir. Fue un rodeo lleno de aventuras, y sólo esa noche sintió que había regresado a su casa. Cada vez que se acostaba, después de su vuelta del desierto, sentía, precisamente cuando se adormecía, que una repentina tormenta de nieve le batía el rostro y un voluptuoso entorpecimiento le trepaba por las piernas, por los muslos, hasta el estómago.

Y entonces se despertaba de golpe, presa de pánico, seguro de que, si se quedaba dormido, moriría en la tormenta. Por eso dormía siempre tan mal desde aquel día. En mitad de la noche despertaba, sobresaltado, con una poesía obscena en los labios, o con una insolente poesía satírica que ridiculizaba a los alcaldes o a los mercaderes. Y sólo recordaba cuando ya estaba a punto de saltar fuera de la cama para golpearse el cuerpo.

Pero esa noche se dio cuenta, sintió que estaba fuera de peligro.

La luz de la lámpara de la pared había sido apagada por economía, pero llegaba un resplandor de la pequeña mecha que parpadeaba en el estante sobre la cama de la anciana. Madre e hija estuvieron sentadas juntas durante largo rato, murmurando al resplandor de la mecha. Abajo, de tanto en tanto, una oveja eructaba y Blesi, en su estrecho establo, movía las patas y resoplaba. La perra, acostada contra la pared, bajo la cocina, se levantaba de cuando en cuando para rascarse, golpeando el muro con la pata trasera; después bostezaba y se enroscaba nuevamente. Desde la cama del otro lado se oía la tenue respiración de la pequeña y un sollozo ocasional, como si estuviese por llorar. Pero no lloraba y volvía a dormirse.

Finalmente terminaron los susurros y Finna vino a quitarse las ropas. El la oyó desabotonarse la chaqueta y quitarse las faldas. Se pasó por la cabeza, con cierta dificultad, las ajustadas enaguas. Luego se acostó en la cama, junto a la chiquilla, y se quitó el resto de la ropa debajo del edredón. Él la oyó desabrochar dos o tres botones más y luego escurrirse fuera de sus prendas. Finna se estiró y se rascó aquí y allá, bostezando ruidosa y adormiladamente.

La anciana se quedó aún sentada al borde de su cama, en la luz de la mecha, con los codos apoyados y un dedo entre las desdentadas encías. Miraba por la trampilla, mascullando algo de vez en cuando. En dos ocasiones se acercó a la abertura, gritó «¡vergüenza!» a algo y escupió. En la segunda oportunidad se quedó balanceándose hacia atrás y hacia delante durante unos instantes, mirando hacia abajo y musitando:

Fingido zorro, sal; Vete de mi hogar. Jesús golpea al portal. Vete, pues Él pasa. Fuera, Kurkur, dentro, Jesús. Fuera, Kólumkil, Dentro, el ángel. Fuera, Regeristo, Dentro, Jesucristo. Fuera, Maledictus, dentro Benedictus…

Cuando hubo recitado esta antigua y sagrada oración, se persignó y dijo: —Nos entregamos todos en manos de Dios y buenas noches. Luego cerró la trampilla y se acostó. Y con ello todos se dispusieron a dormir.

Laugarvatn - Barcelona, verano de 1933

(Compuesto a partir de un borrador de 1929)

Parte Segunda - Un hogar sin deudas

25. Mañana de invierno

Lenta, lentamente, el día de invierno abre su ojo boreal.

Desde el momento en que da su primer parpadeo soñoliento, hasta el instante en que sus párpados plomizos han quedado completamente abiertos, no pasa solamente una hora tras otra. No, una era sigue a otra era a través de las inconmensurables extensiones de la mañana, un mundo sigue a otro como, en las visiones de un ciego, una realidad sigue a otra y desaparece… La luz se hace más intensa. Tan distante es el día de invierno de su propia mañana. Incluso su mañana es distante de sí misma. El primer leve resplandor del horizonte y la total luminosidad que hiere la ventana son como dos comienzos distintos, dos puntos de partida. Y puesto que incluso el alba esta mañana es distante, ¿qué será su noche? La mañana, el mediodía y la tarde están tan alejados entre sí como los países que soñamos con ver cuado seamos mayores. La noche es tan remota e irreal como la muerte, de la que se habló ayer al hijo más joven, como la muerte que arrebata a los chiquillos del brazo de las madres y hace que el sacerdote los entierre en el cementerio de la pedanía; como la muerte de la que nadie regresa, como en los cuentos de la abuela; como la muerte que también nos llamará a nosotros cuando seamos tan viejos que hayamos vuelto a ser niños.

—Entonces, ¿sólo mueren los chicos? —preguntó él.

¿Por qué lo preguntó?

Porque ayer su padre se había dirigido a las fincas con el niñito que murió. Se lo llevó en una caja, sobre la espalda, para que lo enterraran el sacerdote y el alcalde. El cura abre un hoyo en el cementerio de la pedanía y entona una canción.

—¿Y yo volveré a ser niño otra vez? —preguntó el chiquillo de siete años.

Y su madre, que le había cantado notables canciones y hablado de países extranjeros, respondió débilmente desde el lecho de enferma en que yacía:

—Cuando uno se hace muy viejo, torna a ser como un chiquillo otra vez.

—¿Y muere? —preguntó el niño.

En su pecho se cortó una cuerda, una de esas delicadas cuerdas de la niñez, que se rompen antes de que se haya tenido tiempo de advertir que son capaces de resonar. Y las cuerdas no suenan más. En adelante no son más que un recuerdo de días increíbles.

—Todos morimos.

Más tarde, en el día, él abordó el tema nuevamente, esta vez ante su abuela.

—Conozco a alguien que no morirá jamás —dijo.

—¿De veras, mi querido? —preguntó ella, mirándole, con una mirada que le resbalaba a lo largo de la nariz, con la cabeza inclinada, como era su costumbre cuando miraba a alguien. ¿Y quién es?

—Mi padre —respondió el niño resueltamente. Pero no estaba en absoluto seguro de no equivocarse, porque continuó mirando a su abuela con ojos interrogantes.

—Oh, morirá, morirá, no te quepa duda —resopló la anciana implacablemente, casi alborozada, y sopló con fuerza por la nariz.

Esta respuesta no hizo más que avivar la testarudez del niño, que preguntó:

—Abuela, ¿morirá el cucharón?

—Basta ya —dijo secamente la anciana, como si pensase que el chiquillo se burlaba de ella.

—Pero, abuela, ¿y la sartén? ¿Morirá ella?

—Tonterías, niño —replicó ella—. ¿Cómo pueden morirse las cosas que ya están muertas?

—Pero el cucharón y la sartén no están muertos —dijo el niño —. Yo sé que nu están muertos. Cuando me despierto, por la mañana, a menudo los oigo hablar.

¡Qué tonto! En fin de cuentas acababa de barbotar un secreto que sólo él conocía, porque únicamente él había descubierto que, durante lo que era quizás el momento más notable de toda la

mañana, las cacerolas y las ollas y los demás utensilios de la cocina cambiaban de forma y se convertían en hombres y mujeres. Temprano, cuando permanecía despierto mucho antes que los otros, podía oírlos hablar entre sí con la grave compostura y el ponderoso vocabulario que corresponde únicamente a los enseres de cocina. Y no fue solamente por casualidad por lo que se había referido en primer lugar al cucharón, porque éste, a la postre, era una especie de aristócrata entre los utensilios; raramente usado, y entonces, como norma, para las sopas de carne, el más apetitoso de los platos, se pasa la mayor parte del tiempo colgado de la pared, en impecable limpieza y decorativa ociosidad. Pero, una vez que se lo saca de su lugar, el papel que representa en la olla es sumamente notable. Por lo tanto el chico sentía un gran respeto hacia el cucharón y le parecía que no había nadie que pudiera compararse con él, aparte de la esposa del alcalde. La sartén, que tan a menudo estaba llena hasta el borde y que a veces tenía en el fondo una costra quemada y una cantidad de hollín en la parte inferior, la sartén, pues, no era otra cosa que el alcalde de Myri, cuya boca estaba siempre atestada de tabaco. Fácilmente se le podía hacer hervir en ocasiones, y era seguro que tenía fuego en el interior y que su esposa le revolvía para que no se desbordara en alguna recepción oficial. Las otras cosas de cocina eran lo mismo: en la oscuridad se convertían en hombres y mujeres, algunos ricos e importantes, otros pobres e insignificantes. Los cuchillos eran repugnantes campesinos a quienes odiaba y temía; las tazas, rechonchas jóvenes con rosas en los delantales, que hacían que el chiquillo se sintiese tímido con sus rosas. Y durante las comidas, a la luz del día, evitaba tocar a esa gente, no fuese que leyesen en su rostro todo lo que él sabía acerca de sus aventuras. Por la noche los utensilios se mostraban complacientes y llenos de seguridad en sí mismos; de día eran mugrientos, sucios, abyectos como visitantes tímidos que se sientan, se sorben la nariz y no se atreven a moverse… Él, que sabía tanto de ellos en su libertad de la noche, se sentía apenado por ellos en su esclavitud del día.

Pero uno de los artículos de la cocina era independiente, día y noche, de la libertad de la oscuridad, de la esclavitud de la luz; uno eclipsaba a los demás con su esplendor y les hacía parecerse a otros

tantos trastos. Tal valor se le asignaba que era mantenido en el fondo del arcón de la ropa. Los niños lo veían solamente cuando venían invitados importantes, en Navidad, o en el día de San Juan, e incluso entonces no se les permitía tocarlo, tan precioso era. Era el molde para bizcocho de su madre… un regalo de la esposa del alcalde de Myri. Era la fuente más hermosa de todo el mundo. Tenía una figura de una casa maravillosa, semioculta entre arbustos floridos. Un liso sendero serpenteante conducía a la casa, entre pastos verdes y sonrientes arbustos que lo flanqueaban. ¿Y quién era la que estaba en la senda, con un vestido azul y un sombrero blanco, con flores en la mano y el sol en su corazón? Sabía perfectamente quién era, pero jamás se lo había dicho a nadie. Era la hija del alcalde, Auður, que se fue al extranjero en otoño y que regresaría en primavera, como un pájaro. Y la casa semiescondida entre las flores era la que Auður habitaba en países lejanos. Algún día el pequeño Nonni no sería ya un niño que dormía en la cama de la abuela.

Durante un rato guardó silencio mientras permanecía sentado en la cama, junto a la abuela, tejiendo. Pero pronto no pudo contenerse.

—Sé algo —dijo, dejando caer las agujas mientras miraba a su abuela—. Te apuesto que conozco algo que jamás, jamás podrá morir.

—¿Sí?

—Jamás —repitió él.

—Bueno, pues entonces dime quién es, chico. Desembucha.

—No —dijo él resueltamente—. Nunca se lo diré a nadie.

Tomando la lana con el índice derecho, le hizo una lazada, preparándola para el punto siguiente. Podía ser que de vez en cuando dejase escapar uno o dos secretos, pero había una cosa que estaba por encima de la vida y la muerte, de la libertad, de la oscuridad, de la humillación del día. Lo que era, ni un alma lo sabría jamás. El secreto del molde para bizcocho de su madre…

Hay pocas cosas que llenen el alma de un hombre con mayor desilusión que despertar cuando todos los demás duermen, especialmente si ello ocurre por la mañana temprano. Sólo cuando se despierta se advierte hasta qué punto los sueños han superado la

realidad. A menudo el hijo menor soñaba con una moneda de cincuenta céntimos, a veces con una de corona y hasta de dos, pero todo se le perdía cuando despertaba. Tomaba sopa de carne, y no de un cuenco sino de un cubo; y comía carne tan gorda que la grasa le chorreaba hasta los codos. Comía enormes tajadas de torta de Navidad, de una fuente sin horizontes, tajadas tan gruesas que fácilmente podía sacar de ellas ciruelas pasas tan grandes como el ojo de una persona. Tales son los beneficios que el alma humana extrae de sus sueños. Pero, por intensamente que lo intentara, nunca podía volver a dormirse para soñar con exquisiteces, ni con las monedas que había tenido en la mano, que siempre eran de plata, como el dinero que su padre pagaba al alcalde por la tierra y que, en sus sueños, él gastaba en pasas de uvas y bizcochos, así como en un cortaplumas y un poco de bramante.

Sentía mucha hambre cuando despertaba, y se quedaba acostado, ansiando que le volviera el sueño como el perro ansia el hueso que ha perdido, pero se le tenía estrictamente prohibido que despertara a nadie y pidiera pan, porque de lo contrario su padre le ataría en la casilla, con el carnero reverendoguómundur y su hermano, que a veces reñían durante toda la noche. Esas eran perspectivas altamente desagradables, porque ningún animal le asustaba tanto como el reverendoguómundur. Ese carnero, que odiaba a los seres humanos, tenía la fea costumbre de perseguir al chico hasta en sus sueños, a través de ellos, y el niño corría tan velozmente como podía, de un sueño en otro, huyendo aterrorizado ante el monstruo, que, a despecho de la confianza que su padre tenía en su pedigrí, era tan preternatural en su repugnancia como la torta de Navidad y la sopa de carne lo eran en su esplendor. Y así es que también puede haber un elemento de peligro en los sueños de una persona.

Para olvidar cuan hambriento estaba, se dedicó a escuchar a las ollas y cazuelas, en su reunión nocturna de todos los días en el aparador y en los estantes. ¿De qué hablaban? No resulta fácil para un niño seguir el hilo de una conversación adulta… Hablaban como la gente del distrito, todos compitiendo con todos para lograr intercalar una palabra, a fin de atraer al menos un poco de atención, y todos quejándose de los pobres de la parroquia y de la

carga que representaban los viejos, que aparentemente jamás se morían a una edad decente. ¡Y los impuestos de estos días, hombre de Dios! Se quejaban amargamente de las extravagantes costumbres de las jóvenes, de la migración de los mozos a las ciudades, de los tiempos difíciles, del alto precio de los cereales, del nuevo gusano que atacaba a las ovejas en reemplazo de la lombriz solitaria. El cucharón sostenía que todos estos males se debían a la falta de música. Era extraño cuan maduros podían parecer estos utensilios de cocina en las expresiones que utilizaban. Lo que más impresionaba al chico no eran las facultades de pensamiento lógico que demostraban en su conversación, sino el conocimiento, la experiencia y la riqueza de vocabulario que revelaban: nombres de lugares distantes, casamientos en otras partes del país, versos de pulida técnica, maldiciones, noticias de la ciudad. A veces incluso disputaban entre sí. Alguien decía que el armonio de la iglesia no era lo bastante bueno, o que el comprador de Vík era mejor que el de Fjóróur. Algunos tenían hijos ilegítimos, otros no creían en la independencia nacional, en tanto que había quienes llegaban a decir que lo mejor que se podía hacer era llenar la olla con bosta de caballo. Algunos querían escribir poesías como ésta:

Si la lucha es fuerte, por lo que parece, e incierta su apariencia; si ningún partidario se entristece cuando pone fin a la pendencia.

Pero otros querían escribirlas de este tipo:

Sira rinsa ponsa pran, pira linsa fira, quira sinsa ronsa ran, Rira dinsa nira.

¡Oh, caramba! ¿No llegaba el día aún?

Muy cautelosamente, para no molestar a los espectros de la oscuridad, levantaba la cabeza y atisbaba por encima de los pies de la cama.

Cuanto más se acercaba la mañana, tanto más evidente se hacía que las cosas de la cocina iban agotando gradualmente su provisión nocturna de sabiduría. Y en cuanto su conversación languidecía, los oídos del niño quedaban libres para otras voces. Las ovejas de abajo se ponían de pie y, gruñendo un poco, descargaban el vientre después de la noche. Algunas de ellas se levantaban sobre los cuartos traseros para husmear los restos del heno de la noche anterior, meter los cuernos en el establo o empujarse unas a otras.

En cuanto el chico las oía levantarse, la esperanza despertaba en su pecho.

Pero de todas las señales de la mañana, la más segura eran los ronquidos de su padre.

Al alba, cuando el niño despertaba, aquél roncaba aún con largos, hondos, hondos ronquidos. Estos ronquidos no guardaban relación alguna con el mundo en que vivimos y despertamos. Eran una extraña excursión por un espacio inclinado, por un tiempo inmensurable, por extravagantes existencias. Sí, los caballos de esa cabalgata tenían poco en común con los de nuestro mundo, y menos aún lo tenía el paisaje de la vida de los ronquidos con el del día.

Pero, a medida que se acercaba la mañana, los ronquidos de su padre perdían gradualmente resonancia, las retumbantes notas de pecho se disolvían en una escala lentamente ascendente, avanzaban por grados hasta la garganta, desde la garganta hasta la nariz y la boca, para llegar a los labios con un silbido, a veces únicamente con un soplido inquieto… el punto de destino estaba cerca, los caballos hacían cabriolas con la alegría de haber atravesado, indemnes, los sonoros espacios del infinito. La tierra del hogar campesino se extendía ante la mirada.

La respiración de los demás era inferior en alcance y magnificencia a los ronquidos de su padre y, lo que es más, hacía caso omiso del tiempo. Tomemos, por ejemplo, la respiración de la abuela. ¿Quién se imaginaría jamás que fuese un ser viviente quien dormía junto al niño? Respiraba tan débilmente y se agitaba tan poco durante muchas horas, que nada parecía más probable como que hubiese dejado de respirar del todo. Pero si se inclinaba sobre ella y escuchaba con atención, podía oír ocasionalmente signos de vida, porque sus labios emitían a veces un resoplido muy tenue. La anciana tenía asimismo otra triquiñuela. Después de haber permanecido durante varias horas como muerta, la vida surgía a la superficie en ella como las lentas burbujitas que ascendía a largos intervalos del fondo de los estanques de los pantanos, una vida revelada en extrañas palabras mascullades, susurros y quejas, odiosos salmos de otro mundo. Porque también ella tenía un mundo propio, ininteligible para los demás, un mundo de oraciones e himnos, de esos largos y aburridos versos que su padre detestaba

tanto, el mundo del Dios piadoso y compasivo, del imponente Padre y de los terrores del Infierno.

Ella nunca daba una descripción de dicho mundo, a menos que, en verdad, fuese para musitar otra oración más incomprensible aún. Nadie que cantase tantos himnos y supiese tanto acerca de las alegrías de la vida eterna podía estar más ayuna de fervor misionero como su abuela. Es verdad, ella le había enseñado a dormirse con ese idioma en los labios, pero su mundo de rezos seguía estando tan desconcertadamente aislado de la realidad humana como el mundo de ronquidos de su padre. El niño no discernía nada de su paisaje a través de las palabras, y menos aún de sus insustanciales habitantes. La extraña vida de los himnos, a medida que surgía de los labios inconscientes de su abuela, despertaba en él el mismo terror que los estanques de los aguazales, con su agua legamosa, acre, con su lino y sus plantas asquerosas y velludas y sus insectos acuáticos.

Frente a la cama de sus padres dormían los tres hijos mayores, Helgi y Gvendur en la cabecera, Asta Sóllilja a los pies. ¿A qué mundo pertenecía el lenguaje de sueños de Helgi, a qué mundo el llanto de Asta Sóllilja, su crujir de dientes? Era un idioma sin palabras, sin significado, carente de todo, salvo de furia imbécil. Un llanto sin lágrimas que lo acompañaran, sin sollozos; sólo un súbito dolor desgarrante que venía sin aviso previo y desaparecía sin rastros, como si algún aterrador llamado le hubiese surcado los miembros en un relámpago, un llamado de mundo a mundo. Ninguno de esos mundos, ninguna de esas voces observaba las leyes cotidianas o los sentimientos de ese mundo terreno.

¿Dónde estaba su madre esas mañanas de invierno, cuando no había nadie en la casa y todos estaban lejos, cada uno con su propio sueño, mientras las sombras de otros mundos, preñadas de maravillas, cubrían la pequeña alcoba de la Casa Estival? ¿Estaba despierta o dormida? ¿Eran gruñidos de su despertar los que quedaban ahogados por los ronquidos de su padre, una y otra vez, o era la sedante mano del olvido, prohibida incluso en su mundo de ensueños? Grande era su anhelo de que llegara el día mientras estaba ahí acostado, solo, rodeado de mundos desconocidos, de corazón duro, que ni siquiera sabían que él existía… pero mayor aún era su ansia de los brazos de su madre.

Hay una terrible noche que recordará siempre, no importa cuánto viva, debe de ser muy temprano, sí, mucho antes de que el día invernal haya hecho el primer esfuerzo para abrir sus ojos cansados, porque el niño está todavía dormido, todavía vaga por la móvil extraterrenalidad de sus propios mundos de ensueño. Tan agradable es su ausencia, tan dulce y pesada la soñolencia de la medianoche que le inunda el cuerpo, que siente desgana de abandonarlo, pero pronto llega un momento en que siente que debe dejar a un lado su letargo y regresar… alguien le llama. ¿Quién llama? Al principio el grito es tan distante que no trata de averiguarlo, y le presta tan poca atención como si fuesen noticias de otra región. Pero el ruido se va acercando gradualmente: gruñidos y gemidos, acercándose más y más. Por un momento parece que alguien ha llegado a la mansión de Rauðsmýri. Pero no se detienen. Se acercan, siguen aproximándose, hasta que finalmente descubre que han llegado al cuarto en que él está acostado. Provienen de su madre. Entonces se despierta del todo. Se encuentra solo en la cama de la abuela. Una mecha arde en el cuarto. Su abuela, mascullando, inclinada y con las manos temblorosas, forcejea con algo sobre la cama de sus padres, en tanto que, sentado en el borde de la cama, está su padre, sosteniendo la mano de su esposa. Los niños, en la otra cama, se han cubierto la cabeza, pero de tanto en tanto ojos espantados, enormemente abiertos, atisban por debajo de las mantas. Pero no se atreven a mirarse entre sí; fingen estar dormidos. Mamá está sumamente enferma esa noche. Los gruñidos se hacen más y más intensos, más dolorosos de escuchar. Es el sufrimiento del mundo. El chico ha estado pensando en levantarse para preguntar, pero ahora ha olvidado su intención y se acurruca bajo el edredón. Luego, al cabo de un rato, su madre deja de gemir. Su abuela comienza a luchar con el fuego de la cocina, su eterna lucha. Hace ya varias generaciones que lucha para encender fuegos y calentar agua. Pasan unos momentos. La conciencia del niño se aleja nuevamente en un remolino, las voces susurrantes de su padre y su abuela se empequeñecen, se retiran tierra adentro, se internan en otra comarca… Su padre desciende la escalera, que da fuertes crujidos, en otro edificio distante, probablemente la iglesia de Rauðsmýri, o alguna iglesia aun más remota, y, cerrando la

trampilla tras de sí, sale presurosamente a la noche. Pero, en cuanto ha cerrado la puerta, su madre comienza a quejarse otra vez, con más intensidad que nunca. Y una vez más es como si una garra fría, de uñas aguzadas, hubiese atenazado el corazón del pequeño. ¿Por qué las personas que uno más ama son las que más tienen que sufrir, y por qué uno nunca puede hacer nada por ellas?

Por la mente del niño, involuntariamente, pasa la idea de que la culpa de todos los dolores de su madre la tiene su padre, es él quien siempre duerme con ella, es él quien se cree su dueño y señor; algo debe tener en su conciencia que le ha impulsado a mostrarse tan atento con ella esa noche; le sostenía la mano, cosa que nunca le había visto hacer anteriormente, y luego sale a toda prisa, en mitad de la noche, como si tuviese miedo.

Pocas cosas son tan inconstantes, tan inestables como un corazón amante, y, sin embargo, es el único lugar del mundo donde puede encontrarse simpatía. El sueño es más fuerte que el más noble instinto de un corazón amante. En mitad de los sufrimientos de su madre la luz empieza a atenuarse. Los gorgoteos de la marmita se alejan; el chasquido del fuego, los trajines de su abuela, sus susurros y gruñidos, sus canturreos de himnos olvidados, todo se disuelve en fugaces sueños de duermevela que no tienen ya picos ni garras, sueños vacíos de pasiones y sufrimientos, gozosos y deseables como la vida de los elfos en las grietas de las montañas. El sopor de medianoche, tan dulce, tan espeso, comienza a correrle nuevamente por el cuerpo, y poco a poco, como un centenar de granitos de arena, su conciencia se filtra por el abismo de su mundo de ensueños, hasta que el olvido se cobra su deuda completa.

Ayer su padre había llevado al más pequeño a Rauðsmýri, a enterrarlo. ¿Era, pues, su madre nuevamente feliz? ¿Estaba otra vez, como los niños, reconciliada con la monotonía de los días invernales sin horizonte? ¿O es que sus gemidos seguían todavía ahogados en lo implacable de las profundidades que el corazón no reconoce? El dolor llegaba hasta los niños y se iba al poco, pero los sufrimientos de su madre eran eternos. Nunca supo el niño que el sueño de la familia fuese tan largo como esa mañana. Hacía tiempo que las ovejas se habían levantado; podía oírlas topándose a cada rato. Su padre había recorrido una inmensidad de ronquidos de

pecho, la vajilla estaba silenciosa ante la llegada de la mañana y el ojo del día invernal se abría en la palidez azul de la ventana. ¿Tenían miedo de despertar, quizá? Comenzó a tamborilear silenciosamente con las uñas en el techo sesgado, cosa que nunca, a pesar de las amenazas, podía dejar de hacer cuando sentía que la mañana se prolongaba demasiado. Cuando esto no produjo efecto alguno, empezó a chillar, primero como un ratoncito, luego más agudamente y con más fuerza, como el aullido de un perro cuando se le pisa la cola, y después más alto aún, como un viento terrero ululando a través de la puerta abierta…

—¡Vamos, basta de tus tonterías!

Era su abuela. Había tenido éxito, entonces. Mascullando para sí, la anciana reunió fuerzas y, después de uno o dos esfuerzos infructuosos por levantarse, logró finalmente salir de la cama con todos los jadeos y quejidos que siempre acompañaban la tarea. Se puso su blusa de arpillera y su chaqueta corta. Luego, principió la búsqueda de los fósforos. Terminaba siempre con el encuentro de los fósforos.

A la luz incierta de la lámpara de pared, él la vio inclinarse, con la cabeza descubierta, sobre la cocina; vio su piel de caoba, con tallas rústicas, y los pómulos salientes; vio su boca hundida y su cuello flaco, sus ralos mechones de cabellos grises… y tuvo miedo de ella. Y sintió que la mañana no llegaría hasta que ella no se hubiese atado su pañolón de lana en torno a la cabeza. Pronto la abuela se ató el pañolón de lana en torno a la cabeza. En esos movimientos inseguros, en esos ojos móviles saludaba él cada nuevo día, saludaba nuevamente el regreso de la realidad concreta en ese rostro viejo de siglos, en ese rostro casi cubierto que atisbaba, mascullando y gruñendo, desde su capucha, mientras, afanosa y luchando, se dedicaba una vez más a su interminable tarea de encender el fuego. Luego, sin aviso previo, su padre comenzó a rascarse, a carraspear, a escupir y a sorber rapé. Se puso los pantalones. Era tiempo de pensar en dar el alimento a las ovejas.

La parte de la mañana que pertenecía a la realidad había llegado al fin. Era reconfortante pensar en que una cosa por lo menos no variaba nunca de día a día: los desesperados forcejeos de su abuela con el fuego. La broza estaba siempre igualmente húmeda. Y,

aunque ella quebraba la turba en pedacitos y los ponía con la mayor cantidad de madera, el único resultado, durante mucho tiempo, era el monótono restallido y el hedor húmedo, ofensivo, que llenaba todas las hendiduras y le hacía arder a uno la nariz y los ojos con dolor quemante. Y aunque el chiquillo escondiera la cabeza bajo las mantas, el humo también se introduciría allí. La llama de la lámpara de pared descendía en la mecha. Pero los gruñidos rituales de su abuela no se prolongaban nunca tanto que no llevasen en sí la promesa del café. Nunca era el humo tan espeso o tan azul, jamás penetraba tan profundamente en la nariz, la garganta o los pulmones que pudiese ser olvidado en su condición de precursor de esa fragancia que llena el alma de optimismo y fe, la fragancia de los granos molidos y bañados por el chorro de agua hirviente que sale, curvo, de la marmita… el olor del café.

Cuanto más tardaba el fuego en encenderse y cuanto más acre era el humo que se arremolinaba en la habitación, tanto mayor la expectativa, tanto más fuerte la expectativa. Para matar el rato, él siempre procedía a un examen del techo. Cierto, era el mismo examen todas las mañanas y, más aún, un examen cuyo resultado sabía al dedillo por anticipado, pero, de todos modos, era una inspección inevitable por la mañana, siempre que tuviese los ojos abiertos. Había en especial dos nudos que siempre atraían su atención. Cuando el humo se hacía suficientemente tenue y la luz suficientemente fuerte como para permitirle distinguir las características de los nudos, era señal de que el fuego tiraba como debía y que el agua estaba calentándose. ¿Qué eran, pues, esos dos nudos? Eran dos hombres, dos hermanos. Cada uno de ellos tenía un ojo en medio de la frente y eran carirredondos, como su madre. ¿Cómo era que se parecían a su madre? Porque eran los hermanos de ella, que se habían ido a lejanas tierras y habían encontrado todo lo que querían, mucho antes de que él naciese.

—¡Qué cosas ve este niño! —dijo su madre una vez que, a solas con ella, él le habló de eso en secreto. Estaban susurrando de distintas cosas de las que nadie debía enterarse; de canciones; de países remotos.

—Si te vas muy, muy lejos —dijo él tomándola de la mano mientras se hallaba sentado allí, en el borde de su cama—, ¿puedes

conseguir todo lo que deseas?

—Sí, mi querido —dijo ella con cansancio en la voz.

—¿Y ser todo lo que quieras ser?

—Sí —respondió ella, distraída.

—Cuando llegue la primavera —dijo él—, creo que subiré a la cumbre de nuestra montaña y veré si puedo ver los otros países.

Silencio.

—Mamá. Una vez, el verano pasado, vi que el salto de agua del barranco fluía hacia atrás, por el viento. El agua era empujada hacia atrás, por encima del borde.

—Escucha, mi querido —dijo ella entonces—. La otra noche soñé algo de ti.

—¿De mí?

—Soñé que la mujer elfo me llevaba al enorme peñasco, me daba una botella de leche y me ordenaba que la bebiera. Y, cuando la hube bebido, la mujer elfo me dijo: «Sé buena con el pequeño Nonni, porque, cuando crezca, cantará para todo el mundo».

—¿Cómo? —preguntó él.

—No lo sé —respondió su madre.

Entonces él apoyó la cabeza en el seno de su madre y no tuvo conciencia de cosa alguna en el mundo que no fuese el latido del corazón de la madre. Finalmente se incorporó y dijo:

—Mamá, ¿por qué cantaré para todo el mundo?

—Es un sueño —repuso ella.

—¿Cantaré para el brezal?

—Sí.

—¿Para los marjales?

—Sí.

—¿Y cantaré también para la montaña?

—La mujer elfo así lo dijo —contestó su madre.

—Tendré que cantar también para la gente de la iglesia de Rauðsmýri, supongo —dijo él pensativamente.

—Supongo que sí.

Volvió a acurrucarse junto a su madre, cavilando, envuelto en el esplendor de la profecía, de las palabras aladas.

—Mamá —dijo por fin—. ¿Me enseñarás tú a cantar para todo el mundo?

—Sí —musitó ella—. Cuando llegue la primavera.

Y cerró los ojos con cansancio.

Y así, si él dejaba que su mirada vagara de los nudos del techo a las fuentes del aparador y de los estantes, o al cucharón que pendía de la pared y a la sartén que estaba en el suelo, todos ellos con la extraña expresión de inocencia que solamente los utensilios de cocina pueden asumir en su desamparo diurno; o si se sentía atraído por el resplandor de las floridas y extravagantes mujeres de las tazas, frágiles y temerosas de que se rieran de ellas… entonces se sentía siempre tan noble que prometía no contar jamás nada de ellos y, cerrando un ojo por pura cortesía, los miraba únicamente con el otro.

—Soy completamente distinto de lo que parezco —decía. Y con ello se refería a las canciones no cantadas y a los grandes países, distantes como los trechos del día entre sí, que le esperaban.

Y así, a la postre se escuchó en la marmita el famoso gorgoteo que proclama que el agua está a punto de hervir. Para entonces el niño estaba lo suficientemente hambriento como para sentir que podía comer cualquier cosa en la que lograra hincar los dientes, y no sólo heno, sino también turba y estiércol. Por lo que no era de maravillarse que esperara ansiosamente para ver cómo sería su tajada de pan: si su abuela la había cortado a lo largo de la hogaza o si le había dado solamente media tajada, y ésa quizá con un borde delgado como el papel. ¿Y cómo la untaría? ¿La mojaría en el centro con un trozo de grasa y un poco de aceite de hígado de bacalao, de modo que la costra quedase tan seca como ayer? El chico jamás se cansaba de esa deliciosa mezcla. ¡Dejaba un sabor tan punzante en la boca!… Y si por algo merecía alabanzas su abuela era porque raras veces se mostraba tacaña con ella; por el contrario, untaba liberales cantidades con el pulgar derecho. Empero, se mostraba inclinada a ser parca con el azúcar y tenía la desdichada costumbre de quebrar el terrón en trozos de distintos tamaños, en cuyo caso podía ser él quien recibiese el más pequeño. La consideración de todas esas cuestiones no carecía nunca de sus elementos de ansiedad y suspenso.

Pronto el aroma del café comenzó a llenar la estancia. Este era el momento sagrado de la mañana. Con tal fragancia se olvida la

perversidad del mundo y el alma se llena de fe en el futuro. En fin de cuentas era probablemente cierto que existían lugares remotos, incluso países extranjeros. Algún día, por increíble que pudiese parecer, llegaría la primavera con sus pájaros, sus botones de oro en el campo. Y quizá la madre se levantase cuando los días comenzasen a alargarse, como hizo el año anterior y el otro.

Cuando el chorro humeante cayó, curvo, en la cafetera, se oyeron en la casa las primeras palabras del día: el preludio empleado por su abuela para sacar a Asta Sóllilja de las profundidades del sueño. Esta ceremonia se repetía mañana tras mañana, de acuerdo con un reglamento invariable y, aunque para Asta parecía todas las mañanas igualmente extraña, el chico se la sabía tan bien como para recordarla durante toda su vida.

—¡Piadosos cielos, qué visión espantosa! ¡Mírenla, ahí, durmiendo a esta hora del día! ¿Cuándo, en nombre del cielo, empezarás a demostrar un poco de sensatez?

¿Es que su abuela era realmente tan tonta como para creer que podía despertar a alguien con un galimatías tan débil y tembloroso como aquél? Era lo mismo que si estuviese parloteando para sí entre uno y otro de sus himnos matinales. Sea como fuera, Asta Sóllilja seguía durmiendo, con la cabeza en un rincón, la boca abierta, la barbilla levantada y la cabeza echada hacia atrás, con una mano bajo una oreja y la otra, entreabierta, reposando sobre el edredón, como si pensara en el sueño que alguien llegaría a ponerle la dicha en la palma. Su camisa estaba remendada en el cuello. Y al cabo de unos momentos el preludio continuó.

—Se ve claramente que estos pobres desdichados no tienen un solo pensamiento en la cabeza. ¿Cómo se podrá alguna vez hacer algo de ellos? —A menudo usaba el plural cuando se refería a Asta Sóllilja—. ¡Y casi no tienen una camisa para cubrirse la espalda! —En voz más alta: ¡Sóllilja, te están esperando las agujas, mujer! ¡Ya son casi las nueve de la mañana y pronto será mediodía!

La idea que su abuela tenía del tiempo era para un niño una fuente inagotable de asombro.

El agua continuó describiendo su fascinante curva desde la marmita hasta el colador, produciendo un sonido pesado, hueco, y emitiendo una nube de vapor suculento, aromático. Y Asta Sóllilja

seguía durmiendo. Pero cuando el café terminó de filtrarse, la anciana prosiguió con su tarea de despertarla:

—Toda tu vida no pasarás de una perezosa inútil, Asta Sóllilja.

Pero Asta Sóllilja seguía durmiendo.

—No creas que recibirás el café en la cama, como alguien importante… ¡Una chica de doce años, casi trece, y que pronto será confirmada! Haré que tu padre tome el látigo y te dé unos azotes en la espalda antes de que lleguemos a eso, señorita mía.

Pero esos maitines no tenían efecto alguno sobre Asta Sóllilja.

Sólo cuando la anciana Hallbera se acercó a la cama y sacudió a la jovencita, sólo entonces abrió ésta los ojos. Los abrió con dificultad, con los párpados agitándose de terror mientras contemplaba alocadamente en derredor. Y por fin se dio cuenta de dónde estaba y, ocultando la frente bajo el brazo, comenzó a lloriquear.

Era una mocita de pelo negro, pálida, de mandíbula larga y barbilla firme y una leve catarata en un ojo. Sus pestañas y cejas eran oscuras, pero las pupilas tenían el gris del hielo cortado. La suya era la única cara de la granja que poseía color y forma. Y era por eso por lo que el niño solía contemplar a menudo a su hermana, como preguntándose de dónde provenía. Era muy pálida; el largo rostro maduro tenía en sí la huella de la preocupación, casi de la experiencia de la vida. Desde hacía tanto tiempo como el pequeño podía recordar, Asta Sóllilja había sido su hermana mayor. Pero aunque los pechos y los hombros carecían de la florida forma de la niñez, pasada ya, o nunca alcanzada, también les faltaba la rotunda suavidad de la madurez. No era una niña; pero se encontraba igualmente lejos de ser una mujer.

—Ahí tienes tu café, Sóllilja —dijo la abuela, mientras colocaba la taza en el rincón más alejado del cuarto—. Eso es todo lo cerca que te lo pondré.

La joven se rascó la cabeza unos momentos, bostezando y sintiendo el gusto que tenía en la boca. Luego tomó las faldas, que guardaba cubiertas por la almohada y se las puso en la tibieza de debajo de las sábanas. Sacó las delgadas piernas de debajo del edredón, metió los pies sucios en gruesas medias de lana y cruzó un tobillo sobre la rodilla de la otra pierna, sin pudor y en forma tal

que, cuando el niño estudiaba sus piernas inmaturas, siempre llegaba a la conclusión de que, a pesar de ser su hermana mayor, era, ello no obstante, por lo que a él concernía, un ser sumamente inferior a los hermanos.

Pero ahora había terminado el período de especulaciones porque en ese momento la abuela le traía el café y despertaba a sus hermanos mayores. Por fin sabría el niño de qué parte le habían cortado la tajada de pan y si la untura de mezcla llegaba hasta la costra y si su terrón de azúcar era grande o pequeño. Ya había luz en la ventana. Una vez más la mañana invernal había logrado abrir sus pesados párpados. Ahora comenzaba el día.

26. Día

Las comidas en esa familia se tomaban, por regla, en silencio y en una atmósfera de solemnidad casi furtiva, como si se llevara a cabo algún oscuro rito impresionante. Todos y cada uno se acurrucaban atentamente sobre el plato que tenían en las rodillas y extraían las espinas del pescado con una precisión digna de un relojero, o, sosteniendo el cuenco bajo la barbilla, tragaban sus gachas con concentrada atención. Era maravilloso ver la cantidad de gachas que el padre solía engullir en un corto lapso. La anciana, de espaldas a los demás, comía sin cuchillo cerca del fuego. Para la comida de la mañana había siempre gachas de harina de avena, morcilla, una tajada de pan, los restos fríos del pescado salado de la víspera y café recalentado y servido con un trozo de azúcar. El azúcar era objeto de muchas expectativas. La madre, que no tenía ni el apetito de un pajarillo, se ponía de pie con dificultad, desde su posición entre sentada y acostada en la cama, y tomaba alguna medicina de una de las ochenta botellas que le proporcionaba su diputado. Su rostro era grisáceo y fláccido, sus ojos grandes y afiebrados. No podía masticar debido a una afección de la boca. A veces el hijo menor pensaba que su padre mostraba poco afecto al sentarse allí, frente a ella, y tragar tantas gachas cuando ella mordisqueaba su porción de pescado con tan evidente desagrado y deglutía el alimento con un lastimoso estremecimiento. Nunca ansiaban tanto los niños un buen trozo de carne jugosa o una gruesa tajada de pan de centeno como cuando habían terminado de comer.

Después de la comida de la mañana, Bjartur se recostaba en la cama —hábito infantil—, roncaba atrozmente durante unos instantes y luego se ponía en pie de un salto, con la expresión de un hombre acosado por increíbles peligros, y desaparecía para ir a echar una mirada a sus ovejas. Una choza, ya completamente

colmada, había sido construida para las ovejas en un extremo del pegujal, pero los corderos y los animales de dos años seguían alojados bajo el mismo techo que la familia. Los hermanos mayores limpiaban los establos, rastrillaban la inmundicia del piso y abrían caminos en torno a la casa, caminos que la nieve que caía empecinadamente volvía a llenar. Las ovejas debían trasponer dieciocho escalones cavados en la nieve para salir de la que caía frente a la puerta, y también era preciso cortar los carámbanos de la ventana para que entrara la luz.

Y después de la comida de la mañana, cuando el padre y los hermanos mayores habían ido a ver a las ovejas, entonces, y sólo entonces, comenzaba el día en el pegujal, comenzaba en serio, comenzaba en su largo y en su ancho, un día con su noche que nadie podía prever. La luz era escasa debido a la pequeñez de la ventana y al espesor de la nieve. Dos de las camas estaban ya hechas; en la tercera yacía la madre, inmóvil. Su confinamiento coincidía, como de costumbre, con la enfermedad que raramente duraba más de tres meses y que la tumbaba todos los inviernos con tan leal regularidad. También había tenido un niño para el alcalde y el sacerdote, el año anterior, y en esa ocasión debió guardar cama durante cuatro meses. De tanto en tanto se acomodaba en una nueva posición, conteniendo los gemidos y moviéndose lenta y cautelosamente debido a las molestias que le ocasionaba el estar continuamente acostada. En el borde de su cama, ante la ventana, está Asta Sóllilja, tejiéndose un chaleco. Se halla sentada de tal modo que los pies se le bambolean, sin llegar al piso, pero, naturalmente, en esa posición puede apoyar de tanto en tanto la cabeza contra la pared. Ocasionalmente se recuesta contra la pared y dormita.

La abuela tomó su rueca y comenzó a hilar.

Y el chirrido de la rueca de los largos días llenó la casa. Y esa rueda que giraba era como la rueda del tiempo, que se lleva nuestras almas, cada una a su propia tierra.

El pequeño Nonni puede ahora jugar durante un rato. De modo que arrea sus cuernos de ovejas a los pastizales, por todas las camas, metiendo algunos de ellos bajo las vigas, son picachos de montañas, aunque en realidad las ovejas trepan por la parte interna

de los picos, y amarra las mandíbulas de sus vacas, a los pies del fogón, porque en eso se diferencian Bjartur de la Casa Estival y él: el pequeño Nonni tiene diez vacas. Luego parte en largos viajes sobre los huesos de las patas de los animales, orientándose en los lugares desconocidos de atrás de los páramos y las montañas y cabalgando en sus caballos hasta los fiordos, en largos y duros viajes, porque en ese cuarto hay distancias incalculables, si es que un viaje se hace de acuerdo con leyes que sólo él puede comprender. Incluso las cabeceras de las camas son peligrosas veredas montañesas, completas, con sus cañadones, sus aludes de nieve y sus fantasmas. Se ve obligado a pasar la noche en un lugar del camino (bajo la mesa, junto a la ventana). Sólo en primavera reaparecen las distancias de la realidad con el deshielo y la mejoría de la salud de su madre, y entonces empiezan a disolverse las extensiones de la habitación. Y tan oscuras son esas distancias que, a pesar del largo viaje, el lugar de destino, junto a la trampilla, no está a más de un palmo de distancia de su camastro.

Al llegar al pueblo echa un parrafito con el médico y el comprador. Compra una enorme carga de uvas pasas, porque en su casa se vive exclusivamente de esas cosas, ciruelas pasas en cajones, uvas pasas por costales, azúcar en pilón. En su dispensario el médico tiene tantas botellas de medicina como ovejas el alcalde, unas quinientas, más o menos. Pero, por extraño que parezca, el niño no compra ni una gota. Por lo tanto, se niega a prometerle al médico su voto en compensación por las medicinas, como lo hacía su padre. Jamás ha conocido nada de olor tan fétido, nada de sabor tan amargo como esas medicinas del médico. En el fondo sospecha que son ellas las que impiden que su madre sane, e incluso que su padre las compra para estar seguro de que su esposa no se levantará, y que el médico es cómplice de la conspiración. Por ese motivo no le agrada el médico y se niega a hacer llegar al Parlamento a un hombre así, con su voto. Vota, en cambio, por el comprador, por simple respeto a sus uvas pasas. Y entonces el médico se enfurece y amenaza con llamar al alcalde. Pero el niño no teme; promete saldar su deuda dándole al médico un perro viejo, un hueso de la pata de una oveja, y esto provoca una violenta riña en Fjórdur.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué es todo ese barullo? —exclama su abuela. Pero el pequeño no responde por el momento porque su abuela pertenece a otro plano, a otras dimensiones. Si la anciana continúa hablando sería, cuando mucho, como una leve nevada del norte.

—Si no puedes vivir en paz contigo mismo, tendré que hacerte probar la correa.

—Abuela —dice entonces el chiquillo—. Tú no existes. No eres más que una tormenta en el aire. Estoy viajando al pueblo.

—¡No seas tan tonto! —responde la abuela—. ¡Tendrías que avergonzarte de ti, un chico tan grande con fantasías tan enormes en mitad del día! ¡Y todavía no sabes tejer siquiera!

El niño interrumpe la discusión con la burguesía de Fjóróur y dice:

—¡Vaya! ¿Qué les dije? ¡Está por levantarse una tormenta! —Y, esparciendo apresuradas despedidas, se vuelve a casa a toda velocidad, corriendo por los serpenteantes caminos que pasan por encima y por debajo del piso. Pero a mitad de camino su abuela le alcanza como una borrasca, surgiendo sin previo aviso en el páramo, de modo que él muere en el páramo y es puesto en la cama de la abuela, donde se le entregan las agujas.

Enlazando lánguidamente el hilo en torno del dedo, comienza a tejer. Es el mismo pie de calcetín con el cual viene luchando desde hace una semana y, sin embargo, está lejos de terminarlo. Parece que nada quiere avanzar en esos días, que todo está dispuesto a arrastrarse tan lentamente como le sea posible. No se ve el fin de nada, ni el fin del calcetín, ni el fin del día, ni el fin de la vida en el hogar. El análisis de esa interminable demora le da mucho sueño. Luego, repentinamente, recordó que había muerto en una tormenta, en el brezal.

—Abuela, soy un fantasma —dijo bostezando.

—Pobre desdichado, todavía no has oído nada bueno hoy, ¿eh?

No, era cierto, ahora que lo pensaba, aún no había oído nada bueno, y peores cosas podían sucederle que escuchar algo bueno. Su abuela se quedaba tan absorta con frecuencia en el algo bueno que le recitaba, que se olvidaba de reñirle por su tejido, en especial si era realmente bueno:

In dulce júbilo
está el deseo del alma;
in prencipio
el coro celestial,
alfahesido,
alfahesido.
Oh Jesú parvuli
mi alma descanse en ti,
oh pura optimi,
en tu reino libre,
oh príncipe de gloríi,
adelante, apostea;
adelante, apostea.
Oh de Pedro Caritas,
oh santa Penitas,
de su costado desgarrado
por nostra crimina
y todo pecado perdonado
cielorum gaudia,
¡Oh, estar allí!
¡Oh, estar allí!
Ahora llega gaudia donde se puede oír
Que los ángeles del cielo
Cantan los cánticos
Y suenan los trombones
Entra la curia.
¡Oh, estar allí! ¡Oh, estar allí!

Y así sigue y sigue. Los himnos nunca parecen tan largos como en la niñez y nunca es su mundo y su lenguaje tan ajeno al alma. Lo contrarío ocurre en la vejez: las horas son entonces demasiado cortas para los himnos. En esos piadosos versos antiguos, añejos, sagrados y salpicados de latines, que la vieja había aprendido de su abuela, en ellos estaba oculto su otro mundo. Su ritmo, acompasado con la presión regular de la cacerola, era su música, a la que ella se entregaba hasta que las paredes del estrecho cuarto se alejaban flotando hacia los horizontes de la eternidad y la anciana se

encontraba sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo, el hilo roto, la rueca silenciosa. Con el eco del verso que resonaba en su alma y en sus labios, comenzaba a buscar el hilo del huso, y, cuando por fin lo encontraba, pasaba el extremo del tubo y despertaba al niño.

—¡Cielos, qué visión lamentable! —dice—. Hoy se asemeja a una red de pescar salmón, ayer no se podía pasar un clavo por la malla. Dos lazadas en torno al dedo, tonto, o te lo desharé todo.

Ahora hay que encontrar algún método de escapar a esas invariables críticas cotidianas, aunque sin poner abiertamente en tela de juicio los propósitos que las animan. Ello puede conseguirse de varias formas. A veces se puede engatusar a la anciana para que recite otro himno, otras para que le cuente un cuento, pero lo más seguro es desviarle la atención hacia algún escándalo más flagrante que un par de puntos sueltos. Hoy tiene suerte. Asta Sóllilja se encuentra recostada contra la caída del techo, con la cabeza bamboleándose hacia delante, las agujas inmóviles en sus faldas, profundamente dormida.

—¡Abuela! —exclamó el chiquillo, grandemente ofendido—. ¡Asta está dormida; mira!

Y así consiguió el pequeño apartar la atención de la abuela de su persona y dirigirla hacia Asta Sóllilja, ese ser soñoliento que tenía extrañas formas y que era, si debe decirse la verdad, sólo una mitad de ser humano. ¡Piadosos cielos, qué visión lamentable! Pero cuando Asta Sóllilja fue despertada con todo el adecuado ritual, todo volvió a comenzar y el día parecía no haber avanzado ni un centímetro y su madre se quejaba tan penosamente como siempre y oh pura optimiy adelante, apostea.

Adelante, apostea.

La rueda había comenzado a girar nuevamente antes de que el chico recordara que hacía cierto tiempo que era un fantasma.

—Fantasmas… —observó—. ¿No consiguen ellos lo que quieren?

—¡Oh, bobadas!

—Pueden hacer lo que les plazca, ¿no es cierto?

—Continúa con tu tejido, tonto.

—Abuela, ¿quieres contarme un cuento de fantasmas?

—¿De dónde tengo tiempo para cuentos?

—Un solo fantasma.

—¿Qué cuentos puedo saber de fantasmas yo, una vieja que siempre está en cama y no puede recordar nada?

Pero, al cabo de unos momentos, podía escuchársela mascullar para sí. Era como el primer susurro de un ventarrón que pronto soplaría con todas sus fuerzas. Sus cuentos estaban todos cortados con el mismo molde. En la hambruna que vino después de la Gran Erupción, la gente comía trozos de cuero y estaba tan delgada que los piojos la perforaban; su abuela podía recordar esa época. Hubo una vez un cincelador francés —esto ocurrió cuando yo me encontraba en el sur—, y el barco fue lanzado a las arenas de la playa por una espantosa borrasca. La tripulación pereció en un banco de arena, un rico granjero se robó todo lo que llegaba flotando a la costa, incluso una barrica llena de dinero y un barril repleto de clarete. El capitán volvió a la vida, lo mismo que el cocinero, y persiguieron al ladrón hasta la novena generación; todavía no se ha librado de ellos; hay muchos relatos al respecto. Dos hermanos fueron al mercado, uno volvió a su casa por la mañana, el otro quiso quedarse un día más. Era un largo camino, cruzando las montañas. Se desató una atroz tormenta, pero el hermano logró llegar a su choza. La choza era muy frecuentada por los fantasmas. Afuera los fantasmas aullaban horriblemente. El hermano apiló más piedras contra la puerta y rogó para que el espectro jamás medrase. Por la mañana hubo una intensa helada, pero la nieve había dejado de caer. El hermano quita las piedras y abre la puerta. Pero, al abrirla, cae hacia adentro su hermano, muerto de frío. Éste volvió a la vida y se apareció a su hermano en forma de fantasma. Ilimitados espacios con insondables derrumbes de nieve, precipicios sobre los cuales los hombres caían ciegamente y morían, ríos helados en cuyos pozos la gente caía y era arrastrada bajo el hielo hasta el mar y cobraba vida, golpeaba ventanas y recitaba poesías. Monstruos marinos que atacaban a las personas al pie de los riscos y destruían las casas cuando las mujeres estaban solas. El espectro Kólumkilli, dicen, es inmortal y la bruja Gunnvór vivió en ese pegujal e hizo un convenio con él y asesinaba a la gente, hay muchas historias en cuanto a eso, historias

interminables, y finalmente fue desmembrada ante la puerta de la iglesia de Myri, el día de Trinidad, y le cortaron los miembros; ningún hombre de Dios o de bienquerencia fue huésped de Gunnvór, me rompió la costilla, la pierna, la cadera. Y si Kólumkilli me llamara, esto es lo que me diría: tuétano y sangre, tuétano y sangre, y trololó…

De pronto Bjartur asomó la cabeza por la trampilla y gritó:

—¡Pon la marmita en el fuego, Hallbera! ¡Tenemos visita!

Apartando la rueca en mitad del cuento, la anciana respondió, gruñona:

—¡Oh, no hay necesidad de decírmelo! Algunos de ellos no salen jamás del camino. Y esta mañana una turba de duendes les anunció.

—Sola te ayudará a hacer unas tortas de sartén, y puedes hacer el café tan cargado como quieras, en honor de un hombre que nunca vino aquí hasta ahora; estaba buscando algo, no sé qué. Y nada de vaguear.

Unos momentos después surgieron en la trampilla las facciones netamente cinceladas del alcalde, en su marco de cabellos fuertes, surcados de hilos grises. Llevaba una gruesa chaqueta de montar y una bufanda, botas de piel de foca y largas medias para andar por la nieve; le llegaban hasta el muslo, con los pantalones embutidos en ellas. Su fusta estaba adornada con tres resplandecientes anillos de plata. Iba camino del pueblo y le acompañaba uno de sus mozos de labranza. Tendió dos o tres dedos para saludar y masculló algo que se perdió en su barba. Asta Sóllilja le dejó espacio para sentarse en la cama de los niños, en tanto que Bjartur se sentaba junto a su esposa. El aroma de la primera fritura llegó hasta ellos.

—Bueno, bueno, viejo —dijo Bjartur, como si sintiera más bien lástima por el alcalde—, de modo que está viendo qué piensan sus caballos de los caminos con este tiempo, ¿eh?

—Oh, los caminos están perfectamente bien —respondió el alcalde con tono soñoliento, acariciándose la barbilla y bostezando mientras su mirada vagaba por el cuarto.

—¿Sí? Es curioso. Me parece recordar un tiempo en que usted habría dicho que los páramos eran demasiado peligrosos para los caballos con este espesor de nieve —dijo Bjartur, que siempre se mostraba equitativo en sus tratos con el alcalde—… especialmente

si era yo quien quería usar los caballos. Pero, por supuesto, un hombre sabe bien hasta qué punto debe exigir a sus caballos.

—Bah, no me encontrarás muy a menudo en los páramos sin que tenga motivos para ello —respondió significativamente el alcalde—. Y los caballos son míos.

Bjartur replicó a esa insinuación observando que tanto los ricos como los pobres tenían siempre en la mente algún motivo, ya se encontrasen en su casa o en el desierto, y el alcalde podía decir lo que quisiese pero últimamente había habido mucha falta de nieve por los alrededores, estuviera como estuviese en Myri.

El alcalde respondió que en Myri no estaba peor de lo que podía esperarse a esa altura del invierno. Extrayendo su tabaquera de plata, midió con el dedo una buena porción para mascar, cortó el trozo con los dientes y, luego de reponer cuidadosamente el resto en la tabaquera, cerró ésta con gran precaución. Luego se recostó en la cama, sin mostrarse atemorizado por los piojos.

—Bien, bien, gallo viejo —dio Bjartur afablemente—. Eso es, sí. ¿Y qué novedades hay por ahí en estos días?

El alcalde dijo que, por lo que a él concernía, todo estaba como de costumbre. No sabía cómo le iba a otras personas.

—¿No hay señales de lombrices o diarrea?

—¿Te refieres a mí?

—Oh, usted siempre habla en primer lugar de sí mismo, si le conozco bien.

—Me importa muy poco que tengan lombrices o no, por el precio que se consigue en la actualidad por ellas —contestó el alcalde—. Los condenados animales resultan sencillamente una carga en estos días.

Bjartur se mostró dudoso de que la gente hablase en serio cuando se refería desdeñosamente a las ovejas.

—Lo que es por mí, puedes dudar todo lo que quieras —repuso el alcalde.

—¿Ha limpiado la nieve del campo?

—No. Todavía no me falta heno.

—Ni a mí —aseguró Bjartur.

El alcalde, ahora acostado a sus anchas en la cama, chupaba con todas sus fuerzas y ya había acumulado tanto líquido que

comenzaba a esquivar frases largas. Los ojos, a medias cerrados, pasaban de una cosa a otra, hasta que finalmente se posaron en Asta Sóllilja, atareada con su cocina.

—Hubo ocasiones —observó el alcalde— en que tuviste que pedir a otras personas lo que más necesitabas.

—Bien, la culpa es de la esposa de usted, si se negó a aceptar nada por las pocas gotas de leche que me dio para poner en las gachas de los niños, cuando eran pequeños. Y no le debo ni un céntimo por la tierra, como saben todos, amigo mío, aunque me llevó doce años saldar la deuda.

—Me extraña que sigas usando como siempre la tierra de otras personas.

—¿Eh?

—¿No llevabas algo a la espalda cuando viniste a verme, ayer? Ésta es la cuarta vez, si no me equivoco. Lo que no puedo entender es por qué me compraste tierras aquí, en el valle, si tienes la intención de apoderarte también de mi cementerio.

—Puede que ustedes, la gente de Rauðsmýri, hayan vencido a la muerte —dijo el pegujalero, pero el alcalde no respondió al sarcasmo.

—¿Qué debo decir si me encuentro en el pueblo con el gobernador? —preguntó.

—Que la oveja carinegra que le saqué el otro día de un pantano estaba podrida de tan enferma —replicó Bjartur.

La única respuesta del alcalde fue mover el tabaco en la boca durante unos instantes y luego escupirlo todo en un chorro a los pies de Bjartur.

—¿Qué edad tiene ahora esa chica tuya? —preguntó, sin quitar la mirada de encima de Asta Sóllilja.

—Va a cumplir catorce, la pobrecita. No me sorprendería que haya nacido al mismo tiempo en que hacía el primer pago de la tierra.

—Eso te demuestra quién eres: catorce años de trabajar en esta granja y todavía no tienes una sola vaca.

—Si no hubiese sido porque durante doce años me pesó sobre la conciencia esta franja de tierra, seguramente habría comprado una vaca y contratado, además, gente para que me ayudara. Pero ocurre

que durante toda mi vida sustenté la opinión de que la libertad y la independencia valen más que todo el ganado por el cual agricultor alguno se haya endeudado.

El alcalde lanzó un leve resoplido.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —inquirió.

—Se llama Asta Sóllilja.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, amigo mío, que ella jamás tendrá que depender de nadie, de cuerpo o de alma, mientras yo viva en esta choza. Y ahora, no hablemos más de eso, compañero.

Pero el desprecio del alcalde por la independencia de Bjartur no conocía límites. Y dijo:

—Puedes enviármela a la vuelta del año; a mi esposa le gusta mucho enseñar a los niños a leer y demás. Le daremos alimentación durante un mes, más o menos.

—En Casa Estival hay alimentos en abundancia —dijo Bjartur—. Y esas conmovedoras ñoñerías que, los de Myri, llaman instrucción son probablemente más saludables para los chiquillos que ustedes reconocen como propios.

El alcalde, inclinándose hacia delante, arrojó un inmenso chorro a los pies de Bjartur y luego se pasó adormiladamente la mano por la frente y la mejilla y contuvo un bostezo.

—Yo defiendo a mi gente, usted a la suya —agregó Bjartur sin mirar el salivazo.

—Veo que tu esposa está más o menos como siempre —observó el alcalde—. ¿Cuánto has pagado este año por sus medicinas?

—Eso es otra cuestión completamente distinta. Jamás se me ocurriría negar que he tenido la mala suerte de casarme con dos mujeres que sufrían del corazón, cosa que, como es voluntad de Dios y una suerte impía, no le atañe a nadie, y a usted menos que a nadie.

El alcalde, que nunca se ofendía por una respuesta cortante y a quien, por el contrario, le gustaba más ese tono que cualquier otro, se rascó aquí y allá, porque los insectos comenzaban a morder, y dijo, dirigiéndose a nadie en especial:

—Oh, está bien, no me importa. Pero la esposa piensa que la niña debería recibir alguna instrucción, y acaba de promulgarse una

ley acerca de los exámenes obligatorios. No quiero que nadie dude de mi opinión, eso sí: considero que todo este asunto de la educación será la ruina de las clases bajas.

—En ese caso opino que los que pertenecen a las clases bajas eduquen a los de las clases bajas, y que los que pertenecen a las clases altas eduquen a sus clases altas. Y transmita mis mejores deseos a la Señora.

—Yo no gano nada con que la gente sea educada —prosiguió el alcalde—. Pero eso es lo que quiere el gobierno. Y, de paso, las mujeres, en mi casa, están todas furiosas y dicen que deberías conseguirte una vaca.

—Soy un hombre libre.

—Hmm. ¿Qué quieres que le diga al gobernador si decide averiguar la cuestión?

—Dígale que la gente del páramo está plantada sobre sus propios pies.

—Sí, y está también metida hasta el cuello en sus propias tumbas —resopló el alcalde.

Antes de que a Bjartur se le ocurriese una réplica adecuada, una voz, tenue y temblorosa, llegó desde la región de la cocina.

—Es como dice su señoría: ésta no es vida para seres humanos. Yo viví durante cuarenta años en Uróarsel y siempre temamos alguna que otra vaca. Nunca tuve que pedirle nada especial a Dios durante esos cuarenta años.

—Escucha —dijo el alcalde, como si en ese momento se le hubiese ocurrido algo—, puedo venderte una que debe parir en el verano, un espléndido animal; no da mucha leche, pero tiene vida para rato.

Otra vez con lo mismo, pensó Bjartur, que conocía a su alcalde de antiguo. Esta no era la primera vez que discutían. Resultaba como golpearse la cabeza contra un muro de piedra. Tenía la costumbre de recomenzar donde había dejado la vez anterior, el viejo mulo. Era inútil tratar de hacer que se olvidase de una idea. Difícil es decir si ese rasgo de su carácter irritaba a Bjartur o excitaba su admiración. Y entonces sucedió algo que hizo que Bjartur demorase la respuesta: de pronto Finna intentó incorporarse y, mirando a los dos hombres con ojos afiebrados, susurró

gozosamente:

—¡Ojalá Dios lo permita! —y volvió a acostarse. Sólo cuando se extinguió ese susurro pudo Bjartur encontrar oportunidad de responder al alcalde.

—No habría tenido usted tanto interés en ofrecerme una vaca el año pasado, o el otro, amigo, si no estuviese todavía inseguro a cuanto a que yo haga los últimos pagos de la tierra.

—También podría proporcionarte heno para la vaca —ofreció el alcalde.

—¡Que Dios bendiga a ese hombre! —volvió a suspirar la mujer desde la cama.

—¡Bah, tú recibes tus medicinas de Finsen, muchacha! —dijo Bjartur—. Nunca te han faltado.

El alcalde, que gozaba de cierta reputación local como homeópata, preguntó si podía ver algunas de las medicinas que Bjartur obtenía para su esposa del oficial médico del distrito y diputado, el doctor Finsen. Finna descorrió la cortina de la rinconera que estaba junto a su cama, dejando al descubierto una enorme e imponente colección de botellas de remedios, de todos los tamaños y colores, tres estantes repletos. La mayoría de los frascos estaban vacíos. El alcalde tomó uno o dos, les quitó los tapones y olisqueó. Todos tenían la misma inscripción, escrita con las correctas letras negras del doctor: «Guófinna Ragnarsdóttir. Para ser tomado tres veces al día, a intervalos regulares. Uso interno». Cuando el alcalde hubo olido despectivamente varias de las botellas, las dejó en su sitio con la observación de que hacía ya demasiado tiempo que el viejo pillastre fabricaba sus venenos.

Pero el café estaba ya servido y Bjartur exhortó generosamente al alcalde y a su ayudante a que atacasen con uñas y dientes las tortas, o como quieran llamar a esas cosas. La anciana, todavía murmurando para sí, se movía afanosa ante la cocina, pero Asta Sóllilja, que había escuchado todo lo que se dijo acerca de las vacas y de la instrucción, se chupaba un dedo y contemplaba con respeto la forma en que el alcalde daba cuenta de las tortas de sartén que ella misma había hecho. Los ojos de los chiquillos se agrandaron más y más a medida que el montículo espolvoreado de azúcar disminuía en la fuente y sus rostros se alargaron al tiempo que las

rosas, su romanticismo y su damisela comenzaban a aparecer. ¿Es que no pensaban dejar ni una?

—De paso —dijo el alcalde—, puede que mi hijo Ingólfur pase por aquí en la primavera, por algún asunto de negocios.

—¿De veras? —contestó el pegujalero—. No le prohibiré el uso del camino. Entiendo que en estos días se ha convertido en todo un personaje en el sur.

—Gerente de la cooperativa —corrigió el alcalde.

—¡Ah! De modo que hay alguna diferencia, ¿eh?

—No sé si estarás enterado de que para la lana obtuvo el año pasado un precio triple del que Bruni estaba pagando por ella. Y las ganancias que hizo con los carneros este otoño no parecen haber sido menores.

—Por lo que a mí respecta —dijo Bjartur—, mientras pueda pagarles a usted y al comprador lo que legalmente les debo, tanto me da que se acusen mutuamente de fraude o robo; para mí es lo mismo.

—Sí, todos sois unos cuervos —observó el alcalde—. Vivís y morís completamente confiados al que más os despluma.

—No sé nada de eso, pero, de acuerdo con lo que oí, usted no paga mucho más por lo que compra vivo, amigo. Este otoño me decía el comprador que usted gana de cinco a ocho coronas por cada oveja que vende en Vík. Y ése no fue el cálculo más elevado que me hicieron.

Pues bien, la idiosincrasia del alcalde era tal que, si se le hubiese acusado de robo o asesinato, habría conservado un exterior imperturbable y se habría mostrado, incluso, complacido. Pero había un crimen con el cual no quería que se relacionase su nombre: si alguien insinuaba que estaba ganando dinero, se rompía el hielo y se le desataba la lengua; tal calumnia era más de lo que podía tolerar. Inclinándose hacia delante, abrió la boca para dejar escapar un torrente de palabras, con los músculos de la cara retorciéndosele convulsivamente, los ojos encendidos, y símiles discordantes. En un instante había desaparecido toda su soñolencia.

—Por suerte sucede que estoy mejor enterado de mis asuntos que el comprador de Fjóróur. Y puedo proporcionar pruebas documentales, en cualquier momento, de que mis transacciones con

ovejas me han hecho más daño que el produjeron todos los zorros a todos los granjeros de esta región, hasta muchos kilómetros más allá, durante las dos o tres generaciones pasadas. Tú permites que el comprador te convenza de que compro ovejas en otoño por pura diversión. Pero la verdad del caso es que cuando he comprado ovejas a la gente de esta comarca ha sido por simple caridad. ¿Y qué es caridad? Un individuo va y se mete en unos embrollos que desde el principio hasta el final deberían ser preocupación de dicho individuo; un individuo permite que le engañen y le hagan salvar, a personas irredimibles, del hambre, o de las deudas, o de la bancarrota inminente, y todo por culpa de los impuestos, en lugar de permitir que los tales se vean obligados a vivir de la limosna de la parroquia y que éste tenga que vivir del condado, y el condado del país. Y que todo el condenado país tenga que vivir del infierno. ¿Os invité acaso para gozar del placer de vuestra compañía? No, no invité a ninguno. Pero acudís, de todos modos, y heme aquí. Uno viene a pedir trigo, otro azúcar, un tercero heno, un cuarto dinero, un quinto rapé, cuando a veces ni siquiera yo mismo tengo tabaco para mascar. El sexto viene a pedirme todo eso a la vez, el séptimo exige mezcla de rapé, como si fuese tarea mía la de ponerme a mezclar rapé para la gente, ¿y acaso Bruni se piensa que soy una especie de dispensario de regalos, al cual puede dirigirse todo el mundo para pedir lo que necesite sin pensar en el pago? Y entonces, ¿por qué Bruni no convierte su comercio en un establecimiento para entregar continuamente regalos, si se me permite preguntarlo? No, compañero, puedes decir a Bruni de mi parte que durante todo el año viene a verme una oleada interminable de hombres sin dinero, de hombres que él ha desplumado hasta dejarles en la piel y a quienes ha negado, como si fuese un crimen, que pidiesen al fiado el más pequeño bocado para alimentar a sus tribus de hijos hambrientos y macilentos. ¿Y qué consigues en el otoño de esa gente? Unos cuantos huesos lamentables que podrías levantar con el meñique, y que ni siquiera vale la pena envenenarlos para usarlos de cebo para los zorros.

Después de este estallido, el alcalde rebuscó en los bolsillos, furiosamente, su tabaquera, pero pocas veces continuaba mascando hasta que había convencido a su contrincante o hasta que le había

dejado por imposible.

—Ha llegado el momento —continuó, en lugar de morder el tabaco—, y hace tiempo que llegó, de que todos los agricultores con agallas os unáis, aquí como en otras partes, para averiguar dónde os aprieta el zapato, a fin de que individuos tan débiles como yo, con rentas pequeñas y grandes responsabilidades, no tengamos que cuidar a personas que el comprador está decidido a matar de hambre… y ser llamados luego ladrones por los trabajos que nos tomamos.

—Hubo una época en que la gente habría dicho que usted debía estar enfermo si anteponía los intereses de los demás a los suyos propios —declaró Bjartur.

—No interesa. Pero puedes estar seguro de una cosa, y es que yo podría preparar para tu Finna un remedio mejor que esas malditas lavazas de alcanfor que te entrega el viejo Finsen. Él y Túliníus Jensen son un par de pájaros del mismo plumaje. Por lo que yo sé, jamás ha hecho en el Albingi otra cosa que pedir que se construyesen muelles para el comprador. Ya han sangrado al erario para sacarle subsidios con que construir embarcaderos que, naturalmente, el oleaje redujo a arena en cuanto estuvieron terminados. De modo que ahora decidieron ordeñarlo por valor de otras cien mil coronas para construir un rompeolas que llegue más o menos hasta el horizonte y sirva de protección de los embarcaderos en ruina. ¿Y quién paga toda esta construcción que es arrojada al mar como si fuese basura? Nosotros, los agricultores, está claro; nosotros, a quienes arrancan la carne hasta el hueso por medio de impuestos directos e indirectos. No; si la comunidad agrícola islandesa no quiere convertirse en el mísero felpudo de las potencias mercantiles, es preciso que los agricultores nos unamos en defensa de nuestros intereses, tal como empezaron a hacerlo en la provincia de Pingey hace treinta años.

Se puso de pie, se desperezó y comenzó a enrollarse la bufanda en torno al cuello.

—Bien, bien, mi chiquilla —dijo, deteniéndose ante Asta Sóllilja. Y su mirada era tan cálida y sus facciones talladas tan vigorosas que la niña se ruborizó intensamente y el corazón comenzó a martillearle contra las costillas—. Creo que te daré un par de

coronas. Las jovencitas quieren a veces tener dinero para comprarse pañuelos.

Sacó del monedero una verdadera moneda de plata y se la dio. Hacía tiempo que Asta temía al alcalde, pero nunca le tuvo tanto miedo como ahora. Los niños ni siquiera miraron. Luego él se abotonó la chaqueta.

—Ciento cincuenta por la vaca y ni un céntimo más —dijo—. Y heno según lo convenido.

27. Noche

Pronto llega la noche. El niño ya no se siente tan seguro de sí mismo después de las canciones y los relatos del día, no se atreve ya a dejar que las piernas se bamboleen sobre el borde de la cama. Se acurruca por temor a los poderes ocultos del mundo y teje sin permitirse el más mínimo movimiento. Su abuela y su hermana le dan la espalda, piadosamente atentas al ritual de la cocina. La broza escupe, encolerizada, llenando el cuarto de un denso humo que hace arder la garganta. En ese humo mora la poesía del día, con sus furiosos ventarrones, sus hondonadas y sus espectros per riostra crimina. Aunque las pendencieras voces de los hermanos mayores pueden escucharse de tanto en tanto en las cercanías, no le proporcionan alivio alguno. Y en ese ambiente opresivo los puntos de la calceta se parecen cada vez más a mallas de red. Hace tiempo que tiene dormido el índice izquierdo de tanto apuntarlo rígidamente al aire. En la penumbra del ocaso las dimensiones de la habitación parecen aumentar. La más remota de todas es su madre. Hasta el corazón de ella parece haber desaparecido irrevocablemente en las profundidades insondables de esa bruma que es instinto con poesía de vida, poesía de muerte.

La comida estuvo tensa de esfuerzo y de un helado silencio. Uno o dos de ellos le lanzaron una mirada a Bjartur a hurtadillas y luego se observaron mutuamente. Asta Sóllilja casi no tocó su comida. Pronto estuvieron todos llenos de pescado salado, las patatas se terminaron y nadie quiso más de las gachas que sobraron de la mañana. Asta Sóllilja comenzó a sacar las cosas de la mesa; tenía una asombrosa bizquera. Lo hermanos mayores dijeron algo malicioso en un susurro, y la madre dijo: «Niños», también en un susurro. La anciana tomó las agujas del estante y en mitad de su relato pronunció estas palabras en voz alta:

—¡Muge, pues, muge, pues, mi Búkolla, si estás viva!

—¿Eh? —preguntó Bjartur, malhumorado, desde su cama.

—Toma un pelo de mi rabo y ponlo sobre la tierra —masculló la anciana a su calceta, sin más explicación. En el silencio, la frase sonó como el estallido de la escarcha. Los chicos habían comenzado a empujarse unos a otros cerca de la trampilla. Deteniéndose repentinamente frente a su padre, con un plato en la mano, Asta Sóllilja le miró con el ojo recto y dijo:

—Padre, quiero aprender.

El hielo estaba roto.

—Yo no había aprendido nada antes del invierno en que fui a casa del sacerdote y leí la Saga de Orvar-Oddur mientras me enseñaba mi catecismo —replicó Bjartur.

—Padre, quiero aprender —insistió la joven, humillando la cabeza y dejando caer los párpados, con la garganta y la boca levemente convulsionada, el frágil plato en la mano.

—Muy bien, muchacha, deletrearemos juntos las Rimas de Bernótus.

La niña se mordió un poco el labio y dijo:

—No quiero aprender las Rimas de Bernótus.

—Es extraño —comentó Bjartur—. ¿Qué quieres aprender, pues?

—Quiero aprender cristianismo.

—Puedes aprenderlo de la vieja Hallbera.

—No —dijo la niña—, quiero ir a Rauðsmýri, como dijo el alcalde.

—¿Y para qué crees que quieres ir allí?

—Para aprender a conocer a Dios.

—Basta de esas tonterías —dijo Bjartur de la Gasa Estival.

—De todos modos, quiero ir a Rauðsmýri.

—¿Ah, de veras, mi querida? —dijo él—. Pero ocurre que preferiría criar yo mismo a los chicos de Rauðsmýri antes de permitir que la gente de Rauðsmýri eduque a los míos.

—Quiero ir a Rauðsmýri.

—Sí, cuando yo esté muerto.

—A Rauðsmýri.

—Tu madre también quería ir a Rauðsmýri. Pero prefirió morir antes que ceder. Y murió. Ésa era un mujer. Rauðsmýri es

Rauðsmýri. Yo fui allí cuando tenía dieciocho años, hace cuarenta, y jamás he logrado enderezar la espalda desde entonces. Y todavía no han terminado conmigo. Ahora amenazan con obligarme a comprar una vaca. Pero tu madre murió aquí, en este cuarto, sin dejar que nadie le ofreciera nada. Era una mujer independiente.

Bjartur se sentía sumamente orgulloso de su esposa, trece años después de su muerte. Estaba enamorado de su recuerdo y se había olvidado de sus defectos. Pero cuando vio, por los hombros estremecidos de su hija, que estaba llorando mientras lavaba, recordó una vez más que las mujeres son más dignas de lástima que los simples mortales y necesitan ser consoladas continuamente. Por lo demás, si tenía algún rincón de ternura en su ser, era para ese desliz de chica bisoja, de hermoso nombre, a quien a veces contemplaba los domingos y otras protegía de la lluvia en verano, siempre sin hablar. De modo que prometió enseñarle a leer al día siguiente, para que no tuviera nada de qué quejarse en punto a Rauðsmýri.

—Y puede que esta primavera nos compremos la Saga de Órvar-Oddur. E incluso un pañuelo.

Silencio.

—Tendrías que entregarme ese dinero, chica. Es dinero de Judas.

No hubo respuesta.

—¿Quién sabe? Quizá tenga algún traje para ti, envuelto en mi chaqueta dominguera, en el arcón. Pero tendrás que hacer algo para crecer para la primavera que viene.

—Muge ya, muge, vaca —masculló la abuela a la rueca.

—¡No toleraré estas tonterías delante de los jóvenes, Hallbera! —exclamó Bjartur bruscamente.

—Arráncame un pelo de la cola y ponlo en el suelo.

Las lágrimas de Asta Sóllilja continuaban cayendo sobre los platos.

—He estado pensando —dijo Bjartur— que, puesto que tienes la edad que tienes, es hora ya de que te regale un cordero. Hay un borrego amarillo castaño, de nariz peluda, que no es muy distinto a mi chiquita.

Por algunos momentos permaneció contemplando, un tanto

turbado, aquel cuerpo delgado que tenía sus propios anhelos en un valle tan cubierto por la nieve, que lloraba y no quería ser consolado. Luego se acercó a ella y la acarició unos instantes como si la niña, la florecilla, fuese un animal.

—Cuando llegue la primavera —dijo— te dejaré ir al pueblo conmigo. Eso es mucho mejor que ir a Myri. Podrías ver el mar y el mundo en un solo y único viaje.

Y, mientras la tocaba de ese modo, Asta olvidó su pena, tan pocas eran las veces que la acariciaba. Se acurrucó contra él y sintió que su padre era la fuerza más grande del mundo. Había un lugar agradable en el cuello de Bjartur, entre la camisa y las raíces de su barba. Cuando la boca de la joven se estremece, caliente, de lágrimas, ansia buscar ese lugar y encontrarlo. Y así desaparece la animosidad de la vida, a veces súbitamente. Sólo un momento en el ocaso y desaparece.

De pronto encienden la lámpara.

El pequeño mundo de seres humanos que prolongan su existencia allí, en el olvido de las extensiones heladas, torna una vez más a ser normal. Bjartur talla a cuchillo un travesaño para un cajón de heno, probándolo repetidamente para cerciorarse de su tamaño, con musgo y virutas en la barba y, a largos intervalos, uno que otro verso interrumpido. Los niños mayores cardaban lana. Son ejemplos de dos temperamentos distintos. El mayor, de pelo crespo y miembros largos, un alma tortuosa, inexplicable. El menor, robusto y, como sucede generalmente con la gente obstinada, entusiasta y de genio rápido. El mayor solía hacer carantoñas a espaldas de su padre. En mitad del día se escurría en la casa y rascaba la mesa con las uñas, mirando tonta y obstinadamente a su padre en el ínterin y golpeándose las rodillas una con otra mientras estaba sentado. El hermano mediano se mantenía abiertos los ojos con cerillas, por su propia voluntad, y trabajaba hasta que quedaba inconsciente. Riñen y riñen y se dan continuamente codazos en las costillas; probablemente todo terminará a golpes. Y Asta Sóllilja también tiene lo suyo, bah, apenas es medio ser humano, le falta esto y lo otro y cualquier cosa la hace lloriquear, nadie soñaría siquiera en aullar como hace ella cuando llora. Al fin ha dejado de aullar. Mamá, por otra parte, no está hoy mejor, todo sigue igual

que ayer y que anteayer. ¿Quizás el alcalde podría darle la medicina que la curaría?

Y la rueda sigue girando por el desierto del tiempo.

El pequeño Nonni no piensa ya en la noche y, aunque ha llegado, no la tiene en cuenta, la familia y los utensilios de cocina se deslizan por igual, gradualmente, de sus sentidos, las dimensiones del cuarto se agrandan hasta convertirse en improbabilidad, donde nada es ya posible. ¿Cómo podía haber algo más tonto que un cuarto que se ensancha? Incluso el sonido de la rueca de la abuela ha perdido las cualidades de la proximidad, es como un viento lejano, remoto, silbando entre grietas desconocidas; las mejillas de la anciana, enmarcadas por la capucha, se disuelven en una bruma impertinente. ¿Habrán enviado a nuestra Sola a Útirauðsmyri, para aprender a conocer a Dios? ¿O consiguió una vaca? No, era solamente la perra, junto a la trampilla, bostezando y rascándose y golpeando la pared antes de acurrucarse. Su madre era apenas un recuerdo mudo de un indistinto mundo de canciones, alguna meta que uno estuvo ansiando todo el día pero que ya había olvidado. Oh, estar allí, oh, estar allí. Se acerca la hora que tiene en su seno la meta de todos los deseos, aunque no se haya cumplido ninguno de ellos.

De ese modo llega la noche, antes de que uno se haya dado cuenta de que el largo día ha terminado. Viene disfrazada, en imágenes que se disuelven y desaparecen. Y el niño desaparece, a su vez, del tiempo, justamente con las imágenes.

Su abuela le desata los lazos de los zapatos.

28. Literatura

Amé a una hermosa doncella (Hace tiempo fue mía). Rubios rizos cubrían su cabeza. Voz dulce y cristalina.

Sus pupilas brillantes y fogosas. (¡Qué tiernas sus promesas!). Fulgían como el sol, bajo la sombra Delgada de sus cejas.

La sangre era en su cara un fuego vivo (Sangre roja en la nieve). No pensé —enamorado— en el destino Y el destino cumplióse fatalmente.

En la tierra dejaron a mi amada (Inmóvil en la tierra). Mi vida es hoy un tráfago sin alma. Solo estoy con mi pena.

Con esta canción de las Rimas de los vikingos de Jóm, comenzó Asta Sóllilja su educación. Cuando terminó de silabear una estrofa, Bjartur se recostó en el respaldo del asiento y recitó. Asta se aprendía de memoria cada verso que leía, así como la melodía, y se los canturreaba para sí cada vez que estaba a solas. Todas las canciones de amor de ese grupo de baladas estaban dirigidas a la misma muchacha, que se llamaba Rosa. Asta Sóllilja no preguntó nunca quién podía ser la joven tan altamente elogiada por las canciones, pero la vio a la vez que su padre y la amó con él en el lenguaje primitivo, tosco, de las Rimas, que a nada recordaban tanto como a las piadosas pero desesperantes tallas del eje del huso de su abuela. Sus nociones en cuanto a cómo se compone y se difunde la poesía eran vagas. No podía distinguir entre la voz de su padre cuando las entonaba y el amor que vivió en el corazón de un poeta muerto en un siglo distante, pero contemplaba su imagen en el cubo del agua, en el pueril deseo de parecerse a la hermosa doncella que en la tierra fue dejada.

Pero cuando abandonaron las canciones de amor por las baladas propiamente dichas, el avance se tornó más dificultoso. En este punto las explicaciones de Bjartur servían de poco para disipar la

oscuridad y enmarañaban los pocos pasajes inteligibles. El lector inexperto se perdía, desesperado, en una oscura neblina de palabras impronunciables y difíciles nombre metafóricos que parecían carentes de significado… Los héroes de los vikingos de Jóm, sus viajes y sus batallas estaban muy lejos de la menguada imaginación de la joven. Y cuando el relato llegó a la vida de los vikingos de Jóm, su padre la leyó para sí y reía, mi Dios, qué putañeo, y luego cerró el libro y dijo que le hacía daño a la gente joven escuchar esas cosas, eran sucias. Finalmente los putañeos de los vikingos de Jóm llegaron a tal extremo que se vieron obligados a abandonar el libro del todo. Su padre trajo las Rimas de Bernótus, son mucho mejores para los jóvenes.

—¿Por qué no puedo enterarme de los putañeos? —preguntó la muchacha.

—¿Eh?

—Quiero escuchar algo de los putañeos.

—¡Zorra! —dijo él, y la abofeteó y no le habló durante el resto del día. Después de lo cual Asta no se atrevió a volver a decir tales cosas abiertamente. Y, cuando llegó al pasaje de las Rimas de Bernótus en que el héroe, disfrazado, visita la alcoba de la princesa Faustina, que había sido honrada con el apodo de «Rosario perverso», se ruborizó. Bernótus decía:

Mi corazón no pudo, noble dama, hallar descanso desde que te vi. Bueno es amar con un amor así.

Ella le dijo: Escucha mi promesa: Amar sólo será una voz de tedio si no avivas la llama con tu cuerpo.

Y allí estuvieron toda la noche, la princesa y el caballero, hasta que salió el sol. Asta Sóllilja no dijo nada, ni una palabra, y tuvo sumo cuidado de no levantar la vista. Pero por la noche, cuando se acostaba, se cubría la cabeza con la manta y la pequeña habitación de Casa Estival no existía ya. Era más bien Faustina, de ligeros dedos que pasan el rosario, provocadora, sentada en su alcoba, pensando en el caballero que todo lo conquistaba y esperando su retorno.

Larga, larguísima fue su espera en su casa, después de que Bernótus tuvo que huir de las iras del rey y llegar a Borney, adonde la peor canalla del mundo fue enviada a destruirle. Y ella

permaneció sola en su hogar, en su cámara, mientras él luchaba, también solo, en una playa distante, contra innumerables enemigos, uno contra todos.

Brazos fuertes, hollaba las arenas; a sus rivales combatía, impávido, blande la espada en una mano y quiebra de un golpe atroz la vida a los villanos.

El fiero dardo a Edorleif apuntado, cruza el aire llevando una venganza, el espíritu vil, ya domeñado, en el polvo con su golpe clava.

Sembrando muerte con tremenda furia, torvo, vadea océanos de sangre. Troncha cabezas sin dejar ninguna. En torno suyo, pilas de cadáveres.

Era el recitado de su padre.

Atisbo por debajo del cobertor y ahí estaba él todavía, sentado en el borde de su cama, cuando todos los demás se habían ido a dormir, arreglando alguna herramienta. Nadie se movía ya; la habitación estaba dormida. Sólo él se encontraba despierto, sólo él entonaba entonces las canciones, sentado allí, en mangas de camisa, vigoroso y de anchos hombros, de fuertes brazos y cabellos revueltos. Sus cejas eran peludas, gruesas y salidas como los rebordes de las montañas, pero en su robusto cuello había un lugar cálido, bajo las raíces de la barba. Asta le contempló durante unos momentos, sin que él lo supiera: era el hombre más fuerte del mundo y el más grande poeta; sabía la respuesta a cualquier pregunta, entendía todas las baladas, no temía a nadie ni a nada, luchaba contra todos en una playa distante, independiente y libre, uno contra todos.

—Padre —susurró la muchacha por debajo de la manta, porque estaba convencida de que él era Bernótus Borneyarkappi y ningún otro y que sencillamente era necesario que se lo dijera. Pero él no la oyó—. Padre —volvió a musitar, y no reconoció su propia voz. Pero, cuando llegó el momento, no se atrevió a decirlo. Cuando él la miró un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo, todo el ser, y se encogió bajo el edredón con un corazón que palpitaba fuertemente. Quizás él la habría abofeteado como hizo cuando leían las rimas de los vikingos de Jóm. Hizo bien en no decírselo.

Bjartur bajó a echar un vistazo a las ovejas antes de acostarse.

Ella contó sus pisadas en la escalera; él canturreó a las ovejas, ella siguió todo con gran atención. Él subió la escalera, todavía canturreando; el corazón le latía aún a Asta.

Aunque las voces solas no conmueven.

Tu corazón, mi dama sensitiva, Comprende que mis cantos serán siempre De ti y de tu alegría.

Cuando ella volvió a atisbar, Bjartur había apagado la lámpara. Noche.

29. La vaca de la costa

Fue en el fulgor de un tranquilo día de nieve luminosa, a principios de marzo, cuando sucedieron grandes cosas, que jamás serían olvidadas. Los que han experimentado una cosa semejante sabrán lo que eso significa. Había movimientos en el oeste, en la montaña, extensos, misteriosos. Los muchachos, que para entonces habían comenzado ya a conocer las Rimas, sostenían que se trataba de una tropa de furiosos soldados de paso para el combate. No era ése un pequeño alivio para la monotonía de mediados del invierno, cuando incluso un hombre con un bastón constituye un fenómeno. La tropa descendió lenta y sinuosamente al valle. El pequeño Nonni y Asta Sóllilja habían trepado a la parte superior del montón de nieve caída ante la puerta. Hasta la abuela trepó trabajosamente los dieciocho escalones a la cima del montículo y se hizo sombra a los ojos con las manos. Era una vaca.

—Sí, es una vaca, en efecto —gritaron los niños.

El último en unirse al grupo fue el propio Bjartur, gris de heno podrido y de un humor de perros. No había allí lugar para ganado, no pensaba aceptar que le quitasen el heno a sus ovejas para dárselo a las vacas, ni tenía deseo alguno de arrebatarle el establo a su caballo, a quien debía más que a ningún otro animal viviente, aparte de la perra, para entregárselo a una vaca desconocida… Después de lo cual desapareció y no volvió a mostrarse de nuevo antes de que se solicitara formalmente su presencia.

Y la procesión siguió arrastrándose a través de los marjales, la vaca seguida de su forraje transportado en un trineo arrastrado por un caballo. Era una vaca de la costa.

—¡Sí, en efecto, es una vaca de la costa! —gritaron los chicos.

No era muy grande. Sobre el lomo y los flancos tenía una manta de la que emergía una cabeza gris moteada, asombrada y suspicaz,

y bajo las ubres llevaba atado un harapo de lana, para impedir que las tetas se le arrastraran por la nieve. Era como si Guóny, el ama de llaves de Rauðsmýri hubiera cruzado la montaña en un día de invierno, poco acostumbrada a viajar y mal preparada para ello. La respiración pendía en nubes humeantes, en torno a las fosas nasales de la vaca, en el aire tranquilo, helado. Tenía escarchado el pelo junto a la boca. El humo de la chimenea y el olor de la casa le despertaron aun más la curiosidad. Husmeó y bufó, y trató una y otra vez de lanzar un mugido, como a modo de saludo, pero el bozal le apretaba demasiado los morros.

La anciana se acercó cojeando, apoyada en su bastón, para recibirla.

—Criatura tres veces bendita —mascullló—, bendita sea y bienvenida.

Y la vaca husmeó a la anciana y, como si la reconociera inmediatamente, trató varias veces de mugirle un saludo.

—Criatura tres veces bendita —musitó nuevamente la vieja. Era lo único que se le ocurría, ya que nunca había hablado a nadie en forma tan bondadosa. Acarició las mejillas escarchadas de la vaca y un bramido profundo recorrió la garganta del animal. Se entendieron en seguida. Pero ello no obstante, lo extraño de ese lugar de parada seguía fascinando a la recién llegada. Sus movimientos eran aún un tanto atemorizados, sus patas se movían continuamente. Temblaba un poco, respiraba con inquietud, bufaba, se quejaba.

Bjartur preguntó a los visitantes qué querían. ¿Qué querían? Se les había dicho que le trajeran una vaca. ¿De quién? Del alcalde, por supuesto.

—Ojalá que sea él, entre todos los hombres, el más maldito por sus regalos —declamó Bjartur al estilo de las sagas, y estuvo a punto de amenazar con afilar su cuchillo.

—Como quieras —dijeron los otros.

—Durante treinta años el alcalde ha estado haciendo lo posible por minarme el terreno bajo los pies, y si cree que una vaca lo logrará, podéis decirle que se equivoca —dijo Bjartur. Y el resultado de todo ello fue que la vaca quedó alojada en el establo de Blesi, adonde se le llevó heno seco para que se acostara, en tanto que la

yegua era aposentada en el redil contiguo, que antes fuera para los corderos más débiles. Bjartur taponó cuidadosamente todas las hendijas a través de las cuales había peligro de que penetrase luz o aire. Había cuidado vacas anteriormente y sabía, por experiencia —la experiencia milenaria de la nación— que los animales de ese tipo no deben tener comunión con esos elementos si se quiere que den leche.

Pero, cuando los mensajeros se disponían a volverse, Bjartur les rogó que se quedaran unos momentos y, luego de rebuscar durante unos instantes en la cama, extrajo finalmente un viejo guante que guardaba en el colchón de su esposa.

—Informaréis al alcalde —les dijo— que hasta ahora no le he adeudado más que lo que se convino. Si tiene la intención de embargarme las ovejas el próximo otoño, será mejor que abandone la idea. Y os pongo a vosotros por testigos de que, si considera insuficiente esta cantidad, debe llevarse este animal no más tarde de mañana. De lo contrario me reservo plenos poderes para decidir si lo mataré mañana por la noche o no.

Bien, ése era un comportamiento orgulloso, ciertamente. He aquí un hombre que, en dinero contante y sonante si era necesario, podía exhibir su libertad y su independencia ante las narices del alcalde o de cualquier otro de tierra adentro. Pero los mensajeros se negaron a aceptar el dinero; no tenían autoridad para aceptarlo. Ni siquiera sabían si el alcalde esperaba que fuese Bjartur quien lo pagase. Quizá ya había sido pagado. ¿Que había sido pagado? Por alguna otra persona. ¿Por alguna otra persona?

¿Estaban locos entonces? ¿Habría alguna conspiración detrás de todo eso? ¿Acaso dependía él de alguna otra persona? ¿Quizá pensaban en Myri que era la pobreza la que le había impedido comprar una vaca? No, camaradas, no le faltaba estiércol ni buñuelos, y lo que era más, tenía bastante dinero. Naturalmente, iba contra sus principios eso de comprar vacas a expensas de sus ovejas, pero, si era necesario, podía comprar tantas vacas como cualquiera y pagarlas en el acto. Desde que comenzó a trabajar con la granja había tenido en vista una meta distante. Sabía perfectamente bien lo que haría con el dinero. ¿Y qué sería? ¿Qué? Si tenéis órdenes de preguntármelo, entonces podéis decir que quizá

me construiré un palacio con él. Y que lo rodearé de un huerto. Adiós.

Pero no pasó mucho tiempo sin que la vaca de la costa se hiciese amiga íntima de todos los moradores de la Casa Estival, excepto de Bjartur, la perra y la vieja Blesi. Esa noche, cuando la anciana ascendió penosamente la escalera con un poco de leche en el fondo del cubo y entregó a cada uno de los niños una taza de deliciosa golosina, y a Finna una buena cantidad en un cuenco, pudo decirse que una nueva era había comenzado en ese valle entre pantanos. Desde principios de marzo la vida pareció apresurarse en todo; apareció la primavera en esas almas estrechas que vivían allí, rodeadas de desiertos helados. Los hermanos cesaron en sus continuas pendencias y dejaron de lado todos los apodos desagradables y las amenazas de represalias. Asta Sóllilja terminó su chaleco y comenzó, sin extemporáneas soñolencias y con la industriosidad, la previsión y el optimismo que tales prendas exigen, un nuevo par de calzones. E incluso de la memoria de la abuela, deshelada, surgieron mejores himnos, más fáciles de entender, salpicados de menos latinajos. Los fantasmas de sus relatos se tornaron súbitamente menos dañinos que antes. Y hasta recordó, de pronto, a un famoso fantasma del sur que hacía lo que se le pedía, siempre que le diese su taza diaria como a las demás personas. Sus descripciones de la suerte corrida por viajeros perdidos en la nieve no eran ya perturbadoras. Había incluso ocasiones en que hombres caídos en precipicios eran rescatados al cabo de dos días, por increíble que ello pudiese parecer, y que alcanzaban una madura y honorable vejez, aunque con ambas piernas quebradas. Pero un portento más grande aún fue que no había transcurrido una semana y ya la mujer de la casa se levantaba de su cama y probaba sus temblorosas piernas por el cuarto, sin ayuda de los demás. Se acordó nuevamente de que podía hablar y comenzó a preguntar por la leña tres semanas antes de terminar el año, cuando se levantó de su lecho invernal de enferma. Averiguó incluso el estado de sus ropas, y todas estaban perforadas de agujeros, de modo que encontró su aguja de remendar y se sentó en la cama a remendarlas. Una mañana —ni más ni menos— se levantó de la cama antes que los demás y encendió el fuego con sus

habilidosas manos. Esa mañana hubo mucho menos humo en el cuarto, la broza comenzó a chisporrotear mucho antes, el café se calentó más rápidamente. Y otra mañana, cuando Bjartur bajó encontró a su esposa junto a la vaca. Había estado dándole el pienso y limpiándola, y ahora se hallaba junto a ella en el pesebre, rascándola y hablándole.

—Nunca se me ocurrió que la maldita vaca tuviese que ser servida antes que los demás —gruñó él, y comenzó a dar de comer a sus ovejas.

Pero desde ese día en adelante se convirtió en una costumbre cotidiana para Finna la de levantarse todas las mañanas para dar de comer a la vaca. También le llevaba agua y cuidaba de que el piso del establo estuviese siempre seco y cómodo; las vacas siempre se muestran agradecidas ante tales atenciones. Ordeñaba con sus ágiles dedos y sostenían largas conversaciones. Finna poseía una intuición que tornaba inútil la milenaria experiencia de la nación, y, por lo tanto, ocasionalmente dejaba la puerta entreabierta unos minutos y sacaba el tapón de turba del agujero del techo, si el día era bueno. La vieja Blesi se mostraba insatisfecha con la cercanía de esa enojosa vaca de la costa. Su humor se había tornado incierto y ya no le agradaba ese tipo de compañía en los años de su vejez. Ya era bastante malo tener al reverendogudmundur y a su hermano en el corral, al otro lado del desagüe, riñendo y maldiciendo toda la noche. A veces permanecía de pie durante horas y horas, con las orejas echadas hacia atrás en señal de desprecio, aguardando la oportunidad de estirarse por encima del tabique para robar un bocado del magnífico heno de Rauðsmýri que le daban a la vaca. Si no podía dormir por la noche, la mordía cuando le era posible. De modo que la propia Finna clavó otro travesaño entre ambos animales.

—Se merece que todos la cuidemos —dijo, llena de cariño y reverencia.

—Entonces no me queda más que desear que estés dispuesta a pagar los jornales al hombre que siegue heno para ella durante el otoño —replicó Bjartur—, pues puedes estar segura de que no mataré a ninguna de mis ovejas en beneficio de ese viejo parásito gotoso.

—Sé que Dios protegerá a nuestra querida Búkolla —dijo su esposa con lágrimas en los ojos. Comenzó a acariciar a la vaca con más ternura que antes, porque esa mujer conocía a Dios a su modo y le encontraba en una vaca, como hacen en Oriente, donde el Todopoderoso se revela en las vacas y la gente adora a esas sagradas criaturas.

Ese año tenían una primavera bastante decente. La tierra estaría pronto libre de nieve. Bjartur comenzó a llevar sus ovejas a los marjales, donde buscaban las hierbas primaverales, los famosos primeros brotes que lo curan todo, siempre que las ovejas puedan tolerarlos. Las ovejas madres, naturalmente, nunca estaban muy animadas, ni siquiera en la primavera más tibia, y, aunque ese año se encontraban en mejor condición que de costumbre, la que cruzaba fatigosamente los pantanos era una majada perezosa, de cuellos flacos y débiles balidos. Con sus mugrientos vellones, eran la imagen de la melancolía. Bjartur vagaba en torno, presto a sacarlas si se empantanaban, pero ese año muy pocas de ellas mostraron deseos de quedarse inactivas en los aguazales, aun cuando se hundiesen hasta las corvas. Pronto se derritió la nieve de los hoyos. El sol lucía sobre los pálidos y marchitos pastos del invierno, sobre el henchido arroyo, sobre las ciénagas que se deshelaban y olían a crecimiento y decadencia.

En alguna parte, en la cálida brisa, el chorlito dorado entonaba sus agudas y tímidas notas vernales, porque los primeros amigos del brezal habían llegado volando al hogar, desde el sur. El gárrulo archibebe seguía al pastor hasta su casa, casi hasta la puerta, convencido de que sencillamente era necesario que le relatase esta divertida historia, de la que jamás se aburría: ji, ji, ji, ji, ji, ji. El pequeño Nonni tomó sus tibias, sus mandíbulas y los cuernos y los llevó afuera. El arroyo estaba casi tan grande como el mar, tan grande que era posible imaginarse que el mundo se encontraba al otro lado. Al cabo de uno o dos días el arroyo volvió a empequeñecerse y ya no quedó más nieve en la montaña. ¿Había, pues, el arroyo perdido su encanto? No, lejos de ello. Fluía claro y jubiloso sobre las relucientes arenas y los guijarros, entre sus orillas, blancas de pastos marchitos, con una alegría eternamente nueva desde hacía mil años. Y relataba cuentecitos, en su propio y

minúsculo idioma, con sus pequeñas inflexiones propias, en tanto que el niño permanecía sentado en la orilla y escuchaba durante mil años. El niño y la eternidad, dos amigos, y el cielo limpio de nubes e interminable. Sí.

30. Burguesía

El alcalde llega a caballo hasta el vallado, camino de su casa, desde la costa. Viaja, como en su anterior visita, con una escolta, pero en esta ocasión su séquito está más de acuerdo con su dignidad. Se trata de su hijo y su hija, ambos recién llegados del sur: Ingólfur Arnarson, el gerente de la cooperativa, y la hermosa Auður, de veinte años de edad, dueña de una nueva educación. La gente ha dejado la labor en el campo y, apoyándose sobre sus rastrillos, contemplan el portento con ojos maravillados. Bjartur se dirige a la casa, dejando las ovejas y los indefensos corderos que estaban pariendo. La hija se niega a descender al barro y permanece a caballo, pero el alcalde desmonta, aunque evidentemente aburrido por todo lo que sucede. Y también desmonta el gerente, de enormes botas. El alcalde hace su acostumbrado saludo, ofreciendo no más de dos dedos. Pero para Ingólfur Arnarson un apretón de manos es una cuestión distinta. Representante del mundo, de la vida de poderío, privilegio e infinitas posibilidades de que pueden gozar aquellos que viven en íntimo contacto con el gobierno, Ingólfur Arnarson no es hombre de mostrarse tímido con las clases inferiores. No tiene escrúpulos en estrujar la zarpa de Bjartur. Llega incluso a palmearle el hombro. En rigor, por un momento parece que está a punto de abrazarle y besarle, y quién sabe qué más. Naturalmente, es su madre que surge en él. Y de ningún modo es ya el irresponsable estudiante cuya idea de una buena diversión consiste en matar un domingo a los indefensos e inofensivos pájaros que vuelan sobre los marjales de otra persona. No, con el discurrir de los años había adquirido una conducta sobria, patriótica, y también la corpulencia que resulta tan necesaria para los que quieren que lo que dicen lleve un poco de convicción en una reunión. Ha aprendido a poner autoridad en sus palabras y

ademanes, a abombar el pecho, a llevar erguida la cabeza. Pero Bjartur de la Casa Estival es el hombre que era a los ojos de Asta Sóllilja; siente poca consideración hacia sus superiores, por patrióticos que éstos sean, y a su sombra todos ellos parecen sufrir una incongruente pérdida de dignidad, cierta deformación, como si de pronto les hubiese crecido un sexto dedo o un tercer ojo.

—¿Puedo ayudar a la joven, para que no se quede patizamba de tanto estar sobre la silla? —preguntó Bjartur cortésmente. Pero, en cuanto hubo terminado de hablar, la aludida saltó del caballo sin ayuda y se dirigió al empedrado por sus propios medios. Llevaba pantalones de montar y relucientes botas que le llegaban hasta las rodillas, y era saludable y fuerte como una planta que crece en las laderas que miran hacia el sur. Elegante, lozana, viajera recién llegada del sur, se detuvo ante la baja puerta, sobre el empedrado que Guðbjartur Jónsson y sus hijos —los muertos y los vivos— necesitaron doce años para comprar, y dieciocho años antes que eso. Estaba allí, ella, que tenía su hogar en el suave camino que llevaba a un inmortal edificio semioculto entre flores.

—Gracias, muchas gracias —dijo—, pero no entraremos. Quiero llegar a casa en cuanto pueda.

Pero el alcalde tenía deseos de asomarse arriba, acompañado del dueño de la casa, por unos minutos. Él e Ingólfur querían conversar con Bjartur. Mala suerte, siempre surge algo así. Pero, cuando estuvieron a salvo arriba, después de pasar sobre el barro y la mugre de la entrada, la joven trató de impedirles que se sentaran en las camas, a causa de los piojos, mas el alcalde no quiso saber nada de remilgos —había sido criado entre piojos—. Se sentó, cuidadosa pero sólidamente, en la cama que acostumbraba usar cada vez que visitaba la Casa Estival. Ingólfur Arnarson Jónsson se sentó sobre el arcón de la ropa y luego miró en torno con la cabeza inclinada y el rostro tan radiante como el sol, pero con la helada sonrisa de su madre. La joven se encaramó en la mesa. El alcalde, que se encontraba sumido en una cavilación tan profunda que no respondió a las averiguaciones de Bjartur acerca de las ovejas y el estado del tiempo, permanecía sentado, buscando en los bolsillos con dedos laxos y temblorosos. Apareció en su rostro una expresión de solemne devoción, una expresión casi fanática en su piadosa

gravedad, y su mano, que nunca era demasiado firme, sobre todo cuando sostenía dinero, tembló visiblemente cuando extrajo el monedero. Lo abrió y miró en su interior, pero en tal forma que, gracias a una leve inclinación de la cabeza hacia atrás y llevando el labio inferior hacia arriba, logró retener todo el jugo del tabaco mientras hablaba.

—Ésta es la primera oportunidad que se me presenta de devolverte el dinero que me enviaste el invierno pasado por la vaca. Ya está pagada.

—¿De veras? ¿Y quién es esa persona que piensa que puede jactarse de haberme hecho a mí, a Bjartur de la Casa Estival, un regalo? ¿Que está pagada? Jamás le pedí a nadie que pagase mis deudas, ni aquí ni en ninguna parte. Que se vaya al demonio quien crea que tiene el derecho de saldar mis deudas.

—Muy cierto. Pero el caso es que ya está saldada.

—No acepto limosnas de nadie, ni en el cielo ni en la tierra. Aunque se tratase del propio Redentor, no le concedería el privilegio de pagar mis deudas y le prohibiría hacerlo.

—Bueno, pero no se trata del Redentor. Es la asociación femenina —dijo el alcalde.

—Debería haberlo sabido —dijo Bjartur, y procedió a acumular sobre la asociación todos los vituperios que le pasaron por la lengua. Dijo que no eran más que una pandilla de insolentes calumniadoras cuyo único objeto era hacer que su asquerosa protección fuese aceptada por gente honorable, para convertir a ésta en su deudora y parásita y poder alardear luego de ello, en la tierra y en el cielo—. Pero pueden apostar la vida —continuó— a que mataré a esa condenada vaca vieja y la haré picadillo en cuanto se me antoje, porque no hace otra cosa que quitarles el apetito a los chicos, a tal punto que andan cabizbajos por todas partes, sin energía siquiera para reñir entre sí… aparte del hecho de que torna pendencieras a las mujeres y alienta su testarudez.

—Sí, pero todos, tierra adentro, dicen que tu familia tiene mejor semblante desde que llegó la vaca.

Pero esta observación no tuvo un efecto muy sedante sobre el humor del pegujalero. Nunca despertaban tan fácilmente sus sospechas como cuando los habitantes del valle interior mostraban

alguna preocupación por su bienestar, y ¿hay acaso algún motivo para que ustedes o la asociación femenina se preocupen por mí o por mi esposa, si se me permite preguntarlo? ¿O por mis hijos? Mientras no les deba nada a ustedes ni a la asociación femenina, estaré en mi derecho si les pido que ni ustedes ni la asociación femenina se entrometan con mi esposa o mis hijos. Y es cosa mía, y mía solamente, el que mis hijos tengan o no buen aspecto, y ni los suyos ni ese hatajo de malditas viejas murmuradoras tienen derecho a ocuparse de mis hijos estén bien o no lo estén. Antes de que yo renuncie a mi independencia y mis derechos de hombre, todos los oteros de la tierra de Casa Estival subirán al cielo y todos los pantanos se hundirán en el maldito infierno insondable.

El alcalde no tuvo respuesta para esa andanada, pero su expresión permaneció completamente imperturbable… También él era un hombre independiente, en mayor escala, y en consecuencia tenía probablemente, en el fondo, menos fe que Bjartur en la cariñosa bondad y en la índole cristiana. Volvió a poner en el monedero el puñado de billetes, con la misma gravedad y la misma evidente solicitud, sugiriendo, al hacer así, que, en ese caso, lo mejor que podía hacerse sería devolver esa minucia al lugar de donde venía; por cierto que no obligaré a nadie a aceptarla. Y ahí terminó un acto de caridad que de otro modo podría haber sido tan bello. Uno pensaría que los aristócratas del país habrían desistido de sus intentos de hacer milagros ante ese pegujalero independiente, pero no era así. El gerente, pasándole su tabaquera de plata, llena de rapé aromático, finamente molido, comenzó ahora a hacer su parte en beneficio del trabajador solitario de la nación.

—Bueno, bueno, viejo —dijo—. Veo que todavía estás lleno de vida.

Se sorbió rapé. Cuando hubieron terminado, el gerente insinuó que era posible que Bjartur de la Casa Estival hubiese estado esperándole, sabiendo que venía a tratar asuntos de alguna importancia.

—¿Te he prohibido el uso del camino? —preguntó Bjartur.

—Hubo una vez —comenzó a decir el gerente— cierto movimiento que comenzó entre los tejedores de cachemira, en Inglaterra. Este movimiento resulta de gran ayuda para los

agricultores pauperizados que buscan remedio a la depredación de los comerciantes. Ha cobrado popularidad en Islandia durante el siglo pasado, cuando los campesinos empobrecidos de Pingey, cuyos sufrimientos se debían a la rapacidad de los comerciantes, se unieron en una asociación para la compra directa de provisiones. Esta organización compradora fue el origen del movimiento cooperativista en Islandia, y ahora las cooperativas de consumidores se han extendido gradualmente a todo lo largo y ancho del país, para asegurar a los agricultores precios razonables para sus productos y para las mercancías que necesitan. Estas cooperativas están a punto de convertirse en las más poderosas empresas comerciales del país y con el tiempo desplazarán a toda la clase mercantil. Los desamparados agricultores de Pingey que siguieron el ejemplo de los tejedores ingleses se han convertido en un faro que guía a la joven comunidad islandesa.

«Pues bien, la situación en esta parte del país es la siguiente: el comprador de Fjóróur, que sólo cuida de sus propios intereses, os da a los pequeños propietarios, por vuestros productos, tan poco como le parece conveniente, y luego os vende las provisiones a precios exorbitantes, que os despojan anualmente de enormes sumas de dinero. Tan enormes, en rigor, que, luego de cuidadosos cálculos, afirmo que la estafa que así se hace a los agricultores empobrecidos debe montar todos los años al costo de una casa bien construida, de hormigón; en algunos años al de dos casas, o, por lo menos, al costo de una excelente planta para la producción de electricidad, además de la vivienda adicional ("Oh, no me sorprendería que toda esa electricidad de que hablas la tuvieses en tu propio trasero", interpuso Bjartur). La firma se mete todo ese dinero en el bolsillo, aunque es claro, la mejor parte del mismo es dedicada a los gastos personales del administrador, cuya familia, si bien viaja continuamente a Dinamarca por razones de salud y placer, no consigue sin embargo dilapidar todo el botín arrancado por la firma a hombres desposeídos y reducidos a un nivel de pauperismo. ("¡Bah, también tú has estado en Dinamarca, Ingi, hijo mío!", dijo Bjartur). Como todos sabéis, el administrador se ha construido un magnífico palacio en Fjóróur y ha gastado miles para mejorar el edificio del depósito. (Bjartur: "Bueno, ¿y por qué no habría de

tener el pobre diablo una torre, si se le ocurre?”); y bien: además de todo esto, y cosa también de todos sabida, el doctor representa a la firma en el Parlamento y ha persuadido al Tesoro de que vierta un millar tras otro sobre la firma, en forma de subsidios para la construcción de muelles y rompeolas, el motivo de todo lo cual es que el propio doctor tiene una sustanciosa participación en la pesca transportada por la firma en Fjóróur».

«Aunque vivimos en una región que goza, desde tiempos inmemoriales, de renombre por sus ventajas naturales, sería imposible negar que en cuestiones sociales estamos retrasados con respecto a zonas menos afortunadas. Pero ha llegado ahora el momento —dijo el gerente— de que los patriotas del sur, conscientes de la situación a que han sido arrastrados los agricultores de regiones aisladas, se den cuenta de que es preciso hacer un serio esfuerzo para convencerles de que sigan el ejemplo ofrecido por los pegujaleros de la provincia de Pingey. Debe persuadírseles de que necesitan actuar organizadamente contra esa pandilla de conspiradores que despojan al individuo y al Estado de todas las monedas sobre las que logran poner las garras, para usarlas en el mantenimiento de sus extravagantes empresas. Vosotros, los pequeños arrendatarios, os esclavizáis día y noche en vuestras tierras, sin un trapo decente para cubriros la espalda ni alimentos bastantes para detener el hambre que os acosa constantemente en esta época del año. Durante muchos años no lográis ver ni siquiera un poco de dinero, aparte de unos céntimos aquí y allá, que se cruzan en vuestro camino llevados de la mano de la inseguridad… (Bjartur: “En la Casa Estival hay bastante dinero.”). Quizás un par de coronas por año. Tú mismo, Bjartur, sabes que todo esto es cierto, y sería inútil tratar de adornar esta pobreza con colores agradables. Bien: te pregunto, como a un hombre honorable: ¿cuál es tu opinión sobre este despojo a toda una comunidad?».

Bjartur: —Bien, para serte completamente franco, nunca tuve la costumbre de mirar cuando vosotros, los llamados burgueses, os salpicáis de lodo unos a otros. Jamás ha sido un espectáculo placentero. No me entrometo con el comprador. Sea cual fuere vuestro modo de vida, no es cosa mía, siempre que no tenga nada de qué acusaros. Lo único que sé, y lo único que me importa, es que

mis ovejas progresan después del invierno y que no debo nada a Dios ni a los hombres. Tengo bastante dinero y mi familia, comparativamente hablando, está tan saludable como vosotros mismos, los de Útirauðsmyri, que supongo que no seréis otra cosa que simples mortales, y más saludables que la familia del comprador que, según me decís, es enviada todos los años al extranjero, a continentes distantes, en busca de médicos. Nosotros, los de los páramos, no tenemos deseos de cambiarnos por nadie.

—Pero, mi querido Bjartur…

—No soy tu querido Bjartur. Me llamo Guðbjartur Jónsson, agricultor de la Casa Estival.

—Muy bien, pues, Guðbjartur Jónsson —dijo el gerente con su sonrisa fría, con la cabeza inclinada en arrogante indiferencia—. Y yo me llamo Ingólfur Arnarson. Y, como mi nombre sugiere, soy un pionero. (Bjartur: «Sí, en tu época probaste suerte en todo.»). Quiero colonizar este país y convencer a otros para que lo colonicen. Hace miles de años que la gente se viene matando de hambre en él, junto con sus animales, pero todavía es preciso colonizarlo. Déjame que te diga esto: hay en el país dos partidos que de ahora en adelante no harán buenas migas, que lucharán hasta arribar a una decisión. Por un lado se encuentran los conservadores y los reaccionarios, que hacen todo lo que pueden para mantener aplastados a los agricultores, y a este partido pertenecen los compradores, los dueños de barcos y los funcionarios como el doctor. El otro partido comprende a los que quieren hacer todo lo posible por ayudar a los agricultores. Queremos pagarles un precio justo por sus productos y venderles lo que necesitan sin ganancias para nosotros, mediante la fundación de sociedades cooperativas; además queremos proporcionales mano de obra barata. Eso puede lograrse destruyendo el capitalismo en las ciudades costeras, de modo que los obreros se vean obligados a retornar a la tierra. Y por fin, pero no menos importante, debemos proporcionar dinero a los agricultores, cosa que haremos estableciendo bancos agrícolas, por intermedio de los cuales el Estado prestará a los campesinos capitales para que trabajen, a bajos intereses, a fin de que puedan ampliar sus edificios, instalar plantas eléctricas y comprar implementos adecuados para la

agricultura en gran escala. Éste es nuestro programa, el programa de los nuevos colonos islandeses. Está por comenzar una nueva era de colonización, en la que los campesinos islandeses serán hombres libres en una tierra libre. Exaltemos al agricultor islandés, le pondremos en una posición de honra y reputación convenientes para la clase que nació con el augusto destino de ayudar al Creador en su lucha contra las potencias de la oscuridad.

—Sí, creo que esa última parte la escuché alguna vez —dijo Bjartur, rascándose.

—¡Por el cielo, hombre! ¿Es que no te das cuenta de que te estamos mostrando la forma de ganar dinero?

No, ése era precisamente el punto que Bjartur de la Casa Estival no lograba entender. Por más que lo intentaba, no podía meterse en el cráneo la noción de que los grandes terratenientes y los hijos de los grandes terratenientes quisiesen ayudarle a ganar dinero. «Podían fundar tantas asociaciones femeninas y sociedades cooperativas como se les viniese en gana, pero, hasta que yo pida limosna a los grandes, los grandes tendrán que esperar si quieren que yo les preste servicios. Vosotros, los personajones, generalmente lográis ganar dinero, estéis unidos o no; pero, si por casualidad comenzáis a perderlo, perdéis miles, y jamás me engatusaréis para que ingrese en una sociedad y os pague vuestras pérdidas. Este es el primer año, después de treinta, en que me veo libre de tu viejo. ¿Quién sabe si, con un poco de tiempo, no me será posible construir un magnífico establo para las ovejas y corrales separados para los borregos? Mi ganado ha aumentado, no disminuido. Por lo que sé, tengo sesenta ovejas bien esquiladas, preñadas y veinte corderos, y eso se lo debo a no cargarme jamás con una vaca. Aunque, por supuesto, no existen motivos para que, eventualmente, no sea dueño de tantas vacas como vosotros, los de Rauðsmýri. Y hasta es posible que construya una casa para la familia, por pura diversión, aunque no hay verdadera necesidad de ello; la mayoría de las vigas están en perfectas condiciones, aunque admito que hay goteras aquí y allá, debajo de la cumbrera. Pero convertirme en fianza de un grupo de señorones enzarzados en competencia con el comprador, que siempre me ha tratado con justicia desde la primera vez que tuve algo que venderle, hace de esto más de veinte años…»

—Sí, pero… ¡Hombre! ¿No te das cuenta que de este modo terminarás viviendo de la ayuda de la parroquia?

Y entonces Bjartur estalló, rugió incoherentemente, juró que era un islandés libre y… «y… y todo mes es igual… y… y prefiero que me corten en pedazos, vivo, como a la vieja Gunnvór ante los portones de Myri, y ella no se rindió, sino que les maldijo a todos y murió, y todo resultó cierto. Asociación femenina o sociedad cooperativa, jamás me rendiré…»

—¡Por lo que más quieras, Ingi, vamonos a casa! ¿No ves que estás malgastando saliva con este hombre? Me voy ahora mismo si continúas con esa maldita tontería.

La hija del alcalde estaba cansada ya de esta diversión. Carente de la testarudez de su padre y su hermano, no veía motivos para que ellos, esos hombres de posición, llegaran a tales extremos para tratar de convencer a un campesino de los páramos y para salvarle… como si el hombre no tuviese todo el permiso necesario para ser tan loco como quisiese. Nadie sabe cuánto tiempo podrían haber estado allí si ella no les hubiera interrumpido.

—Esta chiquilla se llama Asta Sóllilja —observó el alcalde a su hijo, y señaló a la hija del pegujalero, que se encontraba en los terrenos de la casa, con su rastrillo, contemplándole con ojos maravillados cuando salieron a caballo—. Tiene trece años.

—¡Vaya, claro! —exclamó el gerente, sofrenando el caballo para mirarla—. Me había olvidado. ¿Cómo te va, Asta Sóllilja? Veo que te has hecho toda una moza.

—¿Has comprado ya ese pañuelo con el dinero que te di el invierno pasado? —preguntó el alcalde.

—El dinero a que se refiere —gritó Bjartur desde el empedrado — se cayó por casualidad en un pantano. Por puro accidente, por supuesto. Pero no nos importó. Era de ese tipo de dinero.

—Sí, siempre fuiste un mulo de cabeza dura —replicó el alcalde.

—¡Oh, apresuraos, por favor! —dijo la hija del alcalde desde el camino—. Volvamos a casa.

—Bueno, bueno, Asta Sóllilja —dijo el gerente—. Estás hecha una muchacha realmente espléndida. Adiós. Y adiós a todos vosotros también.

—Adiós.

31. De canciones

Gradúa el zarapito su postura, lloroso llama el chorlito a su amor; de otros mares surcando la anchura la gris gaviota nos trae su clamor.

… todos los pájaros cantores del sur volvían a su hogar, al páramo y al brezal; el pasto blanco, níveo, del invierno, era una sola cosa con el verde del césped, verde, completamente verde en las cañadas y en todas partes, a lo largo de los hilos del agua, y, sí, tantos días de primavera habían pasado que ciertamente era tiempo ya de soltar a la vaca. Discutieron la cuestión durante unos días, pero Finna quería elegir para la ceremonia un día que fuese cálido y luminoso. Pronto llegó un día cálido y luminoso. El establo fue abierto y soltada la vaca, insegura en sus pisadas, vacilante, bufando y resoplando a través de las fosas nasales dilatadas, asomó la cabeza por la puerta con un mugido de anticipación: de la oscuridad y el hedor del invierno a la luz y la fragancia de la primavera. El cambio era repentino; necesitaba tiempo para adaptarse. Desde el empedrado lanzó un gran mugido al sol y luego, después de adelantar cuidadosamente uno o dos pasos, se detuvo una vez más para inhalar la fragancia del hermoso tiempo. Trató de mugir otra vez, pero aparentemente estaba tan asombrada que no podía hacer nada más. ¿Soñaba? Tantas veces soñó con el sol y los prados verdes, en la oscuridad y la pestilencia de su corral, que casi no podía creer que finalmente su sueño se convertía en realidad. Descendió la barranca con un trote mesurado, pero al cabo de unos momentos no pudo seguir conteniendo su alborozo; esto era, por fin, la libertad. Se lanzó a un galope, torpe y envarado después del confinamiento del invierno, y, agitando la cola en el aire, se dirigió a toda velocidad hacia los marjales. Insensible a toda dimensión, galopó sin rumbo, en grandes curvas y círculos trazados a la

ventura, mugiendo y bramando su canción delicada a la primavera. Y los chiquillos corrían tras ella, riendo y chillando, hasta que finalmente el animal se detuvo en el pantano, enterrada en el barro hasta las corvas y jadeando fuertemente. El día estaba muy avanzado antes de que lograse calmarse lo suficiente como para pensar en pastar.

Durante los primeros días se le permitió graciosamente quedarse en el campo, aunque Bjartur le mezquinaba cada bocado que arrancaba, porque el pasto abonado, aunque en su conjunto no podía hacer más que reforzar un poco el pienso de la vaca, era indispensable para las ovejas hacia fines del invierno. Continuó hablando desdeñosamente del animal que se había introducido en su casa y perturbaba todas las proporciones. Y la perra siguió el ejemplo de su amo. Era ahora una perra vieja y conservadora y, de cualquier modo, nunca había tenido la sagacidad de su madre, que solía aceptar niños recién nacidos, ajenos, y nutrirles para darles vida. A menudo yacía sobre el pavimento, soñolienta y desalentada, pero siempre lo bastante despierta como para seguir con la mirada agria todos los movimientos de la vaca. Cuando menos se esperaba esa actitud, se escurría al campo y, acercándose por detrás, aguardaba la oportunidad de clavar los dientes en las patas de la vaca. Ésta trataba de defenderse y la pateaba con los cascos, o se volvía, con la cabeza gacha, y trataba de espantarla, pero pronto se rendía: la perra era demasiado ágil. Luego se quedaban frente a frente, la perra con salvajes miradas de costado y los dientes desnudos en una mueca, gañeando de tanto en tanto; la vaca agitando la cabeza y barbotando.

—¿Por qué esa maldita vaca no puede dejar tranquila a la perra? —decía Bjartur, que siempre tomaba el partido de la perra contra su rival.

Bjartur estaba un poco preocupado por los niños. Días tras días mostraban éstos menos aprecio hacia el llamado pescado de desecho, pétreos y correosos pedazos de brosmio y bacalao salados y secados al aire, y hacia las salchichas agrias del otoño anterior, de modo que a él le parecía indecoroso que su esposa bendijese a la criatura que le despojaba a los pequeños de su apetito natural por los alimentos que él compraba en Fjóróur a precios tan

exorbitantes.

Luego, un día, la vaca fue llevada a Krók, que es un lugar situado junto a la montaña, un brezal con hondonadas herbosas. Los renuevos primaverales habían crecido por entre los pastos marchitos; los marjales estaban verdes, todo el valle estaba verde. Pero la vaca no se sentía feliz, sola en un pastizal, y trató de cruzar la montaña. Al día siguiente los chicos fueron enviados a buscarla, pero esa compañía no la consoló; quería estar junto a sus compañeras de establo, en Útirauðsmyri, y durante horas enteras mugía en el valle en dirección a la finca. Finalmente perdió todo respeto por los niños y se escapó. Fue una gran persecución. La alcanzaron en la zanja, a mitad del camino de la montaña, enredada en su cuerda, y la condujeron a casa. Se quedó en el empedrado, extenuada y desamparada, hinchadas las venas del cuello, torciendo las orejas de desesperación. Y no dejó de quejarse hasta que Finna se le acercó y la acarició y le habló acerca de la vida. Cuando la vida es una fatiga y la fuga resulta imposible, es maravilloso tener un amigo que nos traiga la tranquilidad con el contacto de su mano. Después de eso Finna decidió que ella misma cuidaría a la vaca. Llevó al pequeño Nonni consigo. Ésos eran bellos días. Eran días serenos y poco expresivos, como los mejores días de la vida. El chico jamás los olvidó. No ocurre nada; uno no hace más que vivir y respirar y no desear nada más, y nada más.

Ésos eran días en que los vástagos de mielga florecían en el erial, en que el brezo abría sus fragantes flores rojas y blancas y las abejas silvestres volaban bordoneando fuertemente, entrando y saliendo de la broza verde. Los pájaros del marjal habían puesto sus primeros huevos, sin olvidarse por ello del amor de sus canciones. A través del brezal corrían límpidos arroyuelos, en torno de los cuales había grandes barrancos para la vaca. Y además estaban las rocas donde vivían los elfos, y la montaña, con el verde trepando por sus flancos. El sol brillaba durante todo el día. Llegaron las brumas y no hubo sol durante uno o dos días. Los montecillos revestidos de brezos se erguían en la neblina, pero las montañas ya no se veían. El musgo se tornó de colores más vivos, su fragancia más y más intensa. Había rocío en el pasto, preciosas redes de perlas en el brezo y en el suelo, donde la tierra se encontraba libre de hierbas.

La bruma era blanca y tenue, y arriba podía verse el cielo, pero el horizonte se encontraba apenas a unos metros de distancia, en la parte superior de una cañada. El brezal ascendía al cielo con su perfume, su verdor y su canción. Era como vivir entre nubes. La vaca curvaba la lengua en torno a las hierbas y las mordisqueaba sin descanso. Incluso estiraba el cuello para alcanzar los mimbres que pendían sobre el arroyo. Y el chiquillo estaba sentado junto a la madre, en el borde del hoyo, tejiendo, y escuchaban a la vaca y al pasto y al arroyo y a todo.

—Hubo una vez un hombre que se había perdido en la niebla, en el largo camino hacia su granja, hasta que le pareció que los arroyos corrían hacia atrás. Por fin llegó a un roquedal que parecía no concluir jamás, y las piedras eran altas como montañas. Al fin perdió toda esperanza de salvación. Llega entonces hacia él una mujer vestida de azul, saliendo de entre la niebla con un blanco halo. «Sígueme», dice la mujer, mas aparte de eso no se intercambiaron otras palabras, ella lo conduce a una pequeña granja donde todo es bello y limpio, y le da un plato de sopa de carne con cebolla, toda cuanto quiso, aquello revivía a cualquier enfermo, y luego le dio café. Después le hizo salir al empedrado y le indicó el camino que le llevaría a su casa. Y entonces se levantó la niebla, y él reconoció el lugar donde estaba, y cuando va a dar las gracias, la mujer ha desaparecido, y la granja ha desaparecido también, detrás de él no hay nada más que las rocas de todo el camino. Tomó entonces rumbo a su casa. Y ya no estaba el roquedal. Y los arroyos corrían ahora, de nuevo, hacia abajo, como de costumbre.

«Y había otro hombre. Iba camino de su casa. Era una oscura noche de otoño. Estaba muy cansado. Había estado en dificultades con el alcalde y el mercader y probablemente no le esperaba otra cosa que vivir de la ayuda de la parroquia. No consiguió pagar sus deudas, el comprador no quería darle más crédito y el alcalde amenazaba con subastar sus cosas. Quizás el concejo le expulsaría, y entonces sus hijos serían diseminados por todas partes, para morirse de hambre los días de semana y ser castigados los domingos. Le esperaban en su casa, y él volvía del pueblo con las manos vacías. Era tan orgulloso que no se atrevió a pedir a otros que le compraran

algo. Sí, sus pasos eran pesados. Muchos pasos pesados ha sentido este campo sobre sus lomos, y nadie lo supo nunca. ¿Qué podía hacer él?»

«Y entonces, de pronto, ve una luz entre las rocas».

«Ha pasado por ese camino infinidad de veces, de día y de noche, y no sabe qué puede ser esa luz que brilla entre los peñascos. De modo que se dirige hacia la luz y encuentra una casita. Un hombre está a la puerta, un joven de facciones agradables. Era el duende campesino. No dijo gran cosa, pero todas sus palabras fueron bondadosas. Tenía el aspecto agradable, pensativo, de los elfos —los elfos no tienen preocupaciones, buscan lo bueno y lo encuentran—. Le dio café con mucha azúcar y crema y, antes de que se diera cuenta de lo que hacía, estaba contando toda sus penas al bondadoso joven. Cuando se separaron, el elfo agricultor le dijo: “Mañana, cuando despiertes, debes buscar en el corredor de tu casa”».

«De modo que el pegujalero se dirigió a su casa y él y toda su familia se acostaron. No se atrevió a contarles sus cuitas. Por la mañana, cuando pasaba por el corredor, ¿qué te parece que vio? Todo el lugar estaba lleno de provisiones apiladas. Había sacos llenos de harina, cajones llenos de azúcar y unos hermosos pescados en un costal. La gente del pegujal jamás había probado un pescado tan exquisito. Había incluso una jarra de jarabe».

«Y hubo una vez un chiquillo. Era un huérfano acogido por unas personas que vivían en un valle, muy arriba, en los páramos, y por eso no le dejaban acudir a la iglesia, cuando todos los demás iban a la iglesia. Tampoco tenía hermanos o hermanas, porque todos le habían sido arrebatados. Era un domingo, en verano. Todos se habían ido a la iglesia, con sus mejores ropas dominicales, cada uno de ellos sobre su caballo, y él se encontraba de pie en el empedrado, viéndoles alejarse, viendo cómo surgían nubéculas de polvo levantadas por los cascos de los caballos en los senderos de junto al río. ¿No crees que se lo tomó a pecho?»

«Se alejó llorando de la granja y subió a las rocas del pie de la montaña, completamente anonadado por la maldad que tan a menudo parece predominar en la vida y hasta regirla. Pero ¿qué te parece que oyó desde las rocas del pie de la montaña? ¡Pues oyó la

más deliciosa canción! No era un solo, ni un dúo, ni siquiera un trío. Era toda una congregación la que cantaba. Se llevaba a cabo un servicio religioso. El chiquillo jamás había escuchado un himno tan encantador. ¿Y de dónde provenía el canto? Y entonces el niño vio que la Roca de los Elfos no era ya una roca, sino una iglesia, y la iglesia estaba abierta al sol y los elfos se encontraban sentados en la iglesia y el sacerdote estaba frente al altar, con vestiduras verdes. Y el niño entró en la iglesia. Jamás había visto gente tan noble y dichosa. Así es la vida cuando se la vive en la paz y la canción. Cuando el himno terminó, el sacerdote subió al pulpito y dijo un sermón… Nunca había oído el chiquillo un sermón tan hermoso o tan conmovedor. Y nunca volvió a oír un sermón semejante. Durante toda su vida lo recordó y meditó sobre él en secreto y trató siempre de vivir de acuerdo con él. Pero no reveló a nadie el tema del sermón. Algunas personas creen que debe haber versado sobre cómo a la postre el bien triunfará en la vida del hombre. Luego el sacerdote fue al altar y cantó con voz cálida y dulce, completamente distinta de la de nuestros sacerdotes de la tierra. Fue como si una mano bondadosa se hubiese posado sobre el corazón del niño. Luego, cuando el último himno hubo sido entonado, toda la gente se puso de pie y salió. Y el niño también se puso de pie y salió. Pero, cuando miró en torno, la gente había desaparecido y la iglesia también. No se veía más que la Roca de los Elfos, tan desnuda y tan pina como siempre, y lo único que podía oír era el gorjeo de algunos pájaros. Nunca volvió a ver abierta la Roca de los Elfos. Pero atesoró el recuerdo de ese domingo para siempre y el recuerdo le consoló cuando le era preciso arreglárselas sin la dicha de que otros gozan en la vida. Y se convirtió en un hombre satisfecho con lo que tenía y con su suerte».

Del cielo blanco de bruma, donde el sol estaba oculto como una deliciosa promesa, le caían en el cabello, mientras le contaba sus narraciones, un millar de preciosas perlas relucientes. Al final de cada uno de los relatos ella fruncía los labios con solemnidad, casi con adoración, como si se tratase de crónicas sagradas. Alisó tiernamente las lazadas en sus agujas. El paisaje estaba amortajado, era sagrado; respiró suavemente. Su mejor amiga había sido una elfina, y ella conoció también a un elfo, el hermano de la elfina.

Pero todo eso fue hacía mucho, muchísimo tiempo, cuando ella vivía en su hogar, en Uróarsel.

—¿He perdido un punto? —preguntó ella—. ¡Ah, bueno, no importa! Lo que se perdió, perdido está. Y nunca volverá.

Pero el niño sentía que importaba. Propuso que fuesen a visitar a sus amigos y se convirtiesen en elfos con ellos, cuando papá y Asta Sóllilja estuviesen en Fjóróur.

—Y llevaremos a nuestra Búkolla con nosotros —dijo.

—No —repuso su madre pensativamente—. Ya es tarde, ¿Quién cuidaría a la abuela?

Eso era más de lo que el pequeño podía contestar. Y continuó observando el rostro de su madre, que era la más noble y la más exaltada de las cosas que vivían en el mundo, sin par en su bondad, su belleza y su pena. Y más tarde, en la vida, cuando pensaba en esas cosas, y en el rostro que reinaba sobre ellas, entonces sentía que también él, como las Montañas Azules, había tenido la suerte de experimentar la santidad de la contemplación religiosa. Su ser había descansado lleno de adoración hacia la gloria que unifica todas las distancias en una belleza y un sufrimiento tales que ya no se desea nada… En la adversidad invencible, en los anhelos imposibles de satisfacer, sentía que la vida, no obstante, había sido digna de ser vivida.

Cuando el violín acalla su armonía y los pájaros tiemblan en sus nidos, cuando la nieve cubre las colinas y ciega los arroyos y los ríos.

A veces en los cuartos de los sueños o muy lejos, en bosques de distancia parece que contemplo al primero de los hombres de Islandia. Como una nota presa entre las cuerdas él estuvo conmigo en la alegría. ¡Que eternamente mis deseos puedan cubrir de paz su gris melancolía!

Las cuerdas aún susurran las palabras que tan sólo el amor podrá quebrar, mas he de hacerle fuerte con mis ansias. No viajará ya nunca en soledad.

Su madre le enseñó a cantar. Y cuando creció y escuchó la canción del mundo, sintió que no podía haber mayor felicidad que la de volver a la canción de su madre. En esa canción se encontraban los sueños más preciosos y más incomprensibles de la

humanidad. El brezal ascendía al cielo en esos días. Los pájaros cantores del aire escuchaban, maravillados, esa canción, la más hermosa canción de la vida.

32. Del mundo

Víspera de San Juan. Los que se bañen en el rocío podrán formular un deseo.

Joven y esbelta caminaba ella junto al arroyo, a los marjales, y pisaba, descalza, el barro tibio de los pantanos. Mañana iría al pueblo y vería el mundo con sus propios ojos.

Durante muchas semanas la perspectiva había llenado sus ensueños diurnos de agradable expectativa. Todas las noches desde el invierno había dormido en un duermevela atestado de fantasías del viaje prometido. A la luz del día o en sueños, se veía partir cien veces, y más tarde se mostraba tan poco dispuesta a perder tiempo durmiendo, que permanecía despierta hasta las primeras horas de la mañana, saboreando la delicia que vendría. Ese día las horas pasaban como una brisa distante; tenía las yemas de los dedos insensibles, las mejillas calientes, no oía nada de lo que se decía. Se había tejido ropa interior de suave hilo gris azulado, ropa que guardó para esa excursión; sólo la miraba los domingos. Y se tejió unas faldas castañas, con dos franjas sobre el borde, una azul y otra roja. Y pocas horas antes su padre había abierto el arcón de las ropas, que era el único receptáculo de la casa que tenía cerradura, y extraído de él un vestido floreado envuelto en su chaqueta dominguera.

—Aunque quizá seas un poco delgada para que te siente —dijo él—, es hora de que comiences a usar el mejor vestido de tu madre. A mi hija no le faltará nada, ni por fuera ni por dentro, el día que salga a ver el mundo.

Ella enrojeció de placer, con los ojos centelleantes. Era un momento solemne. El vestido estaba arrugado, claro, la tela estaba rígida y delgada de tan vieja, pero ni las polillas ni la humedad la habían tocado. Tenía impresa la fértil vegetación de países extraños

y numerosos volantes en el pecho. Pero, aunque Asta SóUilja había crecido a un ritmo increíble en esos últimos meses y su figura comenzaba a redondearse con las juveniles curvas de la vida, era aún una mozuela toda piernas y demasiado delgada como para llenar por completo el vestido. Le pendía flojamente en torno, cayéndole desde los flacos hombros, y se hinchaba ampliamente en la cintura.

—Es como el espantapájaros del prado de Útirauðsmyri —dijo Helgi, y su padre le hizo salir corriendo escaleras abajo. Aparte de su tamaño, el vestido le sentaba admirablemente.

Asta rodeó con los brazos el cuello de su padre, agradecida, y encontró el lugar de la garganta y ocultó allí su rostro. Sus labios eran ya más gruesos. Cuando se la miraba de perfil, contra la ventana, se veía que tenía un grueso labio inferior, parecido más bien a un encantador abarquillamiento. Su boca comenzaba a hacerse tan madura, pobrecita… Y la barba de él le hizo cosquillas en los párpados.

El barro tibio le chorreaba por entre los dedos desnudos y hacía un ruido de succión cuando levantaba el talón. Esa noche se bañaría en el rocío, como si nunca anteriormente hubiese tenido un cuerpo. En cada estanque del río había un falaropo para hacerle reverencia. Ningún ave de todas las ciénagas es tan cortés en su comportamiento de la víspera de San Juan. Era la medianoche pasada y la una se acercaba lentamente. La noche de primavera reinaba sobre el valle como una jovencita. ¿Debía llegar o no? Vaciló, se adelantó… y fue día. Las plumosas brumas que se extendían sobre los pantanos se elevaron, enroscándose por las laderas, y permanecieron como un velo, en inocente modestia, en torno a la cintura de la montaña. Contra la placa blanca del lago se erguía la forma de algún animal, como un nykur, en la noche transparente.

Un hoyo herboso en la margen del río. Conduciendo a él a través del rocío, la errática vereda dejada por dos pies expertos. Los pájaros callan por un rato. Ella se sienta en la orilla y escucha. Luego se despoja de sus deshechos harapos cotidianos, bajo un cielo que puede borrar del recuerdo incluso los inviernos sin sol de toda una vida, el cielo de esa víspera de San Juan. Joven diosa de la

noche iluminada por el sol, perfecta en su casi madura desnudez. Nada en la vida es tan hermoso como la noche, antes de lo que pronto será, la noche y su rocío. Formula su deseo, esbelta y madura a medias, en el pasto maduro a medias y su rocío. Cuerpo y alma son uno, y la unidad es perfectamente pura en el deseo formulado. Luego se lavó el cabello en el río y los dedos del pie se le hundieron en la arena del fondo. Las extrañas aves acuáticas todavía nadaban en su derredor, volviéndose cortésmente cuando menos lo esperaba y haciéndole una reverencia sin motivo alguno. No había en el mundo nadie que pudiese hacer una reverencia tan magnífica.

Asta comenzó a sentir frío y corrió acá y allá por la orilla del río, con sus huellas entrecruzándose como las calles de las ciudades del mundo. Se sentía leve e impersonal, recién surgida del rocío como la bruma misma, maravillosa en el húmedo paisaje verde de la noche soleada. Entró nuevamente en calor después de correr un rato y los pájaros despertaron y el cielo estuvo radiante con el chisporroteo de espléndidos colores. Dentro de una hora el sol luciría sobre el rocío del pie de león, y el rocío desaparecería al sol, el rocío sagrado de San Juan.

Con los primeros rayos de la mañana, mucho antes de que los ronquidos de la noche le llegasen a la garganta, Bjartur saltó de la cama, tomó una presurosa pulgarada de rapé y comenzó a vestirse. ¿Se habría dormido Asta Sóllilja esa mañana, la mañana del gran día en que debía ver el mundo? No, que nadie lo diga. También ella se levantó. Se frotó los ojos para sacarse de ellos el sueño mientras le miraba ponerse las ropas. Luego él salió a buscar el caballo. Y entonces ella sacó su ropa interior nueva y se la puso sobre el cuerpo limpio, que había bañado la noche pasada por primera vez, el cuerpo que acababa de descubrir por primera vez, el cuerpo que sólo hacía unos momentos se le había concedido. Se puso las faldas, sus nuevas medias de lana y sus nuevos zapatos de piel de cordero y, finalmente, el encantador vestido, recuerdo de su madre. Se paseó por el cuarto, con el corazón latiéndole fuertemente por la ansiedad y la alegría de la partida, mientras su abuela calentaba el café. También la abuela estaba despierta, sentada en la cama, con el índice entre las encías.

—No te olvides tu chaqueta, niña. Estás mal vestida para el caso de un chaparrón.

Así era la abuela. Como si Asta Sóllilja pensara siquiera en mostrarse en el pueblo con ese repugnante trapo viejo.

—Pero si no hay siquiera rastros de una nube en el cielo —dijo Asta Sóllilja.

—Oh, puede caer en cualquier momento. El buen tiempo engaña a los más inteligentes —dijo la abuela—. Y la imprevisión tiene su castigo.

Pero nada llena el alma de tan perfecta confianza como una mañana sin nubes como ésa. El sol lucía sobre el verde valle y las Montañas Azules descansaban contra el azul del cielo en soñadora seguridad, como niños de casa rica, con el rostro exaltado y dichoso, como si nada, nada pudiese poner jamás una sombra en la tranquila luz del sol, bajo ese hondo cielo eterno. Sacar una raída chaqueta vieja era como un mal pensamiento esa mañana, y Asta SóUilja dijo adiós a su gruñona abuela.

Luego partió hacia el mundo con su padre. El carro que tiraba la vieja Blesi iba cargado de sacos de lana, y cuando llegaron al camino su padre le dijo que podía viajar sobre ellos, mientras él caminaba adelante, llevando al caballo de las riendas. Era una mañana encantadora. Nunca había sentido Asta SóUilja que el día fuese tan espacioso, nunca fue ella tan libre. Al cabo de poco tiempo se presentaron nuevos paisajes y Asta sintió que había dejado a sus espaldas toda la pobreza de su existencia pasada. Los vientos que soplaban sobre las ciénagas no olieron nunca tan frescos y nunca la canción de las aves llegó a distancias tan lejanas. Los ecos habían cambiado, las voces eran completamente distintas. No oían ya a los viejos pájaros familiares del valle; oían a pájaros nuevos, pájaros que cantaban a otros paisajes, los pájaros del mundo. Los montéenlos de los costados del camino tenían una forma distinta y diferente vegetación, la montañas cambiaban su posición y asomaban nuevas formas, en tanto que las antiguas elevaciones y promontorios se encogían en sí mismos o se convertían en colinas separadas. Los arroyos corrían en distinta dirección, las piedras tenían un aspecto diferente. El perfume de flores desconocidas llegaba desde las cañadas hasta el viajero

inexperto. Tan malo era el camino que Asta se veía sacudida y golpeada implacablemente en el carro, pero sus sentidos estaban despiertos al más pequeño detalle del día y la ruta y el mundo eran tan nuevos como en la primera mañana de la creación del Señor.

El camino serpenteaba hacia delante y hacia atrás entre los hilos de agua, ascendiendo gradualmente a los páramos de arriba, y los viajeros eran recibidos, en la cima de cada ascenso, por nuevas familias de pájaros que les seguían con apasionadas canciones hasta la escarpa siguiente, hasta la nueva escolta. La mañana había transcurrido a medias cuando llegaron a la meseta. Allí la vegetación era más rala, la brisa, más fría.

El brezal se extendía ante los ojos de la joven viajera, solitario y gris, cada vez con menos pájaros, sin arroyos. Lejos, muy lejos, chisporroteaba la superficie blanca de un lago. Una ondulación sucedía a otra con su cresta desnuda, barrida por el viento, sus desoladas llanuras de cascajo y sus retazos de tierra delgada, exenta de vegetación. Aquí y allá se veían llanos escasamente cubiertos de musgo, donde las ovejas de montaña y sus corderos rumiaban al sol de la mañana y huían en cuanto ellos se aproximaban. La joven saltó del carro y caminó junto a su padre, con su ancho vestido floral, en un esfuerzo para entrar en calor. El helado aislamiento del páramo reinaba sobre los dos viajeros, y ambos caminaban en silencio. La triste monotonía del paisaje les embotaba los sentidos. Ella comenzó a sentir hambre y ya no buscaba las cosas que le eran extrañas ni se deleitaba con ellas.

Una y otra vez la joven esperó la próxima cima de colina para refrescar la vista con alguna variación, con alguna nueva perspectiva, pero siempre era la misma interminable repetición, aparte de que las relucientes aguas del lago habían sido dejadas atrás hacía mucho tiempo. Asta perdió toda su expectativa y estaba ya cansada de esperar algo en especial cuando el camino, en un repentino recodo, se hundió hacia abajo, al costado de una profunda hondonada con un río en el fondo. Y cuando miró hacia el este, a lo largo de la brecha, esperando ver otra colina enfrente, he aquí que no pudo ver nada. Era como si el mundo se hubiese detenido de pronto ante su mirada y la profundidad del cielo hubiera ocupado su lugar, aunque con un tono distinto de azul. ¿O

era que el cielo estaba sostenido, allí, más allá del horizonte, por un resplandeciente muro de vidrio azul verdoso? Ese extraño color azul parecía abarcar todos los misterios de la distancia, y ella permaneció por un momento abrumada por la perspectiva de tal infinito. Era como si hubiese llegado al borde del mundo.

—Padre —dijo vacilante y perpleja—, ¿dónde estamos?

—Hemos cruzado el brezal —repuso él—. Ése es el mar.

—El mar —repitió ella con un susurro lleno de respeto atemorizado. Continuó mirando hacia el este y un frío estremecimiento de placer la recorrió ante el pensamiento de que tenía la fortuna de encontrarse en el límite oriental de los páramos y ver el punto en que la tierra termina y comienza el océano, el mar del mundo.

—¿No hay, pues, nada al otro lado? —preguntó al fin.

—Los países extranjeros están al otro lado —replicó su padre, orgulloso de poder explicar un panorama tal—. Los países de que se habla en los libros —continuó—, los reinos.

—Sí —musitó ella en un susurro encantado.

Pasó cierto tiempo antes de que se diera cuenta de cuan tonta había sido su pregunta y de que podría haber sabido que ése era el mismo mar que surcaban los jóvenes héroes para conquistar fama en las Rimas. Lejos, muy lejos, al otro lado de ese poderoso mar, estaban las tierras de aventura. A ella se le había concedido la dicha de contemplar el mar que se arremolina en torno a las tierras de romance, la carretera hacia lo increíble. Y cuando se detuvieron en la cima del primer talud, en su viaje colina abajo, se había olvidado de su hambre y continuaba mirando el mar con mudo asombro. Ni siquiera en sus más ardientes fantasías había creído que el océano fuese tan enorme.

Los costados orientales del brezal eran aun más empinados que los de casa. Pronto se encontraron mirando los techos del pueblo y los huertos color castaño como el café, con sus senderos, rectos como flechas, entre los canteros. Asta Sóllilja había imaginado notables cuadros para componerse una imagen de Fjóróur, pero jamás habría soñado que tantas casas, cada una de ellas tan impresionante como la mansión de Útirauðsmyri, pudiesen estar en hilera a lo largo de tan pequeño trecho de camino. Y el humo que

ascendía flotando hacia las colinas desde esas casas tenía casi un aroma dulce, muy distinto del enfadoso hedor que salía de la pobre turba de Casa Estival. Pronto se encontraron pasando ante las primeras casas de la ladera y comenzaron a encontrar toda clase de viajeros, algunos que caminaban, y otros que andaban a caballo, otros conduciendo carros. Hasta se encontraron con algunos jóvenes exquisitamente vestidos, con cuello y corbata en día laborable, y cigarrillos entre los labios, y esos jóvenes estaban tan encantados con la vida que la miraban y rompían a reír y se olvidaban de ella en el instante siguiente.

—¿Quiénes eran esos jóvenes? —preguntó ella.

Pero su padre, en apariencia, no se sentía tan profundamente impresionado como ella por los elegantes jóvenes.

—Un grupo de ganapanes fumadores de cigarrillos —replicó. Y ahora caminaban ya por una carretera empedrada, con casas a los costados y cortinas y flores en las ventanas; ¿no son maravillosas las cosas que crecen en el mundo?, se preguntó. Y allí, caminando hacia ellos tomadas del brazo, venían dos muchachas, ambas con zapatos con cordones, y chaquetas, una con un sombrero rojo, la otra con uno azul, y tan distinguidas ambas que, de lejos, le pareció a Asta que una de ellas por lo menos debía ser Auður de Myri. Pero cuando se acercaron, pensó que la otra también debía ser Auður, y no pudo comprender nada de lo que pasaba. Pero resultó que no eran más que muchachas del pueblo, y lanzaron chillidos de risa irrefrenable cuando pasaron junto a ella. La gente de Fjóróur parecía extremadamente generosa con su risa y su felicidad.

Pero su padre ni siquiera las había advertido.

—¿Quiénes son? —repitió cuando ella le preguntó—. Un par de cochinas desvergonzadas, por supuesto, que no sirven para otra cosa que para exhibirse por la calle y vivir de los padres, como parásitos.

Las casas se apiñaban cada vez más, hasta que finalmente ya no hubo más espacio para terrenos entre ellas, y menos aún, claro está, para un trozo decente de pastizal. Lo único que tenían era un jardincito. Los habitantes del pueblo y los viajeros, los caballos de carga y los carros se apeñuscaban en la calle, los barcos en el mar. Tantas cosas atraían su mirada a la vez que pronto se cansó de

formular preguntas. Su mente estaba en un torbellino, pasaba revoloteando por todo como en un sueño, y los desconocidos salían precipitadamente en distintas direcciones sin un apretón de manos o una palabra de despedida. Antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, se encontraba, junto a su padre, ante el mostrador de la tienda del propio Bruni, contemplando todas las mercancías que el mundo y la civilización ofrecían: medias de blancura nívea, cincuenta impermeables, tazas con rosas cinceladas, una cocina a petróleo, tabaco para mascar. Detrás del mostrador había hombres de aspecto imponente, hermosamente vestidos, escribiendo cosas en unos libros o enseñando a la gente cadenas de reloj, de oro, o bizcochos. Se quedó allí, pasmada, con el vestido aleteándole flojamente en el cuerpo, las medias caídas hasta los tobillos y los zapatos embarrados, mirando ciegamente al frente, atónita ante semejante magnificencia. Luego llegó el almacenero, vivaz y gracioso. Pesó la lana que llevaba Bjartur, en el sitio que llamaron pórtico, y miró dos veces a Asta Sóllilja. Dijo que jamás había sospechado que Bjartur tuviese una hija que pronto tendría edad suficiente como para casarse.

—Dele un poco más de tiempo y hará buena pareja con nuestro Magnús —dijo.

Pero Bjartur repuso que había tiempo de sobra para pensar en eso, que la joven no sería confirmada hasta la primavera siguiente y que hasta ahora era pura estatura, pobrecita. La muchacha del valle se ruborizó ante esa inesperada proposición de matrimonio y se sintió profundamente agradecida a su padre, por no llegar a un acuerdo sin más averiguaciones y también por excusarla con el pretexto de que no era bastante robusta para esas cosas. No se acordó del hecho de que la gente de las ciudades dice cosas que en el campo serían consideradas faltas de la necesaria meditación.

Más tarde Asta Sóllilja recibió permiso para acompañar a su padre a la oficina del comprador. Siempre había creído que el comprador se llamaba Bruni, pero ahora se enteró de que su nombre era más notable aun: Túliníus Jensen. Se sintió como si hubiera sido invitada a subir al altar de la iglesia de Rauðsmýri en mitad de los servicios, pero ese insigne honor no produjo efecto alguno en su padre… Nada en la tierra podía sorprenderle. Ni

siquiera cuando Túliníus Jensen le apretó contra su pecho y le retuvo allí, en un abrazo como de amantes, mostró señal alguna de asombro. No, los abrazos del mundo no eran, evidentemente, una novedad para su padre.

—Es un placer poder ver a tan digno y viejo amigo —dijo el magnífico y corpulento caballero—, especialmente en estos difíciles tiempos, cuando nadie parece ya valorar una amistad. ¿Te has enterado de la reunión?

—Algo —repuso Bjartur—. No diré que no he escuchado rumores de ese asunto de la Sociedad que tienen entre manos. Y en la primavera llegaron visitantes a la Casa Estival con la misma misión. Pero hasta ahora he tenido por norma hacer lo que me place a mí y no lo que conviene a otras personas, aunque éstas sean la pareja de Rauðsmýri.

—Bien dicho. Ingólfur Arnarson se ha convertido en el administrador temporal de la así llamada Sociedad Cooperativa. Su primer lastimoso cargamento llegó por vapor hace unos días, e inmediatamente me abandonaron todos los agricultores que pudieron liberarse y corrieron a unirse a la cooperativa. Pero me pregunto si reinará tanto entusiasmo entre ellos dentro de dos o tres años, cuando comiencen a compensar las deudas de los ricos cargándolas a los pobres y empiecen a embargarles las tierras, como hicieron el año pasado en la Sociedad Cooperativa de Hrappsvík.

—No sé —dijo Bjartur—. Pero mientras yo no ambicione las ganancias de otras personas, no quiero, por cierto, pagar sus deudas.

El comprador afirmó que las sociedades cooperativas no conducirían jamás sino al desastre nacional. Como toda otra forma de monopolio, su única meta era destruir la empresa privada, la libertad e independencia individual.

—Nuestros almacenes, por otra parte, están abiertos para ti, mi querido Bjartur, con todo lo que contienen. De paso, esa hija tuya se ha convertido en una hermosa muchacha, no cabe duda.

—Oh, todavía no es más que un pichón —contestó Bjartur—. Ni siquiera ha sido confirmada. Pero ya crecerá. Y sabe leer. Y sabe unas cositas acerca de los clásicos. ¿Qué quiere decir «árbol de los escudos», Sola? Deja que el comprador vea cuánto sabes.

—A eso llamo yo hablar bien —dijo el comprador cuando ella explicó la metáfora. Poca gente se acuerda ya de las Eddas puedo decírtelo. Hablaré a nuestra pequeña Svanhita de esto. Nunca lee en otra cosa que no sea danés.

—¡Oh, danés! —exclamó Bjartur, negándose a dejarse impresionar—. Eso estará bien para los grandes países, pero nosotros, los de los valles, tenemos más fe en los genios del pasado, como Magnas Magnússon del bosque de Magnús. Islandia nunca tendrá otro hombre como él.

Puede del hombre el saber miserable propiciar discursos muy hermosos, mas en la nación es más aprovechable usar libros de versos generosos.

Deja que el comprador escuche una de sus canciones de amor, Sola, muchacha.

Asta comenzó inmediatamente, sin resistirse, a recitar el prólogo del duodécimo canto de Bernótus. Con la cabeza gacha y roja hasta las raíces de los cabellos, lo recitó a la carrera, jadeando para respirar y uniendo una palabra a la siguiente a tan tremenda velocidad que resultaba imposible distinguirlas. Pero en la mitad se atascó con los versos y se quedó, resollando fuertemente y aterrorizándose cada vez más, hasta que al cabo perdió el habla por completo y se sintió como si estuviera hundiéndose en el piso.

—¡Magnífico! —exclamó el comprador—. ¡Una obra de arte! Eso es lo que yo llamo genio —y la salvó tomándola de ambas manos y consolándola. Se manifestó seguro de que tenía la madera de una joven excepcionalmente dotada y, en consecuencia, se dispuso a regalarle una reluciente moneda nueva, para que pudiera comprarse un bonito pañuelo, porque la tendencia a regalar un pañuelo a todo el mundo es una característica de todos los grandes hombres. Luego les abrió la puerta y les empujó cortésmente hacia la tienda, que, en verdad, acababa de entregarles con todo lo que contenía.

El resto del día se pasó en comprar provisiones y en distintas diligencias. Asta Sóllilja recibió permiso para comprar su pañuelo, y fue su primer pañuelo y tenía flores en el borde. Se le permitió también comprar un hilo de cuentas color celeste, que inmediatamente se colocó en torno al cuello a fin de estar en armonía con esa gran ciudad. Llevó el pañuelo en la mano, puesto

que no tenía bolsillo, Pero eso no fue todo.

—Me parece que hace poco te prometí comprarte la Saga de Órvar-Oddur —dijo su padre; y así, pues, se dirigieron a la librería.

El librero era un anciano que ya no podía tenerse en pie sin ayuda y tenía que arrastrarse con el sostén de un bastón. A pesar de ello gozaba de la reputación de mantenerse al ritmo de los tiempos. Su tienda se encontraba en la parte superior de una vieja casa desvencijada, oculta detrás de otros edificios, un cuartito separado del resto del desván. Era preciso subir por una escalera oscura, crujiente, que parecía que no terminaría jamás. El librero se encontraba atareado cociendo pescado en un infiernillo. El vapor de la olla llenaba el cuarto, y los anaqueles que se combaban bajo el peso de la literatura eran como cinturones de riscos perdidos en la niebla. Se puso de pie junto a su olla, tomó su bastón y apretó la mano de sus visitantes.

—¿Podemos comprar libros aquí? —preguntó Bjartur.

—Libros y libros —replicó el librero—. Todo depende…

—Bien, quería algo para nuestra Sola, aquí presente —dijo Bjartur—. La pobrecita ha comenzado a husmear entre las cubiertas de los libros y parece que en un momento, no recuerdo cuándo, le prometí comprarle la Saga de Orvar-Oddur. Pago al contado.

—Ruega a Dios que te guíe, hombre. Hace más o menos treinta años que vendí el último ejemplar de la Saga de Orvar-Oddur. En la actualidad el país se encuentra en un plano cultural completamente distinto. Puedo recomendarte Las Minas del Rey Salomón, que trata del héroe Umslopogas, que, a su modo, fue un gran hombre y, en mi opinión, nada inferior a Orvar-Oddur.

—Eso es más de lo que estoy dispuesto a creer. Un poco más de esa maldita basura moderna, supongo. Y nadie podrá convencerme de que ese individuo que me ha mencionado pueda haberse comparado alguna vez con Orvar-Oddur, que tenía doce codos daneses de estatura.

—Puede ser, pero sucede que el país ha llegado a una etapa de su desarrollo en que quiere mantenerse al compás de la época y nosotros, los libreros, nos vemos obligados a tener eso en cuenta. Supongo que usted, señorita Sola, estará de acuerdo en que es preciso adaptarse a la época… Venga aquí, querida, y echa una

ojeada a mis libros nuevos. Aquí tenemos una novela mundialmente famosa, acerca de un hombre que fue asesinado en un carro, y aquí un informe científico en punto a la depravación del Papado, a cómo esa gente mala del extranjero, los monjes y las monjas, vivieron vidas inmorales en la Edad Media. Y aquí puedo mostrarle un libro que es prácticamente flamante y el ultimísimo grito de la moda. Mírelo, señorita; ¿no le parece que nos gustaría leerlo?

Aunque el hombre era viejo y decrépito, Asta Sóllilja no podía dejar de ruborizarse hasta las raíces de los cabellos ante el título que usaba para dirigirse a ella. Ni siquiera en sus sueños más extravagantes se imaginó que algún día llegasen a llamarla señorita Sola, o que llegara a tener intereses literarios en común con un hombre así. Y ahora, cuando contempló la portada del volumen superior, fue presa de tal asombro que el corazón casi dejó de latirle. Esa cosa extraña, significativa, que nunca oyó mencionada por su nombre, pero de la cual los animales de Casa Estival y sus lecturas de las rimas de los vikingos de Jóm le habían proporcionado algún atisbo… ¡Entonces se habían escrito libros acerca de ella! Los Secretos del Amor, buenos consejos concernientes a la unión de muchachos y muchachas.

«¿Unión?» pensó la muchacha temblando de pavor, como si creyese que su padre la abofetearía… ¿Cómo puede haber unión de muchachos y muchachas? Oró mentalmente para que su padre no advirtiese el libro. Pocas veces un libro despertó de tal modo la curiosidad de una joven, y pocas veces una muchacha sintió tanta timidez ante un libro. Incluso aunque no hubiese habido nadie con ella, no se habría atrevido a pedir aquel volumen. Pero aunque miró apresuradamente a un costado y fingió que no había advertido nada, el título continuaba fascinándola con tal fuerza que no le era posible ver ningún otro libro en toda la notable habitación. Su padre, por supuesto, escogió precisamente ese momento para advertirlo a su vez y, naturalmente, se salió de sus casillas, como le sucedía siempre que se presentaba ese tema.

—¡Éste parece ser un ejemplo de esa condenable inmundicia fabricada por esos cerdos de la capital para corromper los corazones de las mujeres! —gruñó.

—Sea como fuere, es lo que las mujeres piden —replicó el

librero—. Los últimos cinco años vendí treinta ejemplares de él, y todavía siguen pidiéndolo. El crimen y la ciencia no bastan. También es necesario que haya un poco de amor en nuestra literatura. Órvar-Oddur fue un gran hombre en su tiempo, pero ¿quién querría medir las dimensiones del amor?

El resultado era inevitable. Bjartur y el librero comenzaron a disputar acerca del espíritu de la literatura moderna y de la superior destreza de los clásicos, en tanto que Asta Sóllilja les contemplaba, completamente estupefacta, hasta que la olla del librero se desbordó en un hervor. La visita terminó con la compra, de Bjartur a su hija, del cuento de Blancanieves y los siete enanitos.

—Tiene siete u ocho hijos ilegítimos, como cualquiera supondría después de ver la clase de libros que vende —dijo Bjartur, cuando se encontraron sanos y salvos al pie de la oscura y crujiente escalera que conducía a los Secretos del Amor.

Caminó trabajosamente, con hombros caídos y largas zancadas torpes que demostraban cuan poco acostumbrado estaba a caminar sobre terreno llano. Delgada y vacilante dentro de su hinchado vestido, el collar de cuentas en torno al cuello, el pañuelo apretado en la sudorosa palma, Asta corría tras él, tratando de imitar su porte porque, bajo su propia responsabilidad, no sabía cómo caminar. Todos les miraban cuando pasaban.

Al atardecer se dirigieron a una pensión para pasar la noche. Era un enorme edificio, un piso sobre otro, cubierto de hierro acanalado, sin pintar, y con unos escalones que ascendían hasta la puerta. ¡Y qué casa! Asta Sóllilja jamás imaginó que pudiese existir tal estrépito, tales gritos, aullidos, canciones, riñas, portazos, repiqueteo de platos, chillidos de niñas y ladridos de perros y maldiciones. Ésa debía ser la famosa orgía del mundo. ¡Cielos, cuántas cosas sucederían en una casa así, incluso en un solo día! La variada vida que estaba implícita en todo ese ruido sobrecogió a la joven con la triste sensación de su propio aislamiento, su propia insignificancia. Ella se encontraba más allá de los límites de la vida. Esta gran casa era, para ella, comparable a su manera con el libro de los secretos del amor, llena de seductores encantos pero cerrada. Dichosos eran los que vivían allí, en el arrebatador tumulto de la vida, compartiendo el estrepitoso alborozo de la cocina. Se sentó en

un banco del rincón del comedor, como un objeto toscamente terminado, sin emitir una sola queja, en tanto que su padre alternaba con otros hombres, en su mayoría moradores del valle como él, hablando del comercio, de las lombrices y de la hierba de ese año. Sólo una cosa la consolaba: los campesinos no le lanzaban miradas tan extrañas como la bella gente de la ciudad. Muy pocos la miraron.

Se sentía cansada y hambrienta y su mente se movía con lentitud después de la multitud de impresiones que chocaron contra su conciencia durante todo ese largo día. Ni siquiera le quedaba la energía suficiente para arreglar la plantilla de uno de sus zapatos, que se le había subido casi hasta el empeine. Permanecía sentada, mirando al frente, con el pañuelo en la mano, y el pañuelo estaba ya sucio y arrugado. Y entonces entró una joven de resplandeciente tez, ojos azules y opulento pecho, tres veces más ancha y más rellena que Asta Sóllilja. Una muchacha como ésta podría llenar perfectamente su vestido. Entró caminando envidiablemente, saliendo del alboroto de la cocina, con pescado humeante sobre una fuente colosal, y pidiendo a todos que se sentaran a la mesa… Asta Sóllilja era tan delgada que no se atrevió a mirarla más que con un solo ojo. Con un vigor que estaba de acuerdo con su belleza, preguntó con quién estaba Asta Sóllilja y luego la puso junto a su padre y cuidó de que a nadie le faltase su porción. Y la valiente pendencia de los discutidores huéspedes se acalló ante las gruesas tajadas de pescado.

Sólo cuando se preparaban para acostarse volvió a soltárseles la lengua. El comercio y las lombrices reaparecieron. Para empeorar las cosas entró en el dormitorio un grupo de hombres de aspecto extraño, que cantaban sin motivo alguno y parecían tener grandes dificultades para mantener los pies sobre el pulido suelo. Tenían los ojos enrojecidos y estaban embarrados; olían a algo fermentado. Asta Sóllilja se asustó inmediatamente, porque advirtió que la miraban de un modo tan singular y, además, comenzaron a manosearla. Pero su padre le dijo que no debía asustarse; estaban borrachos. Mas, a pesar de ello, los hombres insistieron, y llegaron incluso a preguntar quién era el que tenía una esposa tan joven y bonita, y Bjartur les dijo coléricamente que dejaran a la niña en

paz, que tenía solamente trece años y que todavía no había sido confirmada. Los hombres respondieron que habrían jurado que tenía suficiente edad para un hombre y uno de ellos vomitó en el suelo. Nadie mostró el más mínimo resentimiento contra los recién venidos, y la controversia en torno a cuestiones comerciales continuó como si nada hubiese sucedido. Las opiniones separaron a los discutidores en los dos grupos habituales, uno acalorado en sus alabanzas de los que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para ayudar a los agricultores, el otro poniéndose de parte de los que hacían lo posible para hundirles. Se discutió que todo el país debería formar cooperativas de consumo como las que treinta años antes formaron los granjeros de Inngey. Empero, Asta Sóllilja pensaba que decir que los compradores eran chupasangres y ladrones era ir demasiado lejos, puesto que su padre defendía al comprador. Pero una cosa que jamás podría comprender era por qué su padre decía tantas cosas desagradables de Ingólfur Arnarson, ese hombre hermoso y bondadoso que una vez, en la primavera, la saludó tan calurosamente. Por otra parte, el padre del gerente le había dado monedas dos veces, sin obligarla a hacer nada. Y aunque el comprador le dio una reluciente moneda por recitar baladas, no podía dejar de desear que su padre no hablase tan amargamente del noble hijo del alcalde, que quería hacer cualquier cosa para ayudar a los agricultores. La disputa se enconó más y más, y finalmente la joven no supo ya a quién tenía que amar menos, si al comprador o al gerente de la cooperativa. Pero trató de mantenerse tan próxima a su padre como le era posible. Uno de los pegujaleros dijo que los compradores eran, no sólo ladrones, sino también asesinos. Conocía a muchas personas que habían tenido que pasar hambre sencillamente porque Bruni se negó a concederles crédito. Y podía presentar una lista de personas, de su propia localidad, que habían muerto de hambre por el mismo motivo, en los últimos años. Las cooperativas, por otra parte, pertenecían a los propios agricultores. En ellas hasta el más insignificante campesino podía sentirse seguro de no ser timado y matado de hambre. Otro dijo que no eran los pequeños agricultores los que mandaban en las cooperativas en la actualidad, como hacían originariamente en Pingey. Los terratenientes habían tomado ya las cooperativas a su

servicio, y si no, ¿por qué el alcalde de Myri combatía por la creación de una cooperativa? ¿Es que había alguien tan tonto que creyese que era por pura preocupación por los pequeños propietarios? No, era porque sus negocios en Vík estaban a punto de quebrar. La cooperativa de Vík le había arruinado, y ahora quería recuperar sus pérdidas en Fjóróur. No, los pequeños propietarios no estarían mejor con la cooperativa que con el comprador. La misma pila de deudas volvería a crecer, sólo que ahora habría, además, un monopolio. ¿Es que no lees los periódicos, maldito seas?

—Yo no estoy endeudado con nadie —replicó Bjartur.

Pero los protagonistas estaban todos endeudados, porque cada uno de ellos era dueño de una vaca, como era de esperarse, y no tenían tiempo que perder con un hombre independiente y sin cargas como era Bjartur. La cuestión no era si uno debía estar endeudado o no, sino con quién debían contraerse deudas, y en torno a este punto el humor de los que discutían fue enardeciéndose cada vez más hasta que uno de ellos dijo que, de todos modos, no era posible esperar que el otro tuviese buen sentido, ya que era un hombre que ni siquiera podía cumplir con sus deberes para con su mujer. El otro inmediatamente rogó a todos los presentes que fuesen testigos de ese insulto, añadiendo que era de conocimiento público que la esposa de su oponente le había engañado durante doce años con un mozo de labranza, y que no le era posible considerar propios a sus hijos.

—No, ahora estáis yendo un poco demasiado lejos —interrumpió Bjartur—. Recordad que hay una muchacha entre nosotros, cuando habléis de esas porquerías…

Pero Asta Sóllilja no había advertido ninguna porquería en la conversación ni se preocupó en lo más mínimo en punto a de quién eran los hijos. Los otros le preguntaron qué se creía que era aquello, un jardín de infantes o qué, y qué demonios estaba haciendo allí, con una muchacha de esa edad entre hombres maduros, cuando se discutían asuntos serios. Una palabra condujo a otra. Sabían, hasta la hora y el minuto, cuándo habían estado juntos, y, lo que es más, aquel día ella usaba bragas rojas, y luego las palabras ya no fueron suficientes y la única solución era chasquear los labios… ¿bragas rojas, dijiste? Bueno, y yo digo una nariz roja. Sí, y un ojo negro.

Asta Sóllilja comenzó entonces a darse cuenta de que se estaban discutiendo asuntos serios. Los guerreros muertos en las baladas y apilados hasta alcanzar casi las cimas de la colina no eran nada en comparación con el espectáculo de un hombre golpeado en una casa de pensión, y todo por culpa de unas bragas rojas. De modo que, en fin de cuentas, existían hombres malos. Los otros trataron de separarles, y hasta Bjartur colaboró, pero todos cayeron al suelo en una masa móvil. Asta pensó que todos luchaban contra todos los demás y que matarían a su padre. Gritó y rompió a llorar como si se le partiese el corazón. El apiñamiento de cuerpos se movió lentamente hacia la puerta y cada vez más hombres se arrojaban sobre el grupo, y finalmente los enemigos fueron arrojados al aire libre, donde uno de los componentes del gentío se impuso el deber de reconciliarles y darles rapé. Bjartur y varios otros volvieron a entrar, y la joven continuó llorando y temblando a despecho de los esfuerzos que su padre hacía para consolarla.

—Padre —sollozó—, quiero ir a casa. ¡Padre, padre, déjame ir a casa!

Pero él le dijo a su queridita que dejase de gimotear.

—Esos muchachos tontos no hacían más que divertirse; bebieron una gota de más. Y dentro de uno o dos minutos estarán llorando uno en brazos del otro. Así que quítate la ropa… Ahorraremos unas monedas compartiendo el mismo camastro.

Las camas estaban alineadas contra las paredes del cuarto y tenían, cada una, una tarima superior y una inferior. La niña se introdujo en una de las tarimas inferiores y se quitó el vestido floreado, pero no se atrevió a sacarse las enaguas.

Los pacificadores siguieron conversando, hablando de la riña y de sus causas, una y otra vez en distintas formas y desde distintos puntos de vista. Finalmente se pusieron a susurrar en secreto, en el centro de la habitación; la cantidad de casos de adulterio que se conocía era terrible. Y aunque oyó poco de los murmullos de los hombres, Asta Sóllilja no pudo dormir ni descansar, y todavía tiritaba bajo el edredón, tan fuerte era su emoción después de haber vivido las rimas de aquel modo vulgar, carente de rima.

Se sintió agradecida cuando los hombres, mostrando al cabo señales de tener sueño, se sonaron la nariz, se desataron los zapatos

y se quitaron los pantalones. También su padre se sentó en el borde de la cama, se sonó la nariz, se quitó los zapatos y los pantalones. Ella escuchó todos sus movimientos con expectativa, con la sensación de que le era necesario todo un siglo para desnudarse. Sólo se sintió a salvo cuando él estuvo acostado junto a ella. Nunca había sentido un deseo tan impaciente o tan irresistible de acurrucarse junto a su padre como después de la pendencia. Todavía no podía dominar los temblores del cuerpo. Los dientes le castañeteaban aún. Los hombres se desearon las buenas noches cristianamente y sus camas crujieron cuando se acostaron.

—Apártate un poco, muchacha —le dijo su padre—, no hay nada de lugar en estas malditas cosas. —Y ella trató de pegarse a la pared tanto como le fue posible—. Ya está pues, pollita, vuélvete de cara a la pared y duérmete.

Pero Asta no podía dormirse. Aparentemente el tabique estaba demasiado frío; quizá fuese por eso por lo que temblaba tanto. El edredon era demasiado delgado y su padre se lo había arreglado casi todo: el calor del cuerpo de él sólo le calentaba la espalda. Continuó tiritando casi sin pausa. Los otros hombres se habían dormido casi de inmediato y roncaban ahora sonoramente, pero ella no podía dormirse por el frío de la pared.

Pasaron las horas y aún seguía despierta. Finalmente abrió los ojos. Las cortinas habían sido corridas sobre las ventanas y el cuarto estaba en penumbra; debía de ser bien pasada la medianoche. Las rodillas le asomaban por debajo del edredón y aparentemente una corriente de aire pasaba por la pared. Su padre no le había dado siquiera las buenas noches, aunque sabía cuan asustada estaba. En torno los desconocidos dormían en esa grande y misteriosa casa del mundo, el mundo que con tantas ansias ella anheló conocer, al punto que dormir le parecía una pérdida de tiempo. Y ahora, cuando finalmente penetraba en ese mundo suyo, se encontraba de pronto tan aterrorizada por él, que, por más que lo intentara, no podía dormir de pavor. Por todas partes se encontraba rodeada de hombres malvados cuyas esposas usaban bragas rojas. ¿Cómo podría dormir allí, en un mundo ominoso, irreconocible? ¿Sola? No, no, no, no estaba sola. Mientras su padre estuviese con ella no estaría nunca, nunca sola, aunque él se olvidase de saludarla por la

noche. El solo hecho de tenerle acostado junto a sí era suficiente, querido padre, queridísimo padre, tu pequeña Asta Sóllilja está junto a ti. Y luego, antes de que se diera cuenta de ello, se encontraba pensando en el lugar tierno y blanco de junto al cuello, el lugar que la aliviaría de todas sus aprensiones con sólo apoyar la boca en él. Y porque todos roncaban, y porque no podía dormirse, y porque tenía tanto frío, y porque se sentía tan sola, tan triste y temerosa en el mundo… y al mismo tiempo tan dichosa de tenerle a su lado, a él que era la seguridad en persona, a él que podía hacer lo que quisiese y que no estaba en deuda con nadie, a él que no se sorprendía de nada, que tenía una respuesta para todo, el rey de la Casa Estival, el poeta… por todo eso comenzó a moverse lentamente, tan lentamente que no provocó un solo crujido, tan lentamente que nadie habría podido decir que se movía; muy poco, muy poquito por vez. Y después un poquito más. Y la casa estaba sumida en el silencio, a no ser por los ronquidos de la noche, como proveniente de otro mundo, y los pájaros gritando por sobre la gran ciudad. Y finalmente se volvió del todo, hacia su padre. No, no estaba sola en el mundo; estaba despierta junto al fuerte pecho de su padre. Acercó su cabeza, sobre la almohada, hasta que sus labios se apoyaron en la garganta de él y sus ojos cerrados en la barba… en la garganta y en la barba del hombre que luchó a mano limpia con los espectros del país el mismo día que ella nacía.

Al principio le pareció que él estaba dormido y no había advertido nada. Pasaron unos momentos. Oyó la respiración de su padre y escuchó también los fuertes y acompasados latidos de su corazón. Pero, gradualmente, se dio cuenta, por los movimientos de él, demasiado pequeños y cuidadosos, que no podía estar dormido. Se hallaba despierto. Y se avergonzó de sí misma… ¿Se levantaría y la golpearía, furioso porque se atrevió a darse vuelta cuando le había ordenado que se volviese de cara a la pared? En su desesperación se acurrucó aun más contra él y por un rato estuvieron así, con el corazón palpitando rápidamente el uno contra el otro. Ella permanecía inmóvil ahora, con la cara pegada al cuello de Bjartur, fingiendo dormir. Poco a poco, casi sin que Asta se diera cuenta de ello, la mano de él se había acercado más; involuntariamente, por supuesto. Lo único que debió hacer para ello

fue cambiar levemente de posición. Uno o dos de los botones de los pantalones de la joven se habían desabotonado por casualidad y, en el momento siguiente, ella sintió sobre la carne la mano firme y caliente de su padre.

Nunca había experimentado nada semejante. Todo su temor desapareció de pronto. El estremecimiento que ahora le recorría el cuerpo y el alma era completamente distinto del temblor frío que la mantuvo en vela durante toda la noche, y en su boca hubo de súbito algo que se asemejaba a un apetito devorador, sólo que no fue la visión de alimentos lo que lo despertó, sino los movimientos de él. Nada, nada debía volver a separarles. Y ella apretó su cuerpo apasionada y fieramente, con ambas manos, en la borrachera de ese egoísmo impersonal y apremiante que en un corto lapso había borrado todo lo que su memoria contenía. ¿Sería éste el placer del mundo que llegaba por fin…?

Y luego… luego ocurrió lo que ella no olvidó jamás, lo que arrojaría una sombra indeleble sobre su juventud que despertaba y llenaría hasta colmarla la copa de rudeza y crueldad que ya era su sino. En ese preciso instante, cuando ya había olvidado todo lo que no fuese él… Bjartur la apartó de sí y saltó de la cama. Se puso apresuradamente los calcetines y los pantalones, se anudó los zapatos, se puso la chaqueta y salió del cuarto. Cerró la puerta a sus espaldas, ella oyó sus pasos en el corredor, abrió la puerta del frente y estuvo fuera de la casa. Ella quedó allí, sola entre hombres que roncaban. Se quedó acostada durante un rato, agotada, con todos los pensamientos borrados de su mente, pero él no regresó. Poco a poco los reproches comenzaron a insinuársele en el cerebro. ¿Qué había hecho? ¿Qué ocurrió? No tenía la más remota idea, sentía solamente que debía ser algo terrible, algo cien veces peor que cuando la abofeteó por culpa de un pasaje de las baladas que no debía leer, algo que nunca le perdonaría. ¿Qué le había hecho ella? ¿Y por qué tuvo ella que hacer lo que hizo? ¿Cómo podía haber sospechado que cosas tan espantosas e incomprensibles se agazapaban detrás de algo tan bueno e inocente como pegar la cara a la garganta de él? ¿Qué pasó por ella? ¡Papá, papaíto! ¿Qué te he hecho? ¿Es que soy tan mala? Las lágrimas comenzaron a correr y, sollozando amargamente, hundió el rostro en la almohada para no

despertar a los roncadores. Su padre se había ido a casa y no le permitiría que lo siguiera.

Finalmente no pudo llorar más y se incorporó en la cama y miró en torno con desesperación. Sí, seguramente la había abandonado; se encontraba sola e indefensa en un mundo malvado. ¿Quién le daría algo de comer ahora, cuando tuviese hambre? Se le ocurrió que posiblemente pudiese quedarse con el padre de Magnús, el almacenero que ayer había pesado la lana. ¿O debía reunir suficiente valor como para presentarse ante el comprador en persona? Quizás el gerente, el hijo de Jón de Myri, que una vez le habló tan bondadosamente, se mostraría dispuesto a darle albergue. No llegó a conclusión alguna y, totalmente desesperada, salió de la cama. Se puso el vestido y los zapatos, y entonces advirtió que el collar se había roto y que las cuentas estaban esparcidas por toda la cama. Pero ya le era igual, ya no sentía más interés en sus cuentas ahora que su padre la había abandonado. Su vida estaba arruinada y se hallaba sola en el mundo.

Se dirigió sigilosamente a la puerta, se escurrió por el oscuro corredor y unos segundos más tarde se encontraba, a la luz de una noche primaveral, en las desiertas calles del pueblo. Caía una lluvia fina. En el centro de las colinas había bruma. No sabía qué hora era, pero debía ser muy temprano aún. No había nadie a la vista y los chillidos de las gaviotas en el fiordo no se parecían al canto de ninguna otra ave. Vagó distraídamente calle arriba.

Jamás se habría imaginado un mundo tan carente de alma, una ciudad tan desolada. No se veía ni una sola alma viviente; la helada bruma y su fina llovizna pendían sobre el cascajo y las casas. Muchas de las casas estaban mal aplomadas. Por todas partes se veían ventanas rotas. La pintura se había descascarillado en el hierro acanalado y chapas enteras se habían desprendido sin volver a ser colocadas nuevamente. Las lluvias lavaron el papel alquitranado, que en muchas partes pendía en grandes jirones de las paredes. Se veían malolientes cabezas y espinazos de pescado junto a empalizadas y cercos. Vacas abandonadas rumiando en las cuestas. Ningún hombre elegante, ninguna muchacha bonita. Desolación.

Continuó subiendo, sin rumbo, por la calle, en dirección a la

montaña, con las piernas inseguras, la mente vacía de pensamientos. La lluvia le mojaba el cabello y pronto tuvo empapado el vestido, pero no le importaba. Luego, a través de la neblina, se irguió ante ella un hombre que conducía un caballo. Cuando se acercó, vio que era su padre. Había ido a traer el caballo del pastizal.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no estás en la cama? —preguntó él. Ella permaneció inmóvil, con la vista baja, y luego le volvió la espalda sin responder.

—Espera aquí —dijo él—. Iré a traer el carro.

Asta se sentó sobre una piedra, al costado del camino, y la lluvia continuó mojándole el cabello y el cuello. Pronto tuvo los dedos entumecidos de frío. Pero se quedó donde estaba, con frío, sueño, hambre, atontada. Al cabo oyó el traqueteo del carro en el tranquilo aire nocturno y vio que su padre se acercaba una vez más, con el caballo uncido.

—Puedes sentarte en el carro, si quieres —dijo Bjartur.

Pero ella prefirió caminar.

Él condujo al caballo por el empinado camino serpenteante que trepaba montaña arriba, con la joven tambaleándose detrás de él. Cuanto más ascendían tanto más fuerte se tornaba la lluvia. Cuando llegaron a la parte superior de la brecha se había convertido en un verdadero aguacero que hacía rato tenía calada a Asta hasta los huesos. El agua le corría del cabello y le caía sobre la espalda y el pecho. Luego, de pronto, se acordó del pañuelo que tan ansiosamente y durante tanto tiempo deseó poseer, el pañuelo que los grandes del mundo se mostraron tan dispuestos a ayudarla a comprarse. ¿Dónde estaba el pañuelo de la pequeña Asta Sóllilja? Perdido. Pero no importaba. Todo le era igual. Nada tenía importancia. Se resbaló en la fangosa carretera y, cuando volvió a ponerse en pie, su vestido estaba embarrado y rasgado.

—Voy a hacer descansar el caballo aquí, en la cima —dijo su padre—. Y será mejor que terminemos lo que hemos traído para comer.

El gran océano de la víspera había desaparecido completamente en la torva nube de lluvia y bruma de abajo y nada se veía de la parte inferior de las colinas ni de los llanos y su gran ciudad. Ante

ellos se erguían las colinas de los páramos, sobresalían de la lluvia y se perdían de vista.

El camino a casa y la distancia que todavía era preciso recorrer parecían fríos e interminables, y la joven pensó tristemente en toda la monótona eternidad que se extendía frente a ellos.

Se sentaron en una piedra mojada, al borde de la brecha. Su padre se sentó de espaldas a ella, con el talego de comida sobre las rodillas. Le entregó por sobre el hombro una tajada de pan seco y un trozo de pescado, restos de los alimentos envueltos la mañana del día anterior. Pero, aunque hacía unos minutos Asta sentía hambre, descubrió que ahora no le quedaba apetito y que la lluvia hacía que los duros mendrugos fueran menos tentadores aún, de modo que tragó cada pedazo con dificultad y disgusto. Su padre guardaba silencio. Permanecieron sentados, dándose la espalda, mientras la lluvia chapoteaba lúgubremente sobre las piedras del entorno. La comida era tan asquerosa que al cabo de algunos bocados la joven tuvo que ponerse en pie. Caminó unos pasos y se descompuso. Vomitó los pocos bocados que había logrado tragar y continuó teniendo arcadas, hasta que finalmente vomitó un poco de bilis.

Después comenzaron los páramos.

33. La tiranía de los hombres

El verano que siguió fue, en un sentido, sin precedentes. Era la primera vez que Bjartur de la Casa Estival tomaba gente asalariada para que le ayudara. Ese importante acontecimiento se convirtió pronto en un punto de referencia para la historia de Casa Estival; cualquier cosa que había ocurrido antes era de tantos y tantos días, o meses, o años antes del verano que tuve a esa maldita Fríóa. Y cualquier cosa que sucedía después era tanto tiempo después de que la vieja Fríóa, maldita sea, llegara aquí. ¿Quién era Fríóa?

El motivo de su llegada era el siguiente: ahora que había una vaca en el pegujal, el número de gente que trabajaba debía ser aumentado para segar las nuevas cantidades de heno que se necesitaban. Y así como fue la perseverancia de la gente de Rauðsmýri la que endosó la vaca a Bjartur, así la perseverancia de la misma gente puso una nueva persona ante el granjero de la Casa Estival… aunque, es claro, sólo después de que éste hubo lanzado las necesarias maldiciones sobre los de Myri. Y la persona llegó.

El alcalde, que tenía suficiente buen sentido como para toda una parroquia, escogió —era preciso tenerle confianza en ese sentido— a alguien que estuviera de acuerdo con la bolsa de Bjartur, de modo que la que se presentó era un viejo pingajo achaparrado, una mujer que durante años y años había vivido de la ayuda de la parroquia y que, además, había sido maldecida con la posesión de una lengua tan procaz que pocos podían tolerarla durante tiempo alguno. Jamás se supo que viviese en armonía con sus superiores, y siempre reservaba sus insultos más venenosos para sus empleadores del momento. Como éstos eran generalmente campesinos, tenía ella amplios motivos para sus críticas; pensaba en voz alta. Poseía una especie de salud delicada y, a menos de que se le proporcionase regularmente cantidades de medicinas para mantenerla en buen

estado, guardaba cama y se quedaba en ella, ya que las medicinas eran su lujo, su forma especial de regodeo. Al principio los remedios le eran proporcionados por el doctor Finsen y puestos en la cuenta de la parroquia, pero luego llegó un momento en que el alcalde sintió que era preciso terminar con eso; las eternas cuentas hacían su parte en la tarea de llevar a la ruina a los contribuyentes. Por lo tanto, como era un experto en el arte de la medicina, especialmente en lo que concernía a los pobres, comenzó él mismo a prepararle el remedio. Esos preparados, aunque ponzoñosamente fuertes, no figuraron nunca en cuenta alguna y, si bien no lo entregaba jamás sin algún comentario malhumorado, siempre se mostraba liberal con la cantidad una vez que empezaba: nunca le entregaba menos de una botella de medio litro y, a veces dos. No era corriente pagarle jornal alguno a la mujer, excepto en la mitad del verano, pero ese estío el alcalde dispuso que Bjartur tuviese opción a sus servicios y que le pagara unas coronas por semana, de las cuales la mitad serían en su equivalente en lana. La mujer creía en Jesúspedro y lo invocaba continuamente.

La vieja Fríóa se agregó al pegujal —cuyos moradores parecían tener tan poco que conversar entre sí— como un nuevo elemento. Bjartur tenía por costumbre hablar a su esposa desde el empedrado, afuera, llamándola a través de la puerta, y también la de hablar con la vista fija en el cielo, como si se dirigiese al universo, y siempre resultaba un tanto incierto el que ella lograse escucharle desde el desván. En su mayor parte se trataba de observaciones relacionadas con el tiempo o reflexiones en punto al trabajo del campo y órdenes indirectas acerca del mismo. El tema era perfectamente impersonal y tanto daba que se respondiese o no. Los hermanos mayores se golpeaban mutuamente a hurtadillas, pero si su padre les veía, les golpeaba a su vez, en ocasiones con la herramienta que por azar tuviera en la mano en ese momento; Helgi, demonio, deja al chico en paz, porque siempre era Helgi el culpable; Gvendur era el chico. La abuela estaba sentada en la mecedora, balanceándose hacia atrás y hacia delante, mascullando en voz baja. Y la mirada madura, interrogante de Asta Sóllilja traspasaba el muro, o el cielo. Ella, que vivía con un deseo, debía pensar en secreto, como Bjartur, que componía versos sin que nadie lo supiese y sorprendía a todos

cuando los recitaba a los visitantes.

Y de pronto el irresistible torrente de la conversación de la vieja cubrió ese gran hogar independiente que se erguía sobre sus propios pies. Cruzó los marjales hablando, con el atado a la espalda, y habló incesantemente todo ese día hasta que, ya desnuda, se trepó, hablando, a la cama, junto a la abuela y al pequeño Nonni. Su parloteo chorreó a través de los días como una gotera que nada puede detener. Hablaba para sí misma mientras rastrillaba el heno en el prado, y los chicos se le acercaban socarronamente y la escuchaban. Discutía los asuntos de la parroquia, la agricultura y las cuestiones personales, investigaba las paternidades y los adulterios, desollaba incluso a los agricultores terratenientes por dejar que sus ovejas se muriesen de hambre, tachaba de ladrones a respetables parroquianos y atacaba al alcalde, al párroco e incluso al gobernador, denigrando a las autoridades cuando los demás no veían otra cosa ante ella que pantanos, y llevando siempre la mejor parte en la polémica debido a que sus oponentes se encontraban a varios kilómetros de distancia. Lanzaba un torrente continuado de improperios, quejándose especialmente de lo que denominaba la tiranía de los hombres. Esa tiranía de los hombres era una espina tal en su carne que, sin importarle si hablaba consigo misma o con otros, con la perra, con las ovejas que por casualidad cruzaran por el lugar, o con las ignorantes aves canoras del aire, todos su discursos, dormida o despierta, giraban en torno a ese eje. Vivía en continua y completamente desesperanzada rebelión contra esa repugnante represión y, por ese motivo, había algo de arrebatado, insolente y vengativo en su mirada, algo reminiscente de los ojos de un animal malvado pero confuso que hubiera visto en sueños, informe pero aterrador en su proximidad. La abuela volvía la encorvada espalda a la incesante tormenta y se hundía aun más en el añejo silencio de erial de su yo secreto. La madre encontraba lugares adecuados para interponer un monosílabo carente de significado, con voz llena de simpatía. Helgi entrecerraba los ojos en una sonrisa maliciosa y a veces le escondía las enaguas por la noche o le deslizaba un guijarro en las gachas. Bjartur, que también era recipiente de muchas mofas farfulladas, no se rebajaba jamás a una maldita vieja parlanchina como ella, de modo que su rostro era

la imagen del desdén cada vez que pasaba junto a ella, y Gvendur seguía el ejemplo de su padre en eso como en otras cosas. Pero el pequeño Nonni escuchaba, con ojos enormemente abiertos, todo lo que ella decía, tratando de encontrarle alguna coherencia. A menudo se paraba frente a ella, para observarle mejor los órganos del habla y no sin admiración hacia su volubilidad y su riqueza de vocabulario.

Cuando hablaba con él, la anciana no trazaba distinción alguna entre un niño y un adulto cualquiera, ni modificaba el idioma ni el tema para adecuarlos a él. Su conversación le clasificaba como hombre.

Y hubo una vez, durante una gran nevada de mitad del invierno, una reina que estaba sentada en la ventana de su palacio, atareada con su costura una noche, antes de la siega del heno, y Asta estaba sentada en el empedrado, contemplando el campo y leyendo su libro. Lo leyó todo al aire libre y, habiéndolo terminado un poco después de medianoche, volvió a empezar inmediatamente por el principio. El sol se elevaba cuando terminó de leerlo por segunda vez. Durante largo rato permaneció mirando hacia el sur, por sobre los páramos, recorriendo una vez más, mentalmente, el cuento. Una y otra vez siguió las pisadas de Blancanieves sobre las siete montañas y encontró refugio en la casa de los enanitos, después de que un cocinero le hubiera perdonado la vida. Finalmente, luego de haber estado expuesta a toda la maldad del mundo, el hermoso príncipe vino y la llevó a su reino en un ataúd de cristal. Tan honda era su simpatía hacia la pequeña Blancanieves, en la alegría y en la pena, en la dicha y en la tribulación, que su pecho se agitaba y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Pero no era el sentimiento amargo, aplastado, del que sufre por la maldad de que los hombres le han hecho objeto, sino, más bien, la emoción del que voluntariamente moriría y viviría por lo que la vida tiene de bueno. Tan vivido era el cuento de hadas que, a través de sus lágrimas, veía al príncipe en carne y hueso, vivo. Se veía a sí misma acostada en el ataúd de cristal, llevada por los hombres del rey, y la manzana saltándole de la garganta. Y fue como si se hubiesen conocido desde toda la eternidad, y él la hizo su reina… después de todo lo que había sufrido desde su nacimiento. Ésa fue la primera vez que su alma

quedó bajo el hechizo de la potencia de la poesía, que nos muestra tan veraz y simpáticamente el sino del hombre, con tanto cariño hacia lo bueno, que nosotros mismos nos convertimos en personas mejores y comprendemos la vida más íntegramente que antes, y tenemos esperanza y confiamos en que lo bueno prevalecerá siempre en la vida del hombre.

Bjartur no abandonó los hábitos del trabajador solitario; seguía levantándose antes de que rompiera el alba, igual que había hecho en su primer verano. Pisándole los talones venían sus ayudantes adultos, Finna y Fríóa, que trabajaban hasta bien avanzada la mañana con el estómago vacío. La anciana hacía lo que podía con el fuego y luego despertaba a los niños, a quienes se permitía dormir hasta que el café estaba caliente. La abuela encontraba tan difícil la tarea de despertarlos en verano como en invierno; nunca conoció chicos como ellos. Cuando no respondían a sus preludios, trataba de arrancarles de la cama por la fuerza, pero era como tirar de una cinta elástica. Cuando terminaba con sus débiles tironeos, estaban ellos más lejos que nunca y los párpados les pesaban tanto como las penas. Incluso después de que conseguían escurrirse de la cama y se afanaban en ponerse los calcetines, los párpados volvían a cerrárseles, perdían el equilibrio y caían sobre el lecho. A menudo la anciana tenía que golpearles la cara con una toalla mojada antes de que les fuera posible abrir esos curiosos párpados. Todas las mañanas decidía, una vez más, que nunca serían nada.

Y cuando, finalmente, estaban levantados, con frecuencia se sentían tan indispuestos que no podían tragar el café ni la tajada de pan. Los manjares no tenían encanto alguno para ellos hasta que no habían estado trabajando una o dos horas. Caminaban pesadamente por los marjales, con un poco de café en una botella para los mayores, con pasos tan inseguros como las tan zarandeadas ovejas con modorra, con las piernas todavía dormidas y las rodillas presas de un hormigueo, el cuerpo ansiando voluptuosamente un poco de descanso. Era maravilloso caerse entre los oteros. Nadie podía prohibirles que se cayeran, y no importaba si se mojaban o si tenían que juntar fuerzas inmediatamente para levantarse; la caída era hermosa, un momento en el bendito abrazo del descanso. Se sentían tan enfermos que les brotaban gotas de sudor de la frente y a veces

se inclinaban y vomitaban, mientras el sudor se tornaba más y más frío, agua helada en la frente y las sienes, en verano. El café que vomitaban no era ya dulce, sino amargo, y finalmente un líquido desconocido les llenaba la boca. A menudo tenían dolor de muelas por la mañana, hasta bien entrado el día, y a veces durante el día entero, y resultaba increíble la cantidad de distintos gustos desagradables que podían sentirse en la boca. Los chicos mayores habían sido provistos todos de una guadaña, pero el pequeño Nonni debía ayudar en el rastrillado para que las mujeres no se atrasasen con respecto a los segadores. Para los niños era un día de trabajo de dieciséis horas, interrumpido dos veces para una comida y una vez para un trago de café, con unos minutos de sueño bajo el cielo abierto, a mediodía. Cuando el cielo estaba limpio, la mente, revoloteando hacia metas remotas, encontraba alivio en la esperanza de que, de algún modo, los años por venir traerían una vida más libre y un ambiente mejor, sueños alimentados por el sol y que siempre han sido el título de nobleza del esclavo. Pero ese verano, desdichadamente, fueron pocas las ocasiones en que los soñadores diurnos del rastrillo y la guadaña pudieron visitar las tierras de los deseos, porque resultó ser un verano lluvioso, y nadie que trabaje en terrenos empantanados, mojado hasta la piel, tiene posibilidades de olvidar las realidades inmediatas. Los niños tenían tan poca ropa para usar cuando llovía como la que tenían para los domingos; en total eran dueños de un harapiento jersey, de arpillera y delgado nanquín. En estos tiempos difíciles no es conveniente tejer la lana como no sea para la ropa interior más necesaria. Bjartur tenía un chaquetón que usaba en ocasiones de más fasto, como, por ejemplo, las reuniones de los pastores y el rodeo de otoño. Era la única prenda impermeable en toda la casa, digna de tan honorable nombre, y, aunque nunca se la ponía para trabajar, ya que no era más que un símbolo de su independencia, había ocasiones en que se la entregaba a Asta Sóllilja si parecía que iba a llover todo el día. Y Asta la tomaba y la miraba sin levantar la cabeza; y nada más. Cosa extraña, la anciana. Fríóa era dueña de una vieja capa de gruesa tela de tejido casero, a pesar de vivir de la ayuda de la parroquia, y poseía, además, unas inmensas faldas de lona de vela. Y las incesantes lluvias de ese inclemente verano

cayeron sobre los tres pequeños e indefensos trabajadores de los páramos y sobre la mujer que todos los inviernos se pasaba dieciséis semanas en cama, empapándoles hasta el último hilo de los harapos que les cubrían, convirtiéndoles el sombrero en una masa acuosa y corriéndoles por el cuello y el rostro en arroyuelos manchados con el color de sus sombreros. Les bajaba por la espalda. Y por el pecho. Y así permanecían en pantanos y charcos, en el agua y en el fango, con las interminables y apiñadas nubes sobre ellos, la húmeda hierba siseando tristemente bajo la guadaña. La herramienta se tornaba cada vez más pesada, las horas se negaban a pasar, los momentos parecían pegarse a ellos, tan mojados como sus ropas. Mitad del verano. Los pájaros, silenciosos, salvo el archibebe, que se deslizaba, atareado, por todas partes, recitando un fragmento de su maravilloso e interminable relato, ji, ji, ji. Estas afortunadas aves están hechas de tal modo que el agua no puede mantenerse sobre su suave y espeso plumaje. El sonido de la conversación de la vieja Fríóa se perdía bajo la implacable lluvia, y durante horas y horas, los niños no oían otra señal de vida que los ruidos sordos de su propio estómago, porque no sólo estaban calados hasta los huesos e infinitamente cansados, sino que también se hallaban muertos de hambre y sin la reconfortante esperanza o la posibilidad de comunión con los elfos.

Grande es la tiranía de los hombres.

—No importa que me mate, el demonio, porque, como Dios y cualquier persona pueden decírtelo, estoy condenada de antemano… esclavizada a muerte cien veces y viviendo del socorro de la parroquia. Pero nunca estuve en tan mala situación que no tuviese algo para abrigarme de la lluvia a pesar del fraude, la tiranía y la muerte. Y toma nota de mis palabras, hijo: puedes estar seguro de que le habrá arrancado la vida a tu pobre madre antes de que Dios le conceda otro verano, el maldito negrero.

Ése era su texto. Y resultaba imposible negar que incluso a mediados del verano la madre dejaba el trabajo debido a enfermedades. Y en cuanto a los niños, el líquido verde que les manaba de la nariz se mezclaba con los arroyuelos que les recorrían la cara.

—Pero sólo yo tengo la culpa de permitir que ese convincente

alcalde me arroje verano tras verano en brazos de estos campesinos piojosos. Jamás has visto gente más tacaña en tu vida, y un día y otro, vivos o muertos, pescado salado y podrido que tienes que pasar por el gaznate, cuando no se trata de esas mohosas salchichas viejas que arden como fuego llameante y tienen un gusto tan agrio como el infierno. En cuanto a un bocado de carne los domingos, ¡Jesúspedro!, es como hablar del crimen.

La tiranía de los hombres. Era como un obstinado gotear del agua que cae sobre una piedra y la ahueca, poco a poco. Y ese goteo continuaba, caía empecinadamente, caía sin pausa sobre las almas de los niños.

—¡Como si no conociese a esta maldita escoria de pequeños propietarios, después de ser su esclava y su felpudo por un par de generaciones! No es la primera vez, ni mucho menos, que les veo sacrificar la poca inteligencia que poseen a sus ovejas corroídas por las lombrices. Siempre puedes reconocer al Malo por su pata hendida. Y, además, todos ellos quieren enriquecerse. No carecen de ambición. No viven de la ayuda de la parroquia, no; ellos son hombres libres. Independencia, y a carretadas. Pero ¿dónde está la independencia que tienen, si puedo preguntarlo? ¿No se encuentra la mayor parte de ellas en las entrañas de las ovejas, cuando ellos se mueren de hambre en la primavera de cada año? ¿Es que su libertad vale tanto como las lombrices que se alimentan, de eternidad en eternidad, de los sacos de piel y huesos que ellos llaman sus ovejas? Y permíteme que vea el reino de que son dueños, hijo, en el café descolorido y el pescado maloliente de este mundo o el próximo. No es de extrañar que Kólumkilli les sorba el tuétano a los lamentables rapazuelos que, según se supone, ellos deben criar.

Los chicos habían escuchado el parloteo durante mucho tiempo, considerándolo un galimatías que con la repetición constante e indefinida podía convertirse en una molestia insoportable. Y, como decía su padre: los recipientes vacíos y los pobres que reciben el socorro de la parroquia son los que hacen más ruido. Era como una nueva enfermedad de los nervios en el pegujal, un nuevo tipo de salmo, aunque sin derecho al respeto de los pequeños: los domingos se le podían hacer muecas. Los niños habían sido condicionados desde el nacimiento a la autoridad de su padre. El era al mismo

tiempo autoridad suprema de la granja y fuente de todo lo que ocurría en ella. En ese pequeño mundo era el hado inmutable, fuente de adversidad que ellos no podían dominar ni acusar de responsabilidad, porque su dictadura proscribía toda crítica y tornaba inconcebible toda resistencia organizada a sus medidas. Ello no obstante, los niños abrigaban, desde hacía tiempo, vagas emociones, una antipatía sin palabras hacia su padre, y no poco debido a las largas enfermedades invernales de su madre y a los niños nacidos muertos, que, subconscientemente y sin chispa alguna de rebeldía, ellos siempre asociaban a su padre. Pero cuando la última semana de agosto no vio el fin de las lluvias, llegó el momento en que la charla de Fríóa no pudo seguir siendo considerada como el parloteo detestable de una pobre vieja empobrecida y nerviosa, porque en fin de cuentas, había algo en ella que tomaba partido por ellos contra el incesante golpear de la lluvia que adhería los toscos guiñapos viejos a la piel joven y ahogaba todos los sentimientos alegres del alma, contra el trajín desesperado y destructor de dieciséis horas diarias. Era algo nuevo para ellos ver que su desdicha y su esclavitud eran relacionadas con fuentes perceptibles. En la locuacidad irresponsable de la anciana se agazapaban argumentos contra el aplastante yugo de la vida. Era la voz de la misma emancipación la que de esa extraña guisa unía fuerzas con sus propios pensamientos subconscientes. Y finalmente se llegó a una etapa en que Helgi no sentía ya diversión alguna en burlarse de ella ni en hacerle carantoñas los domingos. Por el contrario, mostraba menos prisa que nunca en obedecer las órdenes de su padre y comenzó a hacer muecas ante sus propias barbas, tan a menudo como antes las hacía a sus espaldas. El pequeño Nonni declaró en el prado que mamá estaba hoy en cama, enferma, porque nuestro padre no quería darle una chaqueta.

Y entonces, ¿es que no había ningún oasis en el desierto de los días? Sí, los días tenían su oasis: las comidas, el pescado salado, las gachas y las agrias morcillas. En ello residía la única alegría de la vida, porque la vaca no había parido aún. El primer rayo de esperanza del día era el momento en que el padre llamaba a Asta Sóllilja y le daba la largamente esperada orden de ir a la casa y hervir pescado. Al principio siempre parecía que, no importa cuánto

esperaran, el momento no llegaría nunca. Pero, en su momento, los niños descubrieron que cuanto más a menudo miraban a su padre a modo de recordatorio y como demostración de expectativa, tanto más se demoraría éste en llamar a Asta Sóllilja.

Finalmente Asta se dirigía a la casa para hervir el pescado. Nunca eran sus pasos tan leves, porque también ella esperaba desde hacía mucho tiempo el momento en que su padre considerara conveniente indicarle que podía abandonar el rastrillo, en el cruel meollo de la lucha cotidiana, e ir a casa para encender el fuego. El fuego… En cuanto comenzaba a arder, ella se quitaba las ropas mojadas y las secaba en la cocina. A veces partía un trocito de azúcar para endulzarse la boca. Y cuando el pescado estaba en la marmita, se sentaba ante el fuego y se calentaba.

Aparta de nos Tu ira aunque merezcamos el castigo como aquellas gentes de Sodoma hundidas en el fango de aquel río, Te temo, mi Señor, no olvides que del mal estoy arrepentido.

Era su abuela, atareada con las agujas, que mascullaba sus himnos sin levantar la cabeza una sola vez. Pero la joven no conocía a Dios ni su psicología. Saboreaba a fondo esos momentos pasados bajo el techo de la choza, su seguridad y su dulce calma que es una característica de mediados del verano… Fatiga, pastos duros, charcos fangosos, todo quedaba olvidado por el momento. Las gachas comenzaban a burbujear lentamente y a hervir, el olor del pescado salado llenaba el cuarto. Frente a ella ardía el fuego del hogar. Pero los chicos, en el prado, ya no segaban. Hacía tiempo que habían perdido toda la energía de los músculos. Sencillamente golpeaban la hierba mojada con sus guadañas, en una interminable imbecilidad, levantando tan sólo un chorro de agua, una tajada de barro o, cuando mucho, unos tallos rotos. Asta Sóllilja, por supuesto, se ha dormido y se olvidó de nosotros. Resultaba un jubiloso espectáculo cuando finalmente la veían llegar con la olla de la comida, por los límites del campo.

La cena en el prado, como todas las verdaderas alegrías, era más dulce en la expectativa que en la realidad. El bacalao salado y el pan de centeno, las gachas aguadas y la morcilla agria, la lluvia interminable que caía en los platos mientras comían… una lista de platos más rígida no se había encontrado en ninguna parte. El

pescado emitía un potente olor en la lluvia y el olor se pegaba durante varias horas a la nariz, a las ropas, a las manos. Los chicos nunca ansiaban tanto la comida como cuando se levantaban de comer bajo la hacina del heno.

Hiciese el tiempo que hiciese, Bjartur siempre se apartaba de los otros cuando terminaba de comer. Se acostaba sobre un brazado de heno, con el sombrero en la cara, y se quedaba dormido instantáneamente. En cuanto se movía durante el sueño, se salía del heno, cayendo a menudo en un charco, y despertaba de inmediato, cosa que le complacía enormemente. Consideraba correcto que un hombre durmiese cuatro minutos durante el día, y siempre se mostraba malhumorado si se excedía en su sueño. Las mujeres se introducían en la hacina cuando habían terminado de comer. Y entonces comenzaban los tiritones, porque se encontraban sobre la hierba mojada, y se levantaban con las manos entumecidas, con pinchazos en las piernas, e iban a buscar sus rastrillos. Y si Bjartur las oía quejarse de la humedad les replicaba que sólo los miserables desdichados podían molestarse porque el tiempo estuviese demasiado seco o demasiado húmedo. No podía entender por qué había nacido gente así.

—Querer estar seco no es más que una maldita excentricidad —decía—. Yo he estado mojado durante más de la mitad de mi vida y nunca me resentí una pizca por ello.

34. Grandes acontecimientos

Una tarde, cuando la siega del prado estaba ya casi terminada, cuando ya caía la noche, porque los días se acortaban rápidamente, ¿a quién vieron sino a un hombre con un caballo de carga bajando de la parte superior del brezal y atravesando la tierra sin caminos para bajar a los llanos del otro lado del lago? Era una expedición peculiar. Evidentemente el hombre era un extranjero en la región y tal vez no estuviese del todo bien de la cabeza. ¿O sería un proscrito? ¿Qué creía el individuo que estaba haciendo, vagando por tierras ajenas? Quizás era un elfo. Al menos no se trataba de una persona normal. Hasta Bjartur dejó de trabajar y se inclinó sobre el mango de la guadaña para contemplar a aquella persona que despreciaba de tal modo los campos trillados. ¿Qué estaría buscando el sujeto? ¿O un especulador de tierras, del sur? ¿Estaría especulando? ¿Con tierras ajenas? Finalmente el hombre tomó el equipaje del lomo del caballo y dejó al animal suelto en los marjales, al otro lado del lago, qué demonios. Luego dio la vuelta, y se dirigió hacia ellos. Todos le contemplaban, olvidando el trabajo. Enigma. Misterio. ¿Hay algo más atrayente que un desconocido en la tierra? Los niños se olvidaron hasta de la cruel fatiga de la decimoquinta hora.

El hombre no parecía tener mucha semejanza con otras personas. Llevaba la cabeza descubierta y tenía una camisa parda y un jersey sin mangas. Estaba atezado y recién afeitado; era delgado, levemente cargado de espaldas y tenía facciones delicadas y mirada circunspecta como un extranjero.

—Buenas noches.

—Buenas noches —replicaron los otros cautelosamente.

—¿Gente de la Casa Estival? —preguntó el visitante mientras se acercaba.

—Depende de cómo se mire —replicó Bjartur, más bien enojado, avanzando uno o dos pasos hacia el visitante, con la guadaña preparada—. Es decir, siempre creía que eran mis tierras, sea usted quien fuere. Y no puedo decir que entienda qué quiere decir eso de estudiar tierras ajenas.

No le ofreció la mano en el saludo acostumbrado; se detuvo a unos pasos de distancia y miró en su derredor, en la penumbra del ocaso. Luego, pensativamente, extrajo una pipa y tabaco.

—Hermoso valle —observó—. Tan hermoso como cualquiera que haya visto.

—¿Hermoso? —repitió Bjartur—. Hmm, eso depende de si el heno sale bien o se convierte en una bazofia. ¿Ha sido usted enviado por alguien?

¿Enviado? No, el visitante no había sido enviado por nadie; simplemente se le ocurrió que, puesto que el lugar era tan hermoso, podía pedir permiso para levantar allí una tienda, al otro lado del lago.

—Esta tierra —dijo Bjartur—, esta tierra llega por el sur hasta el brezal, allá, y por el norte hasta los picos montañosos, por el este hasta el centro de la cordillera, y por el oeste hasta Moldbrekkur. Todos los terrenos bajos me pertenecen.

El visitante hizo alguna observación incomprensible acerca de que todas esas tierras eran un auténtico parque.

—Que sean un parque o no —repuso Bjartur—, son propiedad mía, y no puedo decir que me agrade ver a desconocidos fisgoneando en ellas.

Hace ya trece años, y más, que levanté esta granja de las ruinas, y en cuanto a la gente de Rauó\smyri, no les debo un centavo. Cuando comencé se me dijo que había aquí un fantasma, pero yo no temo a los fantasmas ni a los hombres. Tengo buenas ovejas.

El visitante entendió y sacudió afirmativamente la cabeza.

—Empresa privada.

—No lo sé —dijo Bjartur—, ni me alabo de ello. Lo único que sé es que no estoy en peor situación que la mayoría de los individuos de por aquí que trabajan solos, y sí, en todo caso, un poco mejor por no haberme acostumbrado jamás a endeudarme, cosa que conseguí siempre fácilmente con sólo no dejar que hubiese parásitos

con pretensiones a mi heno: hasta el invierno pasado, en que cierta gente me endosó una vaca. Pero, naturalmente, nunca me he considerado un igual de los grandes hombres y, en consecuencia, me niego a permitir que nadie se entremeta en mis asuntos y no tengo deseo alguno de establecer sociedad con nadie.

Pero el visitante explicó rápidamente que cuando habló de empresa privada, naturalmente, no quiso decir que todos se convirtiesen en hacendados o en hombres acaudalados. Y, de todos modos, no le gustaba mucho tratar con los agricultores importantes; prefería que su calderilla pasase a manos de los pequeños propietarios…

Bjartur, sacando inmediatamente en conclusión que debía tratarse de alguien que tenía en la cabeza nuevos métodos comerciales, declaró que había decidido no tratar con nadie que no fuese su propio comprador, el viejo les ha mantenido unidos el cuerpo y el alma a muchos en esta época, y aunque Jón de Myri funda sus cooperativas y promete entregar dividendos para cuando los tiempos sean buenos, supongo que los dividendos de que habla serán mayores en la parte que él arranque de un mordisco, y más menguados para nosotros, los que tenemos más de treinta o cuarenta para vender. ¿Y qué pasará en los años malos? Si toda la estructura se derrumba, seremos nosotros los que pagaremos las pérdidas, creo. Y no sólo las nuestras, sino también las de ellos, malditos sean. De modo que, por lo que respecta a transacciones comerciales, amigo mío…

El visitante se apresuró a asegurar a Bjartur que jamás soñó siquiera en tratar de minar las buenas relaciones que existían entre el pegujalero y su comprador. No era más que un individuo a quien le gustaba probar una escopeta, o un anzuelo y un sedal, cuando estaba en el campo en verano, «y me pregunto si no me permitirá usted probar una línea… previa compensación, claro».

—No hay pesca que valga la pena —contestó Bjartur—. La gente sensata no tiene tiempo para malgastarlo en la basura que encontrará usted en el lago, y, en cualquier caso, lo que se atrapase aquí, en los pantanos, pez o ave, no serviría de gran cosa para mis ovejas. Puede que sirva de algo para los grandes propietarios de ovejas, e incluso para los hijos de los grandes propietarios. Ahí está,

por ejemplo, el hijo del alcalde de Útirauðsmyri, ése a quien ahora llaman gerente, que fue educado en la religión persa y se ha hecho administrador de la cooperativa que su padre fundó… Pues bien, ése jamás pudo ver una cosa que respirase el aire de la vida sin sentir deseos de volarle los sesos, condenado sea.

La vieja Fríóa, imprudente y rencorosa como siempre, gritó desde el prado:

—¡Escuchad como denigra a sus superiores ese destripapantanos que esclaviza a todos, parientes y extraños, muertos y vivos… a todos, menos a los piojos que se arrastran por su podrida piel!

El visitante exhaló humo en su dirección, sin saber a ciencia cierta qué actitud adoptar en la cuestión.

—Oh, no se preocupe por lo que vomita esa cosa. No es más que uno de esos malditos pobres que viven del socorro de la parroquia, y no es la primera vez que se le va la lengua —dijo Bjartur a fin de impedir cualquier malentendido, y en tal forma que el visitante se consideró ahora en libertad de renovar su petición.

—Bien —repuso el granjero al cabo—, si no es usted un especulador y si no ha sido enviado por ninguna compañía, no veo por qué no habría de levantar una tienda por una o dos noches, siempre que no me pise mucho la hierba. Pero no toleraré a ningún especulador en mi tierra. Y tampoco a miembro alguno de compañías o sociedades, porque considero a las sociedades la ruina del individuo. Y mis tierras no están en venta, de todos modos, y menos aún por dinero. Y yo y mi gente vivimos aquí en paz, tranquilos, y tenemos todo lo que necesitamos. Si solamente esta maldita lluvia dejara de mear alguna vez…

El terreno quedó allanado para la negociación cuando el desconocido consiguió por fin convencer a Bjartur de que no era un especulador ni miembro de sociedad alguna. Era un hombre corriente de la capital, la clase de individuo que se ve a menudo durante el verano, un excursionista, un inocente exiliado. Alguien le había dicho que allí podría encontrar solaz; había olvidado el nombre del informante. Le agradaría permanecer por allí unos días, no le faltaba nada, estaba provisto de todo. Como prueba de ello extrajo una cartera abultada con billetes de banco, verdadero dinero en un montón; ellos, estos capitalinos, y los bancos están en

perfecto acuerdo; algunos dicen que usan esos billetes en el excusado. A despecho del desdén que Bjartur sentía hacia el dinero, la vista del mismo no dejó en ese momento, de producirle alguna impresión. Incluso se ofreció a ayudar al hombre con su tienda, pero el visitante declinó el ofrecimiento, agradeciéndolo, podía arreglárselas solo. Se despidió de ellos con un saludo tan superficial como el de su llegada, dejando tras de sí una nube de humo azul que se disolvía sobre el prado, en la calma de la noche, y un aroma fabuloso. Había dicho tan poco, se mostró tan poco ceremonioso en sus saludos y exhibió tanto dinero, que no había límite para lo que la imaginación podía fabricar en torno a un hombre así, un gran hombre, un hombre elegante, la distinción misma hecha hombre, el príncipe de un cuento de hadas. Y ahora era vecino de los habitantes de la Casa Estival. Su proximidad era como el regusto del domingo a mitad de la semana, con un intervalo en el aguacero, material para el pensamiento en la apatía, estímulo en medio de la tristeza de la vida. Esa noche Asta Sóllilja soñó muchas veces que la manzana le saltaba de la garganta.

Luego, al día siguiente, la vaca parió, y así, en veinticuatro horas, ocurrieron dos grandes acontecimientos en los páramos.

Esas últimas semanas, pobrecita, había estado terriblemente pesada, y Finna, que sabía cómo era eso, no dejaba que nadie la sacara por la mañana o la trajera por la noche; lo hacía ella misma. Ningún otro era suficientemente pausado con ella, nadie tenía la paciencia de esperar mientras la vaca se convencía a sí misma para salir por la estrecha puerta del establo, con los flancos rozando las jambas. A Finna jamás se le habría ocurrido castigar a la criatura mientras chapaleaba trabajosamente con el barro hasta las corvas, frente a la casa. Búkolla se detenía luego de cada paso, bufando y gruñendo, pero mirando de tanto en tanto a la mujer, meneando las orejas y mugiendo. Generalmente se separaban en el hendón de junto al arroyo, y la mujer le acariciaba la papada, y «pronto tendremos un ternerito de frente redonda y patas débiles, largo y torpe, y espero que todo nos vaya bien, y tú me verás esta noche. Y tomaremos las cosas con calma y nos recordaremos mutuamente en el pensamiento». Después Finna se iba a la casa y la vaca comenzaba a mordisquear ruidosamente el pasto, las fosas nasales

frunciéndosele con el placer del exquisito bocado, porque el pasto de las orillas de los arroyos era fuerte y jugoso.

Pero esa noche Finna no encontró a la vaca en sus pastizales habituales, y lo consideró extraño, porque últimamente el animal mostraba pocos deseos de vagabundear, ahora que esperaba, y hacía tiempo había dejado de lado sus tentativas de fuga. Vagó de loma en loma, alejándose más y más, a lo largo de la ladera de la montaña, llamando «¡Búkolla, Búkolla querida!». Finalmente la vaca le respondió desde un pequeño hendón herboso, junto a un barranco. Bramó una sola vez en respuesta y fue encontrada. Había parido. La mujer comprendió inmediatamente.

Finna la encontró extraordinariamente difícil de tratar; no quería portarse bien y debía ser empujada. Continuamente describía círculos en torno al ternero, husmeándolo, lamiéndolo y mugiendo suavemente a cada paso; no podía dedicar un solo pensamiento a nadie más. Pero Finna comprendía. Cuando una tiene un ternero, éste se interpone entre la madre y el objeto que hasta entonces era el más querido. La atareada agresividad de la maternidad feliz domina su comportamiento y borra sus rasgos más civilizados. Era como si los sueños de esa criatura se hubiesen tornado realidad en un solo día, como si ya no necesitase nada más. La simpatía de los demás se había convertido en una superstición. Pasó mucho, mucho tiempo, antes de que la mujer consiguiese, mediante halagos, llevarla al establo.

Todos menos Bjartur se encontraban esperando fuera para dar la bienvenida a la vaca y su ternero recién nacido. Los chicos salieron del campo para irles al encuentro y examinar al ternero de manchas grises. Era evidente la raza de la vaca de la costa. Se trataba de un torito, y Asta Sóllilja lo saludó con un beso. Y la vaca contempló el beso, mugiendo broncamente. Esa noche la perra no intentó morder las patas de la vaca; ni siquiera le ladró, a pesar de que era una tonta. Con la cola entre las patas, se retiraba cortésmente a una distancia prudente cada vez que la vaca daba señales de querer atacarla, y, desde unos metros de distancia, observaba con gran respeto las nuevas relaciones que se establecían. La anciana abuela se arrastró a lo largo de la pared, con la ayuda de un viejo mango de rastrillo, para acariciar al ternero y a la vaca. Hasta la vieja Fríóa

se mostró más cordial que de costumbre.

—Dios bendiga a la pobre criatura —dijo—, Jesúspedro.

Luego Bjartur salió de la casa.

¡Ajáá!… —dijo—. Será mejor que preparemos el cuchillo.

—¡Ya me parecía… asesino sanguinario! —exclamó la vieja Fríóa.

Pero la mujer de Bjartur no hizo más que mirarle suplicante, y dijo, casi en un susurro, mientras pasaba junto a él en el empedrado:

—Bjartur, cariño…

De modo que la vaca fue atada en su establo, con el ternero a su lado.

Y más tarde, por la noche, cuando todos estaban para acostarse y las mujeres, con alborozada unción, discutían acerca del parto y del ternero, cuando todos estaban tan dichosos debido a esa nueva personalidad que se presentaba en la granja y tan agradecidos porque la vaca hubiese salido tan bien del parto, cuando todos compartían tan íntimamente la felicidad de la vaca, Bjartur continuó la discusión donde la había interrumpido anteriormente.

—Lo peor de todo es que no tengo tiempo de llevar la res a Fjóróur antes de fin de semana.

El día siguiente hubo cuajada de calostro.

Los días que siguieron fueron grandes días. No había más que mirar a la criatura que otrora estuvo tan solitaria, y ver cuan leves eran ahora sus pasos cuando se alejaba trotando del campo, con su ternero trotando atolondradamente a su lado… ya no tenía necesidad de consuelos o caricias. Trataba de dejar atrás a los niños en cuanto le era posible, porque se habían enamorado del ternero y no terminaban jamás de acariciarlo. Descuidada en su nueva vida, se alejaba con su hijo hasta la montaña y muchas veces estaba a punto de perderse, tan independiente de los hombres se consideraba ahora, ella que siempre se refugió en la protección de la mujer. ¡Basta de tratos con los hombres! Cuando Firma llegaba, por la noche, para llevarla a la casa, la miraba como preguntándose qué tenía que ver ella con eso. Pero Firma no se sentía herida por ese comportamiento, porque comprendía la alegría de la maternidad y cómo la eleva a una orgullosamente por encima de todo el género

humano y hace que todo lo demás parezca mezquino. Sí, tan bien comprendía su alegría que, aunque la vaca daba muy poca leche por la noche, no se atrevía a decírselo a nadie por miedo de que Bjartur ordenase que el ternero quedase encerrado durante el día. No podía pensar en que la vaca perdiese el alborozo de tener a su hijo consigo esos días, en el pastizal, cuando había estado solitaria durante tanto tiempo.

Domingo de mañana. Los domingos generalmente se quedaban hasta tarde en la cama, a veces hasta las ocho, todos excepto Bjartur, para quien todos los días eran iguales y a quien por lo común se le escuchaba haciendo una cosa u otra. Los domingos por la mañana, reparando alguna herramienta y cosas por el estilo, el pobre. Esa mañana asomó la cabeza por la trampilla y preguntó si todos estaban muertos ahí, o qué.

—¿Es que la tiranía se extenderá también a los domingos? —preguntó Fríóa con acritud.

—Las tripas del ternero están en el empedrado —anunció él—. Dejaré que decidáis vosotros mismos si la lluvia debe arrastrarlas hasta el barro. Yo me voy a Fjoróur con la carne.

Ese día la dueña de Casa Estival no se sintió en condiciones de salir de la cama; se quedó acostada, de cara a la pared. No se sentía del todo bien. La anciana Hallbera se levantó, y la vieja Fríóa, y los niños. Las humeantes entrañas del ternero yacían en una artesa, en el empedrado, pero Bjartur ya estaba lejos, por las ciénagas, a caballo de la vieja Blesi, portador de la carne de ternero para el horno del comprador.

—De este modo os matará a todos —dijo Fríóa, y luego dio rienda suelta a un torrente de espantosos insultos en tanto que se hacía cargo de las entrañas. Y los niños se quedaron en el empedrado, cubriéndose la boca con los dedos y mirando. Y escuchando.

El ternerito de Búkolla, todos recordaban la expresión de sus ojos, porque también él tenía una expresión en la miradas, como los otros niños. Había mirado a Nonni, había mirado a Helgi, les había mirado a todos. Ayer mismo estuvo saltando en el campo, levantando en el aire las dos patas delanteras al mismo tiempo, luego las traseras a la vez, en un jueguecito completamente

personal. Y la coronilla de su cabeza era redonda como una bola, los terneritos son siempre así. Asta Sóllilja dijo que estaba muy cerca de tener tres colores. El animalito vagaba también por los taludes cercanos a la montaña, y alguna vez olisqueó el tornillo silvestre del mundo. Y cuando llovía se cobijaba detrás de su madre. Ése fue un domingo negro. La vaca mugió incesantemente en su establo y, cuando trataron de llevarla al pastizal, regresó en seguida y mugió en el campo frente a la granja. Se paró en la puerta y mugió hacia dentro. La montaña repetía los ecos de sus gritos; de sus grandes ojos corrían grandes lágrimas… Las vacas lloran.

Durante toda una semana Firma no se atrevió a mirar a la vaca. La vieja Fríóa tenía que ordeñarla. Nada hay tan implacable como los hombres. ¿Cómo podemos justificarnos, especialmente ante los torpes animales que nos rodean? Pero los primeros días son siempre los peores y existe mucho consuelo en el pensamiento de que el tiempo todo lo borra, el crimen y la pena tanto como el amor.

35. El visitante

La lluvia sigue cayendo.

Asta Sóllilja, atareada en la cocina, se ha quitado las ropas mojadas y las ha puesto a secar en el fogón. El vapor surge de ellas, y la joven se encuentra, descalza, cortando el pescado para ponerlo en la olla. Lleva una vieja bata harapienta, y las burbujas están comenzando a subir a la superficie cuando, de pronto, escucha un ruido abajo. Se abre la puerta, unas pisadas resuenan en el corral, la escalera cruje, la trampilla es levantada y un hombre aparece y mira en torno. Llevaba un sombrero impermeable. Su chaquetón era largo y fuerte, con cuello, aletas, refuerzos y botones; no existía lluvia que pudiese penetrar en una prenda como aquella. Usaba altas botas impermeables y sus ojos azules eran claros y bondadosos. Dijo buenos días. Ella no se atrevió a decir buenos días. No dijo nada. Generalmente tendía la mano en silencio cuando alguien la saludaba, pero no la ofreció a ese hombre. La primera vez en que lo vio le pareció que era delgado y muy joven, pero, en ese cuarto minúsculo, él y su enorme chaquetón cobraban tan tremendas proporciones que la joven temió que se golpease la cabeza contra el techo. La anciana tampoco respondió al saludo, pero dejó de tejer y trató de enfocarle con la mirada. El hombre traía consigo un manojo de truchas y uno de barnaclas.

—Carne fresca —dijo—. Para variar.

Los blancos dientes relucieron como joyas en el moreno rostro varonil. Había un acento extraño en su voz.

—Sola —dijo su madre con voz opaca, ronca—, ¿no piensas ofrecer un asiento al hombre?

Pero Asta Sóllilja no tenía valor para ofrecer un asiento al hombre; su bata era espantosa, sus brazos tan largos, sus manos tan grandes, tenía los pies embarrados… No se atrevió a mirarle, no

miró siquiera el agradable olor de las truchas que traía. Los guiñapos que usaba de ropa interior estaban sobre el fogón, ante las mismas barbas del hombre, humeantes de humedad. Él habría pensado, claro, que no tenían suficiente comida. ¿Qué debía decir ella? ¿Qué habría dicho su padre?

—Pongamos unas truchas en la olla —dijo el visitante tomando el cuchillo. Tenía manos delgadas, morenas, libres de suciedad, libres de callos y arañazos, manos que jugaban diestramente con el cuchillo. Destripó rápidamente los pescados, dejando las entrañas en un plato y los pescados, ya limpios, en la marmita—. Pescado de primera —dijo, levantándose para que la abuela los inspeccionara —, casi cuatro libras cada uno por lo menos, magnífico pescado.

—Ajá —repuso Hallbera—, muy bueno, quizá, para el que los tolera. Pero lo que a uno da vida a otro mata. Y el pescado fresco, especialmente el de agua dulce, es más de lo que puedo tolerar. No sé por qué, pero nunca he podido comer nada fresco. Después me sale sarpullido. Es muy fuerte.

Eso, pensó él, no podía ser cierto; los alimentos frescos eran buenos para cualquiera.

—¿Y de dónde es el caballero? —averiguó ella.

—Del sur —dijo él.

—Sí, naturalmente, pobre hombre —dijo la anciana con toda la simpatía que los viejos muestran hacia cualquiera que vive en una parte remota del país.

Y Asta Sóllilja estaba allí, de pie, viéndole preparar el pescado. Sus manos eran tan hábiles, los movimientos tan pocos y tan seguros… La tarea parecía hacerse por sí sola y, sin embargo, a tan maravillosa velocidad… Y había en sus labios una sonrisa, aunque no sonreía; era agradable mirarlo. Y un hombre tan bueno… Llenó la olla hasta el borde, era un hombre grande, nadie debía descubrir que ella había soñado desde que ese hombre llegó al valle; pidió sal.

La fragancia de la trucha fresca hirviendo llenó la habitación. Él sacó la pipa y aplastó el tabaco antes de encenderla. El humo tenía un aroma como de filipéndula, pero más delicioso aún. Hay otro mundo en un olor agradable, y la fragancia se quedó, viva, hablando, cuando el visitante se fue.

—Buenos días a las dos —dijo, y salió.

Y se fue. Cerró la puerta tras sí. Corriendo a la ventana, Asta le miró mientras el hombre corría, abrigado en su chaquetón y su sombrero impermeable, en la lluvia fustigante. La lluvia no podía hacerle mucho daño a un hombre así. ¡Cuán ligeros eran sus pasos! La joven sintió que la cabeza le daba vueltas, que el corazón le golpeaba contra las costillas. Se quedó junto a la ventana hasta que las palpitaciones cesaron, y para entonces la lluvia la había hipnotizado. De pronto la anciana recordó que había querido preguntarle algo, teniendo en cuenta que venía del sur, pero su inteligencia estaba tan embotada en esos días que no podía acordarse de nada, deberías avergonzarte, Sola, porque no ofreciste un poco de café al pobre hombre. Pero Asta Sóllilja no oyó lo que le decía, porque se sentía ridícula con sus brazos y pies desnudos, con su bata vieja, con sus piernas delgadas… fea.

—Patos —dijo Bjartur esa noche, mirando despectivamente las aves que dejara el visitante—. Nadie engorda comiendo ave. Que entre todos los hombres sea maldito por sus presentes.

—Podríamos tratar de cocerlos —sugirió su esposa.

—He oído que los burgueses comen carne de ave —apuntó la vieja Hallbera.

—Sí, y los franceses comen ranas —bufó Bjartur, y no probó los patos. Sin embargo, perdonó al visitante por el pescado y los patos, y después del desayuno, la mañana del domingo siguiente, se le oyó decir—: Es muy vuestro eso de arrebatar el regalo de las manos de un desconocido y decir gracias como una pandilla de vagabundos. Pero que se os ocurriera siquiera enviar al individuo unas gotas de leche la mañana del domingo, ¡no, eso está muy por encima del vuelo de la imaginación…!

El resultado de todo ello fue que Asta Sóllilja y el pequeño Nonni fueron enviados al lago con un poco de leche en un pequeño cuenco. Ella se lavó la cara y las manos y se peinó el cabello. Sus ojos, uno recto, el otro bisojo, sus ojos estaban muy grandes, muy negros. Se puso los zapatos de piel de carnero y el vestido de su madre muerta. Éste había sido lavado después de su viaje a la ciudad y remendado allí donde se rasgó, pero estaba sumamente descolorido y no era ya nada bonito. En realidad era más bien un miserable harapo. Pero afortunadamente la alegría del alma había

florecido de modo considerable en esos diez días transcurridos desde que la vaca parió, como resultaba evidente mirándole el cutis.

Cruzaron los marjales con el cuenco entre ellos. Asta Sóllilja estaba tan nerviosa que se mantuvo en silencio durante todo el camino. Hacía ya tres días que el tiempo, a intervalos, estaba razonablemente hermoso, cosa que, aunque insuficiente como para ser de verdadera utilidad, bastó para hacer que la mayor parte del heno fuese apresuradamente guardado en la casa. También ese día había sol, pero el pasto de la ciénaga comenzaba a crecer amarillo y el delicado azul que caracteriza a la primavera había desaparecido de los rayos del sol. Los chorlitos comenzaban a reunirse en bandadas, pero las agachadizas se acurrucaban en el pasto, en soledad atontada, como si lamentaran todo lo sucedido. Salían volando de bajo los pies de uno con un repentino agitar de alas que sobresaltaba. Nada de canciones ya, aparte de la del corazón.

No se veía movimiento alguno en la tienda y, como no tenían idea de cómo llamar en una morada que no tenía puerta ni jambas, se detuvieron, perplejos, a unos metros de distancia. Finalmente reunieron suficiente valor como para atisbar por debajo del borde. El hombre salió entonces de un saco forrado de piel, asomó la cabeza por la aleta de la tienda y les miró, parpadeando, con ojos soñolientos.

—¿Me buscabais?

—No —repuso Asta Sóllilja, y, dejando el cuenco frente a la tienda, tomó la mano de su hermano y huyó.

—¡Eh! —gritó él—. ¿Qué debo hacer con esto?

—¡Es leche! —respondió el pequeño Nonni a gritos, en plena retirada.

—¡Esperad! —bramó él, y, como no se atrevieron a desobedecer, se detuvieron y le miraron por encima del hombro, como dispuestos a huir nuevamente al menor movimiento sospechoso, como jóvenes gamos.

—Os prepararé una fritada —dijo.

Ellos le contemplaron unos momentos más y luego se sentaron, los dos en el mismo montón de hierba, ignorantes de lo que quería decir fritada, pero dispuestos a esperar que apareciese lo que fuera. El visitante comenzó a sacar algunas cosas de la tienda, descalzo, en

pantalones y camisa, en tanto que ellos seguían todos sus movimientos con ojos maravillados.

—No os hará ningún daño acercaros un poco más —les gritó sin levantar la vista.

Luego de esperar un poco más, los hermanos aprovecharon la coyuntura de que él les volvía la espalda y se escurrieron unos metros más adelante. El informó que podían entrar en la tienda si querían, de modo que le siguieron al interior, primero el chico, luego la joven, y se quedaron con la espalda apoyada contra el soporte. Jamás se habían visto anteriormente en tal aventura. Toda la tienda olía a tabaco, a fruta y a aceite para el cabello. Ella le miró los brazos, morenos como el café con crema, y le observó encender el infiernillo y derretir un poco de manteca en una sartén. Tenía ya tres patos preparados y pronto el olor de la fritada se agregó a los otros olores.

—¿Conocéis muchos juegos? —preguntó él sin levantar la cabeza.

—No —respondieron ellos.

—¿No? —repitió él—. ¿Por qué?

—Estamos siempre ocupados —dijo el pequeño Nonni, sin explicar el proceso de sus pensamientos.

—¿Para qué? —preguntó el hombre.

No lo sabían.

—Es muy divertido jugar juegos —dijo él, pero ellos no sabían a quién se refería; si se refería a ellos, a sí mismo o a la gente de la región. Las mejillas de la joven ardían de temor de que la mirase o le dirigiese alguna observación a ella en especial.

—¿Por qué no cazáis pájaros? —preguntó él.

—Papá no quiere —respondió el chiquillo, sin recordar que su padre había divulgado su meditada opinión al respecto.

—¿Qué hicisteis con los patos que os di el otro día?

—Los cocimos.

—¿Los cocisteis? Deberíais haberlos frito en manteca.

—No tenemos manteca.

—¿Por qué no?

—Papá no quiere comprar una desnatadora.

—¿Es que vuestro padre quiere algo? —averiguó el hombre.

—Ovejas —repuso el niño.

Entonces, por fin, el hombre miró a la pareja, y fue como si se diese cuenta por primera vez de que aquello era una conversación y de que, lo que era aún más, había verdadera sustancia en esa conversación. Se mostró más bien sorprendido.

—De modo que quiere ovejas —dijo, acentuando fuertemente la palabra ovejas, como si le fuese imposible comprender la relación del vocablo con el contexto. Luego, mientras daba vuelta a las aves en la sartén (y se pudo ver que la parte de abajo estaba tostada), la manteca escupió y restalló y una densa humareda llenó la tienda—. De modo que quiere ovejas —repitió el hombre para sí. Meneó la cabeza, siempre para sí, y, aunque los hermanos no advirtieron su desaprobación, sintieron, ello no obstante, que debía haber algo que no estaba del todo bien en el hecho de querer tener ovejas. Nonni resolvió decirle a su hermano Helgi que parecía dudoso que ese grande hombre estuviese en completo acuerdo con todas las opiniones de su padre.

Ella le estudió de arriba abajo, le observó el cinturón, y los dedos del pie, y la camisa, que estaba hecha de tela parda y abierta en el cuello, y nunca conoció a nadie parecido. Indudablemente hacía todo lo que quería. Su casa… con el ojo de la mente vio la casa, encantadora como un sueño, como la de la fuente de su madre. Pero eso era imposible ¿Y por qué era imposible? Porque había una muchacha de pie ante la puerta de la casa de la fuente. La casa de este hombre estaba aislada en el bosque, como la de un calendario que las ovejas pisotearon en el barro cuando se cayó escaleras abajo, hacía dos años… sola en un bosque. Y él vivía solo en ella. En su casa los cuartos eran más numerosos y más hermosos aún que los de la mansión de Rauðsmýri y tenía un sofá que era más maravilloso que el sofá de Rauðsmýri. De él se hablaba en Blancanieves.

—¿Cómo te llaman? —preguntó él, y el corazón se le detuvo a la joven.

—Asta Sóllilja —barbotó con voz angustiada.

—¿Asta qué? —preguntó él, pero ella no se atrevió a repetirlo.

—Sóllilja —dijo el pequeño Nonni.

—Sorprendente —comentó él, contemplándola como para

asegurarse de que era verdad, en tanto que ella pensaba cuan espantoso era verse abrumada con tal absurdo. Pero él le sonrió y la perdonó y la consoló, y había algo tan bondadoso en su mirada, tan tierno… En eso le place al alma descansar de eternidad en eternidad. Y ella lo vio por primera vez en sus ojos, y quizá nunca más, y lo encaró y lo entendió. Y eso fue todo.

—Ahora sé por qué el valle es tan hermoso —dijo el visitante.

Asta no tenía la más mínima idea de qué podía contestar… ¿hermoso, el valle? Después, durante semanas enteras, se devanó los sesos. ¿Qué quiso decir? A menudo había oído hablar de la hermosa lana y el hermoso hilo, y, más que nada, de las hermosas ovejas… ¿Pero del valle? Pero si el valle no era otra cosa que un marjal, un marjal empapado donde uno se hundía hasta los tobillos en los charcos, en las lomas, y más profundamente aún en los pantanos, un lago estancado donde algunos decían que vivía un nykur, una granja situada en un otero, bajo una montaña con cinturones de picos encima y, muy pocas veces, sol. Miró en torno, el valle, el aguazal, el maligno aguazal donde durante todo el verano había levantado el heno mojado, empapada y desdichada. Los días parecían no haber tenido mañanas ni noches que aguardar… y ahora el valle era hermoso. Ahora sé por qué el valle es tan hermoso. ¿Por qué, pues? No, no era porque ella se llamase Asta Sóllilja. Si era hermoso sería porque un hombre maravilloso había llegado a él.

La fritada seguía siseando.

—Salgamos —sugirió él. Se sentaron a la orilla del lado. Eran casi las tres y había en el valle una tibia brisa estival. Él se acostó sobre la hierba, de cara al cielo, y ellos le contemplaron y miraron los dedos de los pies.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó él al cielo.

—No —fue la respuesta de ellos.

—¿Habéis visto alguna vez un fantasma?

—No.

—¿Sabéis hacer algo? —preguntó el hombre.

En ese punto los niños sintieron que quizá era poco cortés contestar a todas sus preguntas negativamente, de modo que no negaron rotundamente que supiesen hacer algo. ¿Qué sabía hacer

Asta Sóllilja? Pensó intensamente durante unos momentos, pero descubrió que se había olvidado de todo lo que sabía hacer.

—Nonni sabe cantar —dijo.

—Veamos cómo cantas, pues —dijo el hombre.

Pero aparentemente el chiquillo se había olvidado de golpe cómo se hacía para comenzar a cantar.

—¿Cuántos dedos tengo en el pie? —preguntó el hombre.

—Diez —respondió sin titubear el pequeño Nonni, e inmediatamente lamentó la precipitada respuesta, porque no se había molestado en contarlos, ¿y quién podía afirmar que un gran hombre como ése no tuviese once? Asta Sóllilja volvió la cabeza; en toda su vida no había oído a nadie formular una pregunta tan curiosa, y, por más que lo intentaba, no podía contener la risa. Y cuando volvió a mirar, el hombre la contemplaba de un modo tan gracioso que rompió a reír. Se avergonzó mucho. Pero no pudo evitarlo.

—Lo sabía —dijo el hombre triunfalmente, levantándose de la hierba para verla reír. Ella surgía a la vida con la risa, picardía en los ojos. Se rindió, y fue un rostro de muchacha.

Luego él tuvo que entrar a echar una nueva ojeada a los patos. El olor de la fritura se extendía en torno a la tienda y los hermanos sintieron la boca hecha agua mientras pensaban con deleite en comer una comida de tan sabroso aroma. El hombre trajo algunas latas llenas de frutas en conserva y las volcó en una fuente, y estaba tan ocupado con sus fragantes golosinas que tenía poco tiempo para dedicar a los niños, y Asta Sóllilja se mostró repentinamente colérica con su hermano Nonni por ser tan estúpido y fastidioso.

—¿Por qué no podías cantar para el hombre, tonto, ya que te dejé venir conmigo? —dijo. Pero esa noche, cuando se encontraba sentada en el empedrado, se reprochó amargamente por no haber demostrado lo que ella misma sabía hacer… ¿Por qué, por ejemplo, no le contó la historia de Blancanieves, que se sabía de memoria? Una vez en medio del invierno, cuando los copos de nieve caían como plumas… estuvo a punto de comenzar. Pero la verdad es que pensó que posiblemente él le diese un sentido equivocado al relato. Empero, fuere cual fuese el resultado, le era imposible no pensar en lo que había dejado sin hacer y le dolía el cuento que no contó. No

se lo dijo a nadie; estaba sentada, mirando hacia la tienda que brillaba en el ocaso, en la orilla del lago. Y luego vio lo que, por todo lo que le decía su visión, era un hombre que cruzaba el marjal hacia el oeste, como si se dirigiese a Rauðsmýri. Era él.

Cuando se acerca la hora de acostarse en Casa Estival, se encamina hacia el oeste, cruzando la montaña. ¿Adonde podía ir a tan alta hora de la noche? Nunca lo había advertido ella anteriormente, pero quizás iba todas las noches allí sin que ella lo supiera. Pero ¿no había dicho él que el valle era encantador? ¿Qué quiso decir con eso? ¿Lo había dicho en broma, cuando ella estaba tan segura de que lo dijo en serio? Porque… si el valle era tan hermoso, ¿por qué cruzaba la montaña, y de noche cerrada? Hacía frío.

No le vieron durante dos días, pero ella le oyó cazar. Luego vino. Fue otra vez al caer la noche y ellos estaban preparándose para acostarse. Afortunadamente no se había quitado aún la bata. Había una lumbre en su pipa cuando asomó la cabeza por la trampilla, en la oscuridad, y dijo buenas noches. De su bolsillo extrajo una caja que arrojaba luz, y las mujeres estaban en enaguas. Chupaba vigorosamente la pipa y las nubes de fragante humo llenaron inmediatamente la habitación.

—Me voy —dijo.

—¿Qué prisa tiene? —preguntó Bjartur—. Siempre pensé que una o dos semanas de más no significaban nada para ustedes, los del sur. Y el marjal es un lugar tan bueno para usted como para cualquiera, compañero.

—Sí, así es.

—El otro día les dio usted un poco de pato a los chicos —dijo Bjartur.

—¡Oh, no fue nada! —respondió el invitado.

—De acuerdo —convino Bjartur—. Es comida para época de hambre, carece de meollo. Es lo que comieron después de la Gran Erupción. Supongo que habrá estado casi muerto de hambre, pobre, ahí, en los pantanos, como era de esperar.

—No, he aumentado de peso.

—Bien, pues nosotros preferimos que nuestros alimentos tengan un poco de energía —dijo Bjartur—; nos gustan agrios y salados. De

paso, apuesto a que sabe usted algo de construcciones. Estaba pensando en comenzar a construirme una casa, ¿sabe?

Aquí la vieja Fríóa no pudo ya contenerse.

—¿Tú, construyendo? —interpuso—. ¡Ja, es tiempo ya de que pienses en construirte un poco de buen sentido en el interior de ese macizo cráneo! Y de pintarlo también. Por dentro y por fuera.

Sí, había resuelto construir, pero quizá sería más prudente no hablar mucho de ello, por si esos imbéciles escuchaban, pobretones, rencorosos, parásitos que engordaban a expensas de la comunidad, pero, suceda lo que sucediere, será usted bienvenido aquí, en mi propiedad, en cualquier momento, sea durante el día o durante la noche.

El visitante agradeció a Bjartur por su regia hospitalidad y dijo que, ciertamente, regresaría a ese hermoso valle. Y Bjartur respondió, como en la primera conversación, que, hermoso, bueno, eso depende del heno.

Luego el visitante comenzó a repartir apretones de manos de despedida.

La anciana pareció tener dificultad en retirar su débil mano del vigoroso apretón. Ella, que tan pocas veces tenía algo que decir a nadie, parecía, cosa extraña, tratar de extraer algo de algún escondrijo de su cerebro. No cabía duda de que quería hacerle una pregunta. ¿De qué se trataba?

—¿Escuché bien el otro día? ¿Es originario del sur el caballero?

—Sí —respondió Bjartur en voz alta, relevando al visitante de la molestia—. Por supuesto que el hombre es del sur. Ya lo hemos oído cien veces.

Pero la anciana dijo que pensaba que quizás había oído mal, estaba hecha un guiñapo en esos días.

—Quería preguntarle al caballero, antes de que se fuese, teniendo en cuenta que fue criado en el sur, si no sabría por casualidad algo acerca de mi hermana, o si no la vio quizá por allí, últimamente.

—¡No, no —exclamó Bjartur—, no seas tonta, no la ha visto!

—¿Cómo demonios lo sabes tú? —preguntó la vieja Fríóa.

Pero el visitante quiso investigar un poco más la cuestión y dijo que siempre había una posibilidad de que hubiese visto a la

hermana de la anciana; ¿cómo se llamaba?

Enfocó su linterna de bolsillo sobre ella y Hallbera trató de mirarle con sus ojos opacos, parpadeantes. Su hermana se llamaba Oddrún.

—¿Oddrún? ¿Vive en Reykjavik?

No, no vivía en Reykjavik. No tenía un hogar en parte alguna, nunca lo tuvo.

—Fue doncella en Meóalland durante mucho tiempo… De ahí provenimos nosotros.

—¡Bah! —interrumpió Bjartur—. ¿Cómo quieres que conozca a gente como ésa, a gente vulgar?

—La última noticia que tuve de ella es que estaba sirviendo en casa de una gente, cerca de Vík, en Myrdal, y guardaba cama, por una cadera fracturada. Pidió a alguien que me escribiera una carta. Me la entregó el cartero. Más de treinta años han pasado desde entonces. Éramos dos hermanas.

—¡Bah, debe de estar muerta desde hace tiempo! —prorrumpió Bjartur.

—¡Vergüenza! —exclamó la vieja Fríóa, airada—. No eres tú el que le dice a Dios y a los hombres lo que tienen que hacer, gracias al cielo.

El visitante se excusó por su ignorancia acerca del paradero de Oddrún, informándoles que jamás había estado en Meóalland.

—Oh, pero es que ella se fue de Meóalland hace muchos años —dijo la anciana—. Pero, de todos modos, está en el sur.

—¡Bueno, bueno! —dijo el visitante—. ¿De veras?

—Las noticias necesitan mucho tiempo para llegar —observó la anciana.

—Sí —convino el visitante.

—De modo que quería pedirle que le diese mis saludos, si alguna vez la encuentra, y que por favor le diga que estoy bien, alabado sea el Señor, pero muy decaída y no muy bien de cuerpo y alma, como usted mismo puede verlo. Y dígale que perdí a mi Kórarinn hace trece años, y que los muchachos están todos en América, desde hace muchos años ya. Yo estoy viviendo ahora con mi hija. Ella está casada.

—Lo sabe —dijo Bjartur.

El visitante apretó una vez más la mano de la anciana y prometió comunicar las noticias a Oddrún en el sur. Luego dijo adiós a los demás. Y dijo adiós a Asta Sóllilja.

—Asta Sóllilja —dijo. Y le pasó la mano por la mejilla como si fuese una chiquilla—. Hermoso nombre en un hermoso valle. Nunca lo olvidaré.

Ella permaneció despierta, rezando a Dios sin conocer a Dios, dando interminables vueltas a la promesa en su mente, nunca lo olvidaré. Nunca. Ansiaba que llegase el próximo verano, para que él volviese. Luego se presentó la duda. Si no la olvidaría jamás, ¿por qué cruzó la montaña la noche de la antevíspera?

Cuando se levantaron, a la mañana siguiente, él había desmontado su tienda y había desaparecido del valle. La lluvia era inclemente, el verano ya no estaba y en la lluvia había ese monótono golpeteo que le recuerda a uno esa enorme catarata donde se acaba el mundo. Cubría opresivamente toda la campiña, suave, suave, toda la región, sin ritmo ni crescendo, abrumadora en su alcance, aterradora. Mas la fragancia del tabaco del hombre quedó durante un tiempo en la casa, y ella lo olía cuando entraba para cocinar. Pero se esfumó con el transcurso de los días. Y finalmente, no quedó fragancia alguna.

36. Construcción

El alcalde pedáneo, Jón de Útirauðsmyri, era una persona que gozaba, desde antiguo, de renombre por su habilidad para vender ovejas dondequiera le pluguiese, a cualquier precio que le viniese en gana, en tanto que los agricultores más pequeños tenían que contentarse con girar en torno a Bruni a causa de las deudas contraídas con él. Era el único hombre de la región que podía permitirse odiar en público a Túliníus Jensen. Compraba las ovejas de la gente y las llevaba al norte, cruzando los altos brezales, y las vendía en Vík por enormes sumas de dinero, porque tenía allí una participación en los negocios. Pero, a medida que pasaba el tiempo, esa epidemia de la sociedad cooperativa comenzó a extenderse más y más por el campo, hasta que finalmente una sociedad se estableció en Vík, y esa sociedad creció con tanta rapidez que los negocios de Vík murieron de agotamiento, y ello a pesar de la ayuda del alcalde, cosa que demuestra cuan peligrosas pueden ser las sociedades para el individuo en estos difíciles tiempos, por fuerte que sea el individuo. Naturalmente, uno creería que Jón de Myri se lanzaría ahora con uñas y dientes contra la unión de pegujaleros como la que acababa de destruir el comercio en Vík. Pero ¿qué sucedió? Mandó llamar a su hijo, el gerente, a la región del sur. Fundó en Fjóróur una cooperativa, junto con Ingólfur Arnarsonjónsson. Y no sólo arrastró a dicha cooperativa a todos los agricultores solventes de los distritos del contorno, sino que comenzó además a prestar dinero a la gente con cualquier estipulación que se quisiese presentar, para que pudiera librarse del yugo de Bruni y unirse a su sociedad cooperativa.

—Nosotros, los agricultores, debemos unirnos —decía. Él, que hasta entonces se había mantenido apartado, estaba, de pronto, unido. Personas como él conocen, es cierto, todas las tretas de la

zalamería y la adulación—. Si la comunidad agrícola islandesa quiere convertirse alguna vez en algo, saliendo de su miserable condición de felpudo de las fuerzas mercantiles, debemos obrar de concierto y unirnos en torno al estandarte de nuestros propios intereses económicos. Las sociedades cooperativas pagan el valor íntegro de los productos de los agricultores y les venden los artículos que necesitan prácticamente a precio de costo. No son, en realidad, empresas comerciales, sino instituciones de beneficencia, propiedad de los agricultores y utilizadas por éstos para su propio beneficio. El hombre que nos vende treinta borregos recibe algo así como sesenta coronas de dividendo, si el mercado mundial es favorable. El que paga de trescientos a cuatrocientos borregos recibe un dividendo de unas mil coronas. Cualquiera podrá darse cuenta de cuan esenciales son estas sociedades para ricos y pobres por igual. Nadie roba en ellas a nadie.

Pero en otoño llegó una carta de Bruni informando a todos y cada uno que acababa de regresar de un viaje por el extranjero. En ese viaje había tenido la buena suerte de conseguir mercancías a precios particularmente ventajosos y había cerrado con el continente tratos comerciales que aseguraban a sus clientes condiciones completamente excepcionales para el futuro; adjunto lista de precios. Vendía todas las mercancías más baratas que la sociedad cooperativa de Ingólfur Arnarson y mejoraba los precios de ésta para toda clase de productos. Nunca las transacciones comerciales fueron tan provechosas en Fjóróur como ese otoño. Si Ingólfur Arnarson les palmeaba la espalda, Túliníus Jensen les daba golpecitos en las mejillas. Cuando Ingólfur Arnarson les llamaba mi querido amigo, Túliníus Jensen les llamaba mi amor. Si era Ingólfur Arnarson el que les abrazaba, entonces Túliníus Jensen les besaba. En el comercio, el espíritu cristiano superaba todos los límites de lo correcto. Nadie mencionaba jamás la palabra deuda. Costosos artículos de lujo eran arrojados en brazos de uno como si se tratasen de otros tantos desechos. Todos deberían convertirse en hacendados en el término de dos años. Bjartur aprovechó la oportunidad y compró algunas maderas y un poco de hierro.

—¡Encantado! ¡Aunque fuese para una casa de cemento de dos pisos! —exclamó Túliníus Jensen mientras le saltaba al cuello—. Y

si quiere pedirme prestado algún dinero, no tiene más que servirse.

«Construcción», dijeron los niños de la Casa Estival en un éxtasis de expectativa. Se pasaban el tiempo planeándola, discutiendo acerca de si tendría dos pisos, como la mansión de Rauðsmýri, o un piso como la del rey del rodeo, pero, eso sí, con una sala y una cocina. El material de construcción dio alas a su imaginación, pero, si se atrevían a formular alguna pregunta a Bjartur, la respuesta era siempre lacónica, «seguid haciendo algo». Asta Sóllilja se imaginaba una gran cocina, un fogón con numerosas hornallas, y estantes y baldes para la vajilla, igual en Rauðsmýri. Porque, está claro, de pronto apareció vajilla en abundancia. Ansiaba volver a casa y cocinar en verano. La puerta se abre de súbito y en la encantadora cocina penetra un visitante con un enorme chaquetón, con diez dedos en los pies y una sarta de aves y otra de pescado. Le ofrece su bondadosa mano, algunas personas tienen manos bondadosas, se las recuerda en el lecho de muerte. Pero —reflexionaba ella—, si papá construía una sala, ¿de dónde sacaríamos los cuadros? ¿Y el sofá?

Estaban atareados transportando, desde los marjales a la casa, las últimas cargas de heno mojado. Ella le llevaba el heno industriosamente, mientras él ataba las gavillas. Le agradaba trabajar junto a su padre cuando no había nadie cerca; nada podía compararse con una palabra suya de alabanza. Finalmente quedó atada la última gavilla. Se sentaron en una hacina mojada y barrosa. Él sacó su rapé. Ella apoyó en el regazo sus grandes manos cansadas de trabajar, contemplándose los pies, que estaban hundidos en el agua hasta la caña de los zapatos. Tenía la frente alta. No, esas frentes altas no pertenecían a su familia; él tenía la frente baja y ancha. Las cejas de Asta, arqueadas y negras, indicaban un linaje distinto, como lo indicaban también las delicadas y finas líneas de la parte inferior del rostro, con su barbilla esculpida, de formas vigorosas y curvada en artística continuación de la mejilla. Y ese labio inferior rotundo, maduro, con la exótica gracia de su curva… Luego ella le miró y él vio sus ojos. El derecho era extrañamente claro. Era joven, casi feliz y completamente libre. Pero el ojo izquierdo, que no veía nada a derechas, era un alma distinta, una nación diferente siguiendo por un camino diferente. Contenía cosas no soñadas, frágiles, delicados

anhelos circunscritos por la propia angustia, los anhelos de un hombre amarrado y en manos de sus enemigos. Era el ojo bizco de su madre, que había muerto sin aprender a hablar, que vivió en el temor y desapareció, a la que él desposó pero nunca poseyó. Fue joven como una flor. Era como si viese a través de los años, hasta días remotos. Y de pronto se sintió cansado. El otoño le cruzó por la cara en un instante, o, más bien, su rostro se disolvió en los senderos del otoño, sin color ni forma. Uno se pone de pie y contempla toda su vida, un desconocido… —Papá —dijo ella—. Será maravilloso cuando comiences a construir.

Y entonces se fijó en su cara, la cara que jamás mostró él a la luz del día, que nadie conocía y nadie había sido autorizado a ver, que nunca alcanzaba a expresarse, ni siquiera en sus versos más perfectos; la cara del hombre de dentro. Su poesía era tan compleja técnicamente que jamás podía alcanzar contenido alguno digno de mención. Y así sucedía en la vida. Una vez más deseó ella echarle los brazos al cuello y ocultar el rostro en cierto lugar. Él se puso de pie y acarició la cabeza de su hija con su palma embarrada.

—Algún día papá construirá una gran casa para la flor de su vida —dijo—. Pero no será este año.

Y no lo fue.

Ese otoño se conformó con construir un redil para las ovejas, con techo de hierro acanalado, para reemplazar la vieja choza que había levantado diez años atrás en la orilla del arroyo. El corral fue convertido en albergue para los corderos y el piso bajo de la casa adaptado para la vaca y la yegua. Empedró el piso y puso una puerta en una de las paredes laterales, para poder comenzar a levantar un montículo de estiércol en la parte trasera y que el estiércol no tuviese que ser entrado a paladas por la misma puerta que usaba la gente.

A pesar de la desilusión que sufrieron todos, ése era, aun así, un acontecimiento suficientemente grande. Hombres nuevos en la casa, famosos constructores que cubrían de turba la paredes del redil en tal forma que las hiladas tenían la forma de pluma; un carpintero ayudante, con regla, lápiz y serrucho, aritmética mental en los ojos; el fresco perfume de la viruta mezclándose al olor del barro y la lluvia del otoño; conversaciones ruidosas a la hora de las comidas,

rapé fragante, poesía, comerciantes y sociedad cooperativas, ovejas, ovejas otra vez, interesantes informaciones provenientes de fuentes ajenas a la cuestión, frases desconocidas, pendencias, café dulce.

—Desde tiempos inmemoriales los comerciantes han sido suficientemente cochinos como para oprimir al campesinado comprando barato, vendiendo caro y metiéndose la diferencia en los bolsillos. Cualquiera, sin ningún esfuerzo, puede darse cuenta de que los comerciantes son los archienemigos del agricultor.

—Sea como fuere, han salvado la vida de muchos en los años difíciles.

—Es posible, pero ¿hasta dónde llega ese cariño suyo? ¿Cuán grande tenía que ser la deuda antes de que se negaran a añadir medio kilo más de harina de centeno a tu cuenta? A un hombre puede caérsele la cara de vergüenza si se ve obligado a pedir que un puñado de harina de centeno sea anotado en la cuenta de otro.

—Y ahora la cooperativa ha introducido la cuestión de los porcentajes. Te pagan un porcentaje además de lo que recibes por tus productos, siempre que el mercado sea bueno. ¿Puedo preguntarme cuándo se les ocurrió a los compradores pagar un porcentaje?

—Oh, es muy de los Rauðsmýri eso de inventar los porcentajes. No me sorprendería que esos porcentajes de ellos no sean más que jarabe de pico.

—También están pensando en abrir una caja de ahorros en Fjóróur, para que el dinero de la gente dé intereses.

—¿Intereses?

—Sí, es una especie de descendencia que le nace al dinero, si lo pones en una caja de ahorros. Algún hombre digno de confianza lo pide prestado al banco y luego lo devuelve, abonando intereses.

—Sí, a la gente de Rauðsmýri no le importaría un comino si perdiese lo que le prestara a ese hombre, siempre que sacaran alguna ganancia de dinero.

Bjartur se mostraba leal a su comprador a pesar de toda la oposición, firme en su convicción de que le sería más ventajoso comerciar con Túliníus Jensen que con el alcalde, seguro de que todas las sociedades e invenciones de los de Rauðsmýri tenían una sola meta: ganar porcentajes e intereses para sí mismos. Se le

ocurrieron dos estrofas:

Memos, muchos, mas pan, poco cuando de ayuda estoy tan falto, mejor muerto que ser flojo; de la gente de Myri estoy ya harto.

Que muera la vaca, lo prefiero con el cuello rojo, ensangrentado, a humillarme ante el hombre huero de Rauðsmýri en el frío prado.

Pero por encima de todos los compradores y sociedades están los sueños del corazón, especialmente en el otoño, cuando cae la noche y las nubes del mundo están llenas de maravillosas imágenes. Asta Sóllilja está sentada ante la ventana, contemplándolas. Su madre se encuentra abajo, hablando con la vaca, alimentándola, acariciándola y esperando que tenga sed, en tanto que su abuela está sentada, encorvada, en la cama, en el ocaso, con el dedo en la boca y apenas un verso de himno en sus labios… ser incomprensible, que, a pesar de todo, tiene una hermana en el sur. Y luego, de los cielos surge el resplandor de remotos continentes, con océanos de variados colores y proteicas costas. Tierras de leyenda, ciudades. Del mar verde cristal se elevan palacios purpúreos que se sumergen una vez más con sus torres, y el océano se disuelve y se transforma en un huerto cargado de frutos, circundado por fantásticas montañas de picachos vivientes, de cimas que hacen reverencias y se abrazan antes de desaparecer. Nunca antes había estado sentada de ese modo ante la ventana. Y ahora entrelazó sus pensamientos de él a las fugitivas apariciones del aire. Él. Esos extraños países de océanos y velas aleteantes, de ciudades y huertos, que vivían y revoloteaban en los cielos con exótico brillo, eran todos un pensamiento mudo de él, un sueño de futuro sin mundo, sin días. Él, él, él. Oyó a la vaca, abajo, lengüeteando su agua, y lejos, muy lejos, a su madre hablando a la vaca de la vida del hombre, y escuchó el murmullo de su remota conversación carente de sentido, y la escuchó desde la distancia de las nubes de arriba, donde tenía su morada, donde compartía con él su reino, como en las palabras de la danza popular:

Vive mi amor bajo un lejano techo,
en hogar que no sabe de dolor,
que no conoce el llanto ni la angustia.
Por siempre mi alegría está junto a mi amor.

Oh, si aquello no terminara jamás, si pudiese existir hasta la eternidad, en el incansable esplendor de su colorido… Y así, noche tras noche, se sentaba a escuchar la música silenciosa de las nubes.

37. Una flor

Las dimensiones del nuevo redil para las ovejas eran incitantes, y Bjartur, aunque perfectamente sabedor de que ahora tenía que alimentar a una vaca, cedió audazmente a la tentación de retener ese otoño un número mayor de ovejas que de costumbre. Se sentía agradecido de todas las oportunidades que se le presentaban de sacarlas a pastar; los chicos las vigilaban en los marjales. Pero, aunque Bjartur tenía mucho cariño a sus ovejas, pensaba continuamente en ellas y gozaba incluso de la reputación de criarlas bastante bien, siempre resultaba incierto el que los tan discutidos animales sobreviviesen al invierno, para no hablar de la primavera. En todas partes se dice lo mismo: no se necesita casi nada para que una oveja muera en primavera, y así ha sucedido durante un milenio. Desde la época de la colonización, la candida criatura ha tenido siempre una notabilísima propensión a morir en primavera.

Por otra parte, la familia medraba magníficamente ese invierno y, por primera vez en muchos años, Finna no debió, como de costumbre, guardar cama a mediados del invierno. Llegaron los comienzos de marzo antes de que se mostrara señal alguna de preñez. Siempre sentía un malestar en el pecho, es claro, como su madre, ese espantoso fogón con su eterno humo, tosían desde el momento de encenderlo hasta bien avanzado el día. Para empeorar las cosas, había en la casa el fuerte hedor del estiércol de la vaca y de la orina del caballo, y eso, unido al humo, le atenazaba a Finna el pecho y le daba toda suerte de sensaciones enfermizas. Continuaba cuidando a la vaca, pero ya no se le permitía que le diera el heno, como que se mostraba demasiado pródiga con la provisión de heno del campo, que Bjartur prefería reservar para los corderos y para las ovejas que habían terminado con su forraje. Pero ella la alimentaba y le barría el corral, la lavaba y limpiaba la

porquería, tratando siempre de mantener el establo tan limpio como fuese posible, porque las vacas agradecen esos servicios. La rascaba y se quedaba con ella en el corral, hablándole, durante tanto tiempo como podía. Le daba muchos espinazos de bacalao que lograba hurtarle a la perra sin que Bjartur lo advirtiera, y hasta trozos de masa, cuando se hacía pan. En esos días la vaca tenía a menudo accesos de melancolía y mugía quejumbrosamente, con prolongada desesperación, como si no debiese volver a ver otra primavera. En tales momentos la mujer sentía que el corazón le palpitaba de angustia, que su vida era vacía e inútil. Por entonces Finna —esa mujer que tan poco consuelo tenía para sí— bajaba a visitarla en mitad del día y, acariciándole la papada y la cabeza, le decía que las fuerzas del bien triunfarían finalmente en la vida del hombre. Y la vaca se calmaba y comenzaba a rumiar. La vieja Blesi, que desesperaba ya de poder escapar alguna vez a esa amistad insustancial y rumiante, bufaba con frialdad desde el otro lado del tabique. Pero los niños habían aprendido de su madre a amar a la vaca y a respetarla, por la leche que aumenta la alegría del alma y produce relaciones armoniosas en la casa. Pero Bjartur no quería tocar esa bazofia que estriñe y priva del apetito; lo más que hacía era dar un poco de tabaco de mascar hervido en leche a los corderos enfermos de diarrea.

¡Vaya, si incluso habían adquirido un color rosado en las mejillas y la chispa de la juventud saludable en los ojos, esos niños que hasta entonces no fueron más que resfríos mocosos y pereza! Toda la haraganería tradicional había desaparecido. Ya no experimentaban su antigua desgana desdichada, o la triste vacuidad que les hacía sentir como si tuviesen el estómago lleno de aire o de agua. Asta Sóllilja mejoró en su comprensión de los pasajes más oscuros de las baladas de su padre, aprendió a dibujar letras sobre un vidrio ahumado e hizo rápidos progresos en el cálculo mental. Y tan rápidamente creció en ese solo invierno, que casi no podía ponerse su ropa de antes sin abrirla en las costuras, de modo que le cortaron trozos de las mangas y le cosieron cuchillos en los brazos y los costados. Tenía ahora catorce años delgados, con una tez, un pecho, sentimientos peculiares y saludables indisposiciones ocasionales. Incluso debieron agregarle una ancha tira al ruedo de

sus faldas, debido a sus rodillas, que aparecían por debajo del dobladillo y se habían puesto fuertes y regordetas desde el verano anterior.

El sacerdote llegó en invierno y le pidió que le leyera algo y admiró su habilidad para la lectura. Pero ¿cuántos conocimientos religiosos había asimilado? Resultó que no había asimilado conocimiento religioso alguno, que solamente había rezado una o dos veces a Dios, sin conocerle.

—No podemos tolerar esto —dijo el cura—. Es ilegal. La muchacha tiene edad para ser confirmada.

—No puedo asegurar que tenga yo mucha fe en esa religión moderna —dijo Bjartur—. Pero en otra época tuvimos aquí a un gran sacerdote. ¡Ésos eran días!… Los que tuvieron la buena suerte de conocer al Reverendo Guðmundur le recordarán, hasta el día de su muerte, como a un gran hombre. Su raza perpetuará su nombre en esta región. Por toda la eternidad.

Ese nuevo sacerdote, bah, no era un sacerdote, un jovencito calvo, ¿qué sabía de ovejas? Y no es que no hiciese todo lo que podía, porque siempre se mostraba ansioso de conversar acerca de las ovejas y de fingir que sentía una inclinación natural hacia los animales. Continuamente extraía alguna teoría de la Revista Agrícola, y ahora trataba de convencer a todos de que llevasen un registro de ovejas y de que marcasen a los borregos y anotasen el número de cada uno en el registro, a fin de poder reconocer, en el otoño, la familia de cada cordero… era un pecado mortal contra el ganado, contra uno mismo y contra la familia de uno retener a los corderos más pequeños en el otoño, simplemente porque, como carne, no representaban un gran valor y porque, de ese modo, se permitía que los peores desechos diesen forma a la generación siguiente… y así sucesivamente.

—El Reverendo Guðmundur nunca hablaba de ovejas con nadie —dijo Bjartur—. Y nunca llevó un registro de ovejas, ni ningún otro, aparte de su libro de hebreo. Pero, a despecho de todo ello, era un gran hombre en lo que respecta a sus ovejas. Sus hombres solían jurar que sabía distinguir las marcas de las pisadas de sus animales de las de cualquier otro. Nunca volveremos a ver a nadie como él en esta parroquia.

Finalmente convinieron en que se permitiese a Asta esperar a Helgi un año más. Pero el sacerdote insistió en que ambos debían acudir a la casa solariega antes de ser confirmados, el próximo invierno, para aprender rudimentos de conocimientos religiosos y los otros temas prescritos por la ley para tal confirmación: geografía, zoología, historia de Islandia.

—De paso, ¿dijo usted geografía?

Porque conocían el valle hasta el último rincón, cada pico, cada loma, cada una de las curvas del arroyo; cualquiera que fuese el tiempo, no podían perderse aunque quisiesen. Y en cuanto a zoología, conocían a cada una de las ovejas del lugar; habían sido criados entre animales y sabían de ellos tanto como cualquiera. E historia de Islandia…

—¿Quién fue Grímur iEgir, Asta?

Asta Sóllilja, con timidez:

—El enemigo de Góngu-Hrólfur.

Bjartur:

—Correcto por completo. ¿Y adónde fue cuando le mataron?

Asta Sóllilja, avergonzada, hablando a su pecho:

—Al infierno.

—Ya ve, de todos modos, qué le sucedió —dijo Bjartur con una estruendosa risotada. Y un poco más tarde—: Adiós, entonces, Reverendo Teodor, y cuídese.

Corrían mediados del mes de Góa y Bjartur hacía uno de sus frecuentes viajes a las ciénagas para arrear a las ovejas hacia la casa. El tiempo se había mostrado incierto durante la mayor parte del día; caídas de nieve húmeda con intervalos apacibles e incluso un poco de sol. Los chicos se turnaban para vigilar a las ovejas. Mientras las reunían, el pegujalero advirtió de pronto que una de sus ovejas, llamada Hetja, sangraba copiosamente de la cabeza. Al principio pensó que se le había quebrado un cuerno, pero luego, examinándola con más atención, descubrió que la oveja —¡nada menos!— había sido marcada con otra muesca en la oreja, y en su propio pastizal. El descubrimiento le asombró grandemente, como era natural. Palpó con cuidado las orejas sangrantes, tratando de ver qué clase de marca era y qué jugarreta se le había hecho, pero las orejas habían sido torpemente, más, malvadamente cortadas, y,

aunque advirtió semejanzas con una o dos de las marcas convencionales, no pudo darse cuenta de cuál se había querido hacer. Un hecho como ése tenía más de fenomenal que de accidental, y le dio mucho pábulo para el pensamiento. Al llegar a la casa averiguó cuidadosamente si ese día se había visto a alguien en el valle, pero la respuesta fue, en todos los casos, definitiva: a nadie.

—Si es cierto que nadie ha andado por aquí, entonces es la primera vez en todos estos años que ocurre algo aquí, en el valle — y relató la noticia de las marcas.

Helgi observó gratuitamente:

—Me pareció haber visto a alguien cabalgando en el lago, durante una de las lluvias.

—¿En el lago? ¿Estás loco, muchacho? ¿Qué color de caballo montaba?

—No lo vi con claridad —repuso el niño—. No me pareció un caballo.

—¿Y quién dirías, entonces, que era el hombre, pequeño idiota?

—No le distinguí; era durante uno de los aguaceros más fuertes, ¿sabes? No me pareció un hombre.

—¿Cómo era, pues?

Pero el chico no podía decirlo, era algo así como una especie de bulto que parecía rodar bajo la lluvia y desapareció en el lago.

Bjartur se sentó, sumido en profundos pensamientos. Todos ellos se sentaron, sumidos en profundos pensamientos. La anciana mascullaba esto y aquello a sus agujas, mala señal, será mejor tener cuidado con la primavera. Todos hemos advertido una que otra cosa en este pegujal, y la gente sabe, más o menos, que el fantasma no ha muerto aún, pero tomar una oveja de la majada y marcarla a la luz del día…

Los días que siguieron, tibios días de cálidas brisas, lluvias primaverales y nieve fundiéndose en los llanos, ayudaron a disipar la nube producida por el fenómeno. El valle emergió, amarillo-pardusco, con sus pastos marchitos, los hondones se tornaron rápidamente verdes y el color corrió por el campo. El río estaba libre, quebrado por el hielo del lago. Finna salió a la puerta para sentir lo ligero de la brisa. Los cuervos habían huido.

El pequeño Nonni sacó sus huesos de oveja a la colina, para jugar con ellos. Fue él quien un día apareció con la noticia de que había un amargón en flor en la pared de la casa. Raro suceso en un valle aislado, a esas alturas del año. Los niños y su madre fueron a inspeccionar el pequeño amargón, que abría sus pétalos tan valiente y dichoso al sol invernal… los tiernos pétalos jóvenes. Una florecilla eterna. Larga, largamente contemplaron en piadosa adoración a la nueva amiga, a la anunciadora del verano dentro de las profundidades mismas del invierno, tan alegre y adorable. En silenciosa devoción, como un grupo de creyentes tocando los huesos de algún santo. La palparon con las yemas de los dedos. Era como si quisiesen decirle: no estás sola; también nosotros vivimos, también nosotros luchamos para vivir. Hubo luminosidad durante todo el día. Las aprensiones del invierno desaparecieron en un solo día. La claridad sin nubes del día se extendía, infinita, sobre el alma como sobre la bóveda celeste. Fue uno de los momentos dichosos de la vida, y siempre lo recordaron. Luego se dejó oír el chorlito, y el primer grito del chorlito tiene un acento maravilloso. Es al mismo tiempo tímido y agradecido, tan falto de aliento como el primer saludo después de un grave peligro. Y, sin embargo, estallando con una alegría tranquila.

Y la joven, que no sabía nada de cristianismo, también el invierno había pasado en su alma. ¿No sintió, entonces, ansiedad alguna durante el tiempo espantoso y la larga oscuridad invernal? Sí, la sintió con frecuencia. Todos la sintieron. Las noches eran larguísimas. Y los días no eran días. Se vive para la primavera, pero, en apariencia, no se cree en ello hasta que llega. Un amargón, un chorlito, y fue como si todo llegara, todo lo que se espera en la vida hasta que se muere. Pronto las ciénagas estarían verdes y zumbando de vida, como el año anterior, y el falaropo se exhibiría en reverencias sobre la superficie de los profundos estanques. Y el pequeño salto de agua de la montaña fluiría hacia atrás por efectos de la soleada brisa. Y él, él, que venía de muy lejos…

Llegó el Viernes Santo, el día más largo del año. Sospechaban que alguien había sido crucificado ese día, Dios o Jesúspedro, pero, por lo demás, tenían ideas muy vagas en cuanto a cómo se crucificaba a la gente, porque nunca habían visto una cruz, por no

hablar de un crucificado, y no les importaba gran cosa si lo veían o no y no formulaban preguntas; el campo hervía de viejos rumores. Pero en ese día de entre los días, naturalmente, el tiempo tuvo que empeorar. Comenzó a helar y por la noche soplaba un fuerte viento y el cielo estaba encapotado. A la hora de acostarse habían comenzado a caer copos de nieve. Bjartur de la Casa Estival se mostró también sombrío esa noche y a medianoche, después de ponerse los pantalones y los zapatos, bajó a estudiar el cielo. El viento soplaba con fuerza y la nieve casi cubría el empeine. Por la mañana se había convertido en una aullante tormenta de nieve y un frío cortante.

Fue Bjartur quien menos material de regocijo encontró en el período de hermoso tiempo que acababan de tener; los anuncios de la primavera le dejaron inconmovible. No era hombre que depositara mucha fe en el nacimiento de una flor o en los gorjeos de un pájaro. La verdad era que, hasta entonces, a pesar del tiempo excepcionalmente bueno, sus ovejas no se encontraban en condiciones aceptables, el heno era de pobrísima calidad después del verano húmedo del año anterior y la falta de nieve le había tentado a hacer que sus ovejas pastaran al aire libre más de lo que era conveniente para ellas. Pero un hecho le inquietaba más que ningún otro: una y otra vez las ovejas habían dado señales de estar enfermas de la lombriz de los pulmones, con todos los síntomas concomitantes de tos, pereza y diarrea maloliente. Parecía como si hubiesen comido sin provecho alguno; algunas de ellas estaban tan desganadas que se sintió ansioso y hasta pensó en llevarlas a la casa y alimentarlas con el heno cortado en el campo e incluso con comida cocida. Ahora se presentaba un ventarrón de Pascua y sólo el cielo sabía cuánto duraría. Las ovejas se habían acostumbrado a estar al raso y comenzado a comer los pastos primaverales de los aguazales. Ahora deberían ser encerradas nuevamente, un regreso a la desdicha, por un período indefinido.

Fue una tormenta increíble, una de esas tormentas peculiares en que la montaña cantaba por encima del pegujal, como si los elfos que la habitaban hubiesen enloquecido y sacado sus tambores. La perra gañía junto a la trampilla, con el cuerpo estremecido. Y la mañana de Pascua fue una de esas mañanas comparativamente

raras en que la vieja Hallbera recitaba su himno de tormentas del comienzo al final… el extraordinario himno de la tormenta y el loco, que vivía en sus mentes como la poesía más desagradable de todo el mundo. Y entonces vino un demente, de malignos espíritus atormentado, desnudo, aullante, alucinado. El horrible héroe del himno de la tormenta continuó frecuentando sus sueños hasta mucho, mucho después de pasado el huracán. A menudo, en días posteriores, el solo pensar en él les quitaba toda la alegría del tiempo estival. Cuando menos se le esperaba, irrumpía en el recuerdo, como un crimen, incluso en años posteriores, cuando habían comenzado ya a vivir rodeados de comodidades.

Con tremenda fuerza, las furiosas manos de sus cancerberos rompen las cadenas. Jubilosamente recorre los páramos lo mismo que un loco al que nada sujeta.

Al llegar la noche, por caminos solos, fija su terrible mirada asesina sobre los viajeros que, sin sospecharlo, rondan su guarida.

Cuando la anciana se sentía obligada a entonar el himno, era presagio de que todas las potencias del mal que habitaban dentro de la tierra y encima de ella se habían librado de sus cadenas. Apartando sus sentidos del mundo, se mecía lentamente, hacia atrás y hacia delante, con las sarmentosas manos apretadas sobre el marchito pecho, la voz como el sonido de una hoja mal afilada cortando un trozo de carne viva. Nunca es tan potente el invierno como en esos días de la primavera. En mudo temor, los corazones ansiosos palpitan y se liberan de las deudas ante los torvos poderes que rodean a la pequeña granja independiente. La madre se desató los zapatos y —la mañana de Pascua— volvió a meterse bajo las mantas de la cama.

38. La batalla

Cinco días de tormenta de nieve; resultaba sencillamente increíble hasta qué punto podían declinar las ovejas en tan poco tiempo. Y, puesto que no podía convencérselas de que comiesen el pasto podrido del campo, la única alternativa era alimentarlas con el heno almacenado en la casa y que hasta entonces había sido reservado para la vaca y los corderos. Pero ¿cuánto tiempo duraría el heno abonado, si se convertía en el único forraje de todos los animales? Apenas quedaba algo más de media braza en la hacina. Naturalmente, las ovejas madres deberían ser consideradas en primer lugar. Pero era igualmente inútil privar a la vaca de su heno abonado y alimentarla con el otro; se negaba a mirarlo siquiera, gruñía hoscamente ante su establo repleto, daba cada vez menos leche. Habría perdido el uso de las palas mucho antes del momento en que se la pudiera alimentar en el pastizal, que quizá llegase sólo en San Juan, en un futuro caprichoso. Empero, era inconcebible, si el tiempo mejoraba y la tierra quedaba nuevamente limpia, que pudiese mantener vivas a las ovejas con el puñado de heno que todavía le quedaba. La lucha por el sustento se entablaba, por lo tanto, entre la vaca y las ovejas madres, y cada día que pasaba resultaba más evidente que sólo la una o las otras podrían sobrevivir. Tales son los serios efectos que las tormentas de nieve primaverales pueden tener sobre una pequeña granja enclavada en el valle. No es extraño que el alma se sienta triste, que las esperanzas sean pocas en el corazón de la gente, que la vela nocturna proporcione poco consuelo. Hasta los recuerdos más hermosos perdían su brillo, como una reluciente moneda de plata que se cubre de verdín porque se ha perdido. Los cuatro niños observaban a su padre cuando se levantaba por la mañana, torvo e insomne; veían el rostro de su madre hinchado por el silencioso

llanto de la noche.

Ella seguía bajando a visitar a la vaca para acariciarla y consolarla.

—Ya no falta mucho tiempo para que todo haya pasado —le decía—. Pronto saldrá el sol para las dos, y la nieve se derretirá, y entonces las ovejas bajarán a las ciénagas y volveremos a tener heno en abundancia. El pasto verde crecerá otra vez y el pequeño Nonni vendrá con su madre para sentarse junto a Búkolla en la ladera de la montaña. Y las aves…

¿Las aves? No. En esos momentos le faltaban las palabras y entonces continuaba acariciando a la vaca en silencio, porque, aunque las aves podían cantar en verano, la vaca continuaba mugiendo ante el heno podrido y el heno permanecía intacto en el pesebre. Música, no hay consuelo en la música para el que se enfrenta a la muerte en primavera. Ella acariciaba a la vaca, aterrorizada. Finalmente el animal comenzó a mugir.

Gradualmente la tormenta de Pascua amainó como cualquier otra. Salió el sol. La nieve desapareció rápidamente en la luz del astro. Pero el crudo frío permanecía en el aire y las heladas eran intensas durante la noche. Bjartur empezó a llevar una vez más sus majadas a la ciénaga, pero el pasto joven estaba, o bien marchito en las puntas o bien muerto del todo. Los hondones del pantano aparecían negros cuando emergían de la nieve congelada. Muchas de las ovejas madres se encontraban ya tan débiles que el pegujalero tenía grandes dificultades para arrearlas. Algunas de ellas no querían moverse para nada. Cuando cruzaban el arroyo necesitaban mucho tiempo para trepar a la orilla opuesta, aunque ésta, en altura, les llegaba apenas a la rodilla. En un momento dado conseguían subir la parte anterior del cuerpo, pero la parte trasera se quedaba colgando. Cuando Bjartur las levantaba, se dejaban caer en la orilla, en tierra, y una vez caídas era difícil hacerles mostrar deseos de seguir moviéndose. Las tomaba de los cuernos y trataba de ponerlas de pie, y ellas se incorporaban, cuando mucho hasta ponerse de rodillas, y se arrastraban de ese modo, forma de avance que siempre, desde los días de la primera colonización, se conoció con el nombre de renqueo. Después de renquear durante unos minutos, volvían a derrumbarse. En los pantanos se quedaban en los

zanjones. Si se hundían hasta las corvas, no seguían esforzándose más. Los cuervos habían retornado a los aguazales, y aguardaban la oportunidad de hacerles un agujero en el lomo, de arrancarles las entrañas, de sacarles los ojos. Un día tres de ellas se quedaron inertes en la parte inferior del campo; aunque se envió a la perra para que ladrase y chasquease las mandíbulas en torno de ellas, no hicieron movimiento alguno; apenas parpadearon un poco. Bjartur tomó su navaja. Les abrió la lana del cuello, les seccionó la garganta y las enterró.

La mayoría de las ovejas tenían el gusano de la modorra. Bjartur separó a varias y las alimentó en la casa, pero los animales no miraban siquiera el heno. Por las mañanas una o dos de ellas estaban acostadas, imposibilitadas de todo movimiento, o ya muertas. Ordenó a su esposa que amasase un poco de harina de centeno. Algunas la comieron, otras la rechazaron. La harina de centeno escaseaba y, al paso que iban las cosas, no duraría mucho, aunque la familia economizase el pan. Por la noche trataba de atraer a las ovejas a la casa caminando hacia atrás, delante de ellas, con un trozo de masa extendida y permitiéndoles mordisquearlo de tanto en tanto, pero era una tarea sumamente lenta pues, por ese medio, solamente resultaba posible atraerlas de una en una. Y, antes de que se diera cuenta de ello, caían en tierra. Los niños hacían todo lo que podían para ayudarle en ese novedoso método de arreo. Sí, existe una gran diferencia entre una oveja en el verano, esa criatura altanera, orgullo de los pastizales montañeses, reina de los marjales, mientras se pasea altivamente por las laderas, husmea con cautela desde una loma o atisba socarronamente desde los saucillos, y esa trágica caricatura que se ve en los aguazales en primavera. Les cortó el cuello a muchas más.

Pero un buen número de ovejas conservaban todavía, notablemente bien, sus fuerzas y comían con buen apetito. Por éstas le correspondía hacer todo lo posible y no escatimar el heno abonado mientras quedase una sola brizna. Y la hacina disminuía día a día, y la vaca enflaquecía día a día y su leche era cada vez menos.

Su suministro era ya escasamente suficiente para la familia, aunque ésta había tomado por costumbre —en modo alguno

extraordinaria en primavera— hacer una sola comida al día. Los hombres y los animales pasaban hambre. Al cabo Finna puso manos a la obra y talló un trozo de madera y le dio cierta forma, con contornos de pera en una punta, y lo guarneció de tosca hilaza. Los niños contemplaron el artefacto con ojos maravillados.

—¿Qué es eso? —preguntaron.

—Es un batidor —explicó Finna—. Una vez había una mujer que era muy pobre. Y entonces se le apareció Jesús y le enseño a fabricar un batidor para batir la leche y hacer que ésta durase más tiempo.

Finna puso un poco de cuajo en las gotas que todavía podía arrancarle a la vaca, batió la mezcla en una marmita y al cabo de unos momentos la leche había aumentado de tal modo de volumen que llenaba la marmita hasta el borde. Nadie sabe hasta dónde podría haber alcanzado si continuaba batiendo. Los niños tuvieren leche batida para beber y se sintieron todos muy impresionados con Jesús. Luego, una noche, Finna dijo:

—Bjartur, tendrás que ir a ver si puedes conseguir un poco de heno de alguien.

El agricultor abría muy rara vez la boca en la casa en esos días y, cuando hablaba, lo hacía generalmente para dar las órdenes más bruscas, como un capitán en alta mar durante una tormenta. Pero el ruego le hizo dar un brinco como si hubiese sido punzado por la punta de un cuchillo.

—¿Yo? ¿A pedir heno? No tengo ninguna deuda que cobrar a nadie.

—Pero, Bjartur, querido, la vaca está casi seca y es terrible ver el hambre que sufre. La pobre criatura se está consumiendo ante mis propios ojos.

—Eso no es cosa mía —replicó él—. No tengo intención de endeudarme con nadie. Somos gente independiente. No estoy atado a nadie. Soy un hombre libre que vive en sus propias tierras.

—¡Es que tenemos tanto que agradecerle a la pobre Búkolla! —protestó su esposa.

—Sí, lo sé —dijo él—. Y quizá tendremos que agradecerle mucho más antes de que se haya muerto. Especialmente si logra matar a todas las ovejas que me quedan.

—Aunque sólo sea una o dos gavillas de buen heno abonado —rogó Finna.

—Ningún poder que exista entre el cielo y la tierra podrá hacer que traicione a mis ovejas por una vaca. Me fueron necesarios dieciocho años de trabajo para reunir mi majada. Trabajé doce años más para pagar la tierra. Mis ovejas han hecho de mí un hombre independiente y jamás me inclinaré ante nadie. Permitir que la gente diga de mí que me vi precisado a mendigar un poco de heno en primavera es una deshonra que nunca toleraré. Y en cuanto a la vaca, me fue endosada por el alcalde y el Instituto Femenino para privar a los chicos de su apetito y hurtar el mejor heno a mis ovejas, y por ella haré solamente una cosa. Y esa cosa se hará.

—Bjartur —dijo Finna con una voz carente de tonalidades, mirándole fijamente, turbada por la infranqueable distancia que separa a dos seres humanos—, si piensas matar a Búkolla, mátame a mí primero.

39. Muerte en primavera

El mismo tiempo, ninguna señal de mejoría, cielos horribles, frecuentes granizadas. Todo el pegujal apestaba con el olor pútrido del estiércol plagado de gusanos, que se tornaban más virulentos. La hueca tos de las ovejas se mezclaba a los gemidos de la vaca. Los gusanos les salían retorciéndose de las fosas nasales y pendían, como hilos, del pus que les rodeaba la nariz. Todas las mañanas una o más de ellas eran encontradas tiradas en el fango, a veces respirando aún levemente, y él las mataba, las arrastraba hasta una tumba de turba, limpiaba su cuchillo con el musgo, maldecía. Veinticinco muertas, todas ellas criadas por él. Conocía la genealogía de cada una de ellas, había podido reconocerlas desde que nacieron. Una imagen de cada uno de los animales estaba grabada en su cerebro tan nítidamente como las facciones de cualquier amigo íntimo, tanto en aspecto como en personalidad. Detrás de sus recuerdos de los animales veía el paso de muchas estaciones. Los recordaba sanos y cubiertos de espesos vellones, bajando de la montaña en el otoño, orgullosos de sus hijos retozones. Los recordaba en primavera, cuando lamían a sus borregos, recién nacidos e indefensos, en alguna verde cañada. Cada una de las ovejas tenía sus propias características, su propio temperamento. Recordaba en detalle la forma de cada uno de los cuernos, empenachado uno, moteado de gris otro, estriado de amarillo un tercero. Una era tímida y tan medrosa como la más ruborosa de las doncellas; otra saltaba descaradamente a lo alto de los muros o cruzaba a nado ríos imposibles de cruzar; a una tercera le gustaba deslizarse al fondo de los barrancos… y él había tenido que cortarles la garganta. Los gusanos habían salido retorciéndose del cuerpo sangrante, los pulmones estaban taladrados como carroña podrida: Hringja, Skella, Skessa, Kempa, Gala, Dúfa, Drófn,

Hálfhyrna, Styggahvít, Spakagul, Kría, Dúóa, Brúska, Gulsokka, Drotning, Rák, Gryta, Fála, Gaef, Breióhyrna, Fjóla, Morkola, Bjartleit, Kríka, Arnhófóa, aquellas criaturas habían sido el eje motor de su existencia y su más fuerte apoyo. Veinticinco. ¿Cuál será la próxima?

Nieve espesa; ni posibilidades, hoy, de dejar que las ovejas salgan a pastar, tres ovejas madres condenadas a muerte esta mañana: Kúpa, Laufa, Snúra. Ni una palabra pronunciada en la casa; los últimos restos del heno, repartidos; la vaca se ha negado a mantenerse en pie. A medida que el día avanza, los intervalos entre nevada y nevada se hacen menores, hasta que, una vez más, ruge la tormenta, hay oscuridad en el ventanuco y el humo sopla chimenea abajo, para añadir su incomodidad al hedor del maloliente estiércol de abajo, resulta casi imposible respirar.

Y en alguna otra parte del mundo hay un huerto y un palacio.

Y entonces, ¿es que el mundo se había olvidado por completo de ese pequeño pegujal del valle? ¿Había sido abandonado ya con sus ansiosos corazones, su heroísmo no registrado por cronista alguno, no recogido por ningún libro? ¡No, oh, no!, había visitantes ante la puerta, los bufidos de caballos en la tormenta, el tintinear del bocado del freno, voces extrañas… repentina expansión de la mente desde su mudo terror congestionado, inesperado placer de hombre y perra.

Y por el escotillón apareció una nevada muchacha, cuyas generosas curvas eran acentuadas por sus ceñidos pantalones de montar, cuyos ojos azules eran complacientes y sus mejillas estaban enrojecidas por el viento. Se quitó la nieve de las ropas, haciéndola caer por la abertura, mostró sus saludables dientes en una carcajada y maldijo aquí y allá, jajajá. Su fusta de montar relucía lujosamente en ese lugar en que ni un solo artículo habría podido venderse por más de veinticinco céntimos… Auður Jónsdóttir de Myri. Su escolta, uno de los hombres del alcalde, la siguió al desván. La llevaba a Fjóróur, para que pudiese embarcar mañana en el vapor correo del sur, rumbo a Reykjavik y a un clima más suave.

—¡Mi querida señorita, cómo se extiende usted por las dos bandas! —exclamó Bjartur, palmeándole cortésmente las nalgas—. Se alimenta todavía con lo mejor que se produce, según veo. No se

la crió con lavazas, bendita sea la cabecita que apenas me llegaba a la cintura cuando me casé por primera vez.

Alineándose hombro a hombro, los niños la contemplaron admirados, profundamente impresionados por su tamaño, por su confianza en sí misma, por lo largo del viaje que iba a hacer y por lo experto de sus juramentos. Y pronto terminó ella de quitarse la nieve y se estaba allí, de pie, como una planta fértil y madura que se encorva bajo el peso de sus flores recientemente abiertas y que pronto dará sus frutos.

No, ni hablar de cruzar el brezal con ese tiempo; una tormenta como ésa sería el fin de cualquier mujer. Se quedaría allí hasta que aclarara. Ella miró en derredor buscando un asiento, pero las colchas de todas las camas eran igualmente poco incitantes. Por fin se la convenció de que se encaramase en la parte de delante de la cama de los padres. No quería molestarles, esperaba que el tiempo mejorara antes de la noche, preguntó cortésmente por las ovejas.

—Hubo alguien aquí, no sé quién, que tramaba algo a fines de febrero, y que me contramarcó una oveja. Pero supongo que eso no será nada comparado con lo que ustedes tendrán que informarme.

Sí, había lúgubres noticias provenientes de tierra adentro, confirmadas por la escolta, lúgubres noticias. Ólafur de Ystadalur había perdido aproximadamente cuarenta animales, a pesar de toda su ciencia, y Einar de Undirhlíð más de treinta, aunque posiblemente encontrarían pastizales más verdes en el otro mundo. Þórir de Gilteig no quería siquiera decir cuántas había perdido, ahora que su hija menor se había fugado y dado a luz un hijo ilegítimo (la hija del alcalde: «¿Por qué no se casan decentemente con los individuos?»), pero Bjartur dijo que lo que siembres eso recogerás, y rió.

—Es culpa de las vacas —declaró—. Terminan comiéndole el alma a uno, los malditos parásitos. Sus vientres son tan insondables como el Mediterráneo.

Empero, las cosas no le iban tan mal al rey del rodeo, continuó diciendo el hombre del alcalde, y en Myri les daban masa de pan, aunque algunas de ellas se mostraban desganadas, como sucedía tan a menudo en primavera, y tuvieron que cortar una que otra garganta.

En efecto, Bjartur lo sabía. Era una vieja costumbre de Myri. Una morcilla de más o de menos en la época de la matanza no significa gran cosa para el alcalde, siempre que sus caballos de silla estuviesen bien alimentados.

La tormenta se negó a amainar y la muchacha comenzó a inquietarse. Una y otra vez bajaba para mirar afuera. La nieve entraba directamente por la puerta, le golpeaba en el rostro; las tormentas no son nunca tan punzantes como en primavera. Ella maldecía durante unos momentos; luego se callaba y se ponía pensativa. Después tenía un acceso de histeria que culminaba en la pérdida de todo dominio de sí.

—¡Mi hermano Ingólfur me espera esta noche! —gritaba—. ¡Seguramente pensará que me he perdido en la montaña, cielos, si pierdo ese barco!

—Oh, esta noche aclarará, con seguridad.

—¡Que el cielo me ampare si pierdo ese barco!

—Ya está cediendo un poco.

—¡Que Dios Todopoderoso me ayude si pierdo ese barco!

—¡Oh, puede alcanzar el siguiente!

—Pero si pierdo ese barco…

—Reykjavik no se moverá de su lugar, aunque pierda un barco y tenga que tomar el otro.

—Sí, pero tengo que ir en ese barco —insistió ella—. Aunque muera en la montaña… Tengo que llegar a Reykjavik el sábado.

—¿A qué tanta prisa?

Ninguna respuesta. Desesperación. Se quejó de que estaba a punto de ahogarse, se negó a comer o a beber. Pero se quedó toda la noche, a pesar del mal olor. No tenía otro lugar adonde ir. No se desnudó, sino que se acostó sobre un par de cajones. No quería oír hablar de acostarse en la cama. Durante toda la noche se la oyó suspirar y gemir. Una y otra vez se escurría escalera abajo, en la oscuridad, y salía. ¿Quería un orinal?, preguntó Bjartur. No, había salido a mirar el tiempo. Y a vomitar. Tenía que estar en Reykjavik el sábado.

Esa noche se durmió muy poco en la casa. ¿Qué se le había perdido en Reykjavik? ¿A quién tenía que ver allí? ¿Acaso Asta Sóllilja no tenía una frente alta y cejas tan curvas como ella? Y Asta

Sóllilja ya no era delgada; era también una jovencita llena de anhelos y desesperación. La casa de él se erguía solitaria, en un bosque, no con una muchacha ante ella, como en la fuente de la madre, sino sola, en un bosque, como en el calendario que se cayó el año pasado y fue pisoteado y arrastrado a la porquería por las patas de las ovejas. Ella había sido la primera en tenerle; fue huésped en tierras de ellos, no de Auður. ¡Buen Dios, qué sueños había soñado durante todo el invierno, hasta la muerte roja de la primavera! También ella permanecía despierta por la noche, con deseos tan apasionados como nunca sintiera anteriormente, más apasionados que antes. Algunas se quedan atrás, sentadas, en la muerte de la primavera, mientras otras se dirigen hacia el sur.

Asta Sóllilja fue despertada a la mañana siguiente, después de una corta modorra, por el sonido de las claras carcajadas alegres. La tormenta había cesado y la hija del alcalde, feliz, engullía sus emparedados con tiempo de sobra para alcanzar el barco. Su escolta, es verdad, afirmó que las perspectivas no eran buenas, pero la hija del alcalde rió y preguntó qué demonios importaba eso. Y habiendo recobrado su facultad de maldecir, salió a buscar sus caballos, mientras gritaba a su acompañante, a frecuentes intervalos:

—¡Oh, vamos! ¿No es hora ya de que partamos?

Pero el hombre estaba ocupado arriba, bebiendo café con la familia.

—¡Qué condenado barullo hace! —dijo.

—No es muy estable de humor, bendita sea.

—Es cierto —convino el guía, sorbiendo ruidosamente su café—. Estas mujeres están siempre nerviosas cuando se encuentran a punto de casarse.

—¿Me equivoco, o está engordando ella en ese sentido? —preguntó Bjartur.

—No se necesita una vista de lince para verlo.

—¿Supongo que alguien habrá pasado por allí? —continuó averiguando Bjartur.

—Ali, ¿crees que prueban sus anzuelos y sus lincas solamente en tus tierras estos héroes cooperativos del sur?

—¡Oh! ¡De modo que también él era de la cooperativa, el muy

cochino! —exclamó el pegujalero—. Debí habérmelo imaginado.

Pero, a pesar de ello, acompañó a sus visitantes hasta el camino.

El viento era cortante; probablemente más nieve en ciernes. Al infierno con todo eso.

—¿No es tiempo ya de que esos diablillos perezosos se levanten?

Sacó dos cuchillos de carnicero envueltos en arpillera, los desenvolvió y los colocó en la cama, a su lado. Tomó una piedra de amolar del estante, escupió. El ruido que hacía al afilar el acero hería las carnes de muertos y vivos.

—Helgi, ¡arriba chico! Te necesito.

El niño se levantó enfurruñado de la cama, se puso los pantalones, comenzó a buscar el resto de sus ropas. Bjartur siguió afilando. Los otros chiquillos espiaban por debajo de las mantas. Él siguió amolando durante unos instantes más. Luego, arrancándose un pelo de la cabeza, probó el filo. Después tomó un mohoso escoplo del cajón de los trastos viejos, se lo limpió en la pernera del pantalón y lo afiló.

—¿No te has vestido aún, chico?

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Qué tienes que hacer? Tienes que hacer todo lo que a mí se me ocurra decirte. Vamos, bajando…

Hizo bajar al chico mientras Finna contemplaba con ojos enloquecidos a su esposo, que estaba de pie ante la trampilla, con un cuchillo en cada mano. ¿Es que había pensado —esa gastada mujer que creía en la victoria final del bien y que había construido un batidor según las enseñanzas de Jesucristo— que podía hacer algo para desviar la implacable voluntad de conquista, sobre la cual se asentaron la libertad y la independencia de la nación durante un milenio? El milenio de Islandia. Echó los brazos al cuello de su esposo, mientras éste permanecía ante el escotillón con un cuchillo en cada mano.

—Es igual que matarme a mí, Guðbjartur —gimió—. Ya no puedo seguir viendo cómo los chicos se mueren de hambre… —y se sacudió de pies a cabeza con el llanto. Una flor eterna con temblorosas lágrimas. Pero, con un movimiento de los hombros, él se la quitó de encima. Y Finna le miró con ojos frenéticos mientras Bjartur desaparecía abajo.

Durante un rato no se oyó otra cosa que movimientos mudos. Él desató un cabo de cuerda e improvisó un cabestro. Luego pinchó a la vaca, más muerta que viva, para obligarla a ponerse de pie, gruñendo por el esfuerzo. Bjartur le soltó la cuerda que la ataba al establo; el animal mugió lastimosamente a través de la puerta abierta.

Para Finna de la Casa Estival, esa mujer silenciosa, amante de las canciones, que había dado a luz muchos hijos para la independencia del país y para la muerte, ese momento señalaba el fin de todas las cosas. Era buena. Tenía amigos entre los elfos. Pero su corazón había palpitado mucho tiempo presa del terror. ¿La vida? Era como si la vida en ese momento buscase una vez más sus fuentes. Le cedieron las rodillas y, en perfecto silencio, cayó en los brazos de la anciana Hallbera. Como insignificante polvo, se desplomó en el seco pecho de su madre.

Aquí concluye la primera parte.

Barcelona - Copenhague, invierno de 1933-1934.
(Sobre un borrador de 1932)

LIBRO SEGUNDO

Parte Primera - Tiempos difíciles

40. En el empedrado

Cuando hay muerte en primavera, el verano pasa con un funeral, y el alma… ¿el alma? ¿Qué pensamientos cobija el alma en un nuevo otoño… y al principio del invierno?

—Y si fuese un invierno largo —dice el hijo mayor, sentado en el empedrado, frente a la casa, al atardecer—, si por casualidad viniese uno de esos inviernos que duran y duran, y que giran y giran en círculo, de ahí en adelante, sin sentido, como un perro que corriese en círculo porque alguien lo ha tomado por la cola… Y luego continúa girando, en círculo, más y más, siempre en el mismo círculo, hasta que finalmente no puede detenerse, hágase lo que se haga para impedirlo… entonces, ¿qué? —Y responde a su propia pregunta—: Nada podría suceder ya.

El hermano menor:

—No podría existir un invierno tan largo. Porque, si hubiese un invierno tan largo, de cien años, por ejemplo, yo subiría a la montaña.

—¿Para qué?

—Para ver si podía divisar los países.

—¿Qué países?

—Los países de que me habló mamá antes de morir.

—No hay países.

—Te digo que sí. En primavera he visto a menudo la corriente fluyendo hacia atrás.

Naturalmente, el hermano mayor no se dignó rebatir argumentos tan hostiles a todo buen sentido, nacidos del mundo de los deseos, sino que se contentó, luego de una pausa, con continuar desde donde se había interrumpido.

—Pero supongamos que hubiese un largo funeral —dijo—. Supongamos que hubiese un funeral tan largo que el sermón del

sacerdote siguiese y siguiese, como una gotera, por ejemplo, gota tras gota, ¿me entiendes?, y supongamos que no acabe jamás. Supongamos que dijese ciento cincuenta amenes, uno detrás del otro. Supongamos que dijese amén continuamente durante ciento cincuenta años. Y entonces, ¿qué?

—No podría haber un funeral tan largo. La gente se pondría de pie y se iría.

—Pero el ataúd, tonto… ¿Se pondría de pie y se iría él también?

—La gente se lo lleva consigo —contestó el hermano menor.

—¿Estás loco, hombre? ¿Crees que alguien tendría la audacia de tomar el ataúd y llevárselo consigo antes de que el sacerdote hubiese dicho el último amén?

—Cuando mi madre fue sepultada, el sacerdote siguió hablando y hablando, lo sé. Pero al cabo se detuvo. Cuando el sacerdote comienza a sentir ganas de beber un poco de café, se calla por su propia voluntad. Siempre supe que alguna vez tendría que callarse.

El hermano mayor se acercó más al menor, en el empedrado, donde estaban sentados, y le posó una mano sobre el hombro como un protector.

—Eres tan pequeño aún, Nonni, chico… No hay que esperar que entiendas.

—Pero es que entiendo —protestó Nonni, y no quiso soportar la mano protectora de su hermano sobre el hombro—. Entiendo todo lo que entiendes tú, y más.

—Muy bien —dijo el otro—, ya que eres tan inteligente, ¿qué es un funeral?

El hermano menor caviló durante un rato, porque estaba decidido a presentar la respuesta correcta. Luego pensó un rato más, sin encontrar una contestación completamente satisfactoria. Y por fin había pensado durante tanto tiempo que, aunque le fuese en ello la vida, no le habría sido posible descubrir una respuesta sensata a una pregunta tan sencilla, visto lo cual el hermano mayor tuvo que contestarla él mismo:

—¡Un funeral es un funeral, idiota! —dijo.

Y el joven Nonni se sorprendió de que no se le hubiese ocurrido, tan evidente como era.

Luego el hermano mayor continuó:

—Y, desde entonces, nunca termina. Aunque la gente se vaya, aunque el sacerdote pronuncie el último amén; aunque la cascada fluya hacia atrás, sobre la cima de la montaña, como dices que sucedió la primavera pasada, que en realidad no es cierto, porque ninguna cascada podría fluir hacia atrás sobre la cresta de una montaña… Nunca, nunca termina desde entonces. ¿Y sabes por qué?

—No seas tan tonto, grandísimo estúpido.

—Porque el cadáver jamás vuelve a la vida.

—¡Oh! ¿Por qué tienes que estar siempre encima de mí? ¿No puedes dejarme tranquilo? —Y el hermano menor se apartó un poco.

—¿Tienes miedo?

—No.

La oscuridad, sobre el empedrado, se espesa más y más. Helaba. Negros bancos de nubes en el horizonte. Quizá pronto ocurrirá algo. La abuela espera una luna nueva.

—Escucha, Nonni, chico, ¿te gustaría que te dijera algo?

—No —repuso el chiquillo—, no quiero oírlo.

—Si nos quedáramos sentados en este empedrado durante cien años, o, mejor, durante ciento cincuenta años, y comenzara a oscurecer como ahora, y papá estuviese siempre alimentando a la misma oveja con el mismo heno de la misma gavilla, y…

—Si papá estuviese en casa, os daría una magnífica zurra por quedaros aquí sentados, parloteando como idiotas, cuando sabéis que es preciso seguir haciendo algo… —Es el hermano intermedio, Gvendur, que se ha introducido sigilosamente en la mística conversación, como un ladrón en la noche.

Pero, por increíble que parezca, fue el hermano que menos había entendido quien tomó la defensa del que más había hablado, y preguntó secamente al tercer hermano:

—¿Te hablaba alguien a ti?

Y el mayor agregó:

—Nadie es tan tonto como para hablar contigo.

Su hermano Gvendur nunca había entendido las cosas del alma, en tanto que ellos, en privado, discutían interminablemente acerca de las esperanzas y las desesperaciones de ésta. Esta diferencia de

perspectivas les unía contra el otro, que sólo pensaba en seguir haciendo algo.

—¿No? —repuso Gvendur—. Ve y pregúntale a papá y él dirá que yo soy más hombre que vosotros dos juntos.

—¿Y a quién le importa? Mamá nos quería más a nosotros.

—Me gusta eso… ¡Si no había siquiera rastros de lágrimas en vuestros ojos cuando la enterraron! Ninguno de los dos lloró. Y la vieja Gunna de Myri dijo que era una deshonra veros, vuestra madre enterrada y vosotros ahí, boquiabiertos, mirando al sacerdote como un par de terneros, eso dijo.

—¿Así que piensas que debíamos hacerle a papá el favor de moquear y llorar? No. Nada de eso. Tampoco nosotros nos rendimos. Nosotros también somos vikingos de Jóm. Tú eres quien moquea. Nosotros maldecimos.

Precisamente cuando la riña se está enconando hermosamente, Asta Sóllilja asoma la cabeza por la puerta y atisba en la oscuridad hacia la carretera, limpiándose las manos de dedos largos, agrietadas por el agua, en sus harapientas faldas.

—Chicos, ¿no le habéis visto aún?

—¿A quién?

—¿Quién creéis que puede ser el que digo? Demostrad un poco de juicio por una vez en la vida.

—¿Piensas que estará muerto, o algo así?

—¡Vergüenza! No sé en qué terminaréis, con la forma en que habláis y pensáis de vuestro padre.

—Oh, nos iremos y viajaremos por todo el mundo cuando nos venga en gana, y os dejaremos a todos vosotros aquí —dijo el joven Nonni.

Asta Sóllilja:

—¡Oh, por lo que más quieras, vete a tu mundo, pues, y cuanto antes, mejor! Nadie te envidiará… —Esto lo dijo porque conocía el mundo por experiencia personal. Se volvió y entró nuevamente en la casa.

De modo que se quedan solos, como antes, sentados sobre las losas.

—También ella parloteó —dijo Helgi al fin, cuando el silencio se tornó demasiado prolongado.

Nonni:

—Sí, y sigue parloteando. Parloteaba anteayer por la noche. Y continuaba parloteando ayer por la noche. A nadie se le ocurriría charlar siquiera la mitad de lo que lo hace nuestra Asta Sóllilja.

—¿Sabes una cosa, Nonni? No tiene derecho a llorar.

—Sí, no es parienta de nadie.

—Eso se ve claramente mirándole los ojos. Tiene un ojo bizco.

—Y aunque cree que es grande y puede mandar a todos porque el pecho comienza a hinchársele a ambos lados, como el de una mujer, en realidad no es grande y no puede mandar a nadie, como volví a verlo ayer, cuando se acostaba. Pero ten cuidado de que no te oiga; tiene la maldita costumbre de fisgonear y de darte un golpe cuando menos lo esperas.

—No me importa. Ella tiene la culpa de que mamá haya muerto. Ella era quien tenía una chaqueta cuando mamá no poseía ninguna, y a ella se le permitía entrar en casa dos veces por día, en tanto que mamá debía continuar trabajando en el campo, aunque estaba enferma.

—Nonni, ¿te acuerdas cuando mamá cayó en brazos de la abuela y no pudo volver a ponerse en pie? ¿Te acuerdas cómo se le sacudía todo el cuerpo?

Una vez más el chiquillo no respondió.

El mayor:

—Eso ocurrió el día que mataron a nuestra Búkolla.

Silencio.

—Nonni, ¿has advertido alguna vez que algunas personas están muertas aunque estén vivas? ¿No lo has visto nunca en los ojos de la gente que viene aquí? Yo lo veo inmediatamente; no tienen más que mirarme y lo veo. Ni siquiera tienen que mirarme. El día que mamá se desplomó en brazos de la abuela, ese día murió. No volvió a vivir después de eso. ¿Te acuerdas de cómo nos miró esa noche?

—¡Oh, cállate, Helgi! ¿Por qué estás siempre encima de mí?

—Todo lo que la vieja Fríóa profetizó hace años se ha cumplido, a pesar de que estaba loca. «La tiranía de la humanidad —dijo—. De este modo os matará a todos».

Fue el hermano mayor quien dijo eso. Algunas personas están dotadas de la sensación del funcionamiento del destino. Sus

percepciones tienden hacia todo lo que es oscuro, incluso a lo más oscuro. Incluyen hasta las más terroríficas dimensiones que se abren detrás de la vida y detrás del mundo, tienen la visión que Dios ha negado a los ojos mortales. Ante tales poderes, ante una visión tal, el hermano menor permanecía ignorante e indefenso, él, que albergaba un deseo, deseos.

—Helgi, ojalá fuese yo una persona mayor —solía decir, porque con sus deseos, y con los deseos que le legara su madre, trataba de eludir las decisiones del destino y de lo que hay detrás del destino. Sí, sería hermoso tener alas y volar por encima del hado, como los pájaros que pasaban volando por encima de la enorme cerca de Útirauðsmyri, sí, y hasta por encima del teléfono. Pero, por intensamente que lo intentase, era siempre como un animal doméstico, cuadrúpedo y carente de alas, y su hermano mayor le rodeaba siempre como una cerca de varios espesores, una gigantesca maraña de alambres espinosos. Podía desenrollar el ocaso, sobre el empedrado, y convertirlo en un eterno amén, y aunque cambiaba de lugar y se sentaba en otro punto de las losas, no servía de nada, porque le llegaba un amén más prolongado aún, un amén más sepulcral.

—Escucha, Helgi —dijo finalmente, porque acababa de ocurrírsele una idea—. ¿Por qué no podríamos fugarnos? Te acordarás del hijo adoptivo de Gil, que se escapó, Huyó. Huyó y llegó hasta Vík.

—Su padre y su madre vivían en Vík —le informó Helgi—, y ellos lo recibieron cuando bajó de las montañas. Pero nosotros, ¿quién nos recibirá a nosotros? ¿Y dónde? Nadie. En ninguna parte.

Nuevamente el empedrado del pegujal, y el ocaso de la noche tornándose más y más opresivo, especialmente sobre el hermano menor, lo bastante desdichado como para acariciar rosados sueños. Y, cuando no puede soportarlo más, prueba suerte con otra sugerencia.

—Cuando mamá era joven solía tener amistad con unos elfos. Fue cuando vivía en Uróarsel —dijo—. El año pasado, cuando íbamos por las laderas, mamá y yo, vigilando a Búkolla, me habló de ellos. Y me recitó poesías. Y una vez, cuando yo era un chiquillo, los elfos le dijeron a mamá que cuando yo creciera cantaría… —No

se atrevió a hacer a su hermano la confidencia de que cantaría para todo el mundo, para que no se burlase de esa tímida ambición, porque los más caros deseos del alma son sus más hondas penas. No dijo más que—: Cantaré para la gente de la iglesia de Rauðsmýri.

—Escucha, Nonni, chico, ¿no sabes todavía que, cuando eres niño, te dicen toda clase de cosas? ¿Y por qué te las dicen? Porque eres niño. Ella me dijo a mí lo mismo. Son duendes, dijo; viven detrás del buen tiempo y detrás de las tormentas; detrás del sol, en otro sol. Detrás de los días. Y luego tuvo un niño, que murió, y estuvo enferma durante varias semanas, y cada vez que respiraba yo me daba cuenta de cuánto le dolía y a veces me quedaba despierto durante la noche y escuchaba su dolor. Por la noche solía salir; a veces nevaba, y, aunque nadie estaba enterado de ello, iba hacia todas las rocas de la ladera de la montaña, les quitaba la nieve para que pudiesen oírme mejor y les pedía a todas que la ayudaran, así como las rocas habían ayudado a la gente en los cuentos de mamá. Una noche rogué a diez peñascos; estoy seguro de que debo haber suplicado a treinta, porque me dije que si no había elfos en aquella roca, seguramente los habría en la siguiente. Y estaba convencido de que, si existían, la ayudarían. Y quizá nos ayudarían a todos nosotros. Hasta que murió. Entonces murió. Dime por qué no la ayudaron… ¡tú, que crees saberlo todo! Sí, sé que no puedes decírmelo. Sé que yo mismo tendré que decirte por qué no la ayudaron. Es porque no existen. Ni en esta roca ni en la otra. Mamá nos relató esos cuentos simplemente porque éramos muy pequeños y porque ella no era mala del todo.

—¡Eres un mentiroso! —gritó Nonni, herido, casi con un sollozo en la voz.

—Y cuando me hice grande —continuó el otro—, a menudo subía al desván a la hora de la cena, y ella estaba acostada allí, enferma, y se me ocurría preguntarle si eso era cierto. Pero jamás se lo pregunté. Porque, si era cierto, los elfos la ayudarían. Y a todos nosotros. Y, si no era cierto, bueno, no quería que ella creyese que yo había crecido. Y después venía papá y me echaba.

—¡Eres un mentiroso, un mentiroso, un mentiroso! —chilló el pequeño Nonni, arrojándose sobre su hermano, con los puños apretados en forma de tangible afirmación de la existencia de un

mundo distinto y mejor.

—Nonni, ¿te acuerdas del himno de la tormenta? —preguntó el hermano mayor, lógicamente inconmovible, cuando el otro dejó de aporrearle—. Nonni, ¿sabes una cosa?

—No —repuso el hermano menor—. Déjame tranquilo. Qué raro que no puedas dejar a una persona en paz.

—¿Has visto que cuando sucede algo la abuela siempre dice sí, lo sabía, o dice que todavía vendrá algo peor, que esta mañana había aquí algo impuro? Siempre es la misma, suceda lo que suceda. Nunca se alegra, jamás se entristece. ¿Te acuerdas qué hizo cuando murió mamá y Sola amortajó el cadáver? Besó el cadáver y dijo: «No me extraña».

—Eso es porque pronto cumplirá cien años —dijo el hermano menor, con voz sin tonalidades y como al azar.

Pero ni siquiera en eso se le permitió tener razón.

—No —dijo el hermano mayor—, es porque lo entiende todo. Conoce todo lo que existe entre el cielo y la tierra. ¿Recuerdas al loco del himno de la tormenta, y cómo entró en los animales? Quien entiende a la abuela, lo entiende todo.

—Mamá nunca entonó himno alguno —declaró el pequeño Nonni—. Y papá dice que no hay ningún Jesús.

—Quizá no lo haya —dijo el otro—, pero el hombre del himno de la tormenta existe, y es Kólumkilli y ningún otro, yo mismo te lo aseguro. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque le he visto con mis propios ojos. ¿Cuándo? Muchas veces. ¿Te acuerdas de esa noche de marzo del año pasado, por ejemplo, cuando papá había ido a buscar las ovejas para traerlas a casa? ¿Te acuerdas de que encontró una con una oreja hecha pedazos? Bueno, yo vi cómo lo hacía. Le vi con mis propios ojos cuando salía de un aguacero y se dirigía a una de las ovejas y le hacía algo. No sabía entonces qué o quién era, pero era eso. Era él.

—¿Era él? —preguntó estúpidamente el chiquillo.

—Y la primavera de hace dos años, cuando las ovejas se morían, era por algo que él les había hecho antes. Y después se murieron. Fue Kólumkilli, Kólumkilli, que lo han matado siete veces pero que siempre vuelve a la vida para destruir el pegujal. Le han destruido siete veces, como podrá decírtelo cualquiera. Le veo todos los días.

—¡Eres un embustero! ¡Nunca ves a nadie! —exclamó el hermano menor, volviendo a golpear a su hermano, esta vez casi gimiendo.

—¿Y sabes por qué le veo? —continuó el otro. Tomando a Nonni de las muñecas, le retuvo con fuerza mientras le musitaba al rostro —: Porque yo también estoy muerto. Nonni, mírame, mírame atentamente, mírame a los ojos. Estás viendo a un muerto.

Dos antítesis complementarias, las eternas antítesis de forma humana, en un nuevo otoño, a principios del invierno. Penumbra. Borrados los límites del mundo y no-mundo. Una luna nueva detrás de las nubes.

41. Ratas

Adviento.

Bjartur ha ido al redil de las ovejas madres. La nieve está endurecida, congelada, y no hay perspectivas de uso inmediato de los pastizales. Con los dedos entumecidos, la abuela libra su eterna lucha contra el empecinado fuego invernal, mientras que, acurrucados en medio del humo, yacen los niños, durmiendo o despertando igual que el año anterior o el precedente; escuchando el débil restallar de la broza en el fuego, o no escuchándolo. Y, antes de que la abuela haya hecho su primer intento inútil para despertar a Asta Sóllilja, el pequeño Nonni hace un intento más infructuoso aún para concentrar sus pensamientos en algo que puede suceder, por lo menos alguna vez, en alguna parte, quién sabe cómo, y —es de desear— cuando haya alguien presente. El año pasado vivían todos allí al abrigo de una agonía viviente, de una respiración dolorosa que estaba tan callada ahora como la cuerda de violín del poema. Ha desaparecido la angustia que nos ama a todos y que da vida al alma, la angustia que da vida incluso a los objetos inanimados del interior del alma: también la fuente boscosa está rota tiempo ha…

Y luego, de pronto, mucho antes de que el fuego empiece a tirar, mucho antes de que el agua esté siquiera cerca de comenzar a burbujear, el padre sube con furia la escalera. Atraviesa precipitadamente el cuarto y, tomando sus cuchillos de sacrificar, los desenvuelve.

—¡Ah! ¡Parece que alguien más está por morir! —dijo la abuela.

—¡A levantarse, chicos! —dijo él, sacando a los niños de la cama, con el reluciente acero en la mano—. Será mejor que vengáis conmigo a las cabañas y veáis las señales de lo que ha sucedido, para que podáis contestar a vuestra abuela.

—Oh, nadie necesita asombrarse de que aquí sucedan cosas —replicó la anciana—. Todo eso es de esperarse.

Filas raleadas en los establos, ese invierno. Las más aptas sobreviven, la porquería desaparece, como decía a menudo Ólafur de Ystadalur en la esperanza de consolarse a sí mismo y a los demás con una doctrina científica que incluso los extranjeros han reiterado —incontable número de veces— en los periódicos. Y eran magníficas ovejas, en efecto, ovejas hermosas, las que albergaban ese invierno los establos de Bjartur de la Casa Estival, y el pegujalero, si no estaba más orgulloso de ellas en su poco número que de toda la majada, por lo menos estaba igual de orgulloso. No tenía por hábito lamentarse por lo que perdía. Algunas personas lo hacen, pero Bjartur de la Casa Estival pensaba que un hombre debería consolarse con lo que tiene, o, más bien, con lo que le queda, cuando ha perdido lo que poseía. Los gusanos son la peor calamidad que puede ocurrirle a un pegujalero de los páramos; más dañinas son las potencias secretas que no pueden ser contenidas siquiera con una buena cosecha de heno. La anciana había tenido razón cuando dijo que sucederían cosas peores. Las potencias secretas estaban en plena actividad.

Esta mañana desciende la escalera del corral de las ovejas madres, en busca de heno, ¿y qué encuentra allí, metido entre dos peldaños? En ese lugar increíble encuentra a una de sus ovejas, muerta, pisoteada, embutida entre los escalones como si fuese un guiñapo, con uno de los cuernos enroscado en torno al borde de la escalera. Dio rienda suelta a todas las maldiciones que le vinieron a la lengua en tan corto tiempo, sacó a la oveja de entre los peldaños, la depositó afuera, sobre un desprendimiento de nieve, llamó a los niños. Y ahora contemplaba al animal muerto, y los niños lo contemplaban también, todos preocupados, en la luz grisácea de la mañana. Hacía frío, pero un frío embotado. Algunos días parecen extrañamente tontos cuando se mira en derredor; parecen ser incapaces de proporcionar una respuesta. En tanto que otros días son inteligentes y dan la respuesta para cualquier cosa. Gvendur pensó que las ovejas había estado tratando de entrar en el granero del heno y había quedado atrapada entre los escalones.

—¡Idiota! —dijo Helgi.

El joven Nonni tomó la mano de su hermano mayor y la soltó nuevamente. A Asta Sóllilja le castañeteaban los dientes.

—No te pareces a tu madre —dijo Bjartur—. Ella no se sobresaltaba por pequeñeces, como una vieja sentada en un bacín.

Pero ella dijo que no tenía miedo, porque era feo tener miedo; sentía frío, eso era todo.

Durante dos días la sombra de la atrocidad pesó sobre la granja. Vinieron visitantes de la casa consistorial, inofensiva gente inerme. Pero Bjartur no se encontraba de humor afable y declaró que era con mano renuente que ofrecía café a esa carroña. En realidad constituía un error alentar a esa gente a que acudiese a la casa sirviéndole café; a esas personas había que darles la bazofia de los cerdos. Por cierto que eran descendientes de criminales, especialmente ladrones de ovejas. Nunca anteriormente una escoria tan mal nacida había puesto el pie en las tierras de Casa Estival. ¿Qué había ocurrido?

—Si os han enviado aquí para averiguarlo, hijos —repuso él—, podéis informar que no lo averiguasteis.

De modo que los visitantes partieron de regreso, tan enterados como cuando llegaron.

Es la tercera mañana, cuando entra en el corral de los borregos, cuando se golpea la cabeza contra algo que pende del techo. Bueno, maldito sea, piensa, e inmediatamente comienza a jurar. Era uno de sus mejores corderos, con un cabestro en torno al cuello. Lo cortó y examinó con atención la cuerda, pero no pudo reconocerla como suya. No, esto no puede ser obra de un hombre, pensó… No era posible imaginar a ningún ser humano que fuese tan vil como para ahorcar a una oveja. Cuando inspeccionó la nieve de alrededor del establo, la encontró dura, helada, y no vio huella alguna… Y eso tenía que sucederle a él, Bjartur de la Casa Estival, de entre todas las personas, un hombre que ni siquiera creía en el alma, para no hablar de demonios y fantasmas. Pero esta vez se burló de ello en la casa, diciendo que había tenido que matar a un cordero que comió lana. Nadie, y menos sus hijos, descubriría grieta alguna en su coraza de escepticismo que desde el comienzo le confirió más grande fortaleza moral que la que poseía hombre alguno. Empero, cuando se encontraba solo, los sucesos de los últimos días

continuaban rondándole el cerebro. Se quedaba mirando las ovejas, cejijunto y mascullando para sí; maldito y condenado sea, pensaba por centésima vez. No podía dedicarse a tarea alguna, ni dentro de la casa ni en el campo.

—Búscame un par de polainas limpias —dijo finalmente a Asta Sóllilja—. Creo que daré un paseo hasta la casa consistorial.

—¿La casa consistorial?

—Sí —repuso él—. Pienso que es posible que haya ratas en los establos.

Esto último lo agregó a modo de explicación, como disculpándose, como un canceroso que afirma que no es más que un ataque de cólico.

—¿Ratas? —preguntó el concejo, asombrado—. ¿De dónde podrán venir esas ratas? ¿No serán ratones?

Encontró a sus vecinos Ólafur de Ystadalur y Einar de Undirhlíð profetizando y tomando rapé en la semioscuridad del ocaso, como es corriente en adviento, de modo que Bjartur también tomó rapé y profetizó. Dijeron que no podía tratarse de ratas. Bjartur replicó que, en su opinión, existía una insignificante diferencia entre una rata y un ratón. Einar dijo que su punto de vista era, naturalmente, de poca importancia, pero que siempre había creído que una rata era una rata, y un ratón un ratón y, ahora que me acuerdo, será mejor que te entregue estos pocos versos que escribí en el otoño, cuando terminó el principal trajín de la recolección del heno.

Escribí un panegírico de tu primera esposa, agregó, de modo que creía que también podía escribir otro para tu segunda esposa. Eran excelentes mujeres, inestimables, ambas. Sí, inescrutables son los caminos del Señor. Pero Ólafur afirmó que, si se trataba de un ratón, y si el ratón atacaba a las ovejas, el remedio de un viejo, confirmado fuera de toda duda por la experiencia práctica, aunque quizá no había conseguido aún ser alabado por los periódicos, era que, si se había abierto paso hasta la cruz —por ejemplo— a mordiscos, y uno podía atraparlo y frotarlo en la herida de modo que las entrañas le saltaran afuera y se mezclaran con la herida de la oveja, entonces ésta se curaba.

—Puedes guardarte tus panegíricos —dijo Bjartur a Einar—. No tengo tiempo para himnos, ni los dedicados a los vivos ni los que

cantan a los muertos, y nunca lo he tenido, como creía que sabías desde hace varios años. Ningún himno fue escrito para los vikingos dejóm, y sin embargo ellos gozaron de gran fama. Y, si la memoria no me traiciona, Grettir fue vengado en el sur, en Miklagaró, sin necesidad de himnos, y eso que se le consideraba el más grande hombre de Islandia. De modo que no veo motivo para que, sólo porque un par de mujeres la haya espichado, la gente se ponga a escribir cosas religiosas acerca de ellas. Nunca me ha agradado especialmente la religión, ni, en general, nada que fuese espiritual. Pero si alguno de vosotros quiere venderme un gato, lo consideraré un favor especial; y puede ser tan salvaje como queráis.

Llegó a la casa por la noche, con un gato en un saco, que vació en el suelo y, qué es eso, preguntaron los chicos y, es un gato, dijo él, y por la noche hubo alegría, mientras la historia se difundía por toda la región como un cambio de tiempo y todos decían: la rata de la Casa Estival. Allí, junto al escotillón, está el gato, rayado de gris, suspicaz y mirando cautelosamente en torno, con enormes pupilas dilatadas y una pata en alto, maullando, intensamente desdichado, pero sin dar señales de haber perdido el valor. Los gatos pueden producir los sonidos más quejumbrosos de toda Islandia, pero nadie ha sabido de un gato que se rindiese; los gatos no se rinden.

—Cuiden de que la perra y él no se encuentren —ordenó Bjartur. Afuera, junto a la pared, comenzó a preguntarse si no habría estado loco cuando trajo un gato consigo.

Si, había un gato en la casa. A veces, durante el día, se sentaba en el borde de la trampilla, escuchando con tensa atención los ladridos de la perra, que le llegaban desde abajo. El pelo del lomo se le erizaba a la perra cuando sabía que él estaba cerca, e inmediatamente se lanzaba a ladrar. Si subía el gato saltaba al hueco de la ventana que había sobre la cabecera de la cama de la abuela, donde conseguía acurrucarse en el alféizar. Desde allí observaba atentamente a la perra durante un rato; luego las pupilas se le contraían y los ojos se le cerraban filosóficamente. Cuando la perra se iba, el gato saltaba a la cama de la anciana y, después de lavarse con minucioso cuidado, se acostaba a dormir, con la cabeza entre las patas traseras. La anciana no le llamaba jamás otra cosa que «esa escoria de gato», o «esa bestia de gato», y sin embargo el

animal la prefería a todos porque no asignaba tanto valor al vocabulario como al talante. La anciana nunca había lastimado a animal alguno. Es extraña la afición que los gatos tienen por la gente de edad. Aprecian su falta de inventiva, rica en seguridad, que es la principal virtud de la vejez. ¿O es que entendían lo gris que había en ambos, lo que está detrás de la cristiandad y detrás del alma?

42. La mejilla izquierda

Y bien, ¿qué resultados obtuvo esa escoria de gato en cuanto a impedir nuevas desdichas en el solitario pegujal del valle?

Poco antes de la hora de acostarse, Bjartur lo tomó bajo el brazo y partió con él hacia el corral de las ovejas madres. Su confianza en el gato, empero, no era completa. Y en lugar de acostarse de inmediato, se quedó despierto hasta más tarde que de costumbre, empeñado en alguna pequeña tarea hasta mucho después de que la anciana y los chicos estuvieron dormidos. La última en acostarse fue Asta Sóllilja. Estuvo dando vueltas junto al fogón hasta una hora avanzada, primeramente enjuagando algunas de sus cosas y remendándolas, lavándose luego ella misma; había llegado a la edad del peinado del cabello. A veces calentaba agua y se lavaba los pies y las piernas hasta un poco más arriba de las rodillas, y el cuello y, por atrás, un poco de la espalda. Y el pecho. Y él no podía prohibírselo. Este furor higiénico se manifiesta en el sexo femenino a una cierta edad y dura unos años. Es la juventud, es la flor… ¿Acaso las hierbas no absorben el rocío mientras crecen? Luego, al cabo de algunos años, dejan de lavarse: cuando los hijos comienzan a llegar. Él apagó la luz de su rincón del desván y se acostó en la cama, bostezando, con la cabeza apoyada en las manos pero sin pensar en dormir. Ella continuaba lavándose y peinándose al resplandor de la mecha, envuelta en la bata y con un viejo trozo de espejo ante sí. Se quitó los breteles y se lavó los hombros y las axilas, pobrecita, está haciéndose grande, no puede evitarlo. Asta, sin embargo, sabía perfectamente que él la miraba, y se habría lavado mucho mejor si no hubiese estado contemplándola… Si se lavaba más escrupulosamente y él la veía, era feo. Era extraña la pasión que Asta ponía en convencerle de que nunca pensaba siquiera en nada malo, en nada que no estuviese bien. ¿Y por qué?

Porque se había acurrucado junto a él, en el mundo, cuando era pequeña, y porque jamás lograría olvidarlo. Antes de la muerte de su madrastra solía ruborizarse a menudo cuando pensaba en eso, pero, desde entonces, un temor la atenaceaba cada vez que el recuerdo volvía a ella… Es extraño que los errores pasados, de los días inocentes de la niñez, puedan seguir torturando la mente aunque en verdad no haya sucedido nada importante. Ella tuvo miedo en el mundo porque era demasiado pequeña… y él la apartó de su lado y se alejó. Y entonces el miedo le ardía en el cuerpo, en una llamarada, en torno al corazón, el miedo de algo que no entendía. Ese temor de lo incomprensible ardía eternamente, en rescoldo, en su cuerpo y, cuando comenzaba a pensar en ello, surgían las llamaradas, aunque nunca tan candentes como cuando decidía no pensar en el suceso para nada. A veces la seguía hasta en sus sueños, cobrando la forma de monstruosos animales y de los fantasmas de hombres malvados, o de un precipicio del que no encontraba ya el modo de salir y al que no podía seguir descendiendo; o, lo peor de todo, montones de desperdicios, completamente incomprensibles, que ella tenía que transportar pero que se hacían más y más grandes cuando más rápidamente los llevaba. ¿Por qué había sido eso malo; por qué no fue correcto? No quiso hacer nada malo; es que, simplemente, no pudo evitarlo porque se sentía tan desdichada… Y así una vez y otra. Y luego: no, nunca se quitaría la bata cuando hubiese alguien delante, y menos ante su padre.

Y él le contempla la mejilla iluminada por la luz de la mecha y, por cierto, no tiene atisbo alguno de las emociones que le atormentaban el alma, pero ve que es su mejilla izquierda, su alma izquierda, esa alma vieja, desgraciada, acongojada, mil años más vieja que la muchacha misma, un alma de otro siglo, con maliciosas visiones oblicuas, con frágiles deseos y rasgos distintivos que hacen recordar juramentos y odios mortales, y el pleno labio inferior, cuya curva es tan deliciosa cuando se la contempla desde la derecha, parece, vista desde este lado, contorsionado en una mueca, es imposible que sea una niña de quince años de edad, es como si su perfil, mirado desde la izquierda, resulte la demostración de una pérdida completa, incluso de una ceguera, de una ceguera que, no

obstante vive en odiosa armonía con su propio mundo, sin mostrar pretensiones a uno mejor, de una ceguera que está dotada de ese desprecio a la muerte que preside todas las desdichas y las soporta…

—Escucha, corderita —dijo él, y piensa para sí: ¿no estaré perdiendo la cabeza, o algo por el estilo? Pero la joven se sobresalta de miedo ante el sonido de su voz y apresuradamente vuelve a ponerse los breteles sobre los hombros, le mira, aterrorizada, con palpitaciones en los ojos, con respiración jadeante, ¿qué había hecho ahora? Pero, aparentemente él no quería más que se volviera en la silla; prefería el lado derecho de la gente, había dicho lo mismo a su madre cuando iba tras ella, el lado derecho —chiquilla, te pareces tanto, en cierto modo, a esas niñas que los elfos cambian por otras, cuando se te mira desde el lado izquierdo, y la sensación se torna más y más pronunciada, sí, eso es. Y cuida de no resfriarte con tanto lavado. No es saludable chapotear mucho en el agua, a menos que resulte absolutamente necesario, chiquilla. Yo nunca he jugado mucho con el agua. Y prepara todo para que tu abuela pueda encender el fuego por la mañana; le cuesta tanto trabajo en estos días… Está hecha una vieja decrépita…

Un poco más tarde Bjartur se levantó y salió.

Inspeccionó los establos para ver si todo estaba como debía estar. Todo estaba como debía estar. Los ojos verdes del gato relucían, ora en el extremo más lejano del corral, ora arriba, entre las vigas. En general se odiaban gato y hombre, porque Bjartur era un hombre que tenía predilección por los perros. Cuando volvió a entrar, Asta se había acostado. Oh, bueno, pobrecita, mientras consiga estar abrigada… A pesar del gato sintió que las ovejas eran vulnerables, lo bastante como para levantarse dos veces todas las noches, en ocasiones tres. Se dirigía al corral de las ovejas madres y escupía en todas direcciones. El cielo estaba luminoso de estrellas. La perra ladraba al aire. Por lo demás parecía que la gente dormía igual que de costumbre y que soñaba lo mismo que siempre, a veces con dos coronas de plata, otras con menos de cincuenta céntimos; ya con el propio océano, ya con una visión distante del pequeño lago.

43. Conversación con las potencias superiores

El tiempo cambió después de mediados de adviento, una nieve espesa caía silenciosa, dulcemente, pero persistente, día tras día, pero aparte de eso, nada, ni siquiera se veía una sola huella, una nevada con tiempo calmo es la más poco comunicativa de todas las cosas que caen del cielo, uno mira ciegamente su caída y es como si estuviese separado de todo, como si ya no existiera. Muy bien, siempre que nada suceda, decía Bjartur. Algunos se quejan de la monotonía… esas quejas son los signos de la inmadurez. A la gente sensata no le agrada que sucedan cosas. De entre los animales, por supuesto, pocos tienen, como el gato, la misma capacidad para la monotonía. En tanto que la nieve se acumula en la ventana, velando el vidrio como una azulenca borra de lana, el gato no hace más que cerrar los ojos con burlona dignidad y suave malicia. Finalmente deja de nevar. El cielo se torna luminoso, pero la nieve se ha endurecido y fríos vientos arrachados la hacen caer formando gruesas capas. Pero este invierno no falta el heno. Este invierno no había por qué temer los ataques de la naturaleza. Pero ¿y lo sobrenatural? ¿Se lo veía claramente? Por el momento, no. La sensación de inseguridad que hizo que el agricultor fuese en busca de un gato parecía haber desaparecido. Acarició al animal de la cabeza a la cola, aunque sólo una vez, y con gran prisa dijo:

—Tened cuidado de que la perra y el gato no riñan.

Pero, cuando meditaba acerca de la cuestión a la luz de la razón fría, no podía comprender cómo se le había ocurrido que un gato produciría efecto alguno en lo sobrenatural. Sea como fuere, ya no se levantaba por la noche para inspeccionar el corral de las ovejas.

Pero las fuerzas intangibles de la existencia no estaban aún

derrotadas, a despecho de los gatos. Solamente habían estado esperando una helada, está claro, porque no les agrada dejar rastros en la nieve. Una mañana, temprano, Bjartur hace su viaje acostumbrado al establo, abre la puerta y, después de encender la mecha, mira en su derredor y se encuentra frente a una de las más horribles escenas que le hubiera sido dado contemplar: diez de sus ovejas yacían muertas o presas de los estertores de la muerte, algunas en el suelo, otras en los comederos. Les han arrancado la vida en la forma más monstruosa; unas tienen el cuello seccionado a medias; otras, clavos mohosos incrustados en el cráneo; otras, en fin, la cabeza destrozada como con un garrote. Es una escena de carnicería que desafía toda descripción, pero Guðbjartur Jónsson nunca había gustado de contar cosas como ésta a nadie, ni antes ni ahora. Jamás había recibido tal golpe en su vida. Se arrancó la gorra y se rascó la cabeza con ambas manos, con tanta fuerza como le fue posible. Luego tomó uno tras otro los cadáveres, examinó las heridas y ultimó a los animales que todavía respiraban. Pero ya no pudo contenerse. Girando sobre sus talones, se golpeó un puño con otro y maldijo y escupió en todas direcciones. Desafió al diablo Kólumkilli y a su ramera de Gunnvór a que se presentasen y lucharan. En un lenguaje pagano y cristiano a la vez les conjuró a que trabaran batalla contra él, los dos juntos, y eligió el talud de frente al pegujal como el terreno que defendería… ¿qué podía decir el hombre, qué podía hacer? Exigió que las potencias secretas de la existencia mostrasen algún rasgo de humanidad y apareciesen al descubierto. En verdad que ya no podía seguir ocultándose tras las faldas de la existencia, esto es, si querían conservar al menos algún jirón de reputación.

—¡Es muy fácil matar y destrozar cuando todos duermen! —gritó, sacudiendo el puño ante el rostro helado de la naturaleza y hacia el cielo. Al fin no pudo encontrar palabras lo suficientemente fuertes y chilló. La perra chilló a su vez. Era blasfemia pura. Y no servía de nada. El débil resplandor azulado del este seguía siendo opaco y tardo. Luego comenzó a preguntarse si al maldecir a los monstruos no había adoptado una actitud equivocada, porque de pronto recordó una vieja leyenda de trasgos que medraban con esas cosas… Pero ¿qué podía decir el hombre?

Himnos, se le ocurrió. ¿No debería, quizá, pedirle a la vieja Hallbera que se arrastrase hasta allí y entonase un himno? ¿O ir a buscar al sacerdote y rogarle que invocase a Jesús en hebreo? Por supuesto, no es que él, Bjartur de la Casa Estival, tuviera alguna fe en la religión; podía medirse con cualquier espectro. Por otra parte, había oído consejas que decían que los aparecidos creían en la teología y se rendían ante el poder de Jesús pronunciados en famosas lenguas antiguas, aunque, está claro, pocas esperanzas había de que el Reverendo Teodor, ese calvo, pudiese ayudarle mucho por lo que se refería a castigar a enemigos a quienes los vigorosos y ancianos sacerdotes de otrora, con sus ardientes exorcismos, habían enviado repetidas veces al infierno sin resultado.

Los chicos estaban afuera, sobre el montículo de nieve que se había acumulado contra la pared del corral de las ovejas, contemplándole en silencio mientras él colocaba sobre la pared las cabezas de las ovejas mutiladas. Fue el pequeño Nonni quien a la postre encontró algo que decir.

—Padre —dijo—, nuestro Helgi ve a menudo cosas en torno de la casa.

Bjartur se enderezó y, con el cuchillo ensangrentado en la mano, preguntó:

—¿Qué?

—Nada —repuso Helgi—. Está diciendo mentiras.

—Sí, ¿eh? ¿No te acuerdas de lo que me dijiste una noche, no hace mucho, cuando papá no estaba en casa y nos encontrábamos sentados en el empedrado, hablando acerca del salto de agua?

Bjartur se acercó a su hijo mayor con el cuchillo en la mano y, en términos nada vagos, exigió detalles más explícitos de lo que había visto. Pero el niño sostuvo que no había visto nada. Luego Bjartur le tomó del hombro y le dio unos azotes, y le dijo que sería peor para él, en vistas de lo cual el chico se asustó y confesó que una vez vio a cierta persona, a un individuo de edad madura, aunque a veces llevaba trenzas grises, como una anciana.

—¿Cuándo lo viste?

—Lo he visto correr desde el corral hacia la casa. A menudo traté de seguirlo.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Sabía que nadie me creería.

—¿Hacia dónde fue?

—Corría.

Bjartur se tornó más insistente y ordenó que se le hiciese una descripción detallada de ese misterioso atleta, pero las respuestas del niño se hicieron más y más desatinadas; en ocasiones el hombre tenía barba; en otras, trenzas. Finalmente había aparecido con faldas…

—Faldas —repitió Bjartur—. ¿Qué clase de faldas?

—Rojas. Y llevaba algo en torno al cuello.

—¿En torno al cuello? ¿Qué tenía en torno al cuello?

—En realidad no sé qué era. Creo que era algo así como la gorguera de un sacerdote.

—¡La gorguera de un sacerdote, idiota! —exclamó Bjartur, perdiendo los estribos y dándole a su hijo un golpe en la mandíbula que casi lo derribó—. ¡Ahí tienes la recompensa por tu historia!

Los fenómenos sobrenaturales son sumamente desagradables por este motivo: que, habiendo reducido a un caos todo el conocimiento ordenado del mundo que rodea al hombre y que es el cimiento sobre el cual se apoya, dejan al alma flotando en el aire, donde no tiene, en rigor nada que hacer. Uno no se atreve ya a sacar conclusiones, ni siquiera las que surgen del más sólido buen sentido, porque todos los límites, incluso los existentes entre las antítesis, se encuentran en un estado de perpetuo flujo. La muerte no es ya muerte, ni la vida, vida —como sostiene Einar de Undirhlíð, él, que todo lo separa en grupos correctos, como se hace con los naipes que se tiene en la mano—, porque las potencias ocultas de la existencia han irrumpido, sin previo aviso, en el mundo sensorial del hombre, sacándolo todo a flote, como si se tratase del heno de septiembre durante las lluvias otoñales. Algunas personas opinan que los fenómenos sobrenaturales se producen por el deseo del Señor de recordar a los simples mortales que Él es mucho más sabio que ellos. ¿Cuál era la opinión de Bjartur de la Casa Estival? ¿Permitiría que lo misterioso le arrinconara? ¿O se dirigiría a otros y les pediría consejo? ¿O lanzaría maldiciones en privado y esperaría hasta que los mal nacidos engendros de otro

mundo hubieran sacrificado a todo su ganado y destruido todo su pegujal, como hicieron en 1750?

La tarde estaba tranquila, de modo que no tenía prisa alguna en hacer entrar las ovejas. Distraído, se alejó de la granja, hablando para sí, intercambiando insultos con las potencias superiores y no advirtiendo, quizás, adonde le llevaban sus pies. Luego, de pronto, la marcha comienza a hacerse difícil, ha llegado más lejos de lo que creía y se encuentra ahora ascendiendo la montaña, ¿quizá había ido a visitar a Einar y a los otros? Una dorada luna nueva se refleja ostentosamente en la dura nieve helada; la penumbra adquiere un tono cada vez más intenso de azul. Muchos dicen que el momento más hermoso del día es cuando comienza a caer la noche. Y allí, en el sereno paisaje invernal, cerca del borde del barranco, está el pétreo túmulo del espectro, con un costado en sombras y el otro iluminado por la pálida luz de la luna, entre día y noche, en una inocencia casi encantadora, en una serenidad casi digna. Pero Bjartur estaba lejos de sentirse encantado cuando, aumentando la velocidad de la marcha, trepó apresuradamente la pendiente como un toro enfurecido atacando a algún desdichado a quien ha resuelto condenar a muerte. Pero no atacó la tumba inmediatamente. Tomó una piedra de entre el cascajo y permaneció durante unos momentos sosteniéndola a la espalda.

—¡De modo que estáis ahí, los dos! —dijo, mirando con helado odio el lugar del entierro. Pateó ante las barbas de ellos. Pero no le respondieron.

No obstante, les habló durante largo rato. Les dijo que ya no se engañaba en punto a sus intenciones. En términos nada ambiguos les acusó de haberle asesinado esposas e hijos, y que ahora, al parecer, se dedicaban a las ovejas.

—Seguid —dijo—, seguid, pues, si os atrevéis. Pero no permitiré que nadie haga el tirano conmigo. Derrumbad la montaña sobre el pegujal, si queréis, pero allí me quedaré mientras tenga fuerzas para seguir respirando. Nadie me dominará, y vosotros menos que nadie.

Ninguna respuesta, aparte de que las estrellas del cielo sonrieron con sus extraños ojos dorados al hombre mortal y a sus enemigos.

Luego dijo:

—Aquí tengo una piedra —y ante las mismas narices de ellos

agitó la piedra que había sacado de entre el cascajo—. Aquí tengo una piedra. Creéis que os la voy a dar. Os estáis diciendo: debe estar asustado, ahora que está ante nosotros con una piedra en la mano. Os estáis diciendo: al fin nos ha traído una piedra, porque tiene miedo de perder a su Asta Sóllilja como perdió a sus dos esposas. Pero yo digo: heme aquí, Bjartur de la Casa Estival, un hombre libre en la tierra, un islandés independiente desde el día de la colonización hasta esta hora y momento. Podéis dejar caer la montaña sobre mí. Pero nunca os daré una piedra.

Y como prueba de esta falta de respeto, lanzó la piedra al barranco y se la escuchó despertando ecos. Y de abajo llegó el sonido de voces aprensivas y viejas, como si la ramera y su familia hubiesen despertado del sueño de siglos e iniciado su averiguación. Nunca estuvo Bjartur tan lejos de buscar la ayuda de nadie como en ese momento en que aclaró su posición. Nunca se sintió más decidido a enfrentarse, solo y sin apoyo, contra los monstruos del país y a continuar la lucha singular hasta el fin.

Volviéndose sobre los talones, se alejó hacia su valle.

44. Procesionar

Pero la gente del campo, camino de regreso a sus casas desde el pueblo, había visitado la Casa Estival y se habían enterado de las noticias por los niños. Llevaron las nuevas tierras adentro, a las casas solariegas, donde la historia del fantasma no tardó mucho tiempo en difundirse. Fue recibida calurosamente por jóvenes y viejos, con la ausencia de titilación emocional que es tan famosa característica de los cortos días de mediados de invierno. Y todos se mostraban tanto más dispuestos a dejarse convencer de los merodeos de los fantasmas cuanto más escépticamente pusieron en dudas los correteos de las ratas, porque el alma del hombre tiene cierta tendencia a lo increíble, pero duda de lo creíble. Antes de que pasara mucho tiempo, el número de visitantes empezó a crecer. Por extraño que ello pueda parecer, la gente demuestra muy raramente tanto entusiasmo como cuando busca pruebas de la veracidad de una historia de fantasmas… el alma acoge todas esas cosas en su hambriento seno. Bjartur, naturalmente, declaró que era muy propio de los habitantes de los valles eso de lanzar espumarajos de excitación y luego correr en busca de un fantasma, pero que tenían pleno derecho a gastar las suelas de sus zapatos como mejor les pareciera. Él, personalmente, no tenía tiempo para responder a todas las tonterías que le preguntaban acerca de los fantasmas, pero una cosa les podía decir, y era que ese condenado gato había ido y asustado a las ovejas durante la noche, de tal modo que éstas enloquecieron de terror y, chocando contra las paredes o los comederos, se quebraron el cuello o se empalaron en clavos mohosos. Los niños, por su parte, se mostraban ansiosos de entretener a los visitantes y estaban afuera, apoyados contra la pared, parloteando incesantemente acerca de los fantasmas. Por primera vez en su vida eran personas de importancia ante un

auditorio complaciente. La señora de Myri llegó incluso a enviar a Asta Sóllilja un poco de café y azúcar a espaldas de Bjartur, así como el libro titulado La Vida Sencilla, de un famoso extranjero de talento y genio literario. Más aún: resultó que los chicos habían visto al fantasma y conversado con él. El mayor y el menor, en especial, no necesitaban más que entrar en el corral de las ovejas y cerrar la puerta tras de sí para que el fantasma apareciese. Podían verle brillar los ojos en la oscuridad, pero nunca entendían bien lo que les decía, porque hablaba con espantoso ceceo y bufaba mucho. Sin embargo, logró comunicarles lo siguiente: como hacía mucho tiempo que se había cansado de vivir en silencio, sin que nadie le cuidase, estaba decidido a hacer que su presencia se sintiese nuevamente y no volvería a portarse como es debido a menos que se le tratase con el adecuado respeto, preferiblemente con canciones y sermones, con oraciones, y en especial con panegíricos. Muchos de los visitantes entraron en el corral para canturrearle uno o dos versos de un himno o mascullarle un trozo del padrenuestro. Asta Sóllilja estaba atareadísima sirviendo café. Más visitantes, decía el fantasma, mándame más visitantes mañana. Evidentemente no era ningún falso dios, sino un dios verdadero que rezaba a los hombres y decía: Nuestra oración de cada día, dámela hoy. Y luego, cuando las recibía, se sentía mucho mejor. La parroquia hervía con los más ofensivos rumores en punto a ese demonio que cabalgaba sobre los tejados del valle del páramo y podía ser visto correteando por las bardas de los techos o bajando a tierra, a la luz del día, y lanzando las amenazas más espantosas acerca de lo que ocurriría si no recibía sus oraciones. El pequeño pegujal, del que nadie hizo caso hasta entonces, se convirtió repentinamente en el solo tema de conversación en todo un distrito, incluso en otros distritos. Hombres y perros que nunca habían sido vistos anteriormente se paseaban por el empedrado y hasta invadían la sala. Las historias del fantasma, las acaloradas discusiones, los distintos puntos de vista, las explicaciones teológicas y filosóficas… no habría sido una broma para nadie tener que anotar todo eso. El resultado habría sido casi tan largo como la Biblia. En ésta como en otras religiones había varias sectas. Algunas personas se sentían convencidas de que era una revelación. Otras preguntaban, ¿qué es una revelación? Un

tercer grupo sostenía, teniendo en cuenta todos los hechos, que las ovejas se habían matado ellas mismas. Algunos decían que el fantasma tenía la estatura de un gigante, otros que sólo tenía un tamaño corriente, y otros, en fin, que era pequeño y robusto.

Había varias personas que presentaban pruebas históricas para demostrar que era masculino, otras que poseían pruebas igualmente válidas de que era femenino y otro más que habían desarrollado una teoría instructiva y altamente digna de encomio, de que era neutro.

Finalmente, alguien que sentía amistad hacia la gente de Casa Estival fue a visitar al sacerdote, porque circulaba un rumor de que el fantasma tenía la intención de destruir el pegujal para Navidad; alguien lo había escuchado de los chicos, que se encontraban en comunicación constante con el fantasma… y, ¿no querría el sacerdote tener la bondad de visitar la Casa Estival y celebrar una pequeña ceremonia para ver si el demonio no quería ceder a sus ruegos al Señor? Alegró intensamente al cura que a la postre se hubiese presentado una situación que recordaba a su tibia grey la existencia del Señor, porque él mismo no se había atrevido a mencionar Su nombre en el pulpito por propia voluntad, desde que aceptó el puesto, ya que cualquier cosa espiritual disgustaba a sus feligreses o, simplemente, les movía a risa.

Y así fue que una noche la casa del pegujal estaba tan atestada que cualquiera habría creído que se iba a celebrar una fiesta campestre. El tiempo estaba calmo y las estrellas luminosas, la luna casi llena. Escarcha. Una gran multitud de jóvenes había llegado y se encontraba afuera, sobre la nieve caída del techo, como papanatas, saboreando el tenso horror que la noche incubaba arriba con su rígida luz azul. Las diversiones eran proporcionadas por un garboso joven de Fjóróur que trabajaba en una de las granjas de tierra adentro, como ayudante, en invierno. Conocía todas las canciones modernas, todos los aires de danza de la gente de Fjórdur, y los demás trataron de unirse a él para disipar sus aprensiones. Pero había otros, además de los simples buscadores de emociones. Había hombres maduros y de experiencia, dignas y antiguas relaciones, entre los que se encontraba el rey del rodeo, que había conseguido ser elegido para el concejo local dos años

antes y que, por lo tanto, se encontraba a menudo abrumado por la responsabilidad que pesa sobre la administración de una pedanía en estos tiempos difíciles. Y el sacerdote, el joven calvo, con las manos cubiertas de eccema, se dejó convencer y había aparecido. Y ahora declaraba que había llegado el momento de hacer exposiciones de carneros en la región y de conseguir la colaboración de algún experto de la capital para que ayudara en los preparativos. Citó las últimas palabras que acerca del tema había publicado la Revista Agrícola. Varias personas apartaron a los chicos a un lado para interrogarles en punto al fantasma, su aspecto, su conversación, pero Bjartur estaba de talante agrio y casi no respondió a los saludos de los visitantes. No invitó a nadie a que subiera y permanecía mascullando trozos de las Rimas, que se perdían entre sus barbas.

Durante un rato los visitantes se pasearon de uno a otro grupo, ociosamente, en el montículo de nieve o en la puerta, en compañía de las sombras de la noche, muchos de ellos con el conocimiento de que apenas eran más o menos bienvenidos, hasta que finalmente el viejo Hrollaugur de Keldur, un individuo franco e industrioso que jamás podía ver a nadie ocioso, preguntó:

—Bueno, muchachos, ¿no es tiempo ya de que pensemos en procesionar?

De modo que, aparentemente, la cosa sería una de esas llamadas procesiones, en torno a los edificios de la granja, que ahora, con el discurrir del tiempo, habían desarrollado un ritual definido y habían entregado al idioma el término «procesionar». Sí, convinieron solemnemente los demás, debía ser ya hora de procesionar. Se envió en busca de los jóvenes, y los jóvenes respondieron desde lejos, porque algunos de ellos habían comenzado a caminar por su cuenta, hacia la montaña, ya que la noche, con sus flotantes sombras azules, resultaba sumamente tentadora, no sólo para un fantasma, sino también para el amor. Los chicos llegaron con los ojos dilatados, y el sacerdote, que había estado tratando de olvidar las potencias ocultas en una afiebrada discusión de las teorías de la Revista Agrícola, jadeó y respondió al llamado del Hrollaugur con un «¡Sí, en el nombre de Dios!». El rey del rodeo, Einar de Undirhíð y Ólafur de Ystadalur llegaron en fila,

con las manos cruzadas a la espalda, cada uno con su expresión peculiar, cada uno con heno en la barba, con perros delante y detrás, excitados e importantemente conscientes de las solemnidad del momento. Varias personas ofrecieron a sus hijas en colaboración, y las muchachas estaban ruborizadas por culpa de los fantasmas, aunque Bjartur consideró que buscaban lo otro, claro.

—Vaya, pues, chicos, entrad en los corrales y preguntad hacia dónde tenemos que procesionar —repitió Hrollaugur de Keldur.

Era más seguro hacer averiguaciones previas, porque en ocasiones el fantasma les hacía girar en torno a los corrales en el sentido de la marcha del sol, a veces en sentido contrario. Helgi tomó a su hermano de la mano y se dirigieron de puntillas hacia la puerta; nadie sino ellos tenía permiso para entrevistar al fantasma. Después de quitar la tranca, atisbaron cautelosamente.

—¡Chss! —susurró el hermano mayor, alejando con un ademán de la mano a los visitantes más curiosos—. ¡No tan cerca!

Las ovejas se alejaron corriendo al extremo más lejano de los establos casi vacíos, con un terror poco natural. Los niños desaparecieron en el interior y cerraron la puerta a su espalda. Una mujer de mediana edad, de la casa solariega, comenzó a cantar «Alabado sea el Señor». Muchos de los otros se unieron a ella en el canto. Pero Hrollaugur de Keldur dijo que habría tiempo de sobra para comenzar a cantar cuando estuviesen procesionando… Dirigía la cuestión como habría dirigido cualquier otra tarea sensata que exigiera sus propias normas rutinarias. De pronto todos pegaron un brinco, porque los dos chicos salieron corriendo del corral y rodaron sobre el hielo como si hubiesen sido lanzados.

—¡Los himnarios, los himnarios! —gritaron, rodando aún. El fantasma ordenaba que diesen nueve vueltas en torno al corral y entonasen nueve versos.

—Supongo que habrá querido decir versículos —dijo Einar de Undirhlíð seriamente.

Fuera lo que fuese lo que quiso decir, empezó la procesión. Los más viejos canturreaban el himno lo mejor que les era posible; los perros aullaban. Pero los jóvenes no conocían el himno y pensaban en otros himnos. Y había pequeños estornudos subrepticios, en tanto que las azuladas sombras de la luna se fundían con otras.

Bjartur se quedó a un lado y llamó a su perra, temiendo que se enzarzase en alguna riña.

Pero, al cabo de unos momentos, resultó evidente que la gente joven no quería molestarse en hacer todos aquellos círculos. Un pequeño grupo se separó del gentío y se alejó hasta el pie de la montaña para escuchar una vez más, de boca del cantor, «muévete, gira; ahora, las manos». Dos valientes hombres se asomaron al corral sin permiso, para ver al fantasma. Pero no se quedaron mucho tiempo allí. Apenas habían cruzado el umbral cuando vieron dos malignos ojos llameantes mirándoles desde el rincón que estaba junto a la puerta del granero de heno, en la parte más baja del comedero. Era una visión tan horrible como los ojos que miran en los estertores de la muerte, en la Saga de Grettir. Cuando esos hombres fuesen más viejos hablarían a una nueva generación de aquella noche, tiempo ha, en que, jóvenes aún, vieron los ojos de la leyenda islandesa. Y no fue una mirada silenciosa, porque la acompañó un ruido infernal, más terrorífico que la voz de cualquier criatura islandesa, recordatorio del chillido demencial de una demoníaca puerta vieja. Según el sacerdote, que a su vez lanzó una mirada rapidísima en el establo, era la voz de un ser condenado a la desesperación eterna, fuera de las puertas del Cielo, y la luz amarillenta y verdosa era la de unos ojos que nunca habían visto la luminosidad del cielo y nunca la verían. De modo que aprovechó la oportunidad para ofrecer una oración para que a nosotros nos sean abiertas las puertas del cielo, a fin de que podamos contemplar su luz. Y en ese momento la luna se escondió, flotando airadamente, detrás de un banco de nubes, y el pálido mundo azul, nevado, se hundió simultáneamente en una oscuridad más fantasmal aún que antes. Los rasgos del paisaje se disolvieron; las personas mismas parecían irreales unas a los ojos de las otras, envueltas en las sombras de esa extraordinaria vigilia nocturna que superaba todos los límites de la razón. Tanteaban involuntariamente, a ciegas, buscándose las manos unos a otros, temerosos de quedarse solos. ¿Qué más es posible, en realidad, que haga un hombre? Y así estaban, tomados de las manos y temblando mientras la luna desaparecía en una oscuridad más y más espesa. Querían café. Tenían frío.

45. Del alma

Sí, alguien había hablado de café y, como todos estaban de acuerdo, la ceremonia religiosa se interrumpía ya por propia iniciativa. Más y más personas subían, sin haber sido invitadas, por las escaleras. Toda la campiña parecía estar alojándose en la casa de Bjartur. Pronto el piso empezó a crujir peligrosamente, de modo que alguien dijo a la gente joven que se saliese, qué demonios creían que estaban haciendo allí; de todos modos, no era el momento ni el lugar para los chillidos de las tunantuelas, ni, ya que estamos en eso, para forma alguna de música. Si querían café podían esperarlo abajo, en el establo. La trampilla fue cerrada tras ellos. Los hombres se dispusieron en filas, en las camas, apretujándose como mejor pudieron, en tanto que las mujeres ayudaban a avivar el fuego.

—Esto es todo, pues; supongo —dijo uno.

—Sí, eso es todo —convino otro.

—Eso creo yo también —dijo un tercero.

Los visitantes se encontraban aún bajo la influencia de los poderes ocultos y, en consecuencia, experimentaban cierta dificultad en concentrar inmediatamente el pensamiento para la consideración de asuntos materiales. Pero Hrollaugur de Keldur era una excepción. Ese hombre no clasificaba los fenómenos de acuerdo con su origen, sino que lo tomaba todo, natural o sobrenatural, como viniese y luego le concedía la atención que creía necesario concederle.

—Bien, señor cura —comenzó—, yo tengo, como todo el mundo sabe, un par de magníficos borregos machos que no tuve el valor de castrar en el otoño. Quizá será un suicidio criar animales tan costosos con el solo fin de especular, pero se me ocurrió que posiblemente pudiese conseguir por ellos un precio decente si se

convencía a alguien de la Revista Agrícola para que les echara una ojeada y escribiera un artículo describiéndolos, para alguna de las importantes publicaciones de la capital.

—Muy cierto —convino el cura, satisfecho de haber logrado convencer por lo menos a alguien de su conocimiento de las ovejas y de su deseo de fomentar la creación de una buena raza. Inmediatamente empezó a explicar para su auditorio los resultados, como los informaba la Revista Agrícola, obtenidos en las exposiciones de carneros del oeste, especialmente las relacionadas con animales de carne.

Y el rey del rodeo, que, aunque había conseguido introducirse en el concejo parroquial, no era todavía un agricultor importante, sino apenas de la clase media, y que durante más de un año había vivido en medio de una gran tortura mental debido a la competencia existente entre el comprador y la Sociedad Cooperativa —porque cuando dos poderosos rivales luchan entre sí es esencial tener la paciencia de esperar y ver—, también consideraba que era de principalísima importancia, en estos tiempos difíciles, que el público se diese cuenta de la necesidad de mejorar la raza del ganado.

—Pero —agregó—, me agradaría dejar aclarado que nunca he sido un creyente incondicional en el ganado gordo en sí y por sí, como parece serlo nuestro buen amigo el cura. En mi opinión se ha demostrado repetidamente que en un año difícil, como el pasado, por ejemplo, las ovejas gordas no tienen esa capacidad de resistencia en la hora de prueba que los hombres de nota querrían hacernos creer que tienen. Por otra parte, nuestras ovejas duras, magras, la raza de Rauðsmýri, por ejemplo —y nadie se ha atrevido a sostener jamás que fuesen flacas—, me han parecido siempre el colmo de la crianza, por lo menos mientras no aparezca otra raza mejor.

Y bien, hacía apenas unos días se habían hecho las listas de impuestos municipales y, puesto que el rey del rodeo intervenía en la conversación, se le ocurrió a Ólafur de Ystadalur que sería una buena idea preguntarle qué ocurriría con la gente corriente este invierno, por lo que se refería a los impuestos. Porque Ólafur de Ystadalur había votado por el rey del rodeo en el momento

oportuno, confiando en su fuerte sentido de la responsabilidad y creyendo que cumpliría las promesas hechas a medias a los pequeños propietarios, así como en su tiempo había abrigado la esperanza de ganar unas monedas adicionales para la comida, como veterinario ayudante, confiando también en el rey del rodeo para esa cuestión.

—Sí, los impuestos —replicó sobriamente el rey del rodeo—. Lamento tener que decirlo, Ólafur, amigo mío, pero el concejo parroquial no es ninguna comisión de fiestas en estos días. El alcalde Jón de Myri, el Consejo provincial y el Gobierno atestiguarán que no es un juego eso de establecer los impuestos en momentos tan graves como éstos, cuando el tráfico y la competencia braman en todas las esferas de la vida del distrito y fuera de él, y nadie sabe realmente qué bando obtendrá la victoria. Es difícil predecir si será Bruni quien tome bajo su protección a los hombres en bancarrota, y peor que en bancarrota, o si la cooperativa tomará en sus brazos a los pequeños propietarios abrumados por el terrible peso de las deudas, ó si Jón de Myri, ese patriótico caballero, ese magnánimo pilar del Estado, se constituirá en el último recurso y salvación de la comunidad. O, tercera alternativa, o incluso cuarta, si la propia parroquia, aunque desde hace tiempo empantanada en una insolvencia insondable, se verá obligada a acudir en ayuda del personal.

—Oh, bueno, es precisamente lo que siempre he dicho yo —replicó Ólafur, sin demostrar demasiada desilusión hacia el concejo parroquial por el que había votado—; la vida del hombre es corta, tan corta que la gente del montón no puede siquiera darse el lujo de nacer. Pero yo insisto en que, si la sociedad hubiese sido científica desde el principio y, por lo tanto, hubiera existido alguna relación sensata entre la cantidad de trabajo de un hombre y la cantidad de provisiones que el comprador le entrega por sus productos cuando va al pueblo; en que, si un individuo pudiese poner un techo decente sobre su cabeza antes de que sus hijos se pudrieran de tuberculosis, entonces… maldito sea, ¿qué quería decir yo? No veo posibilidad alguna de llegar a pagar mis deudas, aunque continúe trajinando y afanándome como ahora durante otros tres mil años.

Pero en ese momento intervino Einar de Undirhlíð para decir

que esperaba que le perdonarían si opinaba que esa clase de conversaciones era muy poco espiritual en un momento tan solemne como el que estaban viviendo, cuando misteriosas potencias habían invadido sus vidas en forma realmente extraordinaria.

—¿Es que somos, entonces, completamente incapaces —preguntó—, por más que el Señor nos lo reproche, de olvidar nuestras vidas de hambre, deudas y consunción ni siquiera en un momento tan serio?

—Yo no comencé la conversación —repuso Ólafur—, de modo que no tienes por qué culparme a mí. Cualquiera puede decirte que soy de esos que están dispuestos, en cualquier momento, a dejar de lado toda frivolidad y concentrarse en asuntos importantes. Pero no resulta tan fácil hablar con autoridad, ni aun con conocimiento, cuando se es tan pobre que se está completamente apartado de toda comunicación cultural con el mundo exterior, y cuando, por añadidura, hay que sufrir, en el hogar, la situación que yo tengo que sufrir: los niños tuberculosos, como todos saben, y la esposa prácticamente agonizante. Y no es que ella tenga algo que ver con el caso en disputa. Hace ya diez años que me vi obligado a renunciar a la Asociación de Amigos del País, la única sociedad con la que en mi vida he conseguido estar relacionado. Y el así llamado círculo de lectura que tuvimos aquí en una oportunidad está arruinado desde tiempo ha. Algunos dicen que las ratas han entrado en él. No sé si es cierto, pero es un hecho indiscutible el que nadie se atreve a abrir los armarios desde hace cinco años, de modo que yo, personalmente, no veo cómo nadie de esta parte del país puede decir algo sensato, tal como están las cosas ahora.

Einar de Undirhlíð manifestó que, en tal caso, deberíamos hacer una buena utilización del momento actual, porque ahora nos encontrábamos en compañía de hombres educados, el cura, por ejemplo, y el cura, si lo conocemos bien, es uno de esos caballeros que, estoy seguro, perdonará sin mucho trabajo mi falta de ilustración, a despecho de que el Reverendo Guðmundur, de bendito recuerdo, haya bajado a su tumba sin perdonarme jamás por mi ignorancia, Pero lo que yo quería preguntar es esto: ¿Cómo es que ciertas almas no pueden encontrar nunca descanso, ni en las alturas, ni en la superficie de la tierra, ni en las profundidades del

océano?

—Pues, supongo que porque están poseídos por el demonio —contestó vivamente Krúsi de Gil, mucho antes de que el sacerdote hubiese decidido cuál sería una respuesta adecuada. Varios de los otros replicaron con sus opiniones, aunque sin arrojar mucha luz sobre el problema, y Ólafur de Ystadalur se refirió incluso a un libro, varias páginas del cual consiguió una vez para envolver unas copas, en el que se negaba rotundamente, de acuerdo con pruebas suministradas por hombres de ciencia extranjeros, que la maldad existiese siquiera.

—¡Vaya, Ólafur, vaya! —exclamó el rey del rodeo—. Ésa es una afirmación que yo ni soñaría en hacer, por lo menos en las circunstancias actuales. Por mi parte siempre he creído que tanto el bien como el mal existen y, como la señora de Myri, una mujer sumamente educada, como todos saben, ha subrayado constantemente en discursos pronunciados en privado y en público, se dice que la creencia en el bien y el mal forma parte de la religión persa. Por otro lado, considero que las potencias invisibles del mundo no son ni siquiera aproximadamente tan buenas en sus muchos aspectos como generalmente se cree, y probablemente tampoco tan malas. ¿No te parece, Ólafur, que lo más lógico es que se encuentren más o menos a mitad de camino entre ambos puntos?

El sacerdote, que para entonces había tenido tiempo de meditar las cosas, sugirió que estaría más conforme con el pensamiento moderno suponer, como él había señalado ya durante la procesión, que se encontraban tratando con almas desdichadas, expulsadas de uno a otro mundo como si fuesen proscritos.

Pero entonces fue Einar de Undirhlíð quien ya no pudo aguantar más.

—No, reverendo Teodor, —exclamó—, en este momento no temo decirle, con el apoyo de mi conciencia y bajo mi responsabilidad, que ha ido usted demasiado lejos. Puede ser cierto que el difunto Reverendo Guðmundur no me mostrase nunca demasiada amistad ni prestase atención alguna a los pobres versos religiosos que escribí, no para ganar alabanzas ni fama, sino para mi propio solaz espiritual. Pero, aunque era muy severo con los hombres incultos, nadie debe abrigar duda alguna en cuanto a su

credo: no era hombre de prestar oídos a ninguna jerigonza por el solo motivo de que se la supusiese moderna, y por cierto que habría sido la última persona en la tierra en manchar alguna vez sus labios con la afirmación de que Satán y sus misioneros no eran más que almas desdichadas. Aunque tenía buenos moruecos y ovejas gordas, nunca se había embrollado con objetos que no guardaban relación alguna entre sí. Él sabía en quién creía, que quizás es más de lo que puede decirse de muchos de nuestros jóvenes sacerdotes, que creen en cualquier cosa siempre que sea de la nueva hornada.

El Reverendo Teodor tuvo entonces que tratar de convencer a Einar de que los modernos teólogos también sabían en quién creían, aunque quizá habían formulado sus ideas en forma distinta a la empleada por los antiguos teólogos.

—¿Puedo, entonces formular una pregunta al reverendo Teodor? —inquirió Einar, tornándose gradualmente más audaz—. ¿Cree usted en todo lo que se dice en la Biblia, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento por igual?

El cura:

—Puedes estar seguro, Einar, de que creo en todo lo que contienen ambos Testamentos. Creo en el Nuevo Testamento. También creo en el Antiguo Testamento.

Einar de Undirhlíð:

—¿Me permite entonces que le haga otra pregunta? ¿Cree, por ejemplo, que Jesús, el Hijo de Dios, levantó a Lázaro de entre los muertos después que había comenzado a pudrirse en la tumba?

El Reverendo Teodor pensó durante unos instantes, se enjugó el sudor de la frente y finalmente dijo, con gran convicción:

—Sí, creo que Jesús, el Hijo de Dios, levantó a Lázaro de entre los muertos después que estuvo tres días en su tumba. Pero, naturalmente, opino que en ese tiempo no se había podrido realmente mucho.

—Oh, ¿qué importa si el pobre diablo había comenzado a pudrirse o no? —exclamó Ólafur con su vocecilla chillona—. Se me ocurre que lo principal es que hubiera vuelto a la vida. De todos modos, puesto que el cura es de los presentes, y que estamos esperando una gota de café, y que, sea como fuere, no creo que pueda yo dormir mucho antes de que amanezca, me agradaría

aprovechar la oportunidad, lo mismo que Einar, y formular al cura una preguntita. ¿Cuáles, exactamente, son sus puntos de vista en cuanto al alma, Reverendo Teodor?

El cura sacudió la cabeza con una sonrisa torturada, luego dijo que, en general, no tenía puntos de vista especiales en cuanto al alma, sólo los puntos de vista antiguos; el alma, sí, el alma, el alma, naturalmente, era, en cierto modo, inmortal; y si no fuera inmortal, pues, no sería alma.

—¡Oh, eso ya lo sé! —exclamó Ólafur, nada impresionado por la respuesta—. Esto es exactamente lo que le dijeron a Jón Arason antes de cortarle la cabeza. Pero ahora le diré algo de lo que me he enterado por un periódico de la capital, muy digno de confianza, que un amigo mío me prestó el año pasado. Y es que ellos suponen que en la actualidad no es nada fuera de lo común que las almas muertas penetren en los muebles de las casas de hombres de alta posición, en Reykjavik.

El bueno y viejo de Ólafur, siempre el mismo, no había fin para las paparruchas en que podía creer, siempre que las viese en letras de molde. Algunos de los granjeros menearon la cabeza y rieron.

—¡Sí, reíd! —exclamó él—. ¡Reíd, si queréis! Pero ¿podéis señalarme un solo ejemplo en que haya hecho afirmación alguna sin tener el respaldo de la mejor autoridad para el caso? Está claro que penetran en los muebles de la gente famosa de Reykjavik, y eso es tan cierto como que estoy sentado aquí. Lo más gracioso de vosotros es que os negáis a creer en nada que suceda a más de cien metros de las puertas de vuestros corrales. No dais crédito a una cosa, física o espiritual, aparte de las que podáis ver o no ver en vuestros desdichados establos.

El cura sentía inclinación a apoyar a Olafur. Con tono de disculpa, dijo que, aunque era de lamentar, muchos hombres eminentes de la capital habían, sin duda alguna, advertido últimamente cosas más bien extrañas en sus muebles. Pero si era correcto decir que las almas eran la causa de esas cosas, era ésa una cuestión completamente distinta. Algunas autoridades sugerían que acaso se tratara de espíritus vagabundos a quienes no se había permitido ver la luz del cielo.

Ólafur, apasionadamente:

—¡Pues, me agradaría hacerle otra pregunta al sacerdote! ¿Qué es un alma? Si se le corta la cabeza a un animal, ¿le corre acaso el alma hasta el extremo de la columna vertebral y asciende al cielo volando, como una mosca? ¿O es el alma como una torta de sartén, que se puede enrollar y tragar como se cree que hizo Bjarni el Embustero? ¿Cuántas almas tiene un hombre? ¿Murió Lázaro por segunda vez? ¿Y cómo es que las almas, o como quiera que haya que llamarlas, se portan cortésmente con los funcionarios de Reykjavik, mientras no hacen más que molestar a los campesinos pobres de los valles?

Pero en ese preciso momento, cuando el alma comenzaba a arraigarse firmemente en la conversación, el dueño de casa asomó la cabeza por la trampilla y miró el cuarto atestado. Era una escena de la que, aparentemente, obtenía muy poco placer. De un golpe cortó el nudo científico que su viejo amigo Ólafur de Ystadalur acababa de colocar ante los concurrentes.

—Ahora me voy a acostar —dijo—, y lo mismo hará mi familia. No tenemos paciencia suficiente para escuchar más bobadas acerca del alma, esta Navidad. Y en el futuro, si necesitáis vociferar más himnos, entonces, permitidme que os pida que os vayáis a vociferarlos a alguna otra parte. He enviado a buscar a las autoridades. Son ellas quienes encontrarán al culpable y le castigarán. Y cuando vosotros os hayáis ido de aquí esta noche, espero que consideraréis esta visita como si nunca hubiese existido. Saca de ahí esa marmita, Sola, muchacha. No conozco a esta gente, ni me han venido a ver a mí.

Esa noche no hizo caso alguno de sus mejores amigos; les empujó hacia la puerta. Y ellos tampoco reconocieron a su viejo amigo, o, más bien, no reconocieron el odio letal, helado, que había en los ojos del hombre que entró en el momento en que perdían de vista al raciocinio natural. Y era él, ese hombre, quien parecía de pronto haberlo comprendido todo, y que ahora no pedía otra cosa que la presencia de las autoridades. Avergonzados, torpes, como rateros de alacena sorprendidos con las manos en la masa, mascullando, olvidándose incluso de despedirse, viejos y nuevos amigos por igual descendieron uno detrás del otro y, desbandándose en el desprendimiento de nieve de afuera, tomaron

sus distintos caminos. La luna había desaparecido. No quedaba nada del encantamiento, del café; nada de nada.

Y, por extraño que pueda parecer, en adelante no se mencionó mucho lo sucedido esa noche. Desapareció completamente de la historia, del mismo modo que desapareciera el reno macho sobre el cual Guðbjartur Jónsson cabalgó una vez y cruzó el Río del Glaciar, en los Páramos. En los días que siguieron, cuando hombres barbudos, cubiertos de musgo, se encontraban por casualidad en las casas o al raso, cruzaban una mirada rápida, turbada, como un joven y una muchacha que hubiesen ido demasiado lejos la noche anterior pero que estuvieran resueltos a que tal cosa no volviese a ocurrir. Muchos años después, esa noche pesaba aún sobre la parroquia como una desdichada mancha. Siguió viviendo en el fondo de la conciencia de todos como una fantasía morbosa, cargada de vergüenza y culpabilidad… las lívidas sombras parpadeantes, los ojos de la leyenda, la blasfema entonación de himnos, el café que nunca llegó, el alma. Y Bjartur de la Casa Estival, que negó a sus amigos cuando éstos se habían reunido para atacar a su enemigo, Kólumkilli.

46. Justicia

Con esa victoria de Guðbjartur Jónsson se puso fin, al menos por el momento, a todas las actividades espectrales en los páramos. Así como un hombre corta de un tajo, en primavera, a una oveja enferma de lombriz, así cortó él la religión y la filosofía la noche en que expulsó a la parroquia de su casa y ordenó a sus hijos que se acostaran. Algunas personas dicen que también ahorcó al gato. Si el fantasma pensó que Bjartur se amilanaría, vendería sus tierras y buscaría una nueva casa debido a ese segundo desastre ocurrido a sus ovejas, le esperaba una desilusión. El diablo se había tomado todo el trabajo para nada; Bjartur estaba tan firme como una roca. Y aunque sufrió grandes pérdidas en la refriega, el pegujalero aprendió a no ceder siquiera un centímetro de terreno. Lo que siguió después no fue otra cosa que las consecuencias de los sucesos ya ocurridos.

Era el día más corto del año, cuando desaparece el sol. El cielo se nubló durante la mañana, con nubes bajas, cargadas de nieve y amenazadoras, que pendían a mitad de camino de las laderas de las montañas. Ningún resplandor portentoso iluminaba las almas o el paisaje. Hubo apenas un pequeño mediodía, esfumado en cuanto llegó, y sin embargo, ¡cuánta oscuridad se necesitó para envolverlo! Y el alcalde debía llegar de un momento a otro. El pegujalero no dio a nadie las órdenes para ese día de trabajo; era como si quisiese esperar la decisión de las autoridades para saber quién era el amo allí, si él o Kólumkilli. Pero, de todos modos, el pequeño Gvendur le siguió afuera, con la perra, cuando salió para dar de comer a las pocas ovejas que le quedaban. El hijo mayor estaba sentado ante la ventana, golpeándose las rodillas una con otra y contemplando en silencio un viejo dibujo grabado sobre la mesa. No hablaba ni cuando se le dirigía la palabra, no pensaba ni siquiera en trabajar

un poco con el hilo del huso, y el pequeño Nonni, que estaba sentado junto a su abuela, tejiendo, le miró y, entendiéndole en la forma sutil, inexplicable que llega más lejos que las palabras o las imágenes, se le acercó consoladoramente:

—Helgi —dijo—. No te preocupes por eso. El alcalde no puede hacerle nada a un fantasma.

Y como el hermano mayor no contestó, el pequeño Nonni volvió a sentarse junto a su abuela. Nada de cuentos, de himnos; apenas unos murmullos triviales que nadie entendía.

De pronto el alcalde llegó desde el interior para encontrarse con el gobernador de la provincia, porque se iba a llevar a cabo una investigación judicial. Por el momento no se veía rastro de gobernador alguno. Había comenzado a nevar y el alcalde se mostraba hosco e insultante y no tenía tiempo que perder en esa clase de tonterías, y era dudoso que el maldito y viejo gobernador arriesgase su precioso esqueleto en los páramos, con ese tiempo; los universitarios se meten en la cama en cuanto ven unos copos de nieve. El alcalde se acostó en la cama de los padres; llevaba largas polainas para la nieve y llamó a Asta Sóllilja para que se las quitase. Ninguno de los dos estaba de buen talante: ni el visitante ni el pegujalero… Siempre estás metido en algún maldito embrollo, dijo aquél a su anfitrión mientras buscaba su tabaquera. Si no son esposas moribundas y ovejas agonizantes, son demonios desenfrenados y diablos furibundos. Y el pegujalero replicó que, por lo que concierne a la muerte y los demonios, compañero, nunca he pedido a nadie que viniese aquí y se reventara las tripas de tanto vociferar himnos y bobadas espirituales en medio de la noche, para risa de Dios y los hombres y eterna deshonra de toda la parroquia. Lo único que pido es la justicia a que tienen derecho todos los hombres libres en un país libre. Todos los años las autoridades me visitan para pedirme impuestos y contribuciones, pero ésta es la primera vez que yo solicito algo a las autoridades, de modo que opino que no les debo nada y no tengo que aguantar su insolencia.

—¡Mira! —dijo el alcalde, moviendo con la lengua el tabaco que tenía en la boca—. ¡Deberías venderme este apestoso agujero negro y estafarme por segunda vez!

Pero, después de la turbulencia emocional de los últimos días,

Bjartur estaba decidido a recibirlo todo con la mayor ecuanimidad. No permitiría que el alcalde le irritase.

—Sí, viejo —replicó compasivamente—, siempre le ha agradado hacer su bromita, ¿eh?

El alcalde:

—No veo por qué te molestas en seguir por más tiempo con esta empresa arriesgada e insignificante. Tus dos esposas están muertas; tus ovejas, muertas; tus hijos, muertos y peor que muertos. ¿Qué demonio de sentido tiene todo esto? Y ahí está la pobre Sólbjórt, o como quiera que se llame, casi una mujer crecida, pagana, analfabeta, y no se ha hecho esfuerzo para confirmarla.

—Es algo nuevo —comentó Bjartur—, su deseo de cristianizar a todos. Quizá siente que ha llegado a una edad en que será mejor estar preparado para cualquier cosa.

—No necesitas preocuparte por eso —repuso el alcalde—. Siempre he puesto mi cristianismo ante mí, y exijo de los demás el cristianismo necesario para ponerles dentro de las reglas de la ley. Siempre he tenido una imagen de Cristo en la pared de mi cuarto, una imagen que me dejó mi madre («Sí, y también otra del zar ruso», interpuso Bjartur)… sí, y otra del zar ruso, y quiero que sepas que siempre ha gobernado correctamente a sus súbditos, y que éstos no son, por lo menos, una pandilla de paganos testarudos que atraen sobre sus cabezas a los fantasmas y a los monstruos por la forma en que se comportan.

—¡Bah! —bufó Bjartur—. Grettir Ásmundarson nunca fue considerado un gran héroe religioso en su época, y sin embargo fue vengado en el sur, en Miklagaró, y aclamado, por ese mismo motivo, como el más grande hombre que Islandia tuvo jamás.

Pero lejos de dignarse a responder tonterías tan ajenas a la cuestión, el alcalde se sacó el tabaco de la boca y expresó su intención de acostarse un rato, ya te diré algo más cuando despierte, apoyó las piernas en la cama, volvió la cara hacia la pared.

—Prepárame unas tortas de barro para las autoridades, Sola, muchacha —dijo Bjartur mientras salía a ocuparse de sus tareas. Y la nieve se fue espesando gradualmente y el día transcurrió de algún modo, de cualquier modo o de ningún modo, con una fuerte

nevada y el alcalde durmiendo y el gobernador que tenía que llegar de un momento a otro.

La característica más desagradable de mediados del invierno no es su oscuridad. Más desagradable, quizás, es que nunca haya la suficiente oscuridad como para que uno se olvide de lo infinito del cual esa oscuridad es el símbolo, de lo infinito que, en realidad, está emparentado con la justicia misma, que llena el mundo como la justicia y, como la justicia, es inexorable. Mediados de invierno y justicia son hermanos. Y uno se da cuenta mejor en la primavera, cuando brilla el sol, de que ambos fueron malvados. Hoy es el día más corto del año. Quizá los que consigan sobrevivir a este día estarán a salvo, esperémoslo así. Hoy es también el día de la justicia y la gente menuda del pequeño pegujal espera a la justicia que llena el mundo y carece de comprensión. Es el padre quien ha enviado a buscar a la justicia. El que recoge el heno para sus ovejas tiene a la justicia de su parte; las ovejas son las ovejas de la justicia. Y aunque una madre yazga en su ataúd y los niños sean plantados en el cementerio, la justicia, pese a todo, reside en las ovejas y sólo en las ovejas. Ya se trate del que ama los sueños o el alma, o de aquel cuyas esperanzas se centran en torno a la rebeldía, la justicia es enemiga de ambos, porque ellos no tuvieron el ingenio suficiente como para conquistar. Y porque la justicia es estúpida por naturaleza. Y mala. Nada tan malo como ella. No hay que escuchar cómo duerme el alcalde para darse cuenta de ello; no hay más que oler las tortas que están siendo horneadas para la justicia y sus funcionarios. Y el hijo mayor de la Casa Estival cierra la puerta tras de sí.

El alcalde sigue durmiendo, roncando ruidosamente. Uno creería que ese hombre fuerte, de rostro vigoroso, cincelado, no había dormido bien en toda su vida. Sola, chica, ¿no tienes un trozo de carne para las tripas del alcalde, para cuando despierte?… Porque no había necesidad de ser ahorrativo con la carne ese invierno en la Casa Estival; todas las barricas y todos los cajones estaban henchidos de ese manjar, que nadie querría comprar porque era carne muerta. Carne muerta, narices, por supuesto que no era carne muerta, esa carne no tenía nada de malo, aparte de la marca que la estupidez y la superstición le habían estampado. Sea como fuere,

rellenaremos con ella a las autoridades y dejaremos que ellas decidan. ¿Dónde está Helgi?

Sí, ¿dónde estaba Helgi? ¿No estaba aquí hace unos minutos? Oh, no tardaría en aparecer; hoy le toca a él sacar afuera la porquería del caballo. Ninguna señal de que el alcalde despertara. Oh, bueno, no es cosa nuestra, supongo que puede dormir todo lo que quiera, el viejo búho. Éste sí que nos la ha hecho buena, el gobernador no habrá puesto el pie en el brezal con este tiempo, la nieve cae ahora tan espesa como una sopa y no puedes verte la mano aunque te la pongas ante la cara. Si miras desde el montículo de nieve que hay ante la puerta, creerás que el mundo ha desaparecido; no hay vestigio alguno de líneas o colores, no queda ningún mundo; uno podría estar ciego o cayendo en un profundo sueño.

—¿Adonde puede haber ido ese chico? Gvendur, baja y echa una mirada, hijo. Es imposible que se haya ido a los establos. —Pronto terminaron de comer y el propio Bjartur salió a buscar al chiquillo. El alcalde despertó y se levantó, bostezando y desgreñado.

—¿Eh? —preguntó.

—Nuestro Helgi —contestó Asta Sóllilja—. No sabemos qué se ha hecho de él.

—¿Helgi? —preguntó el alcalde, que no conocía a nadie de ese nombre en el pegujal.

—Sí —replicó ella—. Mi hermano Helgi.

—Oh —exclamó el alcalde, atontado de sueño y buscando su tabaco—, mi hermano Helgi. Escucha, querida —agregó—, deberías decirle a Bjartur que venda el pegujal. Puedes venir a nuestra casa cuando quieras; no necesitas pedirle permiso a nadie. Tienes la boca de mi madre.

—¿Qué? —preguntó la joven.

—Debes tener unos quince años…

Sí, había cumplido los quince hacía apenas un mes.

—Sí, es una lástima, pero ¿qué puede hacer uno? Tendríamos que haberte llevado inmediatamente. Pero ¿qué quería decir yo? ¿No te vi comiendo un trozo de pescado, chica?

—No, carne.

—Sí, naturalmente, la carne es el alimento de esta Navidad en

Casa Estival.

—Le he hecho algunas tortas de sartén —dijo ella.

—¡Oh, al demonio con las tortas! Mi estómago ya no tolera esas cosas. Masticaré un poco de carne. Es muy del gobernador esto de engañarme y hacerme venir, mientras él se queda roncando en la cama, maldito sea. No veo cómo podré alejarme mucho de aquí esta noche.

Pero los oídos de Asta Sóllilja estaban muy lejos de la conversación, porque no entendía qué podía haberle ocurrido a Helgi. Asaltada repentinamente por un recelo que bordeaba casi el terror, descuidó incluso las necesidades del alcalde, corrió escaleras abajo y salió al montículo de nieve de afuera. De modo que el alcalde se quedó solo arriba, con la anciana y el hermano menor, para dedicarse a su tabaco y aclararse la garganta y rascarse y bostezar. Pasó el rato, y le pareció que tenía que decir alguna cosa.

—Bueno, bueno, Bera —empezó a decir—, ¿qué tienes que opinar acerca de toda esta tontería?

—¿Cómo? —preguntó ella.

—¿No crees que todo ha enloquecido en el cielo y la tierra, Bera, vieja?

Aunque hablaba a la anciana con una voz que estaba muy lejos de ser completamente inamistosa, no parecía esperar su respuesta con gran interés, porque continuó su pregunta con una sucesión de tremendos bostezos.

—Oh, no me parece que tenga mucho que pensar o que decir, aparte de que siempre supe que esto sucedería alguna vez. O peor aún. Permítame que le diga que no son los ángeles de Dios los que pululan en torno a esta choza, nada de eso. Y nunca han estado aquí. Y nunca lo estarán.

—No, nunca estuvieron y nunca estarán —apoyó el alcalde—, ¿y tienes alguna objeción que poner a que se te encuentre un buen rincón para ti, junto a la chimenea, en una hermosa granja del interior, si el gobernador se dignase llevar a cabo la suficiente actividad como para expulsar de aquí a Bjartur por orden de la ley?

—Oh, no creo que tenga mucho que objetar a las autoridades, decidan ellas lo que decidieren, y, en cualquier caso, no me importa mucho lo que pueda ser de mí. Como el alcalde sabe, el difunto

Þórarinn y yo vivimos cuarenta años en Uróarsel, y nada sucedió durante todo ese tiempo. Nuestros vecinos de los páramos eran buenos vecinos. Pero aquí parece que a cada rato ocurre algo. Y no quiero decir que haya sucedido nada que no fuese querido por la Providencia; por ejemplo, que se me permitiese seguir viviendo, si esto se puede llamar vida, en tanto que mi pobre hija es arrebatada del hogar y de la casa con las primeras luces del sol de la recolección del heno. Para no hablar de la pérdida de las ovejas, la primavera pasada, y, ahora, este último estallido de diablura.

—Diablura, sí —convino el alcalde—, un condenado estallido remaldito.

Durante un rato la anciana siguió mascullando para sí.

—¿Qué? —preguntó el alcalde.

—¿Qué? —preguntó la anciana.

—Sí, quiero decir, ¿qué piensas de todo eso? —preguntó a su vez el alcalde—. ¿De esto que llaman intervención del demonio?

—Bueno, puesto que el alcalde condesciende a preguntármelo —contestó ella—, permítame que le diga esto, Jón, buen hombre: que en mi tiempo era costumbre, y costumbre que a menudo le hacía un buen favor a la gente, la de salpicar a esos seres inquietos con orina vieja, y muchos demonios se sintieron contentos de escapar a una rociadura cuando todos los demás medios habían fracasado; pero el amo de esta casa no quiere oír hablar de nada que tenga que ver con la religión cristiana, es una persona sumamente extraña, este Bjartur, y todo lo sagrado es menospreciado, escarnecido y pisoteado como en la actualidad se menosprecia, escarnece y pisotea todo.

—En efecto —convino el alcalde—. No se puede sacar partido de él ni en una forma ni en la otra, zoquete testarudo. Y nunca se pudo. A los niños habría que sacarlos de aquí y llevarlos a alguna hermosa granja, por orden de la ley si fuese necesario. Y en cuanto a nosotros, abuelita, estoy seguro de que Markúsjónsson de Gil se apiadará de nosotros, vista la situación en que nos encontramos, hace ya veinte años que cuida a personas ancianas cuando yo se lo pido. Es un alma inofensiva, nunca he sabido que haya levantado alguna vez la mano a una persona de edad.

—Yo sería la última en quejarme de algo —musitó la anciana—

y, de todos modos, sé que mi Hacedor hará conmigo lo que más le plazca. Soy algo así como nada, como cualquiera puede ver, y, aunque aparentemente no puedo morirme, difícilmente podría afirmar que estoy viva. A veces necesito de todo el tiempo de que dispongo para saber quién soy. Pero me agradaría mucho saber que el pequeño Nonni está junto a mí, porque es un chico que promete, en hechos y en palabras, y no merece quedar en manos de desconocidos. Ha dormido a mi lado, en este rincón, desde que nació.

—Sí, hablaré de ello con el gobernador, si es que alguna vez se toman medidas para vender esta casa.

—Naturalmente, el alcalde le dirá al gobernador lo que le parezca conveniente, como, sin duda alguna, ha hecho siempre. Pero, si una pudiese escoger, por supuesto escogería Uróarsel en lugar de cualquier otro punto. Pero nunca he tenido por costumbre esperar nada en especial, ni siquiera cuando era más joven. Y jamás he tenido miedo a nada, ni a los hombres ni a los demonios. Y si la voluntad de mi Hacedor es destruir esta granja para siempre, pues no será más que lo que todos esperan que suceda. Todos saben qué clase de casa es ésta. Y en cuanto a qué será de mí, alcalde, no me preocupa en absoluto, ciega y sorda como estoy. Y por cierto que lo estoy. Y no puedo decir que me quede un solo dedo, están todos muertos, mire. Y el pecho… Pero eran hermosas las puestas de sol de Uróarsel…

El alcalde la contempló fijamente durante unos instantes, como desconcertado. ¿Qué podía hacerse con un ser como ése, que en realidad no era ya un ser y que, según su propio relato, no estaba muerto ni vivo? ¿Cómo podría seguir manteniendo esa conversación? De modo que se acarició la mandíbula, bostezó y mordió un buen trozo de tabaco.

—¿No quieres mascar un poco, vieja? —preguntó caritativamente.

Durante un rato largo ella no escuchó ni entendió a qué se refería su interlocutor, pero finalmente se le ocurrió que debía tratarse del tabaco.

—Para refrescarte —agregó él. Pero ella declinó cortésmente el ofrecimiento.

—¡No, hombre, no! —dijo—. Nunca he necesitado tabaco. Y el motivo es que sé que el Señor lo dispone todo como mejor le place.

47. La mejilla derecha

Las huellas de las pisadas de un chico en la nieve no duran mucho tiempo con la nevada continua del día más corto, de la noche más larga. Se pierden en cuanto se hacen. Y una vez más el brezal queda envuelto en el blanco móvil. Y no hay fantasma alguno, aparte del que vive en el corazón del chico sin madre, hasta que los rastros de sus pasos desaparecen.

¿Qué noticias hay de la felicidad del alma, el día después de la noche más larga?

Ésa no era, ni con mucho, la primera vez que había caído sobre corazón y brezal el corrosivo peso del temor que hace que la dicha sea un fenómeno tan notable a los ojos de la nación. Pero, por otra parte, había carne de sobra, más carne de la que nadie podía recordar, carne en barricas y en cajones, carne muerta, sin duda, en opinión de la parroquia, pero ¡maldita sea!, no era carne muerta, aunque no pudiese encontrarse a nadie que quisiera comprarla y la gente se viese obligada a comérsela ella misma. Era igual que la carne de cualquier otra Navidad, de buenas ovejas gordas sacrificadas, y una cosa así era una novedad en aquel pegujal donde se habían comido correosas ovejas viejas para señalar una festividad. Todos tenían ahora las mejillas rojas, la cabeza pesada y el cuerpo laxo por efectos del dolor de estómago. Carne en el desayuno, carne entre comidas, sopa con más frecuencia que gachas, salsa más a menudo que agua. Y cuando la perra está indefensa de tanto comer, ¿qué más puede pedir el alma del hombre?

Y entonces empieza la Navidad con todo su ritual.

Esa noche, cuando la anciana deja a un lado sus agujas mucho antes de que llegara la hora de acostarse y dice a Asta Sóllilja: «Vaya muchacha, podrías lavarte un poco», entonces, y sólo

entonces comenzó la Navidad. Ella cree, por supuesto, que Asta Sóllilja no se lava más que una noche especial y que no se lava ni cuando se lo ordenan. Ella misma ha dejado de lavarse hacía mucho tiempo y, además, la gente ya no cree en la orina rancia, ni para una cosa ni para otra. Pero ¿es eso toda la Navidad? No. La abuela también saca esa noche su pañuelo. Desata su harapiento y viejo chal y se anuda el pañuelo a la cabeza. Es una reliquia de los tiempos del Monopolio danés —la parte del centro todavía estaba sana—, una tela de seda negra pasada de manos de una abuela a las de otra, alisada a lo largo de los siglos por la caricia de viejas manos sarmentosas, como un fragmento de un fragmento de las riquezas del mundo, o, por lo menos, como una prueba de su existencia real. Pero esto no era todo. La Navidad es la fiesta de los tesoros. Cuando la anciana se ha puesto su pañuelo, procede a sacar su mondaorejas. El mondaorejas es un símbolo de la civilización del mundo en los páramos. Como el pañuelo, es un legado de muchos siglos de antigüedad, hecho de plata cara, ennegrecido por el tiempo en las muescas, pulido por el desgaste en los salientes curvos, retorcidos. De pronto comienza a escarbarse las orejas. Y cuando ha comenzado a escarbarse las orejas, con todos los gruñidos y muecas reservados para esa tarea, la Navidad puede comenzar en serio, porque sólo entonces está todo plenamente consagrado.

Para esa oportunidad Bjartur había ordenado que se guisase toda una pierna de oveja. El pegujalero, inspeccionándola mientras yacía ante él, gorda y fragante, en la artesa, sintió que era imposible exteriorizar de modo alguno su admiración, a despecho de todo lo ocurrido últimamente.

—¡Dios, ésta es una Navidad de primera, por cierto! —observó con entusiasmo.

Nunca antes le habían oído los niños referirse a la Navidad como si se tratase de algo especial, pero ahora decía que no cualquier oveja podía dar una pierna tan magnífica para Navidad. Masticaron en silencio, con caras hoscas, indiferentes. Ya sólo quedaban tres de ellos, y los que estaban allí no podían dejar de pensar en la desaparición del hermano mayor ni en cómo la parroquia le había estado buscando, en vano, durante los últimos días. Pero Bjartur de

la Casa Estival no pensaba en nada que estuviese seguro de haber perdido, y no se sentía muy complacido con los chicos por no dar muestras de alegría precisamente en Navidad. Y de ese modo se acercó la hora de acostarse y la Nochebuena, con su dolor de estómago y su sueño inquieto. O con sus lágrimas silenciosas.

Aunque ha pasado la hora de acostarse, Asta Sóllilja continúa peinándose el cabello y calentando agua y moviéndose a la luz de la mecha, y él la contempla desde su cama hasta mucho después de que los demás se hayan acostado; el agua de la muchacha se va calentando lentamente en el silencio de esta Nochebuena. Tenía sumo cuidado en no mirar en su dirección. ¿Sería porque era una muchacha mala? Oh, ¿por qué tenía que pensar nuevamente en eso? Si no había hecho nada. Y, sin embargo, la pregunta le había subido muchas veces a la mente ese invierno, y siempre la asoció con la muerte de su madre, como si sintiese que había sido cómplice del suceso y que era por su culpa que su padre no había comprado suficientes medicinas ni le había dado una chaqueta a la madre… Y sin embargo, sin embargo no había maldad alguna en su corazón aquella noche, en el mundo, cuando era pequeña; es que, simplemente, no pudo evitarlo. Incluso cuando, como esta Nochebuena, todo estaba tranquilo y gozoso en mitad del invierno del mundo, se sentía repentinamente acometida por el temor. El temor al temor de lo que realmente no fue nada. El temor de que aún no había sido perdonada. El temor de que algo no la había perdonado aún por algo. Y de que ese algo seguiría tan horriblemente innominado entre ella y él, entre él y ella. Es posible que lucharan ambos contra la misma cosa, sin comprenderla, cada uno con su propia alma, él fuerte, ella débil. Sí, sin duda alguna había un océano absolutamente infranqueable entre ellos, la vida de él era poesía demasiado compleja para rimar con la existencia muda, sin métrica, de ella, y su fuerza no podía armonizar con la sensibilidad de ella. Aun cuando se perdió su hermano, el que había vivido allí y respirado hacía apenas dos noches, aun cuando él ordenó que todos se callaran la boca. Y ella lloró durante toda la noche mientras él dormía, no tanto quizá porque lamentase la pérdida de su hermano, sino porque era tan grande la oscuridad en que había desaparecido y porque se sentía tan profundamente

agitada ante el pensamiento de haberle perdonado sus frecuentes malos tratos cuando eran hermano y hermana… Pero su padre, ¿cómo podían llegar a entenderse alguna vez, él y ella? ¿Él, que dormía mientras ella lloraba? Y lo que era más importante, ¿cómo estarían alguna vez libres de culpa el uno hacia el otro si no se entendían? Aunque ella se quitase hasta la última prenda y se lavara y se lavara y se lavara, una y otra vez, y otra, sin cesar, jamás conseguiría borrar la sombra de la vaga, incomprensible culpabilidad que se interponía entre ambos, la sombra que pesaba sobre cuerpo y alma. Y mientras ella pensaba, él apoyaba la nuca en la cabecera de la cama, contemplando, maravillado, el vapor de agua y las sombras, cuan incansablemente jugueteaban en torno a la juvenil figura.

Ella tenía esa clase de mejilla derecha que nunca es igual a ninguna hora del día. Sus pensamientos eran decididos entre temor y expectativa, como los cielos estivales de la tierra con sus tiempos vivos, sus fugitivos retazos de sol y sus sombras que se esfuman. Una mejilla así es en realidad como un ser viviente, indefenso en su excesiva susceptibilidad hacia lo que está afuera y lo que está adentro. Es casi como si su nervio vital se encontrase al descubierto, como si todo su cuerpo fuese una sola alma continua que no puede soportar el mal y que no encuentra, quizás, otra cosa que el mal. La expectativa es lo que salva a un alma como ésa, no la felicidad.

¿Qué sería de esa muchacha si no tuviese su maligna mejilla izquierda para ayudarla?

Él la llama y le ruega que le escuche. No, no le había oído mal. Ella se levantó y cruzó el cuarto hacia él. Él quería que se sentase un momento. Sí, iba a conversar un poco con ella, visto que había llegado a una edad de discreción. Ella no dijo nada. Y entonces, sin previo aviso:

—Me iré después de Navidad y te dejaré aquí. No regresaré hasta el tiempo de Pascua.

Ella le miró con ojos enormes, interrogantes, y en su rostro algo se derrumbó.

—He perdido muchas ovejas —continuó él—. Es como se dice en la Edda: «Muere el ganado».

—Sí —repuso ella, y estaba pensando en decir mucho más.

Después deseó que ella y sus hermanos pudiesen ayudarle a conseguir más ovejas. Pero él se iba, y Asta descubrió que no podía decir nada más.

—No me quejo, en fin de cuentas —prosiguió él—. No soy en modo alguno el primero que ha sufrido pérdidas en este país. Digo como dice el proverbio: «Sobra lugar en la cama, la esposa ha muerto». Lo que importa, chiquita, es que yo mismo no estoy muerto, todavía no. Y no es que no me dé lo mismo si muero. Pero aguantaré todo lo que pueda mientras tenga algo en que apoyarme.

Ella le miró con el corazón palpitante y supo que hablaba de cosas serias, aunque no podía entenderle. Dos seres humanos tienen tantas dificultades para entenderse… No existe nada tan trágico como dos seres humanos.

—Te dije el año pasado, chiquilla (¿o fue el año anterior?) que, con el tiempo, construiría una casa. Y lo que he dicho, dicho queda.

—¿Una casa? —preguntó ella inexpresivamente, porque se había olvidado de todo lo que se refería a eso.

—Sí, una casa —repitió él—. Ya les mostraré a ésos. —Y agregó con voz más tierna, mientras le tocaba el hombro con la zarpa:—Cuando un hombre tiene una flor en su vida, construye una casa.

Ella tenía espesos cabellos castaños que le caían naturalmente ondulados, cejas curvadas en un arco interrogante y pestañas que alimentaban grandes lágrimas. Él le miró otra vez la mejilla y pudo calar en la sensible movilidad de la vida de esa parte del rostro. Y entonces ella musitó muy bajo en su pecho:

—¿Te vas?

—Estoy pensando en dejar todas las cosas a tu cargo, tanto las de dentro como las de fuera —repuso él—, y mañana os explicaré todo lo concerniente a la alimentación de las ovejas, a ti y al pequeño Gvendur.

Entonces ella se echó a llorar, porque el temor que albergaba en su corazón se hinchaba hasta adquirir proporciones gigantescas. Se sentía absolutamente desesperada y se rindió a la fuerza de esa extraña voluptuosidad que, con la perfecta desesperación, penetra en el cuerpo y en el alma. No sabía qué decía, porque era la angustia la que hablaba en su corazón, y la angustia decía que no le importaba si enfermaba y moría como su madre, en mitad del

invierno y con glaciares sobre el brezal, y, oh, ojalá no me hubieran vuelto jamás a la vida para gozar de un momento de dicha y es culpa mía que haya muerto mi madrastra porque no la amé bastante, pero mi pobre hermanito Helgi, él la quería tanto que pensaba en ella noche y día, y le oía decir, en el empedrado, que estaba muerto, y debí ser yo quien se perdiese en la nieve y muriese en el brezal, oh, estoy segura que debe ser hermoso estar muerta, porque si me dejas, padre, no habrá nadie que me ayude… y así continuó durante un rato, acurrucándose contra él mientras sollozaba, sacudiendo la cabeza sobre el pecho de él, desesperada.

Por una vez el pegujalero no supo qué responder, porque para él nada había sido nunca tan completamente ininteligible como los razonamientos que nacen de las lágrimas. Le desagradaban las lágrimas, siempre le desagradaron, jamás las entendió y muchas veces le hicieron salirse de sus casillas. Pero sintió que ahora no podía responder a esa flor de su vida, a esa forma inocente; el agua y la juventud son compañeras inseparables. Y, además, era Nochebuena. De modo que simplemente insinuó que debía haber olvidado otra vez que él le prometió construirle una casa. Fue el otoño siguiente a la llegada de la vieja Fríóa, maldita sea.

Pero aparentemente a ella no le interesaba en lo más mínimo vivir en una casa, sí, quizás una vez, hacía muchos, muchos años, pero no ahora, la que tenían era suficientemente buena para ella, si tan sólo quisieras quedarte con tu Sola, si sólo no te fueras y abandonaras a tu pequeña Asta Sóllilja. Si tengo que quedarme sola, padre, todo lo que amenaza aquí, todo lo que podría suceder…

Él le aseguró que nada ocurriría y que no había ninguna amenaza inminente. Sí, estaba seguro de ello. Sabía lo que ella quería decir, se refería a un fantasma, pero era como él le dijo muchas veces a la perra: un hombre encuentra lo que busca, y el que cree en los fantasmas encontrará, con seguridad, un fantasma. Había resuelto irse y trabajar por dinero para comprar más ovejas en otoño. Ésa sería la primera vez en su vida que trabajaría por dinero. Conseguiría que Bruni le diese algún trabajo, siempre que Túliníus Jensen no estuviese en bancarrota. Bien; existía una posibilidad de que los niños no quedasen abandonados a sus recursos, porque había un individuo en Fjóróur en quien podía

pensar… pero aquí se interrumpió, por si se sentía tentado a prometer mucho, vaya, vaya, chica, anímate un poco, tu madre estuvo cien veces más solitaria cuando murió aquí, en el desván, en los viejos tiempos, y no veo por qué nadie habría de lamentar haberse topado de narices con la vida, muchacha, porque, por lo menos, ha tenido una oportunidad barata de probar fuerzas, y hay tiempo de sobra para quejarse en la tumba, de modo que sécate la cara, cordera, y a ver si te acuestas.

Allí terminó la discusión. Él se acostó primero. Cabizbaja, ella se encaminó al fuego. Tenía la garganta contraída de llanto, pero no le importaba. Aunque hubiese sido una famosa oradora, poseedora de un verbo de oro, todos los parloteos habrían sido inútiles. Él se había acostado y tapado. La nieve, en la ventana, era azul. Pero no había rosas de escarcha. El cuarto estaba tibio, el agua hervía en la marmita, vapor, enormes sombras, poca luz, Navidad. No existía una potencia, ni de fuerza ni de cariño, que pudiese debilitarle en sus decisiones. No era cosa de juego eso de tener un padre, y sin embargo, ella nunca, nunca desearía otro padre que no fuese él. Se encontraba en ese estado laxo, sin alma, que envuelve al cuerpo después de un llanto sincero, como cuando el agua se evapora después de mucho hervir y se queda en el aire. Sollozó y sollozó. Lentamente se secaron las lágrimas en sus ojos. Aun la tortura de su alma se había evaporado. Se quitó las medias, luego la bata, y fue poniendo, distraída, una prenda tras otra sobre el banco, ante sí, sin mirar a la izquierda ni a la derecha. Todo lo que hizo estaba justificado. Se quedó de pie ante el agua hirviente, alta y flexible como una planta, con sus altos senos en forma de taza dibujados en dulce silueta contra el débil resplandor de la mecha, la Nochebuena, contra las parpadeantes sombras del vapor de agua, los labios hinchados de llorar, las pestañas cargadas de sal.

48. O puré optimi

A su modo, la desdicha, igual que la alegría, es variada de formas y notable siempre que en el mundo se agazapaba una chispa de vida, y esos niños, que por algún motivo misterioso estaban todavía vivos en los páramos, habían experimentado muchos de sus más sobresalientes fenómenos, no sólo durante las festividades, sino también entre una festividad y otra. Siempre ha sido instructivo perder a la madre con los primeros rayos de sol de la recolección del heno. Y cuando papá se va después de la desaparición del hermano de uno, entonces también eso es un tipo especial de experiencia, un nuevo tipo de desdicha, lo mismo que en la alegría, en la que se dice que la gente establece una enorme distinción entre canción y danza. Una pequeña pérdida toma prestada su fuerza de una pérdida mayor, y así, después de la partida del padre, su condición de hijos sin madre les cayó encima como un acreedor clamando sus exigencias sobre el recuerdo. Pocos como el padre, ninguna como la madre. Y en las profundidades del invierno los niños ven una vez más, en su imaginación, ese día de estío en que la madre fue colocada en un féretro, en el corral de las ovejas, entre las setas, al mediodía, y el sol seguía brillando. Sí, y el moscardón continuó zumbando en su rayo de luz, al abrigo del marco de la ventana, inconmovido por el hecho de que la amante agonía de la vida no estuviese más en el pegujal y de que fuese el silencio de la muerte el que reinaba arriba, sin relación alguna con el silencio del corazón… El moscardón, ese insecto amante del canto, que se restringe a una sola nota. Hoy la canción regresa, la canción, ese otro mundo que es una nota inmutable, remota, sin amor… Hoy canta una vez más en sus mentes, cuando la ventana está sepulta en la nieve. La consideran por separado, sin mirarse entre sí; cielo y montañas cubiertas de glaciares, en llamas al mediodía, sobre el

horizonte. Los picos de las Montañas Azules, blancos, relampagueantes en la escarcha ardiente. Y la vida de ellos, que carecía ya de muros protectores, se encuentra ahora, de pronto, sin cumbrera, como un techo derrumbado. Las ovejas, en la santidad del hondón junto al arroyo, contemplan, balando, las heladas colinas, incapaces de impartir a los hijos de los hombres las virtudes de su mentalidad. Y así, cuando hubieron dado al ganado el último pienso del día, los dos niños se sentaron en el montículo de nieve, sin entenderse el uno al otro, y miraron con poca energía las mismas colinas. Es duro que jamás se le permita a uno un momento de descanso, pero más duro es vivir cuando ya no hay nadie que le diga a uno qué debe hacer… Porque, en ese caso, ¿cómo se puede seguir haciendo algo? Y entonces, de pronto, el hermano menor recuerda a su abuela, que lo sabe todo —solamente es preciso entender lo que dice—, y declara a su hermano que cuando sucede algo ella lo sabe de antemano y continúa tejiendo.

—Sí —dijo Gvendur—, es bastante fácil cuando tienes casi cien años y no necesitas hacer otra cosa que tejer. Pero ¿y nosotros? ¿Cómo nos las arreglaremos con las cosas?

El pequeño Nonni pensó y pensó, y finalmente replicó:

—Lo que necesitamos es un poco de tabaco.

—¿Tabaco? —preguntó Gvendur, muy lejos de esa forma de razonamiento.

—Sí, tabaco. El que no conoce a su Hacedor necesita tabaco. Lo decía la abuela cuando hablaba con el alcalde.

—¿El hacedor? —preguntó Gvendur—. ¿Qué hacedor? ¿Estás seguro de que sabes lo que estás diciendo?

—Lo que quiero decir —explicó el pequeño Nonni— es que si mascas tabaco no necesitas preocuparte de si tu Hacedor lo dispone todo como mejor le plazca.

Gvendur:

—Comienzas a hablar como solía hacerlo nuestro Helgi. En lugar de ello deberías pensar en cómo algún día seremos grandes y ayudaremos a nuestro padre a triplicar el ganado y empezaremos a trabajar en gran escala, como la gente de Rauðsmýri, y en cómo tendremos vacas y construiremos casas. Y en muchas otras cosas.

—Sí, muchas veces he pensado en todo eso —contestó el

pequeño Nonni—, pero hay que esperar demasiado. Y a veces he pensado en irme. Por ejemplo, si no sucede nada durante cien años. Porque debe ser posible huir, aunque Helgi haya dicho que no lo era. Pero si nada ocurre, y si no es posible irse durante años y años y años, porque cualquier cosa debe ser posible alguna vez, entonces será posible que no dejes que te preocupe el que no puedas crecer inmediatamente, o el que el ganado no aumente, o el que no puedas tener vacas. No haces más que mascar un poco de tabaco.

Incapaz de seguir escuchando tamañas tonterías, Guðmundur Guðbjartsson se alejó en silencio, y otro día arrastró su extensión sobre la potente nieve y los pequeños corazones aprensivos de la nación, hasta que los chiquillos se encontraron una vez más sobre el mismo montículo de nieve, el día siguiente, contemplando un paisaje en el que no podía distinguirse ni un solo trocito de suelo desnudo. Y entonces fue cuando Guðmundur Guðbjartsson dijo, sin preámbulos:

—Escucha, Nonni, ¿has robado tú el tabaco de las ovejas, que quedó del año pasado? Debería estar en el cajón de los trastos, a la entrada.

Nonni:

—Ayer dijiste que no querías tabaco. ¿Por qué lo quieres hoy?

Gvendur:

—Entrégamelo inmediatamente o te daré una buena tunda.

Siguió una pequeña pelea en la nieve, hasta que el hermano mayor sacó de los pantalones del más joven una mecha de mohoso tabaco para mascar.

—¿Te has creído que te dejaría que tú solo te comieras todo eso, pequeño glotón?

La paz fue finalmente restablecida y, después de oler el tabaco, de lamerlo y de probarlo con la lengua, convinieron en compartirlo en forma fraternal y no comer más que un bocado por día hasta que se terminase. Pero más tarde, ese mismo día, se sintieron terriblemente enfermos. Subieron trabajosamente al desván, con dolores de estómago, vértigos y vómitos, y Asta Sóllilja tuvo que desvestirlos y acostarlos. Pero por más que les importunó con preguntas no logró convencerles de que pronunciasen una sola palabra acerca del sedativo que hay que tomar si se teme que el

Señor lo dispone todo tal como mejor le plazca.

Y Asta Sóllilja, que está sentada, cardando la lana, ¿cómo puede ella olvidar todas esas noches del mañana que hacen que esta noche sea más larga? Trata de pensar en cómo crujió la escalera ayer por la mañana, cuando papá bajó por última vez, en cómo tintineó el bocado del freno en la boca de Blesi cuando le pasó las riendas por la cabeza, puso el pie en el estribo y se sentó a horcajadas de su equipaje, en cómo chilló la nieve congelada bajo los cascos de la yegua, cuando se alejaban. Obliga a su mente a demorarse en esa partida todo lo posible, como en la primera parte de un cuento, para poder alegrarse más con el pensamiento de su regreso para Pascua. Y posiblemente haya una Pascua verde, ya que ha habido una Navidad blanca. Y entonces, tras un incalculable número de noches, escucha el tintineo de arneses que le llega desde afuera, porque ahora él le quita las bridas al caballo, y una vez más cruje la escalera y ella le ve el rostro y los poderosos hombros elevándose sobre el escotillón, y es él, él, que por fin ha venido. Brinca hacia esa visión del futuro sobre innumerables noches interminables. Pero, cuando llegó el momento, descubrió que no podía hacerlo. No podía elevarse en el aire lo suficiente. Estaba sola, frente a tantas noches que todavía debían venir como muchedumbre de muertos agolpándose en una sola alma. El alma del hombre necesita un poco de consuelo todos los días, si quiere vivir, pero no podía encontrar consuelo en ninguna parte.

—Cuando termina esta fiesta, abuela, ¿qué viene después?

—¿Eh? —preguntó la abuela—. ¿Qué esperas que venga? No creo que todavía falte nada importante. Nada en absoluto, diría yo, por cierto. Y es mejor así.

—Pero es preciso que después venga algo, abuela, después de pasado el Año Nuevo. Quiero decir, alguna festividad… —algo que se acerque a Pascua, se dijo, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta.

—Oh, no sé que haya ninguna otra fiesta grande, aparte de que después de Año Nuevo viene la víspera del día de Reyes, pero no es una fiesta muy importante. No, no creo que haya gran cosa en materia de grandes festividades.

Sí, precisamente era la víspera de Reyes la que ansiaba Asta

Sóllilja, y no otra fiesta, porque la expectativa prefiere olvidar las interminables noches de los días laborables y utilizar las fiestas solamente como sus mojones hacia el futuro.

—Sí, víspera de Reyes. Y después, ¿qué?

—Después no faltará mucho para el mes de porri.

Porri, pensó la muchacha con tristeza, porque eso no le recordaba más que grandes tormentas de nieve y súbitos deshielos que venían por turno y, por lo tanto, sin propósito alguno, un deshielo que se convertía en helada, una helada que se tornaba deshielo, eternidad tras eternidad.

—No, abuela, Porri, no. Eso no. Quiero decir fiestas. Festividades…

—En mi época tomábamos nota del tiempo en el día de San Pablo y en la Candelaria, pero entonces, naturalmente, todavía quedaban muchas de las viejas costumbres.

Pero Asta Sóllilja había estado esperando el miércoles de ceniza, porque le parecía recordar que el miércoles de ceniza era una cumbre desde la cual podía divisar la Pascua, pero ahora, aparentemente, debía pasar todo el mes de Porri y todo el mes de Góa, y después vendría… el ayuno de nueve semanas. ¿El ayuno de nueve semanas? ¿Nueve semanas? ¿Quién podría sobrevivir a un ayuno así? Pero cobró nuevos ánimos y expresó la esperanza de que cuando el ayuno de las nueve semanas hubiese terminado, el miércoles de ceniza no estuviese ya tan lejos.

—Oh, yo siempre entendí que primero venía el martes de carnaval.

—Pero el miércoles de ceniza debe llegar alguna vez, abuela, y entonces no faltará mucho para Pascua.

—Será una novedad, entonces —replicó la anciana, echando la cabeza hacia atrás y lanzando una mirada oblicua, hacia abajo, a sus agujas—. En mis tiempos el miércoles de ceniza era siempre seguido del ayuno.

—¿Qué ayuno?

—¡Pues, el largo ayuno, la Cuaresma mujer… la Cuaresma! ¡Hábrase visto tamaña ignorancia! ¡Tiene casi dieciséis años de edad y cree que la Pascua viene inmediatamente después del miércoles de ceniza! En mi época se te habría considerado una boba

por no conocer la Cuaresma y las más importantes festividades que hay en ella, las témporas, por ejemplo, y la Anunciación.

—Pero conozco el Viernes Santo —dijo la joven con repentina inspiración—. Alguna vez llegará, ¿no es cierto?

—Oh, creo que San Magno viene antes —replicó la anciana—. Y el Jueves Santo.

Esto terminó con la tentativa de centrar la Pascua. Se rindió. Se había extraviado en los desiertos del calendario, perdió todo el sentido de dirección, la lana repentinamente pegajosa en sus dedos, todos los vellones convertidos de pronto en masas enmarañadas que jamás lograría peinar. ¿Por qué estos jóvenes no podían consolarse con el pensamiento de que todo pasa, de un modo o de otro, tal como mejor le place al Hacedor?

—Oh, la suerte de una no se hace únicamente con las grandes festividades, hijita —dijo la abuela en un repentino acceso de compasión—. Recuerdo, por ejemplo, un domingo de Pentecostés, hace muchos años, cuando mi pobre padre sacó a la vaca para que pudiese mordisquear unas pocas briznas de hierba marchita que asomaban a través del hielo. Y no era en modo alguno extraordinario que una tormenta de nieve cayese precisamente el día de San Juan.

49. Tiempos mejores

¿Arneses tintineando? ¿Cascos repiqueteando en el hielo? ¿No es la vieja Blesi que resopla en la oscuridad, afuera, sobre el montículo de nieve? Sí, es claro que sí. No tardaron mucho en bajar velozmente la escalera, salir al corredor de nieve y emerger en la superficie… ¿Hay alguien ahí? —Dios sea alabado —se oyó susurrar en la oscuridad, junto a ellos—. De modo que la bendita criatura ha encontrado, después de todo, el camino a casa. Acérquense.

Y, cuando los hombres se acercaron, encontraron a un hombre en la nieve. Tomaron su mano fría en señal de saludo. Ambas partes se mostraron igualmente encantadas de la presencia de la otra.

—¿No hay una puerta para entrar en la casa? —preguntó el visitante.

—No —replicaron ellos—, pero hay un agujero excavado a través de la nieve caída del techo.

—¿Querréis, entonces, mostrarme inmediatamente cómo se entra en ese agujero? —pidió el visitante—. Me temo que estoy enfermo. Todavía no sé cómo no morí de frío en el brezal. Ésta ha sido una terrible tormenta para mí.

Mientras Gvendur llevaba a la vieja Blesi al corral, los otros niños condujeron al recién venido al montículo de nieve y le mostraron cómo debía arrastrarse sobre el umbral de entrada.

—No tan rápido —se quejó él—. Tengo que usar un bastón para caminar, como ven.

Luego trepó dificultosamente por la escalera, saludó a la anciana y se quedó, temblando y erguido a medias, cerca de la trampilla. Estaba muy mal equipado para viajar por la montaña. No había duda de que era un hombre de la ciudad. Dijo que creía que estaba congelado, y posiblemente tuviese algo de pulmonía. Más tarde los niños pensaron con frecuencia cuan extraño era que pareciese tan

viejo la primera vez que le vieron en la casa, cuando más tarde se tornó de aspecto tan juvenil. Ninguno de sus movimientos, ningún botón de sus ropas escapó a la hambrienta observación de los chiquillos, que tan apasionadamente habían ansiado un incidente en ese mundo de desolación en que no se veía un solo trocito de suelo desnudo… Sí, llevaba incluso botas de charol, un caballero elegante, por cierto. La anciana fue la primera en recobrar el habla lo suficiente como para averiguar de dónde venía el caballero. Y venía de la costa.

—Sí, eso me pareció, pobre hombre —fue la respuesta de ella—. Sola, muchacha, a ver si le ayudáis con las botas y los calcetines, si quiere quitarse la ropa, y apresúrate y caliéntale algo. ¿Podemos preguntarle si le agradaría quedarse esta noche aquí?

Sí, no seguiría más adelante; y mejor es así, susurró él. Sí, susurraba, lo decía todo en secreto, y uno tenía la impresión de que la cosa no debía pasar de ahí. Asta Sóllilja deseó y esperó que no enfermase de pulmonía; tenía miedo de no saber cómo cuidarle. Sintió que una gran responsabilidad pesaba sobre ella, porque todas las cosas de la granja, las de adentro y las de afuera, estaban a su cuidado, y aquélla era la primera vez que tenía un visitante. ¡Oh, si sólo supiese qué debía hacerle, qué ofrecerle, cómo cuidarle, qué decirle! Pero al cabo fue él quien rompió el silencio y susurró, no, hasta aquí y nada más:

—Me envió aquí un tal Guðbjartur Jónsson, que, aunque olvidó mencionarlo expresamente, estoy seguro de que les ha enviado sus más caros recuerdos. Soy el maestro que deberá quedarse con ustedes hasta la primavera. Ni yo mismo lo creo, pero, aun así, es cierto.

Se quitó el raído sobretodo ciudadano y se sacó una de las botas, pero no la otra. La bota estaba inanimada, inexpresiva y completamente carente de toda naturaleza viva, en todo sentido, como si estuviese congelada del todo, y la muchacha estuvo a punto de preguntarle si no debía ayudarle a sacársela y luego examinarle el pie, aunque había suficientes motivos para suponer que lo tenía helado. Entonces él se acostó en la cama de los padres y pidió a Asta Sóllilja que le cubriera, y ella nunca había tapado anteriormente a un hombre y el corazón comenzó a palpitarle, pero

aun así arropó al hombre, como arropaba a los niños cuando eran pequeños, hasta la barbilla, pero no le cubrió la bota del pie derecho, que él ni siquiera había metido bajo las ropas. Sobresalía de la parte inferior de la cama, inmóvil, y poco a poco se fue haciendo cada vez más difícil saber con exactitud qué actitud era preciso adoptar con respecto a ese miembro. El hombre tenía una frente alta y cabellos espesos, que le caían de la frente en marañas más bien que en rizos. Un rostro regular, con profundas arrugas, que se tornaba más y más agradable a medida que la piel se recobraba de su larga exposición al frío. Y, cuando le tapaba, ella advirtió que llevaba una camisa color caqui, sí, otra vez un visitante había venido para quedarse en la tierra, y llegó en secreto y convertía el desván en su habitación. Nadie lo sabría jamás, no invitaría a nadie durante todo el invierno para que las noticias no se divulgasen, para que no hubiese peligro alguno de que se lo arrebataran como al otro visitante, tiempo ha, cuando ella era pequeña.

—¿Y cómo está todo en la costa? —preguntó la abuela. Pero en lugar de darle noticias, él comenzó a hablar del incomprensible laberinto del destino que hizo que un hombre de su salud partiese en una expedición tan azarosa, en mitad del invierno, después de haber vivido decenas de años en la dulce tibieza de las ciudades del mundo, clamorosas y calentadas a estufa.

—Oh, sí —dijo la anciana—, pero he oído que las llamadas estufas no son, en modo alguno, lo que se supone que sean. En mis tiempos no vi nunca una estufa, y sin embargo jamás me dolió nada, por lo menos mientras pudo decirse que estaba realmente viva, aparte de esa urticaria que tuve una noche, cuanto tenía quince años, aunque no fue tan mala que no pudiese levantarme al día siguiente y dedicarme a mis quehaceres. Fue debido a unos pescados frescos que los chicos solían pescar en los lagos del contorno. Eso ocurrió en el sur, donde me crié.

El hombre no contestó durante un rato y se quedó acostado en silencio, meditando acerca de la historia médica de esa criatura increíblemente vieja que, sin haber puesto jamás los ojos sobre una estufa, no sufrió de una sola enfermedad durante los sesenta y cinco años pasados. Finalmente respondió que, en último caso, las llamas

de la estufa de la civilización mundial eran probablemente las mismas que alimentaban la inextinguible angustia del corazón, y todavía está por decirse, abuela, si el cuerpo mismo no se encontrará mejor en un medio más frío que el engendrado por las llamas de las estufas de la civilización. Es verdad, el mundo posee una gran belleza superficial en sus mejores momentos, en sus mejores lugares; en los bosques murmurantes de California, por ejemplo, o en las avenidas de palmeras del Mediterráneo, doradas por el sol. Pero el resplandor interno del corazón se torna tanto más ceniciento cuanto más brillantemente relucen sobre él los diamantes de la creación. Pero a pesar de todo ello, anciana, siempre he amado a la creación y siempre traté de estrujarla hasta sacarle todo lo que me fue posible.

—Sí —replicó la abuela, que había entendido mal lo poco que oyó de las palabras de la sabiduría del maestro—, y por eso no puedo entender qué quiere decir Bjartur cuando hace venir aquí a gente decente, con este tiempo, en tanto que él mismo se va.

—No tengas temores por mí, anciana. Ha llegado el momento de que descanse un poco del fuego fatuo de la vida civilizada —susurró tímidamente el visitante—. He vivido en el gran mundo durante muchos años y contemplado largo tiempo el océano de la vida. Cuando un hombre sufrió lo que sufrí yo, comienza a anhelar la vida en un mundo pequeño, tras las montañas, una vida sencilla y bienaventurada como la que puede encontrarse en este desván. Pero desdichadamente no todos pueden refugiarse aquí, porque el mundo no se muestra dispuesto a soltar su presa. Creí que moriría en la montaña como esos hombres, de quienes se habla en los libros, que huyeron de sus enemigos para caer en manos de enemigos peores aún, o sea que salieron de la sartén para caer en las brasas. Y me pareció que lo menos que podía esperar era una enfermedad mortal. Pero ahora que esta esbelta doncella se adelanta como una planta florida de la vida humana, ofreciéndome café, siento que todavía me resta un poco más de vida. No, anciana, un hombre no se encuentra nunca tan desamparado que la buena fortuna no le favorezca con otra sonrisa más antes de su muerte.

Se incorporó, agradecido, para dar la bienvenida al café y a la esbelta planta florida de la vida humana, pero la bota asomaba aún

por la parte delantera de la cama, tan estólida como antes. Los chicos continuaban contemplando, hechizados, la distinguida extremidad, que, junto con el bastón, sería para ellos eternamente la demostración más segura de la nobleza incuestionada. Sí, y ella azucaró la grasa que le dio con el pan de centeno, cosa que nunca había hecho antes para nadie, excepto para sí misma a hurtadillas, era el colmo de los lujos de que consiguiera jamás gozar, esa maravilla de belleza y talento. Y él nunca probó nada que fuese siquiera la mitad de delicioso, y Dios sea alabado, agregó, porque existan todavía muchachas que se ruborizan, pues ella se ruborizaba cada vez que él le daba las gracias. ¿Cómo podía, en verdad, sentirse agradecido hacia una jovencita delgada, de vestido incoloro, roto en un codo, él, que había visto hasta muy lejos en el océano de la vida humana? ¡Cuán humildes son siempre los grandes hombres! A cada una de las palabras de agradecimiento, Asta se sentía más dispuesta a hacer todo lo posible para agradar a ese hombre que había viajado sobre las montañas cubiertas de nieve, desde los bosques murmurantes de California hasta las avenidas de palmeras del Mediterráneo, doradas por el sol, para enseñarles muchas cosas buenas. Ella, que durante tanto tiempo tuvo miedo al solo pensamiento de despertar, se encontraba de pronto ansiando levantarse la primera por la mañana para hacerle tortas de sartén para el desayuno. Es cierto, él no tenía el rostro que sonríe por sí mismo sin sonreír, cosa que difícilmente podía esperarse dado que era un visitante de invierno y no de verano, pero tenía ojos sabios, serios, llenos de diversión bonachona, que miraban con gozosa comprensión y calaban muy hondo en el cuerpo y en el alma de la joven… Ojos que parecen capaces de resolver todos los problemas del cuerpo y todos los problemas del alma, ojos en los que se piensa quizá cuando se siente uno desdichado, sabiendo que ellos pueden ayudar. No, en realidad no se sentía ya tímida con él, aun cuando de tanto en tanto se ruborizaba un poco. Incluso encontró la valentía suficiente como para preguntarle por papá.

—Sí, mi querida —dijo él—, es un verdadero vikingo ese hombre. Pero que tuviese una hija tan pálida, de cabello castaño, es más de lo que jamás me habría imaginado.

—Espero que Bruni haya podido darle algún trabajo —dijo la

anciana.

—No, lejos de ello —fue la respuesta del visitante—, esos días han terminado. Los días de la autocracia y el monopolio han terminado en esta región. Por fin somos lo suficientemente maduros como para gozar de los beneficios que la democracia trae consigo.

—¡Caramba! —exclamó la anciana.

—Ahora es Ingólfur Arnarson Jónsson el importante, anciana —dijo el visitante—. Los que medran a expensas de viudas y los huérfanos han recibido su merecido. Porque he aquí que una época mejor ha llegado nuestras penas a mitigar, y audazmente acomete los antiguos males. Clama justicia por los pobres y los oprimidos de otrora y se siente a sí misma libre de trabas, grande y fuerte, como dice nuestra Oda al Muevo Siglo. El poderío ha pasado a las manos de los que hacen el comercio sobre una base sana. Túliníusjensen partió en el último barco que zarpaba antes de Navidad. Hemos combatido por los ideales comerciales de Ingólfur Arnarson y hemos vencido. Este joven aristócrata que regresó a Islandia inspirado por los ideales mercantiles de los economistas humanitarios del mundo, y que se dedicó a quebrar las cadenas de deuda forjada por las fuerzas comerciales, ofreciendo crédito incluso a aquellos a quienes durante muchos años se les negó unos gramos de harina de centeno por su propia cuenta… le hemos colocado en una posición inexpugnable. Conozco a un padre pauperizado que no podía darse ningún lujo porque todas sus inclinaciones le llevaban hacia la literatura y los conocimientos extranjeros. Ingólfur le envió medio barrililllo de carnero salado, en otoño, así como un gran cajón de mercancías coloniales. ¿Qué les parece eso? Más aún: le dio un empleo, durante una quincena, en el matadero, en tanto que muchos héroes locales se encontraban sin trabajo, sin otra cosa que hacer aparte de holgazanear en las esquinas y tocar la armónica, y todo porque creían en la autocracia y la opresión y pensaban que su salvación residía en las sanguijuelas que les habían chupado la sangre. Sí, anciana, Ingólfur Arnarson es un gran hombre, un genio que podría hacer girar a todo el mundo en su dedo, un filántropo que arriesgó su puesto, que está en estrecho contacto con el gobierno, que puso en peligro su vida y su reputación para buscar el bien de los despreciados y los olvidados. Porque los periódicos no se

fijan mucho en lo que dicen acerca de los que toman la parte de los oprimidos. Pero, a pesar de todo ello, hemos conseguido instalarle en la morada de Bruni. Y la última vez que lo vi, Guðbjartur Jónsson de la Casa Estival estaba poniendo los muebles de Ingólfur Arnarson en la Casa de la Torre. Tengo entendido que, cuando terminase la tarea, se le daría un empleo de algo así como almacenero de la Sociedad Cooperativa.

—Sí, ya lo sé —dijo la anciana—. Uno entra cuando el otro sale, como viene sucediendo tiempo ha. Muchos hablan mal de los comerciantes, y es cierto que las riquezas ansiadas son difíciles de guardar. Se cree que lo nuevo es siempre lo mejor, y lo último es siempre lo peor. He sobrevivido a muchos comerciantes, benditos sean.

El maestro, dándose cuenta de que tendría poco sentido entrar en mayores detalles en beneficio de una mujer tan vieja, clausuró su parte de la conversación con la observación de que, por tardío que fuese, el sol de la justicia surgiría al final. Ahora vendrán mejores tiempos para todos nosotros.

Sí, vendrán mejores tiempos para todos nosotros. Ese estribillo suyo, ese nuevo motivo, se elevó cantarino, con súbita alegría, entre la sombría música invernal, para calentar los helados corazones del invierno, aplastados bajo las leyes de un calendario inflexible, y he aquí que no había ya demanda de festividades y que el tabaco había dejado de ser el único remedio concebible para un Hacedor a quien nadie entendía. Pronto el hombre comenzó a deshacer su equipaje. Permitió que los chicos le contemplasen a cierta distancia, en semicírculo.

De la boca de un saco extrajo en primer lugar sus pertenencias, su propio equipaje, las posesiones que enlazan a un hombre a la vida con las ataduras más fuertes, o que, por lo menos, le tornan la vida más tolerable. ¿Y qué eran esas posesiones? Una camisa remendada y un calcetín solitario, muy remendado también. Acarició esos tesoros con misteriosa gravedad, como si poseyesen alguna virtud cabalística. Después los puso bajo su futura almohada sin decir una sola palabra. Los niños contemplaron la desaparición de ambas prendas bajo la almohada como prueba de cómo los grandes hombres se revelan en las cosas pequeñas. En seguida sacó

los artículos que estaban más directamente relacionados con los chiquillos… el aparato educacional que les traía en virtud de sus funciones. Y acarició con afecto los paquetes rectangulares y dijo:

—Pues bien, chicos, henos aquí. En estos paquetes está la sabiduría del mundo.

Y tal, por cierto, parecía ser la verdad. De los paquetes emergieron libros nuevos, fragantes, cada uno de ellos envuelto en papel brillante, colorido, y atados con un cordel blanco. Libros de todos los colores del arco iris, con grabados por dentro y por fuera, llenos de las letras más increíbles, uno sobre especies animales desconocidas, otro acerca de reyes muertos y pueblos sin ninguna relación entre sí, un tercero de países extranjeros, un cuarto de la magia especial de los números, un quinto del cristianismo largamente deseado en Islandia… todo, todo lo que el alma anhela, regimiento tras regimiento de maravillosas noticias para elevar el alma a planos superiores y proscribir la múltiple tristeza de la desolación de las vidas de los hombres. Sí, nos esperaban tiempos mejores.

Se les permitió tocar un poco cada uno de los libros, pero esta noche solamente con la punta de los dedos; la literatura no tolera las manos sucias. Primeramente tendremos que forrar con papel todos los libros, las cubiertas no deben ensuciarse ni los lomos romperse; los libros son la posesión más preciosa de la nación, los libros han conservado la vida de la nación a través del Monopolio, las pestes y la Gran Erupción. Para no hablar de las toneladas de nieve que cayeron sobre las casas diseminadas por todo el país, durante la mayor parte de cada uno de sus mil años. Y eso es lo que vuestro padre sabe tan bien, por dura que sea su cáscara. Y por eso os ha enviado un hombre especial, portador de estos libros, y ahora tendremos que aprender a manejarlos con cuidado. Y los niños pensaron en su padre con una gratitud que casi les hizo tragar saliva. Su padre, que les había dejado pero no olvidado. De modo que, en fin de cuentas, tenían un padre así, y Asta Sóllilja no pudo contenerse y dijo a los niños:

—Ahí tienen, ahora ya pueden ver que nadie tiene un padre como nosotros, que nos envía un hombre especial para que nos enseñe todo lo que hay que aprender.

—Y los libros, entonces, ¿hablan de los países? —preguntó el pequeño Nonni.

—Sí, hijo mío, de países nuevos y antiguos. De nuevas tierras que surgen del océano como jóvenes doncellas y bañan sus preciosas conchas y sus corales de mil colores en la primera luz del estío; y de tierras antiguas, con bosques fragantes y hojas que susurran pacíficamente. De castillos de mil años de antigüedad, que se yerguen sobre las Montañas Azules, a la luz de la luna romana; y de ciudades blancas como el sol, que abren sus brazos a verdes océanos tersos que lamen las costas en una perpetua y bailarina luz de sol. Sí, como dice vuestra hermana, no todos tienen la buena suerte de aprender a conocer los grandes países del mundo de boca de quien los ha visitado todos.

Durante un rato continuaron jugando con los libros, pero no debían mirar las ilustraciones de una sola vez; sólo una de cada libro, por esta noche… El grabado de Roma, por ejemplo, que es casi tan grande como la montaña que domina la granja; y la jirafa, de cuello tan largo que, si se detuviese ahí, en la puerta, la cabeza le sobresaldría por la chimenea, porque es de esperar que al menos haya una chimenea en la casa. ¿Y qué les parece? La noche casi había terminado. Jamás, en la mente del hombre, pasó una noche con tanta velocidad. Los libros fueron cuidadosamente envueltos en sus papeles. No, basta por hoy… cuando ellos pensaban en hacerle cien preguntas. Estaba cansado y quería dormir, y ellos no se atrevieron a mostrarse pródigos en el derroche de su sabiduría.

Los chicos se quedaron reverentemente junto a él mientras se desnudaba, estudiando su forma de desvestirse. Pero Asta Sóllilja se volvió de espaldas y se dirigió hacia su abuela. Él puso el bastón junto a sí, en la cama, y lo cubrió con las ropas; quizás el bastón tenía un alma. Finalmente comenzó a desatarse la bota del pie derecho. Cada movimiento parecía costarle considerables esfuerzos. A veces le recordaba a uno el alcalde. A veces, pero con menos frecuencia, al librero. Oh, qué tontería, a menudo tosía con fuerza en el pañuelo; todo atestiguaba el hecho de que era una persona sumamente especial. ¿Y qué apareció, al cabo, de esa inanimada bota derecha? Un pie. Pero no era un pie corriente, una obra de la creación como los nuestros, de piel blanca o al menos levemente

atezada, cubierta de pelitos. Era un pie especial, castaño oscuro, producto prolijamente terminado de un taller, sin carne ni sangre; carpintería. Y entonces fue el pequeño Nonni quien no pudo seguir conteniendo sus sentimientos y exclamó:

—¡Oh! ¡Sola, ven a ver el pie del señor!

Pero Asta Sóllilja, es claro, no quería ver el pie de un hombre. Una idea así ofendía su sentido de la modestia, como era natural.

—Tendrías que avergonzarte de la forma en que te portas —replicó, sin moverse. Pero la mañana siguiente, en los establos, no pudo dejar de preguntar a los hermanos qué clase de pie era y si había algo extraño en ese pie. Lo discutieron desde todos los ángulos posibles, una y otra vez, cuando terminaron de dar de comer a las ovejas. Y luego analizaron al hombre: qué persona maravillosa era, y qué deleite sería que él les enseñase, y cuánto sabrían en primavera, cuando hubiese terminado de enseñarles. Cuando estaban solos, el hombre era tema de debates interminables. Todo lo que le concernía era individual y se encontraba velado por el misterio. Todo, desde su voz susurrante hasta su pie de carpintería, sin exceptuar el bastón, que tenía permiso para dormir con él, como si poseyese un alma. Por cierto que los chiquillos de Casa Estival eran afortunados por estar al lado de un hombre semejante. Y luego, en cierto modo, se les ocurrió la idea de que fue él quien le arrebató la casa a Bruni y se la entregó a Ingólfur Arnarson Jónsson, para que la gente pobre pudiese recibir unos granos de harina de centeno por su propia cuenta. Y, ¿no es extraño que los hombres de aspecto atrayente, digno, que vienen de grandes ciudades indefinidas, lleven todos camisas color castaño claro?

Ahora él está acostado en el cuartito de ellos, él, que había visto nuevos y viejos países bañándose en las primeras luces del sol de la mañana, sí, y tantas y tantas otras cosas. Si uno pudiera siquiera recordar todo lo que había dicho y repetirlo después… Nadie tenía una lengua de oro. Sí, y está acostado allí, con esa expresión de seriedad sabia en los ojos, y se ha cubierto con las mantas hasta el cuello y descansa junto a ellos, bajo el mismo techo, después de un viaje azaroso cruzando el brezal, todo por ellos, él, que creció en murmurantes bosquecillos. Oh, si pudiésemos pagarle de algún modo y demostrarle cuánto le apreciamos. Esa noche, cuando se

acostaron, sintieron que les sería muy fácil vivir hasta los cien años de edad, sin tabaco, como la abuela, y sin cansarse jamás de desvestir el mismo cuerpo noche tras noche y volver a vestirlo a la mañana siguiente. Y en verdad que es buena suerte la de poder ansiar la llegada de la mañana siguiente con gozosa expectativa.

—Sí —susurró él—, éste es el reino de los corazones inocentes. Es extraño que todavía me esperase esto, especialmente después de haber visto el chillón espectáculo del mundo en los grandes lugares, como lo he visto yo. —Luego suspiró y agregó—: Sí, sí, mi pie ha viajado por tierras remotas y trepado por empinadas laderas de disensión, en un mundo densamente poblado de egoísmo, donde las alas palpitantes del espíritu humano encuentran poco descanso, donde el frío glaciar de la soledad se cierne sobre los terrenos musgosos de la vida cotidiana, sin inocencia ni descanso. Sin amor. Asta Sóllilja, querida, me pregunto si serías tan dulce como para dejarme una gota de café cerca, por si el corazón me molesta esta noche. Pero siento que el corazón no me molestará esta noche.

Y ahora los niños se habían acostado y la lámpara de la pared estaba apagada. La única luz era el resplandor de la pequeña mecha que ardía en el estante de la abuela. Sí, y entonces la muchacha recordó que no se había lavado desde la partida de su padre, de modo que se lavó un poco y se peinó un poco el cabello, a hurtadillas, antes de quitarse la ropa. Luego volvió a cruzar el cuarto para acostarse; ahora era la compañera de cama del pequeño Gvendur. Y el vestido le chilló quejumbrosamente cuando lo convenció para que pasara sobre la cabeza. Ahora ya no era, en verdad, más que un harapo, y le iba demasiado estrecho. No se atrevió a quitarse la bata, por miedo de que el maestro la viese, y se deslizó sigilosamente junto a su hermano. En el mismo momento su abuela apagó la mecha.

—Buenas noches —musitó el maestro en la oscuridad, pero Asta Sóllilja no sabía cómo había que responder a esa cortesía y el corazón comenzó a martillearle. Pero, luego de pensar un poco, respondió:

—Sí.

Los chicos permanecieron despiertos hasta mucho después de que el huésped comenzó a roncar, con la fragancia de los libros

todavía metida en la nariz, saboreando la gloria de esa nueva era que, lo sabían, aparecía en sus vidas. Pero gradualmente sus percepciones se disolvieron en una alborozada confusión y se deslizaron imperceptiblemente en un mundo elástico que es muy posible que sea el más auténtico de los mundos, aunque nada parece siquiera la mitad de irracional, especialmente cuando el cuello de los animales asoma por la parte superior de las chimeneas y la montaña se convierte en una hermosa iglesia cristiana de escalera oscura, crujiente, que conduce hasta la torre. Al principio se mostró terriblemente cautelosa y tuvo mucho miedo, pero, puesto que había comenzado a subir, tenía que seguir y seguir, cada vez más alto. La escalera crujía y crujía. Tenía tanto miedo porque sabía que su padre estaba en alguna parte, detrás de ella. Se apresuró cada vez más. Debía llegar la primera arriba. Finalmente se encontró sin aliento y espantosamente asustada, pero era hermosísimo correr por escaleras oscuras, sola, trepando hacia la torre, todo, todo, todo el camino hasta la torre, no, nadie lo sabría jamás. Luego la escalera comenzó a estrecharse y ella se golpeó contra las paredes y la escalera crujía más y más y su temor se tornó más intenso que su alegría, oh, por qué había entrado en esa iglesia cristiana, en lugar de quedarse tranquilamente afuera, donde no había nada que temer, y ahora su padre la atraparía y le abofetearía el rostro si la atrapaba. Finalmente vio un hilo de luz sobre su cabeza, una puerta entreabierta, la torre del reloj y un rostro que esperaba que ella llegara. ¿Qué rostro? ¿El rostro de la alegría? No, no, no, una cara completamente distinta… el feo, viejo y malvado librero que tenía todos los feos, viejos y malvados libros ilegales. Y era él quien se acercaba cojeando, apoyado en su bastón, con una camisa parda; ¿de dónde había sacado ese feísimo hombre su camisa parda? De modo que era él quien había estado aguardándola con el libro en la mano.

—Aquí puedo mostrarle un libro prácticamente nuevo y completamente de moda en estos días. Échele una ojeada, señorita, ¿no le parece que nos gustaría leerlo?

Se sobresaltó, bañada en sudor, con las manos húmedas, temblando en las garras de ese estremecimiento indominable que es el rasgo característico de las pesadillas y que, después de arruinar el

sueño de toda una noche, puede saturar todos los instantes del día siguiente con una actitud de aprensiva cautela hacia la vida. Oyó la parte final de su propio chillido aterrorizado, resonando mientras abría los ojos. Se sentó en la cama de un brinco y boqueó para respirar. Oyó que el corazón le latía como un martinete cayendo sobre hierro al rojo. Se pasó la mano mojada por la frente. No, no, no. No había peligro alguno; no había sido más que una pesadilla. A dos metros de distancia apenas estaba el hombre que había venido a traerles tiempos mejores y a elevar sus vidas a un plano superior. Y ella le haría tortas de sartén por la mañana para que se sintiese mejor. Gradualmente se le evaporó el terror mientras le escuchaba dormir y le enviaba sus buenos deseos. Sí, nos esperan mejores tiempos. Y se acostó otra vez.

50. Poesía

Y la luz de la instrucción comienza a brillar.

Las características distintivas de la civilización mundial no son simple y sencillamente la jirafa y la ciudad de Roma, como quizá los niños fueron inducidos a creer la primera noche, sino también el elefante y el reino de Dinamarca, además de muchas otras cosas. Sí, todos los días traían sus nuevos animales y sus nuevos países, sus nuevos reyes y sus nuevos dioses, su cuota de esas duras figuritas que parecen carecer de significado pero que, sin embargo, están dotadas de una vida y un valor propios y pueden ser sumadas o restadas entre sí a voluntad. Y finalmente la poesía, que es más grande que cualquier país. La poesía, con sus brillantes palacios. Por sobre todo ello vuela el alma, solazándose con la luz celestial, como un águila en el vestíbulo de los vientos.

En el corral de las ovejas, por la mañana, los niños trataban a menudo de encontrar alguna solución al enigma de por qué, después de toda la irreflexión que parecía gobernar el mundo, debían aparecer hombres que no sólo conocían el contenido de los libros sino que, además, habían visto con sus propios ojos el mundo descrito en letras de molde y que, por añadidura, habían viajado con sus propios pies. No sólo había visto aquel hombre ciudades y parques zoológicos; también había vagado por los bosques donde se encuentra la felicidad, o al menos la tranquilidad, y conocía las palabras que encajan como llaves en los comportamientos cerrados del alma y los abren.

En tanto que el pequeño Gvendur se conformaba con meditar acerca de los animales que ocupan en la escala del honor un lugar más elevado que las ovejas, o con un intento de multiplicar a los corderos por las ovejas madres y restar las tablas del techo por las del piso, el pequeño Nonni pensaba interminablemente en sus

países, sintiendo que al fin había conseguido pruebas válidas de su existencia y que, por lo tanto, podía rechazar la teoría de que no eran otra cosa que charla ociosa de gente bien intencionada que quería consolar a los chiquillos. Y Asta Sóllilja, ella era quien volaba en alas de la poesía, rumbo a las esferas que había presentido como en un murmullo distante, una noche de primavera, el año pasado, cuando leía acerca de la chiquilla que viajó por las siete montañas. Y el murmullo distante creció de pronto hasta convertirse en sus oídos en una canción. Y su alma encontró allí, por primera vez, su origen y su ascendiente: la dicha, el destino, la congoja, todo lo entendió. Y muchas otras cosas más. Cuando un hombre mira una planta en flor que crece, esbelta e indefensa, en la espesura, entre cien mil peñascos, cuando ha encontrado esa planta por pura casualidad, entonces pregunta: ¿Por qué la vida siempre trata de estallar? ¿Será preciso arrancar esa planta y usarla para limpiar la pipa? No, porque la planta también cavila acerca de la limitación y la falta de la limitación de toda la vida y vive enamorada de lo bueno, más allá de esas cien mil piedras, como tú y yo. Riégala con cuidado, pero no la arranques. Quizá sea la pequeña Asta Sóllilja.

Ella había recibido anteriormente alguna instrucción en punto al estudio del complejo idioma de los poetas de baladas, y ese estudio preliminar le fue de suma utilidad. Pero existía la siguiente diferencia: las baladas sugerían tierras estériles, pobres de vegetación pero ricas en peñascos, en tanto que la nueva poesía estaba llena de las jocundas flores del espíritu y de una melancólica fragancia. El maestro leía la poesía en una forma completamente distinta a la empleada por su padre. En lugar de poner el principal énfasis en la rima, y especialmente en la rima interna, ese hombre susurraba sus poemas con una elocuencia melosa, fascinante, porque entendía los secretos de los poetas mismos, a tal punto que todos los objetos inanimados del cuarto adquirían un secreto. Y si se pasaba la mano por las frías tablas de la cama, la madera parecía tierna y tibia, como si un corazón vivo latiese en su interior. Conocía las palabras que ella había tratado de leer en las nubes cuando se enamoró por primera vez, pero entonces era una niñita, como advirtió ahora, y era natural que no entendiese a las nubes,

porque buscó en ellas algo que no existía… El, aquel hombre que había venido a cazar en sus tierras, en ese entonces, no conocía poemas, no habría entendido la poesía, lo más precioso de la vida del hombre. El pensamiento de que aunque Auður Jónsdóttir se casase con él no escucharía jamás un poema de sus labios, la llenó de orgullosa alegría. Es verdad, él le había sonreído, y le había sonreído sin sonreír, pero sus ojos carecían del chispeante brillo del color, su voz no tenía las tretas confidenciales del que conoce los poemas y sabe susurrarlos de tal modo que un estremecimiento lacrimoso traspase el cuerpo de la que escucha y que los objetos muertos adquieran alma.

Uno habría pensado que una jovencita que vivía en una casa aislada se habría conmovido intensamente al escuchar un poema que habla de la virtud, o por lo menos del sacrificio… de grandes almas que vivieron en la abnegación o emprendieron una tarea increíblemente heroica en bien de un objetivo digno, la patria, por ejemplo, como se sintió capaz de emprenderla ella misma, esa noche de la primavera pasada, en el empedrado. Pero no era así, ni mucho menos. Los poemas que más le conmovían el corazón, inundándola de una emoción exaltada, a tal punto que sentía que podía abrazarlo todo, eran los que hablaban de la pena que despierta en el corazón cuyos sueños no se han cumplido, y de la belleza de esa pena. El barco que en otoño está varado, abandonado, en la playa, sin timón, desarbolado, no usado ya; el pájaro que se acurruca en su refugio, implume y desolado, corrido por la tormenta; el arpa que pende de la pared temblorosa, lamentando silenciosamente la caída de su dueño… todo eso era su poesía, todo eso lo entendía. Y a pesar de que la canción de Kolma en el brezal no tenía rima alguna, se la supo de memoria apenas la escuchó. En tanto que uno habría creído que su poesía favorita debía tratar del amor encontrándose con el amor en el brezal, no bien se acostaba, por la noche, cuando ya cantaban en su corazón los versos que hablaban de cuando el brezal y el amor se encuentran por la noche, y muy pronto le corrían las lágrimas por las mejillas y sentía que no lloraba solamente por Kolma, sino, también, junto con todo el mundo, en un éxtasis de amor:

¡Asómate, oh, luna,
detrás de tus nubes!
¡Brillad en el cielo,
estrellas nocturnas!
Oh, luces guiadoras:
Llevadme a mi amor
Hacia donde solo, dormido, reposa.
¡Despacio, despacio,
vientos rugidores!
¡Despacio, veloces
aguas torrenciales!
Que se oiga mi canto
junto a la colina gris de las tormentas.
Que pueda mi amado escucharme.

Y hundía el rostro en la almohada para ahogar el sonido de sus sollozos, porque nadie debía descubrir que estaba llorando por Osián, nadie debía pensar jamás en lloriquear tanto como nuestra Asta Sóllilja. Pero ¿por qué lloraba por esa poesía? Porque entendía al amor y al brezal, como Osián, porque el que entiende al brezal entiende al amor, y el que entiende al amor entiende al brezal.

Y el cazador del Misisipi. Hubo una vez un hombre. Era cazador y seguramente habría viajado por todo el mundo. En el poema dice que nació en la hermosa campiña de Francia… «Allí vivían mis nobles padres». Todo lo que es bueno y todo lo que es encantador competían en su esfuerzo por complacerle. En su niñez recogía flores en los prados del Sena. París con su fascinante estrépito… Allí estuvo su cuna. Vivió entre amantes hermanos, y tuvo compañeros de juegos, y las niñas que jugaban con él eran hermosas, mil veces más hermosas que Asta Sóllilja: a una ojinegra doncella recuerdo, y la amorosa sonrisa en labios tan cálidos.

Y sin embargo no encontró la dicha con la que soñaba, ni la paz que tanto deseaba, y ella le entendió y le amó precisamente por eso, porque no había encontrado la dicha ni la tranquilidad. Y muy, muy para sus adentros le amó porque había huido. Y ahora está sentado en las orillas boscosas por las cuales fluía el Misisipi.

En la sombra del bosque, donde camina el lobo, y la medrosa

liebre del cazador escapa, donde con sigilosos designios asesinos la temida pantera salta de rama en rama.

Asta siempre había entendido la poesía y otras cosas en forma personal. Por ejemplo, una noche se acostó. Y fingía estar dormida, como siempre hacía en cuanto se acostaba, pero no estaba dormida. Esperaba que la abuela apagase la mecha. Los momentos pasan. Y luego, con el rabillo del ojo ve a un hombre sentado en la cama, con la barbilla apoyada en la mano. Ella contempla el pómulo de afilados perfiles, las peludas cejas sobre la oscura mirada penetrante que contenía, en otros momentos, todo el hechicero juego de luces y color de la poesía. Y ve también su garganta, desnuda hasta la tirilla de la camisa abierta, y que él sigue mirando y pensando, como en el poema:

Por lomas, valles, por helados mares, me alejé del paisaje de la infancia. La paz huía de mí. La hallé dormida en estas arboledas desoladas.

… porque sobre su cabeza las tablas podridas del techo de tingladillo se han convertido en un bosque susurrante, recorrido por gamos y panteras, y la tormenta de Góa que apila la nieve en montículos más y más altos es el rugido del Misisipi salido de madre, y él, que ha huido de las encantadoras ciudades del mundo, está sentado allí, recorriendo con la mirada su vida anterior.

La juventud ardiente es una flor marchita. La vida crece seca, cual hojas en la nieve. El pelo de la marta cuajado está de hielo Y perdida la fama ganada duramente.

No, la joven no amaba a los héroes ni los sacrificios, ni siquiera las virtudes, más que a otra cosa. Amaba la poesía que le hablaba de sueños que, o bien se cumplían en vano, o bien no se cumplían nunca. De dicha que llegaba como una visitante o no llegaba; de cómo llegaba y se iba, o bien no llegaba jamás. Vio a ese hombre y le entendió, no en forma objetiva, sino a su modo: con los ligeros colores de la poesía, con bosques como fondo y, penetrándolo todo, el rugido del más hondo y más potente río del mundo.

51. Dios

Y ahora hablemos de Dios.

Durante dos o más años ella y los demás habían ansiado conocer a Dios, saber quién es y qué piensa. Y si gobierna el mundo de verdad.

Y ahora tenían a su disposición en la casa dos libros, la historia sagrada y el catecismo, que trataban de Dios, así como un maestro, de quien se esperaba que conociera por lo menos las principales características de ese ser peculiar que vive exaltado, muy por encima de todos los otros seres. El relato de cómo creó el mundo les despertó inmediatamente el interés, aunque no recibieron respuesta alguna a la pregunta de por qué tuvo que crearlo. Pero les resultó difícil entender lo del pecado o la forma de su aparición en el mundo, porque era un completo misterio el motivo que tuvo la mujer para sentir un deseo tan apasionado de comer la manzana, visto que no conocían las propiedades seductoras de las manzanas y creían que era una especie de patata. Pero menos inteligible aún era la inundación producida por cuarenta días y cuarenta noches de lluvia. Porque aquí, en los páramos, había años en que llovía doscientos días y doscientas noches, casi sin interrupción; y sin embargo nunca había inundaciones. Cuando comenzaron a interrogar más insistentemente al maestro acerca de ese enigma, el hombre replicó, tal vez no sin una pizca de irritación:

—Bueno, sea como fuere, yo no lo garantizo.

En la Biblia decía que Dios vino una vez, escoltado por dos ángeles, a visitar a un hombre famoso, pero la narración era, en otros sentidos, bastante vaga. ¿Qué aspecto tenía Dios?

—Oh, supongo que tendría barba —replicó el maestro sin convicción. Hacía un cierto tiempo que yacía inmóvil en la cama, con la cabeza apoyada en las manos, contemplando el techo con

evidente preocupación. Luego al pequeño Nonni se le ocurrió preguntar si Dios llevaba puesta ropa… ¿o estaba desnudo?

—¡Tendrías que tener vergüenza! —exclamó Asta Sóllilja. Más tarde El nos envió a Su único Hijo engendrado, ese buen hombre que contaba cuentos y hacía milagros. Pero, de un modo u otro, los niños lo relacionaron con Olafur de Ystadalur, cuyo interés por lo incomprensible jamás le conquistó mucho respeto, y tanto las parábolas como los milagros les dejaron tan completamente indiferentes como si se hubiese tratado de noticias de un país remoto, del que jamás hubieran oído hablar. Ni siquiera el pequeño Nonni, cuyo amor por los países es innegable, quería ir allí. Y puesto que el maestro trataba de cambiar de tema cada vez que comenzaban a discutir, los niños concibieron involuntariamente la idea de que se trataba de algo más bien incorrecto. La crucifixión actuó sobre ellos como algo innaturalmente horrible; la asociaban involuntariamente con lo sucedido en la última Navidad, algo que no debía ser mencionado, algo que hace que uno se despierte por la noche, sudoroso, siempre que uno está acostado en una posición incómoda o las ropas hacen algún bulto debajo. Y uno mira la ventana, con la esperanza de que pronto haya allí alguna luz. Asta Sóllilja cerró el libro con un estremecimiento. Sintió que todo era espantoso y abrigó la esperanza de que su hermano Nonni no lo leyese hasta que fuera más grande; era tan sensible… Dejó el libro en el estante. No aprendieron lo concerniente a la Resurrección o la Ascensión de Jesús. Dios nunca estaba más lejos de ellos que cuando leían ese libro. Asta Sóllilja se sintió profundamente desilusionada con Dios. Pero Él no desapareció por completo de su vista hasta que comenzó a leer el Catecismo. Asta se entristeció mucho y pensó en toda aquella cuestión. Una y otra vez trató de despertar a Dios de su muerte y de balbucear alguna pregunta torpe dirigida al maestro. Pero siempre terminaba en otra derrota de dios.

—¿Ha tratado usted alguna vez de rezar a Dios? —preguntó ella cierto día.

Durante un buen rato él se mostró poco dispuesto a responder, pero a la postre se supo que había orado a Dios. ¿Para qué? Sin levantar la mirada, y evidentemente muy contra su voluntad, le dijo, en secreto, que había rezado a Dios para que se le concediese

la conservación del pie. Se encontraba en un hospital. Y entonces le fue cortado el pie.

Asta Sóllilja:

—Yo creo que una persona queda muy bonita con un pie como el suyo.

Y Dios fue dejado de lado por ese día. La segunda vez:

—Dice que Dios es infinitamente bueno. ¿Es también infinitamente bueno cuando alguien está en dificultades?

El maestro:

—Por supuesto.

Asta Sóllilja:

—Entonces puede ser también infinitamente dichoso.

Él:

—Lo sé, mi querida… —Y de pronto, perdida la paciencia:— No hay una sola palabra de verdad en todo esto. Son todas paparruchas. Está destinado a personas blanduchas, neuróticas.

Asta Sóllilja:

—Mi padre es duro.

—Sí —dijo el maestro—. Es un hueso duro de roer.

Y una vez más Dios se evaporó de la conversación. Tercer día:

—Esta mañana me desperté temprano y, cuando abrí los ojos, comencé a pensar en Dios y de pronto me di cuenta de que Él debía de existir. Porque, ¿cómo podría existir nada si no existía Dios?

Después de pensarlo largamente, el maestro susurró:

—Sí, es probable que exista algo. Pero no sabemos qué es ese algo.

Punto y aparte.

Cuarto día:

—Y entonces, ¿por qué permitió Dios que el pecado apareciese en el mundo?

Al principio el maestro pareció no haber escuchado la pregunta. Durante un rato permaneció acostado, mirando ciegamente hacia delante, como en éxtasis, cosa que ahora ocurría con más frecuencia cada día. De pronto se incorporó con una brusquedad alarmante, escudriñó atentamente a la joven, con ojos enormemente abiertos, y repitió, con tono de pregunta:

—¿El pecado? —Luego tuvo un acceso de tos, una tos profunda,

espasmódica, sin tonos. Se le enrojeció el rostro y finalmente se le tornó casi azul. Se le hincharon las venas del cuello, los ojos se llenaron de lágrimas. Y cuando terminó el último acceso, se secó los ojos y musitó, sin aliento:

—El pecado… el pecado es el don más precioso de Dios.

Asta Sóllilja continuó contemplando al maestro con el ojo de mirada recta y con el ojo bizco, pero no se atrevió a seguir interrogándole porque tenía miedo de las imprevisibles conclusiones que se extraían en teología. Y, además, el maestro estaba excepcionalmente falto de aliento ese día. Se puso de pie y tan discretamente como le fue posible dejó el Catecismo en el estante, junto a la historia sagrada.

—Sí —susurró el maestro—, es completamente inevitable… —Pero ella no se atrevió a preguntarle qué era inevitable, porque es mejor, pensó, no conocer lo inevitable antes de que ocurra, y quizás una cosa es más inevitable que otra: los dos puntos de vista que luchan por conquistar la supremacía del alma del hombre, hasta que uno u otro es vencido, como el ciervo y la pantera que rondan por el bosque en torno del cazador. Esa noche, temprano, él escribió una carta con elegante caligrafía, casi una obra maestra de caligrafía de ornato, la puso en un sobre, la dirigió al doctor Finsen y la cerró.

—Gvendur, hijo mío —dijo cuando entraron los hermanos—. Si vieras mañana a alguien que se dirija a Fjóróur, pídele que me lleve esta carta. Es para el viejo Finsen, acerca de mi tos.

Esa noche Asta le escuchó suspirar profundamente, bostezar y mascullar de tanto en tanto un «sí», o un «¡oh, caramba!», o, simplemente, un «¡oh!» prolongado. O un «¡ah!». A las veces, en medio de todo ello, susurraba con desesperación para sí.

—Es inútil. O: —De todos modos, ¿qué importa?

Y cuando ella escuchó todo eso se sintió invadida por el temor de que él estuviese cansado de la casita de techo bajo y hubiese descubierto que no era ése el reino de la felicidad, ni siquiera el reino de la inocencia, como se imaginara al principio. Tenía más miedo a ese soliloquio que a su tos, porque había sido criada entre toses: su madre adoptiva tosía, su abuela tosía noche y día. Pero lo que realmente le taladró el corazón fue que él no se sintiese ya

dichoso con ellos, que quizá quisiese abandonarles y salir nuevamente al mundo.

Y le preguntó, como le preguntaba a menudo a su madre adoptiva: —¿Querría un poco de agua?— Se había acostumbrado a ofrecer agua a la gente cuando la gente no se sentía bien; el agua fría siempre es buena.

Pero él respondió con un prolongado «no». La joven continuó mirándole a hurtadillas, tan afligida ante el pensamiento de no poder hacer algo por él que no le era posible comenzar ninguna tarea, oh, caramba, si él se fuera y les dejara… Trataba de hacer por él todo lo que podía, en los almuerzos le servía siempre el mejor trozo de carne, le daba café seis y hasta ocho veces por día, de resultas de lo cual pronto no le quedaría nada de café, y aparentemente todo ello no había servido de nada; ¿qué podía hacer?

Todos los días crecía el desaliento del hombre; recitaba cada vez menos poesías, se mostraba con menos inclinación a hablar de la civilización del mundo, encontraba más difícil librarse de sus melancólicos pensamientos. Ella anhelaba poder decirle algo consolador, porque, aunque joven, conocía por experiencia personal con qué cosas se veía a veces obligada a luchar el alma y sabía cómo una palabra bondadosa puede dispersar las nubes que en ella se concentran. Pero no tenía el valor necesario para decir nada. No atinaba más que a volver la cabeza cuando los ojos se le llenaban de lágrimas.

La abuela se arrastró hasta la cama de él al día siguiente y dijo:

—Su salud no parece ser inmejorable, hombre —porque, en su larga experiencia, jamás había conocido a un hombre que estuviese acostado, con las manos bajo la cabeza, contemplando el techo todo el día, a menos que estuviese gravemente enfermo. Durante un instante él miró, presa de pánico, el rostro viejo que no albergaba esperanza alguna pero que todo lo soportaba—. Quizás el pobre hombre no tenga tabaco —dijo ella. Pero él no quería tabaco. Meneó la cabeza y la apartó con la mano.

—Siéntate nuevamente, anciana —susurró.

El primer día después de haber despachado la carta comenzó a preguntar:

—¿No se ve a nadie viniendo del pueblo? Si ves a alguien que llega del pueblo, corre a preguntarle si el viejo Finsen le ha dado algo para mi tos.

Y a medida que los días se arrastraban, preguntaba más a menudo, a veces cinco o seis veces por día, como un chiquillo. Asta Sóllilja participaba de su expectativa y salía al montículo de nieve muchas veces en el día, haciéndose sombra a los ojos con la mano y escudriñando los llanos para ver si podía distinguir a alguien que viniese del pueblo. Una y otra vez enviaba a sus hermanos al encuentro de los viajeros, pero nadie llevaba nada consigo para el maestro.

Y finalmente llegó el día que ella temía desde que se dio cuenta del desánimo del hombre. Le había llevado el café, y entonces le pidió que se sentara en la cama, junto a él. Bebió. Luego le entregó la taza vacía. Ella permanecía sentada, con la taza en el regazo, sin saber si debía irse o quedarse, porque ésa era la primera vez que él le pedía que se sentara a su lado, y no se atrevía a irse si él no se lo ordenaba; era su maestro. Luego el hombre dijo:

—Si para mañana no recibo nada de Finsen, tendré que ir yo mismo a buscarlo.

Si se hubiese tratado de cualquier otro, ella habría tenido derecho a levantar la mirada, y le habría contemplado con ojos agrandados, interrogantes, y algo se le habría derrumbado en el rostro. Pero no levantó la cabeza, no tenía derecho a hacerlo. En lugar de levantar los párpados dejó caer las pestañas y miró, en avergonzado silencio, la taza que tenía sobre las faldas. Y el hombre la contempló de arriba abajo, y vio cómo las líneas juveniles y la frescura de su cuerpo estaban escondidas bajo las ropas rasgadas y descoloridas. Y el cuerpo de la joven le hablaba con más elocuencia a los sentidos, precisamente por su disfraz de harapos, del mismo modo que la planta flexible, que Dios ha creado detrás de muchos glaciares y luego dejado olvidada, debe su encanto a cien mil piedras, a un interminable erial. Y finalmente la tocó, como un hombre está obligado a tocar a una florecilla que crece sola, detrás de muchos glaciares, en medio de cien mil piedras. Su mano pasó dulcemente sobre los hombros y la espalda de la muchacha, y finalmente la palma se detuvo en las nalgas; pero apenas por una

fracción de segundo. Y cuando retiró su mano, entonces, y no antes, levantó ella la vista. Sus ojos interrogaron tímida y desesperanzadamente, como los de un niño que ha sido abofeteado y que luego ha recibido un dulce, todo al mismo tiempo. Pero no dijo nada. Él puso su palma húmeda sobre el dorso de la mano de ella y trató de mirarla a los ojos… Era extraña la forma en que el ojo izquierdo podía mirarlo a uno sin que la pupila tocase siquiera el párpado inferior. Se la mira a los ojos hasta que no se tiene ya noción de la propia alma. Algo se movió en la garganta de Asta, como si tratase de tragar saliva. Se levantó apresuradamente, en un esfuerzo de huir a la palma que tenía posada sobre el dorso de la mano.

Como si hubiese sabido desde el principio que allí no había nada para él. Esa casa de techo bajo, entre la nieve… Oh, ¿por qué había tenido que venir, él también? ¿Por qué tuvo que quedarse allí y solicitar sus cuidados todos los días, como un niño a su madre, de modo que el último pensamiento de ella por la noche fuese el de qué podría hacer por él la mañana siguiente… por qué tuvo que quedarse y luego irse? ¿En qué pensaría ella cuando él se hubiera ido?

52. Tiempo de formular deseos

Cuando el pequeño Nonni se precipitó jubilosamente escaleras arriba, con la medicina del maestro en una botella, Asta Sóllilja no pudo casi dominar su placer, como bien podrá imaginarse. Le miró, compartiendo con él su alborozo, palmeó las manos involuntariamente. Pero sólo una vez. Porque, cuando le observó, no vio placer en su cara, sino una avidez salvaje, loca. Y arrancó la botella de las manos del chiquillo, observó atentamente el marbete y saltó de la cama con el más grande estallido de energía que se le viese hasta entonces. Luego metió la botella bajo la almohada y preguntó si la comida estaría lista pronto. Asta Sóllilja puso más leña bajo la olla.

Finalmente la joven le preguntó tímidamente si le habían enviado la medicina que necesitaba, porque sentía que de ello despendía todo el futuro. Si había recibido la medicina equivocada pues… sería lo mismo que si no la hubiese recibido. Pero él respondió que esa noche no se hablaría de libros, nos acostaremos temprano. Nos acostaremos temprano para que la medicina del maestro le haga bien, dijo Asta Sóllilja.

De modo que se acostaron más temprano que de costumbre, sólo que la anciana se quedó sentada, tejiendo, a la luz de la mecha, mascullando de tanto en tanto, hasta que le llegó el momento de acostarse a su vez. Al cabo apagó la luz y se recostó. Para entonces Asta Sóllilja estaba ya dormida, soñando. Sus sueños habían recuperado las cualidades que los convierten en amigos bienvenidos. Y ahora, una vez más, con el incomparable esplendor de la brillante pintura, vio el elegante paisaje boscoso del viejo calendario, que tanto tiempo atrás fue pisoteado por las patas de las ovejas. Innaturalmente verde, sí, era, sin embargo, el paisaje de sus mejores sueños. Y en sus narices se expandía el perfume capitoso

del tomillo silvestre, como el que a veces emanaba en verano de la montaña, especialmente los domingos por la mañana, temprano, cuando el rocío nocturno desaparecía rápidamente ante el sol que brilla en el día del descanso. Perezosamente vagó ella por ese paisaje, como un pájaro que volara, inmóviles las alas, sobre los almenados picachos de las montañas. En ese sueño no había nada que nadie pudiese temer, nadie sucumbía bajo el peso de aflicción alguna y ella se sentía feliz. Y, lo que era más, no había siquiera nadie que la persiguiese, tan saludables son los sueños que de tanto en tanto pueden ser soñados en la juventud. Luego le pareció oír, mientras se deslizaba, que la tierra comenzaba a susurrar bajo sus pies, o bajo sus alas, como si la montaña, con sus cinturones de cumbres, se preparase a musitar un irresistible poema bajo sus alas. Y despertó. No supo cuánto tiempo había estado dormida, pero el sueño había sido encantador y al principio los latidos de su corazón estaban libres de temor, aunque abrió los ojos a una oscuridad de brea. Y en realidad había un susurro en alguna parte; no fue simplemente un sueño. Sí, era poesía. Y era allí, en el cuarto. Era él. El estaba recitando poesía. ¿Por qué se encontraba despierto en mitad de la noche, recitando poesía? Asta levantó la cabeza y lanzó una tosecita interrogante, y él musitó otro verso.

—Soy yo —dijo.

—¿No puede dormirse? —preguntó ella.

Pero él repuso:

Esplendente
flor nacida del rocío,
fina, suave y delicada.
Crece salvajemente
la sed de poderío
—por el licor ahora estimulada—,
de lograr que caliente
a tu doncellez mi aliento enamorado,
ahora que Adán está otra vez presente,
a través de su espíritu animado.

—¿Qué es lo que está recitando? —preguntó la joven.

—Un viejo poema.

—¿No deberíamos levantarnos, entonces? —inquirió ella, pensando que quizás el maestro quería que comenzaran sus lecciones.

—El momento se acerca —contestó él, y continuó con el poema, susurrando, y Asta Sóllilja sintió que se lo musitaba a ella, como si se lo dirigiese a ella en especial, y era una poesía tan extraña… Nunca había escuchado nada parecido. Y él lo susurraba como si tuviese alguna relación con ella, como si le concerniese directa e íntimamente. La joven se ruborizó furiosamente en la oscuridad y no tuvo la más mínima idea de qué debía decir o hacer, sobre todo teniendo en cuenta que era pasada la medianoche. Porque la poesía estaba hecha para ser leída durante el día y para ser comprendida en silencio, durante la noche. Pero ¿cómo una jovencita habría de entender una poesía que es susurrada tan sólo en sus oídos, en mitad de la noche? ¿Podía aceptarla impersonalmente, como la poesía del día?

Casi desconocidos
me son mis clamorosos pensamientos.
Audaces, afiebrados como el toro,
crecen enloquecidos
de lujuriosos vientos
cada vez que atesoro
tu gracia en mis sentidos y que el dulzor de tu belleza imploro. Porque creo, mujer, que has conseguido mayores dones que el becerro de oro.

No, seguramente él la recitaba para sí. Seguramente se había dado cuenta de que ella era demasiado joven para entender versos tan extraños; que, aunque le daba café a menudo, y a veces tortas de sartén, lo hacía solamente porque era una jovencita; y, por lo tanto, no tenía sentido alguno dedicarle esas cosas. Y aunque en ocasiones podía sentir que ya era una mujer, nunca permitió que nadie se enterara de ello. Y, además jamás se le habría ocurrido que nadie pudiese hablar de un becerro en relación con el amor, aunque fuese un becerro de oro. No, no podía ser una poesía seria, y,

evidentemente, no se refería a ella. ¿Qué podía decir ella?

La más maravillosa
del grupo fascinante
de vírgenes afables y prudentes.
La más rara y hermosa,
la sinfonía de su voz amante,
el mirar de tus ojos de relente.

No, alabado sea el cielo porque una poesía tan extraña no podía tener relación alguna con ella. Habría sido una tontería sugerir que ella tenía los ojos de relente, y más tonto aún describirla como la más hermosa de las doncellas. Debió haber sido escrita hacía cien años por algún otro poeta, dedicada a alguna otra muchacha. Ella nunca frecuentó la compañía de otras jóvenes; se parecía a una planta solitaria que creciese en un pedregal. Pero siempre, siempre estuvo completamente segura de que las otras muchachas del mundo la superaban en todo. Y, de todos modos, todavía no era una joven; apenas era una niña… ¿o es que se supo de algún modo que había crecido, aunque tenía tanto cuidado en guardar el secreto? Cielos, ¿qué diría papá si lo supiese? Y ella que todavía no había sido confirmada… Con cada verso el corazón se le inquietaba más y más. Pronto no podría ya soportarlo.

Para cantarte
en alabanzas virginales
no puede hallar mi musa los vocablos
capaces de dar vida,
en frases de color, a los encantos
que mi ánimo marchitan.

¿Por qué ponía él en todo eso el énfasis que sólo se pone en palabras susurradas confidencialmente, para que nadie más las oiga? ¿No sabía que había un límite para lo que una chiquilla, que nadie sabía que había crecido, podía escuchar en mitad de la noche sin perder el dominio de sí misma y desmayarse y, posiblemente, morir? El, que podría haber obtenido de ella lo que quisiese, que conocía la poesía y la historia del mundo por experiencia

personal… ¿no tendría piedad de ella y de su impotencia?

Horadas implacable
el alma que me habita suspirando
por todas sus bellezas en capullo
por tus ocultos dones, los trofeos más altos.

Con los sentidos alborotados, Asta saltó de la cama, buscó a tientas los fósforos y encendió la lámpara. Y entonces vio que se había olvidado de ponerse la bata, tan aterrorizada se encontraba, tan aturdida. Se la pasó frenéticamente por la cabeza y se la alisó en las caderas. Y había luz en el cuarto… ¡Y, cielos, si él la hubiera visto…!

Finalmente se apartó el cabello de la cara con un movimiento brusco de la cabeza y le miró, presa de pánico.

Sí, se encontraba mejor. Se sentía tan bien que, lejos de estar dormido, había bajado de la cama en mitad de la noche. Ahora estaba sentado en el borde, con el rostro enrojecido y los ojos ardientes. Y las arrugas que le surcaban la cara tan profundamente en el pasado parecían haberse alisado de pronto, a tal punto que ahora era apenas un muchacho de menos de veinte años. La alegría que brillaba en su rostro era casi infantil. Estaba sentado allí, con la botella de la medicina en las rodillas, sonriendo con satisfacción a la joven y a la luz que ella había encendido. La luz también despertó a los chicos, que se sentaron para observar esa nueva felicidad.

¿Estaba él entonces… completamente bien? Sí, estaba completamente bien. Y más que bien. Dichoso. Totalmente dichoso. Y agregó:

—Y, además alegre. Absolutamente alegre. —Blandió la medicina ante la faz del mundo—. Porque esta noche no hay sufrimiento para nadie. Lo he borrado todo. En el futuro no habrá penurias ni enfermedades. Esta noche soy yo quien manda. Basta de penas para el tembloroso corazón, basta de chiquillos semidesnudos en cabañas oscuras, en un retazo de tierra donde el arroyo se hunde en la arena; no más lombrices en las pacíficas ovejas rumiadoras de los valles; no más crueles cargas sobre los lomos de las nobles

acémilas del hombre independiente. En cambio, susurrantes bosquecillos sobre los arenosos desiertos del Ecuador, sinceros deseos de cumpleaños cruzados entre cazador, ciervo y pantera en las orillas del Misisipi. Os concedo todo lo que desea el corazón; venid a mí, vosotros, los niños, y escoged vuestros países. Es el tiempo de formular los deseos para todos vosotros.

Durante un largo rato los chiquillos, todavía a medias dormidos, se sintieron incapaces de establecer distinción alguna entre esa nueva felicidad de él y la poesía que les había enseñado. Salieron de las camas y se adelantaron para participar en la redención del universo. El les reunió en su derredor y, sentándoles en la cama, les pasó los brazos sobre los hombros y les estrechó contra su pecho, acompañando el ademán de increíbles citas de los poetas.

El tiempo de formular deseos había llegado tan como un relámpago del cielo, que al principio los niños no entendieron nada. No era ésa, por cierto, la primera vez que la gente se queda enmudecida en presencia del tiempo de expresar deseos. Más aún: es sumamente raro que la gente entienda ese momento, cuando llega, aunque sea quizás el único que siempre han ansiado, e incluso, posiblemente, esperado. Hasta el pequeño Nonni, él, que siempre había creído en los deseos, él, que era hijo de los deseos, vaciló cuando llegó la hora. Y Asta Sóllilja creyó que todo era poesía, sólo que de nuevas formas. Por extraño que pueda parecer, fue el pequeño Gvendur, el materialista, el primero en orientarse, el primero en comprender el hecho de que había llegado el momento sagrado. Él era el dueño del razonamiento, que poseía en común con Hrollaugur de Keldur, que toma las cosas estrictamente en el orden en que llegan, sin investigar su origen o su naturaleza. Fue el primero en formular un deseo.

—Mi deseo —dijo— es que las ovejas de papá tengan un buen invierno. Y que gane un montón de dinero antes de Pascua. Y que compre más ovejas para el próximo otoño.

—Amigo mío —repuso el maestro, besándole—, tu deseo será satisfecho. Las ovejas madres, las pacíficas rumiadoras, las que paren mellizos, volverán al redil con los mejores borregos de la región. El ganado, en la casa, y los haberes, en Fjoróur, aumentarán en parejas proporciones. Una carretera asfaltada, tersa como un

espejo, será lanzada hacia aquí por la civilización del mundo, y a lo largo de ella correrán grandes monedas de plata, como carruajes, en interminable procesión. Y aquí, en la loma, se alzará, como un palacio de hadas, una casa de piedra, de dos pisos, iluminada con la más potente luz eléctrica que la ciencia moderna puede proporcionar.

Tal fue el primer deseo, y tal la forma en que fue aprobado y despachado. Y el pequeño Nonni se dio cuenta de que, aunque el momento podía no ser más que un sueño, sería prudente no permitir que la oportunidad se le escurriese entre lo dedos, por si no era un sueño, del mismo modo que la gente reconoce a Dios en el lecho de muerte, por si en realidad existiese un Dios. ¿Y qué le plugo elegir en ese momento en que los hados parecieron depositar todos sus dones a sus pies? En la sangre de algunas personas bulle un único deseo, y esas personas son hijas de la dicha, porque la vida tiene las dimensiones exactas para un solo deseo, no para dos. En su sufrimiento su madre había clavado en su pecho este deseo: deseó otros países.

—¿Qué países? —preguntó el maestro.

—Un país con bosques —respondió Nonni—. Un país en cierto modo parecido a aquel por el cual fluye el Misisipi, como dice el poema. Donde el ciervo y la pantera viven en los bosques. Ése es el país que yo quiero.

—Tráeme pluma, tinta y papel —dijo el maestro.

Se inclinó sobre la mesa y escribió con clara letra fluida; y luego la pluma salpicó. Y el niño le contemplaba escribir con ojos maravillados, y no estaba seguro aún de que no fuese un sueño, ni de que en realidad se encontrase despierto. No sabía si todo era diversión y poesía, o si existen momentos que deciden todos los demás momentos de la vida y les conceden un propósito.

—Ahí tienes —dijo el maestro mientras le entregaba la carta con un ademán digno. Envíala a Fjóróur lo antes posible. Es tu carta de esperanza. Y tu deseo será cumplido.

El niño contempló vacuamente la dirección. Era la de una dama de nombre extranjero, a cargo del gobernador, sin más explicaciones. Antes de acostarse depositó la misteriosa carta de esperanza en el estante, sobre la cama de la abuela. Luego se

pellizcó el lóbulo de la oreja… Seguramente era un sueño. Por la mañana no vería siquiera rastros de la carta. Y cuando despertó, a la mañana, lo primero que hizo fue buscar a tientas en el estante, y, ¿qué creéis?, ahí estaba la carta, dirigida, con grandes letras, a una dama extranjera, a cargo del gobernador. Y esperó a que pasasen personas que se dirigiesen a Fjóróur y les pidió que la entregaran. Y ahora se había cumplido el segundo deseo y era el momento de formular el tercero. El maestro dijo a los niños que ya podían acostarse. Y los chiquillos se acostaron. Y, en cuanto volvieron a cerrar los ojos, él tendió la mano hacia la lámpara, la apagó y tomó a Asta Sóllilja.

53. Lo inevitable

Fue realmente terrible.

Nunca, nunca habría nada tan terrible como aquello.

Ave, Señor Dios mío, pesan negros pecados sobre tu pobre hija vencida de vergüenza, abandonada ahora a la maldad del mundo y de las artimañas de Satán presa.

El infierno tortura con sus dolores mi alma abrumada en abismos de pesar y desdicha. No hay salvación posible para mi enorme culpa; No me queda una senda para huir de mí misma.

Asta Sóllilja está de pie junto al fogón temprano, por la mañana, escuchando ese himno que es recitado a sus espaldas. Sus manos son las manos de una moza, de tosca piel azulada, anchas palmas, huesos finos y fuertes articulaciones. Los nudillos son grandes pero los dedos largos. La coyuntura del pulgar es prominente, la muñeca huesuda y de aspecto maduro. Pone en la rejilla las negras ramas de brezo, porque ya ha quitado las cenizas. Las esbeltas y juguetonas ramas de abedul enano del brezal restallan airadamente al encenderlas, y las cubre apresuradamente con tortas de estiércol seco. Una ráfaga de viento sopla por la chimenea y el cuarto se llena de humo. Sí, ahora es ya una moza crecida; es ella quien enciende el fuego en esos días y no hay camino de retorno.

Estamos en Góa y, por las mañanas, una luz gris comienza a aparecer en las ventanas. Pero la mañana es muy fría. Es demasiado fría, especialmente después de la noche anterior. Un estremecimiento le recorre el cuerpo y una y otra vez tiene que apretar los dientes. Lleva el cabello desordenado, una de sus trenzas se ha deshecho y todavía no ha sido tocada por el peine. Su vestido, ese harapo ajustado, que ha olvidado de alisarse a los costados, le cae en arrugas abolsadas sobre las caderas, de modo que cada vez que se agacha muestra las corvas, toscamente conformadas en

comparación con las rodillas, esbeltas, poco desarrolladas, infantiles, casi groseras, con la fuerte curva de los muslos arriba y de las madura pantorrillas abajo… se ha olvidado de ponerse la bata, ¿qué podría haberle pasado a su bata?… y tampoco se ha subido las medias; las tiene caídas, en gruesos pliegues, en torno a los tobillos… pero no importa. Parece haberse tornado de pronto tan artificialmente ancha, ella, que siempre fue tan poco naturalmente delgada… Se siente más bien como un pescado que ha sido abierto en canal, sí, con un cuchillo, con un cuchillo afilado. Desde la cabeza a los pies es todo un dolor vivo, y cada movimiento le cuesta un espasmo en alguna parte. Sí, no sólo como si hubiera sido abierta en canal, sino como si, además, la hubieran despedazado y golpeado. Nada le agradaría ahora tanto como hundirse bien debajo del edredón y quedarse completamente inmóvil durante días y días, sin que nadie la moleste, durmiendo, durmiendo, incluso muriéndose… Apenas ha podido dormir un poco, un corto sopor sobresaltado, antes del alba, del cual despertó aterrorizada… no, nunca podría volver a sucederle nada tan atroz, no, ni nada que se le pareciese.

Su único cuidado era evitar mirar a la abuela, y sin embargo la ve como a través de la nuca, la ve meciéndose levemente hacia atrás y hacia delante, con el tejido en el regazo, la cabeza bamboleándose, su rostro un enigma en caracteres rúnicos, sus ojos parpadeando débilmente bajo los torpes párpados azules, pero viéndolo todo, sabiéndolo todo y simbolizando esa realidad con Dios y el Diablo que surge, cuando la noche, llegada con sueños y bosques, ha tocado a su fin. Desde el elíseo del tiempo de formular los deseos, había despertado a los antiquísimos himnos de la abuela, aun antes de que el día hubiese alboreado sobre la sangre. Y mucho antes de que el sedante fuego neutral de la vida cotidiana hubiera comenzado a arder, había resonado un himno en que el deleite atorbellinado era multiplicado por un millón. Era como si toda la vida hubiera transcurrido en una noche. Le pareció que había sido asesinada. Su cuerpo era como la carne sangrante, tajeada, de una carnicería. Nunca, nunca…

Los días están llenos de sombras y tristezas que no me traen de Ti la ayuda venturosa ni el sol que purifique mi decuple pecado, ni

tu misericordia.

Y rezo, reclamando la mano de la muerte aunque al pensar en ella el miedo me aprisiona, termina, pues, Dios mío, mis dolorosos días y llévame a la fosa.

Trata de reprimir la tos que la asalta debido al espeso humo, para no despertar a nadie. Si ninguno de ellos se despertara, si siguieran durmiendo, sin advertirla, sin hablarle jamás… Si el día no llegase nunca y el agua siguiese así por toda la eternidad, fría a medias sobre un fuego encendido a medias… Porque está segura de haber cambiado, de que todos los que la vean se asustarán y, al no reconocerla, la expulsarán. Sus hermanos no son ya sus hermanos, o, más bien, ella no es su hermana.

Sabe desde hace tiempo que es distinta a ellos, les ha envidiado desde que eran pequeños y comprendieron, desde el principio, su misteriosa superioridad. Y ahora, al cabo, todo acaba en eso: que tiene que pagar por lo que no se le ha dado. Nada semejante podría sucederles jamás a ellos. Y las dificultades que ellos experimentarían para comprender el destino de ella la separan de ellos para toda la eternidad. No, nadie en el mundo podría comprender lo que le ha sucedido. Está sola, separada de todo el mundo. Le será eternamente imposible rectificarlo, y en ese aislamiento morirá. Toda comunicación con seres afines ha quedado destruida, ahora pertenece a otra vida. Todo está igual que antes, pero ella ha cambiado. Y a nadie le ha sucedido nada, sólo a ella. En adelante el día le será ajeno, cada uno de los días, todos los días. Y más que ajenos: un problema insoluble, un laberinto, el caso. Si sólo se le permitiese quedarse así, ante esa agua fría, hasta el fin del tiempo, sin correr jamás el riesgo de despertar a la comunidad de la que ha sido separada, los lazos que ha cortado, la unidad que ha quebrado; si pudiese vivir, o mejor, no vivir, en las fronteras de la existencia y la no existencia, junto al fuego a medias encendido y sus restallantes ramas de abedul, en una gris alborada indecisa, sin buscar explicación alguna a la experiencia de la noche, como recordando vagamente a un indecible pájaro repugnante, de ávido pico, que una vez vieron aletear sobre los marjales y nunca volvieron a ver desde entonces…

Y de pronto, en el instante siguiente, comienza a exigirse a sí

misma una explicación de lo ocurrido. ¿Qué ha ocurrido? Y sobre todo: ¿qué ha hecho ella? No, ella no ha hecho nada. No hizo más que regocijarse en la alegría de él, una corriente que se transmitía a su propio cuerpo, y se recostó contra él involuntariamente porque una corriente le pasó a través del cuerpo en mitad de la noche cuando él apagó la luz. ¿Y tenía la culpa si le pasaba una corriente por el cuerpo? ¿Por qué había de pasar la corriente por el cuerpo de nadie? Y la vida, una no tenía culpa de la vida, una vivía. ¿Es que estaba prohibido, o qué? Sí, pero entonces, ¿por qué nacía una? ¿Por qué un chispazo de vida tuvo que seguir manteniéndose en ella cuando estaba acostada bajo el vientre de la perra? Una perra tibia, que ciertamente tenía piojos, y quizá lombrices… ¿por qué su padre no se llevó la perra consigo cuando se fue a registrar las montañas? No, ella no había hecho nada, nada… desde el momento en que se encontró bajo el vientre de la perra hasta esa mañana. Todo lo que le había sucedido era que una corriente desconocida le cruzó por el cuerpo… Y sin embargo… Le dejó hacer… ¿por qué se lo permitió? ¿Por qué no pensó en su padre, en lugar de dejarle? Papá… era como un amargo dolor que se le clavase directamente en el corazón. No, no, él no debía saberlo nunca; él, que le había confiado todo lo que había dentro y fuera de la casa, ¿no le había confiado, primero y principal: a sí misma? El, que durante un brusco segundo la apretó contra su pecho allí, en el camastro de la pensión… ella era la flor de su vida. Se había ido para poder construirle una casa, y bajó por la escalera, y ella juró que nunca tendría otro padre que él. Cerró la puerta tras de sí, y fue como si hubiese cerrado el corazón de la joven tras de sí cuando se fue, y ella lloró cuando él se fue, y nadie podía entrar, y nadie sabía que había llorado, y ahora él volvería para Pascua, ¿y cómo podría mirarle jamás a la cara? Y ahora un espasmo ingobernable, de llanto, le golpeó el pecho. Por más que lo intentaba no lograba dominarse. Las lágrimas le fluían por entre los dedos y se mezclaban con el agua de la marmita. Oprimió los codos contra los costados para contener los estremecimientos del pecho, pero el llanto es también un elemento independiente del corazón del hombre, otra corriente, y el llanto es también regido desde otro mundo, y el hombre se encuentra indefenso contra sus propias lágrimas y no puede irse y no puede

irse y no puede irse. Y lo mismo ocurrió la noche pasada, cuando él la abrazó y estuvieron juntos, y no hubo nada que les separase, y ella pensó que todo era la alegría misma, y se olvidó de su padre y de todo. Y, sin embargo, algo le decía que tratase de separarse, separarse… pero no podía separarse, no podía separarse, no podía separarse. Una no puede separarse; así es la vida. Y se queda llorando ante el fuego inerte que una ha encendido.

Fatigas y cansancios retardan la aurora que no me trae de ti las esperanzas. Vacía de la luz de la clemencia, opaca, gris, se arrastra la mañana.

Esa abejorreante procesión de filosofía sagrada avanzó cojeando a sus espaldas como una fila de fantasmas penitentes, en tanto que el archienemigo la atacaba por el flanco abierto, el superyó enemigo que condena la naturaleza humana por motivos cristianos. Finalmente no pudo aguantar más. Se veía impulsada a la más completa desesperación, porque, en fin de cuentas, hay un límite para la cantidad de ética cristiana que la naturaleza puede soportar. Huyó aterrada de su abuela y se detuvo ante la cama del maestro, como si los brazos de él constituyesen un refugio seguro. Con mortal temor le tocó la mejilla y luego posó la palma fría bajo el cuello abierto de la camisa. Pero, en lugar de salvarla, él lanzó un gemido lastimoso, en sueños, y se volvió de cara a la pared. Y las mantas se le deslizaron del cuerpo, y estaba desnudo, y la bata de Asta estaba junto a él, arrugada, y ella la cogió y le cubrió a él con el edredón, todo en una sola convulsión de pánico. Nunca había visto a un hombre desnudo, y afortunadamente no lo vio ahora, porque la luz era todavía demasiado gris en la ventana. ¿Y qué había hecho? ¿Quién era aquel hombre?

Había amanecido casi por completo cuando regresó del corral de las ovejas con sus hermanos. ¿Quién era aquel hombre? Le hizo bien salir al fresco aire invernal. El trajín con las ovejas y el heno le proporcionó un alivio momentáneo, pero no se atrevió a mirar a sus hermanos, y mantuvo el rostro vuelto por si no la reconocían. El estaba todavía acostado, de cara a la pared. Ella escuchó pero no pudo oírle respirar. Se sintió llena de inmediatos presentimientos, porque pensó que quizás estuviese muerto. «¿No quieres beber algo?» susurró varias veces, «el café está caliente», pero él no estaba

muerto, despertó y abrió los ojos y, aunque no contestó más que con acres gruñidos, la joven se sintió alborozada porque había despertado. Pensó que pronto se sentiría mejor. Le trajo el café y le ayudó a incorporarse.

El maestro tenía el rostro grisáceo y enfermizo, barbudo, cubierto de largos pelos, con el cabello en desorden; no la miró. Ella se sentó en la cama, sin haber sido invitada, y le pasó por el cabello su trocito de peine… «Aquí tienes el café», musitó, como en secreto. Luego continuó peinándole. Sí, peinándole. Era absolutamente incomprensible, y sin embargo lo hacía con naturalidad y sin pensar. Incluso se acercó un poco más y le sostuvo mientras le acomodaba las almohadas en la espalda. Todo en forma corriente, completamente desaparecida la timidez. Le preguntó si sentía algún dolor, y dónde lo sentía… ¿Le agradaría algo en especial? ¿Qué le importaba lo que le sucediera a ella, mientras nada le ocurriese a él?

—Estoy como si estuviese muerto —susurró él desde su café. Después, más tarde—: Déjame estar. No me lo merezco.

No le dio las gracias por haberle peinado, no le dio las gracias por retirar la taza vacía. Volvió a acostarse, suspirando amargamente, y ella le arropó con grandes cuidados, la garganta seca, el corazón golpeándole como si no fuese a detenerse jamás. Y él no la miró, no le dirigió una palabra agradable, un susurro. Pero, cuando estuvo así acostado durante un rato, en tanto que ella permanecía sentada a su lado, contemplándole cariñosa y fielmente, vio que se le movían los labios y le escuchó musitar:

—Dios Todopoderoso me ampare. Dios Todopoderoso me perdone.

Incapaz de apartarse de las torturas de él, Asta se quedó sentada al borde de la cama, escuchando sus suspiros y lamentaciones. La medicina se había acabado, la botella estaba vacía, cuando todo se había agotado sólo quedaba Dios…

Haz que mis penas en calma se muden con la fuerte ayuda de Tu mano, que del corazón las chispas saluden las bendiciones de San Pedro, igual que a él, permite que yo escape de las tentaciones que condenan.

Dios asumió ese día una posición de primerísima importancia en

la casa. Todos parecían comprenderle, cada uno a su manera. De modo que así es como era Él. A medida que el día avanzaba, el maestro alcanzó rápidamente a la abuela en el servicio divino, sus oraciones eran las oraciones no rimadas del corazón, y pronto conquistaron ascendiente sobre los estereotipados recitados de la anciana. Una y otra vez se incorporaba él en la cama y, mirando fija y ciegamente hacia delante con los ojos agrandados, desesperados, se secaba el sudor de la frente y suspiraba:

—¡Oh, Dios mío! ¡Estoy perdido! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? Si quieres pisotearme, oh, Señor, pisotéame y hazme pedazos inmediatamente.

La joven le ofreció agua para beber; todavía abrigaba una idea irracional de que el agua fría tenía la facultad de curar el cuerpo y el alma. Él sorbió un poco de agua y luego se acostó nuevamente con un gemido. Asta esperaba que no se durmiera. Pero de pronto el maestro volvió a incorporarse y exclamó:

—¿Qué he hecho?

Esta vez no le ofreció más agua. Acercándose le susurró:

—No has hecho nada —y agregó, más tiernamente, hablándole al oído:

—No me importó lo que hiciste. Si estaba mal, entonces soy yo quien tuvo la culpa. Pero no estuvo mal. Y no me lastimaste en lo más mínimo.

Y puedes volver a hacerlo cuando quieras. Nunca dejaré que papá se entere. Dios no es tan malo como piensas.

Rodeándole el cuello con los brazos, oprimió la mejilla contra el rostro de él, tanto más decidida a seguirle hasta los confines de la tierra cuanto mayores eran las profundidades de la desdicha del hombre. Y tanto más resuelta a olvidarse de sí misma. El no le soltó la mano cuando se acostó otra vez; dulce es la mano que calma. Continuó contemplando, con los ojos entrecerrados, el rostro redentor que tenía encima. Poco a poco se fue calmando.

54. Cuando se tiene una flor

Ha caminado toda la noche.

Había partido a medianoche y al alba llegó al límite occidental del brezal alto. Es una mañana helada de Semana Santa. El aire se vuelve lentamente más luminoso, la noche va desapareciendo poco a poco a sus espaldas con un millar de pisadas, un millar de pensamientos locamente confusos, como un insomnio que se extiende desde las profundidades de la noche hasta el rayar del día. La mañana lanzará muy pronto su fría luz umbrosa sobre la congelada extensión del brezal, sobre los pétreos picachos que sobresalen de la nieve, sobre el relumbrante hielo del pisoteado camino de herradura; y lo dorará todo. Y ahora, una vez más, su mirada viaja sobre el solvente mundo que ha comprado hace tanto tiempo, en tanto que lo saluda en la vaga luz gris azulada que precede a la salida del sol, dos semanas antes del primer día del verano ártico, dos semanas después del equinoccio de primavera. Los pantanos están aún cubiertos de hielo, no se ven señales de deshielo en el lago, los páramos del sur tienen una capa blanca y, surgiendo del centro de ellos, se alzan las Montañas Azules en formas místicas sin parentesco alguno con la sustancia de la tierra, ni con el espíritu de la tierra. Y ahí estaba la pequeña granja del hombre, todavía bajo la grieta de la montaña, con nieve pisoteada a su alrededor y la marca de las avenidas delineadas por dos filamentos de hielo en el barranco de arriba. Desde donde se encuentra, puede distinguir claramente el contorno del techo bajo su cubierta de nieve. Deja su carga al borde del brezal y, apoyándose contra un túmulo que marca el camino, contempla sus propias tierras, las tierras que contienen su pequeña nación.

Y que contienen esa flor que inadvertidamente le había mencionado en el invierno a… a un desconocido. Está allí de pie,

como un ejército que, luego de haberse internado en otros países para librar una guerra desesperada, regresa con la victoria en el alma. Provisiones de la ciudad.

Y —lo más notable de todo— dinero en la cooperativa.

Cosas increíbles ocurren en este mundo entre las grandes festividades.

Y sobre el agricultor del valle el efecto de estos sucesos es igualmente devastador, porque ese compañero de Dios está tan indiferentemente dotado del poder de adivinación, que se olvida del hecho de que la tierra puede darse la vuelta y depositarse, invertida, sobre la superficie del mar sin prevenirle por anticipado y sin pedirle permiso, en cualquier momento entre Navidad y Pascua. Nadie había sido más fiel a su comprador que Bjartur de la Casa Estival, pocos se habían sentido jamás menos dispuestos a envidiar la luz que brilla en una casa rematada por una torre. ¿No acostumbraba acaso a decir me importa un comino si vive en una torre, conseguida chupándole el tuétano a los pobres, siempre y cuando me trate honestamente a mí, ese viejo pillastre? Éste era su credo, y ni la lógica, ni las amenazas, ni las promesas podían alterarlo en lo más mínimo. ¿Y después? A pesar de la fe de Guðbjartur Jónsson, todo había parado en eso: el comprador ya no existía. Terminado, esfumado, el comercio vacío, los libros de cuentas perdidos, la Casa de la Torre vendida en beneficio de los acreedores. De ese modo, un hermoso día, fueron barridos los cimientos sobre los cuales el pegujalero había construido su vida. Los todopoderosos gigantes del comercio, que tenían un pie en Islandia y otro en el extranjero… un hermoso día los vio arrastrados como si fuesen otros tantos salivazos. El crédito que figuraba a nombre de Bjartur de la Casa Estival estaba perdido, y no había nadie que pudiese responder por él. Tal era el estado de cosas aquel invierno, cuando Bjartur llegó a Fjóróur en busca de trabajo. Bruni estaba en bancarrota, con el dinero de los demás en el bolsillo. Después de la calamidad recaída sobre las ovejas y la matanza hecha por los espectros, él se encontraba en una esquina, sin un céntimo, como un idiota. Por cierto que Dios y los hombres no podrían ir más allá en cuanto se refería a despojar a ese individuo independiente de su propiedad. Y lo que empeoraba más aún las

cosas era que no había nadie a quien dar un paliza, nadie a quien dar un buen susto, ni siquiera nadie que se lo tomase muy a pecho cuando él le dijese francamente qué opinaba de su persona.

Ello no obstante, fue a ver al gobernador.

—¿Dónde demonios está esa maravillosa justicia de ustedes —rugió—, si piensan permitir que la gente se divierta con una cosa muy parecida a robarle el alma al prójimo, en tanto que éste tiene otras cosas en qué pensar y está quizá combatiendo con un fantasma? ¿Para qué cuernos están las autoridades, si no son capaces de recuperar mi dinero y devolvérmelo? No vino a mi casa en Navidad porque caía un poco de nieve, y culpa suya fue que perdiese a mi hijo mayor; se asustó y vagó durante la tormenta, mientras usted estaba ocupadísimo calentándose el trasero aquí, en su casa. El alcalde sí que vino, a pesar de que es un piojoso, de modo que, ¿qué le parece si demuestra ahora que tiene un poco de hígado, maldita sea, y trata de recuperar mi dinero, aunque para ello necesite utilizar todas las leyes de su condenado libro?

Pero el gobernador defendió a Túliníus Jensen.

—El negocio ha quebrado, hombre; no existe la más remota posibilidad de que nadie vea un céntimo, por lo menos durante años y años. Yo no tengo nada que ver con eso. El rey ha nombrado a alguien para que haga una investigación de todo el asunto. Es imposible hacer nada cuando un negocio entra en bancarrota. Tendrás que tratar de entender todos los detalles de la cuestión. Hace años que Bruni viene perdiendo dinero, y al cabo la cooperativa le ha arrebatado todos los clientes. Ahí tienes toda la historia resumida en cuatro palabras. Los hombres como tú tuvieron suficientes oportunidades para retirarse a tiempo, de modo que sólo vosotros tenéis la culpa si os quedasteis hasta que toda la cuestión estuvo perdida, en lugar de uniros a la cooperativa a tiempo.

—¿A tiempo? Lo más molesto —dijo Bjartur— es que uno no haya tenido la suficiente sensatez de cortarles la garganta a tiempo, a esos canallas.

—La culpa la tenéis vosotros, y nadie más —repitió el alcalde.

—Sí. Y también la tiene el hecho de que seamos demasiado buenos, por naturaleza, como para ahogar a esos cerdos ladrones cuando nacen.

—¿Quiénes son cerdos ladrones?

—¿Quiénes? Ellos y los que se muestran tan ansiosos en defenderles. Y no es que considere que ustedes son mucho mejores, pandilla de condenados funcionarios melosos que se aferran, pase lo que pasare, a los faldones de la levita de los otros, pero no se atreven a poner un pie en la montaña cuando cae un poco de nieve, aunque le vaya en ello la vida a alguien.

—Mira, Bjartur, ¿por qué no te sientas para que discutamos el caso serena y sensatamente?

—Me sentaré cuando me plazca.

—¿Puedo, entonces, ofrecerte una pulgarada de rapé?

—Puede ofrecerme lo que quiera. Yo aceptaré lo que me parezca.

En casa del médico:

—Túliníus Jensen ha tenido siempre reputación de poseer la más grande honradez, Bjartur. Yo siempre le conocí bien. Y que yo sepa, jamás estafó a nadie. Fue él el estafado, no el estafador. Sus desdichas comenzaron cuando los agricultores empezaron a prestar oídos a la delirante demagogia de los directivos de la cooperativa. Nadie puede protegerse a sí mismo contra esas cosas, ¿entiendes? Fueron los agricultores quienes timaron a Bruni.

—Bueno, pues a pesar de todo eso quiero mi dinero —insistió Bjartur—. Usted era el diputado de Bruni, y yo siempre voté por usted desde que adquirí el derecho de votar. ¿Y por qué demonios se cree que votaba por usted? ¿Acaso por sus bonitas gafas, maldito sea? Si no recupero mi dinero, el diablo en persona votará por usted, yo no. Y si usted, como diputado, tiene la intención de quedarse ahí y decirme que es legal que un hombre sea despojado de su propiedad, entonces estoy contra el gobierno. ¡Estoy contra el gobierno!

—Escucha, Bjartur, amigo mío, soy un viejo ya, y es tiempo de que me retire, por lo que concierne a la política. Pero, teniendo en cuenta que siempre fuimos buenos amigos y leales defensores del mismo partido, ¿puedo ofrecerte un vaso de auténtico aguardiente de cebada?

—No puede ofrecerme nada más que lo que me pertenece.

—Estos son tiempos difíciles, mi querido Bjartur. Todos los

países están pasando por una grave crisis. Nuestras pérdidas, en Islandia, no son nada comparadas con las de América.

—Se necesita mucho tiempo para conocer a ciertas personas, pero ahora veo que usted es igual a las condenadas autoridades, un secuaz de ladrones y salteadores.

—Oh, creo que siempre he tratado de hacer algo a favor del pueblo, Bjartur, como diputado y como funcionario médico. Mis facturas, como recordarás, no fueron nunca demasiado onerosas para mis partidarios. Año tras año perdí cientos y cientos de coronas en medicinas que regalaba a la gente. Y a nadie parece remorderle la conciencia, aunque se olvidaran de pagarme. Pero yo jamás me quejo.

—Si la memoria no me engaña, Bruni le pagó, cargándolo en mi cuenta, el veneno que le hizo fabricar para mis esposas. Y ambas murieron sin mayores ceremonias. No me sorprendería mucho que fuera usted quien las mató.

—¡Oh, vamos, vamos, Bjartur! No está bien decirle eso a nadie. Quizá tendrás mejor suerte con esos nuevos tipos, esa gente de la cooperativa que está tan atareada en estos momentos barriéndolo todo ante sí.

—La pandilla de Rauðsmýri no podría ser nunca peor que ustedes, los de Bruni. Antes pensaba lo contrario, pero ya no.

Le hablaba como si fuese un chiquillo díscolo. Y una vez más se quedó en la calle como un idiota. Ahora no le quedaba nadie más que la gente de Rauðsmýri. Todos los refugios le estaban cerrados, aparte del glorioso abrazo de Ingólfur Arnarson Jónsson.

Hasta entonces Bjartur había tratado de expresar sus convicciones pegando alas en las espaldas de Túliníus Jensen y denigrando a Ingólfur Arnarson. Durante treinta años se mató trabajando para los de Rauðsmýri, primero como asalariado, luego como comprador de la granja, y siempre consideró que su libertad estaba implícita en el remotísimo cambio que consistía en no matarse eternamente para el mismo ladrón. Había pensado que existía cierta diferencia entre uno y otro ladrón. Luego Bruni desapareció con su dinero, dejándole solo, vagando en la ignorancia y la inseguridad. En fin de cuentas no había diferencia alguna entre un ladrón y otro. Vivieran en la costa o tierra adentro, eran pájaros

del mismo plumaje. Pero algo había a favor de los de Rauðsmýri: no habían huido a lugares remotos con el crédito de él en los bolsillos. En resumidas cuentas, la libertad y la independencia de la humanidad no dependían de Túliníus Jensen. E Ingólfur Arnarson no podía ser peor que Bruni. No se podía negar, por supuesto, que sería un fuerte golpe para el alma tener que recurrir a la postre a la Sociedad Cooperativa, después de haberse visto desilusionado en la libertad basada en Túliníus Jensen. ¿O es que descubriría, en última instancia, que la libertad residía realmente en los de Rauðsmýri… la verdadera libertad, la libertad que hace del trabajador solitario en su valle un hombre independiente?

—Ah, el hombre independiente. Era tiempo que vinieras a hacernos una visita en la cooperativa.

—Oh, no vengo a hacer una visita de cortesía —dijo Bjartur en tono de disculpa.

—No, amigo mío, lo sé. No quisiste aceptar mi consejo; insististe en quedarte con Bruni hasta el final, de modo que ahora supongo que tendrás que pagar tu culpa. Pero, qué importa. No hay resentimiento, de mi parte al menos. ¿Cómo están todos en la Casa Estival?

—¿Cómo estamos? No voy a responder a esa clase de preguntas. No veo que nuestra situación le importe a nadie. He perdido muchas ovejas, pero eso, naturalmente, no es más que un problema con el cual tiene que luchar el país desde la colonización. En Rauðsmýri también habéis perdido ovejas, las perdéis todas las primaveras. Mis ovejas aguantan el invierno mejor que las vuestras.

—Sí, pero en realidad yo me refería a esos misteriosos sucesos del otro día en tu casa. Perdiste a un hijo…

—Sí, mi propio hijo.

—Alguien decía que era Kólumkilli que volvía a mostrar sus garras.

—¿Kólumkilli? Ah, sí. ¿No tiene algo que ver con la religión persa?

—Está bien, olvidémoslo. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Nada —replicó Bjartur—. Me han robado. Quiero trabajo. No pido a nadie que haga nada por mí. Pero estoy dispuesto a trabajar para otros, por un salario.

—Sí, Bjartur, viejo amigo, todo lo que te anuncié el año pasado ha sucedido. Pero no tengo la culpa de que no quisieras creerme. Hay dos partidos en el país: los que quieren cebarse en los agricultores y los que buscan mejorar la situación económica de éstos y elevarlos a una posición de honra y estima. Tú creías en los primeros y, ¿dónde estás ahora?

Nosotros, los que queremos gobernar el país para el pueblo… sólo nosotros quedamos.

—Sí, continúa, Ingi, hijo mío, continúa. Pero yo no creo en nada, y en las palabras menos que nada. Y por eso no pido regalo alguno. Tampoco me quejo. Quizá debería haberme quedado en mi casa, con lo que me restaba de mis ovejas, y hay algunos que aducen que en realidad no me falta nada; hace apenas un par de años que construí nuevos corrales para mi ganado. Y si piensas que lo que quiero es una casa con torre, puedo asegurarte ahora que te equivocas, Ingi, hijo mío, porque nunca envidié a los que viven en casas con torre. Pero —agregó—, cuando un hombre tiene una flor en su vida…

Luego le pareció que había dicho demasiado, y no terminó la frase.

55. Días de primavera

Muy pronto los pantanos estuvieron libres de nieve y las ovejas comenzaban a alimentarse, con cierta decisión, con las hierbas de los pantanos. A la hora de comer, cuando el padre y los hijos regresaban del trabajo, les esperaba la comida, dispuesta sobre la mesa. Pero ¿dónde estaba Asta Sóllilja? En el arroyo, lavando medias, o algo por el estilo, o revisando la ropa que pendía de la cuerda, o amasando pan a la entrada. Pocas veces se la veía en el altillo, y por la noche se acostaba cuando ya todos dormían. Si se lavaba en esos días, nadie la veía hacerlo. En cuanto se acostaba se cubría con la manta hasta la cabeza y se quedaba tan quieta como un ratón. Se acostumbró de pronto a andar con la cabeza gacha, como si quisiese ocultar el rostro. Largas pestañas le caían sobre los ojos que no miraban a nadie en especial. Si su padre le hablaba, le respondía con un monosílabo y luego se escurría en cuanto podía. Él se había habituado a mirarla interrogadoramente y ella a responder con el silencio.

Posiblemente no se tratase de ninguna novedad importante, aunque nadie en la casa sabía qué pensaban los demás, y quizás ese modo sea el mejor. Uno podría sentirse inclinado a pensar que en una casa las almas de todos estarían fundidas en el mismo molde, pero está muy lejos de ser la verdad, porque en ninguna parte existen almas de tan variada naturaleza como en una pequeña granja. Los dos hermanos, por ejemplo… ¿cuándo se habían entendido? Gvendur, que ansiaba la materialización de la realidad en algún lugar definido; Nonni, que por su parte ansiaba la solución de los sueños en alguna remota distancia indeterminada. El sol y la nieve fundiéndose, el hielo derritiéndose en el barranco, la cascada desbordada… el chiquillo contemplaba encantado la primavera, y una brisa venía del sur y hacía retroceder la cascada, «continúa con

tu trabajo y deja de mirar al espacio», dijo el hermano mayor, estaban atareados en el cercado, extendiendo el estiércol. Esa caída de agua en el barranco y su viento del sur; toda un alma humana podía entrar su símbolo en una pequeña peculiaridad de la Naturaleza y moldearse de acuerdo con ella. Él lo había discutido con su madre y ella le entendió y le narró una historia. Ahora no había nadie que le entendiera, pero él vivía por ese sueño y por los deseos de su madre. Caminaba a solas siempre que podía. En su pecho alentaba una tristeza lírica, un extraño anhelo melancólico. Cuando cuidaba a las ovejas cantaba canciones que nunca había escuchado. Sí, tenía un maravilloso instrumento en el pecho. Y aunque todavía no podía pulsarlo él mismo, jugueteaba con sus cuerdas y escuchaba ésta o aquella nota, a principios de primavera, a veces estremeciéndose, a menudo con lágrimas en los ojos, y su mirada era honda, triste y pura como un arroyuelo, y como la plata de las profundidades, de lo más hondo del lecho de un arroyuelo, plata en un arroyo.

A pesar de la tibieza del ambiente, todavía había poca exhibición de verde en las colinas, y, como no era posible excluir la contingencia de repentinas tormentas, el agricultor mostraba pocos deseos de permitir que sus ovejas treparan a los altos páramos. Registró las corrientes de agua de los páramos del sur y del este, a intervalos regulares, reuniendo a todas las ovejas que lograba encontrar en los llanos. Cuanto más opresivo se tornaba el silencio en la casa, tanto más apreciaba la frescura de los días de harpa y su embrujadora intensidad, su olor de nieve derretida y de nieve derritiéndose, de espacios soleados y de promesa de eternidad; porque los páramos se encuentran en indisoluble comunión con la eternidad. Poco a poco la nieve va retrocediendo ante el sol y pronto hay en el aire el aroma del brezo y de pastos marchitos y aparecen los primeros brotes nuevos que emergen de los derrumbes de nieve de las laderas. Las ovejas holgazanean entre los hondones y los barrancos, mordisqueando todo lo que pueden encontrar sobre la nieve. Pero, cuando menos se espera, rompen a correr y, precipitándose hacia la parte superior del hondón o del barranco, corren de cara al viento, a toda velocidad, hacia el espacio ilimitado, hacia la eternidad. Porque también las ovejas aman la

eternidad y tienen fe en ella.

Durante algunos días se ha estado viendo a un cuervo aleteando sobre la hondonada.

Bjartur se pasea por el fondo para ver si el ave está en busca de alguna presa. El río está crecido, pero ya no tan alto como los días pasados, y de pronto la perra se detiene y le ladra a algo que el río ha arrojado sobre los guijarros. El cuervo se cierne, graznando, sobre el barranco. Lo último que Bjartur esperaba era encontrar allí algo muerto, porque esa primavera no había perdido ninguna oveja, y, de todos modos, como lo quiso la buena suerte, no era un animal muerto, sino un cadáver humano. Era el esbelto cadáver de un niño que había caído desde las rocas en invierno y, después de yacer en un montículo de nieve hasta que ésta se fundió, fue descubierto por el río en creciente y abandonado allí, sobre los guijarros, cuando su nivel descendió. No, no tenía semejanza alguna con un ser humano. El hueso de la nariz estaba al descubierto y la boca reía al cielo, sin labios, los ojos arrancados, los harapos se pegaban al cuerpo tan podridos que la podre le había carcomido los huesos. Y además, claro está, las aves de rapiña habían efectuado su trabajo, era un espectáculo horrendo. El hombre lo tocó una o dos veces con su bastón, ordenó a la perra que se callase y masculló:

—Lo que siembres, eso cosecharás. —Tomó una buena pulgarada de rapé. La perra continuó ladrando.

—Sí, puedes seguir ladrando todo lo que quieras, para lo que servirá… —dijo—. Tú no entiendes estas cosas. Algunos culpan a Kólumkilli, pero es más probable que cada uno de nosotros lleve grabado su destino en su propio corazón.

Aun así le resultó difícil absolver a Kólumkilli de toda intervención en el destino humano, porque a menudo ocurre que, aunque uno esté completamente seguro de que la historia de Kólumkilli no es cierta, o incluso de que es una pura y simple patraña, hay momentos en que esa misma historia parece ser más verdadera que cualquier verdad. Hay uno que otro diablo en los páramos que se come a la gente. Ah, bueno, tendría que hacer algo en cuanto al cadáver, puesto que él lo había encontrado, y lo que hiciera debería hacerlo lo antes posible, porque las ovejas habían huido y ya estaban fuera del barranco. Llevaba un par de gruesos

guantes, prácticamente nuevos, y se quitó el de la mano derecha y se lo arrojó al cadáver porque se considera una descortesía abandonar un cadáver que se ha encontrado sin hacerle antes algún pequeño servicio. Unos segundos más tarde se encontraba en el borde de la hondonada. Tal como había pensado, las ovejas huían. Los guías del rebaño se destacaban contra el cielo mientras cruzaban la cima de una ondulación distante de los páramos. Se dirigían hacia las Montañas Azules. Rompió a correr, persiguiéndolas, satisfecho de ser dueño de ovejas como ésas, que buscaban, como ascetas, la soledad de los interminables páramos a comienzos de la primavera.

—Hallbera —dijo esa noche, arrojándole un guante—, téjeme un guante que haga juego con ése.

—Vaya, ¿dónde está el otro? —preguntó la anciana, porque nunca se había dado el caso de que el hombre perdiese guante alguno.

—Oh, no nos devanemos los sesos por ello, vieja.

—¿No? —preguntó ella, inclinando su bamboleante cabeza y dirigiendo la mirada hacia otro lado, como acostumbraba hacer cuando miraba a alguien. Y no tuvo necesidad de seguir preguntando. No tuvo necesidad de preguntar.

56. La hermana mayor

Luego vinieron grandes tormentas de lluvia que parecían llenar el mundo entero, y cien arroyuelos de temporada, precipitándose por las laderas de las montañas, barrieron hasta el mar la nieve invernal, y cuando apareció el sol, ya no quedaba nieve en el valle, las colinas estaban verdes, había ranúnculos en el campo, brisas retozonas. El arroyo familiar había crecido al máximo y menguado nuevamente sin que el hijo menor del agricultor lo advirtiera. Apenas había transcurrido un año y ya no está junto al arroyo que corre frente a la casa. Está en el cercado, con su rastrillo, extendiendo estiércol con perfecta indiferencia, como un idiota, él, a quien los elfos habían prometido, en su sueño, tierras mejores. Las tierras que sus libros invernales le acercaron tanto, se han alejado con la llegada de la primavera y han desaparecido más allá de horizontes más remotos que antes. No tenía más que mirar a Asta Sóllilja para darse cuenta de cuan inaccesibles eran los países que otrora se reflejaron en el cielo debido a la blanca desaparición de la tierra en el invierno. Pero el alma se niega a rendirse en la pelea. La primavera, sus pájaros llegados de lejos, sus brisas, su cielo… la primavera llama y llama. Cada vez que pasa por la baja puerta y se detiene en el empedrado, le llama. Y continúa llamándole. Él escucha. Las melancólicas ansias, la triste simpatía con la vida, despiertan su corazón. Había estado escuchándola en silencio durante toda la primavera, desde que el maestro se fue, en Pascua. Pero no supo que lloraba, hasta un día. Era un domingo. Ya atardecía. Desde donde se encontraba, en el campo, la vio acostada en un hondón verde. Se acercó a ella. Ella no se movió porque no escuchó sus pasos. Pero cuando se aproximó, vio que se le movían los hombros. Estaba llorando, con el rostro apretado contra la hierba. Se dio cuenta de que, aunque era su hermana mayor, era en

realidad un ser más insignificante que él y su hermano, e inmediatamente se sintió invadido por la piedad. Él mismo lloraba ahora con menos frecuencia; casi no había llorado desde el verano pasado; pronto sería grande. Finalmente pronunció su nombre. Ella se sobresaltó y, sentándose, se secó las lágrimas con el orillo del vestido. Pero lo único que consiguió con eso fue que las lágrimas corrieran más velozmente.

—¿Por qué lloras? —pregunta.

—Por nada —responde ella sorbiéndose la nariz.

—¿Has perdido algo? —pregunta él.

—Sí —responde ella.

—¿Qué?

—Nada.

—No debes llorar —dice él.

—No lloro —responde ella, y sigue llorando.

—¿Se ha portado mal papá contigo?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—¿Te pegó?

—Sí, una vez. Pero hace tiempo. No tuvo importancia. Ya me he olvidado de eso. No, no me golpeó para nada.

—¿Es algo que quieres tener? —pregunta él.

Y ella contesta vorazmente, jadeando: —Sí.

Y estalla en un torrente de lágrimas. —¿Qué?— inquiere él.

—No lo sé —y llora de desesperación.

—No tengas miedo en decírmelo, Sola, querida. Quizá pueda conseguírtelo cuando sea grande.

—No lo entenderías. Eres tan pequeño… Ni yo misma lo entiendo… día y noche.

—¿Es porque estás hecha como estás hecha? —preguntó él, lleno de simpatía y consciente de que la discusión bordeaba ahora los secretos más íntimos del cuerpo humano, que, por lo general, es costumbre no mencionar… Posiblemente fuese un error de su parte, pero las palabras se le escurrieron de los labios antes de que se diese cuenta.

—Sí —suspiró ella después de reflexionar, desconsolada.

—No importa, Sola, cariñito —susurró él entonces, y le palmeó la mejilla, decidido a consolarla—. Nadie lo sabrá. No se lo diré a nadie. Y le diré a Gvendur que no se lo cuente a nadie.

—¿Es que lo sabes?, preguntó ella, apartándose la tela de los ojos y mirándole rectamente a la cara. —¿Lo sabéis?

—No, Sola, cariñito; no sé nada. No miré. No tiene importancia. Y de todos modos, nadie puede remediarlo. Y cuando yo sea un hombre grande, quizá construiré una casa en otro país y entonces podrás venir y vivir conmigo y comer patatas.

—¿Patatas? ¿Para qué quiero patatas?

—Como dice en la historia sagrada —explicó él.

—En la historia sagrada no hay patatas.

—Digo eso que se comió la mujer de la historia sagrada.

—Yo no sé nada de la historia sagrada —dijo ella, contemplando el espacio con ojos hinchados por las lágrimas—. Dios es un enemigo del alma.

Y de súbito él inquirió:

—¿Qué deseaste en el invierno, Sola, cuando el maestro nos concedió a todos un deseo?

Al principio ella le observó inquisitivamente, y el bizqueo de sus ojos pareció más pronunciado que nunca a causa del llanto; luego bajó los párpados y comenzó a arrancar hierbas del suelo.

—No debes decírselo a nadie —dijo.

—No, nunca se lo diré a nadie. ¿Qué fue?

—Amor —repuso ella, y entonces, una vez, su llanto rompió todas las cadenas y una y otra vez repitió entre sollozos—: Amor, amor, amor.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él.

Ella volvió a arrojarse al suelo, con los hombros sacudidos por los sollozos, como cuando él se le acercara hacía unos momentos, y gimió:

—¡Ojalá me muriese! ¡Morir, morir!

Él no supo qué decir ante tanta pena. Se sentó en silencio junto a su hermana, sobre el verde de la primavera, que también era joven, y las cuerdas ocultas en su corazón comenzaron a estremecerse, y a sonar.

Era la primera vez que atisbaba en el laberinto del alma

humana. Estaba muy lejos de comprender lo que veía. Pero, lo que era más valioso aún, sentía y sufría con ella. En los años que vendrían después revivió ese recuerdo en canciones, en la más hermosa canción que el mundo ha conocido. Porque la comprensión de lo indefensa que es el alma, del conflicto entre los dos polos, no es la fuente de las más grandes canciones. La fuente de las más grandes canciones es la simpatía. Simpatía con Asta Sóllilja, caída en tierra.

57. El niño y los países

Lo más notable de los sueños del hombre es que todos se tornan realidad. Siempre ha sido así, aunque nadie lo admita. Y una peculiaridad del comportamiento del hombre es que no se muestra sorprendido en lo más mínimo cuando sus sueños se cumplen; parece como si nunca hubiera esperado otra cosa. La meta que debe alcanzarse y la decisión de llegar a ella son hermanas y dormitan ambas en el mismo corazón.

Sucedió la víspera del Día de la Ascensión. En esa parte del año una buena cantidad de personas serpentea por los caminos del valle, aunque muy pocas se apartan de la carretera principal para visitar el pegujal. Pero ese día un hombre se apartó de la carretera principal y visitó el pegujal. No era una persona especial en sentido alguno, en su aspecto no había nada peculiar, y probablemente nada sumamente indispensable en las funciones que llevaba a cabo en la vida. Al menos no existía nada que se pudiera señalar para decir: ésta es su función. Como no fuese la de entregar precisamente esa carta. Años más tarde, Cuandojón Guðbjartsson trató de recordarle, el hombre siempre se rehusó a aparecer. Era, en otras palabras, como otros cien objetos naturales que no se advierten por lo naturales que son. No hizo más que entregar a Bjartur de la Casa Estival esa cartita, dijo adiós y se fue.

Y bien; era algo raro y casi único que Bjartur de la Casa Estival recibiera una carta, con la excepción de las cuentas de contribuciones, porque los hombres independientes no reciben cartas. Esas cosas son sólo para los que confían en los demás más que en sí mismos. Leyó la dirección dos veces en voz alta, volvió la carta en varios sentidos, la estudió por detrás y por delante. Los chicos se acercaron a su padre mientras éste la abría. Bjartur la mantuvo a cierta distancia de sí, un poco hacia un costado, frunció

el entrecejo, echó la cabeza hacia atrás. Era imposible descubrir en su rostro cuál fuese el contenido de la carta. Luego volvió a leerla. Se rascó cuidadosamente la cabeza y se hizo más difícil aún adivinar de qué trataba la carta. Finalmente la leyó por tercera vez, se la metió en el bolsillo y siguió su camino. Nadie supo qué noticias podía contener.

Una noche luminosa, con emplumadas nubes sobre los verdes marjales; y los pájaros cantores de la vida tan dichosos que no hay pausa en sus canciones, después de la puesta del sol. Sí, la primavera crece en todas las cosas e inunda cada vez más el campo, todos los días, todas las noches. Y una vez más Bjartur desciende al valle, para ir a buscar un cordero que ha de llegar hoy y, aunque ya es la hora de acostarse, llama a su hijo menor.

Gvendur: —Yo iré contigo, padre, para que Nonni pueda acostarse.

El padre: —He dicho que el pequeño Jón debe venir conmigo. Tú ve a acostarte. Me acordaré de despertarte más temprano por la mañana.

El padre se dirige hacia los aguazales a grandes zancadas, el chiquillo saltando detrás de él de mata en mata. Descienden a los llanos, junto al río. La esbelta arvejilla había alcanzado considerable altura, y también había hierbas del ermitaño. La grasilla se abría paso hacia arriba con sus campanillas azules. Los patos que descansaban pacíficamente en los grises remansos inmóviles habían terminado de construir sus nidos. El gárrulo archibebe seguía al agricultor, barbotando alegremente su maravilloso relato. Aunque, cuando se lo escucha, se siente a veces que hay poco contenido en un relato tan largo, sólo ji, ji, ji, durante mil años. Pero un hermoso día, quizá en un continente remoto, el relato le vuelve a uno a la mente y se descubre que era más hermoso y encantador que muchos otros, y posiblemente el más interesante de todo el mundo. Y uno desea que se le permita escucharlo también después de muerto, que se le permita vagar por los marjales, de noche, la víspera del Día de la Ascensión, ya muerto, y escuchar la increíble historia. Sí, esa misma y no otra. Encontraron la oveja en los llanos y había parido. Espléndido. Bjartur tomó el cordero y lo marcó. La oveja se acercó y él la agarró y le palpó las ubres para ver si daba leche. Sí, daba

leche. Sí, mañana es el Día de la Ascensión y la pequeña Sola irá al ayuntamiento para estudiar con el sacerdote durante una semana. Será confirmada el domingo de Pentecostés. Probablemente caerá un chaparrón al alba; le hará bien a la hierba. Sentándose sobre una mata de brezo, cerca del río, contempló la tersura de su corriente; miró a dos patos que estaban cerca de la orilla opuesta, a dos falaropos que nadaban aquí y allá, haciendo bamboleantes reverencias. El chico también se sentó y los contempló. Todo era tan tierno, tan modesto. Era como si los marjales quisiesen presentar disculpas por todo. Y así se despedían los páramos de su amado, que era más grande que todos los demás islandeses; se despedían de él por última vez.

—Bien, Jón —dijo el padre. De pronto había comenzado a llamarle Jón. No le miró; siguió contemplando el río que fluía junto a él—, pensaba decirte algo antes de que volvamos a casa.

Silencio.

—En Fjóróur hay una mujer —continuó él—. No la conozco pero, ahora que pienso en el caso, la he oído mencionar una o dos veces. Dicen que es una especie de parienta del gobernador, pero eso no es asunto mío. De todos modos, no vive aquí; vive en el Mundo de Occidente, que algunas personas llaman América. Es otro continente.

—Lo sé —repuso el niño.

—Oh, lo sabes, ¿eh? —dijo el padre.

—Lo he aprendido —repuso el chiquillo.

—Sí, claro —dijo el padre—. Pero, por el cielo, que no se te meta en la cabeza que debes creer todo lo que aprendes. Puede ser cierto, como muchos dicen, que allá haya mejores pastizales que en este país, pero cuando vienen y te dicen que allí se puede dejar que las ovejas pasten durante todo el invierno, entonces, por supuesto, sabes que no es más que una mentira, como, por ejemplo, tantas otras cosas que dicen acerca de la alimentación del ganado vacuno en América. Pero se supone que allí practican muchos oficios, y muchos de ellos parecen sumamente adecuados para jóvenes que quieran ser independientes.

—Sí —dijo el niño—. Y hay un río.

—¿Un río? Sí, hay ríos en muchas partes.

—Y ciudades.

—¡Bah! Esas ciudades… No tienes que creer todo lo que te digan respecto de las ciudades. Sea como fuese, le han pedido a esa mujer que te lleve consigo a América. Entiendo que tu tío ha enviado el dinero y que quiere que vivas con él a fin de que puedas aprender algún oficio adecuado. Ella parte el sábado por la mañana. Tu madre siempre pensó en hacer algo de ti, de modo que será mejor que vayas.

El chico no respondió.

—Mañana por la mañana, entonces, te llevaré a Fjóróur —prosiguió su padre—, aunque, claro, sólo si quieres ir.

Silencio.

—¿Quieres ir?

—Sí —dijo el niño, y rompió a llorar.

—Muy bien —dijo su padre, preparándose para levantarse—. Todo está arreglado. Te lo pregunté simplemente porque considero que un hombre debe decidir por sí mismo y no seguir los mandatos de nadie sino los suyos propios.

Se puso en pie y agregó:

—Es una costumbre muy útil la de no creer más de la mitad de lo que la gente dice, y la de no preocuparse del resto. Es preferible que mantengas libre la mente y que tu camino sea el tuyo y de nadie más.

Cuando padre e hijo volvieron a casa todos estaban acostados y dormidos. El pequeño Nonni se desnudó en silencio y se acostó junto a su abuela. En el aire flotaba aún el sonido de los pájaros cantando a los pantanos. ¿O sería quizá el eco del canto de las aves del aguazal, que se demoraba en su alma, negándose a guardar silencio durante el breve espacio de esta tranquila noche primaveral? Era un sonido que nunca jamás abandonaría su alma, por lejos que estuviesen los salones en los que iba a entrar recibiera… el pantano y sus aves islandesas, una corta noche primaveral.

Sí, así, dulcemente, así, recatadamente, llega la primavera sobre los páramos, después del invierno. Y ante él se extienden las nuevas tierras que surgen del océano como jóvenes doncellas y bañan sus preciosas conchas y sus variopintos corales en las primeras luces de

estío. O viejas tierras con fragantes bosques, ciudades blanqueadas por el sol, abriendo los brazos a verdes océanos tranquilos. Los susurrantes bosquecillos de California, los paseos de palmeras del Mediterráneo, dorados por el sol. El Misisipi y sus orillas, donde el ciervo y la pantera se ocultan en el refugio de los bosques. Y él mismo, él, que cantaría para todo el mundo.

Y entonces, ¿no era feliz, no estaba henchido de una enorme dicha mientras yacía acostado bajo la minúscula ventanita, a los pies de la cama de la abuela, con la ilimitada extensión del mundo abriéndose ante él, la ilimitada extensión para la que había nacido? No, había calma en su alma, había la calma de la noche de primavera y su sinceridad. Pero no podía dormir. Sentía que nunca más querría dormir, que toda la vida sería en adelante una prolongada noche invernal… después de todas las increíbles tormentas que, joven como era, quedaban a sus espaldas. Desaparecidos ya los días en que se le dijo que no había países detrás de las montañas; idas las noches en que las cacerolas y las ollas pronunciaban discursos desde los estantes y las alacenas a fin de desterrar el aburrimiento de la vida y el horror del vacío. Y los ronquidos, los extraños viajes por planos inclinados, el tiempo inmensurable… ¿qué viajes? Era él, él mismo, quien estaba a punto de hacer un viaje.

No, no podía soportar el pensamiento de tener que cerrar los ojos. Y se quedaba observando el techo, el nudo de la madera al que otrora concedió la figura de un hombre, aunque tenía un solo ojo. Incluso había ido más lejos y había convertido el nudo en un pariente, y ahora ese pariente le enviaba dinero… y así todas las cosas se tornaban ciertas. Todo lo que uno crea se convierte en realidad. Y pronto llega el día en que uno se encuentra a merced de la realidad que se ha creado. Y llora por el día en que la vida estaba casi vacía de realidad, en que casi era una nulidad, ociosas e inofensivas fantasías tejidas en torno a un nudo de una tabla del techo. Su ojo ya se había convertido, esa primera noche, en un ojo que lloraba. Mamá, pensó, y recordó a quien era más noble que el mundo, recordó los suspiros que clavaron la pena en su corazón, esa pena que en adelante le seguiría durante toda la vida, coloreando todas sus canciones. No, aunque estuviese en los bosques de mejores

países, jamás llegaría la hora en que la olvidase, en que olvidase esos días cuando el brezal y el cielo eran uno. Y jamás llegó. Sintió que miraba hacia atrás, sobre una vida increíble, sobre océanos y países, sobre años y estaciones, y que veía una vez más, ante sí, ese cuartito en que escuchó los gemidos de ella en la oscuridad de la noche y se preguntó: ¿está dormida o despierta? En los bosques de países mejores sería ese cuartito…

—Bueno, chico —dijo su abuela el día siguiente, sentada, con las manos ociosas, cosa rara en ella, mirándole con los ojos casi cerrados, la cabeza vuelta de perfil hacia él, un dedo entre las encías—, es maravilloso que existan las cosas que una vive para ver…

El sol de la tarde brillaba por la ventana y el rayo caía al suelo, vibrante de motas de polvo. Asta Sóllilja se encontraba sentada junto a la ventana, remendando las ropas de Nonni antes de partir para Rauðsmýri; el niño no tenía ropas de domingo. Pero tenía un par de calcetines nuevos y un nuevo par de guantes que le había tejido su abuela, y Sola le hizo zapatos de piel de gamo con los cuales ir a América. Y de pronto recordó que una vez intentó, como pasatiempo, contar las arrugas del rostro de su abuela. Pero ahora descubrió que ya no quería contarlas. Se iba sin haberlas contado. Pero permanecían celosamente guardadas en alguna parte de su alma, todas ellas, todas y cada una. Se quedó de pie junto a la cama de ella, por última vez, mirando mudamente en derredor. Miró el techo de tingladillo que se había combado entre las vigas y que estaba pudriéndose en las junturas; los dos cuchillos envueltos en tela de lino; las camas, con sus raídas mantas de color natural y sus maderas que relucían después de quince años de fricción humana; el piso, indiferentemente limpio, que cedía bajo el peso de los pies; la ventana del frente, con un vidrio roto y el otro entero; las pajas del alféizar artificialmente largas; un rincón del aguazal; un brillante recodo del río; la cocinita de la familia, donde, durante todos esos años, ardió el fuego del hogar, y, sobre ella, una olla mal lavada con los restos fríos de algunas gachas… la olla que tan bien conocía. Y Asta Sóllilja. Había conversado con ella en un hondón herboso, pero no se atrevió a volver a hacerlo. ¡Pobre hermana mayor! Había conocido el amor y por lo tanto ansiaba morir. Sí, el

amor. El amor era espantoso. Y se estremeció al pensar que debía abandonarla solitaria, solitariamente enamorada. Pero no podía hacer nada para ayudarla. Había recibido una carta que decidía su destino, pero ella no había recibido ninguna. La madre de Asta había muerto antes de poder concederle un deseo; los únicos regalos que recibió al nacer fueron los deseos de una perra enferma de lombrices. Y, durante el invierno, en el tiempo de formular los deseos, ella pidió amor, que en verdad era la más espantosa de todas las cosas. Asta Sóllilja, debo irme, en el amor nadie puede ayudar a nadie; nadie, nadie sino uno mismo. Ahora irás a Rauðsmýri, a estudiar con el cura, y serás confirmada, pero a mí me han enviado una carta.

Entonces la anciana hundió la mano bajo su almohada y sacó un atadito. Estaba hecho de guiñapos inútiles, envueltos fuertemente uno en torno del otro. Con los dedos envarados, con la manos temblorosas, comenzó a desenvolverlo.

—¿Estás todavía ahí, pilludo? —preguntó al cabo, cuando llegó al corazón de ese misterio.

—Sí, abuela —repuso el niño.

¿Y qué resultó ser, sino los dos tesoros de la anciana, las únicas cosas de valor que poseía: el pañuelo y el mondaorejas? Le daba los tesoros, en la despedida, a él, que había dormido a su lado desde que usaba pañales. No podía hacer nada más por él.

—Oh, no es un regalo muy importante para nadie —dijo—. Pero puedes envolverte este pañuelo en torno al cuello en los días festivos, cuando haga buen tiempo. Y este mondaorejas, dicen que está en la familia desde mucho tiempo ha.

No cantó himno alguno, no mencionó a Jesús ni a la curia, no le previno contra el pecado. Ni le pidió que les diese recuerdos a sus hijos que estaban en América… jamás pudo sentir lazos de parentesco que se extendiesen más allá de MeSalland, en el sur. Y nunca, jamás preguntó por el pequeño Nonni cuando éste se hubo ido.

—Hay dos cosas que quiero pedirte que recuerdes cuando te vayas —dijo, y el arrugado y viejo rostro le tembló más que de costumbre—. Quiero pedirte que nunca te muestres insolente con los que tienen una posición inferior en el mundo. Y que jamás

maltrates a animal alguno.

—Dile gracias a tu abuela, Nonni —dijo Asta Sóllilja—. Te ha dado lo único que tiene.

Y él puso su mano en la de la abuela y le agradeció en silencio, porque no conocía palabras que pudiesen expresar su gratitud por semejante regalo. La anciana le daba el más pobre regalo de la nación para alegrarle el viaje, cuando saliese al mundo, y él sabía que en adelante no podría ya celebrar la Navidad.

58. La señora de Myri sufre una derrota

El sábado antes de Pentecostés Asta Sóllilja regresa de Rauðsmýri; esperemos que haya aprendido su cristianismo, porque al día siguiente deberá recibir la Confirmación. Pero ¿por qué vuelve hoy a su casa? ¿No había dispuesto Bjartur que una mujer de tierra adentro le hiciese un vestido? ¿No le había pagado para ello por anticipado? Se había resuelto que la joven volvería solamente cuando hubiese terminado la ceremonia de la Confirmación, el domingo de Pentecostés. ¿Y qué? Regresaba el sábado, antes de Pentecostés, ya avanzada la tarde. Y ocurrió así:

Cruzando los marjales, ataviada con unas faldas que podrían haber alojado a la mitad de la parroquia, llega una mujer cabalgando en un elegante roano que pisa delicadamente por entre los retazos de pantano. No, no era un soñoliento caballo de tiro, sino Sórli, el de Rauðsmýri, con sus vivaces cascos y su cuello arqueado. Saltando de mata en mata, detrás de ellos, venía Asta Sóllilja, con la cabeza gacha y ojos que no miraban a izquierda ni a derecha, un pasito por vez. Lloraba.

Bjartur, magnífico como siempre en su hospitalidad, cruzó el cercado y salió al marjal, donde les tributó una regia bienvenida. Tomó las riendas cerca de la cabeza del caballo y escogió el sendero más seco hacia el cercado, volviéndose de tanto en tanto para lanzarle a la Señora alguna observación chocarrera, un cuervo blanco es un raro espectáculo en estos contornos y demás, y luego la tomó en brazos y la depositó en el suelo cuando llegaron al empedrado.

—Cada vez se parece más a sí misma, bendita sea —dijo, porque ella estaba gorda y digna y sumamente parecida al Papa—. Gvendur, hijo mío, deja que el roano de la Señora paste en el extremo de mi prado, mientras ella espera su café. Y sube

inmediatamente, Sola, querida y fíjate si al fuego le queda alguna chispa de vida, aunque me temo que no lo hemos molestado mucho desde que te fuiste; el domingo cocimos un poco de pescado para que nos durase toda la semana. ¿Pero qué es esto, niña? Estás terriblemente triste y cabizbaja, teniendo en cuenta que te encuentras en compañía de la poetisa de Islandia.

Ella no respondió a su padre. Inclinándose para no chocar contra el dintel de la puerta, desapareció en el interior, acongojada. En el empedrado quedaron Bjartur y la esposa del alcalde, para extenderse en el tema de la poesía y la economía de la primavera islandesa que ambos veían en el valle, cada uno a su manera.

—El viejo debe de estar ya bastante avanzado con los partos de sus ovejas, supongo —dijo Bjartur—. Sí, ya me parecía. ¿Y las ovejas en buen estado, teniendo en cuenta lo chapucero que es? Sí, en efecto. No es ninguna novedad que pierda algo más que unas pocas, pobre diablo. Pero por fortuna tiene muchas. ¿Y el pasto, pasadero? Sí, aquí también acostumbra a crecer. ¿Y pocos zorros y alimañas por el estilo, esta primavera? Magnífico. Aquí, lo mismo. No hay nada aquí con lo que puedan engordar; en estos rumbos no hay ovejas muertas. No puedo decir siquiera que haya visto ni un gavión, y menos un zorro. Aunque, ahora que lo pienso, recuerdo que un día oí a un cuervo allá, en el barranco. ¿Y los gusanos? ¿Menos desenfrenados que de costumbre con el viejo? Ts, ts, ¡qué lástima! Pues aquí no hay siquiera rastros de lombrices, ni una vulgar solitaria, y las ovejas han parido tan ricamente y todo terminará hoy, si la vieja Kápa es tan puntual como de costumbre. Es una vieja oveja de la que estoy especialmente orgulloso. Tiene que parir hoy, bendita sea y, como ya no le falta mucho, estaba pensando en ir a buscarla a los páramos del sur, a ver cómo le va. ¿Unas palabras conmigo? ¿Eh? ¿Qué demonios le parece que estamos haciendo, sino cambiando unas palabras el uno con el otro? ¿Detrás de la casa? ¿Hacia la montaña? Esto es algo novedoso, por cierto. Es un poco tarde ya para que su señoría se ofrezca a esconderse detrás de un arbusto conmigo, aunque la técnica de uno se haya enmohecido un poco últimamente…

Pero la Señora no estaba de humor para bromas y, recogiendo un poco su falda, para no pisarse el ruedo, abrió la marcha rumbo a

la esquina y, a lo largo del arroyo, hacia la montaña. Propuso que se sentaran en uno de los pequeños montículos que había junto al arroyo.

—Escuche, mi heroína de alta cuna. Siempre creí que era privilegio mío, y no suyo, el ofrecer a la gente un asiento en mi propiedad —dijo él, continuando la tunda. Pero la broma fue recibida tan rígidamente como las anteriores. Se sentaron. Sensible y artísticamente, ella acarició las hierbas del montículo, acariciándolas hacia atrás y hacia delante con su mano elocuente, señorial, pequeña y regordeta, con hoyuelos en los nudillos… ¿pero qué pequeña conjura estaba ahora empollando la gallina vieja? ¿No trataría de quitarle el pegujal? Y por cierto que la cuestión de deshacer el hogar no estaría ya en el orden del día. ¿Quién podía sondear sus pequeñas maniobras? De modo que Bjartur tomó un poco de rapé—. ¿Puedo ofrecer a su señoría una pulgarada de rapé mientras recobra el resuello? —preguntó. Pero a la Señora no le agradaba el rapé. Ni las bromas.

—Bjartur —dijo al cabo—, no sé si has advertido que la expresión de tu hija estaba poco radiante de dicha juvenil cuando llegó a tu casa, hace unos minutos.

—Quizá le pareció gracioso que no le pusiese usted una yegua vieja bajo el trasero, para hacer el viaje —sugirió Bjartur—. Pero es probable que todos los animales estuviesen ocupados acarreando turba, sin contar los caballos de silla. Es claro que no tiene importancia. Yo y los míos siempre hemos viajado a pie.

—Bueno, en rigor de verdad, se le trajo un caballo, pero ella lo rechazó. La pobre niña adopta decisiones propias. Ha heredado de ti su testarudez.

—Quizá no pudieron meterle el cristianismo —dijo Bjartur—. Sería muy de ese cura decirle alguna cosa. No está acostumbrada a que la gente le diga mucho. Aquí, en casa, siempre hay paz y sosiego, ¿entiende? En cuanto a la religión, no puedo decir que yo haya hecho nunca mucho para alentarla a emprender estudios como ésos, ya que, si he de decir la verdad, siempre he sentido que todo ese cristianismo era más bien un engorro para la comunidad, aunque, naturalmente, el difunto Reverendo Guðmundur era muy experto en ovejas. Pero me atrevo a apostar que, si bien es posible

que no tenga una cabeza especialmente buena en lo que concierne al cristianismo, nuestra Sola es tan rápida de entendederas como cualquier joven que haya sido confirmada a su debido tiempo. Y aun cuando muchas de estas rapazas se deshacen en lágrimas en cuanto se les encuentra algún defecto, no hay motivos para que ello tenga consecuencias serias.

—No —dijo la poetisa—. No es su conocimiento religioso el que está en falta. Tanto peor, como tengo ganas de decir.

Continuó acariciando la hierba del montículo con esos movimientos artísticos, sumida en profundos pensamientos. Luego Bjartur dijo:

—No sé si le dije que se trata de una oveja vieja que me ha acompañado en mis buenos y malos momentos. Fue preñada por uno de los moruecos del extinto Reverendo Guðmundur. Parece estar notablemente pesada de grupa esta vez, y sin embargo no tiene nada de grasa en las costillas. Casi temo que, si tiene mellizos, tardará mucho en parirlos, de modo que estaba pensando en hacer una caminata hasta el valle antes de que caiga la noche, porque ya no le falta mucho.

—Sí, Bjartur —dijo la mujer—, ya no te entretendré mucho tiempo.

Y entonces vino el relato.

—Todo comenzó cuando Guóny, que, por motivos que sólo ella conoce, ha considerado siempre que tiene una pequeña participación en Asta Sóllilja, resolvió que le agradaría que la muchacha durmiese con ella las pocas noches que debía pasar con nosotros en Rauðsmýri. Bien, pues advirtió, la primera noche, que alguna tristeza empañaba el espíritu de la niña. Algo parecía torturarle los pensamientos. En rigor, se mostraba tan preocupada que necesitaba mucho tiempo para dar una respuesta sensata, cada vez que alguien le hablaba. Y cuando se acostaban, Guóny vio que lloraba, con la cara oculta contra la almohada. A veces lloraba gran parte de la noche.

Aquí la esposa del alcalde hizo una pausa, pero continuó acariciando la hierba con artísticos dedos. Ello no obstante estaba sumamente afectada. Pero tenía que respirar. Tenía ese tipo de respiración que es tan característico en la gente obesa.

—¿Bien? —preguntó Bjartur al cabo, porque no sabía apreciar esos silencios artísticos—. ¿Es algo nuevo que las lágrimas están siempre a flor de párpado en esta gente joven, especialmente si es de género femenino? Es tal como se lo he dicho incontables veces a la perra y a mis esposas: el género femenino es más lamentable aún que el género humano.

—Durante las dos o tres primeras noches la muchacha se negó a decir qué era lo que la abrumaba.

—Sí —dijo Bjartur—, ¿por qué la gente educada en la independencia habría de describir lo que le pasa por la mente? El cerebro es como una veleta. Y, como una veleta, propenso a cambiar de rumbo en cualquier momento.

—Se mostraba tan desolada durante el día que al principio nos pareció que se sentía desdichada en el nuevo ambiente y no podía soportar la compañía de otras personas. No lográbamos convencerla de que jugase con los otros niños (Bjartur: «Sí, acaso tuvo suficientemente buen sentido como para no gastar los zapatos con todos esos tontos brincos y cabriolas.»). Luego, por las mañanas, Guóny comenzó a advertir que la chica no se encontraba nada bien. Parecía desdichada y negligente. Y se descomponía mientras se vestía. (Bjartur: «Puede que la carne de caballo no le haya sentado bien.»). Es la primera vez que oigo decir, Bjartur, que ofrezcamos carne de caballo a nuestros invitados. Los niños comieron un magnífico guisado la noche anterior, y el ama de llaves pensó que quizá había comido demasiado, porque en ciertos momentos se mostró extraordinariamente ávida con la comida. Pero cuando eso se repitió una mañana y otra, Guóny no pudo dejar de considerarlo un tanto sospechoso, y comenzó a prestar más atención a las formas del cuerpo de la chica, cuando se acostaban por la noche. De pronto se le ocurrió que estaba demasiado desarrollada para su edad —su cuerpo es casi el de una mujer—, y, por añadidura, como todos advertimos inmediatamente, aunque sin prestarle demasiada atención, había engordado poco naturalmente en la cintura, teniendo en cuenta que es una chica delgada. De modo que ayer por la noche Guóny le preguntó si le permitía examinarla, diciendo que le parecía que el estómago le andaba mal. Y entonces, claro está, el ama de llaves vio inmediatamente lo que pasaba. Y la acusó de ello.

Al principio la muchacha no quiso admitir nada. Y entonces Guóny me llamó. Y naturalmente yo vi en seguida lo que ocurría. Le dije a la chica que era completamente inútil que tratara de ocultárnoslo. Finalmente confesó. Está embarazada. De cuatro meses, aproximadamente.

Bjartur miró a la mujer con ojos como los de un caballo que, oyendo algún estrépito desagradable detrás, levantara la cabeza y estuviese a punto de encabritarse. Luego se puso en pie de un salto y retrocedió un paso, incapaz al principio de encontrar alguna forma adecuada de recibir las noticias. Al cabo lanzó una carcajada tonta al espacio y dijo:

—¿Embarazada? ¿Mi Sola? No, esta vez no conseguirá burlarse de mí, señora.

—Muy bien. En ese caso, Bjartur, será la primera vez que haya ido a mis vecinos con patrañas y chismes —repuso la mujer—. Y creo que merecía algo más que ser acusada de embustera. Siempre he tenido buenas intenciones hacia ti. Hacia todos vosotros. Mi corazón y mi casa han estado siempre abiertos para los campesinos. He sido portavoz de todo lo más noble de la vida rural. He considerado el trabajo del agricultor como un trabajo sagrado. Y al mismo tiempo he considerado las penas del agricultor como mis propias penas, sus derrotas como mis derrotas. Nunca me olvidaré del hecho de que la empecinada perseverancia del agricultor de los valles es la palanca que elevará a la nación hacia los destinos más altos. («Sí, a la nación de Rauðsmýri», interrumpió Bjartur, furioso, «pero la nación de Rauðsmýri nunca fue la mía, aunque ustedes me aplastaron durante treinta años y me obligaron al fin a unirme a la Sociedad Cooperativa»). Muy bien, Bjartur, tus opiniones son tuyas, pero puedo decirte lo siguiente: que todas las veces que el concejo de la pedanía estuvo a punto de deshacer tu hogar, yo tomé inmediatamente tu defensa y dije: «El campesino islandés ha sido la sangre de la nación durante un milenio; dejad a mi Bjartur en paz». Pero ahora hemos llegado finalmente a un punto en que debo confesar que estoy derrotada. Durante quince años traté de salir en tu defensa mientras la parroquia entera estaba con el corazón en la boca. Primero la pobre Rosa muere de esa forma tan horrenda, luego tus hijos mueren año tras año, ya sea al nacer o en sus

pañales, y año tras año apareces tú con ellos a cuestas, para enterrarlos en nuestro pequeño cementerio. Luego tu segunda esposa muere el año pasado, y todos saben qué fue lo que acabó con ella, y finalmente ocurren esos extraños sucesos, durante el invierno, y la pérdida de tu hijo mayor. Y sin embargo nunca retiré del todo mi mano protectora. Pero ya no puedo hacer más. Alejarse de toda las enormidades del invierno pasado y poner en tu lugar a una infame piltrafa, a un borrachín notorio, carne de presidio, que no sólo vive de la ayuda de la parroquia, padre de una horda de chiquillos, sino que además está podrido de tuberculosis, y ese pillastre tiene que cuidar a tus hijos, cuidar a Asta Sóllilja, una mujercita crecida…

—¡Escuche un poco, maldita sea, ya basta! ¡Sí, váyase al infierno, aquí no está en sus tierras, está en las mías! Y si ha venido hoy aquí por Asta Sóllilja, permítame que le diga que llega con un retraso de quince malditos años. Usted me la endosó cuando estaba en la matriz de la madre, maldita sea, y si es mi hija es solamente porque usted la abandonó para que se muriera y me vendió terrenos para que pudiera morirse en cualquier propiedad que no fuese la suya. ¿Se cree que no supe desde el comienzo que fueron ustedes, los de Rauðsmýri, quienes engendraron a esa niña que nació aquí, en la cabaña, en los días en que yo cabalgaba sobre el Diablo en el Río del Glaciar y no moría? Y si piensa quedarse sentada ahí y decirme que nunca ha mentido, yo le afirmaré que mintió en mi boda, cuando se puso en pie en la tienda de Nióurkot y barbotó un montón de fantasías novedosas y religión extranjera, después de echar en mis brazos al bastardo engendrado por su hijo, para salvar la reputación de Rauðsmýri. Y si ha venido aquí para reprenderme porque Asta Sóllilja está embarazada, pues le diré que eso no tiene nada que ver conmigo, en primer lugar porque no fui yo quien la embarazó, y en segundo lugar porque no tengo parentesco alguno con ella y, por lo tanto, no soy responsable por ella. Ustedes, los de Rauðsmýri, la engendraron y la abandonaron. Ella no tiene nada que ver conmigo. Y ahora permítame que le diga, de una vez por todas, que en el futuro puede irse al demonio con sus bastardos y puede bautizarlos como le plazca. Y que estén embarazados o no es cosa de usted. En adelante ya no existirán para mí.

—Bjartur, amigo mío —dijo la mujer tiernamente, arrancando un puñado de hierba del montículo—. Debemos tratar de dominar nuestro temperamento y de discutir lo ocurrido como seres humanos racionales. En rigor se me ocurrió que, mientras ella espera, sería más que bienvenida en nuestra casa, donde…

—No es asunto mío si usted les da asilo a sus propios familiares, o si les deja morirse. Yo sé perfectamente que cumplí con mi deber cuando usted esquivó el suyo. Cuando su niña estaba inerte bajo el vientre de la perra, y usted la abandonó para que se muriera, yo tomé a su niña y le di albergue, y la convertí en la flor de mi vida durante quince años. Pero ahora digo que ya he tenido bastante. Y si viene y me amenaza con quitarme la casa y echarme de ella, de mi hogar, entonces hágalo, si se atreve y cree que posee la autoridad legal como para hacerlo. Pero yo le ordeno que se vaya al demonio con sus hijos, en el futuro, y que me deje en paz con los míos, y eso es todo lo que tenemos que decirnos, y ahora me voy al valle para ver si mi oveja ha parido o no.

Con esas palabras, el agricultor se echó al hombro las pieles y se alejó, arroyo abajo, hacia el sur, hacia los marjales. Y no pronunció una sola palabra de despedida. La perra le siguió. Bjartur no miró hacia atrás. La poetisa se quedó sentada, desconcertada y atónita, con la tierra del hombre bajo la mano. Le contempló, perpleja. El hombre era como un ejército invencible. Era ella quien había sufrido la derrota.

59. Soy yo

La tarde estaba avanzada cuando llegó a la casa. El regreso fue penoso, puesto que arreaba a dos ovejas ante sí, una que había parido y otra que todavía estaba preñada. La oveja madre había tenido un borrego y sus ubres estaban henchidas de leche. La otra era la vieja Kápa. Estaba sospechosamente pesada para ser una oveja vieja y huesuda, y como sus ubres se encontraban prácticamente secas no había perspectivas de que pudiese amamantar a dos corderos. El trabajo de arrearlas era complicadísimo, y maldito si se les ocurría avanzar en la dirección requerida. La perra se mostraba impaciente y el hombre tenía que llamarla a cada rato; no hay que lanzar a los perros sobre ovejas que se encuentran en ese estado, en la primavera. La oveja madre huyó con su cordero en dirección opuesta. Cuando finalmente logró encaminarla en la dirección correcta, la vieja Kápa había huido. De modo que tuvo que ir a buscar a Kápa. La otra no tardó en aprovechar la oportunidad y corrió a toda velocidad, con la cabeza en alto, en dirección completamente opuesta. Y esto siguió durante mucho tiempo, y por eso el agricultor tardó tanto en volver a la casa. Pero al final logró imponer sus deseos, porque era más testarudo que las dos ovejas juntas. En su época había aprendido demasiadas cosas de las ovejas como para dejarse dominar por ellas. Al cabo las ovejas se encontraron en los comienzos de los terrenos familiares. Ahora tendría que hacer entrar a la madre para ordeñarla. No se veían señales de vida en la casa; probablemente estaban todos acostados. Pero él no quería despertarles y pedirles que le ayudaran, y continuó corriendo en torno al animal. La oveja corría en círculos interminables; el hombre también corría en círculos interminables. Durante un rato la obstinación de cada una de las partes pareció indomable. Pero finalmente la oveja se

sometió y permitió que se la arrease hacia el corral. El cordero brincaba ágilmente en el empedrado y en el huerto. Saltó al techo y baló. Bajó del techo de un brinco y se trepó de un salto a la pared del huerto y baló. Se escapó hacia la montaña y hacia el arroyo. Apretando la cabeza de la madre entre las piernas, Bjartur la ordeñó en un cuenco y, aunque el animal se removía como enloquecido, logró sacarle algo más de tres cuartillos. Cuando la soltó, se dirigió, balando, hacia su borrego. La vieja Kápa pastaba en un rincón del campo, completamente satisfecha. La noche era luminosa, pero nada suave. Chaparrones en los páramos, brumas en las montañas. Los pájaros guardaron silencio durante una hora, no así el colimbo, que se quejaba a largos intervalos desde el lago.

Cuando Bjartur entró vio que algo estaba sentado, acurrucado, sobre un cajón, a la entrada. No se movía. Pero era un ser humano. Se había puesto su vestido viejo, con los codos agujereados, y estaba sentada con las manos sobre el regazo, esas maduras manos femeninas de huesos largos y pulgares característicos. Tenía las pantorrillas demasiado gruesas, las caderas demasiado rotundas para una muchacha de su edad; era fácil ver que se había convertido en una mujer. Era la nieta de la Señora de Myri. No levantó la mirada cuando él se arrastró al interior, ni movió las manos. ¿Estaba dormida allí, acurrucada, con la cabeza caída sobre el pecho? ¿O tendría miedo de levantar la vista y encontrarse con la mirada de él?

Él le golpeó el rostro. Ella se acurrucó más aún y apoyó una mano en la pared para no caer, cerró los ojos y levantó la otra mano para protegerse de otros golpes, ocultó la cara en el brazo. Pero él no volvió a golpearla.

—Toma eso —dijo— por la vergüenza que has traído a mi tierra, la tierra que yo compré. Pero afortunadamente no tienes en las venas ni una sola gota de mi sangre, y por lo tanto te pediré que críes a tus bastardos en las casas de quienes están más íntimamente emparentados con ellos que yo.

—Sí, papá —dijo ella, con la respiración entrecortada. Y, poniéndose de pie con el rostro protegido con el brazo, se alejó de él, hacia la puerta—: Me voy.

Él subió la escalera, pasó al altillo y cerró la trampilla.

Sí, estaba bien que la hubiese golpeado y expulsado. Aquel golpe había sido mejor que el pensamiento de lo que vendría. Ahora ella sabía lo que le esperaba, y lo que había detrás de ella. Aquel golpe le había quitado del corazón un peso plúmbeo, aquella había sido su Confirmación. Se quedó en el empedrado, observando la noche primaveral de la vida que tenía ante sí, como quien está a punto de saltar un peligroso barranco para salvar la vida. Con el corazón martilleándole el pecho, es cierto, pero sin llorar. No, no hacía calor; hacía mucho frío. Había chaparrones en el brezal, como negros muros construidos y transportados aquí y allá. Miró hacia el este, pero no hacia el oeste. Sí, él le había sacado del cuerpo y el alma, con el golpe, la incertidumbre y el temor. Ahora ella sabía en qué situación se encontraba… Y como por una revelación, se dio cuenta, y percibió, que no habría necesitado que él se lo dijera, que sabía que por sus venas no corría una gota de sangre de él. El golpe que le propinó, de despedida, fue un momento de verdad en sus vidas. Hasta ese momento la vida de ambos fue, en su relación mutua, una vida falsa, una vida de mentiras. Viviendo con él había estado viviendo con trols, convencida de que ella misma era un trol. Y de pronto se encuentra ante las puertas de la cueva y descubre que no pertenece a la estirpe de los trols. Y en un solo instante se había librado de aquel trol, ya no era más que un ser humano, posiblemente una princesa como Blancanieves y las otras niñas de los cuentos. Y ahora no tenía nada más que agradecerle. Fuera.

Cuando llegó a los marjales advirtió que llevaba zapatos gastados, frágiles, ya empapados. Y el vestido viejo, con los codos agujereados. Y nada en la cabeza. Una muchacha del valle, tan zarrapastrosa, ¿podía realmente convertirse en una princesa, como se dice en los cuentos? No, no importaba que estuviese mojada. No miró hacia el pegujal. Al fin estaba libre, como la princesa, e iba a buscar a aquél a quien amaba. Ése era el cuento de la muchacha del valle, que tanto había soñado. Le pertenecía a él solamente. Toda su vida viviría con él. Y nunca, nunca le abandonaría. Su luminosa casa está en un prado, junto al mar, y ella ve los barcos que van y vienen. También ellos partirán, algún día, en un barco. Irán a los países que están más allá de los mares, porque él es dueño de tierras, tierras de palmares dorados por el sol. Sí, sí, sí. Ella

caminará toda la noche, hasta la mañana temprano, y no importa que se le rompan los zapatos de tanto caminar. Él le dará zapatos nuevos. No tardará en encontrar su luminosa casa del prado, junto al mar. Golpeará la puerta antes de que él se haya levantado de su sueño, y él oirá que alguien llama a la puerta. ¿Quién está ahí?, pregunta. Y ella responde: Soy yo.

El corazón le cantaba de alborozo mientras cruzaba los aguazales; jamás habría creído que sus pasos pudieran ser tan leves. Volaba, volaba también el corazón en el pecho. Volaba al encuentro de la felicidad, de la libertad y del amor. Era la pobre muchacha que se convertía en princesa; no le pertenecía a nadie más que a él. Una y otra vez oía su voz, susurrante, que preguntaba: ¿Quién está ahí? Y una y otra vez respondía: Soy yo. Con pasos ligeros recorre el sendero que serpentea trepando hacia el brezal. Ya no es la chiquilla soñadora, recién bañada en el rocío de una vaga, irreal noche de San Juan. Es la mujer enamorada que, habiendo quemado todos los puentes tras de sí, se dirige ahora hacia su amado. Ésa es la realidad. Eso es el amor y el brezal. En adelante todo lo que le suceda en la vida será verdadero.

Amor y brezal; todavía quedan derrumbamientos de nieve en los hondones y la tierra está cenagosa bajo la nieve. Un viento helado le daba en la cara. Muy pronto los zapatos quedaron absolutamente inutilizados y los pies se le hincharon. Se sintió sedienta y bebió de un estanque, junto a un montículo de nieve; tenía un sabor feo. Después sintió hambre. Después cansancio. Después sueño. De pronto se encontró en el centro de un aguacero helado; era nevisca. No podía ver a un metro más adelante y unos segundos más tarde estaba completamente empapada. Comenzó a sentir temor. Porque el brezal también es aterrador. Quizá sea la vida misma. Por la mente le cruzó como un relámpago el pensamiento de su hermano Helgi, que se perdió en los páramos y nunca fue encontrado. Muchos perecen en el brezal. Su padre no podía morir en el brezal… pero repentinamente recordó que no era su padre, sino un trol. Por eso no podía tampoco sentir miedo. Era ella quien tenía miedo, era ella quien podía morir. El terror anuló el hambre y todo deseo de dormir, y comenzó a preguntarse si no habría sido más prudente, en fin de cuentas, echarle los brazos al cuello cuando la

golpeó, y pedirle clemencia. Trató de olvidarse de su espanto y de pensar en la luminosa casa vecina al mar… ¿Qué casa? ¿No había mencionado él una choza oscura, enclavada en una franja de terreno, junto al mar, y muchos niños muertos de hambre? No, seguramente se trataba de una casa luminosa, junto al mar, en un prado; así tiene que ser, su luminosa casa, en el cielo y en la tierra, y pronto saldrá el sol, y ella se encontrará ante su puerta, envuelta en los rayos del sol matinal, y habrá barcos en el mar, y él preguntará: ¿Quién está ahí? Pero en ese preciso momento distingue, a lo lejos, el resplandor de la laguna del brezal, el aguacero está cesando, y aquél debe de ser el lago de las pesadillas, oh, ¿por qué habría de soñar con un lago tan melancólico, en lugar de soñar con el océano?… de modo que ésa es toda la distancia que había podido recorrer esta solitaria vagabunda de pies llagados, esta buscadora de la esperanza, y todavía le queda por recorrer un camino inmenso, y bebe más agua en un estanque y se incorpora con dificultad, sí, y entonces oye la voz de su amado, que llama desde el interior de su luminosa casa y pregunta: ¿Quién está ahí? Y ella le responde por milésima vez, le dice: Soy yo.

Bjartur de la Casa Estival no se quitó la ropa esa noche. Salió, con intervalos de una hora, a ver a las dos ovejas que había dejado en el campo antes de acostarse. A la una, la vieja Kápa se había echado y rumiaba, pero la otra granujuela había ido hasta la ladera de la montaña y se encontraba ahora debajo de los picachos. Pero se había acostado, y el cordero con ella. Reinaba la calma sobre todas las cosas; era la primera mañana que los pájaros comenzaban a cantar, pero ahora la mayoría de ellos estaban silenciosos.

Sí, tal como había pensado, la vieja Kápa estaba demasiado pesada. Por la mañana, temprano, parió tres corderos y los pobrecitos forcejeaban ahora por ponerse de pie y metérsele bajo las ubres, mientras ella los lamía. Es un buen trabajo, para una oveja vieja, eso de tener trillizos.

Aquella oveja vieja había pasado de todo junto a Bjartur, capeando lombrices, hambrunas, fantasmas. Y ahora había dado al mundo, a su debido tiempo, tres borregos, como si nada hubiese ocurrido. Él agradeció a su buena estrella el no haber permitido que la oveja se aprovechara de sus buenas cualidades de guía del rebaño

y de no haberla matado el otoño anterior. Y ella, pobre criatura, le demostraba así su agradecimiento. Los trillizos eran sumamente importantes cuando el ganado de uno había disminuido tanto. Pero tenía muy poco en las ubres, la pobre; estaba tan vieja… Calentó la leche que había guardado la noche anterior y llevó a los corderos, bajo el brazo, hasta el empedrado. La oveja le siguió, balando con ansiedad, porque los animales desconfían del hombre, incluso cuando éste tiene buenas intenciones. Bjartur se sentó en las losas, con los borregos entre las piernas, y comenzó a soplarles la leche en la boca con una cánula. ¡Cielos, qué bocas más pequeñas! La vida no tenía de qué enorgullecerse, especialmente cuando se la examinaba con mirada crítica. La oveja estaba en la hierba, a unos metros de distancia. Siempre había sido una criatura más bien tímida, y nunca se mostró muy dependiente del hombre. Naturalmente, era de la raza reverendogudmundur. Pero cuando vio lo que hacía el hombre se acercó más y más. Fijó en él sus grandes e inteligentes ojos negros y amarillos, llenos de maternal tensión. La simpatía no tendrá quizás un alfabeto, pero es de esperar que algún día triunfará en el mundo entero. Puede que aquél no fuese en modo alguno un brezal digno de mención, ni un pegujal particularmente notable, pero, ello no obstante, cosas increíbles ocurrían de tanto en tanto en aquel brezal. El hombre y el animal se entendían. Eso sucedía la mañana del domingo de Pentecostés. La oveja llegó a él, le husmeó afectuosamente el rostro de duras facciones y le mugió débilmente la barba, lanzándole el cálido aliento, como si le estuviese agradecida.

Roma - Niza, invierno de 1934-1935

Parte Segunda - Años de prosperidad

60. Cuando mataron a Fernando

Esta llamada Guerra Mundial, quizá la más bienhechora bendición que Dios envió a nuestro país desde que las guerras napoleónicas salvaron a la nación de las consecuencias de la Gran Erupción y elevaron nuestra cultura de las ruinas por medio de una creciente demanda de pescado y de aceite de ballena, sí, esta hermosa guerra, y quiera el Todopoderoso concedernos otra igualmente hermosa lo antes posible… esta guerra comenzó con la muerte de un pequeño extranjero esquelético, un individuo llamado Fernando, o algo por el estilo, y la muerte del tal Fernando fue tomada tan a pecho por varios ciudadanos mal intencionados, que continuaron haciéndose pedazos mutuamente, como sebo en una artesa, durante cuatro años consecutivos, y más. Y en el pequeño altillo de la Casa Estival, donde, en ocasión de la Reunión de Pastores, se habían congregado una vez más todos los indomables guerreros que libraban a su vez una lucha incesante, de toda la vida, mucho más grave que cualquier guerra mundial, una pelea que proseguía por razones de más peso que el asesinato de un Fernando cualquiera; esa guerra era ahora el principal tema de debate.

—¿Pero no os parece que tendrían que estar tan contentos de haber limpiado al país de ese canalla? —preguntó Bjartur.

—No me atrevería a decirlo —replicó Einar de Undirhlíð—, aunque en la historia del mundo jamás se ha prestado mucha atención a lo que digamos yo mismo u otros como yo. Pero si ha sido limpieza o emporcamiento, a mí me da lo mismo, aunque sí que dicen que era rey de algún pequeño país, de cuyo nombre nunca puedo acordarme, pero no quiero afirmar con eso que fuese mejor hombre que cualquier otro, nosotros los islandeses jamás tuvimos gran respeto por los reyes, aparte de los reyes del rodeo,

porque todos son iguales ante Dios, y mientras un agricultor pueda considerarse hombre independiente y esclavo de nadie, podrá considerarse, del mismo modo, su propio rey. Pero una cosa al menos hay de cierto en cuanto a ese Fernando, o como se llame: siempre fue un hombre, pobre diablo. Y no creo que sea propio de un cristiano referirse a él con palabras insultantes. Un hombre es siempre un hombre.

—Bien, aparte de ese individuo y su nombre, fuere cual fuese —dijo Krúsi de Gil—, lo que nunca pude entender de esta cuestión es por qué los otros tenían que empezar a reñir sólo porque ese canalla de Fernando fuera asesinado.

—Oh, que riñan, malditos sean —dijo Bjartur—. Yo sólo espero que continúen la pendencia todo el tiempo posible. Ahora no se muestran tan exigentes con lo que comen, porque tienen que enfrentarse a las realidades de la vida. Ahora comen cualquier cosa. Los precios suben vertiginosamente en todas partes. Pronto estarán comprándonos el estiércol de nuestros estercoleros. Yo sólo espero que sigan volándose los sesos mientras otros puedan aprovechar algo de ello. Debe de haber mucha gente en el extranjero. Y nadie la echa de menos.

—Oh, pero en la guerra también hay ideales, aunque no sean particularmente perceptibles —dijo Einar con tono de disculpa, porque Bjartur le parecía invariablemente un poco enérgico en sus expresiones, las emitiese en prosa o en verso—. Bjartur —agregó—, tú, que eres un entusiasta de las viejas baladas, tendrías que saber que siempre hay un ideal detrás de cada guerra, aunque ese ideal no sea lo bastante visible a los ojos de los hombres que tienen cosas más serias en qué pensar.

—¿Ideales? —preguntó Bjartur, que no entendió la palabra.

—Bueno, una intención, pues —repuso Einar en explicación.

—Ja, eres el primero a quien oigo decir que haya intención alguna detrás de las guerras de esa gente. Es que son dementes, lisa y llanamente. En los tiempos antiguos era una cosa completamente distinta. Los héroes navegaban hasta remotos rincones del globo para luchar por una mujer sin par, o por cualquier otra cosa a la que diesen en su vida el lugar de una flor. Mas no ocurre así en la actualidad. En la actualidad combaten por pura estupidez y

obstinación. Pero, como dije anteriormente, la estupidez está perfectamente bien, siempre que otras personas puedan volverla en su propio beneficio.

—Puede haber mucho de cierto en lo que dices, Bjartur —afirmó entonces el rey del rodeo—, pero creo que nos corresponde también examinar la cuestión desde un punto de vista totalmente distinto. Tenemos que darnos cuenta de que una guerra mundial de este tipo viene acompañada, no sólo de grandes ventajas, tales como el dinero adicional que ganamos los agricultores por todos nuestros productos, sino también de enormes daños y de toda clase de penurias en los países en que se combate, como por ejemplo el otro día, cuando destruyeron esa catedral de Francia, un magnífico edificio que estaba allí desde hacía más de cien años.

—¿Qué demonios me importa a mí si destruyen esa catedral de Francia? —exclamó Bjartur, escupiendo desdeñosamente—. Pueden destruir todas las que quieran. Podrían bombardear la propia iglesia de Rauðsmýri y me importaría un rábano.

—Desdichadamente no se trata sólo de la catedral —dijo el rey del rodeo—. Dicen que ni siquiera lo piensan dos veces cuando se les ocurre hacer saltar en pedazos a ciudades enteras. Piensa, por ejemplo, en la cantidad de oro y piedras preciosas que quedarían destruidos en una gran ciudad, Londres o París, digamos, que sea arrasada por completo. Piensa en todos esos maravillosos palacios que tienen. Y en las bibliotecas.

—Bueno, pues no destruyen ni mi oro y ni mis piedras preciosas. No hacen volar mis palacios. Y en cuanto a las bibliotecas, tengo entendido que los ratones y los gusanos están atareados desde hace años comiéndose la biblioteca de nuestra parroquia. No se necesitó una guerra para ello.

—Y entonces, ¿qué me dices de todas las valiosas esculturas que quedarían destruidas en el bombardeo de una ciudad?

—Esculturas, ¿qué cuernos son las esculturas? ¿Cuándo diablos has visto tú una escultura?

El rey del rodeo tardó un poco en responder, porque la verdad es que nunca había visto una auténtica escultura. Ninguno de ellos sabía exactamente qué era una escultura, aparte de que una vez se escuchó a la Señora de Myri hablando de una escultura, y la hija

mayor de Pórir de Gilteig había comprado un perrito de porcelana muchos años atrás.

—Sí, ahora que me acuerdo, porcelana…

—Oh, tanto mejor si empiezan a destrozar una basura como esa porcelana, que no es otra cosa que un maldito timo y una estafa —dio Bjartur, que ya no lamentaba nada—. No veo por qué habría de preocuparme si una pandilla de extranjeros tiene que beber de cuencos comunes o de jarras esmaltadas. Yo lo he hecho durante toda mi vida y no me ha ido tan mal.

—Pues, si yo tuviese que dar mi opinión —dijo Pórir de Gilteig—, diría que esta guerra se libra principalmente para dar a un populacho disoluto una oportunidad de invadir los países de otra gente y de violar a todas las mujeres extranjeras. Un hombre que estuvo durante algún tiempo en el extranjero me contó que esos cerdos de soldados y generales son los animales más rijosos que jamás se arrastraron sobre la faz de la tierra. Y algunos de los relatos que escuché acerca de esos militares putañeros son de tal categoría que resultaría inútil repetirlos; ningún islandés los creería. Yo tengo tres hijas, no digo una palabra más, no es culpa mía que las cosas hayan resultado como resultaron, pero a menudo he agradecido últimamente a mi buena estrella porque ningún general francogermano se introdujo hasta ahora en nuestro país para poner en práctica sus abominables maniobras con nuestras inocentes hijas.

—Oh, nuestras hijas siempre pueden meterse en berenjenales sin necesidad de militares —replicó Bjartur—. Puedo decir, basado en mi experiencia con las mujeres, que la mayoría de ellas, en términos generales, quieren ser violadas. Quizá no les agrade que les digan la verdad, pero creo que estoy muy cerca de lo cierto, aunque sea una lástima.

Pero Pórir de Gilteig sintió que eso era hablar demasiado rigurosamente de las pobres chicas, y pensó, no sin cierta emoción, en el destino de sus tres hijas.

—Si solamente pudieran resistir tan bien la astucia como resisten la fuerza —argumentó—, muchas muchachas estarían en mejor situación.

—Personalmente yo no reconozco mucha diferencia entre la astucia y la fuerza, siempre que el objetivo sea el mismo —dijo

Bjartur.

Einar no hizo contribución alguna a esa parte de la conversación. Su esposa y su única hija habían muerto de consunción, de modo que en su casa no hubo nunca cuestión de astucia o fuerza.

—Pero —dijo retomando nuevamente su hilo— estoy de acuerdo con nuestro digno rey del rodeo en que, si se contempla la guerra con un ojo puesto en los ideales que hay detrás de ella y el otro en esos miles de hombres y mujeres a quienes despoja de vida y salud, entonces no se puede dejar de preguntarse si no sería mejor asignar mayor importancia a la conservación de la vida de la gente que al logro de una serie de ideales. Porque si los ideales no tienden a mejorar la suerte del género humano en la tierra, sino a matar a los hombres por millones, uno está en el caso de preguntarse si no sería más digno de mención carecer por completo de ideales, aunque, naturalmente, una vida así sería vacía. Porque, si los ideales no son vida y la vida no es ideales, ¿qué son los ideales? ¿Y qué es la vida?

—Bueno, pero si no pueden vivir de otro modo —declaró Bjartur —, no tienen que culpar a nadie más que a sí mismos. Por cierto que cualquiera que desee la guerra desea al mismo tiempo que le maten. ¿Por qué no habrían de tener derecho a comportarse tan idiotamente como les plazca? Y ya que los cerdos quieren tomarse la molestia de matarse unos a otros, por imbecilidad o ideales, me da lo mismo, bien, yo seré el último hombre en la tierra que se apene por ello. Al demonio con todos. Esto es lo que digo: que continúen hasta el día del Juicio Final, en tanto que la carne y la lana sigan cotizándose a precios elevados.

—Pero ¿y qué ocurrirá si a la postre no queda nadie vivo? —preguntó Krúsi de Gil.

—En ese caso no tenemos más que armar un barco, muchachos, y zarpar rumbo al sur, hacia el continente, para ver qué tal están en materia de pastizales. Sí, sería una oportunidad de primera para descubrir si existen perspectivas de buena agricultura por allí. No sería mala broma que los nietos de Þórir de Gilteig terminaran tejiendo guirnaldas de amargón en las ruinas de la ciudad de Londres, después de que toda la basura de porcelana hubiera quedado reducida a añicos. Sí, y las esculturas. Y yo podría incluso

ir y hacerme un huerto en la llanura de París después de ser destruida hasta los cimientos, ja, ja, ja.

El rey del rodeo:

—Quizá tengas razón cuando sostienes que la guerra se produjo solamente por estupidez, Bjartur, pero, personalmente, me inclino a estar de acuerdo con Einar, cuando sostiene que eso es una exageración de la verdad. Por lo menos dudo de que ambos, tú y yo, que gozamos de todas las bendiciones de una creciente prosperidad por efecto de la guerra, tengamos derecho a motejarla de ese modo. Pero, por otra parte, estoy convencido, del mismo modo, de que Einar va demasiado lejos cuando declara que la guerra surgió de algún ideal definido. Me agradaría señalar que no hablo en esta cuestión como concejal pedáneo, porque la guerra no le atañe al concejo pedáneo como tal. Pero si tuviese que darles mi opinión personal en punto a esta guerra, que para mí es solamente una especie de discordia, diría que esta discordia nació, como muchas otras, primero y principalmente de un malentendido. Esta guerra, por lo que he podido enterarme, se libra principalmente entre dos países, Francia y Alemania, como se los llama, aunque, está claro, Inglaterra también desempeña un papel importante, especialmente en el mar, donde tiene una cantidad de elegantes naves de guerra que constituirían un mérito para cualquier país aunque se las empleara para fines útiles. Pues bien: un día, en verano, poco después de estallar la guerra, ocurrió que tuve ocasión de visitar al Funcionario Médico del Distrito por alguna fruslería relacionada con la medicina para los perros, y mientras estábamos sentados, bebiendo una taza de café, me trajo un interesantísimo libro extranjero y me mostró algunas fotografías de esos dos países, Francia y Alemania. Querría dejar aclarado que examiné las fotografías con tanta atención como lo permitían las circunstancias. Y llegué a la conclusión, después de un examen minucioso y de una concienzuda comparación de las fotografías, de que no existe ninguna diferencia fundamental entre Francia y Alemania y de que, en realidad, son ambos el mismo país; no hay siquiera un estrecho entre ellos, ni un fiordo. Los dos tienen trigales, los dos tienen bosques, los dos tienen montañas, los dos tienen ciudades. Al menos resulta imposible descubrir diferencia alguna en los paisajes. Y en

cuanto a los habitantes de esos países, no temo afirmar que no tienen un aspecto más estúpido ni más malvado que los de cualquier otro, y por cierto no más estúpido en un país que en el otro, a juzgar por las fotografías, parecen ser personas normales y corrientes, salvo que, en lo que respecta a los alemanes, se dice que tienen el pelo cortado al rape, en tanto que muchos franceses se atienen a la antigua costumbre de dejarse la barba, tal como en nuestra parroquia, por ejemplo, donde algunos llevan el pelo corto y otros se dejan crecer la barba. Supongo que la verdad es que tanto los franceses como los alemanes son gente corriente, individuos de natural honrado, inofensivo, tales como podemos encontrarlos por aquí, por ejemplo. Por eso he llegado a la conclusión personal (que estoy perfectamente dispuesto a sostener en público, necesario fuera) que la antedicha discordia existente entre esos hombres surgió de un malentendido. Y que la causa de ello es que cada uno piensa que es mejor que el otro, cuando, en rigor de verdad, no existe una real diferencia entre ambos, salvo quizá en una pequeña variación en la forma de llevar el cabello. Cada uno sostiene que su país es en cierto modo más sagrado que el otro, aunque en realidad Francia y Alemania son el mismo país y nadie que estuviese en plena posesión de sus facultades podría ver diferencia alguna entre ellos. Pero, a pesar de eso, es siempre una cosa grave ponerse de parte de uno de los dos combatientes, y la actitud más sensata, claro está, es estar en buenas relaciones con ambas partes y no hablar mal de ninguna. Por mi parte afirmo que esperaré pacientemente hasta que gane uno o el otro; me importa poco cuál, siempre que gane alguien, porque entonces habrá mayores probabilidades de que los dos países se combinen y se conviertan en uno, de modo que en el futuro no se produzcan nuevos malentendidos en punto a que son dos países distintos.

61. Cuestiones de fe

Y así, para la siempre creciente prosperidad de la tierra y sus habitantes, la Gran Guerra continúa, continuó durante más de cuatro lucrativos años, y cuanto más se prolonga tanto mayor es la alegría que despertaba en los corazones de la comunidad, pues todos los hombres buenos esperaban que prosiguiese hasta el día del Juicio Final, y rezaban para que así fuese, y muchos, especialmente los de natural ingenioso, no la denominaban jamás con otro nombre que el de Bendita Guerra, porque las mercancías islandesas continuaban cotizándose a precios cada vez más elevados en el extranjero, y en el continente luchaban naciones enteras, entre otras cosas, por el honor de importarlas. Esos talentosos pero singulares beligerantes que hasta entonces se habían contentado con dirigir una mirada ciega hacia una Islandia azotada por el hambre, la esclavitud, los comerciantes y todas las demás plagas concebibles, se empujaban de pronto unos a otros en la precipitación por comprar nuestros productos y ayudarnos a avanzar y a ascender en nuestro camino hacia la riqueza y la felicidad, así que muchos agricultores hacendados se dedicaron a la tarea de comprar las tierras que trabajaban, y los que, antes del estallido de la contienda, habían pasado un infierno para adquirir las suyas, comenzaron a pensar en renovar sus casas, mientras los que se hallaban endeudados encontraron nuevas oportunidades para incurrir en nuevas deudas, en tanto que los que no debían nada, pero podían necesitar préstamos para ampliar sus actividades, obtenían de los bancos sonrisas de dulzura increíblemente seductora. La gente comenzó a trabajar la tierra en mayor escala, la gente aumentó su ganado, la gente incluso enviaba a sus hijos a educarse, y en algunas casas se veían, no uno, sino hasta cuatro perros de porcelana de mayor tamaño que antes, e incluso instrumentos

musicales, las mujeres se paseaban llevando todo tipo de sortijas de tumbaga, y muchas personas habían adquirido sobretodos y botas de montar, artículos que antes habían estado fuera del alcance de la gente que vivía de su trabajo. El gobierno de la nación se embarcó en un gigantesco programa de obras públicas, y los que tenían la fortuna de contar con un diputado, un idealista tan enérgico como Ingólfur Arnarson, consiguieron que en su distrito se construyeran caminos y puentes. Se construyó un camino de carruajes desde Fjóróur, pasando por el valle de Bjartur de la Casa Estival, hasta llegar a la casa consistorial, y pronto los primeros vehículos automóviles rugían a lo largo de esa carretera a increíbles velocidades, asustando a los caballos de todos y encabritándolos. Pero, en ese oleaje de dinero y de gozosa prosperidad que se derramaba sobre las dispersas casas solariegas del país como una avenida, algunos, es de lamentarlo, parecían haber perdido su facultad de razonar sensatamente, porque resultaba imposible disimular el hecho de que las propiedades se compraban a precios ridículamente altos, de que la pasión por construir excedía los límites de lo razonable y de que muchos niños regresaban a sus hogares, desde la escuela, apresuradamente educados y demasiado educados. Había, empero, los que conservaban su sano juicio, hombres que lo tomaban todo con la mayor calma, que no introducían cambios en su modo de vida, ni compraban perros de porcelana, ni gastaban ningún dinero en la educación de sus hijos; antes bien aumentaban su ganado gradualmente, ejercían moderación en la mejora de su propiedades y continuaban trotando tranquilamente hacia las metas que se habían fijado. Uno de éstos era Bjartur de la Casa Estival. No se mostraba ahora más encariñado con los lujos inútiles de lo que lo estuviera anteriormente, pero cada año que pasaba gastaba más y más dinero en contratar hombres que le ayudaran y en la compra de más ovejas. Hubo una época en que basó su calendario en la llegada de una vieja asquerosa llamada Fríóa, desgracia tan torva como cualquiera que tuviese relación con una vaca; pero esos días habían pasado. En muy poco tiempo había llegado a tener doscientas cincuenta ovejas, dos vacas y tres caballos, y empleaba mozos de labranza, hombres y mujeres, en el verano, y un ama de llaves y un pastor durante el invierno, y más

aún: para alojar a toda esa gente había adaptado el viejo establo de abajo, y, donde otrora hubo un agujero en la pared para sacar el estiércol, había ahora una ventana con cuatro pequeños vidrios. Un grano no hace granero pero ayuda al compañero, dice el refrán, y ése era el crecimiento seguro y sólido que avanza sin revolución, sin ruido y como por propia iniciativa, el desarrollo saludable. El hombre mismo no había cambiado, nunca se permitía mayores lujos en su forma de vida que el de tenderse sobre una hacina, cuatro minutos apenas, durante el día, en la esperanza de caerse muy pronto de ella, preferentemente en un charco, y a sus ayudantes les exigía esfuerzos adecuados en su trabajo, invierno y verano, y todavía poseía la habilidad de mascullar bien construidos versos para sí, cuando estaba solo.

La anciana seguía viviendo a su modo, como una vela que el Señor se ha olvidado de apagar, musitando sus salmos y tejiendo, sin advertir la existencia de una nueva era, y negándose a admitir que una carretera había sido tendida a través del valle, o que los automóviles podían llegar al fiordo en cuarenta y cinco minutos, y a Útirauðsmyri en quince, pues en realidad no creía que hubiese camino alguno, salvo, cuando mucho, el camino del Señor. Y hay una guerra mundial, gritaba alborozada la gente. Pero ella decía que no había guerra mundial. Decía que lo más que podía haber era la misma vieja guerra que continuaba en el extranjero desde que tenía memoria; guerra mundial, ¡qué tontería! Eso lo decía porque no creía que existiese el mundo. Pero insistía en afirmar que el pegujal estaba maldito. Más tarde o más temprano la maldición se cumpliría, y los que viviesen para verlo se enterarían de ella a su costa. Kólumkilli había permitido muy pocas veces a los que se aferraban a esa choza que salieran con bien de ella. Pero las puestas de sol eran encantadoras en Uróarsel, he vivido allí cuarenta años y nunca sucedió nada. Seguía queriendo regresar a su hogar.

Y ahora la historia pasa a hablar de la cooperativa, esa floreciente empresa comercial, propiedad de los agricultores, en una palabra, que torna superfluos a los intermediarios y garantiza al productor rural buenos precios por sus productos, y que crea las condiciones adecuadas para el comercio, la construcción, la producción y los asuntos financieros. Estas sociedades salvarán al

campesinado del país y convertirán a todos los agricultores pobres en gente adinerada, como sucedió, precisamente, en Dinamarca. La cooperativa de Fjóróur ha florecido, las cooperativas han florecido en todas partes. Los parásitos de la nación, los compradores, estaban completamente vencidos o luchaban sacando apenas la cabeza del agua, los agricultores tenían un dominio cada vez más firme sobre sus propios asuntos: comercio, agricultura, edificación, incluso electricidad, y los periódicos de los agricultores del sur, decían que se estaban echando en Islandia los cimientos para una agricultura a gran escala, una agricultura de un tipo absolutamente capaz de mantenerse al nivel de los tiempos, una agricultura que sería la principal ocupación del pueblo y la piedra angular de la libertad comunal. Los que se oponen a los intereses de los campesinos son los más acérrimos enemigos de la nación. Abajo los intermediarios. Usted ahorrará un veinticinco por ciento tratando con las Sociedades Cooperativas, las Sociedades Cooperativas han sido fundadas para resistir la tiranía del capitalismo y salvaguardar los intereses del pequeño productor y del hombre corriente. Pero todavía queda por mencionar el punto más importante. Las Sociedades Cooperativas tienen una meta mucho más elevada que la de los simples beneficios financieros. Tratan de mejorar a la humanidad, de ampliar los horizontes del ser humano, de hacerle más bondadoso en sus tratos con los de posición inferior.

En relación con todo ello, la cultura campesina se había convertido de pronto en el gran evangelio predicado por los periódicos de la capital. Todo para los campesinos. El campesino es la sangre y el espinazo de la nación. Los valles montañeses constituyen la cuna de lo más admirable de la raza. Los hombres de campo salen a sus verdes prados bañados en una atmósfera clara y pura y, cuando la inspiran, una energía desconocida les corre por los miembros, vigorizándoles cuerpo y alma. Los ciudadanos no tienen noción de la paz que concede Madre Natura y, en tanto esa paz no ha sido conseguida aún, el espíritu aplaca su sed con novedades efímeras. Por otra parte, el pastor está henchido del espíritu heroico, porque el viento helado le endurece y le galvaniza. Tal es la belleza de la vida rústica. Es la más bella institución educacional de la nación. Y los campesinos llevan la cultura rural

sobre sus hombros. Una sabia prudencia está entronizada entre ellos, una perpetua fuente de bendiciones para la tierra y sus moradores. Y la Naturaleza, sí, el paisaje islandés es maravilloso con sus colinas, sus cañadas, sus saltos de agua y sus montañas. No es extraño que los que habitan en los valles montañeses sean las personas auténticas, la gente de la naturaleza, la única gente verdadera. Su vida transcurre al servicio de Dios.

La dignidad de la vida del campesino y de las virtudes de su cultura había sido hasta entonces no más que una clase especial de evangelio que la Señora de Rauðsmýri predicaba en las reuniones sociales, especialmente en las fiestas de bodas, quizá porque lamentaba haberse ido de la ciudad; nadie se había molestado nunca en prestarle atención alguna. Pero ahora aparecía en periódicos elegantes impresos en el sur y enviados a todas las casas del país; todas las semanas reaparecía el tema en una u otra forma. Era como si se encontrara uno con la Señora de Myri en cada página que se publicaba, con un rostro maternal como el del Papa. Y la gente en general comenzó a creer en ese evangelio y muy pronto la cultura rural tuvo una gran demanda en los distritos rurales. Basta de cicatería tradicional, basta de la herencia de espectros… Kólumkilli, ¿quién se molestaría ahora en escuchar tales tonterías? No, el pegujalero islandés había despertado de un sueño de siglos. Era mucho más dudoso aún que alguna vez hubiese estado dormido. En muy poco tiempo había formado su propio partido político, un partido cuyos esfuerzos se dirigían contra los conservadores, los egoístas, los intermediarios y los ladrones; el partido de los cooperativistas, de los pequeños productores, de la gente común y de los reformadores progresistas, el partido de la justicia y los ideales. Uno de los primeros que llegó al parlamento con el expreso fin de borrar la injusticia y luchar por los ideales de la nueva edad de oro que alboreaba fue Ingólfur Arnarsonjónsson. Uno de los que votaron por él fue Bjartur de la Casa Estival. El crédito que este último tenía a su nombre en los libros de la cooperativa crecía de año en año. Y entonces, ¿es que había comenzado a creer en Ingólfur Arnarson y en los demás de Rauðsmýri? Ignoro si realmente comenzaba a tener verdadera fe en ellos, pero lo cierto es que cuando los peones camineros del Estado

estaban construyendo un puente sobre el barranco que hiende la montaña, en primavera, después que Ingólfur Arnarson hubiera convencido al gobierno de trazar una carretera a través del valle y de poner puentes sobre todos los ríos, llegó una tarde, caminando hasta la montaña, y trabó conversación con los obreros. Esa conversación reflejaba en cierto modo el estado de su fe en esos tiempos.

Los hombres clavaban cuñas en las rocas y las cortaban en pequeños bloques, que luego desbastaban con los cinceles. El puente se tendía sobre el río, muy por encima del vado, en un lugar en que la corriente caía en una estrecha garganta, de modo que se necesitaban altos malecones y mucha piedra para levantarlos.

—Estáis quitando las aristas a las piedras, muchachos —dijo Bjartur, orgulloso de las ventajas que el Estado obtenía de las rocas de su propiedad.

—Sí, pero preferiríamos estar quitándoles el vestido a las mujeres —le replicaron.

—¡Escuchad, estúpidos! —exclamó él—. No he venido hasta aquí para intercambiar chistes obscenos con vosotros.

—No, claro que no. ¿De qué te servirían los chistes obscenos a ti, un alfeñique que no ha tenido fuerzas para engendrar una o dos hijas que nos alegren el paisaje?

—¿Un alfeñique? —bufó Bjartur—. Si queréis probar fuerzas, será mejor que practiquéis con algo más resistente que ese material. Es más blando que el requesón.

—¿Querías algo? —le preguntaron.

—No es cosa vuestra averiguarlo… al menos dentro de esta propiedad —replicó él. Yo soy quien debe preguntar y vosotros los que debéis responder.

—Vaya, todo un rey, ¿eh?

—El que no tiene deudas es como si fuese un rey —contestó Bjartur—. Y si tomo un hombre a mi servicio, le pago salarios tan buenos como los del gobierno. Pero ahora que me acuerdo, ¿alguno de vosotros, muchachos, podría cincelarme una lápida?

—¿Una lápida? —preguntaron los hombres con gravedad, porque sentían un inmenso respeto hacia la pena—. Ese es en realidad un tipo de trabajo más delicado del que estamos

acostumbrados a hacer.

—Oh, no es necesario que sea nada delicado. Lo que quiero es algo que tenga aproximadamente la forma de una lápida, para guardar las apariencias, algo más angosto en la parte superior que en la inferior.

—Eso ni hay que decirlo —afirmaron los hombres—; pero, naturalmente, nadie se encarga de un trabajo así si no se le paga jornal de horas extraordinarias.

Bjartur repuso que nunca había gozado de fama de cicatero, y menos en cosas como ésta. Eso lo entendieron ellos perfectamente, porque las tumbas de los seres queridos son suelo santo; un hombre no mira el céntimo en esas circunstancias. Dejaron de decir obscenidades.

Y entonces comenzó el regateo. Ninguna de las dos partes tenía mucha experiencia en esas transacciones, de modo que el proceso fue lento y discutieron durante un tiempo considerable. Se exhibía cautela por ambas partes, incluso cortesía, sobre todo por parte de los picapedreros. Pero finalmente se llegó a un acuerdo. Bjartur subrayó repetidas veces que no era necesario un trabajo demasiado fino. ¿Quería una inscripción? Sí, una inscripción. Ah, eso complicaba las cosas; no eran en modo alguno expertos en el arte de grabar letras.

—Oh, no es preciso que sea nada ornamental —dijo Bjartur—. Bastarán las iniciales, o el nombre de pila, junto con el nombre de la persona que le erigió a ella la lápida.

—¿Es para tu esposa? —le preguntaron.

—Oh, no —repuso Bjartur—. No exactamente. Pero es para una mujer. Una mujer a quien yo y otros ofendimos durante muchos años… quizá. Un hombre es a menudo injusto en su forma de juzgar, y, en consecuencia (probablemente), en sus actos. Uno teme el pan ajeno.

—¿Está enterrada en Rauðsmýri? —preguntaron.

—¿En Rauðsmýri? ¿Ella? —repitió él, intensamente ofendido. Y agregó, orgulloso de la mujer—: No, oh, no; nunca les tuvo mucho cariño a los de Rauðsmýri ni a su cementerio. Yace en mis tierras; está, permitidme que os lo diga, a menos de un tiro de piedra, en la montaña, al borde del barranco.

Durante unos momentos le miraron atónitos, sin saber cómo tomar la información, hasta que al cabo uno de ellos dijo:

—Seguramente no te referirás a la vieja fantasma, ¿eh?

Y otro:

—¿Estás tratando de burlarte de nosotros, maldito seas?

Pero Bjartur no se burlaba de nadie, nunca le había gustado burlarse, hablaba en serio, y en rigor había pasado cierto tiempo hasta que concibió la idea de dar una piedra a la pobre y vieja Gunnvór, que yacía en sus tierras desde hacía siglos, en una tumba deshonrada, y que había sido blanco de las calumnias y las injurias que unían su nombre al de un demonio; pero ahora era el momento de ofrecer una reparación y limpiar su nombre de todas esas supersticiones papistas. Naturalmente, no negó el hecho de que había sido una mujer sumamente infortunada, pero dudaba de que hubiese sido acosada por peor suerte que la nación en conjunto, él mismo había conocido tiempos difíciles, pero ¿qué eran ellos en comparación con los tiempos difíciles que padeció la nación en el pasado, durante la Gran Hambruna, por ejemplo, o en la época del Monopolio, cuando el demonio Kólumkilli parecía estar asfixiando a toda la nación?, y algunos afirmaban que ella había matado a muchos, pero ¿quién no ha matado a alguien, si vamos a eso? ¿Qué es la gente? Cuando los tiempos son malos, la gente es menos que el polvo que se pisa. Dijo que la consideraba como su vecina del brezal, y aunque hasta entonces no había abrazado jamás su causa, había ahora un auge en la agricultura y en la pesca y por cierto que era llegado el momento de ofrecer alguna compensación a una mujer durante tanto tiempo despreciada. Por lo tanto, había decidido regalarle una piedra y olvidar lo pasado. Y, lo que era más, estaba dispuesto a concederle su propio nombre, para que le hiciese compañía a través de los siglos, en lugar de la monstruosidad papista que se le había endosado hasta entonces. Y les dio instrucciones para que pusiesen la siguiente inscripción en la piedra: «A Günnvór, de Bjartur».

62. Billetes de entrada

Y ahora el pequeño Gvendur ya es grande.

Era un joven prometedor, bastante parecido a su padre en cuerpo y porte, pero de talante más afable, y, sin embargo, cosa extraña, carente de grandes inclinaciones hacia la poesía o de habilidad para componerla. Ello, sin embargo, no era considerado un defecto serio, porque para entonces ya se habían escrito poesías acerca de casi todos los temas dignos de poetización, algunas de ellas razonablemente buenas. Y además, los años de su adolescencia se distinguieron menos por la poesía que por la prosperidad general que reinaba en la tierra y en el mar y por las múltiples bendiciones de una guerra mundial enviada por el cielo. Era corpulento, incluso un poco torpe; tenía cabello rubio pocas veces cortado o peinado y rostro rubicundo, con ojos que, aunque bonachones y no muy penetrantes, no carecían en modo alguno de resolución. Pero ¿qué es la resolución? Era muy fuerte. Se le conocía como único hijo del campesino de la Casa Estival, y ese título tenía no poca dignidad en esos días en que el precio de las ovejas había llegado a treinta o cuarenta coronas, y más aún; en que había una vaca en la granja, y luego otra, y su presencia no provocaba exteriorizaciones de mal humor, no significaba afilar cuchillos, sino que, aparentemente, era aceptada casi como un fenómeno natural; en que, además, el antiguo trabajador solitario se había convertido en patrono, en un empleador de desconocidos que llegaban durante el otoño y la primavera, de cerca y de lejos, y que, aunque exigían altos jornales y trabajaban solamente catorce horas diarias, eran clasificados, pese a todo, mucho más bajos en la escala social que el hijo del agricultor. Un hermoso día heredaría ese pequeño reino del valle. Desde la niñez en adelante sus intereses, ya estuviese dormido o despierto, habían girado en torno a la prosperidad de la granja.

Amaba la tierra, como suele decirse, aunque generalmente sin tener conciencia de ello. Y no estaba dispuesto a luchar contra la penuria y la adversidad, sin querer vencerlas por medio de ideales, y deseoso de emprender la lucha. Nunca había pedido otra alegría que la de saber que las ovejas se criaban con buen resultado en la época regular, y la de verlas pasar el invierno con fuerzas suficientes como para salir a los pantanos en primavera. Posiblemente sea ésa la verdadera alegría. Aunque el altillo estuviese ya un poco torcido y el piso se combase pronunciadamente bajo el pie, jamás lo consideró un problema especial. Nada le parecía más natural a Bjartur que tener un hijo así. Lo que le intrigaba era por qué no tenía media docena de esa clase. Pero ¿a qué quejarse? El muchacho tenía ahora diecisiete años. En su caso, la riqueza era el resultado de seguir haciendo algo, en lugar de sentarse afuera, en el empedrado, a barbotar tonterías sin sentido, o de dejarse llevar por la fuerza de sueños tontos, o incluso por los fantasmas, como hicieron sus hermanos. Y ahora, ciertamente, ellos estaban muertos, cada uno a su modo, en tanto que él vivía y era dueño de seis ovejas.

En esa época hubo un gran movimiento, o disolución, como algunas personas preferían llamarlo, que se hizo sentir en la comunidad. Y no hay muchos que puedan soportar un movimiento semejante sin conmoverse, una disolución así sin disolverse. No; apenas unos pocos. El principal movimiento y la principal disolución se llevaban a cabo en cuestiones monetarias, y algunas personas consideran que el dinero es la única cosa que gobierna, ya sea por faltar por completo o por existir en abundancia, o por existir en cantidades regulares. Los hombres advirtieron de pronto que la cantidad de dinero que podía ser detentada por una persona en un momento dado era mucho mayor que la que previamente se había pensado. Los que hasta entonces mencionaban muy pocas veces en serio una suma superior a las dos coronas, comenzaban ahora a hablar de decenas de coronas; los hombres de diez a veinte coronas se negaban a hablar de cualquier cosa que no superase el millar, e incluso los viejos inválidos lacrimosos que durante años no ganaron ni una moneda hacían ahora negocios que sumaban cantidades parecidas a las cifras del poema astronómico Jijóla. Pórir de Gilteig

consiguió comprar sus tierras, y algunas personas decían que las había pagado, pero todas la marcas cayeron por la borda cuando un filósofo consuntivo como Ólafur de Ystadalur logró firmar un contrato para adquirir las tierras que trabajaba, por una suma que, según se decía, bordeaba las veinte mil. Otros ponían sus ganancias en la caja de ahorros de Fjóróur. La Caja de Ahorros se relacionaba generalmente con el nombre del alcalde de Myri, porque éste tenía cien mil coronas depositadas en ella, aunque tal vez fuese una mentira, ya que nadie se quejaba tan amargamente como él de la eterna opresión de las deudas. Y en la caja de ahorros, el dinero rendía intereses con un porcentaje fenomenal; algunas personas decían que en cuanto sus depósitos eran asentados en los libros, se multiplicaban como ratas. Entre los que tenían dinero en ese establecimiento se contaba Bjartur de la Casa Estival. Su nombre gozaba de prestigio en la caja de ahorros, y se le concedían intereses. A despecho de todo lo ocurrido, los de Rauðsmýri le pagaban ahora con intereses. Era como si todo el mundo se hubiese vuelto patas arriba.

Y ahora, ¿quién está en el empedrado, sino el alcalde en persona, con un tiro de tres caballos, como si creyese que tenía un triple trasero, y un par de botas que seguramente le habían sido entregadas como saldo de una deuda? La guerra derrama larguezas sobre encumbrados y humildes por igual. Está quejándose de que a uno de sus caballos se le ha soltado una herradura.

—Y de paso —gruñe—, los pantanos de pastoreo han quedado hechos un asco con esa maldita carretera.

—Bueno, pero son mis pantanos, ¿sabe? —replicó Bjartur.

El alcalde:

—Me aseguran que tu suegra todavía está viva.

Bjartur:

—Sí, y a mi costo, no al de usted. Nunca ha comido todavía el pan ajeno, aunque hubo una época en que usted quiso sacarla de aquí y mantenerla a expensas de la parroquia.

—¿Qué fue del pegujal suyo?

—¿Qué pegujal?

—El de ella, el de ella misma. ¿Qué ha sido de él?

—Ah, supongo que seguirá en Sandgilsheiói, como siempre.

—Siempre has sido un cerdo intratable —dijo el alcalde—. El peor que jamás he conocido. Maldita sea si alguien puede arrancarte una palabra en un hermoso día de primavera.

—Uno recuerda mejor las cosas que aprendió de niño. Y yo recibí mi educación no demasiado lejos de alguien a quien conozco.

—He oído que quieres vender esto e irte —dijo el alcalde.

—¿Irme? ¿Adonde? Es mentira.

—¿Quizá será, entonces, que estás pensando en construirte aquí una casa decente?

—Haré lo que me plazca, tanto en materia de construcciones como en cualquier otra cosa.

—Me pareció que podía preguntártelo, por si resultaba cierto. Y aunque no lo fuese, puede que quisiese hacerte una oferta por esos viejos corrales míos de invernada.

—Ocurre que este lugar se ha estado llamando Casa Estival durante los últimos dieciocho años, amigo —repuso Bjartur—. Pero no me sorprende que se haya olvidado de ello. Hace mucho tiempo que ya no tenemos trato… Y ahora permítame que le diga esto: Es probable que Rauðsmýri sea agregada algún día a la Casa Estival, y no que la Casa Estival sea agregada a Rauðsmýri.

—Rauðsmýri es tuya cuando quieras ofrecer algo por ella —dijo el alcalde. Setenta mil coronas y puedes quedártela.

—La compraré cuando me parezca.

—Entonces podrías venderme a mí otra vez mis corrales, mientras piensas qué harás. Diez mil al contado.

Bjartur:

—Sí, y probablemente todo dinero falso.

—Quince mil —dijo el alcalde.

A ese ofrecimiento Bjartur no ofreció más respuesta que la de pasearse lentamente en torno al alcalde, mientras resumía su concepto de la ascendencia y la reputación de éste en pocas palabras vigorosas, tal como había hecho ya en otras cien oportunidades. Pero para entonces la herradura estaba otra vez en su sitio, y el alcalde se preparaba a montar.

—Dije quince mil —expresó el alcalde, cuanto estuvo sobre la silla—. No es seguro que vuelva a repetir la oferta. Pero si prefieres construir, allá tú. Y si necesitaras un préstamo de la caja de ahorros,

te aseguro que no me interpondré en tu camino…

Quince mil coronas… ese avaro miserable que no podía nunca separarse de una moneda sin darle tres o cuatro vueltas en la mano, ¿había dicho quince mil coronas? ¿Estaría loco? Todos sabían que quince mil coronas en bloque debían ser dinero falso, a menos que uno mismo hubiese trabajado para guardarlas, y nadie haría tal cosa… Se lo tendría bien merecido si le perseguía y le mataba, como Egill Skallagrimsson, cuando Skálaglamm dejó olvidado su escudo en Borg, y se habían escrito sagas sobre él, y los espacios entre las líneas estaban cubiertos de oro y piedras preciosas. ¿Por qué tenía que ofrecerle dinero, si no por el pegujal, con la garantía del pegujal? ¿Por qué los de Rauðsmýri no podían dejar nunca en paz a aquel agricultor del valle? ¿Por qué le hacían siempre esos ofrecimientos asombrosos? No, estaba resuelto a retener sus tierras hasta el fin, la tierra de la que vivió con sus ovejas, la tierra en que vivió con sus ovejas. Y un hermoso día, cuando hubiese muerto, como las ovejas, su único hijo tomaría la bandera del agricultor del valle y transportaría la cultura rural sobre sus hombros, y así sucesivamente, hasta el futuro, hasta mil años por venir. Y si construía nuevos edificios —y estaba decidido a construir, todo a su debido tiempo—, no sería por instigación de los de Rauðsmýri, sino por motivos que sólo a él le concernían.

—Nunca dejes que te atraigan con dinero, Gvendur, hijo mío, si vives, como sé que llegarás a vivir, para ser el dueño de estas tierras. La tierra… en ella viven las ovejas. Y las buenas ovejas, las ovejas sanas, las ovejas de espesos vellones, las ovejas que se encuentran en buenas condiciones después del invierno, son los cimientos de la libertad y la reputación de un hombre.

Sí, en verdad era un buen hombre el que podía mantenerse inconmovible como una roca en esa época, cuando todo en su derredor, incluso el dinero y las opiniones acerca de la vida, flotaba y se arremolinaba en perpetuo cambio; cuando los más robustos muros de contención que separaban a los hombres y las cosas en el tiempo y en el espacio se derrumbaban; cuando lo imposible se tornaba posible e incluso los deseos de los que jamás se atrevieron a formular uno se cumplían continuamente. Pero si hasta las ovejas tenían pan, tal como el gobernador y otros altos funcionarios, y

cubos de arenques de primera clase eran puestos ante los morros de las vacas incultas… que mascaban esos manjares con la más afable de las expresiones, echando las orejas hacia atrás y cerrando los ojos en soñador éxtasis. Los islandeses enviaban sus barcos a América, cosa que no hacían desde más de novecientos años atrás, cuando Leifur el Afortunado encontró aquellas tierras y fue allí y las volvió a perder. Sí, en verdad que todo eso era importante y de largo alcance. Y entonces, en mitad de ese aluvión de buena suerte que había roto todas las esclusas e inundado todos los canales, en un período en que los hombres se habían olvidado ya de la facultad de maravillarse ante los grandes acontecimientos o de sentirse inquietos por las grandes calamidades, llegó una carta para el señor Guðmundur Guðbjartsson, tuvo que ir a buscarla a Rauðsmýri y firmar de su propia mano el recibo, y no se atrevió a abrirla hasta que llegó nuevamente a la cima de la montaña, porque lo último que deseaba en ese mundo era dejar que los de Rauðsmýri descubriesen algún secreto suyo. Y se sentó en un hondón y el pasto nuevo apenas había comenzado a abrirse paso a través de las marchitas hierbas del invierno, porque corrían los comienzos de mayo. Y abrió la carta. Y de ella cayeron dos trozos de papel azul, con letras extranjeras en ellos y una sabia firma con toda clase de arabescos ornamentales. En un tercer papel había unas pocas palabras escritas con letra legible; firmado, Nonni; contenido, el siguiente: «Doscientos dólares, que el tío te envía para que puedas venir inmediatamente a América; la guerra ha terminado; los tiempos son buenos. Puedes ser lo que quieras». Aun el hombre más atado a la tierra que haya existido jamás no fue nunca tan apegado a la tierra que no quisiese ir a América. Se dice que, durante los últimos cien años, los hombres más apegados a la tierra de todo el mundo han emigrado a América, en grandes vapores, cruzando un vasto océano. Lo único que impide que los hombres más apegados a la tierra la abandonen, no es la tierra misma, y no son los lazos del hombre con ésta, sino la falta de dinero con que llegar a América. Así como los habitantes de los valles de Islandia, el corazón, la flor, la sangre y la columna vertebral de la nación, la saludable cultura rural en persona, habían emigrado a América durante un período de cuarenta años, tan vacíos de expresión como los israelitas en el

desierto, con fuentes bajo el brazo y fragantes edredones de plumón de pájaro bobo, como si en América no hubiese fuentes ni edredones… así, se nos informa, lo hizo la flor de Polonia durante un período de cincuenta o cien años, y así sigue haciéndolo, si se le presenta la oportunidad, no sólo con sus ropas de cama, sino también con las ruedas de sus amadas carretillas para transportar estiércol, por temor de que allí sean desconocidas las ruedas. Tomemos, por ejemplo, a ese muchacho que estaba sentado allí, en la blanca hierba invernal de Islandia, Guðmundur Guðbjartsson, diecisiete años, seis ovejas, zapatos de charol y qué sé yo cuántas otras cosas. Sería difícil, en verdad, imaginar a alguien cuyo corazón estuviese tan profundamente arraigado a una parcelita de terreno de los páramos, a un valle con una montaña y un lago, a un patrimonio de ilimitada descendencia a través de las generaciones, a ilimitadas posibilidades para esas generaciones que soñaba en primavera. Nadie había morado más dichosamente en el seno de la Reina de las Montañas, como se llama a Islandia en los poemas. Dos trocitos de papel azul, decorados con arabescos ilegibles, y todo había terminado. Estaba completamente seguro de que nunca más volvería a escuchar el canto de los pájaros de Islandia, y ya comenzaba a despedirse en su interior del valle que le había creado, del valle que en realidad era él mismo; ya estaba por completo resuelto a ser alguna otra cosa, a ser lo que quería en la tierra donde el ganado de un campesino es medido en términos de vacas y nadie se digna mencionar una forma de vida animal tan miserable como las ovejas.

Cuando regresa al valle, a la Casa Estival, y el cielo sabe que la casa ha comenzado a inclinarse en el paisaje, en esos días, en un ángulo ridículo, es para informar a su padre de que se propone viajar a América… dos billetes, montones de dinero, la guerra ha terminado, podía ser lo que quisiese, ganadero de bovino a gran escala, quizás ebanista como su tío.

Su padre estaba de pie en el empedrado, pensativo, contemplando el valle donde supondremos que en los sueños primaverales del futuro ha visto crecer y florecer su descendencia familiar. Es verdad, puede que nunca haya tenido tal visión y puede que jamás haya tenido ningún ideal coherente acerca de su trabajo,

o que no lo haya dotado de significado poético alguno, lo mismo que los franceses y los alemanes, que mataron a millones de hombres por ningún motivo o, como piensan algunas personas, por pura diversión. Pero no alteraba ese hecho destacado, que seguía siendo cierto, fijo e inmutable: un hermoso día le vería muerto, en el infierno, y entonces, ¿quién se haría cargo de las ovejas? ¿Es que dos trozos de papel azul falsificado era todo lo que se necesitaba para desarraigar a un robusto mocetón campesino que tenía un pasado de cien años en el campo y que, como individuo, se hallaba en perfecta armonía con la tierra y la gente? ¿No hacía falta algo más para convencerle, en los pocos minutos de caminata que había desde la montaña hasta el pegujal, para que traicionara a la tierra, a la gente y a sí mismo en el pasado, el presente y el futuro? Pero no dijo más que esto:

—Nunca hagas caso de las cartas de América; están siempre llenas de vanidad. Y lo que dicen en cuanto a la alimentación del ganado bovino es, en su mayor parte, mentira.

—Sí, pero yo podría ser ebanista —replicó el muchacho.

El padre escupió y continuó:

—He conocido a muchos ebanistas, hijo, pero todavía estoy por conocer a uno que haya progresado. Recorren toda la campiña, de parroquia en parroquia, clavando clavos para otras personas. Piedra que rueda no cría musgo.

El joven mantuvo un silencio empecinado, de modo que al cabo de un momento su padre prosiguió:

—He perdido ya a casi todos mis hijos, cada uno desapareció a su modo, y nunca pronuncié una palabra. Lo que se ha ido, ido está. Pero tú, que sabías cómo tratar a las ovejas… tendría que haberte golpeado los lomos cuanto tenías un año menos de edad.

—Cuando un individuo recibe tanto dinero como yo —repuso el joven—, ¿por qué no habría de utilizarlo para visitar un país más grande?

—¿Un país más grande? No digas tonterías. La Casa Estival es un país tan grande como cualquiera, y el que no puede progresar en Casa Estival no podrá hacerlo en ninguna otra parte. Otra cosa completamente distinta era tu hermano Jón. El había nacido con el amor a los viajes en la sangre, y tenía el corazón dirigido hacia

otras cosas, no a las ovejas… Pero tú, tú conoces las ovejas como pocos, y jamás te dejaré irte. A ti tenía pensado dejarte el pegujal. Siempre has sido el más leal de mis hijos y, aunque todavía eres un jovencito, es posible que llegue el día en que hagas un buen matrimonio y puedas contarte entre los grandes terratenientes.

El joven responde despacio, deliberadamente:

—Tengo diecisiete años. Y me asiste el derecho a decidir mis propios asuntos. Y aunque siempre he querido a las ovejas, tú no sabes nada de lo que en ocasiones puedo haber pensado para mis adentros, aunque no lo haya expresado en voz alta. Muchas veces he pensado que, si alguna vez se me presenta la oportunidad, la aprovecharé, y lo mismo, estoy seguro, les sucede a todos, ya tengan mi edad o sean mayores. Uno no se atreve a pensar en nada en voz alta, ni a esperarlo, de modo que continúa haciendo algo, y algunos continúan haciendo algo hasta que se mueren. Yo casi no podía creer a mis ojos cuando abrí la carta, en la montaña, porque nunca me había atrevido a pensar nada en voz alta, o a esperar algo, aunque es posible que haya pensado y esperado inconscientemente. Quizá ésta sea la única oportunidad que se cruce jamás por toda mi vida. No soy un tonto, pero por cierto que lo sería si no aprovechara esta oportunidad de salir al mundo y ser algo en él, igual que los que se atrevieron a pensar en voz alta.

—No digas tantos disparates —repuso el padre—. ¿Qué demonios te crees que sabes en punto a cualquier condenado mundo? ¿Qué es el mundo? Este es el mundo, el mundo está aquí, en Casa Estival; mis tierras, mi casa es el mundo. Y aunque quieras comerte el sol en un acceso momentáneo de locura, porque has visto un par de billetes de banco azules de América, que son evidentemente tan falsos como cualquier otra suma importante de dinero que cae en manos de un individuo, a menos que haya trabajado para ganarla, más tarde o más temprano descubrirás que la Casa Estival es el mundo, y entonces tendrás motivos para recordar lo que te he dicho.

Interrumpieron su conversación con sentimientos poco cálidos.

63. Torvo en guardia

No hizo nuevas tentativas de convencer a su hijo, tratar de convencer a alguien es un signo de debilidad, un hombre independiente piensa solamente en sí mismo y deja que los demás hagan lo que les plazca, y él nunca había permitido que nadie le convenciese. Pero, a partir de ese día, su hijo ya se había ido, por lo que a él concernía, ya no le hablaba, ni siquiera para darle sus órdenes para el día, trabajando con el peón en una honda zanja que se proponía cavar en los marjales, trajinaba como un poseído desde el alba hasta el oscurecer. El joven tampoco decía nada, pero la inminente separación le pesaba en la mente con una pena mezclada con aprensión, porque la tierra le corría por la venas, sin palabras, sin ideas, y ahora sentía como si estuviese a punto de abandonar el suelo y elevarse en la atmósfera, hacia el cielo. Pero no podía evitarlo. Nadie puede evitarlo. Uno es realista. Uno lo ha soportado todo desde la niñez; uno ha tenido la valentía de mirarlo todo directamente a la cara, y quizá la suficiente como para mirarlo a la cara durante toda la vida. Y luego, un día, las distancias llaman con sus flotantes posibilidades, y en las manos de uno se encuentran los billetes de entrada, dos trocitos de papel azul. Y uno no es ya realista. Ha terminado de soportarlo todo, ya no tiene valor de mirarlo a la cara, se encuentra en poder de acogedoras distancias hospitalarias, de flotantes posibilidades, quizá por siempre jamás. Quizá ha terminado la vida de uno.

—Me voy mañana —dijo.

Ninguna respuesta.

—¿Querrías comprarme las ovejas?

—No, pero si quieres te las ahogaré en el pantano.

—Muy bien. En ese caso se las regalaré a Asta Sóllilja, cuando pase por Fjóróur.

—¡Ja! —exclamó el padre—. Debes de estar loco. Te matarán.

—Ya no hay guerra; la guerra ha terminado.

Y ahí finalizó la conversación.

—Abuela —dijo el mozo—, mañana me voy.

—Oh, espero que no muy lejos —dijo ella.

—Me voy a América.

Ella dejó las agujas en el regazo y le miró durante un rato con la cabeza inclinada. Luego, introduciendo una de las agujas bajo su cofia, se rascó por unos instantes con la punta.

—Bien, eso me ha espantado los piojos de la cabeza —dijo, y continuó tejiendo.

La mañana siguiente él se despertó con todas las facultades embotadas y torpes, como si estuviese a punto de elevarse en la atmósfera. Se despidió de su abuela con un adiós exento de elementos poéticos. Ella no le pidió que enviase recuerdos a sus parientes de América. Como su padre no le había ofrecido un caballo, partió a pie, con su traje azul de los domingos, con su reloj y su cadena, con los zapatos de charol envueltos en un pañuelo, bajo el brazo, porque su equipaje le había precedido. Se puso los calcetines sobre los bajos de los pantalones, para protegerlos. Las aves cantaban. Había blancos cinturones de bruma en las montañas, aquí y allá. Rocío en el campo, los marjales amarillentos, parduzcos, verdes en los retazos más secos. Su padre estaba ya trabajando en el zanjón y él se acercó para despedirse. Bjartur no se molestó siquiera en salir de la excavación; dijo adiós desde abajo, desde el barro.

—Padre —dijo tímidamente, al borde de la zanja—, no pienses mal de mí.

—Tengo miedo de que te traten mal, hijito —replicó él—. Matan a todos los que tienen un poco de decencia. Pero si te hubieras quedado, te habrías convertido en un hombre independiente como yo. Abandonas tu propio reino para ser sirviente de otros hombres. Pero es inútil quejarse. Me quedaré solo aquí, eso es todo. Y me quedaré tanto tiempo como me quede. Puedes decírselo al pequeño Nonni. Y que tengas buena suerte.

Y así perdió a su último hijo, mientras estaba profundamente hundido en un zanjón, en esta etapa de su carrera en que la prosperidad y la soberanía total se encontraban ya a la vista,

después de la larga lucha por la independencia, que le costó sus demás hijos. Que se vayan los que quieran irse; probablemente sea mejor. El hombre más fuerte es el que está solo. El hombre nace solo. El hombre muere solo. Y entonces, ¿por qué no ha de vivir solo? ¿Acaso la perfección de la vida, la meta, no es la habilidad para estar solo? Continuó cavando. Y luego, de súbito, se le ocurrió un nuevo pensamiento. Arrojando la pala, salió del pozo. El joven había recorrido un corto trecho del aguazal.

—¡Eh! —gritó su padre, y corrió hacia él hasta que le alcanzó—. ¿No dijiste anoche algo acerca de Asta Sóllilja?

—Dije que le daría mis ovejas, si tú no querías comprarlas.

—Ah, ya veo —repuso su padre, como si no hubiera recordado la relación—. Oh, bueno. Adiós, entonces. Pero acuérdate de esto: el que la guerra haya terminado no significa que no sean capaces de matarte por pura imbecilidad. ¿Crees que los hombres que son capaces de combatir durante cuatro años se convertirán de pronto en modelos de virtud e inteligencia, sólo porque han firmado la paz? No, todos están locos.

A su hijo no se le ocurrió nada adecuado para responder a tan profundo pensamiento.

—De paso —dijo entonces su padre, todavía junto él—, si llegases a ver a Asta Sóllilja, podrías contarle que hice un viaje a las montañas del sur, un día, a comienzos de la primavera, y que, cuando me encontraba contemplando cierta roca se me ocurrieron dos estrofas. Dicen así:

Hosca guardiana, donde yerguen montes sus pálidos sudarios de neblina, se levanta una roca de tristeza, negra y feroz, colérica y altiva.

Ningún capullo a su costado trata de disipar sus signos agresivos. Ha muerto ya su última flor. Malditas las brujas que presiden su destino.

—¿Crees que podrás recordarlos?

—Puedo recordar cualquier cosa que entienda —replicó el joven —. ¿Pero qué quiere decir eso? Por ejemplo, ese verso acerca de las brujas…

—No es cosa tuya. Son un par de estrofas acerca de una roca. No creo en bruja alguna y nunca he creído. Y como prueba de ello

puedes decirle que he erigido en mi nombre una lápida para la vieja Gunnvor. Pero eso, está claro, no me impide decir en poesía lo que me venga en gana.

El joven se aprendió los versos de memoria y no formuló más preguntas.

—En cuanto al resto —dijo Bjartur finalmente—, puedes decirle que aquí todo está más o menos como siempre, salvo que la casa se inclinó un poco más, hace uno o dos años, en ese invierno de mucho frío que tuvimos. Pero cuando construya mi casa, la haré de modo que no se incline. Y dile que la construiré más temprano que tarde. Pero no digas que yo te lo encargué.

Y con esas palabras volvió al trabajo.

64. Conversación sobre el país de los sueños

En esa época ir a América ya no se consideraba un acto de ignominia y vergüenza, comparable a pedir la ayuda de la parroquia o ser encerrado en la cárcel, ni era tenido como una cosa digna únicamente de la morralla. La acción estaba rodeada casi de la misma dignidad que la de emprender un viaje de placer. Los emigrantes no eran ya denominados vagabundos y ociosos crónicos, ni vistos como malas mercancías exportadas con alegría por los concejos parroquiales. No, eran hombres con dinero en el bolsillo que iban a visitar a sus parientes y amigos, gente magnánima. Los islandeses de América se habían convertido de pronto en gente magnánima, ya que se informaba, por fuentes dignas de crédito, que tenían cantidades de dinero. Y era considerado digno de encomio el partir en busca de aquellos magníficos plutócratas. Gvendur de la Casa Estival, un joven que nunca suscitó grandes emociones en Fjórdur en sus visitas anteriores, Gvendur de la Casa Estival se encontraba en el pueblo, con dinero en el bolsillo, cien coronas, mil, quizá más, y a punto de subir a un barco que le transportaría al otro lado del Atlántico, para visitar a sus parientes, gente próspera y encumbrada. Se convirtió de inmediato en una figura altamente respetada en Fjóróur, mientras esperaba el vapor costero, y el gobernador provincial le sirvió café cuando fue a visitarle para recoger su pasaporte, y la gobernadora fue a echarle una mirada porque se iba a América. Una persona de gran inteligencia, a la que jamás había visto anteriormente, le saludó en la calle, le invitó a pasar, le convidó a más café y le enseñó a decir yes, moni, olraii, para que pudiese hacer un triunfo de su vida en America. En las oficinas de la compañía naviera se le proporcionó una arenga de media hora acerca de cómo debía comportarse en Reykjavik, a quién debía ver, qué tenía que decir, dónde había de abonar el

dinero de su pasaje, y alguien le dio un cigarro para que lo fumara, y se sintió enfermo. Infinidad de personas le detenían en la calle y le preguntaban si era él el hombre. Sí, era él. Las mujeres se asomaban a la ventana, levantaban las cortinillas y le medían de pies a cabeza con romántica curiosidad, porque sabían quién era. Los niños, ocultos tras las esquinas de las casas, le gritaban: «¡América, América, eh!». En esa atmósfera de fama transcurrieron dos días. Se compró un cuchillo y un poco de cuerda para llevar a América, porque nada es tan esencial en un viaje tan largo. El barco debía arribar el día siguiente, por la mañana temprano, y cuando hubo terminado todos sus preparativos, todavía le quedaba por delante la tarde y la noche. Será mejor que vaya ahora a ver a Asta Sóllilja, se dijo. Finalmente la encontró en la casa de un armador y su esposa, de sirvienta; con ella estaba su hija de cinco inviernos y un verano menos.

—La bauticé Bjórt —dijo Asta Sóllilja—. Yo misma era tan niña cuando la tuve… Fue lo único que se me ocurrió. No se lo puse para complacer a nadie en particular. Es grande para su edad y ahora tiene bastante que comer, pobrecita, y es bisoja como su mamá.

Le dio un beso. Ahora era una mujer alta, de piernas largas. Tenía las caderas anchas, posiblemente demasiado anchas, hombros estrechos en comparación, una espalda demasiado redonda y un pecho no tan alto como cuando tenía quince años. Sus ojos eran gris plata bajo las pestañas oscuras; su tez, pálida. Y las antiguas líneas de gracia habían sido reemplazadas por dureza. Uno de sus dientes delanteros estaba negro, podrido; su bizqueo era más pronunciado que antes, posiblemente por efecto de la fatiga; sus manos eran largas y huesudas, pero de formas agradables, su cuello todavía blanco y joven, sus brazos demasiado delgados, su voz fría y áspera, no animada. Llevaba el cabello corto y el flequillo le llegaba casi hasta los ojos. Había algo, en su aspecto y sus modales, que resultaba a la vez fuerte y débil, atractivo y repelente. Era imposible no darse cuenta de su existencia. No tenía en el rostro una sola facción chata, no había un solo instante de mudez en la mirada de sus ojos, ni un solo movimiento de sus miembros carecía de personal expresión vital, de expresión de contradictorios sostenidos y bemoles, una humillación y una rehabilitación, todo al mismo

tiempo. Su vida era un único tormento apasionado y continuo, de modo que era imposible no ser bueno con ella y después apartarla y después volver nuevamente a ella porque no se había entendido… o no se había entendido uno mismo, quizá. Gvendur advirtió inmediatamente que era de raza superior, aunque estaba encorvada, apretada sobre la colada húmeda, vestida con harapos, vestida quizá con la vergüenza de toda una nación, de una nación inocente durante un milenio, con un diente podrido y una hija ilegítima… y se sintió maravillado ante ella del mismo modo que él y sus hermanos se maravillaban siempre en otros tiempos, cuando ella era la hermana mayor de la casa. No, no tenían parentesco alguno.

—Me voy a América —dijo.

—Pobrecito —respondió ella, pero sin piedad, sin sentimiento de ninguna especie.

—Estoy seguro de que allá me irá mejor, aun cuando en Islandia las perspectivas sean buenas.

Ella sonrió fríamente.

—¿Quién te envió a verme? —preguntó.

—Nadie —contestó él—. Sencillamente me pareció que debía venir y decirte adiós.

—Habría creído que tú serías el último de la familia en sentir tales impulsos —dijo—. Me parecía que eras un hombre libre, como Bjartur de la Casa Estival.

Dijo «Bjartur de la Casa Estival» con una sonrisa fría, sin vacilaciones. Lo que había ganado en fuerza lo había perdido en sensibilidad.

Él reflexionó profundamente, con los ojos fijos en el suelo para mejor concentrarse.

—Siempre hay en el valle alguien que te gobierna y te tiene en el puño —dijo a la postre—. No sé quién es. Y aunque papá sea duro, no es libre. Hay alguien más duro que él, alguien que está sobre él y le tiene en su poder.

Ella le miró escrutadora durante unos instantes, como si tratara de leer en sus pensamientos hasta qué punto era capaz de entender.

—¿Te refieres a Kólumkilli? —preguntó, con un tono fríamente bromista. Quizá se encontraba tan desconcertada con él como él con ella.

—No —fue la respuesta de Gvendur—. Hay algo que nunca te deja en paz, algo que te obliga a seguir haciendo algo.

—Nunca te habría reconocido como al viejo Gvendur —dijo ella.

—Es que ahora tengo dinero —replicó él—. Se ven las cosas en distinta forma.

—Nunca estarás libre de él —afirmó ella.

—¿Libre de quién?

—De Bjartur de la Casa Estival. Puedes odiarle. Pero él está en ti. No haces más que odiarte a ti mismo. El que le insulta se insulta a sí mismo.

El joven no la entendió.

—Si uno se va al extranjero —dijo—, y comienza una nueva vida en países distantes, ¿no tendrá una buena oportunidad de verse libre?

Ella lanzó una carcajada carente de alegría.

—Yo también lo creí —dijo—. Fue una noche; le abandoné; él me echó a puntapiés. Caminé toda la noche por el brezal alto, y por la mañana me encontraba descalza. Yo también me fui al extranjero, a un país distante.

—¿Tú?…

—Sí —respondió ella—. Fui a mi América. Y tú te vas a la tuya. Que tengas buen viaje.

—¿Entonces crees, como papá, que nunca progresaré allí?

—No digo nada en ese sentido, Gvendur, chico. Lo único que sé es que Bjartur de la Casa Estival está en ti. Como está en mí, aunque no tengamos ninguna relación de parentesco.

—Oh, bueno, es posible que sea una ventaja, ¿sabes? —dijo el joven—. Papá es uno de esos hombres que jamás ceden. El otro día oí que alguien le ofrecía quince mil por la granja, y él rechazó la oferta. Cualquiera que tuviese la dureza de él podría llegar a ser un gran hombre en el mundo… por ejemplo en América, donde el ganado de un hombre se mide en reses de vacuno.

—¿No dijiste que había alguien más duro aun que papá, alguien que le regía y le tenía en un puño?

—Bueno, en cierto modo lo dije, pero no fue porque creyese en Kólumkilli.

—No, no es Kólumkilli —dijo ella—. Es el poder que gobierna el

mundo, y puedes llamarlo como te parezca, Gvendur, muchacho.

—¿Es Dios?

—Sí, si es Dios quien gana algo con que las personas trabajen como animales durante toda su vida, sin una oportunidad de gozar de lo que la vida ofrece… Si es así, entonces es Dios, efectivamente. Y ahora me temo que tendré que dejarte, Gvendur; la colada me está esperando.

—No, escucha —dijo él sin haber entendido esa sabiduría más profunda—, tengo que decirte algo antes de despedirme, Sola: estaba pensando en regalarte mis ovejas.

Ella se detuvo en mitad de su primer paso, y le miró. Había quizás en sus ojos un dejo de piedad no fingida, como cuando la gente contempla a una persona increíblemente estúpida que se ha traicionado durante una conversación. Luego volvió a sonreír.

—Gracias, Gvendur —dijo—, pero no acepto regalos, ni siquiera del hijo de Bjartur de la Casa Estival. No debes tomarlo a mal, pero no es la primera vez que rechazo un regalo. El año pasado, cuando me estaba muriendo de hambre junto con mi hijita, en un sótano frío, cerca del fiordo, el hombre más influyente de la región vino a verme una noche, en secreto, y me dijo que yo era su hija y me ofreció una gran cantidad de dinero. Sí, se ofreció a mantenernos, a mí y a Bjort, mientras viviéramos. «Antes preferiría que se muriera mi hija», le dije. Una vez más lanzó su fría carcajada, y agregó—: Mi hijita y yo somos también personas independientes, ¿sabes? También nosotras constituimos un estado soberano. Bjórt y yo amamos la libertad tanto como tu padre. Preferimos tener la libertad de morirnos a aceptar los regalos de nadie.

Ella fue la que descendió una mañana del brezal alto, a principios de la primavera. Caminó toda la noche, alma joven, pictórica de sueños, de sueños santos, de los más sagrados sueños. Estaba descalza. También ella tuvo sus esperanzas de América. Dejar atrás la niñez y alcanzar la madurez y la discreción es haber descubierto América. Se jactó de ello ante su hermano, que todavía no había llegado a esa mundialmente famosa tierra de los sueños impotentes. Sí, fue una mañana, una mañana de domingo de Pentecostés. Nuevas tierras surgen del océano, pensó, y bañan sus preciosas conchas y sus corales de mil colores en la primera luz del

estío. Y tierras antiguas, con bosques fragantes y hojas que susurran pacíficamente… Y en un prado, junto al mar, está su luminosa casa. Era una choza negra, cubierta de papel embreado que se había desprendido en varios lugares. En una ventanita, que daba al mar, dos oxidados jarros de lata, llenos de tierra. Del techo sobresalía una rota chimenea inclinada. Dos escalones rotos subían hasta la puerta. ¿Y los bosques? Marchitas algas que las olas habían lanzado a la playa. Un arroyuelo, de menos de un metro de ancho, corría a hundirse en la arena, y arrodillados en la orilla se encontraban dos chiquillos crecidos, revolviendo el barro del fondo. Ella cruzó el hilo de agua. Una muchacha que tendría su edad, pero más delgada, estaba atareada, junto a la puerta, con dos niños que aullaban; tenían sarpullido; tenían el rostro azul. Y en el umbral estaba la madre, embarazada como la joven, con un chiquillo en brazos, maldiciendo. Es para Asta Sóllilja y su amado para quienes los poetas de pacotilla y los misántropos y los embusteros escriben libros llenos de sol y sueños y hermosos palmares dorados por el sol, para engañarles y ridiculizarles e insultarles. Esos sueños eran lo único que su amado poseía. Y la habilidad para emborracharse hasta la estupidez.

Y entonces, de repente, Gvendur recordó que no había terminado aún con su misión, y otra vez le pidió que esperara un momento más.

—… Papá me pidió que te dijera que las cosas siguen más o menos como siempre en casa, salvo que pronto comenzará a construir una casa nueva.

Ella giró sobre sus talones y exclamó, asombrada:

—¿Papá te lo pidió? ¿Que me lo dijeras?

En cuanto oyó la pregunta, el joven comprendió que había dicho demasiado y se apresuró a corregirse, diciendo:

—No, no me pidió que te lo dijera. Pero, de cualquier modo, lo dijo. Y me pidió que te recitase estos versos —y recitó las dos estrofas.

Ella rió.

—Dile —dijo, olvidando que Gvendur partía para América—, dile de mi parte, que conozco los establos que construye. Y dile también que conozco las huecas y babeantes coplas de ciego que

construye a machamartillo, con las manos y los pies. Pero estoy prometida a un joven que me ama. Ha ido al colegio, es un poeta moderno, y él y su madre son dueños de una casita encantadora en Sandeyri. Han pasado dos años desde que me pidió que me casara con él, y nunca me echará de su lado, porque me ama. Dile eso a Bjartur de la Casa Estival.

Ésas fueron sus últimas palabras. Así era ahora la chiquilla de la Noche de Verano de otros tiempos. La mejilla izquierda de su vida había resultado vencedora. O, mucho más probablemente, había salvado a la indefensa mejilla derecha que mostró a Bjartur de la Casa Estival muchos años antes, una víspera de Navidad.

65. América

—¿Eres tú? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—, soy yo.

Y así comenzaron sus relaciones.

En un lozano prado verde, al atardecer, se yergue una casa alta y distinguida, con una torre rectangular, bañada por el sol. El prado reluce casi como una mancha de rojo fugaz del sol de la tarde, tan luminoso y encantador está.

—¿No tienes unas ganas tremendas de estar en América? —preguntó ella—.

Lleva botas altas y pantalones de montar que le ajustan en las rodillas pero que le quedan holgados arriba, y conduce a dos jóvenes y briosos caballos de raza, con el pelo reluciente de tan bien alimentados, suave como la seda; el sol y la brisa juguetean en el cabello dorado de la muchacha, en sus ondas y en sus rizos: sus juveniles rizos se yerguen, rotundos, sobre la esbelta cintura, sus brazos están desnudos hasta el hombro, tiene cejas curvadas en un alto arco negligente, ojos penetrantes que le recordaron a él el cielo y sus milanos, su piel, radiante con los frescos colores de la juventud, colores incomparables, le hicieron pensar en la saludable leche nueva de mayo. Era completamente libre. Era la belleza en persona. El jamás había visto nada, nunca había visto a nadie que se le pareciese siquiera remotamente. Tenía un leve rastro nasal en la pronunciación; al final de cada frase la voz se le hacía grave, llena de notas cantarínas, y reía, divertida y sería. Él se sintió completamente perdido.

—Puedes entrar en el prado, si quieres —dijo ella.

Él le abrió la puerta.

—Puedes sujetarme los caballos un momento, mientras entro —dijo y desapareció. Él se quedó allí, con las riendas en la mano,

mientras los caballos mordían el freno y se frotaban impacientemente contra él. Esperó durante un largo, largo rato y ella no volvía. Y, justamente cuando comenzaba a pensar que no volvería, apareció.

—¿Te apetecería un poco de chocolate? —preguntó ella, y le dio un poco de chocolate.

—¿Más? —preguntó, y le dio más.

—Ojalá pudiera ir contigo —dijo después—. ¡Señor cómo me gustaría ir a América! Y digo yo, ¿qué tal te parecería que fuese contigo?

El se ruborizó furiosamente ante el pensamiento de fugarse con una muchacha como aquélla. La idea le pareció, en cierto modo, un tanto incorrecta. A pesar de lo cual le concedió permiso para acompañarle a América.

—El barco llegará esta noche y saldrá temprano por la mañana —le dijo. Ella estalló en francas carcajadas. Le divertía enormemente que él quisiera llevarla consigo a América.

—Eres muy bondadoso, te lo aseguro —dijo, riendo en broma y en serio—. Me parece que, en cambio, tendré que ofrecerte un paseo en el alazán, aunque en este momento no tiene más que una brida de cuerda. En realidad estaba pensando en ir a Myri a visitar a mis abuelos y, si no tienes inconveniente en cabalgar a pelo un poco, puedes acompañarme hasta la cima del brezal.

No, no, él no tenía inconveniente alguno en cabalgar a pelo, aunque el camino fuese largo, e inmediatamente estuvo a caballo. En cuanto hubieron montado, los vivaces animales partieron a gran velocidad, el blanco al galope con la joven, en la delantera, el alazán persiguiéndolo furiosamente, sacudiendo la cabeza y tirando con violencia de las riendas, haciendo caso omiso de los esfuerzos de su jinete para guiarlo. Ella lanzó al blanco a todo galope por el camino que conducía al brezal, en tanto que el alazán la seguía con un galope errático, bufando, haciendo cabriolas y corvetas como si nunca hubiera tenido un freno. Una o dos veces ella miró atrás y rió, con el cabello flotando en la brisa, dorado por el sol. A despecho de su montura, Guðmundur Guðbjartsson no había conocido jamás nada tan glorioso, tan romántico. Se precipitaron pendiente arriba como si hubiese sido allanada y convertida en una

pista de carreras, con los caballos tomando los recodos del camino en zigzag a tanta velocidad que el joven se veía obligado a agarrarse de las crines para no ser arrojado a un costado.

Apenas unos momentos habían pasado y ya se encontraban a la vista de la cima. En un punto, cerca de la parte superior del paso, el camino contorneaba el fondo de un hondón herboso. Y precisamente cuando pasaban junto al hondón el blanco se encabritó, se lanzó al costado del camino, saltó sobre la cuneta, aterrizó en el hoyo y, ¡zas!… La joven quedó tendida en el borde, con las piernas agitándose en el aire. El alazán, siguiendo las huellas del otro, levantó las patas traseras con tanto vigor que su jinete se precipitó hacia delante, cayó de cabeza e hizo un salto mortal antes de detenerse. Los caballos, sacudiendo la cabeza y bufando, se alejaron un poco más allá, en el hondón, y comenzaron a pastar. La muchacha quedó tendida en el pasto, riendo.

—Espero que no te habrás lastimado —preguntó él mientras se levantaba.

Pero ella no podía hacer otra cosa que reír.

—¡Dios, qué broma! —exclamó retorciéndose de risa. Él fue a buscar los caballos y les pasó las riendas por la cabeza para trabarles los movimientos. Los animales comían vorazmente, bufando en el pasto y haciendo tintinear los bocados del freno. Cuando Gvendur regresó, ella estaba sentada, arreglándose el cabello. El pueblo se extendía debajo de ellos como una vista a vuelo de pájaro, con huertos color café y tejados recientemente pintados, en testimonio de los magnánimos beneficios de una guerra próspera. Y podían ver hasta muy lejos, hasta el océano, y el océano se desplegaba ante ellos como la eternidad, terso y brillante como un espejo, hasta el horizonte, de modo que uno sentía que seguramente el mundo debía terminar allí, donde un mundo mejor ocuparía su lugar; quizá sea cierto.

—Temí que te hubieses lastimado —dijo él caballerescamente—. Magníficos caballos, éstos.

—¡Bah, no son más que un par de pencos corrientes! Los cambiaría inmediatamente por la posibilidad de ir a América.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

Pero ella lo miró y mostró sus dientes parejos, blancos como la

leche, en una carcajada musical.

—¿Por qué te molestas en preguntarlo, si te vas a América?

—Quería saberlo.

—Muy bien, te lo diré. Pero no antes de que regreses de América. Oye ¿qué harás cuando llegues a América?

—Oh, en verdad no lo sé aún —repuso él, ocultándose a su vez, aunque no sin desgana, detrás del mismo manto de picaro misterio que utilizaba ella.

—No quieres decírmelo, eso es lo que pasa.

—En América uno puede ser lo que le plazca —declaró él—. Ahí tienes a mi hermano, por ejemplo. Está en América, pero nadie sabe qué hace. Lo único que sabemos es que tiene una gran cantidad de dinero. Dinero impreso en billetes azules. Acaba de enviarme un puñado de ellos. En América hay países con enormes bosques y animales salvajes.

—Animales salvajes —repitió ella con excitación—. ¿Cazarás animales salvajes?

Sí, por supuesto que los cazaría, ahora que lo pensaba. Cuan afortunado fue al mencionar los animales salvajes, él, que siempre había tenido deseos de cazarlos.

—Escucha —dijo ella—, ¿no tendrás una fotografía de tu hermano en América?

No, no tenía una fotografía.

—¿Cómo es él? ¿No es terriblemente… ya sabes lo que quiero decir… algo así como extranjero de aspecto?

—Es alto —replicó Gvendur—; sí, espantosamente alto. Y es mucho más fuerte que yo. Y sabe cantar. Magníficamente bien. Y siempre está bien vestido. Supongo que debe tener dos o tres trajes de vestir. Y, además, es inteligente. Se le puede ver en los ojos: lo ha aprendido todo; nadie sabe cuándo lo aprendió. Siempre quiso viajar.

—¿También él ha cazado animales salvajes? —preguntó ella.

—Sí, sí, en un bosque —repuso él—. Ciervos y panteras. Es un bosque terriblemente grande. Vive en un bosque. Yo estaré con él dentro de un mes.

—¡Qué te parece! —exclamó ella—. ¡Señor, cómo me gustaría ir a América!

La velocidad y la facilidad con que había respondido a las preguntas de la muchacha le asombraron grandemente. ¡Pero es que resultaba tan agradable conversar con ella!… Nunca había visto a nadie tan desenvuelto e inspirador para la lengua. Era casi como si una flor surgiera de cada palabra —por insignificante que fuese— que se le dirigía. Pero, ahora que tenía tiempo para reflexionar, se le ocurrió que había algo extraño en ella.

—No entiendo bien por qué quieres ir a América, cuando vives en una gran casa con torre —dijo—. Y cuando puedes tener todo lo que se te ocurra, tomándolo de los almacenes de la cooperativa. Y cuando tienes caballos tan hermosos.

Al cabo de unos momentos de pensarlo, ella se sintió inclinada a concordar con él.

—Sí, supongo que tienes razón. Sí, me parece que es una tontería —dijo—. En verdad no tengo el más mínimo deseo de ir a América; no iría aunque me pagasen. Aunque creo que lo pensaría un poco si papá me acompañara. Es que me emociono cuando alguien va a América, porque es un viaje tan, tan largo y porque es tan romántico y porque creo que el mar es maravilloso, tan grande, y cuando regresan son tan grandes hombres, tan viriles. Cuando yo era pequeña pensaba que todos los que viajaban al extranjero debían ser grandes hombres, como mi padre, por ejemplo. Quizá no sean más que tonterías. Pero no hay motivos, a pesar de todo, para que sea verdad, ¿no es cierto? Escucha, no debes olvidarte de mí cuando estés en América.

—No —contestó él, ruborizándose y sin atreverse a levantar la mirada, porque sabía que ella le observaba.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella—. Me he prendado de ese hermano tuyo del que me hablabas hace unos momentos. Habíame un poco más de él. ¿No volverá nunca?

—No —dijo Gvendur—. No creo que vuelva jamás. Pero puede que yo regrese algún día. —Y luego, reuniendo valor, agregó:

—Es decir, si tú quieres que vuelva.

Ella le miró durante unos instantes, sopesándole en el presente y en el futuro, en la realidad y la imaginación, y mezclando ambas personalidades, con un ojo fijo sobre el gran océano que él estaba a punto de atravesar. Y por lo gran hombre que era su hermano al

otro lado del océano, y porque había animales salvajes en América y, sí, porque sería tan viril cuando regresase, le contestó:

—Me alegraré muchísimo de que vuelvas.

Sí, era joven, muy joven, puede que tuviese quince años, puede que no más de catorce. Y posiblemente no fuese más que una pura pedantería mencionar alguna edad concreta en relación con ella, porque era la juventud en persona, la juventud que los niños de la Casa Estival no conocieron nunca. No, jamás había visto a nadie parecido a ella, ni tampoco ella a nadie parecido a él, puestos a ello.

—Cuando regreses, serás más alto que ahora, y mucho más ancho de aquí —y le pasó la mano por el pecho y los hombros—, mucho más, y llevarás un traje de verano, liviano, gris, y zapatos color castaño. Sí, y sombrero. Y una camisa a rayas. Y muchas otras cosas. Y cuando llueva te pasearás con impermeable. Y habrás cazado animales salvajes. —Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo en una soñadora visión, y él le vio la parte inferior de la barbilla. Luego se inclinó hacia delante, riendo, cayendo casi en brazos del joven, y él le miraba la raya, blanca, del espeso cabello rubio, del cabello dorado amado del sol. Sí, rió casi en sus brazos, y los pensamientos de él fueron un desordenado torbellino y no pudo creer que fuese cierto. ¿Por qué había de ocurrirle eso precisamente cuando partía? Ya se encontraba firmemente resuelto a regresar algún día.

De pronto ella comenzó a prepararse para el resto del viaje. Se sentó en el césped y se arregló el cabello e inclinó la cabeza a un costado. El joven la observó y también inclinó la cabeza a un costado, un poquito inconscientemente, y al fin terminaron de inclinar la cabeza.

—Ahora tendremos que ir a buscar los caballos —dijo ella. Fueron a buscar los caballos. Éstos siguieron bufando y tratando de sacarse el bocado del freno. Tomaron una rienda cada uno, ella contemplando una vez más, con admiración, el océano que él estaba a punto de cruzar; él, sin poder dejar ya de mirarla.

—Supongo que tendré que decirte adiós —dijo ella con tono apenado.

Le ofreció la mano, tan cálida, tan joven, extendiendo el brazo —tan suave y brillante— sobre el cuello del caballo. Él lo tomó en

silencio y vio que ella quería que siguiera acompañándola y que, aunque en cierto sentido se sentía muy, muy complacida, en otros se mostraba medio inclinada a sentirse apenada.

—Cuando vuelvas, ven a visitarme —dijo la joven, para consolarle y consolarse.

Él no respondió. Ella se demoraba y continuaba mirándole. Apoyó los codos sobre la cruz del caballo y siguió observándole desde el otro lado del cuello del animal.

—Un magnífico par de caballos dijo él, acariciando al blanco. Ella rió, porque los hombres son todos iguales, siempre buscan algún pretexto para alargar el momento.

—¿No querrías vendérmelos? —le preguntó Gvendur.

—¿Vendértelos? ¿Cuándo partes hacia América? ¿Qué harías con ellos?

—Oh, los quiero, esto es todo —replicó él—. Tengo mucho dinero, ¿sabes?

—No, no te los venderé. Te los regalaré cuando regreses —dijo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Te lo diré cuando vuelvas.

—Quiero saber tu nombre mientras esté ausente —dijo él.

—¿Por qué, me piensas escribir?

—Sí.

—Acompáñame un poco más, entonces —repuso ella—, y lo discutiremos.

Montaron y partieron a la misma furiosa velocidad de antes, el blanco en la delantera, el alazán detrás, hacia el este, por sobre los páramos. El suelo estaba seco y el polvo se elevaba detrás de ellos en nubes hinchadas. El viento les daba contra el rostro riente, mientras volaban rectamente hacia el ojo del sol poniente, como seres sobrenaturales cabalgando sobre nubes hacia un fuego ardiente. Era la cabalgata más encantadora del mundo. Seguían y seguían, sin disminuir la velocidad, sin discutir. Muy lejos, en el brezal, distinguieron el brillo de una lagunilla blanca; el musgo era gris, blancas las hierbas marchitas, negras las rocas, rojos los retazos de tierra desnuda. Las montañas lejanas del sur estaban bañadas en violeta; los glaciares, detrás de ellas, en un blanco níveo. El océano se había perdido a sus espaldas hacía rato. A lo

largo del costado del camino se escurrían los aterrados pájaros del brezal, graznando antes de elevarse en el aire. Las ovejas y sus corderos volvían grupas y se perdían de vista.

Cuando finalmente llegaron al lago, ella sacó el caballo, sin prevención alguna, del camino, y el alazán lo siguió, primeramente sobre un trecho de piedras cubiertas de musgo, luego sobre un retazo pantanoso, y finalmente por las orillas del lago, cubiertas de secas hierbas de pradera, verdes como si hubieran sido cultivadas. Había dos cisnes en el lago. Ella saltó del caballo y él también saltó. Se encontraban ahora en la parte más alta de los páramos. Las sombras eran largas, el sol tocaba el filo occidental del brezal, el aire se tornaba rápidamente frío. Amarrado en la parte trasera de la silla, ella llevaba un grueso abrigo. Cuando lo sacó y se lo echó sobre los hombros, extrajo golosinas de todos los bolsillos y le ofreció algunas. Luego se sentó en la orilla.

—Siéntate —dijo, y él se sentó.

—Mira los cisnes —dijo, y él miró los cisnes.

—¿No tienes frío? —preguntó.

—No —repuso él.

—Veo, por tu cara, que tienes frío. Acércate un poco más y te daré un extremo del abrigo para que te tapes.

—No es necesario —dijo él, acercándose para que le cubriese con un extremo del abrigo.

—Tus ropas huelen a humo —dijo ella con una carcajada—. Y a plumas, también.

—¿Eh? —exclamó él—. ¿Humo? ¿Plumas?

—Sí, pero tu cabello es hermosísimo —dijo acariciándoselo con las luminosas manos—. Y eres tan ancho de aquí. Y de aquí. Y tienes ojos tan viriles…

Los cisnes se acercaron a la orilla, atisbando a la joven y al mozo con curiosidad, emitiendo de tanto en tanto un ruido con la garganta.

—Mira qué noblemente nada él, qué graciosamente le sigue ella.

—Sí —repuso él, mirando los cisnes y viendo todo lo que ella veía. Al principio le habían parecido aves corrientes, pero ahora se dio cuenta de que formaban una pareja, un él y una ella, no simplemente dos aves cualesquiera, sino dos aves con significado.

—Están enamorados, ¿entiendes? —dijo ella, todavía mirándolos.

El le tomó la mano en silenciosa respuesta, involuntariamente. ¿Qué otra respuesta podía ofrecer? Presintió el calor de su joven pecho. Era la vida misma. Y se quedó sentado, teniéndola de la mano, y ella no se opuso y continuó mirando a los cisnes, que seguían nadando de un lado a otro, en cautelosa patrulla, a un par de metros de la orilla, contemplando inquisitivamente a los jóvenes.

—¿Cómo harás ahora para volver a Fjóróur? —preguntó ella, con una picaresca mirada de costado.

—No hay prisa alguna —contestó él—. Tengo toda la noche por delante. —Y agregó, en un susurro:

—¡Te quiero tanto…! ¿No me prometerás esperarme?

—¡Chss, no hables así! —dijo ella, y le besó en la boca, primero una vez, con una carcajada; luego dos veces, con un pequeño sollozo; luego repetida y apasionadamente, como si fuera su dueña. Y cerró los ojos.

Cuando al cabo él apartó el abrigo bajo el cual habían estado acostados se puso en pie, el sol estaba muy por debajo de las montañas, el aire era helado y los cisnes… los cisnes habían desaparecido. Quizá nunca los hubo y todo fue una pura ilusión y no era más que una noche corriente, una noche de primavera en el brezal. Ella le dijo que fuese a buscar los caballos. Luego le volvió la espalda y, ocultándose bajo el abrigo, se arregló las ropas y el cabello bajo la protección de la prenda. El se encontraba completamente vacío de pensamientos, un hombre que había perdido completamente sus propósitos en tiempo y lugar, el punto y la línea. Los caballos estaban al otro lado del lago, muy lejos. El alazán había conseguido quitarse las bridas de cuerda. Sin ellas se mostraba sumamente indócil y el joven tuvo grandes dificultades en atraparlo. Se vio obligado a meterse en el fango hasta las rodillas, en el pantano. Cuando consiguió agarrar al animal, quedaba muy poca gloria en sus zapatos de charol. Finalmente logró hacerlo seguir al blanco y, atrapándolo, le ató en la mandíbula inferior la cuerda que había comprado. Para cuando regresó con los caballos, la joven estaba impaciente y le preguntó por qué había tardado tanto. Sin pérdida de tiempo pasó las riendas sobre el cuello del

blanco, montó, le dio una palmada en los ijares y partió a toda velocidad hacia todo lo que tenía delante.

El alazán mostró ser más intratable, ahora que sólo tenía un freno improvisado y una sola rienda. Durante un rato corrió en curvas y círculos erráticos, luego continuó con una variedad de otras corvetas, de modo que Gvendur se dio cuenta muy pronto de que se encontraba montado sobre un potro sin domar, cuyas triquiñuelas y caprichos lo convertían en una montura imposible. Cuando finalmente logró llevarlo otra vez al camino, la joven se encontraba lejos, en la cresta de una colina, y mantenía aún la velocidad con que recorrió el ondulante brezal. El alazán la vio y, lanzando un estridente relincho, partió en alocada persecución. Pero Gvendur fue advirtiendo gradualmente que era menos resistente que veloz. Ya se encontraba cubierto de sudor, y al descender una colina perdió pie y rodó con el resultado de que Gvendur se raspó los pómulos y las rodillas. Sacó el reloj para ver si la caída lo había roto, pero estaba intacto. Y eran las dos. La joven aumentaba su delantera. Las dos… había llegado demasiado lejos; en verdad tendría mucha suerte si lograba regresar a Fjóróur a tiempo… ¿y qué podía hacer con el caballo? Por supuesto, debería devolverle el caballo a la muchacha antes de su caminata de regreso a Fjóróur.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh!

Pero ella estaba ya tan lejos que no había esperanza alguna de que le oyese. Y, además, se encontraba fuera de la vista, detrás de una ondulación de los páramos. No hay más opciones: tendré que alcanzarla y devolverle el caballo, pensó. Trató de convertir la cuerda en una doble brida, para ver si el alazán se dejaba manejar mejor. Luego montó y trató de acicatearlo.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh! ¡Tu caballo, tu caballo!

Pero cuando llegó al borde occidental del páramo, desde donde se podría ver la Casa Estival, eran ya las tres pasadas, el alba se asomaba a sus espaldas y lejos, muy lejos, las nubéculas de polvo del valle, detrás de los cascos del caballo de la joven, le dijeron que ésta no había aminorado su velocidad. Ya no quedaba ni la más remota posibilidad de que la alcanzara, especialmente ahora que el alazán mostraba señales inconfundibles de fatiga. Desmontó y los

zarapitos, completamente despiertos, le gritaron desde cada una de las rocas, desde cada montículo de las lomas. ¿Qué demonios podía hacer ahora? Si dejaba el caballo allí y volvía caminando a Fjóróur, había pocas posibilidades de que alcanzara el barco, tal como las cosas estaban ahora. A menos, por supuesto, que la partida del vapor hubiera sido considerablemente demorada. Eran las tres. Se sentía cansado, agotado por la larga cabalgata a pelo y las caídas sufridas. Y no sólo cansado, sino también hambriento. Recordó de pronto que no había comido nada, aparte de los dulces que ella le había dado, desde que salió de la casa de pensión la víspera, por la mañana temprano. ¿Y si tomaba prestado el caballo, sin el consentimiento de la dueña, pero anticipándose a él, lo que se consideraba justificable en casos de extrema necesidad? ¿Y si volvía en él directamente a Fjóróur? ¿Serviría de algo, llegaría a tiempo para alcanzar el barco? Después de devanarse los sesos durante unos momentos, resolvió que al menos debía intentarlo. Era evidentemente un caso de extrema necesidad, no una ocasión para poner en práctica un sentido de la honestidad excesivamente escrupuloso… Y habiendo decidido regresar a Fjóróur a caballo, volvió a montar. Pero el potro se negó a moverse y, aunque el joven lo golpeó repetidas veces con los puños y los talones, ninguna cantidad de golpes parecía producir efecto alguno, aparte de un esfuerzo desganado de desmontarle. El animal sabía que su blanco compañero de caballeriza se dirigía hacia el oeste, y ningún poder humano podría convencerlo de que tomara la dirección opuesta. Al cabo el jinete se rindió y lo dejó que caminase hacia donde quisiera. Y el potro descendió la colina a paso de ambladura, buscando cautelosamente el camino que bajaba al valle, con uno que otro bostezo a causa de la cuerda y un ocasional meneo de la cabeza, un bufido de tanto en tanto o un relincho.

Cuando llegaron a los marjales que se extendían frente a la Casa Estival, vieron por fin, a lo lejos, a la joven y al caballo blanco, dibujados en el horizonte, antes de que desaparecieran por detrás de la cima de la colina del este. Él consiguió que su cabalgadura trepara por el sendero que conducía al pegujal. Después de desatar la cuerda, dejó en libertad al caballo en el campo familiar; el animal tenía lastimadas las comisuras de la boca. Se dejó caer al suelo,

rodó por el pasto, frente a la casa, se puso de pie y se sacudió, estremeciéndose un poco en los ijares y en los hombros, cubierto de sudor. El sol brillaba, las sombras producidas por la casa eran tan largas como las de un magnífico palacio. Ninguna parte del día o de la noche tiene tanta belleza como cuando sale el sol, porque hay sobre todas las cosas tranquilidad, hermosura y esplendor. Y ahora había sobre todas las cosas esa tranquilidad, esa hermosura y ese esplendor. El canto de las aves era dulce y feliz. El espejo del lago y las tersas aguas del río chisporroteaban y resplandecían con una radiación argentada, subyugante. Las Montañas Azules yacían arrobadas, contemplando su ciclo, como si no tuviesen nada en común con este mundo. Y en la insustancialidad de su serena belleza y de su apacible dignidad, también el valle parecía ajeno al mundo. Hay momentos en que el mundo parece no tener nada en común con el mundo, momentos en que uno no pueden entenderse a sí mismo, como si fuese inmortal. Nadie despierto, nada despierto en el pegujal, y sin embargo el joven no había conocido nunca un día semejante. Se sentó en la hierba, de espaldas al huerto, y comenzó a pensar. Comenzó a pensar en América, la tierra gloriosa del otro lado del océano, la América en la que podría haber sido cualquier cosa que quisiese. ¿Es que lo he perdido todo para siempre? Oh, bueno, importaba poco. El amor es mejor; el amor es más glorioso que América. El amor es la única América verdadera. ¿Sería cierto que ella le amaba? Sí, no había nada que fuese la mitad de cierto. Nada hay que sea la mitad de diferente a sí mismo que el mundo; el mundo es increíble. Es cierto, ella se había alejado en su caballo, abandonándole. Pero montaba uno de los famosos caballos de pura sangre de Rauðsmýri, y posiblemente el caballo quería volver a su establo. La joven no miró nunca hacia atrás, no aminoró la velocidad. Pero, a despecho de esa aparente indiferencia, él estaba seguro, esa incomparable mañana, que en alguna fecha futura, posiblemente cuando se hubiese convertido en el amo de la Casa Estival, la llevaría a su casa como su esposa. Puesto que había comenzado de tal manera, ¿cómo podía terminar de otro modo? Lo que había hallado era la dicha, aunque ella le abandonó… y una y otra vez la disculpó con el pretexto de que no pudo contener al caballo. Se encontraba decidido a gastar su dinero

americano en un buen caballo, en un pura sangre de primera clase, para que en el futuro pudiese cabalgar junto a su amada. Y así estaba, tendido en el pasto de su granja natal, mirando el cielo, el azul, comparando el amor que había ganado con la América que había perdido. Si el amor era mejor… y así una y otra vez. Seguía viendo a la joven con los ojos de la mente, cabalgando sobre el ondulado brezal, volando a través de la lúcida noche como una visión aérea, con los dorados rizos flotando al viento, su abrigo aleteando contra las grupas del caballo. Y se vio a sí mismo siguiéndola, de cumbre en cumbre… hasta que ella se perdió en el azul. Y él también se perdió en el azul. Dormía.

66. Política

¿En qué residía el secreto del éxito de Ingólfur Arnarson? ¿A qué dotes, a qué méritos debía la velocidad del ascenso que le llevó tan rápidamente de la oscuridad a la fama, del anonimato a la eminencia social? A despecho de su juventud era ya uno de los hombres más importantes e influyentes del país, una figura nacional cuya fotografía era el deleite diario de los periódicos, cuyo nombre constituía el orgullo eufónico de los titulares más llamativos. ¿Debía quizá su ascenso, como otros grandes hombres que le precedieron, a una constante búsqueda y rebatiña de ventajas personales? ¿Estaba acaso siempre a la caza de todo lo que la gente necesitada pudiese tener para vender, para poder venderlo a su vez a otros que no podían arreglarse sin ello y eran impulsados, posiblemente, por una necesidad mucho mayor? Por ejemplo, ¿se habría apropiado de una granja aquí, de otra allá, en años de depresión, para venderlas más tarde, cuando retornaba la prosperidad y aumentaban los precios? ¿Habría prestado heno a la gente, en una primavera difícil, exigiendo como garantía el mismo peso en ovejas? ¿O habría dado alimentos y dinero a los hambrientos, cobrando intereses usurarios? ¿O alcanzó la grandeza negándose a sí mismo alimentos y bebidas, como un criminal mal provisto que huyera a través de los bosques, o como un campesino que, a pesar de trajinar durante dieciocho horas por día, ha sido informado por su comprador de que sus deudas aumentan y de que ha llegado ya al límite de su crédito? ¿O la alcanzó teniendo una sola silla en su cuarto, una silla rota, por añadidura, cojeando por todas partes cubierto por un mugriento surtido de viejos harapos, como un mísero vagabundo o como un mozo de labranza? ¿O es que el método que empleaba era el de acumular un millar tras otro en el fondo de sus arcas, hasta tener suficientes para fundar una caja de ahorros y comenzar a prestar

dinero a intereses legales, y luego plantarse ante hombres desposeídos e informarles que la profundidad de su miseria era tanta que pronto tendría que vender hasta el alma de su cuerpo si quería escapar a la prisión por deuda? No, Ingólfur Arnarson Jónsson no era en modo alguno una persona así. Toda su grandeza le venía de su madre. Y entonces, ¿era de esas personas que poseían una cierta cantidad de barcos y hacían que los hombres pauperizados pescaran para ellos y compraban muebles de caoba, obras de arte y luz eléctrica, en tanto que los pescadores recibían una pitanza que apenas les permitían comprar a sus esposas, como cosa de lujo, un paquete de horquillas para el cabello? ¿O es que recibía suculentas rentas de Dinamarca y otros países distantes por la administración de ciertos comercios que vendían las necesidades de la existencia a hombres que en rigor de verdad no podían permitirse existir? ¿O administraba sus propios negocios y, mientras se arrastraba por el suelo ante los campesinos ricos y les permitía que ellos mismos decidieran el valor de sus propias ovejas, porque siempre podían amenazarles con llevar sus animales a otra parte, dominaba como un tirano a los desdichados campesinos que le debían dinero, matándoles de hambre todas las primaveras y despojándoles de toda posibilidad de progreso? No, el camino de Ingólfur Arnarson hacia la honra y la reputación no fue el del tacaño ni la sangrienta carrera del comerciante, que eran hasta entonces las únicas sendas reconocidas para alcanzar la opulencia y la verdadera dignidad reconocida como legal por la comunidad islandesa y su justicia. Lo que hacía de Ingólfur Arnarson un grande hombre era, primero y principal, sus ideales, su inagotable amor hacia la humanidad, su convicción de que la gente necesitaba mejores condiciones de vida y mayores facilidades para el progreso cultural, su decisión de mitigar los sufrimientos de sus congéneres estableciendo una mejor forma de gobierno del país. Ese gobierno, en lugar de ser un juguete impotente en manos de los implacables opresores de los campesinos, los comerciantes, sería un gobierno de pequeños productores, especialmente de campesinos, el más poderoso aliado en la lucha de éstos por la existencia. Los intermediarios y demás parásitos no seguirían teniendo carta blanca para medrar a expensas de las clases campesinas. Ingólfur quería

elevar la vida del agricultor a una posición de honra y dignidad, no sólo en las palabras, sino también en los hechos. Y debido a esos ideales los campesinos le eligieron para que les representara en el Alpingi y en otros lugares donde su felicidad estaba en peligro. Hasta entonces ese caudal electoral había sido descuidado completamente por el Gobierno. Y no es que el doctor Finsen, el antiguo representante de Bruni, se hubiese mostrado inactivo en el Parlamento. Simplemente que había concentrado sus esfuerzos en una sola causa, la de persuadir al Tesoro de que reconstruyese y ampliase los muelles y rompeolas que habían sido reconstruidos y ampliados para el comerciante la primavera anterior, pero que las mareas altas habían derribado, en cuanto estuvieron construidos, como si fuesen de arena. Durante veinte años bregó por ese objetivo periódico, y lo hizo con encomiable celo y vigor no decreciente, presentando su proyecto con tal regularidad anual que eventualmente se lo conoció como moción perpetua. Pero cuando Ingólfur ocupó su escaño en el parlamento, archivó silenciosamente toda la cuestión y jamás volvió a hablarse en público de la construcción de muelles y malecones. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que hiciese trazar modernos caminos y construir puentes para mejorar las comunicaciones de todo su distrito electoral. Y eso no era más que el comienzo. Ahora quería que se implantara la agricultura en gran escala y que se construyeran casas decentes para la gente. El Banco Nacional de Reykjavik, que hasta entonces actuara como una especie de cuerno de la abundancia para los que especulaban con el bacalao y el arenque, debería ser liquidado y puesto bajo la dirección del Estado, como Banco Agrícola, puesto que el Estado había adquirido ya fuertes obligaciones para garantizar las deudas de la institución. Ese Banco Agrícola prestaría dinero a los agricultores, a intereses bajos, dinero que sería utilizado con fines de construcción y mejor cultivo de la tierra. Además, el hombre se proponía destinar una cierta cantidad de los dineros públicos a un fondo especial que ayudaría a los agricultores a comprar aperos agrícolas, todo, desde arados, gradas, tractores, segadoras y rastrillos mecánicos hasta cosedoras y separadoras. Otro subsidio proveería a los campesinos de alcantarillas y cisternas para el estiércol y los pozos negros abiertos.

La provisión de energía eléctrica para los distritos campesinos era también asunto caro a su corazón, pero, desdichadamente, ese plan tenía aún formas un tanto nebulosas. Dormido y despierto trabajaba en los problemas que presentaba esa nueva era de colonización y desarrollo rural. Y aunque todavía era gerente de la cooperativa y seguía dando como su dirección permanente la de Fjóróur, sería difícil decir que iba alguna vez allá, como no fuese en una fugaz visita, porque, ahora que un delegado le dirigía la cooperativa, se pasaba la mayor parte del año en Reykjavik, donde publicaba el periódico de su partido, trabajaba en las comisiones parlamentarias y se dedicaba a muchas otras actividades, como guardián que era de los intereses de los agricultores. Jamás tenía un momento para distraer en beneficio de sus propios intereses. Era, en una palabra, el Ingólfur Arnarson de la nueva era, el colono islandés del siglo veinte, distinto de su ilustre predecesor en una sola cosa: que era un Jónsson.

La nueva primavera había llegado y las elecciones generales se aproximaban. ¿No podía descontarse, pues, que Ingólfur sería reelegido sin oposición alguna y que nadie tendría la temeridad de presentarse como candidato rival? Por el contrario. No hay que suponer que la plutocracia y la potencia mercantil habían sido aplastadas por completo, sólo porque sufrieron una que otra derrota aquí y allá en los pocos lugares dispersos en que los campesinos lograron formar sociedades de consumo en su propia defensa. Por lo demás el auge comercial había fortalecido, más que debilitado, el credo de egoísmo que tan popular era en las ciudades. Y aquel distrito electoral tenía dos ciudades, Fjórdur y Vík, y el egoísmo era corriente entre los armadores, los artesanos, y los pequeños comerciantes de Vík, aunque quizá recibiese su más fuerte apoyo del nuevo comprador que apareció de pronto en el escenario, en esa ciudad. Esa persona se rodeó enseguida de los más prósperos hombres de la ciudad y el campo, e incluso desposó a la hija del rey del rodeo a los pocos meses de su llegada, aunque algunas personas habían sostenido anteriormente que no era más que un estafador y un vulgar especulador y, más aún, que había pasado uno o dos años en la cárcel. Luego, en tercer lugar, la influencia de una doctrina extranjera llamada socialismo se hacía rápidamente perceptible en

Vík. La ciudad se veía raramente libre de agricultores pagados, especialmente enviados desde la capital, que rivalizaban entre sí en la tarea de confundir a las clases menesterosas e incitarlas a odiar a Dios y los hombres a la vez, como si Dios y los hombres no se hubiesen mostrado ya suficientemente antagónicos hacia esa clase de gente.

Ingólfur Arnarson:

—El socialismo es todo mentiras. Pueden hinchar a los desposeídos de promesas interminables, que nunca tendrán posibilidad alguna de realizarse hasta que los hombres hayan llegado al mismo estado de madurez que los dioses; pero sus verdaderos propósitos son lisa y llanamente el asesinato y la rapiña.

Afortunadamente, Ingólfur Arnarson no se encontraba por el momento en gran peligro en ese sentido. El peligro amenazaba del otro lado. Los capitalistas, según parecía, habían descubierto a un candidato rival, apoyado por todo un banco, el mismo banco que Ingólfur Arnarson había querido arrasar hasta los cimientos y reconstruir como Banco Agrícola administrado en beneficio del campesino y dirigido por sus propios hombres, si es que él podía ejercer alguna influencia en la cuestión. Que los estafadores de Reykjavik enviaran a uno de su propia calaña, el gerente de un banco semiinsolvente, para difundir su evangelio por todo el país, no era en sí, naturalmente, nada asombroso. Pero ¿cuáles fueron los resultados? ¡Pues que ese descarado misionero de una pandilla de criminales capitalistas tuvo la osadía, en su absoluta falta de ideales, originalidad y decencia elemental, de erguirse sobre sus cuartos traseros y ofrecer a los agricultores, no sólo todo lo que les había prometido Ingólfur Arnarson, sino, además, una gran cantidad de otras cosas! Les prometió equipar todos los pegujales con luz eléctrica en el lapso de uno o dos años, y no sólo en ese distrito electoral, sino a todo lo largo y ancho del país.

Ingólfur Arnarson:

—En rigor, la diferencia que existe entre las promesas de él y las de los socialistas puede ser considerada como una diferencia de formas de insania, con la siguiente excepción: que el gerente del banco no se propone robar y asesinar a la gente, probablemente porque recuerda muy bien que él es el emisario de esa parte

fraccionaria de la población nacional que ha estado robando y asesinando sin cesar a la gente desde que Islandia es Islandia, aunque por distintos medios y sin predicar forma alguna de socialismo.

Más tarde, cuando el banquero prometió a las clases campesinas el programa entero de Ingólfur Arnarson, y más, para el caso de que se le eligiese, en un período de tiempo más corto que el planeado por Ingólfur, dedicó su atención a las ciudades, a las que hasta entonces no se había concedido ningún lugar definido en la plataforma del representante de los agricultores. En eso se mostró una vez más el alma de la generosidad. A Vík le prometió un banco y una gran compañía pesquera; a Fjóróur una fábrica de harina de huesos de pescado y una mina de carbón. Los electores de la costa prestaron oídos a esas palabras, como era natural que hiciesen, y se consideró probable que esos populosos lugares votasen en masa por el banquero. Bien, una magnífica situación. Las cosas se presentaban muy negras para Ingólfur Arnarson. ¿A quién podía dirigirse ahora? No, estimados electores, Ingólfur no volvería la casaca en el campo de la batalla política. No permitiría que otros hombres le quitasen las promesas de la boca. ¿Qué hizo, pues? Simplemente resucitó la famosa siempreviva parlamentaria de su predecesor Finsen, el viejo malecón. Y más aún. Prometió a Fjóróur no sólo un malecón y un muelle; le prometió un puerto completo, que costaría nada menos que medio millón de coronas. Un proyecto de ingeniería tan vasto, dijo, proporcionaría cantidades ilimitadas de trabajo, no sólo a los habitantes de Fjóróur, sino también a los obreros de la vecina ciudad de Vík. Y no había que olvidar las innumerables empresas comerciales que el Estado establecería en Fjóróur como secuela natural de la construcción de un puerto semejante. Nunca antes, habían producido los muelles y los rompeolas una excitación tan ardiente y un interés tan oportunos como magnánimos, la fábrica de harina de huesos del banquero la transfirió de Fjordur a Vík y, en lugar de la enorme compañía pesquera de su rival, prometió a la pequeña pesquería de Vík un gran subsidio del Estado, junto con muchos otros privilegios que la convertirían en la más floreciente pesquería de todo el país y asegurarían a todos los moradores de Vík, fuera cual fuese la

profundidad de su pobreza actual, un próspero y dichoso futuro como miembros de la clase media. Quedaba la mina de carbón. La dividió imparcialmente entre las dos ciudades, aunque siempre con la condición de que la mina contuviese verdadero carbón, y no lignito, o piedras y tierra. Llegados a esa etapa resultaba ya posible decidir quién había hecho las mejores promesas, y empezó a parecer que el resultado dependería menos de lo que en realidad se ofreciese que de la habilidad oratoria de los candidatos, especialmente de su habilidad para pulsar las cuerdas del corazón de los electores. Se informó que muchos obreros habían desechado ya el socialismo en favor de una oportunidad para conseguir trabajo permanente, la prosperidad como miembros de la clase media y una participación en la propiedad de un barco.

—Uno nunca sabe cómo irán las cosas, y por eso digo que es esencial no inclinarse nunca demasiado hacia un lado, especialmente en política —observó el rey del rodeo—. Ingólfur Arnarson es un hombre de gran habilidad, es claro, como toda la familia, y no se podrá desear mejor orador en una reunión, pero el año pasado, cuando advertí la importancia que la gente de Vík y Fjóróur asigna en estos días a la empresa privada, sospeché inmediatamente que iba a perder a una buena cantidad de sus partidarios. Y por eso renuncié inmediatamente a la cooperativa. Mis asuntos personales no tuvieron relación alguna con ello, la política no es una cuestión personal y, de todos modos, ahora no estoy hablando de mis asuntos privados. Y aunque abandoné la cooperativa y transferí todos mis negocios a mi yerno, en Vík que, estoy seguro, es una actitud perfectamente natural que cualquiera habría tomado dadas las circunstancias, no quiere eso decir que piense que la gente de Rauðsmýri tenga algo malo en tanto que gente. Nadie les niega sus múltiples virtudes, y las promesas que hace Ingólfur son, por supuesto, hermosas y sumamente atrayentes. Pero ¿qué sucedería si no resulta elegido, permítaseme preguntar? ¿Qué pasará si su partido pierde influencia, como profetizan muchas personas? Me temo que algunos de por aquí se verán obligados a esperar durante mucho tiempo sus cosedoras y sus cisternas para estiércol, si eso ocurre. Y que las casas nuevas no serán tan cómodas como se ha querido convencerles. ¿Y qué

garantía de seguridad tendrá la gente que le vote, si no sale electo? Ninguna, o tanta como le plazca al gerente del banco. Los personajes del sur no son tan fácilmente derribados de sus sitiales. Y nunca se ha considerado una tontería estar en buenas relaciones con los personajes.

Era cosa sabida, respecto al rey del rodeo, que inmediatamente que transfirió sus asuntos comerciales a su yerno de Vík se lanzó en una aventura que nunca se había atrevido siquiera a considerar cuando trabajaba con la Cooperativa. Comenzó a construirse una casa. Carga tras carga de madera y cemento fueron entregadas en camiones; la casa debía estar lista para el fin del trimestre. Bjartur le miró de reojo durante unos momentos, y luego replicó:

—Hmrnm, es que no todas las hijas se casan con los representantes de la camarilla mercantil, ¿sabes?

—Bueno, ya que estamos en eso, tampoco estás tú casado con nadie de la familia de Rauðsmýri —repuso el rey del rodeo—. De modo que por lo menos no estás obligado a votar por ellos debido a vínculos familiares.

—Mi voto, como el de muchos otros que podría mencionar, no está determinado tanto por vínculos familiares como por intereses comerciales —dijo Bjartur fríamente—. Creo que es necesario votar por la gente con la cual comercio, aunque, por supuesto, siempre que consigan mantenerse lejos de la bancarrota. Y si bien tú, personalmente, puedes tener excelentes motivos para codearte con los señorones del sur de quienes siempre estás alardeando, yo, por mi parte, nunca he tenido nada que ver con ellos y no veo por qué habría de empezar ahora.

—Oh, quién sabe —dijo el rey del rodeo—. Alguien decía que estabas pensando en construirte una casa.

—¿Y qué te importa a ti eso? Y aun en ese caso, ¿qué tiene eso que ver con la política?

—Nada, nada en absoluto —contestó el rey del rodeo—. Aparte de que, si estás pensando en construir una casa nueva, siempre es más prudente estar seguro de la bienvenida que te tributarán los bancos.

—¿Sí? ¿Y qué me impediría comprar todos los materiales de construcción, a crédito, en la Cooperativa, si fuese necesario? Creo

que mi crédito es allí tan bueno como el de cualquiera.

—Sí, pero desdichadamente es preciso tener en cuenta otras cosas, aparte de los materiales de construcción, amigo mío. En la actualidad los salarios de los albañiles no te los dan, ¿sabes? Y los carpinteros y los albañiles no te conceden crédito. Es mejor tener un par de miles en dinero contante y sonante, si tienes intenciones de construir algo digno del nombre de construcción.

—No tengas miedo, viejo —dijo Bjartur confiadamente—. El dinero será fácil de conseguir. No hace mucho tiempo pasó por aquí cierto caballero, que por lo menos es tan importante como tú, y me dio a entender que si alguna vez necesitaba un préstamo, la caja de ahorros me recibiría con los brazos abiertos.

—La caja de ahorros —repitió el rey del rodeo—, sí, en efecto. Una institución digna de elogio, como siempre he sido el primero en reconocer. Y en cuanto a Jón de Myri, nos hemos sentado juntos a la mesa del concejo de la pedanía durante muchos años, sí, desde mucho antes de que comenzara la guerra, y nunca oí que nadie insinuara siquiera que fuese otra cosa que un hombre de los más admirables y salientes cualidades. Y no es culpa de él, por cierto, que gente de carácter poco digno de confianza, acostumbrada a acosarle continuamente con solicitudes de préstamos pecuniarios, haya terminado uniendo fuerzas y amenazando con llevarle ante la ley, sólo porque insistía en cobrar los intereses que ellos mismos habían acordado abonar. De modo que, personalmente, no me sorprende en lo más mínimo que haya decidido abrir una caja de ahorros, donde su dinero puede estar siempre en circulación, aunque sólo sea al seis por ciento legal, en lugar de continuar prestando a gente indigna, en privado y a espaldas de las autoridades, con intereses de entre el doce y el quince por ciento, con la amenaza de la cárcel pendiendo constantemente sobre su cabeza. Una caja de ahorros es siempre algo seguro, un negocio sólido. Y es conveniente tener una caja de ahorros en la región, para el caso de que uno necesite una pequeña cantidad de dinero por un corto plazo. Pero nunca son más que pequeñas cantidades, y nunca prestadas para más de un corto período. Porque nadie es tan tonto como para prestar una gran cantidad a los intereses que exige la caja de ahorros. Los que tienen intenciones de construir, harán

mejor en dirigirse a los bancos, donde un préstamo hipotecario se amortiza en cuarenta años.

—Oh, no creo que yo necesite más de uno o dos años para saldar mi deuda. Algunas personas creyeron que los precios se derrumbarían al final de la guerra, pero la lana alcanzó precios excepcionales en la primavera, y me he enterado de que este otoño nos pagarán más que nunca por las ovejas.

El rey del rodeo permaneció sentado, sumido en profundas reflexiones durante un rato, acariciándose distraídamente la barba. Estaba torturando intensamente su cerebro, ese hombre, porque según él nada era perfecto si no se ponía por escrito, en un documento público. Había sido funcionario público encargado de perros, hombres y párrocos durante demasiado tiempo como para cometer la tontería de sacar una conclusión precipitada.

—Oh, bueno —dijo al cabo—, en realidad no es cosa mía, pero me pareció que debería sugerirle algo a un viejo amigo. Pero que en modo alguno se te meta en la cabeza que he venido aquí cumpliendo funciones oficiales. He venido como algo más o menos intermedio, tampoco debes creer que he venido en una visita totalmente particular, privada. Como sabes perfectamente bien, nunca he estado en condiciones de dar al movimiento cooperativo mi apoyo incondicional, aunque reconozco perfectamente lo que hay de noble y hermoso en él como movimiento, y he sido siempre el primero en reconocer las virtudes de los de Rauðsmýri, especialmente las de la Señora, como gente. La verdad de la cuestión es que siempre he tratado de quedarme más o menos en el centro del camino y que, en consecuencia, estuve invariablemente dispuesto a admitir que ambas partes estaban en lo cierto, por lo menos hasta que se presentasen pruebas concluyentes de que la otra estaba equivocada. Y ahora, para volver al caso presente, me agradaría que sepas que mis relaciones con distintas personas encumbradas son tales que estoy en condiciones, aunque, desdichadamente, no puedo mostrarte una autorización escrita, de ofrecerte un préstamo en términos excepcionalmente liberales, una hipoteca por cuarenta años en un banco de la capital, si quieres comenzar a construir este año. Pero, naturalmente, ese préstamo sólo será posible si nosotros, los que alimentamos en nuestro pecho

el amor a la libertad, sabemos dónde nos engaña nuestra prosperidad política y tenemos el suficiente sentido común como para efectuar nuestras transacciones comerciales en el lugar adecuado.

67. El pura sangre

Esa primavera Gvendur de la Casa Estival estuvo en labios de todo el mundo, en primer lugar porque había resuelto ir a América, en segundo lugar porque decidió no ir a América. En tercer lugar, se había comprado un caballo. Era un pura sangre y lo había comprado por una enorme suma de dinero a una gente que vivía en una parroquia distante. Muchos se rieron. El joven tonto había pasado la noche persiguiendo a la única hija de Ingólfur Arnarson por los páramos y terminó perdiendo el barco. ¿Podía haber algo más estúpido? Algunos decían que debía de ser medio tonto. Otros afirmaban que su caballo no era más que un caballo corriente y hasta que estaba envejeciendo. ¡Qué zoquete! Anteriormente nadie había advertido siquiera que Gvendur de la Casa Estival existiese. Ahora, de súbito, cosa asombrosa, era notorio en todas partes como un zoquete y un idiota. Si alguna vez se llevaba a cabo una reunión de cualquier clase en el vecindario, averiguaba sin pérdida de tiempo todos los detalles para poder aparecer con su caballo. Los campesinos le recibían con una sonrisa reaccionaria. Los ciudadanos se reían francamente de aquel destripaterrones que recorría la campiña en un costoso caballo, después de haber perseguido a la hija única del diputado del Alpingi, del anochecer al alba. Los chalanes le detenían en el campo principal, estudiaban los dientes del caballo, se burlaban del dueño cuando se había alejado en el animal y resolvían endosarle un caballo peor aún en cuanto hubieran logrado estafarle arrancándole el que tenía ahora.

Fue un domingo, antes del día de San Juan, y una reunión electoral se llevaba a cabo en Útirauðsmyri. El sacerdote aprovechó la oportunidad para celebrar un servicio religioso previamente. Uno o dos de los electores llegaron demasiado temprano, sincronizando su llegada tan mal que se les hizo asistir a la misa. Por lo demás, el

creciente interés por la política parecía indicar que el público comenzaba a creer que sus asuntos eran administrados desde aquí, en la tierra, y no desde el cielo. Gvendur llegó al galope precisamente cuando el servicio divino estaba a punto de comenzar. Un grupito de pegujaleros que estaban a la entrada de la caballeriza le saludó con una sonrisa reaccionaria, porque no se había ido a América. Algunos estudiaron fríamente, con desaprobación, al pura sangre. Gvendur lanzó una rápida mirada a la gran casa de dos pisos, con un tercer piso de altillos de gablete, para ver si alguien le había visto llegar a caballo. Pero en una mansión tan famosa nadie se asomaba a las ventanas para contemplar la vanidad. Lo único que vio fue las floridas plantas de la poetisa, abriendo sus encantadores pétalos a los rayos del sol. Deseó que la familia del alcalde estuviese ya asistiendo a la misa. Entró en la iglesia y, escogiendo un asiento cerca de la puerta, se sentó y miró en torno para ver si ella estaba allí. Luego de unos ansiosos minutos de búsqueda la vio, sentada en la fila delantera, casi directamente delante del pulpito. Tenía puesto un sombrero rojo. Había varias personas entre ella y él; apenas le era posible distinguir el sombrero entre las cabezas. Le pasó por el cuerpo esa corriente que hace que los pulmones parezcan demasiado grandes y el corazón demasiado pequeño y el oído demasiado sensible a la música; sintió que el himno le enloquecería; tenía una bruma antes los ojos. El tiempo pasaba y pasaba y la congregación continuaba mugiendo el himno como si no fuese a callarse jamás. ¿Cómo se acercaría a ella? ¿Cuál sería el mejor método de disponer una cita, de modo que los demás no se dieran cuenta de nada? ¿Tendría que esperar hasta el final de la misa, darle un suave golpecito con el codo cuando pasase a su lado para salir y susurrarle: «Ven a la vuelta de la esquina conmigo; quiero decirte algo»? No, darle un golpe con el codo a una muchacha en la iglesia es indecoroso y absolutamente imperdonable. Sobre todo si la muchacha es como ella. Y más especialmente si se trata de pedirle que se encuentre con uno a la vuelta de la esquina. Sería una cosa completamente distinta si la invitara a ir a la caballeriza, a echar una ojeada al caballo. Pero de pronto se le ocurrió que probablemente la gente no debía mencionar a los caballos en la iglesia, porque en todas las Escrituras no hay una sola referencia a

los caballos; cuando mucho se habla de un burro. Como a través de una niebla, vio al sacerdote acercarse al altar y lanzar un grito penetrante. Luego comenzó a cantar un largo galimatías y todos se pusieron en pie y ella se puso de pie, y él vio que ella llevaba una chaqueta azul. Ninguna otra muchacha del mundo tenía hombros tan encantadores. Cualquiera podía advertir que no estaban hechos para soportar pesadas cargas. Sus dorados rizos asomaban por debajo de su sombrero, un sombrero costoso, de acuerdo con la solemnidad de la ocasión. Se mostraba orgullosa y estaba erguida, como era perfectamente natural en una mañana de domingo en la iglesia. ¡Si mirara en torno, durante uno o dos segundos, para que él pudiera transmitirle la corriente de su amor…! Pero ¿y si no le interesaban los caballos de otras personas, a ella que tenía toda una caballeriza a su disposición? A menos que le ofreciese hacerle el regalo del caballo… Era un caballo costoso, casi de mil coronas, y sin embargo, si ella lo aceptaba, él estaría dispuesto a volver a su casa a pie, sí, incluso a cuatro patas si eso la complacía. Y eso era precisamente lo que más ansiaba decirle: que había sido su devoto esclavo desde el momento que la vio, y que ella podía ordenarle que hiciese cualquier cosa: cabalgar, caminar, arrastrarse a cuatro patas. Ya le había sacrificado el más grande país del mundo, la tierra de las infinitas oportunidades, donde se podía ser lo que se quisiese y no había necesidad de seguir haciendo una misma cosa hasta la más completa imbecilidad. Sí, y habían estado acostados a la orilla del lago y habían visto dos cisnes, un macho y una hembra. Pero ¿qué habría sido de los cisnes? Habían desaparecido; por cierto que no fueron una simple ilusión. No, no, no; ella le amó y luego se alejó de él, a caballo, desapareciendo en el azul…

—Mis amados hermanos cristianos, porque me permito llamaros hermanos míos, ¿qué palabra de tres letras, sí, nada más que tres letritas, significa «algo que asciende»? —Por fin el sacerdote estaba en el pulpito, y Dios permita que nos endilgue un largo sermón para que el joven tenga tiempo de llegar a una decisión, para que pueda recibir alguna inspiración—. Y ahora, por otra parte, consideremos, mis amados hermanos, qué tres letras, nada más que tres letritas, significan «algo que desciende».

Sí, estaba completamente dispuesto a regalarle el caballo, o por

lo menos a ofrecérselo. Ella no estaba obligada a aceptarlo, por supuesto. Pero, si lo aceptaba, no importaría en lo más mínimo. Por el contrario, quedaría en deuda con él. Es cierto, siempre podía decir: Tengo suficientes caballos, tengo toda una caballeriza llena. Pero él esperaba que agregase: Este caballo es el más encantador que jamás he visto, y te lo aceptaré porque eres tú quien quiere regalármelo, y porque eres tan ancho de aquí. Pero si te lo acepto no tendrás caballo y tendrás que volverte a tu casa a pie, ¿no es verdad? Y entonces él respondería: No importa. Aunque tenga que arrastrarme para regresar. Aunque tenga que arrastrarme a cuatro patas. Y, más aún, no tienes que decir sino una palabra y, si lo quieres, me pondré a ladrar como un perro. Porque ocurre que soy el futuro dueño de la Casa Estival y pronto comenzaremos a construir. Construiremos una casa por lo menos tan grande como la que tenéis vosotros aquí, en Myri: dos pisos, tres con los altillos. Pero, en tanto que vosotros construísteis con madera y hierro, nosotros edificaremos con piedra. Pero que el Cielo me ayude, si la gente no puede hablar de caballos y sí solamente de asnos…

—¿Quién fue conducido? —preguntó el sacerdote, inclinándose sobre el borde del pulpito y cerniéndose en honda solemnidad religiosa sobre la congregación. El joven de la Casa Estival deseó con todo su corazón (y oró para que así fuese) que el conducido hubiese sido un caballo.

—Él fue conducido —anunció triunfalmente el cura, con gran énfasis en la palabra «él». Desdichadamente, el tema de la discusión se le escapaba al joven.

—¿Y quien le condujo? —preguntó el sacerdote, y prolongó el silencio que siguió hasta hacerle alcanzar dimensiones extraordinarias, en tanto que clavaba en todos una larga mirada escudriñadora. Gvendur se sintió inmediatamente invadido por el pánico, ante la idea de que se le llamase a responder a esa pregunta. Pero finalmente la contestó el mismo sacerdote—. Los soldados de Pilatos le condujeron. ¿Y adónde le condujeron? Le condujeron al campo. ¿Y por qué le condujeron al campo? Porque no se le permitía que se quedase en el interior.

El joven lanzó un hondo suspiro de alivio.

¿Y si se escapaba de la iglesia en mitad del servicio? No era

obligado que atrajese demasiado la atención; podría deslizarse hacia atrás, con las rodillas bien dobladas, y una vez afuera correría al establo. Llevaría el caballo. Se quedaría con él ante la puerta de la iglesia, con las riendas en la mano, esperando que terminaran los servicios religiosos. Y cuando ella saliese de la iglesia le pondría las riendas en la mano y le diría: a partir de ahora es tuyo. Pero entonces se acordó de la gente. No estaban solos. ¿Qué diría la parroquia? ¿Era correcto que él, el hijo de un campesino, regalase un caballo a la nieta de Jón de Myri? ¿No estallaría toda la parroquia en una enorme risotada? Y ella misma, ¿no se ofendería con la ignominia? Un sudor frío le brotó ante la idea de convertirse en el hazmerreír de toda la nación. Sus dificultades se tornaban más y más complicadas e insolubles cuanto más se devanaba los sesos.

—Mis queridísimos hermanos cristianos —dijo el sacerdote—. El tiempo pasa. —E inclinándose sobre la congregación, llegó hasta el alma de cada uno de los concurrentes, en el largo silencio que permitió que siguiese a esas palabras de la más honda solemnidad. Pero miró a Gvendur de la Casa Estival más largamente que a nadie —. Sí, el tiempo pasa —reiteró al cabo—. Ayer era sábado. Hoy es domingo. Mañana será lunes. Después viene el martes. Hace poco que era la una. Ahora son las dos pasadas. Pronto serán las tres. Luego darán las cuatro. —Gvendur sintió que esas graves palabras de advertencia directa estaban destinadas a él especialmente. La conciencia de no haber encontrado ningún pretexto, ninguna solución para su problema, le oprimía el corazón. El sudor le corría de la frente y le bañaba las sienes con frías gotas. Pronto se vio llegar el Fin del sermón, y el sombrero rojo seguía inmóvil, salvo que ahora estaba un poco inclinado hacia atrás, porque la joven contemplaba fijamente al sacerdote, absorbía con el alma cada una de las palabras que pasaban por los labios de aquél, como si se encontrase decidida a cumplir cada una de ellas, en tanto que el pobre Gvendur no escuchaba más que frases aisladas, con el cerebro hundido en el torbellino de una confusión cada vez mayor—. Y las rocas fueron hendidas, mis hermanos. Sí, y muy pocas cosas podían seguir resistiendo en esa hora, permitidme que os lo asegure. Y el velo del templo fue rasgado en dos, de arriba abajo. Sí y no fue ésa la única cosa rasgada. Nada de eso. Y hubo oscuridad sobre la faz

de la tierra, y en el cielo, sí, había poca luz en esa hora, permitidme que os lo asegure…

Sí, en efecto, había oscuridad sobre todas las cosas, y ahora el sermón había terminado prácticamente y ya había concluido en efecto. Todavía siguió otro salmo. Para entonces el joven no podía ya ver ni oír. La gente se puso de pie. También él se puso de pie. ¿Debería esperar que ella pasara, o tendría que adelantársele? Esperó. ¿Tendría que hacer un esfuerzo para mirarla cuando pasara y enviarle una comente —porque creía en la comente del amor—, o debería mirarse los pies con resignación y total desesperación? La miró con la corriente del amor. Y entonces vio que no era ella, que era otra persona, una mujer de mediana edad, de tierra adentro; más aún: una mujer que había tenido un hijo con alguien… Era la hija mediana de Edóróur de Gilteig, tocada con un espantoso sombrero rojo. De modo que el joven pudo volver a respirar con normalidad. Pero sentía su corazón y dentro de él. Y había estado sentado en la iglesia, durante todo ese tiempo, para nada, y su tortura espiritual durante los himnos y el sermón no fue más que un derroche.

Al final de la misa la gente se dirigió, apiñada, hacia el mitin. Un reluciente automóvil estaba en el empedrado, ante las ventanas de la casa del alcalde. Los visitantes se apeñuscaron con curiosidad en derredor del resplandeciente portento, inspeccionándolo desde todos los ángulos posibles. Dieron golpecitos en los parabrisas y en las ventanillas laterales. Apretaron los neumáticos para comprobar su dureza. Gvendur también apretó los neumáticos y golpeó las ventanillas. El diputado del Alpingi había llegado durante el servicio y se encontraba ahora en el interior de la casa, con su padre. Precisamente en ese instante el banquero y sus partidarios aparecieron en la carretera de Vík. Se detuvieron al otro lado del cercado. El alcalde les salió al encuentro, a pie. Estaba ataviado con un pingajo de chaqueta, de aspecto tan vergonzoso que sugería que uno de los perros la había estado usando de cama durante todo un año y que se habían despojado de ella al animal para destacar la importancia del momento. Un imperdible le unía la camisa en el cuello. Llevaba los bajos del pantalón metidos en los calcetines, que evidentemente habían sido remendados en el pie. Le habría

resultado a uno difícil sorprenderse si el digno y elegante caballero del sobretodo y cuello duro se viese obligado a contener un intenso deseo de deslizarle en la mano veinticinco céntimos, mientras recibía su bienvenida. Se pidió a los visitantes que pasasen a la sala del concejo, adonde se dirigirían los candidatos en cuanto hubiesen bebido el café. Gvendur se sentó en un rincón, con la gorra sobre las rodillas, alguien le dio una pulgarada de rapé y estornudó. De pronto entraron los candidatos. Gvendur de la Casa Estival vio solamente a su candidato. Ingólfur Arnarson Jónsson, ¿quién podía comparársele? Su esplendor empobrecía a cualquier producto de la imaginación. Alto, robusto, con el corazón de un león, había asfaltado carreteras trazadas a través de las tierras de granjeros empobrecidos, habitantes de valles aislados. Su rostro de ojos autoritarios, detrás de las gafas de armazón de oro, relucían como un sol ante los decrépitos campesinos agrupados ante él. Y cuando comenzó a hablar, con voz sonora y nada forzada, sus manos pequeñas, sobre las que se veían los níveos puños de la camisa, se movieron en ademanes tan suaves y graciosos que ni siquiera era necesario escuchar sus palabras; bastaba con mirarle las manos. El mozo de la Casa Estival se sentía asombrado de que alguien fuese tan obtuso como para dudar de la justicia de su causa. Con el corazón estremecido reflexionó que había amado a la hija de ese hombre —quién sabe dónde estaría—; que ese gran hombre, cuyo automóvil se encontraba afuera, bajo la ventana, era, en realidad, su suegro.

Muy pronto la reunión se hallaba en su apogeo y se discutían los problemas más urgentes de la humanidad: las cooperativas y el campesinado, los escándalos bancarios, las pérdidas sufridas por las compañías pesqueras, la tasa de los intereses de los préstamos a los agricultores, la Ley Agrícola, el subsidio para la compra de aperos, la cuestión del alcantarillado, la venta de productos, carreteras, caminos, teléfonos, colonización rural, el problema de la vivienda, la electrificación de los distritos rurales. E Ingólfur Arnarson se ponía de pie una y otra vez y, abombando el pecho y moviendo las manos con inimitable arte, señalaba a su interlocutor y demostraba concluyentemente, fuera de toda duda, que era él el responsable directo de las enormes pérdidas sufridas por los bancos, que habían

permitido que los especuladores dilapidaran los ahorros de toda la nación; de los escándalos financieros que dieron a las compañías pesqueras una mala reputación tan ampliamente divulgada; del creciente índice de tuberculosis de los habitantes de una nación alojada en chozas; de la caída de la corona, un robo tan descarado y desnudo como nunca se había perpetrado contra las clases obreras de país alguno. Y, finalmente, de la política educativa que tenía por meta poner a la nación al mismo nivel que los negros del África central. Y ahora que el campesinado se unía para defender sus derechos y conseguir mejores condiciones de vida, ese hombre se levantaba contra ellos, con la maligna intención de hundir en el fango precisamente a la clase que había soportado a la nación entera sobre sus hombros, soportando el fuego y el hielo y las pestes durante un milenio, conservando intacta su cultura a través de innumerables peligros.

Gvendur estaba de acuerdo con todo lo que decía Ingólfur Arnarson, porque ya se sentía su yerno. Se encontraba lleno de una ilimitada admiración hacia ese gran hombre que no se conformaba simplemente con proporcionar carreteras y puentes al pueblo, sino que, además, quería que todos viviesen en una casa. Por su vida, no podía entender por qué nadie habría de molestarse en escuchar al contrincante, que mantenía una desvergonzada serenidad a pesar de todos sus crímenes, que incluso sonreía ante cada nueva acusación, que parecía tanto más complacido cuanto más evidente resultaba que debería haber sido encarcelado años atrás. Cuando, al cabo, ambos terminaron de describir cómo se proponían salvar al país de los peligros que lo amenazaban, cuando ya ninguno de los dos tenía deseos de seguir hablando, se declaró terminada la reunión y los candidatos rivales salieron juntos y atravesaron, caminando, el cercado, riendo fuerte y sinceramente, como si nunca hubiesen sido amigos más íntimos que ahora. Muchas personas se habían divertido, y algunas se habían divertido mucho y bien, pero era dudoso que nadie se hubiese divertido tanto como los candidatos. Todos les miraban, asombrados de que no se mordiesen mutuamente el cuello. Se despidieron en la puerta, apretándose con afecto las manos y mirándose larga y expresivamente a los ojos, como una pareja de amantes secretos. Luego el banquero se alejó, y

los espectadores se quedaron rascándose la cabeza. Poco más tarde los votantes también comenzaron a prepararse para partir, sacaron sus caballos de la caballeriza, se alejaron en grupitos. Gvendur consiguió encontrar varios pretextos para demorarse, con el resultado de que, cuando la mayoría de los demás ya había partido, él todavía se encontraba merodeando tristemente en torno a la casa, manteniendo una mirada vigilante sobre las puertas y lanzando una mirada subrepticia, de tanto en tanto, hacia las ventanas. Incluso estaba pensando en llamar a la puerta trasera y pedir prestado un martillo y un tajo para asegurar una herradura floja, o quizá para rogar que le diesen una gota de agua para beber. Pero se le ocurrió que, si hacía tal cosa, lo más seguro era que le abriese las puertas una de las cocineras, y eso lo arruinaría todo por completo. Al fin tuvo una idea luminosa: ocultaría su fusta colgándola en la pared de la caballeriza, como si la hubiese perdido. Luego, cuando hubiese cabalgado hasta la montaña, se volvería, golpearía la puerta, les informaría de la pérdida y les pediría que le guardasen la fusta, si la encontraban. Después era posible que se difundiese por toda la casa la noticia de que había estado en Myri, quizá se mencionase su nombre, quizás alguien saldría en secreto a buscarle la fusta, quizás ella la encontrara. Hundió el látigo entre las piedras de la pared de la caballeriza y montó. A mitad de camino hacia la montaña se volvió y regresó a Myri, para pedirles que le guardasen la fusta si la encontraban. Cuando entró una vez más en el cercado, a caballo, hacía rato que la caballeriza estaba vacía; todos se habían ido. Desmontó y se encaminó hacia la casa. Pero en ese momento se abrió la puerta e Ingólfur Arnarson, con su enorme sobretodo, salió al umbral en compañía de su madre. La besó, abrió la puerta de su automóvil y entró en él. Y entonces apareció una jovencita rubia, con un vestido azul, que llevaba un abrigo echado al brazo. Abrazó a su abuelo y le besó en señal de despedida. Un momento después había bajado precipitadamente los escalones y se encontraba sentada junto a su padre. Agitó su luminosa mano para saludar a sus abuelos, y él vio que su sonrisa resplandecía detrás del parabrisas; para él contenía todo el encanto de la vida. Se oyó el ronroneo del motor, bajo, suave y potente. La joven sonrió a su padre cuando el coche arrancaba. Y, cuando el vehículo pasó junto

a él, el sol chisporroteando en el esmalte, los sentidos de Gvendur se llenaron del agradable olor a gasolina. Los ocupantes del coche no le habían visto. Se quedó solo, en el cercado vacío, contemplando el automóvil que desaparecía a lo lejos. Jamás había conocido una desolación tan completa. Recobró su fusta, montó, se alejó. El automóvil desapareció de la vista en una hondonada. Unos momentos más tarde lo vio dibujado en silueta sobre el horizonte, en la cima de la montaña. ¡Qué locura haber pensado en regalarle el caballo! Fustigó al animal y éste bufó. Probablemente no fuese más que un penco, un animal estúpido, achacoso, que debería haber sido retirado del servicio años atrás. Lo mejor que podía hacer era vendérselo a cualquiera que fuese lo suficientemente tonto como para comprárselo.

—Espérame aquí un momentito, querida —dijo el diputado del Alpingi—. Creo que entraré un segundo en la choza para hablar unas palabras con el viejo. Dirigió su coche a un costado del camino, aplicó los frenos y apagó el motor. —A menos de que quieras entrar conmigo…

—No, gracias —repuso ella—. No quiero ensuciarme los zapatos.

Vio que su padre subía vivamente por el sendero, robusto y ancho de hombros en su grueso sobretodo.

Bjartur bajó al campo para recibir al gerente de la cooperativa, le llamó Ingi, hijo, y le invitó a entrar. Pero Ingólfur Arnarson estaba de prisa y solamente quería saludar a su viejo amigo y hermano de leche y darle unas palmadas en la espalda. Cuando le preguntó por qué no había estado en la reunión, Bjartur replicó que tenía mejores cosas que hacer que estarse sentado y escuchar los malditos parloteos.

—Oh, quién sabe —dijo el diputado del Alpingi—. Eso os aclara las cosas a los agricultores, os clarifica las ideas, ¿sabes?, eso de ver cómo se zarandean esas cuestiones vitales.

—Lo de mandarse mutuamente al infierno en una hermosa mañana de domingo, como hacéis los poderosos y encumbrados aristócratas hoy en día, no es, en mi opinión, la mejor forma de discutir cuestiones vitales. Tantos denuestos no habrían sido considerados argumentos en los viejos tiempos, cuando había grandes hazañas y gloriosas proezas, y cuando la tierra era habitada

por hombres poderosos, de famoso valor, hombres que se desafiaban mutuamente a regular combate, o reunían a sus partidarios y luchaban en grandes ejércitos, hasta que los cadáveres yacían en montículos más elevados que la cima de las colinas.

Pero el diputado del Alpingi no tenía tiempo para escuchar política de baladas y replicó que se había enterado de que el agricultor de la Casa Estival estaba por comenzar a construir y que, en ese caso, cuándo pensaba empezar.

—Oh, empezaré cuando me parezca —repuso Bjartur.

—Bueno, pues si piensas comenzar este verano, sería mejor que lo arreglásemos todo ahora, porque yo viajaré a Reykjavik a mediados de semana y no creo que regrese hasta después de las elecciones.

—¿Cómo sabes que no puedo conseguir mejores condiciones en otra parte, Ingi, querido? —preguntó Bjartur.

—Te has equivocado de medio a medio si crees que te estoy ofreciendo condiciones —contestó el gerente de la cooperativa—. La cooperativa no es un establecimiento de regateo y no tenemos por norma ofrecer tentadoras ofertas de precios reducidos, para atraer a los clientes. La cooperativa es tuya, hombre, y eres tú quien decidirá cuáles serán tus condiciones. No hay intermediarios que agreguen su cuota al precio de la madera y el hormigón. Ni nadie que te apremie con los pagos, salvo tú mismo. Lo único que te pregunto es: ¿cuáles son tus órdenes? Soy tu sirviente. ¿Cuándo quieres tus materiales? ¿Y quieres que calcule qué cantidad necesitarás de la caja de ahorros, o prefieres hacerlo tú mismo?

—Las condiciones de la caja de ahorros son inaceptables. Los bancos corrientes son mejores.

—Si, Bjartur, tanto mejores que no me sorprendería si tu viejo amigo el rey del rodeo hubiese perdido para Navidad todo lo que posee y estuviese viviendo en una choza destartalada, junto a la playa, o se encontrase matándose de trabajo, sirviendo de mozo de cuadra a su yerno, a quien puedo meter en la cárcel cuando se me ocurra. Yo soy el hombre que regirá los destinos del Banco Nacional antes de que termine el verano, toma nota de mis palabras. Y toda esa infernal pandilla de timadores quedará en bancarrota, o no me llamo Ingólfur Arnarson Jónsson. Y ese día habrá poco consuelo

para los que confiaron en los estafadores y pusieron su destino en manos de esos individuos. Nuestra caja de ahorros, por otra parte, es un establecimiento sólido, digno de confianza, Bjartur. Y aunque es posible que no conceda crédito a muy largo plazo, eso es mucho mejor para ti, porque una granja abrumada por una larga hipoteca no es propiedad de su dueño, como no sea en los papeles.

Eso era altas finanzas con venganza, y Bjartur tenía dos opciones y no sabía por cuál decidirse. Era simplemente un sencillo campesino de tierra adentro, que había combatido contra la naturaleza y los monstruos del país a mano limpia, que había extraído su elevada cultura de las baladas y las antiguas sagas, en las que los hombres luchaban entre sí sin andarse por las ramas, se hacían picadillo y apilaban los cadáveres unos sobre otros. Ésa era la única alta política que entendía.

—Nuestros materiales de construcción son casi un tercio más baratos que las cosas que conseguirás en Vík —continuó el gerente de la cooperativa—. El verano pasado recibimos un cargamento de cemento directamente del extranjero. Y además, hay muchas perspectivas de que este otoño se paguen cincuenta coronas por cordero.

—Es una lástima que nadie pueda saber cuándo mientes y cuándo no mientes —dijo Bjartur—. Personalmente me inclino a creer que mientes siempre.

A esto el diputado le dio una palmadita en el hombro y rió. Luego se dispuso a despedirse.

—De modo que estará bien que te envíe mañana la primera carga de cemento —dijo—. El resto saldrá por sí solo. Mi agente te mostrará todos los planos del arquitecto que necesites. Y en la cooperativa tenemos bastantes albañiles y carpinteros. Por lo que respecta al préstamo de la caja de ahorros, tenemos una idea aproximada de lo que necesitarás. Visítanos mañana, o pasado, y discutiremos el caso más detenidamente.

El coche estaba en la carretera, frente a la Casa Estival, y el pura sangre se asustó. Levantó las orejas con inquietud, negándose a avanzar a despecho de los esfuerzos de su jinete. Finalmente Gvendur tuvo que desmontar y llevarlo de las riendas. La extraña máquina, brillante, resplandecía a los rayos del sol del atardecer,

ajena al paisaje, preternatural.

Pero, no obstante, condujo al caballo directamente hacia ella. Por la ventanilla de adelante, abierta, se elevaba, enroscándose en el aire tranquilo, un leve penacho de humo azul. La hija estaba sentada, allí sola, en el asiento delantero. Él le vio el hombro, el blanco cuello, los rizos dorados, la mejilla. No le miró, aunque se encontraba apenas a unos metros de distancia, y el humo continuó elevándose de la ventanilla en graciosos círculos y espirales. Él se acercó más aún y le deseó las buenas tardes. Ella dio un leve respingo e hizo ademán de ocultar el cigarrillo. Luego se lo llevó nuevamente a los labios.

—¿Por qué me has asustado de este modo? —preguntó ella con su voz cantarína, un tanto nasal.

—Pensé que podría enseñarte mi caballo —dijo él con una sonrisa campesina.

—¿Caballo? —repitió ella inexpresivamente, como si nunca hubiese oído hablar de esos animales.

—Sí —dijo él, y señaló el caballo y le dijo el precio, y era uno de los caballos más caros del distrito.

—¡Caramba! —exclamó ella, sin dignarse mirar al animal—. ¿Tiene eso algo que ver conmigo?

—¿No te acuerdas, entonces, de mí? —preguntó él.

—No, que yo sepa —respondió ella con voz átona, mirando rectamente hacia la carretera a través del parabrisas del automóvil de su padre, con el cigarrillo delicadamente sostenido entre los dedos. Él continuó mirándola. Finalmente la joven volvió la cabeza y, observándole con indiferencia, le preguntó, como si le hubiese inferido alguna ofensa personal—: ¿Por qué no estás en América?

—Perdí el barco aquella noche —replicó él.

—¿Por qué no tomaste el siguiente?

—Porque quería comprar un ca-caballo.

—¿Un caballo?

Y entonces, reuniendo valor, Gvendur dijo:

—Me pareció que podría progresar aquí, en casa, después de haberte co-conocido.

—Gusano —dijo ella—. Vil gusano.

Esto le encolerizó levemente. Enrojeció, se acaloró y la sonrisa

cedió su lugar a un tembloroso labio superior.

—¡No soy ningún gusano! —gritó—. ¡Te lo demostraré! ¡Algún día lo verás!

—Esas personas que se disponen a hacer algo y se rinden antes de terminarlo son todas unos gusanos y unas lombrices. Yo les llamo espantosos gusanos y lombrices y cobardes. Sí, cobardes. Me avergüenzo de mí misma, me avergüenzo de mí misma por haberles mirado alguna vez, sin mencionar el haberles hablado.

El retrocedió un paso y hubo un brillo momentáneo en su mirada cuando exclamó, respondiendo a una provocación con otra:

—¡Quizá construyamos una mansión tan grande como la de vosotros, los de Rauðsmýri! ¡O más grande!

Ella rió despectivamente, con la mirada baja, y nada más.

—¡Maldita pandilla de Rauðsmýri! —gritó él—. ¡Siempre creísteis que podíais pisotearnos, sí, eso es lo que pensasteis siempre! —Y avanzando un paso sacudió el puño ante el rostro de la joven—. ¡Pero yo os enseñaré!

—No estoy hablando contigo —repuso ella—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Dentro de unos años seré el dueño de Casa Estival, y seré un agricultor tan importante como tu padre; quizá mayor. Ya lo verás.

Ella lanzó humo por la boca en una nube espesa, mientras entrecerraba los ojos y le medía.

—Mi padre será pronto el dueño de todo el país —le dijo. Entonces abrió los ojos e, inclinándose ante él, los fijó duramente en su cara, como amenazándole—. De toda Islandia. De toda ella.

Eso le quitó a Gvendur toda la energía y volvió a bajar la mirada. Luego preguntó:

—¿Por qué te muestras ahora tan cruel conmigo? Tú, que sabes que fue precisamente por tu culpa por lo que no fui a América. Pensé que me querías.

—Idiota —replicó ella—. Sí, quizá, si te hubieras ido, un poquito. —Se le ocurrió una buena broma y no se resignó a no hacerla—. Y más especialmente si no hubieses vuelto nunca… entonces sí, quizá. Pero aquí viene papá —e inmediatamente arrojó el cigarrillo a la cuneta.

—De modo que encontraste alguien con quien conversar,

querida —dijo Ingólfur Arnarsonjónsson—. ¡Muy bien! —Entró en el coche y encendió un cigarro.

—No es más que un campesino —declaró ella—. Una vez estuvo por ir a América.

—Ah, ¿sí? —preguntó el diputado del Alpingi, mientras pisaba el acelerador y soltaba el freno—. Hiciste bien, compañero, en dejar de lado esa idea de ir a América. Tenemos que quedarnos en casa, luchar con nuestras propias dificultades y vencerlas. Es conveniente creer en la madre patria. Todo por Islandia. De paso, ¿qué edad tienes?

Pero el joven tenía apenas diecisiete años; era todavía demasiado joven para votar.

De modo que el diputado movió la palanca de cambios, sin preocuparse ya más por el mozo y, cuando el coche empezó a moverse, se llevó distraídamente un dedo al sombrero, como saludando. Quizá fue tan sólo para enderezar el sombrero.

Pocos momentos más tarde se perdían en la distancia. No quedaron más que una o dos nubéculas de polvo remolineando en el aire. Muy pronto el polvo volvió a asentarse y ya no quedó nada.

68. Poesía moderna

Muchos hombres dudan a veces durante unos momentos pero, en definitiva, cuando se piensa con más amplitud, se descubre, por lo general, que las cosas han estado avanzado, progresando, evolucionando de un modo o de otro. Y los sueños de un hombre tienen la costumbre de convertirse en realidad, especialmente cuando no ha hecho ningún esfuerzo digno de mención para realizarlos, Y ahí, en el empedrado, antes de que el pegujalero lo haya visto bien, están las primeras cargas de cemento para construir. La suposición popular es que, cuando un hombre se ha hecho digno de vivir en una verdadera casa, se le dará una verdadera casa en que vivir. Surgirá para él de la tierra, por su propia voluntad, se dice. La vida concede al individuo todo lo que el individuo se merece, y lo mismo rige —se afirma— en cuanto a la nación como un todo. La guerra elevó a muchas personas, y a uno o dos países, a posiciones de gran valía, en rigor, resulta sumamente dudoso que cualquier cantidad de políticos, por brillantes que sean, por altruistas y patrióticos que se muestren, puedan hacer por Islandia más que una guerra acompañada de una animada matanza en países extranjeros. Cuando Bjartur se hubo convertido en una persona de nota, él mismo mostraba tendencia a admitir, en ocasiones, que la vida había sido a veces un poco dura, en los tiempos antiguos, en la Casa Estival, pero, naturalmente, es preciso recibir algunos golpes si se quiere avanzar, y, sea como fuere, jamás comimos el pan de otros. El pan de otros es la forma más virulenta de veneno que un hombre libre e independiente podría ingerir. El pan ajeno es lo único que puede despojarle de su independencia y de la única libertad verdadera. Tiempos hubo en que ciertas personas trataron de obligarse a aceptar por la fuerza la donación de una vaca, pero la verdad es que él no era hombre de aceptar

regalos de sus enemigos. Y cuando, al año siguiente, mató a esa misma vaca, fue porque tenía en vista una meta distante para su agricultura o, como dijo a los que le ayudaban en aquellos días lejanos, porque sabía perfectamente bien qué haría con su dinero; quizá se construyese un palacio. Y ahora continuaba hablando, más o menos al mismo tenor, en los almacenes de la cooperativa.

—Una casa grande, o nada —dijo—; dos pisos y un tercero bajo aleros.

Pero consiguieron convencerle de que sería mejor tener un sótano hermoso, bien construido, y un piso menos, que le dejaría en total con los tres mismos pisos. Había conseguido un préstamo en la caja de ahorros. El pegujal, con su falta de buenos edificios, era considerado, naturalmente, garantía insuficiente para un préstamo a largo plazo, de modo que sólo se concedía por períodos de un año por vez. Era considerado conveniente prestar un treinta por ciento sobre la base de la primera hipoteca de la tierra, aunque sólo en el caso de que la cooperativa saliera de fiadora. La cooperativa aceptó inmediatamente la responsabilidad, a cambio de una segunda hipoteca sobre la tierra. La caja de ahorros se declaró dispuesta a conceder otro préstamo en el otoño, cuando se hubiese terminado de construir la casa, previa una nueva hipoteca sobre la casa y la propiedad juntas. De este préstamo se pagaría a la cooperativa el préstamo que había adelantado para la compra de materiales de construcción. Tal es el mecanismo de las altas finanzas, y en compensación por todo eso el pegujalero votaba por Ingólfur Arnarson Jónsson, para que pudiese ser su representante en el Alpingi y resolver los problemas de la nación. Y poco después el gerente de la cooperativa fue declarado electo y los poderes mercantiles sufrieron, en consecuencia, una segunda derrota en ese frente. Todos los que habían votado por el gerente de la cooperativa tenían ahora motivos para regocijarse, en tanto que los que votaron por el banquero se mordían los puños y se maldecían a sí mismos hasta ponerse azules, en parte porque el banco se encontraba en una situación bastante lamentable y podía, en rigor, ser declarado insolvente en cualquier momento, en parte porque esas mismas personas se habían manifestado, abiertamente, enemigas de los Rauðsmýri. ¿Y a quién podían volverse ahora, en medio de la

destrucción que ellos mismos habían provocado? Y luego, para hacer que el panorama pareciera más negro aún, esos extranjeros estúpidos no tuvieron la suficiente sensatez de continuar con su preciosa guerra durante unos doce años más, y parecía que en cualquier momento se hundirían los precios del mercado de productos agrícolas.

Los cimientos fueron excavados en el talud del terreno del sur del viejo pegujal, y luego llegaron los albañiles y los carpinteros e hicieron el sótano, y era un sótano maravilloso. Luego descansaron durante una semana, para recobrar el aliento, y al cabo de una semana se pusieron a trabajar en la planta baja, donde debería haber cuatro habitaciones y un fregadero. Sí, si solamente hubiese uno o dos chiquillos, jóvenes y ávidos de novedades, para regocijarse en la construcción, como los había años antes, cuando se construía el corral para las ovejas madres, porque ahora había mucha excitación y ajetreo en la casa, el olor de la madera y el cemento, los golpes de los martillos y el repiqueteo de la mezcladora, carros y caballos, arena y cascajo. En esa época las paredes dobles y el hormigón armado eran cosas insólitas. Las paredes simples bastaban, pero se las construía gruesas. En mitad de la recolección del heno en el prado faltaban todavía el piso superior y el techo. Y como para entonces había gastado ya todo el dinero, Bjartur se dirigió al pueblo para pedir un nuevo adelanto de la caja de ahorros. Pero Ingólfur Arnarson estaba en la capital y el dinero escaseaba en el Banco, aunque le dieron a entender que quizá hubiese una posibilidad en otoño. Y no era ésa su única dificultad, porque en el almacén faltaba chapa de hierro ondulado para techar y también faltaba vidrio para ventanas —había tanta gente construyendo—, pero esperaban un nuevo envío de vidrio para finales del verano y de chapa de hierro para el otoño.

—Ya veremos a qué precio se cotizan los borregos en otoño —dijeron.

De modo que la casa de Bjartur estuvo todo ese verano en sus materiales componentes, visión sumamente deprimente para la mirada. Los viajeros que pasaban por allí echaban de menos la amistosa cabaña cubierta de hierbas, porque quedaba oculta a las miradas, detrás de aquella monstruosidad informe, boquiabierta,

que le recordaba a uno la devastación y destrucción dejadas tras de sí por un huracán. Pero si alguien pensaba que se permitiría que la casa de Bjartur siguiese así indefinidamente, estaba en un craso error. Porque en el otoño se supo que las bendiciones celestiales de la guerra seguían aún en vigencia en cuanto a los precios, aunque la lucha había terminado hacía ya casi un año. Nunca antes se habían conocido tales precios en Islandia. Tanto, que la Señora de Myri pronunció estas aladas palabras en el Congreso Nacional de Asociaciones Femeninas, reunido en Reykjavik ese mismo otoño: «Islandia es un país celestial». Los corderos se cotizaban nada menos que a cincuenta coronas cada uno, y, naturalmente, ninguna palabra del idioma era lo bastante idílica para alabar, en los periódicos capitalinos, las virtudes de la cultura rural, pasada y presente. Los méritos del campesinado eran exaltados por encima de todos los demás. Bjartur pudo conseguir más dinero en préstamo de la caja de ahorros, y luego madera, vidrios, hierro acanalado y obreros, de modo que no pasaría mucho tiempo antes de que la casa estuviese completa, con techo y todo. Pero cuando se encontraban atareados en el piso superior, se descubrió que el sótano había comenzado a resquebrajarse. Cuando fueron citados el capataz de los carpinteros y el capataz de los albañiles, anunciaron que esas hendiduras debían haber sido producidas por los terremotos de ese verano. Bjartur dijo que nadie había advertido terremoto alguno ese verano, por lo menos en la superficie exterior de la tierra.

—Ha habido terremotos en Corea —dijo el capataz de los carpinteros.

Afortunadamente las grietas eran relativamente pequeñas y fue fácil rellenarlas y entrever muchas arrobadoras visiones del futuro en relación con la casa, a pesar de ellas. Bjartur contemplaba el edificio largamente, con frecuencia, mascullando ciertas cosas para sí.

Después del rodeo de otoño, padre e hijo bajaron a Fjóróur en dos carros, porque todavía se necesitaban muchas cosas pequeñas para la casa. Bjartur no dijo una palabra hasta que hubieron cruzado el brezal y se encontraban descendiendo su declive oriental. Entonces rompió el silencio:

—En la primavera me dijiste que Asta Sóllilja pensaba que mi

poesía no era más que vacías coplas de ciego, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Gvendur—, ésas, más o menos, fueron sus palabras.

—¿Y que sus amigos de Fjóróur estaban todos a favor de la poesía moderna?

—Sí, está prometida a uno que es poeta moderno.

—Bueno, no es tan difícil escribir como esos modernos —dijo Bjartur—. Se parecen mucho a la diarrea. Rimas simples y nada más. —Pero Gvendur no tenía lengua de poeta y, en consecuencia, guardaba sumo cuidado con lo que decía cuanto tales temas estaban en discusión. Después de un corto silencio, su padre continuó—: Si te encontraras con Asta Sóllilja, me agradaría que le recitaras estas tres estrofas modernas que he compuesto, para que nadie pueda decir de mí que, cuando es necesario, no sé escribir en estos simples metros modernos.

—Muy bien, siempre que pueda aprendérmelas.

—Por el cielo, nunca dejes que nadie te escuche decir que eres tan tonto como para no poder aprenderte tres fáciles estrofas de una sola vez.

Siguió caminando durante un rato, mascullando entre dientes, y luego recitó en voz alta:

—Son tres estrofas acerca de la guerra.

Puedo ver diez millones de hombres, exterminados para solaz de la bacanal del loco. Tal vez todos, ahora, están en el infierno. Tengan buen viaje. Adiós. Yo no los lloro.

En los días de antaño hubo, empero, otra guerra que se libró a la vera de una roca, por causa de una flor serena y dulce cortada en mala hora.

Por eso estoy tan triste y melancólico y lo que tengo no me reconforta. ¿Qué son poder, palacios y riqueza, si allí no crece ni una flor hermosa?

—¿No preferirías ir a verla tú mismo? —preguntó Gvendur.

—¿Yo? —preguntó a su vez el padre, atónito—. No, no tengo nada que ver con gente como ésa.

—¿Qué gente?

—Gente que ha traicionado mi confianza. No soy yo quien debe pedir perdón a nadie. Que los que han traicionado mi confianza

vengan a pedirme perdón a mí. Yo no le pido perdón a nadie. Además —agregó—, como quiera que fuere, no soy pariente suyo.

—De todos modos, tendrías que ir a verla —dijo el joven—. Estoy seguro de que debe estar pasándolo muy mal. Y tú la echaste a patadas cuando estaba embarazada.

—A ti no te importa a quién echo a patadas. Puedes considerarte afortunado de que no seas tú el expulsado. Y no pasará mucho tiempo antes de que eso suceda, permíteme que te lo advierta, si sigo escuchando tus malditas charlas.

—Estoy seguro de que a Sola le encantaría que fueras a visitarla.

Bjartur atizó un fuerte golpe a su caballo y replicó:

—No, mientras me quede un aliento de vida, nada me hará ir a visitarla. —Luego, al cabo de uno o dos segundos, agregó, mirando a su hijo sobre el hombro—: Pero si muero, puedes decirle de mi parte que tiene permiso para enterrarme.

Asta Sóllilja acababa de mudarse a casa de su prometido en Sandeyri, en el fiordo. Era una casita pequeña. En rigor no se trataba de una casa en el sentido común de la palabra; era una choza de pellas de turba, con techo de hierro acanalado, representante del mismo grado de civilización que los tugurios habitados por los moradores del África central. En la ventana se veían dos mohosos cuencos de lata, llenos de tierra, y de uno de ellos sobresalía el tallo de una planta que luchaba por la vida. Dos camas; una para Asta Sóllilja y su novio, la otra para la madre de aquél, dueña de la choza. El novio estaba sin trabajo. Asta Sóllilja saludó a su hermano con cierta animosidad, aunque su ojo izquierdo era mucho más visible que el derecho. Estaba pálida y tenía un aspecto extraño; le habían sacado el diente cariado, dejando un hueco. Por lo demás no se mostró muy conversadora con su hermano y no mencionó siquiera las antiguas intenciones de éste de emigrar a América. Evidentemente no consideraba digno de mención el que hubiese abandonado la idea. Ella no creía en América en primavera y no creía en ella ahora tampoco. Gvendur vio inmediatamente que estaba embarazada y contempló sus manos de largos dedos, que contenían un tesoro de realidad humana, y sus brazos que eran demasiado delgados. Asta tenía una tos seca.

—Pareces estar fuertemente resfriada —observó el.

No, no estaba resfriada pero tosía siempre, a veces escupía un poco de sangre por la mañana. Él le preguntó entonces si tenía intenciones de casarse, pero aparentemente no pensaba ahora en casarse con el mismo orgullo que mostrara en primavera, cuando informó al hijo de Bjartur de la Casa Estival que estaba comprometida y que su novio era un poeta moderno.

—¿Qué le importa a nadie de la Casa Estival lo que yo haga? —preguntó.

—Papá me hizo aprender esta mañana un poema moderno —dijo Gvendur—. Es acerca de la guerra. Un poema moderno. ¿Quieres que te lo recite?

—No —repuso ella—, no pienso tomarme la molestia de escucharlo.

—Creo que lo recitaré igualmente —dijo él, y recitó las tres estrofas.

Ella escuchó y sus ojos se tornaron extrañamente cálidos y se disolvieron las arrugas del rostro, como si estuviera a punto de prorrumpir en llanto, o a punto de enfurecerse, pero no dijo una palabra, o, más bien, no dijo nada de lo que quería decir y se apartó de él.

—La casa nueva está ya casi lista —dijo el joven—. Pronto nos mudaremos a ella.

—¿De veras? —dijo ella—. ¿Y a mí qué me importa eso?

—A juzgar por el poema, se me ocurre que papá tiene sus planes en relación con la casa. Estoy seguro de que te daría el cuarto más grande, todo para ti, si volvieras a vivir con nosotros.

—Yo —repuso ella con un orgulloso movimiento de cabeza— estoy prometida a un joven, un talentoso joven que me ama.

—Aun así, tendrías que volver —dijo Gvendur.

—¿Crees que yo abandonaría jamás a un hombre que me ama?

Pero esto fue demasiado para la anciana, que, incapaz de seguir conteniéndose, estalló, desde la región cercana al fogón:

—No sería una mala idea, entonces, que le mostraras un poco más de bondad. Pobre muchacho, que nunca tiene un momento de paz contigo cuando está en la casa.

—¡Es mentira! —exclamó Asta Sóllilja apasionadamente, volviéndose a mirar a la anciana—. Le amo, sí, le amo más que a

nada en el mundo, y no tienes ningún derecho a decirle a la gente extraña que no me porto bien con él, cuando soy el doble de buena con él de lo que se merece… Estoy embarazada de su hijo, ¿no es cierto? Y aunque se presentase ante mí el propio Bjartur de la Casa Estival en persona y se arrastrase por todo el piso, a cuatro patas, para pedirme perdón por todo lo que me ha hecho desde que nací, aun entonces no querría escuchar una sola palabra acerca de su casa, y menos pensar en dar un paso siquiera en esa dirección. De modo que puedes decirle que mientras me quede un soplo de vida nada me hará regresar a la Casa Estival, pero que, cuando esté muerta, puede enterrar mis despojos. Por lo que a mí me importará…

69. Cuando uno no está casado

Uno se aburre de la casa propia antes de que hayan terminado de construirla. Es curioso que los seres humanos necesiten vivir en una casa, en lugar de conformarse con la casa de los deseos. ¿Qué noticias había ahora del tan discutido edificio en el que Bjartur de la Casa Estival se proponía fijar su residencia? Como se relató anteriormente, en Corea había habido terremotos, pero ¿qué importaba eso?, la casa tenía ya ventanas con vidrios; y la casa tenía un techo, y una chimenea sobresaliendo de él, y en la cocina había un fogón de tres hornallas, comprado a precio de ganga. Y para mejorar aun más las cosas, había una escalera de hormigón, de cinco peldaños de alto, para que la gente pudiese llegar a la puerta del frente y entrar en la casa. Luego venía el vestíbulo de entrada, porque, naturalmente, había un vestíbulo de entrada. La intención era mudarse a la casa en algún momento del otoño. El cuarto más grande de la planta baja estaba artesonado. Uno había sugerido que el artesonado fuese pintado; otro, que se le pegasen páginas de grabados de periódicos extranjeros, para adornarlo como se hacía en las ciudades. Pero Bjartur no quería que nada se adornase, no quería basura en la casa. Hasta entonces todo iba bien. Pero a principios de otoño hubo vendavales y lluvias, un día y otro, lluvias empujadas por el viento, y cellisca, y entonces se descubrió que en el interior de la casa había tanto viento como afuera. ¿Y por qué era eso? Era porque se habían olvidado de ponerle puertas. Nadie tuvo la previsión de pedirlas anticipadamente, porque se necesitaba mucho tiempo para hacer una buena puerta y los carpinteros de Fjóróur se encontraban demasiado atareados con trabajos que la gente necesitaba antes de que llegase el invierno.

—Oh, clava un par de maderas viejas —ordenó Bjartur. Pero el carpintero se negó a hacerlo, diciendo que sería inútil colgar

puertas desvencijadas en una casa de piedra, porque el viento siempre parecía doblemente potente en una casa de piedra. Empero, estaba dispuesto a equipar la casa con umbrales de primera calidad, antes de irse— pero te advierto que para hacer juego con esos umbrales necesitarás puertas de la más fina calidad, puertas de madera especial, puertas colocadas sobre goznes adecuados.

—Oh, el herrero no necesitará mucho tiempo para hacerme unos goznes a martillazos —expresó Bjartur.

—No —dio el carpintero—. Ahí es donde te equivocas. Los goznes comunes, como los que te haría el herrero, pueden servir perfectamente para una caja o un arcón, pero no sirven para una puerta decentemente hecha. Lo que necesitas son goznes para puertas, de la mejor calidad y el mejor acabado. En un año de prosperidad comercial las puertas deben colocarse sobre goznes adecuados.

—¡Oh, al demonio con todo eso! —exclamó Bjartur, encolerizado, porque se encontraba inmensamente exasperado ante el pensamiento de todo lo que ese monstruo boquiabierto de hormigón le había costado ya en dinero contante y sonante.

Pero había cosas peores que la mera ausencia de las puertas. La casa, sin duda alguna, se encontraba terminada por lo que concernía a los constructores, pero, aun así, había una falta total de todas esas cosas que son indispensable en una casa digna de tal nombre. Por ejemplo, no tenía camas. Las camas de la casa antigua estaban empotradas en el armazón del dormitorio, y era imposible llevárselas. Lo mismo regía para las mesas. En su época la mesa de la casa vieja había sido construida con unas pocas tablas toscamente cepilladas, clavada al alféizar de la ventana, y si bien es cierto que el tiempo las había pulido y alisado, era igualmente cierto que el tiempo había hecho algo más: las había quebrado en varias partes y estaban carcomidas de parte a parte. Los antiguos estantes se encontraban clavados a las paredes y se habían podrido junto con ellas. Y no había sillas. Nunca hubo sillas en la Casa Estival, ni bancos, y menos aún esas fantásticas fastuosidades de moblaje decorativo como cortinas, Dios Bendiga Cada Rincón De Esta Casa, Hallgrímur.

Pétursson, El Zar de Rusia, perros de porcelana. En una palabra,

durante todos esos años no existió en Casa Estival un solo objeto que hubiese podido servir para uso o adorno en una verdadera casa. Tales son los múltiples problemas que surgen ante un hombre y le confrontan cuando, habiendo llegado a los pináculos de la civilización, comienza a vivir en una casa. No son sólo puertas lo que se necesita. En consecuencia Bjartur resolvió pasar otro invierno más en la casa vieja, especialmente teniendo en cuenta que el tiempo frío llegaría temprano. Hizo que se clausuraran los vanos de las puertas. Y así quedó, por un tiempo, la enorme casa, irguiéndose desde el talud, frente al pegujal, como cualquier otro anuncio de esos años de prosperidad de que el hombre ha gozado con su agricultura, una fachada singular.

Y ahora hablaremos de las amas de llaves. Es dificilísimo tener amas de llaves. Las amas de llaves se diferencian de las mujeres casadas en que insisten en hacer lo que les plazca, en tanto que a las mujeres casadas se les ordena que hagan lo que se les dice. Las amas de llaves exigen continuamente cosas, en tanto que las casadas pueden considerarse dichosas si no se les da nada. Las amas de llaves siempre necesitan todo para todo, y lo creen sumamente natural. Muchas cosas las consideran por debajo de su dignidad, pero ¿quién se molesta en escuchar a una mujer casada cuando se pone a gruñir? Nadie sino ella debería hacerse cargo de las consecuencias. Y no hay para qué mencionar los accesos de enojo que tienen las amas de llaves, o el hecho de que lo vuelven a uno loco de tanto discutir, cuando las cosas no están exactamente como a ellas les agrada. Y en verdad que es difícil tener que casarse con una mujer solamente para poder ordenarle que cierre el pico.

—Prefiero casarme con tres mujeres al mismo tiempo que tener una sola ama de casa —solía decir Bjartur, pero era lo suficientemente contradictorio en sus acciones como para continuar contratando a las molestas arpías y seguir sufriendo una vida de continuas disputas, de un fin de año a otro.

Durante los tres primeros años tuvo tres amas de llaves, cada una de las cuales se quedó un año con él. Una era joven, una de mediana edad, una anciana. La joven era terrible, la de mediana edad peor aún, la vieja mucho más espantosa. Finalmente buscó a una sin edad, que demostró ser la menos censurable de todas. Se

llamaba Brynhildur, que generalmente se abreviaba en forma de Brynja. Hacía ya dos años que aguantaba en la casa, a pesar de todo. Una de las buenas cualidades que servían para distinguirla de todas las demás era que sentía interés por la casa y tenía buenas intenciones. Pero no era ése el único detalle en su favor. No tenía aficiones, como la joven, a reservar lo mejor de todo para el gañán asalariado y a tenerle despierto por la noche con mimos y caricias de modo que el hombre fuese un inútil por la mañana. No se provocaba a sí misma un frenesí de ira contra Dios y los hombres para rodar después por el suelo en un acceso de histeria, como la de edad mediana. Y no se dedicaba a humillar a Bjartur comparando las goteras de la Casa Estival y las desdichas de su vida actual con la techumbre de calidad superior y la libertad de reumatismo de una juventud pasada dichosamente al servicio de sacerdotes, como lo hacía la anciana. No, cumplía con sus tareas silenciosa y eficazmente y era sincera en todos sus tratos con su amo. Pero, a pesar de todo, no estaba libre de los defectos menores de su sexo. Sentía que jamás se la apreciaba en todo lo que valía, que sus esfuerzos no eran reconocidos, que sus virtudes se hundían en la oscuridad. Todos la entendían mal —creía—, incluso la sospechaban culpable de varios crímenes, porque siempre parecían estar acusándola de una u otra cosa, aunque generalmente se trataba de robo. Ante acusaciones tan manifiestamente injustas, mantenía una perpetua vigilancia, dispuesta a enfrentarlas y rechazarlas con una defensa pujante y vigorosa.

—Pareces olvidar que le dimos los posos a la ternera —decía si Bjartur sugería que lo quedara del café de la mañana podía ser calentado para apagar su sed—. Al parecer yo voy por la casa robando todo lo que veo —se quejaba, si Bjartur preguntaba cortésmente por los dos o tres bocados de pescado que habían quedado de la comida—. Quizá pensarás que me he quedado en la cama, regodeándome como la hija de un alcalde —replicaba si Bjartur insinuaba alguna vez que había aparecido con cierto retraso en el prado, después del ordeñe de la mañana. Nunca se había casado. Se creía que en su juventud tuvo amistad con un hombre, pero aparentemente descubrió que él estaba ya casado y desde entonces no había logrado reponerse del golpe. Como había

trabajado durante toda su vida por un salario, había ahorrado y lo había puesto todo en el banco, se consideraba generalmente que se encontraba en buena situación económica. También era dueña de un caballo, una vieja yegua alazana que nunca había sido domada pero por la que sentía un gran cariño. Empero, lo más notable de todo era el hecho de que fuese poseedora de un tesoro que la elevaba muy por encima de la gente trabajadora de la región. ¿Qué tesoro era ése? Era una cama, una cama independizada del armazón de la casa, una cama que podía ser desarmada y armada nuevamente a voluntad; una cama, en una palabra, que era nada menos que un bien mueble. Tenía su propio colchón, que siempre sacaba a airear el primer día del verano, y tenía una colcha y un edredón de plumón de la más fina calidad, y dos juegos de sábanas de hilo y una hermosa almohada con la frase «Buenas noches» bordada en ella. En verdad era una buena mujer, digna de confianza, de cuerpo extraordinariamente bien moldeado, pareja para cualquier hombre. Aunque era tan limpia como un gato e iba siempre correctamente vestida, no era una haragana remilgada que palideciese ante el pensamiento de tener que acarrear estiércol de día o de noche, con esas manos que tenía, tan grandes como jamones y todavía no completamente limpias de las marcas dejadas por antiguos sabañones, vestida con una chaqueta ajustada y sin corsé, de modo que parecía tan ancha de cintura como un recio caballo de tiro, y en sus mejillas curtidas por el tiempo había un agradable y juvenil tono rosado, y apenas un toque de azul cuando tenía frío, y tenía ojos de persona realista y una boca dibujada en líneas toscas, duras, libres de cualquier asomo del moderno espíritu de morosidad de pensamiento o sentimiento. Hablaba habitualmente con voz tensa y tono frío, casi como una persona injustamente acusada que compareciese ante un juez, siempre un tanto ofendida, un tanto herida en lo más hondo de su corazón.

Y bien: Bjartur estaba tan seguro de mudarse ese otoño a la casa nueva que durante todo el verano no hizo nada por reparar la antigua. Y cuando, a fines de octubre, las escarchas cedieron el lugar de pronto a vientos helados y fuertes lluvias, se hizo de repente incómodamente evidente que el techo se encontraba en estado de agudo desvencijamiento. Bjartur aguantó las goteras todo

el tiempo que pudo, pero la abuela, que era una criatura conservadora, se negó a moverse y, después de hacer que la taparan con un saco, se quedó en la cama hasta que hiciese buen tiempo. Bien, una noche Bjartur se encontraba sentado abajo, esperando que el ama de llaves le trajese sus gachas y de súbito ella se las puso delante de él y el hombre comenzó a comer. Ella se quedó durante unos momentos observándole con el rabillo del ojo, y cuando casi había terminado de comer, abrió la boca y le habló. Tenía la costumbre de volverle la espalda cuando le hablaba, y ahora parecía casi como si estuviese quejándose a la pared.

—Es preciso que te diga que no veo sentido alguno en construir una casa tan grande y hermosa, si tienes la intención de quedarte en este viejo agujero lleno de goteras, igual que antes. La gente habría hablado mucho de mala administración, si yo hubiera sido la responsable de esta situación.

—Oh, no creo que nos pase nada malo, por tener que aguantar alguna que otra gotera durante un invierno más. Las goteras son bastante saludables, porque es agua que cae del cielo. Y, de todos modos, no es culpa mía que las puertas no estuviesen listas.

—Yo habría estado dispuesta a pagar una puerta para mi cuarto, si se me hubiese avisado a tiempo.

—Sí, pero ocurre que tengo la intención de que las puertas de mi casa sean colocadas con mi dinero —replicó Bjartur—. Y se necesitan otras cosas aparte de las puertas, y yo no estaba dispuesto a ir y comprar todos los muebles necesarios para una casa tan grande, cuando ya se nos venía encima el invierno.

—Pareces habértelas arreglado perfectamente hasta ahora sin muebles —declaró el ama de llaves—. Pero, de haber sido absolutamente necesario, yo podía haber comprado un par de sillas con mi propio dinero. Y te habría prestado mi cama, o al menos la habría compartido con otros, si hubiese sido posible llegar a algún acuerdo con algún ser viviente de esta casa.

—Hmm —dijo Bjartur, y la miró. Nadie podía negar que era una magnífica mujer. Y por cierto que era buena en el trabajo, e inteligente. Y se encontraba libre de toda clase de vanidades o extravagancias. Posiblemente lo mejor que podía hacer era casarse con esa perra para poder tener completo derecho a decirle que se

callara, o por lo menos para acostarse con ella, como ella misma estaba sugiriendo en una forma tan envarada. Sintió que no podía enojarse con ese coloso a quien los años no lograban doblegar; que no podía contestarle en forma ruda o altanera, como se merecía, y tuvo que confesarse que era poco económico, una excentricidad de su parte, pagarle un salario en lugar de acostarse junto a ella en esa maravillosa cama de su propiedad, una de las mejores camas de la parroquia, una cama como nunca tuvo oportunidad de usar. Y además, ¿no tenía ella dinero en la caja de ahorros?

—Oh, no fue por falta de dinero por lo que no me mudé a la casa este otoño, Brynja, muchacha —continuó él—. Podría haber comprado muchas puertas, muchas camas, muchas sillas, si hubiese querido. Y quizás una imagen de Dios, y también una del Zar, si me daba la gana.

—No tengo por qué preguntar por qué no lo hiciste —replicó ella, todavía quejándose a la pared—. La poesía se escribe para los que no tienen ni la sensatez, ni el carácter necesarios para comprenderla, pero a otras personas nunca se les dirige una palabra de amistad. Lo único que las otras personas reciben son goteras.

—Las goteras que vienen de afuera no hacen daño a nadie —declaró él una vez más—. Las goteras que se encuentran adentro son las peores.

Cuando uno no está casado, es preciso que le ordene a la gente callarse en forma indirecta.

70. Intereses

¿Hay que extrañarse, acaso, de que muchas personas creyesen que Bjartur podría haber estado en mejor situación sin la casa que construyó? Y entonces, ¿qué podía decirse del rey del rodeo y su casa? ¿Le fue mejor a él, si se me permite la pregunta? No, la verdad era que la casa de Bjartur, aunque exenta de moblaje y deshabitada hasta entonces, era una verdadera fuente de dicha en comparación con la casa que el rey del rodeo construyó y amuebló con tantos gastos. Porque, en tanto que la casa de Bjartur continuaba en pie gracias al préstamo que consiguiera en la caja de ahorros, en tanto que sus ovejas siguieran pagando el interés estipulado, los soportes que sostenían la casa del rey del rodeo se derrumbaron completamente, sepultando al dueño en la ruina repentina. Era una bella casa, la del rey del rodeo. Tan bella, en verdad, y tan bien amueblada, que podía ser designada, junto con la propia mansión de Rauðsmýri, como una morada en la que los seres humanos no debían avergonzarse de vivir. Pero el lamentable resultado fue que, no bien hubo el rey del rodeo puesto la mansión en tan deseables condiciones, se le expulsó y se vio obligado a huir. Las personas no pueden permitirse el lujo de vivir como seres humanos civilizados, como tan a menudo ha quedado ya demostrado, y como se volverá a demostrar. Ni siquiera pueden dárselo los agricultores de la clase media, ni aun en años de prosperidad. La única forma sensata de vivir para las personas corrientes, la única provechosa, es habitar una pequeña choza, en el mismo nivel de civilización que los negros de África central, y dejar que el vendedor les conserve en el cuerpo una chispa de vida, como hace ya un milenio que la nación islandesa viene haciéndolo. Si apuntan más alto, las personas se proponen en realidad algo más difícil de lo que pueden conseguir. Es verdad, en épocas antiguas

era sumamente corriente que la gente le debiese dinero al comprador y que éste le negase créditos cuando la deuda se hacía demasiado grande. Del mismo modo, no era nada extraordinario que las personas a las que así se negaba el sustento muriesen de hambre, pero lo cierto es que ese destino resultaba infinitamente preferible a ser atrapado por los bancos, como le sucede hoy en día a la gente, porque al menos los de antes vivieron como hombres independientes, al menos murieron de hambre como hombres libres. El error reside en suponer que la mano de ayuda tendida por los bancos es tan digna de confianza como seductora, cuando en rigor de verdad sólo pueden tenerles confianza esos pocos hombres excepcionalmente grandes que pueden permitirse el lujo de deberles un millón, o incluso cinco. De modo que, al mismo tiempo que Bjartur vendía su mejor vaca para conseguir dinero para salarios y amortizaba mil coronas del préstamo y seiscientas de intereses haciendo incursiones en su ganado ovino, el rey del rodeo vendía su granja a un especulador, por la suma de las hipotecas que pesaban sobre ella, y huía y vivía ahora en una choza del pueblo, sí, y se consideraba dichoso de haber podido escapar. El Banco Nacional estaba en manos de Ingólfur Arnarson y se había convertido en un banco estatal, sobre la base de un gigantesco préstamo gubernamental de Inglaterra. La concesión de nuevos préstamos y la rebaja de los intereses estaba ahora, naturalmente, fuera de cuestión, salvo que se tratase de millones, y los productos de los agricultores habían caído lamentablemente en su cotización.

Sí, todo se desfondaba, el otoño que la casa de Bjartur tenía un año de edad. Las bendiciones de la guerra no estaban ya en vigencia por lo que se refería al comercio y a los precios, porque los extranjeros volvían a criar ovejas por su cuenta en lugar de matar hombres, ¡qué lástima! Los carneros islandeses eran una vez más uno de los artículos superfluos del mundo. Nadie pedía lana en esos días; las ovejas de los extranjeros empezaban a dar lana otra vez. Bjartur tuvo que aguantar a pie firme mientras un centenar de esas malhadadas ovejas islandesas se esfumaban para pagar los intereses y la amortización parcial del préstamo. Pero aceptó la pérdida con la misma inconmovible certeza que mostró anteriormente ante el hambre, los espectros y los compradores, sin quejarse a nadie. Los

muros de su cárcel de deudas se tornaban indudablemente más gruesos cuanto más bajos se cotizaban sus productos. Pero él estaba dispuesto a seguir golpeándose la cabeza contra esos muros mientras le quedase una gota de sangre o una partícula de cerebro. Ésa era una nueva fase en la eterna lucha del pegujalero por la independencia, esa lucha contra las condiciones económicas normales que, necesariamente, deben retornar cuando ha desaparecido la anormal prosperidad de la guerra, cuando el optimismo artificial que traicionó al campesino, habitante de chozas, llevándole a una imbecilidad tan mayúscula como querer vivir en una casa, se evapora sin dejar rastros. Recobró la sensatez, ahora que habían terminado los años de prosperidad, para encontrarse hundido en el pantano que, con infinitos cuidados, había conseguido esquivar en los años difíciles. El hombre libre de los años de hambre se había convertido en el esclavo de los intereses de los años de auge. Parecía, en fin de cuentas, que, con su libertad de las deudas, sus hijos muertos, su suciedad, su hambre, los años flacos habían sido más dignos de confianza que los años prósperos con todos sus coquetos establecimientos de préstamos, y su casa nueva.

Casi al mismo tiempo que Ingólfur Arnarson era nombrado gobernador el Banco Nacional, resucitado mediante un préstamo de varios millones en acciones de capital del Estado Islandés, es decir, de cierto banco de Londres, apareció en Fjóróur un nuevo gerente de la cooperativa.

—Las cosas están espantosamente embrolladas aquí —gruñó el nuevo gerente coléricamente, y cuanto más hurgaba en los libros más se enfurecía; se había permitido que las deudas de la gente aumentaran demasiado, las cosas se encontraban en un estado atroz, inmediatamente se tomarían medidas de precaución de una naturaleza mucho más drástica. Los que debían más de lo que podían pagar serían declarados en quiebra sin más, y debían dar gracias a su buena estrella por librarse tan fácilmente. Pero los que aún poseían algo recibían permiso para seguir colgando del dogal de la deuda, con los pies apenas rozando el suelo, en la esperanza de que al menos consiguiesen reunir los intereses, rascándolos con las uñas rotas y sangrantes… desdicha quizá mayor que la de ser

declarado en quiebra y quedarse con las manos vacías. Los personajes decidieron que el público recibiese raciones en la cooperativa, para que pudiese seguir teniendo el alma pegada al cuerpo… con vistas a pagar los intereses. Así que se les entregaban a la gente los artículos más necesarios, en cantidades que variaban según sus medios y situación, para que siguiesen esclavizándose por los intereses que tenían que pagar. Muchas personas más prósperas sólo podían conseguir las provisiones esenciales si algunas personas más prósperas les servían de garantía. El café y el azúcar estaban fuera de cuestión, salvo para los desdichados que no lo recibían en absoluto. La mercería era racionada severamente y las ropas estaban estrictamente prohibidas, especialmente para aquellas personas que realmente las necesitaban. Por otra parte, el gobierno había hecho tremendos progresos en lo referente al tabaco; recientemente se habían promulgado leyes por las cuales se debía repartir gratuitamente el tabaco, pagadero de los fondos públicos, a todos los miembros de la comunidad agrícola, a fin de ayudarles a defender sus ovejas contra la sarna y las lombrices pulmonares. Ese lujoso artículo podía ser administrado ya internamente, como medicina, o externamente, como baño. Este tabaco recibió una calurosa bienvenida. Se le bautizó Fisco, o Gusarapiento, y hasta el alcalde mascaba Gusarapiento, en beneficio de la economía, en esos difíciles tiempos.

—En verdad que me parece malo —dijo Bjartur, cuando se le informó de las raciones que se le asignaban para su sustento, el segundo año de la construcción de la casa nueva— que no se me permita decidir en punto a mis compras, como un hombre libre. Y si no recibo aquí lo que quiero, lo compraré en otra parte.

—Haga como le plazca —fue la respuesta—. Pero en ese caso no tendremos más remedio que embargarle la propiedad.

—¿Qué demonios se creen que soy: un esclavo, un idiota, o qué?

—No lo sé. Nos guiamos por los libros.

Se le entregó apenas medio saco de harina de centeno y otro tanto de avena, pero se le dio una buena cantidad de desechos de pescado salado, que la Cooperativa parecía tener a carretadas, lo mismo que bastante Gusarapiento. Era la primera vez, en toda su vida de agricultor, que se le negaba un puñado de harina de trigo

con la que hacer tortas de sartén si algún visitante entraba en el cercado, y el café y el azúcar no se mencionaban siquiera a personas como él, a menos que pagasen al contado. Tiempos hubo en que no sentía escrúpulos en decir lo que pensaba de quienes tenían la vida de los campesinos en un puño. Pero ¿a quién podría insultar aquí? ¿A unos libros?

Empero, no consiguieron impedirle que hiciese habitable la casa ese otoño. Todavía faltaban muchas cosas, por supuesto, pero al menos habían introducido cierto orden en el cuarto más grande del primer piso, y la cocina era ya utilizable y la casa tenía tres puertas, una exterior y dos interiores, toda con goznes convenientes, completas, con picaportes y todo. En Fjórdur compró una cama de segunda mano para él y Gvendur y, aunque hasta entonces nadie le consideró un hombre demasiado hábil, clavó unas cuantas tablas para hacer una especie de cama para la anciana, así como una tosca mesa y un banco para sentarse.

La familia se mudó entonces a la casa, toda en un cuarto. Pero, en cuanto estuvieron instalados, se descubrió que algo andaba mal en la cocina. El humo soplaba incesantemente hacia abajo cada vez que se encendía un fuego, y la casa se llenaba de un olor increíble. Algunos afirmaban que el sombrerete de la chimenea no estaba lo suficientemente alto, algunos pensaban que el cañón era demasiado ancho, en tanto que otros consideraban que debía ser demasiado estrecho, o incluso que estaría obturado. Más aún: se hicieron referencias a una teoría científica publicada por un periódico, según la cual las chimeneas construidas durante las mareas de primavera daban muchos dolores de cabeza. A juzgar por eso, la chimenea de Bjartur debió de haber sido construida durante las mareas primaverales. Una cosa era segura: la chimenea continuaba humeando a despecho de todas las teorías. Evidentemente serían necesarias costosas reparaciones para dejarla en buen estado de funcionamiento, y resultaba dudoso que se consiguiese ventaja alguna al hacerlo, porque la cocina era una glotona de leña y otros combustibles, con sus enormes hornallas. Finalmente se compró una cocina a petróleo para seguir cocinando, y el fogón quedó intacto en la cocina, como un adorno.

71. Un trol en otoño

Pues bien: Brynja, el ama de llaves, tenía por costumbre, todos los otoños, ensillar su yegua y hacer un viaje al pueblo, en una expedición de compras. En estas ocasiones se ausentaba por una semana, porque ese viaje era algo así como una gira de vacaciones. Probablemente tuviese amigos, igual que cualquier otra persona. Por lo general volvía con la tez rubicunda y un aire de importancia mientras llegaba a paso de ambladura sobre su alazán, con un gran surtido de paquetes atados a la silla, artículos de mercería, retales de algodón, hilo de coser, galletas duras para roer en las ocasiones festivas y para ofrecer a la gente razonable, unos granos de café, uno o dos terrones de azúcar. Pero esta vez las cosas eran completamente distintas, porque regresó, no a caballo, sino a pie, conduciendo al alazán de la brida y con las alforjas repletas al máximo. Estaba acalorada y alegre cuando pidió al agricultor que le ayudase a entrar los paquetes en la casa.

—¿Qué es todo esto que has estado comprando? —preguntó Bjartur.

—Oh, nada de importancia, de veras. Sea como fuere, nada de lo que valga la pena hablar —replicó ella, no queriendo decírselo todo de una vez. Sus modales eran un poco vanidosos y quizás un poquito alegres. Puede que en su viaje a través de los páramos hubiese ansiado que él la interrogase, y que hurgara en cada uno de los detalles. Pero él se encerró inmediatamente en una fría reserva y no mostró mayores signos de curiosidad. No tenía por costumbre interrogar a nadie acerca de nada ni permitía que nadie le interrogara a él; que se quedara con lo que había comprado. Llevó en silencio las compras de la mujer hasta la entrada, luego soltó a la yegua en los marjales y le dio un puntapié; era una noche otoñal, negra como la pez. Encontró algunas tareas sueltas que le

entretuvieron afuera, y no volvió a entrar antes de la hora de acostarse. Sospechaba que el ama de llaves, siguiendo su habitual costumbre de otoño, le ofrecería una galleta si entraba antes de que ella se hubiera acostado, pero en esa ocasión le importaban las galletas menos que nunca, temeroso de lo que pudiesen representar, quizá palabras duras por ambas partes. Pero cuando entró, al cabo, con la intención de meterse en la cama, descubrió que no podía dejar de encender una luz en el corredor y echar una mirada más detenida a las cosas que ella había comprado. Había medio saco de harina de trigo, todo un pilón de azúcar, un costal de arroz y un cajón fragante con los aromas de productos coloniales, tales como café, pasas y quién sabe qué otras cosas más… todas ellas mercancías que el peso de la deuda le impedía a un hombre independiente comprar en un país libre. Abriendo una de las tablas de la tapa, atisbo en el interior.

¿Y qué fue lo primero que encontraron sus ojos? Un rollo de tabaco de rapé, deliciosamente fragante. No es extraño que sintiera deseos de encolerizarse, siendo, como era, un hombre que durante todo un mes no había tenido más que Gusarapiento gratuito para calmar, o mejor dicho para irritar, sus ansias de tabaco. Demasiado inquieto como para llevar más adelante sus investigaciones, apagó la luz y entró en la habitación.

La anciana dormía; Gvendur también estaba acostado, con el rostro vuelto hacia la pared. Sólo Brynja estaba aún levantada, sentada en su cama, ataviada todavía con las mejores ropas. Había desenvuelto unas telas para examinarlas y las había dejado nuevamente a un lado, como desilusionada. Se contemplaba las manos, que tenía sobre el regazo, y no le miró. Hacía apenas unos momentos se mostraba orgullosa e importante; y, sin embargo, ahora no decía nada. Nada de alborozo, nada de expectativa alegre.

—¿Es necesario derrochar tanto petróleo? —gruñó el pegujalero, bajando la mecha casi a la mitad.

Ella no replicó, algo completamente extraordinario. Al cabo de un rato la mujer dio un sorbetón con la nariz. El comenzó a desanudarse los zapatos. Tenía la esperanza de poder acostarse y taparse hasta la cabeza antes de que ella encontrase una oportunidad para ofrecerle una galleta. Tuvo sumo cuidado en no

mirarla, pero cavilaba profundamente sobre el comportamiento de ella. Esa mujer sensata, práctica, que hacía tiempo superaba la edad de las locuras juveniles y las excitaciones frivolas, esa mujer que había ahorrado y escatimado durante toda su vida, sin malgastar jamás una moneda, salvo quizás en una libra de galletas una vez al año… ¿había enloquecido de pronto? ¿Estaba sentada allí, enfurruñada porque no le saltaron a él los ojos de admiración cuando trajo toda una carga de provisiones a la casa, a su nueva casa? Pero, a pesar de todo, era una magnífica mujer, digna de confianza, muy poco dada al parloteo, y no tenía queja de ella, aparte de que una vez —seguramente fue el año pasado— se metió en algo que no le concernía.

Y además tenía un bello cuerpo de mujer, por donde se la mirase, de aspecto vigoroso y con buenas carnes, con la sangre roja de la juventud en las mejillas. En rigor lo único que necesitaba eran gafas; entonces habría tenido un aspecto tan imponente como la Señora de Myri hacía unos años, en lo mejor de sus apariencias. Y era la personificación de la limpieza; nunca permitía que nadie se pusiese nada si no había sido previamente remendado; no dejaba que el polvo se acumulase en los rincones, sabía cómo aprovechar al máximo las provisiones, confería un apetitoso sabor a todo lo que cocinaba. Y no era persona de escatimar su trabajo o de mostrarse despectiva con alguna cosa, porque estaba siempre dispuesta a transportar estiércol día y noche, si era necesario. No, decididamente no era de esas mujeres a quienes les place quedarse en cama, mimándose a sí mismas, como la hija del alcalde, que no tenía nada mejor que hacer. Y una mujer acaudalada, con una pequeña suma acreditada en la caja de ahorros. Y aunque su yegua no tenía una pisada muy firme, aun así una yegua es una yegua. Y por último, aunque no menos importante, era dueña de una cama magnífica, el más bello mueble de toda la nueva casa del pegujalero, sin exceptuar la cocina. Era dudoso que la Señora de Myri durmiese entre sabanas más suaves.

No, no dio señales de ofrecerle una galleta; probablemente jamás se le ocurriera hacerlo, tal como estaban las cosas. Durante un rato más continuó sentada en la cama, con las manos sobre el regazo —es extraño cuan indefensas podían parecer sus manos

cuando no tenía nada en ellas—, y él tuvo aguda conciencia de su presencia, en la penumbra del cuarto (una sombra le cruzaba el rostro). Finalmente la mujer tomó la tela que había estado inspeccionando y, enrollándola en un atado descuidado, como si fuese algún harapo sin valor, la metió bajo la tapa de su arcón de la ropa. Luego lanzó un pequeño suspiro. Después sacó la colcha de la cama, la plegó con su habitual pulcritud, echó hacia atrás el edredón de cuadros rojos y la nívea sábana, se sentó en el borde de la cama y comenzó a desvestirse… Se desanudó la corbata, se desabrochó la chaqueta, se salió de entre las faldas con movimiento de torsión y, después de haber plegado cuidadosamente todas sus prendas exteriores, las puso, junto con sus enaguas, bajo la tapa del arcón. Llevaba ropa interior de lana, gruesa, bien hecha, que ella misma se tejiera, y su cuerpo parecía crecer y germinar y liberarse a medida que se iba quitando las ajustadas prendas exteriores. Los fuertes muslos macizos eran aún tan elásticos que parecía increíble que ya hubiese pasado de la edad de la maternidad. Había una potencia colosal en sus rodillas y en sus pantorrillas; su cuello era fuerte y juvenil, sus pechos los pechos de una jovencita, flexibles, altos por delante, abombados por debajo, firmes y trémulos. Se quitó la camiseta del todo y era un verdadero trol, aunque no tanto como él; él también tenía los hombros de un gigante, un pecho que podía resistir cualquier cosa. Se puso el camisón de dormir. Entonces, y no antes, apagó la luz. Su cama crujió cuando se acostó.

Él descubrió que, quién sabe por qué, le era imposible dormir; se torcía, se volvía de un lado a otro, envidiando a su hijo, que hacía ya varias horas que roncaba. Una y otra vez dio rienda suelta a sus sentimientos en un torrente de maldiciones musitadas, enfurecido porque pensamientos tontos le mantenían despierto. El hecho es que se está muriendo por un poco de tabaco decente… ese maldito Gusarapiento, pensó, la condenada cooperativa, la remaldita caja de ahorros, la infernal casa. El olor de la casa nueva era suficientemente malo para asfixiar a cualquiera. Sí, si uno pudiese tener un poco de tabaco decente, en lugar de ese demonio de Gusarapiento. ¿Cómo podría dormirse? Es una vieja creencia la de que los versos bien construidos son buenos para el insomnio, y empezó a mascullar esta estrofa:

No hay para las penas amparo mejor que cuando en la noche persiste el fulgor del día, y en las alegres salas fluye el aguamiel de gayas alas.

Pero cuando trató de recordar otros, descubrió que los únicos que se le venían a la cabeza eran de los obscenos. Y estrofas no deseadas le asaltaban el cerebro en invencibles huestes, derrotando incluso a las más bellas obras maestras de compleja versificación.

Era seguro que los demás dormían desde hacía rato. Y helo ahí todavía, revolviéndose y agitándose, jurando y con el cerebro ya turgente de obscenidades, creo que lo mejor que puedo hacer, si quiero un poco de tranquilidad, será saltar de la cama y cortarme un buen trozo de ese tabaco de rapé. Siempre podré metérmelo en la boca, a falta de algo mejor.

Se puso los pantalones, salió de la cama y se calzó los zapatos, tratando de hacer el menor ruido posible. Pero la noche otoñal estaba tan negra como el alquitrán y tuvo que buscar a tientas el camino hacia la puerta. Mientras tanteaba, su mano pasó sobre un bulto redondo, que al principio no reconoció. Lo palpó nuevamente, lo fue contorneando con la mano y encontró el rostro. Lo primero que tocó debía haber sido la perilla de la cama de ella.

—¿Quién es? —oyó que la mujer susurraba en la oscuridad.

—¿Te he despertado? —preguntó él, porque había creído que estaba dormida.

—¿Eres ni? —musitó ella en respuesta, y la cama crujió como si la mujer se moviese y levantase la cabeza.

—No —repuso él—, no.

Siguió caminando a tientas junto a la cama hasta que encontró la puerta. La fragancia de las costosas mercancías coloniales, deliciosas al paladar, le asaltó las fosas nasales. Y se olvidó de sus ansias de tabaco y recordó solamente una cosa: que esa desconocida había comprado provisiones y las había llevado a su casa, como si pensase que él era un perro y un esclavo. Cosas de lujo. Era la primavera vez que el pan ajeno era traído a su casa.

Salió al aire frío de la noche. Los copos de nieve caían a tierra flotando suavemente, y el aire era penetrantemente helado, pero él no hizo caso de ello y se encaminó al extremo del pegujal, con los pies desnudos dentro de los zapatos, en ropa interior. Era un alivio

volver a respirar el aire fresco, después de los olores a hormigón y humedad de la casa. Probablemente fuese una casa nada saludable. ¿En qué demonios estaba pensando cuando se decidió a construirla?

Oh, bueno, ahora que había respirado un poco de aire fresco, probablemente podría dormir unos minutos. Volvió a la casa, subió a tientas los cinco escalones y entró, para encontrarse una vez más con el seductor aroma de las costosas provisiones de ella, de gusto delicioso, pródigas en cantidades, pagadas al contado. Pero, de todos modos, sería la última vez que en su casa entraba pan ajeno.

A la mañana siguiente se levantó temprano y, cuando atendió algunas de sus tareas, entró para beber su trago matinal de agua. Pero ¿qué hizo ella sino servirle una enorme taza de café? El aromático vapor del encorvado chorro le asaltó los sentidos; ninguna de sus esposas había sabido preparar el café como Brynja; en su opinión ella hacia el mejor café de la parroquia; todo lo que tocaba, en materia de comida, parecía adquirir un atractivo y un apetitoso aroma propios. Ella se mantuvo vuelta de espaldas a él, salvo en los momentos en que tuvo que servirle el café… ¿Le contestó cuando él le deseó los buenos días, o es que se había olvidado él de deseárselos? Durante un rato, Bjartur contempló el café de la taza que tenía ante sí; siempre le había gustado mucho el café. Finalmente apartó la taza, sin haber tocado el contenido y, poniéndose de pie, sin previo aviso:

—Brynhildur, quiero que te marches.

Ella lo miró y repitió:

—¿Irme? —Su rostro estaba muy lejos de ser viejo. Y no era feo. Había una mujer joven en su cara, y esa mujer joven le miraba, aterrorizada—. Si es que… —comenzó a decir, y no dijo más.

Parecía como si esa gigantesca mujer hubiese sido hecha pedazos de un solo golpe. Las facciones se le disolvieron y ocultó los ojos detrás del codo, en un profundo sollozo estremecido, como una chiquilla. Él cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió a sus tareas. Durante todo ese día Brynja tuvo el rostro hinchado del llanto. Pero no dijo nada. Al día siguiente ya no estaba.

72. Ideales realizados

Y entonces, ¿no se realizaban en ninguna parte los ideales de Ingólfur Arnarson? Sí, por supuesto que sí. Eran puestos en práctica en todas partes. En todas las esferas. Las leyes del desarrollo de tierras habían sido promulgadas y los hombres eran recompensados con importantes sumas de dinero para que cultivasen grandes extensiones de terreno, sí, y hasta se daban muchas coronas por un trocito de tierra. La gente recibía premios cuando construía buenos corrales y graneros de hormigón y se le concedían créditos para comprar costosas maquinarías agrícolas, tales como tractores, arados, rastras, segadoras, trilladoras, en rigor cualquier cosa, incluso máquinas de coser. Pronto quedaría, asimismo, instalado el sistema de alcantarillado. Se entregaban subsidios para la construcción de pozos y cisternas, siempre que fuesen suficientemente sólidos y suficientemente costosos. El Banco de Islandia inauguró una sección para conceder préstamos para la construcción de viviendas rurales. En ella los agricultores podían obtener préstamos a largo plazo, a intereses reducidos y con pequeñas amortizaciones, pero únicamente con la condición de que se construyeran buenas casas sólidas; los reglamentos exigían paredes dobles, de cemento armado, chapeado en los artesones, linóleo en el piso, grifos para el agua, cloacas, calefacción central y electricidad, si era posible. Sólo las casas de primera calidad serían tenidas en cuenta, ya que la experiencia había demostrado que las casas baratas, de construcción apresurada, constituían un problema grave. También estaban estudiándose leyes relacionadas con el escalonamiento sistemático de todas las grandes deudas agrícolas, de modo que reinaba gran alborozo entre los agricultores cuyas propiedades fueran lo suficientemente colosales como para obligarles a acumular deudas cuantiosas. Y floreció la cooperativa,

la empresa comercial de la fraternidad, en la que no podría penetrar jamás intermediario ni ratero alguno para medrar con las equitativas ganancias de los pequeños productores. Si los tiempos eran prósperos, la cooperativa garantizaba al agricultor, no sólo el valor del producto en que éste le vendía, sino también una prima, que podía ascender de unas pocas coronas a muchas, según el monto de lo que tuviese para vender. Las primas del alcalde de Myri sumaban miles de coronas. Ganó premios por grandes cultivos, porque sembró enormes extensiones de terreno y construyó impresionantes establos. También recibió un crédito del Fondo de Aperos, para la compra de un tractor, arados modernos, rastras modernas, una moderna segadora, una trilladora moderna y otras valiosas maquinarias agrícolas, incluso una máquina de coser. También se le concedió un subsidio del Fondo de Alcantarillado. Y con su ayuda construyó una de las primeras cisternas de estiércol de toda la región. En cuanto esto estuvo terminado descubrió que la casa se le estaba pudriendo bajo los pies, de modo que obtuvo un sustancioso préstamo del Departamento de Construcciones Rurales del Banco de Islandia y construyó, de acuerdo con los reglamentos del banco, una hermosa casa de primera clase, con un sótano, dos pisos y un tercero de altillos, toda de hormigón armado con paredes dobles, artesones chapeados, linóleo en los pisos, un cuarto de baño para la Señora, calefacción central, agua caliente y fría, luz eléctrica. Hombres como él son la flor de la nación. Hombres como el alcalde y como el especulador que salvó al rey del rodeo comprándole la propiedad. ¿Especulador? No es cierto que fuese un especulador, era, sencillamente, un financiero moderno que había decidido ocuparse de la agricultura como pasatiempo. Nadie sino el rey del rodeo tenía la culpa de haber perdido todo lo que poseía, porque siempre fue un haragán para las tareas agrícolas y nunca se mostró capaz de mantenerse dentro de límites razonables, a pesar de toda su charla sobre el dorado término medio. Tampoco fue nunca un financiero y ahora, en la vejez, se veía obligado a trabajar en un almacén del pueblo, dependiendo para su existencia de la caridad de su yerno. No, el nuevo hombre que ocupaba el pegujal del rey del rodeo no era en modo alguno un especulador; apenas hacía un mes que se encontraba en el distrito cuando fue elegido

para el concejo parroquial. Inmediatamente recibió un préstamo para la compra de modernos implementos agrícolas, construyó hermosos corrales y se le concedió un premio, se le dio una Concesión de Alcantarillado, una enorme prima por sus productos, puso luz eléctrica en la casa del rey del rodeo; la guerra mundial no había sido librada en vano, por lo que a él concernía.

Pero ¿y Bjartur de la Casa Estival? ¿Y sus amigos? ¿Qué fue de ellos?

Tomemos primeramente a Pórir de Gilteig, el padre de alegres hijas que otrora mostraban cierta debilidad por las medias de seda de largo poco común. En realidad las cosas les resultaron mucho mejor de lo que habría podido esperarse. La más joven llegó a casarse con un individuo de ciertas posibilidades económicas, uno del pueblo. Y en cuanto al propio Pórir, nunca fue tan propietario como para poder convertirse en un gran hombre gracias a sus deudas; por otra parte, nunca fue un propietario tan pequeño como para que pudiese siquiera pensarse en declararle en bancarrota. Al final de la guerra podía describirse a sí mismo como un agricultor de clase media. Fue escogido rey del rodeo de la pedanía. Le tocó en suerte la tarea de purgar a los perros, junto con las responsabilidades y los emolumentos relacionados con ella. Fue elegido oficial del secretario de la parroquia. Hizo buenas migas con ambas partes, dejó de quejarse de la inconstancia de las mujeres y, según se rumoreaba, no se mostraba hostil a ocupar un escaño en el concejo parroquial, si alguna vez se diese el caso. Por notable que ello pueda parecer, las que se habían salvado en esa época de altos jornales eran sus descarriadas hijas que, obligadas, por circunstancias especiales, a permanecer bajo el techo de su padre, no sólo trabajaron para él durante los años de guerra, sino que cuidaron de que sus hijos hiciesen lo propio. Por lo demás, Pórir no se arriesgó a construir una casa para la gente de su pegujal; construyó solamente para las ovejas y, como muchos, por amargos motivos, están dispuestos a afirmar, lo más sabio para la seguridad futura de uno es construir lo menos posible.

¿Y los otros? Seguían trajinando ahora igual que antes, aplastados bajo el peso de los impuestos municipales, las deudas, las lombrices, las enfermedades y la muerte, en tanto que los ideales de

Ingólfur Arnarson eran puestos en práctica y los premios, los créditos, los subsidios y las condiciones liberales se acumulaban sobre las personas acomodadas. Ólafur de Ystadalur había firmado un contrato de compraventa de su pegujal, pero continuaba viviendo en la misma choza de barro que significó la muerte para su esposa y todos sus hijos… La vida humana no es lo bastante larga como para que un campesino se convierta en hombre acaudalado, hecho que, según se dice, ha sido concluyentemente demostrado en un libro de un famoso hombre de ciencia extranjero. En cuanto a Hrollaugur de Keldur, decidió, terminada la guerra y su prosperidad concomitante, comprar el pegujal que durante tanto tiempo arrendaba al alcalde, y ahora necesitaba de todo el tiempo de que disponía para continuar pagando los intereses. No, no pudo construir una casa; eso tendría que esperar hasta la próxima guerra. Para ese entonces probablemente el alcalde le habría arrebatado la choza a fin de saldar los intereses impagos. Pero por el momento futuro tendría que cuidarse de sí mismo, y Hrollaugur, que nunca pudo aprender a distinguir entre lo natural y lo sobrenatural, sino que siempre lo tomaba todo tal como llegara, cuando llegase.

¿Y Einar de Undirhlíð? Aunque durante uno o dos años logró ver cómo sus deudas disminuían lentamente en tamaño, no logró comprar su granja ni renovar los edificios. Y ahora sus deudas volvían a acumularse y sería sumamente afortunado si las ovejas que tenía para vender ese otoño le producían lo suficiente para pagar los impuestos y el forraje. La cuenta del médico tendría que esperar, como el pescado de desecho. La vida humana es la vida humana. Pero seguía escribiendo hermosos panegíricos, igual que antes, cada vez que moría alguien, y se mostraba tan firme como siempre en su esperanza en que el Señor se sentiría más favorablemente dispuesto hacia los campesinos en la vida futura de lo que se sentía en el presente, y de que les permitiría beneficiarse del hecho de poseer un alma inmortal.

Y entonces, los créditos y subsidios, los beneficios y las ofertas ventajosas, ¿pasarán por encima de estos campesinos pauperizados, cuando comenzaran a dar sus frutos finalmente los ideales de Ingólfur Arnarson? ¿Qué se puede decir? Lo que ocurre es que tiene poco sentido concederle a un pegujalero un crédito del Tesoro para

comprar tractores y arados modernos. O un préstamo a cuarenta años para construir una casa de cemento armado, con paredes dobles, grifos para agua, linóleo y luz eléctrica. O una prima sobre sus depósitos. O una prima por cultivar grandes extensiones de terreno. O una principesca cisterna para abono, para guardar en ella el estiércol de una vaca o una y media. El hecho es que resulta absolutamente inútil hacerle a alguien un ofrecimiento generoso, a menos de que ese alguien sea rico. Los ricos son los únicos que pueden aceptar un ofrecimiento generoso. Ser pobre es sencillamente la especial condición humana de no estar en situación de aprovechar una oferta benévola. La esencia de ser un campesino pobre radica en la incapacidad de poder beneficiarse con los presentes que los políticos ofrecen o prometen ofrecer y en el hecho de encontrarse a merced de unos ideales que sólo consiguen hacer más ricos a los ricos y más pobres a los pobres.

Bjartur pasaba ahora su segundo invierno en la casa que había construido. Era la peor casa del mundo, e increíblemente fría. Poco antes de Adviento la anciana comenzó a guardar cama, aunque sin lograr morirse, de modo que Bjartur resolvió mudarla al compartimiento vacío del corral de las vacas, viendo que no podía morirse de frío. El mismo Bjartur se sentía intensamente afectado por el frío de la casa, a tal punto que comenzó a temer que estuviese envejeciendo. Pero se consoló pensando que su hijo, que estaba en la flor de la vida, tampoco podía soportarlo. Las paredes del cuarto sudaban de humedad y se cubrían de una capa de escarcha durante los días de frío más intenso. Las ventanas jamás se limpiaban del hielo que las tapaba, el viento atravesaba la casa de uno a otro extremo y arriba había nieve en los pisos y nieve remolineando en el aire. Padre e hijo se ocuparon ese invierno de la cocina, y no con mucho espíritu animoso. Ni siquiera se escuchaba en la granja un gruñido de queja. Nadie parecía estar ya de buen humor.

El verano siguiente Bjartur volvió a contratar gente para que le ayudase y una vez más cortó heno para sus ovejas islandesas, aunque ningún consumidor en todo el mundo se había rebajado a tocar las ovejas islandesas, salvo los lobos y las lombrices de los pulmones. El mercado cayó más aún para el otoño. Nadie

necesitaba ovejas islandesas ni las ha necesitado nunca. Y finalmente el gobierno se vio obligado a vender el derecho de la nación a su principal fuente de riqueza, las pesquerías, a cambio de que un país extranjero se quedara con unos cuantos barriles de carnero salado, podrido. Esos barriles estuvieron almacenados durante mucho tiempo en puertos lejanos, y finalmente fueron arrojados al mar. Todo lo que a Bjartur le pareció ese otoño que podía ser dejado de lado fue dedicado a salarios e impuestos, y no le quedó nada para los intereses y la amortización de sus préstamos… De cualquier modo, aunque hubiese vendido todo el ganado, no habría sido más que una gota de agua en el océano. Se dirigió a la caja de ahorros para ver si podía llegar a algún arreglo sobre su deuda, pero la única persona que pudo encontrar allí fue un lacio despojo humano, de aspecto tuberculoso, que volvió lánguidamente las hojas de un libro de contabilidad y le informó que no estaba autorizado a efectuar reducción alguna. Se había decidido que muy poco tiempo después se inaugurase una sucursal del Banco de Islandia en Vík, y la caja de ahorros de Fjóróur se integraría en ella, de modo que la única persona que tenía facultades para modificar las condiciones vigentes de los préstamos de la caja de ahorros, era el propio director del banco, el diputado Ingólfur Arnarson. El gerente aconsejó negligentemente a Bjartur que fuese a visitar a Ingólfur a la capital y tratara de llegar a un acuerdo con él. Bjartur volvió a su casa y analizó la situación. Quizá ni siquiera se molestó en analizarla. Tanto da lo que uno piense o deje de pensar: todos son unos ladrones. Y mientras se encontraba atareado pensando, corrieron por todo el país, como un fuego fatuo, las noticias de que Ingólfur Arnarson Jónsson había renunciado temporalmente a su puesto de Director del Banco. Ese otoño fue nombrado Primer Ministro de Islandia.

73. Perros, almas, etcétera

«Venta de acreedor hipotecario. Por la presente se informa que, a solicitud de la sucursal de Vík del Banco de Islandia, la Granja denominada “Casa Estival”, de la Parroquia de Rauðsmýri, será subastada el veintinueve de mayo próximo, a fin de liquidar deudas, intereses de deudas y costo del remate. La subasta comenzará a las tres de la tarde, en la propiedad en venta. Jón Skúlason, gobernador».

Este aviso apareció en sitios públicos de Vík y Fjóróur y fue publicado en la Gaceta, desde mediados del invierno en adelante. Un poco más tarde le llegó a Bjartur una notificación en el mismo sentido. Bjartur no dijo nada. Nunca fue costumbre suya lamentarse por perder algo. Nunca alimentes tus penas; confórmate con lo que te quede, cuando has perdido lo que tenías. Y afortunadamente tuvo la sensatez de aferrarse a las ovejas durante todo el tiempo que le fue posible. Todavía le quedaban unos cien animales, así como una vaca, tres viejos jamelgos y una perra amarilla, cuarta generación, descendiente en línea directa por la vía materna, de su primera perra.

Esa noche, cuando Bjartur entró en el corral, se detuvo junto a la cama de la anciana, mirándola unos instantes.

—¿Quizá te acuerdes, Bera, de esa choza que tenías al norte, en Sandgilsheiói? —le preguntó al cabo.

—¿Choza? —No estaba segura, hacía siglos que había la memoria, en esos días no se acordaba de nada.

—Hmm, a pesar de todo supongo que todavía estará en su lugar —dijo él.

—Era una buena choza —declaró ella—. Viví en ella durante cuarenta años y nunca pasó nada. Pero aquí parece como que siempre estuviera ocurriendo algo.

—Oh, bueno, ahora me voy de aquí —dijo él—. Me obligan a vender.

—Y no me sorprende —replicó ella—. Es otra vez ese viejo diablo, el que ronda la Casa Estival y siempre la ha rondado. Y siempre la rondará. Muy pocas veces permitió Kólumkilli que los que vivían en esta casa salieran de ella sin ningún perjuicio. Por mi parte digo que yo nunca convertí esta casa en mi hogar. Nunca ha sido otra cosa que una pensionista que quiere pasar la noche.

Pero el pegujalero no quería hablar de fantasmas. Jamás creyó en fantasmas, ni, en general, en forma alguna de seres sobrehumanos, aparte de los que uno encuentra en la poesía, de modo que fue directamente al grano y dijo:

—¿Te agradaría arrendarme Uróarsel en la primavera?

—Las puestas de sol eran hermosas en Uróarsel —dijo ella—, cuando mi difunto esposo Etórarinn se ponía su enorme chaquetón y cabalgaba hacia el norte, cruzando los paramos, en busca de sus ovejas para esquilarlas donde las encontrarse. Y también tenía hermosos perros. Siempre tuvimos magníficos perros.

—Sí, en eso tienes razón, Bera —convino Bjartur—, los perros de Pórarinn siempre fueron de buena calidad. Recuerdo que tenía uno amarillo castaño, un maravilloso animal que podía ver en la oscuridad tan bien como cualquier otro perro podía ver en el día más claro. Con muy poca frecuencia se encontraba uno con criaturas semejantes, puedo asegurártelo. Pero yo también he tenido mis buenos perros ¿sabes? Animales leales, perros que nunca me traicionaron, y en una ocasión tuve una perra amarilla, la bisabuela de la que tengo ahora, que hasta parecía que tuviese un dominio sobre la vida y la muerte.

Suceda lo que sucediere y venga lo que viniere, a un hombre siempre le queda el recuerdo de sus perros. Por lo menos nadie puede privarle de los recuerdos, aunque tanto la prosperidad de la guerra mundial como la realización de los ideales de personas importantes haya demostrado no ser otra cosa que una nube de polvo que ascendió para oscurecer la visión del trabajador solitario.

—Bien, bien Bjartur, de modo que así ha terminado todo —dijo Pórir de Gilteig con cierta compasión. Era a comienzos de primavera y él y otros campesinos estaban sentados sobre la pared

del corral, ensangrentados porque habían estado marcando a los animales, con los corderos y sus madres balando locamente debajo de ellos, entre sus piernas.

—Oh, pronto te tocará el turno a ti —repuso Bjartur—. No hay ninguna seguridad en ese puesto de purgador de perros, como todos lo hemos visto.

—No estoy muy seguro de ello —dijo Pórir, no sin un poco de enojo, quizá—. No juro por los perros, naturalmente, porque a mí me parece que lo importante es tener fe, no en los hijos de uno, suceda lo que sucediere. Eso es lo que siempre hice. No importa lo que les ocurriese a mis hijos, nunca les eché de casa. Y el resultado fue que siguieron trabajando para mí, benditos sean, y para sí mismos a la vez. Creer en los hijos de uno es lo mismo que creer en la patria.

Sí, se había convertido en un agricultor de clase media, como resultaba fácil reconocer por su tono. El secreto de su triunfo residía en el hecho de que sus hijas le habían hecho abuelo en su propia casa y en que él se quedó en el hogar durante todos esos años, con sus nietos ilegítimos. De ese modo obtuvo ayuda femenina gratuita durante toda la guerra, y consiguió, por todo ello, alcanzar una posición de cierta nota, y además había comenzado a creer en su patria: Todo por Islandia.

—Mis hijos nunca acarrearon vergüenza alguna a su padre —declaró Bjartur—. Mis hijos han sido hijos independientes.

Los concurrentes vieron inmediatamente adonde se encaminaba la discusión y que un paso más en ese sentido podría llevar a los insultos personales. Siguió un silencio turbado, aparentemente difícil de llenar, pero por fortuna nuestro viejo amigo Olafur de Ystadalur aprovechó rápidamente la oportunidad, porque sabía, por antigua experiencia, que quien vacila en aprovechar la oportunidad en un debate no logrará jamás interponer una sola palabra.

—Bueno, personalmente —dijo— he llegado a la conclusión de que un individuo no tiene en estos días más probabilidades de independizarse que en tiempos pasados, si se le ocurre construirse una casa. Nunca, en toda la historia del país, desde la época de la Colonización en adelante, ha habido un solo trabajador que consiguiese construirse una casa digna de ese nombre, de modo que

qué utilidad reportará comenzar a hacerlo ahora. No hay que darle más vueltas. Y, como sea que fuere, ¿qué importa si un hombre tiene que vivir en una choza de barro durante toda su vida, cuando su vida, si realmente se la puede llamar así, es tan corta? Otra cosa sería si la gente tuviese alma y fuese inmortal. Sólo en ese caso sería razonable tratar de edificarse una casa.

Einar de Undirhlíð:

—Bien, yo no soy como Ólafur y no pretendo, en las raras ocasiones en que tengo algo que decir, que mis argumentos estén fundados en teorías científicas. Sólo digo lo que me parece probable y no me preocupo por las opiniones de los hombres de ciencia. Y en esta oportunidad debo decir que, sencillamente porque sé que el alma existe y porque sé que es inmortal, no me molesta vivir en una choza de barro durante el corto lapso que el alma pasa aquí, en la tierra. Y, aunque la vida sea miserable, pequeña la morada, pesadas las deudas, inadecuados los alimentos y largas e inevitables las enfermedades, queda en pie el hecho de que el alma es el alma. El alma es y será siempre el alma, y pertenece a otro mundo, un mundo más elevado.

—Oh, vete al demonio, tú y tus malditas tonterías acerca de las almas —dijo Bjartur, saltando desdeñosamente de la pared del corral.

Y fue entonces cuando Hrollaugur de Keldur llevó la conversación hacia los gusanos.

Parte Tercera - Fin de la historia

74. El pan ajeno

Esa primavera, casi al mismo tiempo que Bjartur terminaba de reconstruir la arruinada granja de Uróarsel, que era del mismo tipo que la que ya había construido una vez, una de esas granjas que se construyen por instinto, el alcalde de Útirauðsmyri volvía a comprar sus rediles de invierno por el precio de las hipotecas que pesaban sobre ellos. La mayoría de la gente consideraba que había hecho un buen negocio. Su intención era convertir la Casa Estival en un enorme criadero de zorros, porque cada día se hacía más evidente que el peor enemigo del país no era ya el zorro, sino la oveja. Bjartur, entre tanto, había llevado su ganado y sus enseres domésticos al norte, a Sandgilsheiói, y ahora ya no quedaba nada suyo en la casa excepto la anciana, a quien se proponía llevar a Uróarsel a su regreso del pueblo. Hacía su primer viaje al pueblo con el nombre de Bjartur de Uróarsel, y su hijo le acompañaba. El hombre se encontraba ya tan endeudado con los almacenes de la cooperativa que ni siquiera se le entregaba un puñado de harina de centeno a crédito. Se le dio una cantidad de provisiones a nombre de Hallberajónsdóttir, viuda, después de haber presentado autorización escrita. Era inútil dejarse arrastrar por la tentación de usar palabras insultantes, era inútil injuriar a nadie, porque nadie tenía tiempo para escuchar amenazas ni para responder a denuestos, a menos, es cierto, que algún dependiente de almacén le ordenase a uno que se callase la boca. Y era inútil machacarle a alguien las narices, porque, quién sabe cómo, siempre eran las narices inocentes las que resultaban machacadas. Había vendido sus dos mejores caballos para comprar madera para la nueva sala de Uróarsel, y ahora sólo le quedaba un despojo de veintiséis años, llamado Blesi, a quien ya conocemos de antes. Lo recordamos de los tiempos antiguos, cuando asistimos a un funeral en la Casa Estival;

sí, hace mucho tiempo. Un día de invierno estuvo atado a una jamba de la puerta, contemplando al viejo Þórður de Nióurkot, que cantaba. Muchas son las cosas que pueden sucederle a un caballo. Éste había vivido en la Casa Estival durante tanto tiempo como Bjartur labró la tierra de la granja; fue el único caballo de los tiempos duros, uno de tantos cuando los tiempos mejoraron, y ahora, una vez más, el único, huesudo, encorvado, sarnoso, pelado y con una catarata en un ojo. ¡Pobre matalón viejo! Pero tenía un corazón vigoroso como el de Bjartur.

Llegaron a Fjóróur muy tarde y el pegujalero pensó que sería demasiado esfuerzo para Blesi obligarla a hacer el viaje de regreso esa misma noche. La pusieron a pastar, pero tenía pocos dientes y tardó mucho en saciarse, de modo que no tenían más remedio que esperar a que amaneciese, porque para entonces, presumiblemente, habría comido lo que necesitaba. Era avanzada la noche, los almacenes estaban cerrados, habían terminado con todas las diligencias que tenían que hacer y no les quedaba otra cosa que esperar la mañana. Caminaron calle abajo. Estaban hambrientos, porque no habían comido nada en todo el día y, como ninguno de los dos tenía dinero, no podían pasar la noche en una pensión. El cielo se nubló y una brisa fresca empezó a soplar del mar, pero no llovía. Ambos se morían por un café, pero ninguno habló de ello.

—No creo que haya mucho peligro de que llueva esta noche —dijo Bjartur, mirando al cielo—. Podemos acostarnos en alguna parte, detrás del muro de un huerto, por un par de horas.

Había habido dificultades en el pueblo, aunque Bjartur de Uróarsel tenía asuntos más serios en que pensar. El hecho era que los ideales de Ingólfur Arnarson estaban a punto de realizarse en Fjóróur. Un par de semanas atrás habían comenzado los trabajos del gigantesco plan para el puerto que el Primer Ministro prometiera otrora a su pueblo y que luego hizo aprobar por el Parlamento con su reconocida energía. Nunca fue hombre de incumplir promesas. Además de los habitantes locales, una gran cantidad de gente de Vík encontró trabajo en la ambiciosa empresa. Abandonaron sus hogares y ahora vivían en unos viejos cobertizos que eran utilizados como dormitorios y a los que llamaba «barracones». Se había convenido que los jornales estarían de acuerdo con lo acostumbrado

en las partes más remotas del país. Las obras comenzaron reconstruyendo, una vez más, el famoso rompeolas, tarea que requería enormes cantidades de piedra y hormigón. Hacía una semana que los hombres trabajaban volando peñascos y transportando piedras, cuando llegó el primer día de paga. Se supo entonces que sus opiniones acerca de lo que constituía un salario normal en las partes más remotas del país habían sido demasiado rosadas. Se les ofrecía una cantidad que, lejos de permitirles convertirse en miembros de la clase media, era, según ellos, insuficiente para mantenerles al alma pegada al cuerpo, a ellos y a sus familiares. Llamaron a esos salarios un ataque para rendir por hambre a los obreros, y dijeron que estaban contra una Constitución que permitía que los trabajadores pasaran hambre, ¡como si tal Constitución fuese algo nuevo! Exigieron salarios más altos, pero nadie tenía facultades para pagarles salarios más altos en aquellos tiempos difíciles. ¿A quién le importa que tus hijos no tengan nada que comer? La Constitución islandesa es sagrada. Los hombres abandonaron sus herramientas y se pusieron en huelga. Nunca había habido antes ninguna en Fjóróur, pero los obreros de Vík, que eran dirigentes del movimiento, habían hecho una, una vez, en su pueblo natal, y la ganaron, con el resultado de que los familiares que dependían de ellos pudieron comer, durante un cierto tiempo, pan de centeno para acompañar los desechos de pescado. Pero la gente de Fjóróur disentía en relación con la huelga, y en tanto que muchos eran ardientes partidarios de ella, una considerable cantidad se mantenía apartada de la cuestión, hasta cierto punto dispuesta a hacer algún sacrificio en pro de la independencia de Islandia. Los capataces tributaban una favorable acogida a quienes quisiesen aceptar la paga ofrecida. Los otros podían liar sus bártulos e irse. Muchos de los pequeños armadores y otros miembros de la clase media llegaron incluso a ofrecer sus servicios gratuitos, con vistas a conservar la independencia de la nación y la Constitución islandesa. Pero los huelguistas se negaron a abandonar sus puestos y, lo que es más, apostaron piquetes que impedían que entraran los que querían trabajar. De resultas de ello se produjeron frecuentes choques entre los que podían permitirse proteger la independencia de Islandia y los que preferían que sus familias tuviesen algo que

comer. Muchos de los combatientes habían sido violentamente vapuleados, algunos tenían huesos fracturados. Palabras e ideas por completo distintas a todo lo conocido con anterioridad en el lugar estuvieron pronto en labios de todos. Esa gente que había llegado al pueblo a perturbar la paz era un puñado de viles e infames matones que afirmaban con toda franqueza que querían un nuevo sistema en que los obreros tuviesen suficiente para comer. No existía fuerza policial en el lugar para aplastar esas alocadas ideas y la Constitución se encontraba indefensa, inerme, al igual que la independencia del país. Hasta que, finalmente, el gobernador provincial telegrafió a las autoridades y pidió que le enviasen policías para proteger a los que querían trabajar y para quitar de en medio a una pandilla de villanos rufianes que, de todos modos, no tenían nada que hacer en Fjordur y que estaban utilizando ilegalmente la fuerza para impedir que el trabajo continuase. La solicitud recibió una rápida respuesta del Gobierno. Una compañía de policía estaba ya en camino y debía llegar en el vapor costero la mañana siguiente. Se informaba también que los huelguistas estaban bien preparados para recibir a la policía y se esperaba una gran refriega. El pueblo entero se encontraba en un estado de tensión aprensiva, de modo que no era sorprendente que nadie tuviese tiempo para dedicar un solo pensamiento a Bjartur de la Casa Estival, cuando todos se estaban preguntando si a la mañana siguiente recibirían una paliza. Pero ahora ya estaba avanzada la noche; las turbulentas voces de la clase trabajadora se habían callado, cediendo su lugar al inarmónico chillido del charrán. La noche se cernía sobre la ciudad como un velo transparente. El pegujalero del valle y su hijo se sentaron al borde del camino, frente a una casa dormida, y mascaron pajas y no hablaron durante un rato.

Fue el hijo quien a la postre quebró el silencio.

—¿No tendríamos que ir los dos a visitar a nuestra Asta Sóllilja? Dicen que el novio ha huido, abandonándola.

No hay respuesta.

El hijo:

—Papá, estoy seguro de que a nuestra Asta Sóllilja le encantaría que fuésemos a verla. Estoy seguro de que nos daría un poco de

café.

Finalmente el padre perdió la paciencia, lanzó una mirada airada a su hijo y dijo:

—¡Oh, cállate antes de que te dé una bofetada! ¿No aprenderás jamás a portarte como un hombre, pedazo de maricón asqueroso?

Y ahí terminó todo.

Llevaban largo rato sentados en silencio cuando vieron a un hombre caminando perezosamente por la carretera, a no gran distancia, acercándose con lentitud, alto y delgado, con pantalones azules de nanquín y un jersey, y la gorra sobre la coronilla. De tanto en tanto se detenía y miraba las casas y se volvía. De pronto, viendo a la pareja, dejó de examinar las casas y se acercó a ellos ganduleando, deteniéndose a unos pasos de distancia. Rebuscó en los bolsillos y extrajo una colilla de cigarrillo; luego estudió a los dos campesinos y al cigarrillo por turnos. Después sonrió y, encendiendo la colilla, se acercó más.

—Buenas noches, camaradas —dijo.

Padre e hijo respondieron al saludo estólidamente y sin gran entusiasmo, sin moverse, mirando aún la zanja del costado del camino, con los tallos de hierba todavía entre los dientes.

El desconocido permaneció donde estaba, removiendo los pies y cambiando de tanto en tanto de postura, pero no dando muestras de querer irse. Su mirada vagaba de uno a otro lado, pero finalmente se fijó en el cielo.

—Se ha nublado, ahora que llegó la noche —observó.

Los otros no respondieron.

—Este es un maldito agujero para vivir —dijo el desconocido—. Ojalá estuviese de vuelta en mi hogar. Y no es que sea mejor que esto, claro.

—¿De dónde eres? —preguntó Bjartur.

Venía de Vík y se había ido del pueblo porque pensó que las cosas no andarían tan mal en Fjordur ese verano, en tanto que, por el contrario, andaban mucho peor que en casa. Toda la cuestión se había convertido nada menos que en una condenada estafa.

—Oye —dijo de pronto, mirando a Bjartur, como si se le hubiese ocurrido una idea—. ¿No podrías venderme, por casualidad, una hogaza de pan?

—¿Venderte una hogaza? ¿Estás seguro de que te encuentras bien de la cabeza? No, no tengo pan para vender.

—Oh, bueno —repuso el otro sonriendo—. No importa. De todos modos no tengo con qué pagarlo.

Hubo un corto silencio y después el desconocido exclamó:

—¡Maldito sea todo, y condenado, infierno ardiente y remaldita corrupción!… ¿En qué libro está todo eso?

—Seguro que en la Biblia —contestó Bjartur.

—Vaya, ¿en qué estaré pensando? —dijo el otro—. Por supuesto.

—Tú debes de ser uno de esos que está en huelga, supongo —dijo Bjartur—. Tendríais que avergonzaros de vosotros mismos y volver al trabajo.

—¿Para qué, si nos han timado? —replicó el hombre—. Espero que tú no seas uno de esos que quieren seguir trabajando.

—Sí, lo soy —repuso Bjartur—. Siempre he sido un hombre enamorado del trabajo. Pero no soy secuaz de nadie. Soy un hombre independiente… todavía.

—Ahora dicen que mañana llegará la policía —expresó el desconocido—. Espero que no hayas votado por Ingólfur Arnarson, ese condenado sabueso.

Pero Bjartur prefirió guardar silencio al respecto.

—Es terrible no poder conseguir un poco de pan —observó el hombre—. Los compañeros me enviaron a conseguirlo, ¿sabes? Vamos a hacer un poco de café.

Bjartur:

—¿No dijiste que no tenías dinero?

El hombre volvió a mirar al cielo, hizo chasquear la lengua y sonrió tan desganadamente como antes.

—Bueno, en rigor no estaba hablando de comprarlo, ¿entiendes? Al menos no lo dije en serio. Estaba echando una ojeada a la panadería.

—La panadería está cerrada desde hace horas —dijo Bjartur.

—Eso no importa gran cosa, con tal de que no hayan escondido el pan —dijo el hombre.

—¿Escondido?

—Sí, sí, lo han ocultado. Vi unas preciosas hogazas en la tienda a las siete, verdaderos monstruos; deberías haberlas visto, hombre.

—Había terminado su cigarrillo.

—¿Crees que lloverá? —preguntó, mirando al cielo.

—No lo creo —dijo Bjartur.

—No es que me importe —dijo el hombre. Puede llover con toda la remaldita fuerza como quiera por lo que a mí me preocupa. Oídme, hace una enormidad de tiempo desde la última vez que estuve con una mujer, ahora que lo pienso.

—Vaya…

—Oh, bueno, de todos modos no interesa —dijo el otro—. Si los canallas esos envían mañana a la policía, será mejor no haber estado con una mujer. Y digo yo, ¿no querríais uniros a nosotros, camaradas?

—¿Contra quién?

—Contra ese pedazo de degenerado de Ingólfur Arnarson, naturalmente —repuso el hombre.

Bjartur consideró el caso unos instantes y luego replicó:

—No, me temo que en la actualidad no sirvamos para una riña.

—Tenemos una buena cantidad de mangos de pico —dijo el hombre—. Y toda clase de porras.

—¿De veras?… —dijo Bjartur.

—Pero si los cochinos traen fusiles, vaya, tendremos que rendirnos. Ya estamos todos de acuerdo. La mayoría de nosotros tenemos hijos ¿entiendes? No me importaría que me mataran si no tuviera hijos. Y digo yo, ¿estáis esperando algo especial?

—No —replicó Bjartur—, estoy esperando que mi caballo termine de comer. Tiene veinticinco años y necesita tomarse las cosas con calma. Volvemos a primera hora de la mañana, cruzando el brezal.

El hombre:

—Pero no os iréis antes de la pelea, ¿eh, camaradas? Escuchad, de todos modos, ¿qué demonios estáis haciendo ahí, sentados? ¿Por qué no venís con nosotros y tomáis un poco de pan y café caliente?

—De modo que tenéis pan, ¿eh?

—¿Pan? —repitió el hombre dudando—. Pues, claro que sí. Montones de pan. Venid conmigo.

Era tan sincero, su actitud desarmaba de tal modo, se mostraba tan desenvuelto en su conversación, tan amistoso, que padre e hijo

se pusieron de pie y le acompañaron. El otro no era muy amigo de caminar en línea recta; seguía más bien un tortuoso sendero que él mismo se trazaba. Ellos caminaban recto. En dos ocasiones les pidió que le esperaran, mientras desaparecía en la trasera de una casa.

—De veras, es una broma de primera —dijo—. Están tan asustados que incluso las viejas han cerrado las puertas de las cocinas. —Parecía creer que eso era realmente gracioso, y se rió, pero los otros no veían nada chistoso en ello. Entre tanto, seguía hablando de la policía, el tiempo, las mujeres y cualquier cosa que se le ocurría.

—Oídme —dijo—, en esta época no tiene sentido casarse.

—¿No? —preguntó Bjartur.

—No, ningún sentido —afirmó el otro, haciendo chasquear la lengua.

—Muy bien, pues no te cases —dijo Bjartur.

—Mirad —dijo el hombre—, el otro día estaba hablando con un sujeto sumamente inteligente, ¿y sabéis lo que me dijo? Me dijo que dejar vivir a la gente era un crimen más grande por parte de las autoridades que matarla.

—Una tontería mayúscula —bufó Bjartur.

—No, no —repuso el hombre sencilla y calmosamente—. Yo también pienso como él. Soy de la misma opinión. Afirmo que las personas no son tan grandes criminales como para merecer vivir bajo este sistema; es decir, las masas. Eso es lo que está mal.

Bjartur estaba demasiado atareado tratando de entender lo que el hombre quería decir, y no pudo replicar.

—Y ni siquiera estamos armados —continuó el hombre—. Si estuviésemos armados, sería una cosa completamente distinta. Tenemos que robarles los mangos de los picos y romper con ellos las cabezas de sus dueños. Pero si traen armas de fuego… entonces está claro… Un minuto, aquí vive una vieja.

En un santiamén desapareció detrás de una casa, una casa de mediano tamaño, con flores en la ventana y un gallinero minúsculo. Luego de una breve ausencia reapareció con una gran hogaza, sin empezar, de pan de centeno.

—Me he despellejado la mano —dijo, chupándose la sangre que la manaba de un rasguño—, pero no es nada. Vámonos.

—Espero que no hayas robado esa hogaza —exclamó Bjartur airadamente.

—¡Bah! —repuso el hombre haciendo chasquear la lengua. Se metió la hogaza en la parte delantera de los pantalones por la cintura, y la cubrió con el jersey—. No tiene importancia. La mujer es dueña de muchas tierras. Es la viuda de un archidiácono.

Bjartur se detuvo en mitad de la calle y dijo:

—Ya basta. Yo, por mi parte, no pienso seguir.

—Oh, pero tienes que venir —trató de convencerle el hombre—. Vaya, vente, vente y tomarás café. Éste es un pan hermosísimo. No creo realmente que la vieja solterona necesite todo este pan.

—Nunca he sido un ladrón —dijo Bjartur—. Ni he aceptado nunca cosas robadas.

—Yo tampoco —dijo el otro—. Pero ¿qué puede hacer uno, cuando le roban todo lo que tiene y cuando, además, a lo mejor hasta lo matan? ¿Qué diferencia le hará una hogaza de más o de menos al capitalismo que mató a diez millones de personas por diversión, en la guerra? El capitalismo castiga más duramente a los hombres por no robar que por robar… de modo que, ¿por qué no había de robar uno? Todas las personas con las que he hablado me dijeron que estaban mucho mejor en la cárcel que en cualquier otra parte. La vieja a la que le quité la hogaza, lo único que hace es estarse sentada sobre el trasero y contemplar cómo las rentas le vienen desde todas las granjas que posee. Pero estoy seguro de que es mucho mejor estar en la cárcel que ser dueño de una granja, como tú. Así que, venid conmigo, camaradas. El café debe estar ya listo. Y el único ladrón aquí es el capitalismo.

Había diez o doce obreros en el barracón. La cocina a petróleo sobre la que preparaban el café humeaba abominablemente, pero el agua hervía y un delicioso aroma de café inundaba el aire nocturno cuando los recién llegados se aproximaron.

—¿Quiénes son estos dos?

—Estaban sentados a un costado del camino, sorbiendo rapé —replicó el guía, declaración que no era del todo correcta, ya que apenas habían estado mascando briznas de hierba—. Les pedí que vinieran a beber un poco de café.

—¿Has traído pan?

—Sí, por supuesto —contestó el guía con tono negligente—, cantidad de pan. Pasad, camaradas. Podemos dejarles entrar, muchachos, están en contra del capitalismo.

Los anfitriones ofrecieron asiento a sus invitados en uno de los camastros, y luego, cuando estuvieron cómodos, comenzaron a interrogarles. Varios de ellos habían oído hablar de Bjartur de la Casa Estival y sabían que se había construido una casa, y que su pegujal había sido subastado por los acreedores unos días atrás. Querían conocer la historia en mayor detalle, pero él se negó a divulgarla. Le ofrecieron un jarro de café, que aceptó agradecido. Pero cuando le entregaron un trozo de pan, su ira volvió a estallar. Era pan ajeno. Y sin embargo habría dado cualquier cosa por comer un mendrugo. Gvendur aceptó una gorda rebanada y miró a su padre.

—Lo harás bajo tu propia responsabilidad, no bajo la mía —dijo Bjartur.

—Bjartur —preguntó un joven de expresión particularmente franca y de facciones vivaces y sensibles—, ¿sabes qué han hecho los campesinos rusos?

Bjartur no respondió.

—Desde tiempos inmemoriales habían vivido una existencia independiente, como gatos monteses o, más correctamente hablando, como pegujaleros islandeses, igual que tú. El capitalismo les usaba para robar y asesinar, ¿entiendes? Hace ocho años el capitalismo provocó una guerra y durante tres años les mató como a perros, por pura diversión. Al cabo los campesinos rusos se cansaron y, uniéndose a sus camaradas, los obreros de las ciudades, derribaron al capitalismo, mataron al zar y recuperaron toda la riqueza que los capitalistas les habían robado. Luego crearon una nueva sociedad, en la que nadie puede obtener ganancias del trabajo ajeno. Esa sociedad se llama sociedad socialista.

—Bueno, bueno —dijo Bjartur riendo—. De modo que el zar ha caído, ¿eh?

Entonces les narró parte de su historia y les explicó también el estado en que se encontraba actualmente.

—Quizás, a fin de cuentas, comeré un trozo de pan con vosotros, muchachos —dijo finalmente, porque vio que todos comían pan y

que tenían buen apetito y que la mitad de la hogaza ya había desaparecido. Le cortaron una suculenta rebanada y era un pan magnífico—. Oh, bueno, entonces quizá me venguen allí… —dijo, con la boca llena de pan— como a Grettir el Fuerte, que fue vengado en el este, en Miklagaró, por lo cual se le consideró el más grande hombre de Islandia.

—No estás muerto aún —dijo uno de ellos.

—Y mañana lucharás con nosotros —dijo otro.

—No —repuso él—. Me he construido otra choza, en otras tierras, y no tengo tiempo para gastar en riñas en los fiordos.

—Llegará el día en que la clase obrera derribará a estos ladrones y asesinos —dijo uno de los hombres. Y ese día no tendrás que lamentar el haberte unido a nosotros.

—Lo siento, pero siempre he sido una persona independiente. Quiero tener mis propias tierras. Por la mañana, a primera hora, viajaré hacia Uróarsel, pero el pequeño Gvendur puede quedarse con vosotros, y si consigue quebrarle la cabeza a algunos de esos canallas de Rauðsmýri, no creo que yo me sienta demasiado preocupado. Te quedarás con esta gente, Gvendur, ¿me oyes? ¿Quién sabe si algún día no te darán la América que buscabas no hace mucho?

Cuando hubieron terminado de beber el café, algunos comenzaron a cantar, en tanto que otros se disponían a dormir. No se desnudaron; se arrojaron en la cama tal como estaban, dos o tres en cada camastro. En muchos de éstos había dos o tres harapos de sábanas a modo de ropas de cama. Dos de los hombres ofrecieron a Gvendur un tercio de su camastro.

—Si ganamos, se te encontrará trabajo —dijeron—. Te afiliaremos inmediatamente al sindicato.

Al cabo de poco tiempo muchos de ellos se habían acostado y todo estaba completamente tranquilo. También se le encontró lugar a Bjartur en uno de los camastros; estaba acostado en la parte de afuera. Se sentía enfermo, como si fuese a vomitar en cualquier momento. Seguramente sería el pan. Pero, por extraño que pueda parecer, consiguió conservarlo en el estómago. Parecía como si no pudiese dormirse nunca. La aventura de esa noche le ponía en un grave aprieto. ¿Se encontraba en medio de una banda de ladrones?

¿De bandoleros y asaltantes que pretendían golpear a las autoridades y saquear el país? ¿No había ido demasiado lejos al decidir que su hijo se quedara allí, en compañía de los ladrones? ¿Qué tenía él, un hombre libre, o sus hijos, en común con esa pandilla? ¿Por qué demonios tuvo que ir y meterse entre ellos, precisamente entre ellos? ¿El, un hombre independiente, que acababa de ocupar nuevas tierras? ¿O quizás era posible, por otra parte, que fuesen ellos los justos? En tal caso, eran los únicos hombres justos que había conocido hasta entonces. Porque en adelante sólo podría escoger entre dos cosas: o bien las autoridades eran los representantes de la justicia y esos hombres eran unos criminales, o bien esos hombres eran los representantes de la justicia y eran las autoridades los criminales. No era problema fácil de resolver en el espacio de una breve noche, y ahora lamentaba amargamente haber aceptado la invitación de alojarse en la barraca. Todavía le dolía el estómago por efecto del pan robado. Sentía que había sufrido la mayor derrota de su vida. Tan grande era su sensación de vergüenza que la sangre se le agolpó en las mejillas, y hubo momentos en que estuvo a punto de salir de la cama y vomitar, fuera del barracón, el pan de la humillación. Pero, a despecho de ello, no se levantó; se quedó donde estaba. Hacía tiempo que los demás roncaban.

75. El zar caído

De modo que se había dormido. Cuando abrió los ojos era de día y el sol brillaba a través de la puerta abierta del barracón. Salió de la cama y miró el sol, para descubrir que debían ser las seis. Había dormido unas tres horas. Los hombres aún dormían. El pan y la conversación de la noche anterior habían perdido algo de su realidad, pero nada de su culpa, como si hubiese soñado algo indigno de él. Era extraño que se hubiese metido en ese berenjenal. Le dolía la espalda y se sentía agarrotado. La conversación no habría tenido importancia —uno oye tantas cosas aquí y allá— si no hubiese comido el maldito pan. Y entonces recordó que también les había entregado a su hijo. ¿No le habrían puesto algo en el café, para despojarle de todo vestigio de buen sentido? Se quedó en el umbral del barracón, mirando alternativamente hacia adentro y hacia fuera, y preguntándose cómo hacer para recuperar a Gvendur. Al cabo de unos momentos de indecisión cruzó el cuarto de puntillas, con la intención de tocarle y despertarle tan silenciosamente como le fuese posible. Ahí estaba el joven, profundamente dormido entre sus dos compañeros de cama, hombres grandes, fornidos los tres, de pecho ancho y mandíbulas resueltas, de manos gruesas y huesudas. Al alcance de la mano tenían varios mangos de pico. Y sintió que su hijo hacía tan buen papel entre aquellos dos individuos fuertes, robustos, que no tuvo valor para despertarle y llevárselo. Tan buen papel haría entre ellos cuando estuviese despierto. Le pareció que, en verdad, esos hombres merecían ser dueños de la tierra y gobernarla.

Pero, y si los hombres de Ingólfur Arnarson traían rifles y los mataban, a su hijo inclusive… ¿qué haría? ¿No sería mejor despertar al mozo y llevárselo a Uróarsel, en lugar de dejarle allí, para que le matasen como a un perro, en plena calle? Siempre había

tenido buena opinión del joven, aunque la ocultaba bien. Por cierto que una vez estuvo a punto de escaparse a América, pero triunfó su amor por la independencia y el mozo resolvió superar las dificultades de la vida en el hogar, junto a su padre. Ah, bueno, reflexionó Bjartur, ¿qué importa?, creo que ya he perdido algunos hijos antes. Por unos instantes lanzó su memoria hacia el pasado, hacia los hijos que había transportado en un cajón para enterrarlos en el cementerio de Rauðsmýri. Y hacia los que perdió en su lucha por la independencia. Quizá sea mejor, pues, que este otro siga el mismo camino, pensó. Un hombre no es independiente a menos que tenga el valor de luchar solo. Grettir Ásmundarson vivió como un proscrito en las montañas de Islandia, durante diecinueve años, hasta que fue vencido en Drangey. Pero, a pesar de todo, fue vengado en Miklagaró, la más grande ciudad del mundo. Quizá yo también seré vengado, con el transcurso de los años. Y puede que sea también en una gran ciudad. Y de súbito recordó que el zar había caído, y el pensamiento se le alegró intensamente… ¿Qué diría a eso el viejo Jón de Myri? Así que, habiendo abandonado la idea de despertar a su hijo, salió de la barraca tan silenciosamente como le fue posible.

Era tiempo ya de ir a buscar al caballo en el pastizal y de prepararse para la partida, pero no daba señales de querer hacerlo. Vagó durante un rato por la aldea dormido, respondiendo distraídamente a los saludos matinales de los pocos pescadores que ya estaban despiertos. Al cabo de un buen rato de esos vagabundeos sin objeto, encaminó sus pasos, más decididamente, hacia el mar, a lo largo del fiordo, hacia la parte del pueblo en que se agrupaban la cabañas más miserables. Ese lugar se llamaba Sandeyri. Nunca antes había tenido ocasión de andar por allí, pero conocía a varias personas que vivían en ese punto. Una o dos mujeres estaban levantadas, golpeando sacos contra las paredes, para quitarles el polvo. Un grupo de obreros conversaba animadamente en un huerto, al costado de una de las chozas. Ninguno de ellos prestó atención a Bjartur; era una especie de mitin.

Al costado del camino había una chiquilla de rostro macilento, haciendo tortas de barro. Cuando Bjartur pasó a su lado, la niña se levantó y se limpió las manos en el estómago. Sí, tenía las piernas

demasiado largas para su edad, pobrecita, y manos de nudillos sobresalientes, y su rostro, su rostro no era el de una niña: estaba lleno de carácter y experiencia. Y le miró por casualidad y él reconoció los ojos inmediatamente, el bueno y el bizco y, deteniéndose bruscamente en mitad del camino, la miró con fijeza… Era la pequeña Asta Sóllilja.

—¿Cómo? —dijo, contemplando a la chiquilla, porque le pareció que ésta le había dicho algo cuando le miraba a su vez.

—No he dicho nada —repuso la niña.

—¿Qué estás haciendo fuera de la cama a esta hora, chica? —preguntó él. Apenas son las seis.

—No pude dormir —contestó ella—. Tengo la tos ferina. Mi madre me dijo que estaría mejor afuera.

—¡Oh, caramba! —exclamó él—. De modo que tienes tos, ¿eh? No es extraño que tengas una tos fea, cuando eso que llevas puesto es tan terriblemente delgado.

Ella no respondió; volvió a sentarse y a fabricar sus tortas. El se rascó la cabeza.

—Bueno, bueno, Sola, chiquilla —dijo—, pobrecita.

—No me llamo Sola —repuso ella.

—¿Cómo te llamas, entonces?

—Me llamo Bjórt —replicó la niña orgullosamente.

—Bien, bien, Bjórt, chiquilla —dijo él—. No creo que haya gran diferencia.

Se sentó al costado del camino y continuó contemplándola. Ella ponía el barro en un viejo jarro esmaltado y luego colocaba el jarro sobre una piedra para que se cociera.

—Es una torta de Navidad —dijo, lanzándole una sonrisita para mantener la conversación.

Él no contestó; siguió mirándola.

Finalmente la niña se puso de pie y preguntó:

—¿Por qué estás ahí sentado? ¿Por qué me miras?

—Tu madre estará preparando el café para el desayuno, ¿verdad? —preguntó él.

—No hay café —repuso Bjórt—. No hay más que agua.

—Oh, muchas personas tuvieron que conformarse con un poco de agua antes de ahora.

Ella tuvo un acceso de tos. El rostro se le tornó azul. Se acostó en el suelo hasta que terminó de toser.

—¿Qué estás haciendo ahí? —inquirió cuando comenzó a recobrarse de la tos—. ¿Por qué no te vas?

—Estaba pensando en acompañarte a beber una taza de agua para el desayuno —repuso él con tono tranquilo.

Después de observarle escudriñadoramente durante unos segundos, ella dijo: —Bueno; ven.

El había comido pan ajeno por la noche; más aún: pan robado por ladrones. De modo que no importaba si compartía el agua del desayuno de la pequeña. Pasó las piernas sobre la valla de alambre espinoso y siguió a la chica hacia la cabaña. Nunca su temple moral había estado tan bajo como la noche pasada y como en la soleada mañana que la sucedía. Sí, era dudoso que alguna vez pudiese volver a llamarse hombre independiente.

En el gablete había una ventana hecha para cuatro vidrios, con sacos embutidos en dos de las aberturas, la tercera cubierta con trozos de madera, y solamente en la cuarta se veía un vidrio entero. Bjórt abría la marcha. En una época la choza estuvo empapelada por dentro, a la moda ciudadana, pero el papel estaba ahora ennegrecido por la humedad y colgaba en jirones del techo de tingladillo. Había dos camas. En una de ellas se encontraba acostada la dueña de la casa, la anciana, y en la otra yacía Asta Sóllilja, con el niño más pequeño. Sobre una mesa, junto a la ventana, se veía una cocinita a petróleo. Había también un cajón y una silla rota.

—¿Ya de vuelta? —preguntó Asta Sóllilja cuando vio a su hija en la puerta. Se incorporó en la cama, con los pechos caídos sobre el camisón abierto, el cabello desordenado. Estaba muy delgada, muy pálida. Pero cuando vio que Bjartur entraba detrás de la niña, los ojos se le agrandaron. Sacudió la cabeza como para quebrar alguna ilusión óptica; él estaba allí, de pie sobre el piso, era él.

—¡Papá! —gritó, jadeando.

Le contempló boquiabierta, los ojos agrandándosele cada vez más, las pupilas cada vez más dilatadas. Las facciones se le disolvieron, como si hubiera perdido el dominio de los músculos faciales, pero al mismo tiempo parecieron llenarse y rejuvenecerse,

todo en el tiempo que se tarda en guiñar un ojo, y una vez más gritó, completamente fuera de sí:

—¡Papá!

Tomando sus faldas, se las pasó presurosamente por la cabeza y se las alisó en las caderas mientras saltaba de la cama con los pies desnudos, corría hacia la puerta y se arrojaba en brazos de él. Con los brazos en torno al cuello de Bjartur, pegó la boca a su garganta, bajo la barba.

Sí, era él. Su boca descansaba una vez más en el antiguo lugar, era él, había vuelto. Finalmente levantó la cabeza, le miró a la cara y suspiró:

—Creí que no vendrías nunca.

—Escucha, corderita —dijo él—, apresúrate y calienta un poco de agua y viste a los niños. Hoy te vienes conmigo.

—Papá —consiguió decir ella, con los ojos todavía pegados a la cara de él. Estaba como pegada al piso—. No, no puedo creer que seas tú.

Él se acercó a la cama y ella giró sobre sus talones, como alrededor de un eje, y continuó contemplándole, atónita. Bjartur se quedó mirando al niño que dormía en la cama y se sintió, como se sentía siempre que veía a un chiquillo vivo, lleno de compasión.

—¡Cielos, qué objeto de aspecto tan indefenso! —exclamó—. Sí, la humanidad es un espectáculo más bien lamentable, cuando la miras tal como en realidad es.

—Todavía no puedo creerlo —dijo Asta Sóllilja, mientras se apretaba otra vez contra él.

—Vamos, corre a ponerte las cosas, muchacha —dijo él—. Tenemos un largo viaje por delante.

Finalmente Asta empezó a vestirse. Tenía tos.

—Tendrías que haber vuelto a casa antes de que el pecho se te enfermara de ese modo —dijo él—. Te construí una casa, como te dije que lo haría, pero ya no queda nada bello en ella, todo se ha perdido. La vieja Hallbera me arrendó Uróarsel.

—Papá —dijo ella. Y nada más.

—Mi opinión ha sido siempre ésta —dijo él—: que nunca tienes que rendirte mientras vivas, aunque te hayan robado todo lo que poseas. Aunque no te quede nada más, siempre podrás considerar

como tuyo el aire que respiras, o al menos podrás afirmar que lo has recibido en préstamo. Sí, muchacha, ayer por la noche comí pan robado y dejé a mi hijo entre unos hombres que usarán los mangos de sus picos contra las autoridades, de modo que pensé que esta mañana podía visitarte.

76. Sangre en la hierba

—¡Cielos, cuánto tiempo estuviste ausente, chica! —dijo la abuela cuando Asta se quedó a solas con ella, el último día que pasaban en Casa Estival. Bjartur se había ido a Uróarsel con las provisiones—. Creí que te habías muerto.

—Sí, estaba muerta, abuela —repuso la joven.

La abuela:

—¿No es gracioso que todos se las apañen para morir, salvo yo?

—Sí, pero ahora me he levantado de entre los muertos, abuela —dijo Asta Sóllilja.

—¿Eh? —preguntó la abuela.

—Me he levantado de entre los muertos.

—Oh, no, moza —replicó la anciana—, nadie se levanta de entre los muertos. Y está bien que así sea.

Y entonces volvió el rostro y, fijando una vez más su mirada en el tejido con que estaba atareada, comenzó a mascullar para sí un viejo himno acerca de la Resurrección.

Por la noche Asta llevó a sus hijos al arroyo y se quedó mirando, maravillada, la fea casa de afiladas aristas, las manchas de cemento en algunas de las ventanas, los vidrios rotos de otras y los hoyos cavados en la tierra por todas partes. Si bien era nueva, le recordaba a uno las ruinas de una casa bombardeada en la guerra. Así era el palacio que él construyera en su sueño del regreso de Asta. También ella soñó con una luminosa casa enclavada en la antigua casita de líneas redondeadas y agradables proporciones, donde experimentó sus más sagrados sufrimientos, sus más caras ansias. Sin embargo, era un gran consuelo poder volver a ver las colinas familiares, descubrir que aunque parecían haber transcurrido tantos siglos, aún se encontraban en su lugar, lo mismo que el lago, y el pantano, y el río de tersas aguas, en el marjal.

Otrora hubo una víspera de San Juan, y ella salía a ver el mundo por primera vez. Antaño hubo la mirada de los ojos de un desconocido, y ella anheló descansar su alma en ellos por toda la eternidad. Su vida quedó destruida antes de que pudiera hacerlo, como la casa de Bjartur Jónsson y su independencia, y ahora era madre de dos hijos, quizá tres, aunque nadie necesitaba saberlo. Mostró a los dos niños el viejo arroyo y les dijo:

—Mirad, ése es mi viejo arroyo.

Y les besó. Era como la indefensa Naturaleza, que se marchita con la helada porque no tiene protección de Dios ni de los hombres. Los seres humanos no se protegen los unos a los otros. ¿Y Dios? Ya lo veremos, cuando al fin muramos de consunción. Quizás el Todopoderoso hubiese tomado nota de todo lo que ella tuvo que sufrir. Aun así, esa noche sintió que no era demasiado vieja como para poder contemplar el futuro en un sueño, en un nuevo sueño. Poder mirar hacia delante es vivir.

Al día siguiente Bjartur llevó el resto de sus pertenencias a Uróarsel. Había cargado a la vieja Blesi con dos cajones de turba, vacíos, y en uno de los cajones sentó a la anciana, que tenía más de noventa años. En el otro puso a los dos niños. Luego partió, conduciendo al caballo por el camino. Asta Sóllilja caminó a su lado por la montaña, la perra holgazaneaba en la retaguardia, husmeando descuidadamente esto y aquello, como se complacen en hacerlo los perros en los días fragantes de la primavera. No se hablaba. Eran como personas que parten para un largo viaje y abandonan un pobre alojamiento nocturno en los páramos. Que eran los páramos de la vida. El camino se lanza hacia páramos más remotos aún. Ninguna lamentación… Nunca alimentes una pena, nunca llores lo perdido. Bjartur ni siquiera se volvió para concederle a su viejo valle una mirada de despedida cuando llegaron a la cima de la montaña. Pero cuando pasaban ante el túmulo de Gunnvór, se detuvo y se apartó del camino. Tomando la lápida que colocara allí, en su memoria, hacía unos años, la hizo rodar hasta el borde del barranco. Ahora estaba seguro de que era imposible separarla de Kólumkilli. Siempre había yacido allí con él, en los tiempos malos como en los buenos. Y todavía seguía a su lado. Una vez más habían asolado el pegujal del agricultor solitario.

Son siempre iguales, de siglo en siglo, por la sencilla razón de que el agricultor solitario es el mismo de siglo en siglo. Una guerra en el continente puede producir algún alivio, durante uno o dos años, pero no es más que una ayuda aparente, una ilusión. El trabajador solitario no escapará jamás a su eterna vida de pobreza. Continuará existiendo en la miseria mientras el hombre no sea el protector del hombre, sino su peor enemigo. La vida del pegujalero solitario, la vida del hombre independiente, es, en su naturaleza, una huida de otros hombres que quieren matarle. Del albergue de una noche a otro peor aún. Una familia campesina se muda; cuatro generaciones de las treinta que mantuvieron la vida y la muerte en este país durante un milenio… ¿para quién? No para sí mismos, al menos, no para ninguno de los suyos. Se asemejaban a fugitivos de una tierra devastada por muchos años de furiosa guerra. Proscritos, perseguidos… ¿en las tierras de quién? No en las de ellos. En los libros extranjeros hay un relato sagrado que cuenta de un hombre que logró su realización sembrando una noche el campo de sus enemigos. La historia de Bjartur de la Casa Estival es la de un hombre que sembró toda su vida, día y noche, el campo de su enemigo. Tal es la historia del hombre más independiente del país. Páramos. Más páramos. Del barranco subió un espeluznante eco atronador cuando la lápida caía, y la perra saltó al borde del abismo y comenzó a ladrar locamente.

Un poco más allá, en la montaña, en un punto desde el cual era posible ver hasta Útirauðsmyri, el hombre abandonó el camino alto y empezó a dirigirse hacia el norte por viejas veredas no holladas desde antiguo, en dirección a Sandgilsheiói. Los cajones de turba crujían continuamente. Los niños estaban dormidos en el suyo, en un flanco del caballo, pero la anciana, sentada en el de ella, se aferraba al arzón de la silla, con las marchitas manos azulencas. Iba camino de su casa, abandonando el albergue de la noche.

La marcha se hacía más y más difícil a medida que avanzaban hacia el norte por los páramos. Desprendimientos de tierra, cañadas, pantanos, peñascos, toda clase de obstáculos. Finalmente, corrientes de agua de las parameras, elevándose, trepando. Dos o tres kilómetros de ese terreno y Asta Sóllilja se encontró al cabo de sus fuerzas. Se dejó caer por un talud herboso, tosiendo

violentamente. Apareció un poco de sangre. Cuando al fin terminó el acceso, se echó al suelo con un gemido y se quedó allí, como desmayada. Bjartur bajó los cajones y dejó que el caballo pastara. Ayudó a los niños y a la anciana a salir de los cajones. La pequeña Bjórt estaba a unos metros de distancia, con un dedo en la boca, observando a su madre. Pero la anciana se sentó junto a su nieta, con el pequeño dormido en su regazo, como dice el viejo poema:

La sangre enrojece la hoja, duerme, criatura, ya.

Todo lo que decía el poema había resultado cierto; había sangre en la hierba. Esperaron un poco, para que Asta Sóllilja recobrara las fuerzas. Bjartur se encontraba un poco más lejos, sin saber qué hacer. La pequeña preguntó a su madre si le dolía mucho, pero no le dolía mucho; estaba simplemente agotada y no creía que pudiese volver a caminar todavía.

Se quedó acostada en la hierba, con los ojos cerrados y un poco de sangre en la comisura de los labios. La anciana se inclinó sobre ella y la miró atentamente durante unos momentos, con la cabeza caída a un costado.

—Sí —mascculló—, no me sorprende. Aún viviré para besar otro cadáver.

Finalmente Bjartur abandonó toda esperanza de que la joven pudiese seguir caminando. Volviendo a sentar a los niños y a la anciana en las cajas, puso éstas nuevamente en los soportes de la silla. Luego alzó a Asta Sóllilja en sus brazos, le mandó que se agarrase fuerte a su cuello y continuó conduciendo al caballo. Cuando estaban bien arriba, en la montaña, ella susurró:

—Por fin estoy otra vez contigo.

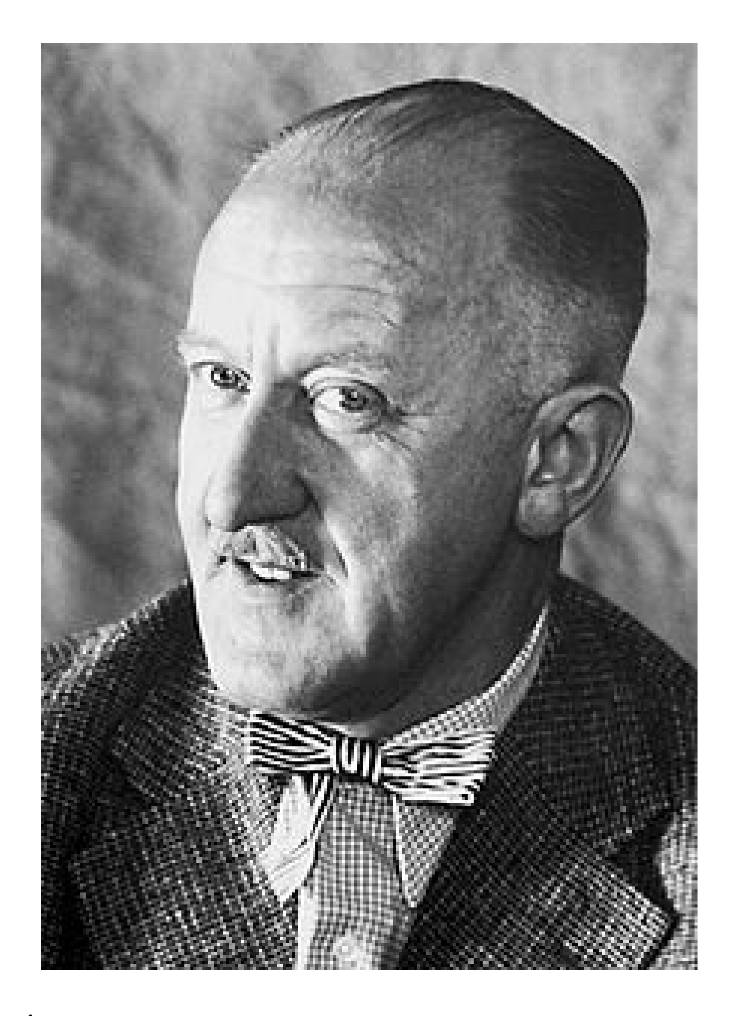
Y él replicó:

—Agárrate fuerte de mi cuello, mi flor.

—Sí —musitó ella—. Siempre… mientras viva. Tu única flor. La flor de tu vida. Y no moriré aún. No, no, todavía viviré mucho tiempo.

Y entonces siguieron su camino.

Reykjahlíó - Laugarvatn, principios del verano de 1935



HALLDÓR LAXNESS. De nombre Halldór Goujónsson, con tres años marchó a vivir a una granja en Laxnes, donde estudió sin concluir sus estudios secundarios. Con diecisiete años, publicó su primera novela, viajó por Europa y Estados Unidos, en donde trabajó en Hollywood, en la industria del cine. A su vuelta, se convirtió al catolicismo e ingresó en la abadía de Sain Maurice de Clervaux, en Luxemburgo, en donde estudió latín, francés, teología y filosofía, y adoptó su nuevo nombre. Trató de consolidar su fe en viajes a Londres, Lourdes y Roma, pero más tarde abandonaría el catolicismo. Volvió a Estados Unidos, simpatizando con el

socialismo, y convirtiéndose en comunista. Tras su vuelta a Islandia, trabajó como escritor con una subvención estatal. Viajó a la URSS, y a la vista de la vida allí, renegó del comunismo. Volvió a Islandia, en donde transcurrió el resto de su vida. En el año 1955, obtuvo el Premio Nobel de Literatura.